



Ángel P. García Díaz



Vivir sin decir

Te Quiero

Ángel P. García Díaz nació en Madrid en 1946. Con la nueva Ley de Prensa de 1966, deja sus estudios aparcados hasta mejor ocasión y dar el primer mordisco a la manzana de las grandes multinacionales. Director Marketing en la salvaje sociedad de consumo no dejó de dedicarse a su verdadera vocación. Contar historias. Escribir sobre lo que ocurrió en este país durante la época de la dictadura conlleva riesgos, pero llegando a una edad pocas cosas pueden obligarle a callar. Pocas cosas pueden obligarle a mentir. Con este espíritu se decidió a escribir

«Vivir sin decir Te Quiero»



“Si alguien piensa bien de mí, será por este libro. Si alguien piensa mal de mí, será a través de mis libros”

Vivir sin decir Te Quiero

Un Espíritu Exigente

Políticamente Incorrectos

Yo fui conductor de Limusina

Fábulas y Poemas...

Para después de una Guerra

El baúl de la Piquer

VIVIR SIN DECIR TE QUIERO

Ángel P. García Díaz

REGISTRO TERRITORIAL DE LA PROPIEDAD
INTELECTUAL DE LA COMUNIDAD DE MADRID

Primera y Segunda Edición:

Número de Asiento Registral: 16 / 2013 / 4084

Fecha: 19 de junio de 2013

Tercera Edición:

Número de Asiento Registral: 16 / 2021 / 88

Fecha: 14 de enero de 2021

Según la UNESCO un libro es la publicación no periódica de más de 49 páginas escritas sin fines publicitarios. Hay libros buenos y libros malos; lo malo que tiene este libro es que los hechos que en él se relatan ocurrieron de verdad.

Dedicatoria:

A Lola, mi mujer y compañera de toda la vida.

A mis hijos. A mis nietos, a los que amo por encima de todas las cosas.

A García y los ***Te Quiero***, génesis de este libro.

Tengo asumido que con este libro no ganaré un premio literario.
Mi consuelo es saber que a Mozart tampoco le dieron ninguno.

Capítulo I

De cómo nació García en tiempo de crisis:

El filósofo, jurista y orador romano Marco Tulio Cicerón aseguraba que la prueba fehaciente de que conozcamos la mayoría de las cosas antes de nacer es el hecho de que, siendo niños, llegamos a entender innumerables fenómenos con tal rapidez que es evidente que no los estamos comprendiendo por primera vez, sino recordándolos. Los traemos de nuevo a la memoria.

La culpa por la que el joven ciudadano García volviera a este mundo de locos lo tuvo un mensaje mal interpretado. Las «no palabras» de ayuda que le dijo un gameto sorteando obstáculos naturales durante la alocada carrera de obstáculos provocada por el generoso derrame seminal de un joven varón.

García no tenía ningún interés en nacer, su alma inmortal lo tuvo siempre muy claro. Pero los descendientes de García I de León, aunque siempre cumplen con sus promesas, también tienden a equivocarse. Está en la sangre de su real genética y puedo suscribirlo porque curiosamente, también tengo tan ilustre patronímico ¡Qué Dios me asista!

Que García volviera a nacer tuvo parte de culpa el aislamiento político sometido por los Aliados al autárquico régimen de Franco, enfrascado en perseguir, encarcelar y confiscar los bienes de los masones españoles. Como desinformado dictador no tuvo en cuenta que los dos masones más influyentes del mundo: el presidente Harry S. Truman, y el primer ministro británico Sir Winston Churchill debían redactar la lista de los países beneficiarios del Plan Marshall, creado por el Secretario de Defensa norteamericano que; además, también era masón.

“Por la enconada persecución del Generalísimo de todos los Ejércitos por la Gracia de Dios a judíos y masones España fue el único país no comunista fuera del Plan Marshall. No recibió un solo dólar, el billete con más signos masónicos del mundo. Según las célebres exposiciones orales del invicto general Franco el país que gobernaba con brazo de hierro quedó fuera por la envidia de los países Aliados a la paz nacionalcatolicista que los españoles disfrutaban en la ¡Una Grande y Libre!”

La multinacional IBM decidida a solidarizarse con la España que no gastaba un solo dólar en informática hizo su propio Plan Marshal para sacar a flote al arruinado y agotado país entregando personalmente a Franco un crédito a fondo perdido.

Mejor no decir la cantidad para no provocar la risa.

Cada peseta debía ser destinada a combatir el hambre, desesperación y caos que sufrían los españoles en el paupérrimo año de 1946, año en el que fue concebido el pobre García.

“Franco propuso su propio Plan Marshal y repartió las pesetas del donativo IBM entre los considerados más pobres y desfavorecidos. El resultado fue que al Barrio Obrero donde nació García no llegó la sombra de una peseta”

El detalle fue celebrado y agradecido por los habitantes del Barrio Obrero, no hay nada más gratificante que mirar por encima del hombro a quien uno considera más pobre o desposeído que él.

Hechos como este contribuyen a elevar la moral y por consiguiente el aumento del censo de población. Terminada la fratricida Guerra Civil española de 1936 la clase laboriosa corta de medios y salarios celebraba los grandes acontecimientos del modo más a mano y fundamental... follando.

Debido al total desinterés que el nonato García tenía por volver a la vida movía su extremidad de gameto cabezón con la única intención de protegerse de los empujones de los más de cuatrocientos millones de compañeros que el animado varón había puesto en circulación con su «cascabelera» corrida». La verdad es que él no pretendía ni mucho menos subir al podio de la estúpida carrera que tiene la cinta de llegada en el centro del óvulo materno y en ese abúlico proceso de reproducción fue cuando lo descubrió.

Allí estaba, llorando desconsolado entre los pliegues del tejido uterino habiendo sido arrollado por un malvado microgameto que de haber sido el elegido hubiera sido un terrorista de ETA; o peor aún, ¡el salvador de la patria!

El desanimado García se detuvo para socorrer al agredido al que nadie hacía caso, todos pasaban junto a él corriendo desesperados, perdidos y sin control.

—¡Pero bueno! —dijo García el «consolador»—, ¿por qué lloras si aquí entre estas paredes lo que sobran son las lágrimas.

—Porque quiero nacer —contestó el agredido con morrito de mimoso.

—¿Nacer? ¡Nacer es un error compañero! Ya estuve en ese mundo de locos y lo único que conseguí fue perder la vida.

—Sí, pero es el mundo al que quiero pertenecer —replicó el gameto con un ensayado gimoteo ablandacorazones—. ¡Tengo planes!

—¿Planes compañero? Poco se puede hacer en un mundo de aficionados donde la es tan corta que no hay tiempo para ser otra cosa.

—Tengo esperanza, y una misión que hacer,

—¿La esperanza? La esperanza es un guía en el que no se debe confiar. No es un buen compañero de viaje —resignado el gameto García miró el puesto que ocupaban en la carrera, se alegró de estar lejos de la «pole position».

—Dios te ha puesto en mi camino —admitió su gameto compañero—. Eres un ángel y mi te estará eternamente agradecida.

—Está bien cabezota, seré tu escolta —soltó García como inicio de compromiso—. Que quede claro que mi misión será acompañarte hasta el final del camino, una vez allí te las arreglarás solo, ¿de acuerdo? No quiero volver a un lugar donde nadie me espera.

Chocaron las colas sellando el compromiso y siguieron el camino interrumpido. Se habían quedado atrás, pero las prisas no importan en el fascinante lugar donde un humano empieza a ser individuo. Fuera tenía que hacer un tiempo de perros. Era enero, las fiestas de Navidad habían terminado y tras la resaca el cuerpo no estaba «para jotas».

Los óvulos que el gameto interesado debía encontrar tampoco.

—Bien, se trata alcanzar un óvulo vivo de garantía —García prolongó su exposición con el docto tono del gato dando instrucciones a su cachorro en fase de formación para cazar pájaros... o salir de juerga nocturna por los tejados—. No es fácil alcanzar un óvulo vivo, es cuestión de olfato, si no lo has hecho otra vez caerás en una de las numerosas trampas que jalonan el camino hacia el óvulo. Son criptas oscuras sin retorno llenas de la sustancia que bloquea la atracción. La misión exige lo imposible para tener una vida y esa vida una vez que tienes es muy fácil perderla.

“Llegar al lugar de fecundación es una aventura donde el destino es una encrucijada. Se requiere habilidad, esfuerzo, inteligencia y superadas las dificultades asegurarse de ser bien recibido. En el camino de la elección el 99,9% recibe la tiranía de la selección”

Cuando por fin estuvieron frente a un atractivo óvulo vivo García lo señaló satisfecho:

—Ahí lo tienes, ese promete —García, hechas las presentaciones, quiso alejarse de allí como alma perseguida por el Diablo y entonces ocurrió:

—«Te Quiero».

—¡Perdona! ¿qué es lo que me has dicho...?

—Te Quiero —repitió el gameto sin prácticas estando ya en un óvulo atado de pies y manos.

—¡As dicho Te Quiero! —insistió García en la pregunta si darse cuenta de que el óvulo fértil también había puesto el ojo en él para que formara parte del proyecto, dar paso al insólito espectáculo natural de la reproducción humana.

“No sé la cara que pone un espermatozoide al ser absorbido como un trozo de gelatina por un óvulo traicionero, sí que soy el más rápido, listo y eficaz de los cuatrocientos millones de gametos que disputaron el óvulo que yo conseguí”

Volviendo de la reflexión en su papel de gameto se mantuvo alejado del atontado compañero que le había sacado de su posición de milenaria identidad inmaterial en la que hasta entonces se encontró satisfecho. Ya estaba hecho, así que había que olvidar el momento que el satisfecho óvulo le envolvió presumiendo de captura ante los colegas, como Sir Archibald Bradley presumiendo de la cabeza disecada de un león.

Cada vez que lo pensaba le daba ganas de enrollar su cola en la garganta de aquel tontaina, un tipo despistado que además sería su hermano gemelo.

Se mantuvo alejado todo lo que pudo, justo hasta que el espacio fue incompatible con la distancia y García dio un respingo como si hubiera visto a una culebra salir de un bote de mermelada:

—¡Dios, es una chica! —podía ser claro, los desarrollados a partir de una fecundación simultánea no tienen necesariamente que resultar iguales. Comprendió entonces el particular movimiento acompasado con el que su compañero movía la cola. Ahora lo veía claro, no era un movimiento acompasado... ¡era un femenino contoneo!

Ahora entendía por qué había arriesgado tanto por él... mejor dicho por ella. Su instinto innato de protección a la mujer le había «premiado» con la sorpresa.

Su actitud cambió entonces hacia un fraternal período de entendimiento. Él descubrió en ella a un ser superior. Ella en él que era un voluntarioso ser humano.

Cuando el proceso evolutivo modeló sus pies y manos dieron comienzo los juegos y con ellos la diversión. No hay nada más aburrido que estar nueve meses dentro de un huevo sin poder hurgarte la nariz.

Él le contaba experiencias y juegos de otros tiempos, nada especial, cosas de chicos. Ella le sorprendía con su desarrolladísima inteligencia contándole proyectos que los humanos deberían haber realizado hace tiempo en lugar de buscar y desarrollar curiosas fórmulas abortivas.

—Con esas ideas ganarás el Nobel querida hermana —y ella le repetía una y otra vez el famoso Te Quiero del día en el que ambos fueron concebidos. Los dos a la vez.

Aquellos Te Quiero tenían valor real, no como el Te Quiero pronunciado por quien recibe algo a cambio, tan falso como el que ensalza a la patria porque le pagan por ello.

Sintieron pasión el uno por el otro y con esa pasión continuaron hasta que llegó el fatídico miércoles de octubre para que los gemelos nacieran bajo el signo de libra.

La libra era un mal presagio. Libra ¡la balanza! el equilibrio, ¡la armonía!

Habían proyectado salir juntos. Evitar el manido dicho de:

«Soy mayor que tú» «Nací cinco minutos antes»

Entraron juntos y les fue bien, ¿por qué no repetir?

No obstante, existía cierta preocupación. Ella a lo largo de todo el embarazo no se hizo amiga de la balanza, siempre estuvo por debajo del peso ideal. A la niña le faltaba lo que al niño le sobraba. El monstruo pesó al nacer cerca de los seis kilos.

Ella tendría problemas para superar el trauma del parto, así que su hermano se adelantó por si surgían complicaciones. Todo fue bien al principio. Satisfecha la matrona mostraba a la madre al niño... pasado de peso. Era un hermoso ejemplar.

La luz que cegó al chico al salir no le impidió llorar desesperado; no porque había nacido, ya lo había superado, lloró para advertir a la matrona que no había terminado su trabajo. Faltaba su hermana. ¡Dios! Se dio cuenta entonces que en el mundo material al que había llegado todavía se usaba la palabra como modo arcaico de comunicarse. Un sonido inútil en el universo inmaterial del que venía y que nunca tuvo que haber dejado.

¡No había tiempo que perder! Puso en marcha su conciencia de pensamientos y funcionó, obtuvo un inmediato resultado.

«Algo va mal» —la madre angustiada supo enseguida lo que sería una pavorosa realidad. El niño viviría, la niña no. Aquello fue la pesada losa sobre la conciencia de García que no le permitió durante muchos años coger en brazos a un bebé, por temor a despertar en su interior alteraciones escondidas de su genética.

La muerte a la que García nunca logró vencer se llevó su sentido del yo obligándole a vivir sin su otra mitad. Tuvo que luchar solo en un mundo donde se mastica la pólvora, se prima el silencio y fusilaban las ideas. Vivir en un ambiente donde cada día se desenterraban viejos litigios entre la familia de papá, y la familia de mamá.

Dos familias condenadas a no entenderse jamás.

Durante años García pensó que todo se debía a caprichos del destino, o al profundo encadenamiento de sucesos originados por esa fuerza desconocida que tanto nos cuesta entender. Sólo quedaba la esperanza de que IBM volviera a darle dinero a Franco. Su hermana ya conocía el camino, no le costaría mucho reunirse con él.

No fue así y García tuvo que conformarse con ver a su hermana en cada mujer.

Si el tiempo lo cura todo fue incapaz de sanar las dolencias, defectos y pasiones que provocó la tragedia en el atormentado espíritu de García. Su hermana no pudo nacer porque él aspiró su vida con su peso desproporcionado. La noticia le llegó durante un momento de incontrolado apasionamiento que tuvo su madre siendo García todavía un chiquillo ¡«Tu hermana no nació porque tú la mataste»!

El grito lleno de reproches fue el condicionamiento moral para que los «Te Quiero» fueran borrados del repertorio de palabras usadas por García, quedaron aparcados para usarlos sólo en casos expresamente requeridos.

¡Cómo era posible! unas palabras capaces de hacer girar el mundo le producían a García la sensación de angustia que le impulsaba a creer que ocurriría lo contrario de lo que en realidad deseaba:

«No, no puedo decir Te Quiero porque todo lo que quiero lo pierdo».

Esa fue la causa por la que García estuvo condenado a «Vivir sin decir Te Quiero».



“La eliminación de un embrión, o la extirpación voluntaria de un feto que crece en un útero gestante, no debería ser tomado como un amasijo de células dispuestas a ser eliminadas por voluntad de la madre. La decisión voluntaria de interrumpir el embarazo no debe ser tomada como la causa más positiva de la Revolución feminista. El aborto no es un procedimiento médico más, sino el terrible sacramento de la muerte. Cada año se practican en el mundo sesenta millones de abortos. Según la OMS la mitad inseguros”

Capítulo II

Un muñeco de nieve con el corazón de hielo:

Si quieres profundizar en la esencia de una persona pídele que te cuente como fue su nacimiento. Como rasgo universal el ser humano tiende a mitificar este hecho; así que, con toda seguridad, no te cuente la verdad.

Los valores principales de los primeros años de vida deben girar en torno a lo que un muchacho de corta edad considera que es lo más importante para él.

«¿Pero no tienes un caballo?» —le reprochaban al joven García los chicos del barrio.
«Sí, tengo un caballo, ¿y qué?»

Un caballo estaba bien, no todos los chicos que vivían en su modesta comunidad vecinal tenían la posibilidad de tener uno.

Se lo hubieran comido.

Él quería a su caballo. En realidad, no era suyo, era de su abuelo. Tener un caballo no era lo más importante para un afligido muchacho que había perdido a su hermana en el parto. Cada dos por tres tardaba meses en ver a su madre. De su padre... mejor no hablar... le culpaba de la muerte de «su niña», como decía con fingida amargura buscando algún sentido a su escaso compromiso.

«Su distanciamiento se debía a la aversión que por él sentían mis abuelos»

García tuvo que poner todo su ingenio para distanciar la emancipación del pecho materno. No debía aceptar el fin de la obligada lactancia hasta que tuviera dientes.

Su plan se vino abajo cuando su perro, que disfrutaba en casa de un especial pase pernocta, llevo a su madre hasta el lugar donde con frecuencia se escondía el chico para devorar los caprichos sólidos que robaba en la despensa familiar.

En esta ocasión el niño devoraba, no se sabe si con las encías o con sus dientes de leche, un ¡arenque ahumado!, con raspa, cabeza y escamas incluidas.

La madre había utilizado todas las artimañas para que aborreciera a la teta, la cantidad de porquerías que tuvo que chupar y tragar de niño para que su taimado plan tuviera éxito y alargara la dependencia materna hasta que Franco le llamara para hacer el servicio militar.

La maldita sardina arenque puso la luz en los ojos de la madre que por fin reparó en los dientes del muchacho y decidió cambiar el período de lactancia para que entrara derecho en la etapa del puré.

El médico dijo que la sabrosa sardina ahumada no había producido nada anormal en la salud del muchacho. Lo anormal era su enconado sometimiento a la lactosa.

García se hubiera vengado del médico si hubiera tenido a mano algo con qué hacerlo, con el perro sí. Con el perro desarrolló un plan de venganza, lo malo es que el mal intencionado bobby VI también lo tuvo... «¡Me mordió el muy bestia!».

El desencuentro del perro y la sardina García provocó la poca presencia de su madre en la casa familiar. La del padre no, desde un nacimiento su ciclo estaba más cercano a la fase de corriente alterna. El problema se hizo evidente cuando en la década de 1950 García tuvo que ir al colegio. En la sociedad media-media-media-baja a la que pertenecía no era práctica habitual ir acompañado a la escuela, el rol de los padres no estaba tan definido como en la sociedad burguesa que vivía ¡como Dios! Si Dios es burgués, ahí tengo una duda.

Lo evidente fue la nula defensa que tuvo García ante los furibundos ataques de la terrible doña Ana, la áspera maestra filo fascista cuyo afán era machacar a quien en su immaculada aula cuestionara la fidelidad inquebrantable al Régimen franquista y el amor a la Patria por encima de todo. El desmedido ¡Una, Grande y Libre! de adoctrinada autoridad nacionalcatolicista se imponía a golpe de vara de avellano observando la disciplinada y estricta moral que hacía crecer derechos, sin mácula, e impregnados del amor patrio. Desde el primer momento las relaciones maestra-alumno no fueron del todo afortunadas ¿La culpa?, el desencuentro entre la severa instructora y el caballo que algunas veces llevaba a García a la escuela. O le esperaba al salir, según el día.

Se llamaba Caballo y fue entrenado por su abuelo hasta que supo ir a buscarle a la escuela con total garantía. Era tan listo que García estuvo tentado en más de una ocasión de pedirle que le ayudara con los deberes.

La llegada a la escuela del joven García se convertía en un revuelo de niños en torno al caballo. Todos querían subir en él. Si la madre les apartaba con un severo ¡vale déjalo ya! volaban los reproches por no tener ellos uno, aunque fuera de cartón.

Un disparate, García se hubiera cambiado por cualquiera de ellos.

Tampoco iban tantos acompañados, no había apenas coches y los secuestros exprés no estaban de moda. Había casos que, si se llevaban a un niño y pedían un rescate, el padre contestaba «Mejor quédense con él, come poco ¿Dónde mando la ropa?»

Sí había un peligro latente en aquellos crudos años: el indeseado encuentro a la vuelta del colegio con el «hombre del saco». No estaba claro que «trabajara» por el barrio obrero, pero los adultos lo usaban para asustar a los chicos y pensarán dos veces antes de hacer «novillos».

“El siniestro personaje fue popular entre ciertos colectivos. Aunque fue más conocido como el «sacamantecas». Corría el rumor sobre la altísima calidad de la fresca grasa humana como lubricante de las máquinas de vapor. Los especialistas la consideraban mejor que la grasa de los animales. Por su densidad era de menor calidad”

Corrieron bulos, luego fueron «fake news», que para satisfacer la demanda de grasa humana merodeaban por las calles hombres siniestros con un saco al hombro que secuestraban, asesinaban y vendían los cuerpos a un desollador profesional que se encargaban de extraerles «las mantecas». Razón de su nombre.

En Gádor-Almería hubo un curandero o sanador que asesinó en 1910 a un niño de siete años para extraerle parte de la sangre, el peritoneo, saco seroso y la grasa para usarlo como remedio y fines terapéuticos en un adinerado cliente con tuberculosis.

García imaginaba a doña Ana rezando un rosario para que el «sacamantecas» se cruzara en su camino y le convirtiera en lubricante para máquinas. No le gustaba ver al caballo esperando en la puerta de la escuela, consideraba que era una protección tan fuera de lugar como desmedida ¡Un caballo no debía ocupar el puesto de un padre!

García nunca estuvo más de acuerdo.

No era normal ver un caballo solo por las calles. Pero Caballo había sido entrenado para ir a buscar al abuelo de García a los lugares que frecuentaba. Fue sencillo ampliar su área de responsabilidades. Caballo se defendía a cokes si alguien pretendía intimar más de la cuenta. Si era preciso ¡también mordía!

El día que los chivatos de la malvada maestra le dijeron con mala baba que además del caballo ¡había fuera una cabra! soltó una arenga dirigida a sus apaniguados sobre la situación deformada y grotesca que suponía la presencia de un caballo y una cabra en la puerta de la escuela.

Por fin el rebelde y contumaz muchacho había rebasado todos los límites y faltado a los valores por los que ella había sido comisionada por el estado omnímodo.

Para la arrogante maestra filo fascista la cabra era el mismo demonio ¡la imagen del ángel caído! En cambio, García además de acompañado y protegido se veía como un arrogante oficial de la Legión rindiendo honores a los que asombrados veían a su cabra desfilar orgullosa al paso de los caballeros legionarios del Tercio Gran Capitán.

Caballo mostraba su cara bonachona a los que le mostraban su cariño, no a los que sólo con su presencia se le avinagraba el pienso. A doña Ana la odiaba sin más.

El odio visceral que sentía por la maestra se debía sin duda a que su desarrollado sentido de caballo le hacía percibir su odio, pasión ciega y mala voluntad hacia el muchacho... y los enemigos de su chico eran sus enemigos.

La actitud de la controvertida maestra, defensora a ultranza de los principios y la doctrina nacional, tradicional y católica, hizo suyas las quejas recibidas de los padres de los alumnos; la mayoría seguidores, asalariados y defensores del gobierno de facto.

Para ponerle remedio inmediato al asunto se armó con su inseparable «vergajo» y salió de su reducida «lobera» con la única intención de azotar al caballo.

“Como información para quien no lo ha sufrido el vergajo es una «verga» de toro trenzada y seca utilizada por los sádicos maestros que con golpes y azotes se hacían respetar”

Cuando caballo vio llegar a la maestra escoltada por sus paniaguados; ellos con cara de triunfo, y ella con los ojos inyectados en sangre, dejó que levantara el látigo para tenerla más cerca y soltó un bufido acompañado de una considerable cantidad de mocos que impregnaron su vestido de flores y el collar de perlas falsas que llevaba siempre como signo de identidad. La gorda adiposa se meó encima y volvió gritando al colegio.

Caballo se partió de risa y echó a andar junto con su chico y la cabra.

El incidente aconsejó que la cabra no volviera al colegio y esta contrariada no pudo entender la razón. Pero se conformó. El abuelo de García era muy creativo, menos para poner nombre a los animales domésticos. En esa tarea no perdía un minuto. Le parecía ridículo que un toro bravo capaz de sacarle las tripas a un caballo de una sola cornada se llamara Lucero y al loro que silva el himno del Atleti le llamen Stalin.

«Cuando mi abuelo me regaló la cabra le pregunté cómo debía llamarla...»

«¿Qué te parece Cabra?, es un nombre muy apropiado»

«Mi abuelo llamó a todos los perros que tuvo «bobby» (poli para los ingleses) y les añadía el ordinal, modo como son identificados los reyes y papas.

La cabra se encargó de cubrir el vacío que le causó a García la oscura pérdida de bobby VI, el noble pastor alemán que «Julián el gitano» mató por venganza. García crio a la cabra no para que fuera su mascota, la crio para que fuera su perro. Problema. En un barrio tan corto de recursos pocos aceptaban que un animalito con cuernos que no comía carne picada fuera un perro, por mucho que García llevara a la cabra con la cadena y el flamante collar de remaches de acero que perteneció en vida a bobby VI.

El orgulloso rumiante, a pesar de no llevar cencerro, siempre dejaba claro su origen ovino. No ladraba para no confundir a nadie y contenta con ser lo que era le gustaba tanto la hierba como a los chicos la Nutella. Como es normal que le pase a una cabra no entendía de discriminaciones ni límites de acceso. Por ejemplo, ¿por qué no podía entrar en el huerto? el paradisiaco lugar con verdura fresca que la abuela de García cuidaba con el mismo esmero que cuidaba sus flores.

«El huerto le estaba prohibido porque se comía el tabaco que mi abuelo plantaba en un parterre, después de la primera vez se hizo adicta a la nicotina»

Como mascota se portaba bien. No daba guerra; salvo algún enfrentamiento con los vecinos por su forma de interpretar la postura de estar agachado, algo que tiene sentido que ocurra en lugares de retrete restringido. No hay nalgas que no provoquen en una cabra los deseos de embestir y dejar en ellas su sello. Sus cabreados atropellos tenían que acarrear consecuencias y así fue: «Ese perro cada día tiene más cara de cabra».

Bajo el punto de vista sentimental sólo la gente inculta y malvada es capaz de comerse la mascota de un chiquillo. Durante la nefasta posguerra civil el hambre se almacenaba en las naves formando pilas de palés. Sin embargo, a pesar del hambre nadie se comía a su gato. Se comía el gato del vecino.

¿Quién podía resistirse a la tentación de comerse una cabra?

«¡Maldita Cruzada! —repetía una y otra vez García dolorido—. Tantos muertos para qué el hambre sea la dictadura de quien tiene que sobrevivir comiéndose... a mi perro».

Faltaba el trago peor. El canalla que se comió a la cabra dejó colgado en la puerta el collar de remaches que nunca se quitaba la cabra para que nadie la viera como un apetecible animal comestible... en España nadie come perro... ¿o sí?

«Mi duda fue si habían dejado allí el collar por la pena que sentían al dejarme sin mascota, o para animarme a tener otra... un cordero esta vez».

Fue un año para olvidar. El invierno dejaba una nevada tras otra y ventanas llenas de carámbanos de hielo. Caramelos de pobre, como decíamos los chicos de entonces.

Los albañiles no podían ir a trabajar porque el cemento y el hielo son enemigos irreconciliables. En diciembre nevó con tanta fuerza que el trabajo se paralizó por completo, sólo lo tenían los vendedores de «cisco» para el brasero y las mujeres que tejían bufandas en casa. No obstante, los malos momentos construyeron en el espíritu inmortal del joven García una gratificante capacidad de análisis y la facilidad con la que se olvidan los malos momentos. Se trataba de llenar los espacios vacíos que dejan en ellos las actividades humanas. Guardó el collar en un baúl y armado con voluntad y una pala marchó con paso firme hacia la nieve que se había amontado en las calles.

«Tengo que hacer dos muñecos de nieve» —dijo con resolución.

Debía elegir el lugar más adecuado. El jardín junto a la casa no era un buen emplazamiento porque no buscaba privacidad, cada muñeco de nieve sería el símbolo de su protesta y los tenían que ver todos los que por allí pasaran. Deshecho también el patio de los misteriosos vecinos que García sospechaba que eran extraterrestres; aunque el sitio era el ideal porque no estaba al alcance de los chicos mayores del barrio que se cargaban cualquier cosa que oliera a buen gusto o respirara creatividad.

Fue ver la imagen de quien sentado en el porche de su casa tenía la mirada perdida en el horizonte. Ángel le puso a tiro la idea. Pocos llamaban a este muchacho de edad indefinida por su nombre, preferían llamarle tonto o panoli por sus torpes movimientos y escasa inteligencia. Nadie tenía en cuenta su tolerancia y eterna sonrisa.

Ángel se pasaba las horas sentado a la puerta de su casa sin apartar la vista del camino que tomó su padre cuando se marchó a la guerra. Ahora miraba arriba y abajo desorientado porque la nieve había cubierto la senda. Estaba preocupado. Temía que su padre no encontrara el camino de vuelta.

«Aquel camino era el santuario de la esperanza —pensó García—. El sitio perfecto para poner mis muñecos de nieve».

—¿Para qué quieres esos montones de nieve? —le preguntaron los vecinos y amigos extrañados.

—Voy a poner aquí dos muñecos de nieve —respondió García a lo que era obvio.

—Pues no tienes ni idea —dijo el más contestatario—. Los muñecos de nieve se hacen con una bola grande y otra gorda para la molondra.

—No quiero hacer dos espantapájaros, representarán a mis padres y eso es muy serio.

Los amigos se marcharon poniendo el dedo índice sobre la sien, dando a entender que la pérdida de la cabra le había trastornado.

No hizo caso. Le hubiera venido bien algo de ayuda; aunque sabía que ninguno era capaz de hacer algo más que un cilindro utilizando como molde un bidón de carburo.

Desechó la idea de utilizar zanahorias para representar la nariz. Se habían comido a la cabra. Nadie se haría un caldo de verduras con la nariz de su madre.

Con el tenaz empeño puesto y todo un día de trabajo consiguió que los muñecos no fueran un par de fantoches. Tampoco tenían que acercarse mucho a lo humano, eso sería para nota y debía tener listo el trabajo en esa Navidad.

Cumplió su objetivo. García representó a su madre diciendo como siempre ¡adiós! Entre ambos siempre estuvieron las despedidas a flor de piel.

«El más doloroso fue el último adiós que no pude darle a mi madre. El cáncer se la llevó sin darme la última oportunidad de decirle por última vez ¡Te Quiero!»

Al muñeco de nieve que representaba a su padre le puso algo más de marcialidad colocando en su brazo la espada de madera con la que el muchacho arremetía contra los enemigos del barrio vecino. Piratas sin escrúpulos. Ante la duda García preguntó a su abuelo si debía ponerle alguna condecoración, desconocía si los regímenes totalitarios premiaban a los prosélitos que se alejaban sin razones aparentes de la familia:

«El tono blanco de los nudillos al apretar con rabia los puños me dio a entender que no debía profundizar en el tema»

El alejamiento pudo estar motivado por la muerte de uno de los gemelos. Poco probable, aún no existían las ecografías para ver el sexo. Tampoco había posibilidades reales de saber si el parto era de uno o dos individuos. Quién podía entonces esperar algo que nadie sabía que existía.

«Su capacidad de análisis fue tan corta que no llegó a comprender que mi desinterés por nacer era mucho más fuerte que su interés por que yo naciera...ninguno.

García puso al fin en el muñeco dos heroicas medallas echas con un imperdible, cinta de color rojo y la chapa de una botella de cerveza con la estrella de cinco puntas. Sabía que tanto las distinciones como los premios honoríficos son reconocimientos a los actos de valor, como sabía que su padre no las merecía porque era un cobarde.

Esa fría Navidad a García le regalaron muchos juguetes. El regalo más espectacular fue un enorme camión que volcaba la caja de carga con una manivela colocada detrás de la cabina. No era eléctrico; los juguetes de la época eran de tracción infantil.

El joven muchacho contento con los regalos que había recibido por Navidad salió a la calle acompañado de su magnífico camión.

En la caja de carga había puesto todos los juguetes que le habían regalado. Quería enseñárselos a su madre y se llevó la ¡sorpresa! Los muñecos de nieve se habían derretido como dos helados al sol. El que representaba a su madre se había convertido en un lábil reguero de agua que escapaba del lugar haciendo pequeñas ondas.

Las medallas del otro muñeco más grande estaban en el suelo semienterradas entre la descolorida nieve. Sobre un charco de agua en tonos de engañoso azul descansaba la espada que lanzaba destellos por el guardamano de hojalata que García puso en la empuñadora. El sol había conseguido que el marcial muñeco de nieve desapareciera para siempre, pero no consiguió derretir una parte que curiosamente tenía forma de corazón. Fue entonces cuando las lágrimas abnegaron los ojos del muchacho...

Porque aquel corazón no era más que un vulgar trozo de hielo.



Capítulo III

Si tu calle desaparece, desaparecerá parte de tu historia:

Hacía siete años que había terminado la Guerra Civil de 1936 y Rosalía Trujillo no era más que una calle de escaso pavimento, pero con la suficiente personalidad para ser importante porque en el número 1 fue donde nació García. Nació allí porque los tímidos vivíparos de aquel barrio obrero preferían nacer en privado. Alejarse de las maternidades, mejor nacer en casa con la familia.

En algunos casos eran los vecinos y amigos los que asistían al parto; ninguno está claro llevando bata y mascarilla. Nadie se encargaba del reportaje ¿Quién tenía entonces algo con lo que hacer fotos?... y menos una cámara de super 8.

Los móviles con cámara de alta resolución no existían, ni las redes sociales, las formas de cotilleo eran más ortodoxas. Las matronas fueron doña Carmen, la abuela del niño, más una amiga y vecina con dotes y posible falsa licencia de comadrona. Se llamaba Cesárea, un nombre la mar de justificado.

Para la primípara madre de García aquel parto fue la sensación más gratificante de su vida por el marco tan íntimo que tuvo para dar a luz. Quería evitar el ambiente frío y aséptico de la sanidad pública. Además, nacer en casa estaba de moda y la madre de García y la moda siempre se llevaron bien.

Bueno, también es cierto que en aquella época de miseria heredada era aconsejable mantenerse alejado lo más posible de los sanatorios y los peligrosos hospitales públicos que tras la posguerra se convirtieron en fuentes de contagio. Los que sobrevivieron a los campos de concentración republicanos; reconvertidos en campos de concentración franquista, importaron a la ciudad un brote de tifus exantemático, o enfermedad del «piojo verde» con una tasa de mortalidad extremadamente elevada entre la población menos favorecida y sin acceso a la vacuna.

Sobre la antigua calle crece medio controlado un pequeño parque y en él un túmulo señala el lugar exacto donde nació García. Un lugar en blanco y negro rodeado de la esencia de los seres humanos que lo habitaron. Un singular barrio obrero donde las clases populares sintetizaban las propuestas del socialismo utópico con una sencilla casa pequeña y unifamiliar donde se sentían seguros y sus habitantes propietarios.

Los adoquines bien colocados, eran escasos de ver en esa cintura madrileña de trazado incomprensible carente de pavimentación, alcantarillado y alumbrado público. La lluvia se tomaba el trabajo de aumentar la densidad de las capas de tierra compactada dejando un terreno vigoroso lleno de zanjazos como arañosos, por el que discurría el agua que regalaba el cielo y la doméstica donada por los vecinos sin desagües internos. Tampoco agua dentro de la casa, ¿para qué?, no tenían que tirar de la cadena.

Era un barrio atípico y singular, pero no faltaban los árboles que como hermosos doseles de moreras y algarrobos fue lo más identitario que tuvo el popular Barrio Obrero. La paradoja es que no todos eran obreros; también los había ociosos.

“García vino al mundo en «la nave»» una singular construcción de estilo neomudéjar que fue al principio almacén de anticuario y terminó como el enorme loft que adoptó su familia. Uno de los pocos de la época franquista”

Antes de que finalizara la Guerra Civil las autoridades «democráticas» del Frente Popular se marcharon a vivir de la política en los países que no les importaba seguir aguantando y alimentando a los crispados antifascistas. El Barrio Obrero, que no echaba en falta a sus comisarios políticos de la izquierda revolucionaria, tuvo que cambiar de nombre. Según el poder fáctico sonaba a «rojo». Rebautizado con su nuevo y cristiano nombre se llamó desde entonces ¡Barrio de San Vicente! porque la Iglesia católica afirmaba que los barrios populares no debían tener nombres que inciten a la Revolución.

Además de los pantanos, Franco hizo del plan nacional de la vivienda su principal argumento político. Sus frecuentes discursos de ¡apoyo ideológico! iban dirigidos a la familia, receptáculo de las puras esencias espirituales del hombre creyente leal y anticomunista adaptado al proceso de transformación de los grupos humanos alejados del modelo español y acercado al estilo medio africano que proponía el proletariado.

Acordada la transformación radical el grupo arracimado en el ex barrio obrero fue «invitado» a dejar el lugar. Terminar con la convivencia solidaria de sus habitantes expropiando sus propiedades. A cambio se les proporcionaría un pisito de cincuenta metros cuadrados con agua corriente, ducha y retrete dentro de casa. Un lujo para muchos, no para los que debían entregar a cambio sus socialistas casas con porche, huerto y jardín. Obligados a aceptar la arbitrariedad del trueque por no disponer de los contratos de propiedad. El gobierno republicano se las había entregado sin más tras haberlas confiscado a la clase burguesa... pensaban que la República sería eterna.

Las casas fueron derribadas y como primera medida se construyó un «Muro» que separaba el popular barrio obrero de la nueva Colonia de San Vicente, donde se establecerían por tiempo indefinido los oficiales y soldados de la base norteamericana establecida en Torrejón de Ardoz-Madrid. La Colonia fue «colonizada» por militares estadounidenses que venían a ¡proteger a los españoles de los comunistas!

A cambio de su protección los soldados americanos recibirían un chalé adosado de dos plantas jardín y garaje.

“Según el discurso intimidador y amenazante de Nikita Krushev nunca los españoles estuvieron más expuestos a la exterminación, ni España tan cerca de ser destruida por un ataque nuclear de la Unión Soviética”

El Muro no era tan alto y peligroso como el del Berlín Este, no había minas ni se disparaba a los que buscaban la libertad huyendo del paraíso comunista. Pero a ningún obrero, sindicalista o prosoviético que tanto hablaban de las bondades del comunismo les gustaba que los «soldiers» defensores y guardianes del capitalismo norteamericano estuvieran al otro lado del Muro. Tampoco los orgullosos militares americanos querían tener cerca a los rojos revolucionarios y anticapitalistas. No hablaban inglés.

La barrera que les separaba de sus vecinos españoles no era del todo suficiente, así que plantearon instalar un área similar al «Checkpoint Charlie» de Berlín para mantener lejos a los que no cantaban con ellos salmos en la iglesia.

Nadie estuvo de acuerdo. Cerrar el Muro por la parte sur suponía que los americanos perdieran de vista la calle del Caudillo de España y eso era una ofensa para el invicto Generalísimo que había dedicado un emotivo bando ante la inminente llegada de presidente Eisenhower:

«¡Madrileños! Se aproxima el momento de la llegada del presidente Ike Eisenhower. Debemos meditar sobre la significación de este viaje tan impresionante como periplo asombroso que recuerda la predicación de San Pablo y los días que el apóstol Adriano visitaba a pie las ciudades y pueblos del imperio romano»

Franco pronunciaba discursos con voz atiplada imposibles de digerir, pero quien tiene el control totalitario de los medios puede decir cualquier mentira, sin llegar a sonrojarse.

El singular San Pablo norteamericano vino España para dotar a su país de bases militares fuera de los Estados Unidos, dotadas de armas nucleares capaces de llevar a cabo con eficacia la doctrina Dulles:

“Plan estratégico de represalias masivas contra posibles ataques atómicos soviéticos sobre suelo norteamericano”

Franco se declaró neutral en la II Guerra Mundial. Recién terminada la Guerra Civil española no estaba en condiciones de unirse a los Aliados para destruir a Hitler y Mussolini. Además, tampoco era muy correcto por su parte declararles la guerra a los que le habían ayudado a ganar la suya contra el comunismo. Su negativa no sólo le costó el odio de Stalin, que ya lo tenía. La indiferencia de Churchill, que ya la tenía.

Le costaría los duros reproches del presidente Truman que cuestionaba la falta de libertad religiosa mantenida por su Gobierno. Harry S. Truman era bautista y masón.

El presidente Truman no perdía la oportunidad de acusar a Franco de dictador, perseguidor de masones y antisemita. Declaraba sin pudor que no le gustaba él, ni le gustaban los españoles. Sin embargo, todo era de cara a la galería. Por detrás y en secreto Truman y Franco se entendían y negociaban en secreto.

Las verdades ocultas de los presidentes de los Estado Unidos también pasaron por el desleal y mentiroso presidente Roosevelt. Desleal en su vida íntima y mentiroso por presumir de haber disparado contra soldados españoles que según él huían aterrorizados en la batalla más sangrienta de la guerra de Cuba: «Corrían como cerdos» —dijo presumiendo de valor cuando recibió una medalla por su «heroico acto».

“En realidad, es cierto que disparó su arma contra un español. Rendido y desarmado le disparó por la espalda. El presidente que se desplazaba en silla de ruedas se definía como defensor de la superioridad de la raza anglosajona y germánica. Despreciaba a los indios, aborrecía a los hispanos y odiaba afroamericanos. Calificaba a todos como seres inferiores”

El exceso de estimación yanqui se hacía notable con quien invadía su «colonia». Este hecho incalificable convertía el pito de sus Cadillac en ametralladoras Browning calibre 7.62 con las que barrían al intruso. Ante este maleducado comportamiento el abuelo de García se llevaba los dedos al sombrero y les respondía con un saludo.

En una ocasión no fue un solo Cadillac, sino dos, los que le dedicaron un concierto de claxon con la única intención de espantar al caballo y derribara a su jinete. Esta vez resulto más efectivo. Los desagradables pitidos estimularon el esfínter del caballo que con media sonrisa dejó en la calle una copiosa cadena de humeantes boñigas.

Pronto aquel espacio vital lejos de integrarse en la comunidad vecinal se convirtió en un pequeño Puerto Rico con militares de distinto color de piel y «lagartonas» teñidas de rubio platino. Atractivas jóvenes que habían pasado el «casting» para tener papeles de protagonistas en los clubs y locales de alterne. Los americanos las liberaron de este remunerado trabajo y los españoles se lo agradecieron de todo corazón.

Las interesadas y compulsivas ex consumidoras de «sorbitos de champán» olvidaron pronto su origen tachando de tercermundistas a los del otro lado del Muro. Del mismo modo trataron los colonos americanos a los sioux de Dakota y los apaches de Nevada.

Por su anterior vida desordenada las rubias que ahora vestían ajustados pantalones de colores no permitían el roce afectivo de sus rubitos «children» aclarados con manzanilla con los chicos del barrio: «No os acerquéis a ellos, no pertenecen a nuestra clase».

Los arrogantes boys con tejanos y camisa de cuadros presumían de los exclusivos juguetes que papá yanqui traía del economato de la base aérea militar. Pistolas que simulan disparos y lanzaban humo por el cañón. No les servían de mucho. Corrían despavoridos cuando eran atacados por los chicos del barrio, que arremetían con furia contra ellos con su espada de madera y un escudo de tapa de cacerola.

No obstante, el honor de aquellos bravos muchachos de barrio pobres en recursos, pero ricos de corazón, les obligaba a ser guardianes de los vulnerables muchachitos de la «colonia». Protegerles de las pandillas de otros barrios que les quitaban la bicicleta, robaban sus juguetes y se meaban en los tapacubos del Cadillac del papá americano.

«Una cosa era el desprecio que sentíamos nosotros por nuestros americanos y otra el inaceptable desprecio que sentían los chicos de los otros barrios».

Durante la Reconstrucción nacional el miedo atenazaba y paralizaba las acciones de grupo. Los expropiados arrojados de sus calles de trazado incomprensible tuvieron que aceptar su destino. Cambiaron su ambiente bucólico y familiar por grises bloques de colmena reservados para las masas desheredadas que había que depurar.

El poder los dispersó. Juntos eran fuertes, separados dejaban de serlo.

El derrotado vino rojo perdió su calificación, marcado e identificado bajo un riguroso plan de seguimiento. Con proceso de control certificado por la cadena de custodia.

La dolorosa disgregación de la sociedad unida por el común sentimiento de lealtad y fidelidad a sus principios fue la causa de que otra sociedad, más dócil y conformada, ocupara sus calles dejándolas morir... porque a nadie le importaba.

Ella... Rosalía... la que nacía en José, y en Manipa terminaba.
La que llenó la posguerra de brechas, y estrechas zanjas,
con casas de rejas negras, y flores rojas y blancas.

La que dejaron desnuda cuando fue tan maltratada,
la que abrazó tantos muertos en una guerra malvada.
La que ofreció en sacrificio sus ladrillos y ventanas,
la que gritó ¡no dispaes!, a quien nada le importaba.
Ella... Rosalía... la que nacía en José, y en Manipa terminaba.

Rojos muros de ladrillo socavados por las balas,
puertas de cinc y madera, con cañones por aldabas.
A los lados de la calle, las moreras aterradas,
por un algarrobo viejo, que de noche les contaba,
el saqueo de ambos frentes que al pueblo llano arruinaba,
condenándolo al destierro... porque a nadie le importaba

Sí, Rosalía, ¡mi calle! tan triste, tan despojada,
La que sufrió por sus hijos cuando vio que se marchaban,
al ver caer a sus casas, que por pobres derribaban.
La invadida en la posguerra por la clase conformada,
que dejó morir mi calle, porque a nadie le importaba.
Ella... Rosalía... la que nacía en José, y en Manipa terminaba.



Capítulo IV

Voyeristas juveniles, o el despertar del sexo:

Toda acción social tiene efectos buenos, malos, deseados o indeseados, según sea el ambiente donde se desenvuelve la vida de los actores. García tuvo que acatar las reglas impuestas del entorno, no acatarlas era sufrir la exclusión. Dicen los mayores; que de esto saben más que nadie, que la moralidad se mide cuando el sujeto se encuentra solo, sin ser observado por nadie... y yo estoy de acuerdo.

La sociedad impulsada por la larga y sufrida posguerra obligaba a actuar bajo un rígido comportamiento. Sin que tuviera mucho que ver en ello la dictadura. Los actores sociales que ocupaban la base de la pirámide no estaban preparados; se revelaban, y no las obedecían por ver las repercusiones que sus acciones obraban en los demás.

«Vive según tu criterio, no sigas las reglas establecidas» —máxima de los que no conocían el significado exacto de la palabra criterio—. Su forma de actuar obedecía a ciertos fines. Su escasa formación les hacía a veces actuar por inercia; otras por costumbre o tradición irrazonada y las que más por seguir la voluntad de la masa.

Existe en Madrid un tramo de la M-30 que por extraña circunstancia o misteriosa maldición obliga a los coches a formar cuatro filas de vehículos bajo el Puente de Ventas. Un que siempre estuvo ahí, pero con una imagen bien distinta.

“La circunstancia se debe al exceso de circulación. La maldición, al grupo de gitanos expulsados de aquel único lugar”

Dejando a un lado las creencias sin fundamento racional sobre los poderes mágicos del liante pueblo gitano siendo muy joven; apenas el chico tenía nueve años, a García le instigaron a presenciar un impúdico espectáculo protagonizado por seres despreciables del eslabón más sórdido de la cadena de miserias.

Al muchacho le dijeron de ir a los miseros y empinados barrancos del Puente de Ventas, junto a las cocheras del Metro y frente a la Monumental plaza de toros.

Se trataba de tirarle piedras a las que ofrecían sexo consentido a los hombres que acudían al lugar por un «duro», la moneda con la cabeza de Franco que ocupaba toda la pieza. Popularmente en toda España se conocía a la moneda por el «duro cabezón».

«Chaval te vienes con nosotros, serás el responsable de dar el queo».

García se sintió orgulloso ¡Ni más ni menos que el responsable de dar el queo! ¡Los mayores de la pandilla le invitaban a cruzar la línea que les separaba de los mocosos!

Las chicas escandalizadas afearon la perversa conducta de los que se daban la vuelta para mear en la calle; sobre todo, si lo suyo no era para presumir. Las chicas tenían razón, hay cosas que no deben ver los que todavía se mean en la cama.

Sin embargo, García decidió ir. Palpó el tirador que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón y dijo a sus nuevos camaradas que estaba dispuesto para la aventura.

Con sólo nueve años el chico estaba pez con la parte material atribuida a los instintos y el deseo sexual. Sus instructores de barrio no lo hubieran definido de ese modo tan cursi, sino con la lascivia que le correspondía a ese preciso momento:

«Mira chaval, hoy vas a saber lo que es una puta».

El muchacho no supo que responder. No quería mostrar debilidad ni dudas sobre el tema. Desconocía si ser «puta» era bueno o era malo: la apócope de prostituta se usaba en los lugares en los que se suprimían letras para darle a la palabra la necesaria carga despectiva y si se le añadían ciertos vulgarismos, mucho más.

Viendo tal menester consensuado sin que exista relación afectiva entre hombre y mujer, sin más criterio que pagar un duro por echar un polvo, ofrecería al chico el juicio de valor para saber si eso de ser puta era algo bueno; malo, o servil y miserable.

Cuando el grupo llegó al lugar donde se practicaba lenocinio al aire libre el grupo de chicos tomó posesión de los palcos y plateas del improvisado teatro y examinaron la escenografía. Por un lado, la valla de las cocheras del Metro, una pared de ladrillos rojos que iba desde el puente hasta el poblado gitano, plantado en el cauce seco de arroyo Abroñigal —ni se sabe desde cuándo—, como una miserable almáciga destinada a criar champiñones. Docenas de miserables chabolas de materiales de desecho, cajones de pescado y provocativas chapas sacadas de las latas de escabeche y jamón cocido que hacía recordar a los gitanos que para «jamar» hay algo más que las patatas.

No era de extrañar que los «churumbeles» gitanos arremetieran ladrillo en mano contra los escaparates del colmado cercano para «colmar» la angustia.

Por otro lado, estaba el antiguo asentamiento de los conocidos como «traperos», recuperadores de lo que arrojaban los burgueses y la clase acomodada a la basura, sin otra compensación que sacar de los apartijos comida para los animales, entre ellos algunos de la familia.

Parece mentira que toda esa podredumbre floreciera tan cerca de la bonita Quinta de La Fuente del Berro, donde existen todavía las fuentes donde brota el agua que otro tiempo estuvo reservada para el consumo exclusivo de la familia real española y donde pueden verse docenas de ceremoniosos entorchados de gala decorando el plumaje de los pavos reales que habitan en sus bien cuidados jardines.

Todo en la vida obedece al concepto fundamentado de la dualidad, así que en su mísero entorno no sólo carecían de agua, sino también de esos lugares sanitarios donde el organismo elimina sus residuos tras un parapeto natural, o una vulgar pared.

La particular manera de obrar en cuclillas de los «sin retrete» y el dicho popular de «quien caga en el campo se limpia con un canto» recomendaba en las pedreas callejeras no coger una piedra si estaba junto a una mierda.

Cuando la panda de muchachos echó cuerpo a tierra sobre el borde del barranco su primera mirada fue hacia la cantidad de cagadas de diferente color, tamaño y densidad que había entre los montones de piedras y cascotes dejados allí sin orden ni concierto.

Entre los montones, un oscuro revoltijo hombres de todas las edades desde donde partían cuatro colas perfectamente formadas en fila india. En cada una de ellas los tipos impacientes que esperaban su turno comentaban cosas que al parecer venían a cuento. Algunos calentaban motores metiendo la mano en el bolsillo del pantalón, un bolsillo que quizá no tuviera forro. Algunos machos de la posguerra, gracias a Dios no muchos, ensayaban formas y maneras que mejor saciaran sus impulsos sexuales, consensuados o no. El sexo no afectivo era lo más común entre los que no creían en la estable relación.

La oferta de dinero fue el motor que puso en marcha en aquellos malos años el quehacer de las putas... con perdón por la palabra... desde la más refinada contratada por políticos y burgueses a la más degradante reservada para el amoral sin escrúpulos a la vista. Aquel día eran cuatro mujeres las que realizaban la «facultad» encuadrada en la baja escala de valores... «follaban» en el suelo.

Su situación y forma de vida era producto de la profunda incultura, pobreza y escasa formación de la clase a la que pertenecían, con el agravante de la marginación y miseria que empuja a la conducta antisocial a quien ofrece sexo callejero fácil y rápido previo pago anticipado.

García vio por primera vez en su vida el poblado triángulo de pelo negro y rizado que tienen las mujeres entre las piernas. Jamás lo hubiera imaginado. Nada que ver con lo que las pudorosas niñas del colegio tenían debajo del babi.

Dos eran gitanas, se delataron por su particular manera de hablar y su acostumbrada voz en grito con la que apremiaban al lujurioso «paganini» de turno para que se aliviara cuanto antes y no amontonar la faena... no podían llevarse trabajo a casa.

Las otras dos de piel más más clara y pelo ensortijado... en de la cabeza... eran «payas»: palabra peyorativa con la que describen los gitanos a las que no pertenecen a su raza. Estas, más calladas o discretas, se dedicaban a su agitada y poco remunerada tarea sin hablar demasiado, sólo alguna observación con voz elevada relacionada con su atractivo sexo para estimular el miembro viril del guarro de turno que venía después.

También alguna palabra excitante como publicidad subliminal de su depurada destreza.

La mayor de las cuatro hacía el «trabajo» con la postura del misionero; esto es, acostada boca arriba sobre un vulgar y ordinario mantel de hule con dibujos de árabes montados a caballo. Bastante común en aquella época.

Con este estilo tan conservador no estaba obligada a mantener el equilibrio, como lo mantenían las compañeras más jóvenes y preparadas para poder hacerlo de pie o a lo musulmán, que obliga a estar de rodillas y con el culo mirando a La Meca.

Problema. Las que utilizan el suelo para apoyar todo el cuerpo y tienen que subirse el vestido hasta la zona del sujetador no pueden escaparse de las redadas de los guardias civiles, vigías inflexibles de la ortodoxia imperante ordenada por sus mandos.

Las que lo hacían de pie, ante el ímpetu desproporcionado del que se animaba en exceso, buscaban algún apoyo para no caer de espalda: un trozo de pared, el tronco hueco de un árbol quemado ¡El volquete de un viejo camión ruso abandonado!”

La singular postura de la avutarda obligaba a mantener levantada una pierna en el aire para facilitar el acceso carnal al varón. Problema: la excesiva sesión de tarde y noche obligaba a buscar algún apoyo para la pierna implicada.

Una de ellas elevaba la pierna poniendo el pie en una pila de ladrillos. Otra usaba el cinturón de su pareja que andaba por allí sujetando el pantalón con una mano y con la otra contando las veces que montaban a su mujer o pareja y los «servicios» atípicos de doble tarifa. La cuarta más creativa levantaba la pierna poniendo el pie sobre una lata de tomate, detalle con lo que se puede deducir que «hijo de puta» no es un insulto, sino la apócope de «tu madre pone el pie en una lata de tomate».

La tarifa plana no contemplaba alteraciones creativas aportadas por el cliente, posturas que dificultaran el contacto visual de la mujer con el penetrador. Si podían hablar; incluso insultar, si con eso se motivaban y terminaban antes. En general lo que más se escuchaba era al voceras del cliente que voz imperante exigía a la mujer que moviera el culo; como si fuera fácil, bastante tenía la pobre con mantener el equilibrio sin abrazar al sucio parroquiano.

Existía un código moral entre las que ponían la pierna en alto por un duro cabezón. Un conjunto de reglas no escritas que eximía a las mujeres de prodigarse en exceso en sus demostraciones afectivas. También esquivar euforias malentendidas por si su novio o pareja las visitaba en horas de trabajo. Otra cosa más; quizá la más importante, debían controlar sus emociones y evitar malas interpretaciones de sus fingidos jadeos utilizados con la única intención de apremiar al cliente y no se hiciera eterno lo que tenía que durar unos minutos. Los que se creen capaces de emocionar a una afanosa vendedora de sexo de baja calidad, o ser artífice de que consiga un orgasmo, deberían saber que las horas de trabajo les hace un callo en el vestíbulo vaginal. Son insensibles, muy pocos consiguen arráncales un eufórico y gustoso ¡Viva Cartagena!... ni pagando vamos.

—No lo vais a creer, se ha corrió la tía —vulgaridad del necio que recién había consumido en nada de tiempo su turno. Se quería justificar.

—Pues si esa guarra se va conmigo me devuelve la pasta. —aportación espontánea y lasciva del que cumple su fantasía sexual viendo mover el culo a otro.

—¡Ya! —contestación del recién «atendido»—. Me ha dicho que cuando se despeje un poco la faena me hace un dos por uno, como en el súper.

—¡Qué suerte, tío! —aportación de otro alterado mirón que se «tocaba» sin disimulo para auto complacerse.

—Pues sí, hermano ¡La tía se ha quedao prendá con este paquete! —dijo el primero señalando el lugar donde había metido entre rejas al protagonista de la hazaña.

Los inocentes usuarios del previo pagado sexo consentido persiguen la quimera de la gratuidad; esto es, no tener que pagar, hacerlo gratis. Además de proporcionarle a la chica un satisfactorio orgasmo que la vuelva loca, y que sea la golfa quien le pague a él.

Como sueño todo eso está muy bien. Pero el sueño se rompe cuando escucha...

—¡Oye! que yo no me corro ni con Gary Cooper, así que abrevia que aquí se viene a evacuar, no hacer el gilipollas.

Es la cruda realidad, las putas no se corren, apremian.

Cuando el primero de la fila era requerido para entrar en acción se acercaba a la mujer pavoneándose. Miraba a los lados con suficiencia pomposa y prepotente; pagaba el duro, y dejaba caer los pantalones para meter la carne en el asador.

Terminado su turno —si era limpio—, se retiraba para lavarse el aparato reproductor con su propia orina. Tras el secado de genitales, sonado de mocos y eliminación de restos de sudor en cara y cuello, guardaba el pañuelo en el bolsillo pensando que no hay nada mejor que la propia higiene. Los sucios no hacían nada, se la guardaban sin más.

La higiene de las féminas era algo distinta, sin tiempo que perder pasada de trapo de abajo arriba y... «¡El siguiente!»

En aquel muelle de embarque nadie temía al coco de los contagios. Se podía coger de todo; sin embargo, nadie usaba preservativo. Para aquellos usuarios el condón era cosa de señoritos. Con dos duros a nadie se le ocurriría comprar uno... echaría otro polvo.

Todo fue un engaño. Los chicos mayores del barrio no querían ir a tirar piedras a las que vendían los cupones en la tómbola de las enfermedades venéreas, sino ver lo que necesitaban para estimulase así mismos. Los que juegan al póker dicen que si no ligas una buena pareja... mejor tener buena mano.

La intención de los aprendices de voyeur no era terminar con el espectáculo para ellos tan motivador. No para García. Para él fue la burla en la que había caído sin intención. No, aquello nada tenía que ver con la pureza, feminidad y perfección de la unión carnal de dos personas que se aman. La luna del arroyo le mostró su cara oscura, la que oculta la carnalidad, el vicio y la perversión del ser humano.

“Aquello sería la muerte si no se defendía. No la muerte física, la muerte del alma. La muerte del pensamiento”

Se sintió solo, decepcionado, desesperado. La primera vez que vio el acto —que años después resultó y comprobó por sí mismo que era maravilloso—, fue de esa manera tan burda, sucia, depravada y fea. Gente dispuesta en fila india. Cuatro colas como las que se formaban en tiempos de las cartillas de racionamiento, para conseguir el pan.

Confundir al muchacho no fue buena idea. Tampoco herir sus sentimientos. Tenía que pasar algo... y pasó... García sacó del bolsillo el tirador y lo cargó con una de las bolas —en este caso la de acero—, que usaba para jugar a las canicas. Tensó las gomas a tope y ¡Zaaasssss! Consiguió alcanzar la lata de tomate atravesándola de lado a lado.

Tras agujerear la lata la bola siguió su camino: rebotó en un pedernal que hizo añicos y terminó golpeando el contenedor de hierro del camión ruso abandonado produciendo un campanazo que puso a los de abajo los pelos como púas de puercoespín.

Menos al que tenía la cabeza con la misma cantidad de pelo que tenía en el culo.

La mujer que estaba haciendo su monótona faena con la espalda en el contenedor dio un estridente grito y todos pensaron con horror que la Guardia Civil estaba allí y les habían disparado. Se armó follón de mil diablos. Los de abajo miraban a los espías gamberros de arriba y los chicos del barrio querían linchar a García por privarles de tan gratificante espectáculo erótico.

Otra cosa fueron las mujeres. Gritando y aterradas corrieron arroyo abajo porque estaban acostumbradas a correr delante de los guardias civiles, pero era la primera vez que disparaban. Los gitanos que vivían por allí salían de sus chozas gritando ¡redada! a la vez que disparaban sus propias armas de fuego contra todo bulto sospechoso.

Pasado el primer susto los de abajo decidieron lapidar a los fisgones de arriba que se divertían a su costa viéndolos mover el culo. Las piedras empezaron a volar en una y otra dirección, pero sin la obligada y preventiva revisión de las recogidas en el suelo por los furiosos que pronto vieron, y comprobaron con horror, de qué se estaban pringando las manos.

Subido sobre un montón de cantos rodados García tenía más munición que nadie; munición limpia se entiende, que salían de su tirador y apedreaban tanto a los de abajo como a sus colegas de arriba, que no entendían la rebeldía de su joven aliado.

Las piedras traídas —del no muy lejano río Jarama—, eran pequeños proyectiles de protesta contra los que no tuvieron en cuenta que algo tan sucio y fuera de lugar puede provocar en un niño de nueve años trastornos de personalidad. Puede que Freud lo diga de otra forma, pero ¿con qué derecho? le mostraron al chico el lugar donde los amoraes entierran en negras y sucias cenizas sus prácticas degradantes y hábitos inmorales.

Todo quedó grabado sobre el lecho del desaparecido viejo arroyo. Situaciones de libertinaje, de entrega y vicio desenfrenado, donde cuatro mujeres de baja condición moral habían formado cuatro colas de miserables mezquinos que esperaban su turno para acercarse un poco más al infierno.

Los coches que se ven obligados a formar cuatro filas de vehículos en la M-30 miran siempre con recelo y precaución hacia el Puente de Ventas. A veces los coches reciben en el parabrisas el golpe de una diminuta piedra que deja su marca en el cristal.

Nadie ha sabido nunca el origen de las piedras. Nadie sabe de dónde vienen.

Tampoco nadie ve que entre la niebla que provoca el pasado un joven disparaba su tirachinas con certera precisión. En su pecho luce orgulloso la «garza plateada» símbolo que representa el escudo de armas del apellido García.



Capítulo V

No le des la espalda al viento:

Era un hombre confiado y pacífico, un burgués intelectual que quiso engañarse a sí mismo creyendo que la gente del entorno social del barrio obrero donde nació García actuaba de manera adecuada en cada situación. No era así, cada individuo por costumbre o estrecha formación no actuaba igual solo, que rodeado de un grupo. Era soltero y no tener mujer o pareja en los años 1950-60 era llevar los dardos de la crítica clavados en la espalda... «Ese tío pierde aceite»... aforismo muy usado por la sociedad confundida del «franquismo desarrollista» que rechazaba el alejamiento, por pequeño que fuera, del binarismo de género. La diversidad sexual era pecaminosa para unos, delito para otros y hubo que esperar hasta 1990 para que la OMS la retirara de su lista de enfermedades mentales. En las décadas 50-60 el férreo control coercitivo del ejército franquista se orientó más hacia el control político. El moral quedó en manos de las fuerzas de Seguridad del Estado y la crítica de la Iglesia, garante de la conciencia colectiva de la sociedad que tenía en la superioridad del hombre y su virilidad como valor supremo y a la mujer como instrumento de perpetuación de la raza, rol en el que la homosexualidad tiene poco que hacer.

“La orientación sexual no fue una preocupación prioritaria para la dictadura. Sí modificó la «Ley de Vagos y Maleantes» impulsada por la Republica en 1933 incluyendo en esta ley la condena a las prácticas homosexuales”

Roger Felman, el culto personaje al que iba dirigido el infundado «Ese tío pierde aceite» nada podía hacer contra esa gracia o aprovechamiento moral sin sentido contra su persona. Sospechar que era homosexual estaba lejos de la realidad, pero en aquel desdichado barrio obrero plagado de buenos y malos pecadores quien no compartía su vida con un culo gordo era acusado de «rarito» o maricón.

A míster Felman su carácter amable y educado, la culta conversación y el gusto refinado en el vestir le traía muchos problemas, sobre todo con las féminas del lugar que no entendían por qué no aprovechaba lo que ellas le ofrecían. Sexo a tope.

Rechazar las ofertas que le ofrecían las jóvenes atractivas y de buen ver, a las que los exacerbados machos heteros no podían llegar ni con una escalera, levantaba pasiones en el vecindario. Los varones, la mayoría poco atractivos, para «mojar» estaban obligados a comprometerse con cualquier palo de escoba que llevara faldas, sin tener que fijarse demasiado en su figura. Los heterofascistas del lugar sus fracasos justificaban sus fracasos poniendo en circulación sentencias que poco o nada tenían que ver con la educada persona de R. Felman, que por sus continuos rechazos a encamarse con las ofertantes minó la autoestima de las mujeres que resentidas empezaron a odiarle y hacer circular rumores cuestionando su dudosa virilidad.

Estaban equivocadas a Felman le gustaban las mujeres, sobre todo las jóvenes que aún se conservaban vírgenes. Algo poco común teniendo en cuenta las penurias. Pero su pensamiento heteroacomodado le aconsejaba no conformarse con una yegua, si podía tener una cuadra entera. La cuadra la tenía en un exclusivo club de lujo aparentemente furtivo que fue intocable durante la etapa de la dictadura. Catalogado como cliente súper VIP la celestina del club babeaba de gusto al verle llegar pensando en el cierre de caja que tendría su lujosa casa de alterne ese día.

R. Felman ganaba el dinero a espuestas con el negocio del hambre. Terminada la Guerra Civil de 1936 fue el Estado quien se encargó de regular la especulación del pan, alimentos, tabaco y combustible considerados por los delegados de abastos sujetos a racionamiento. Las famosas cartillas de racionamiento se dedicaron a distribuir los artículos intervenidos por el Gobierno y su resultado llevó a la sociedad a sufrir el «estraperlo», actividad ilegal que comercializaba los artículos intervenidos por el Estado por encima de su valor.

“Las traídas y llevadas cartillas de racionamiento fueron creadas con carácter temporal. La «temporalidad» fue desde el fin de la contienda civil en 1939 y se mantuvo durante la posguerra hasta 1952”

Durante trece años muchos se hicieron ricos amasando fortunas con el mercado negro. Uno de ellos el aparentemente amanerado míster Felman, suministrador de una extensa y poderosa red dedicada al estraperlo y de una red comarcal de estraperlistas que le hacían rico sin que él tuviera que exponerse. La tela de araña de la Autoridad es infalible para cazar moscas... pero inútil para atrapar pájaros.

El que gana el dinero con facilidad lo gasta con ligereza y Felman se valía de sus pingües ingresos para pagar sus caprichos de rico. Legales e ilegales. Los «ilegales» pasaban por satisfacer sus caras «fantasías eróticas de rey» envolverse con una joven mujer virgen con la que satisfacer sus más íntimos y reservados deseos de sultán.

Franco vigía de la ortodoxia y las buenas costumbres puso el foco en las casas de lenocinio que fueron consensuadas y autorizadas por el gobierno de la Segunda República. Se trataba de erradicar el sufrimiento de muchos jóvenes de ambos sexos que por hambre, necesidad o falta de oportunidades se veían obligados a proporcionar los servicios sexuales de extensa gama a cambio de dinero. Estos turbios negocios sin pudor enriquecían a sus propietarios y llenaban los bolsillos de los miembros de la Autoridad que simulaban proteger las buenas costumbres recibiendo sustanciosas sumas de dinero a cambio de su discreta permisividad.

El lujoso club en los alrededores de la Red de San Luís, estrechamente controlado y vigilado por los vigías del pensamiento franquista, era frecuentado por la satisfecha sociedad burguesa que acudía a satisfacer sus eróticos caprichos y placeres mundanos.

Todo el edificio, donde se había ubicado el lucrativo negocio del sexo, pertenecía a una poderosa familia perseguida por el nuevo orden antimasónico que, por miedo o precaución, se había trasladado a otro país más amable y habían dejado en la dirección a una persona cercana a la discreta institución iniciática.

El staff femenino estaba formado por jóvenes profesionales de extraordinaria belleza, más el grupo de diletantes que acudían al ser llamadas por la madame si eran requeridas por un caprichoso cliente. Trabajaban por dinero; para mejorar su economía, comprarse un bolso de marca, o porque les atraía la aventura. En el siglo XXI lo harían para comprarse un iPhone.

Había un segmento que habían sido presentadas al local por el proxeneta que las había descubierto y tenían adquiridos los derechos de explotación. Otro el de las jóvenes obligadas por el pensamiento tercermundista de su familia a vender su «primera vez» por una buena cantidad de duros. En este caso billetes grandes. La mamá inductora y apoderada con derechos exclusivos y poderes de representación negociaba la parte que correspondía al trabajo de la muchacha y cerrado el trato daba las últimas instrucciones a la que entregaba su pureza al mejor postor. La celestino-mamá esperaba en el cuarto contiguo donde se ejecutaba la consumación sentada en una mesa camilla tomando café y según que, más de una copa de anís, si la perforación resultaba algo costosa.

Cada recibimiento se hacía observando un trato exquisito. La madame exigía a sus empleados que observaran las más estrictas normas de cortesía. Era preceptivo que los clientes se sintieran cómodos y relajados. Un saludo cortés con una chispa añadida de familiaridad se consideraba una motivada bienvenida.

—¡Qué alegría monsieur! —la madame enfundada en un carísimo vestido color esmeralda simuló un abrazo en el aire—. Me hace muy feliz verlo de nuevo mon ami.

—¡Señora, cada día que pasa soy más cautivo de su belleza! —rozó él con sus labios la mano que le tendía la madame.

—Siempre tan galante querido amigo —contestó la madame envolviéndole con su atractiva figura—. ¿Una copa?

—Sí gracias, pasemos al bar —dijo resuelto R. Felman—, hoy vengo especialmente motivado.

Recorrieron ambos el espacioso vestíbulo camino hacia un más que amplio y lujoso salón donde se encontraba el bar. Ella iba amorosamente prendida del brazo del caballero que aceptaba sus coquetos roces sintiendo un leve cosquilleo erógeno y gratificante. Ni el mismo Juan de Villanueva hubiera decorado mejor aquella casa, digna representación del neoclásico construido en Madrid durante el siglo XVIII.

Sus muebles de nogal y caoba, algunos hermosamente taraceados y acristalados, soportaban jarrones y relojes dignos del mismo Palacio Real. Los suelos eran de madera de Guinea y estaban cubiertos en parte por alfombras de La Real Fábrica de Tapices de Madrid, las lámparas de cristal de roca eran obra de la Real Fábrica de Cristales de La Granja y las paredes, hermosamente tapizadas a juego con las altas cortinas, convivían en justa armonía con los frescos de los altísimos techos de toda la casa.

Los cuadros de las paredes, aunque copias, eran muy, muy caros. Las flores y espejos. Siempre presentes en estos locales se habían colocado estratégicamente como complemento a la lujosa decoración por una mano experta, seguramente un decorador afeminado con mucha experiencia. El barman parecía haber salido de un cuadro de Renoir. Secaba un vaso de vidrio tallado inmaculadamente limpio y al ver acercarse al caballero acompañado por la madame se le iluminó toda la cara porque conocía a R. Felman y sus espléndidas propinas.

—Bienvenido a esta que es su casa señor —su sonrisa deformó por un momento su historiado bigote y la camarera saludo con una ensayada y versallesca genuflexión antes de retirarse hacia las habitaciones con un servicio de té para dos.

—¿Champán mon ami, algo más fuerte? —preguntó la madame con una mirada sensual mientras adelantaba sus rojos labios planteando una amatoria promesa. No una promesa de ella, la madame sólo se acostaba con su camisón de seda natural.

—Está bien, si usted me acompaña. —contestó R. Felman acariciando su mano.

—Tomaré una copa monsieur, pero permítame unos minutos, quiero prepararle algo especial.

—¿Una joven nueva? —preguntó sonriendo con picardía.

—Un privadísimo capricho, una joya digna de usted...

«Una virgen» —pensó R. Felman—. «Perdona cartera».

—... Una golosina, se lo aseguro —seguidamente se retiró.

El barman sonreía mientras servía el champán, pero a medida que llenaba la copa se llenaba también de esa corrosiva tristeza que enturbia y provoca la envidia de los que se consideran poco afortunados. Empezó a sentirse mal porque el cobista y estirado cliente disfrutaría de lo que él nunca llegaría a conseguir. A los envidiosos no le molesta el hecho en sí, lo que les molesta es la felicidad de otro.

Le hubiera deseado cualquier cosa negativa para que fracasara en el encuentro con la nueva... becaria... pero en lugar de hablar de ello y de su amargura preguntó:

—¿El champán está a la temperatura adecuada señor?

—¡Eh!... si, gracias... perfecto —contestó R. Felman y levantó la copa proponiendo un brindis al espejo que tenía el camarero tras él.

El salón estaba medianamente concurrido. Había caballeros repartidos en distintos sillones estilo imperio charlando y bebiendo whisky de importación, claro signo de poder y ostentación de la clase burguesa. Acompañados de bellas señoritas, ¿por qué no?, estaban allí para eso. Las jóvenes damiselas reían sus heterochistes para motivar el heterosentimiento de vanidad y pasiones incontroladas que terminarían con buena parte del contenido de su cartera.

No faltaba el inevitable grupo de mirones de siempre. Los tímidos personajes que pasan el tiempo dibujando en el aire sus propias fantasías. Ilusiones que son difíciles de conseguir sin decir la temida frase que no gusta a los tacaños: «perdona cartera».

Por otro lado, los discretos y antiguos clientes. Caballeros encantadores de edad abultada, «superadultos» que no pierden en ningún momento la sonrisa. Pasan allí la tarde charlando, tomando té o café, leyendo la prensa del día y ojeando los artículos de las caras revistas que con exquisita cortesía se reparten por las mesas del salón.

Sabios madrileños dispuestos a repartir consejos gratuitos a quien solicita su ayuda.

«Querido amigo, cuando llegue usted a mi edad comprobará que nuestros objetivos cambian con el mismo ritmo del paso de los años. Usted piensa ahora que la vida sin sexo no es vida. Verá como sí. Es tan atractiva que no se debe renunciar a nada por la llegada a traición de las tempranas y complejas interacciones psicológicas que merman nuestra fuerza y confianza para salir airosos».

La llegada de la madame saco a R. Felman de su discreta observación. Se volvió hacia ella y preguntó interesado si todo estaba en orden.

—Niquelado —y era cierto por su cómplice sonrisa—. Le espera en la suite que a usted le gusta. La del ventanal que da a la Gran Vía.

R. Felman hizo un gesto de aprobación y tras tomar un último sorbo de champán se dejó tomar por el brazo de la madame que le acompañó hacía el trozo de cielo donde le esperaba un ángel. El barman le despidió con una falsa sonrisa y un retorcido deseo de fracaso: «Espero que no se te levante y hagas el ridículo ahí dentro cabrón»

La suite, amplia y neoclásica, estaba decorada con muebles y cortinas que caían desde el techo con el palaciego estilo imperio. Un soberano lujo. La cama, una king size con el tamaño de una pequeña plaza de tientas, estaba ricamente engalanada para que ella ocurriera cualquier tipo de acontecimiento. Un bonito ¡viva Cartagena!

—¡Hola! —oyó decir a algo parecido a una sirena que escondía su parte de pez entre las sábanas de seda de la cama, tan amplia que la chica parecía allí perdida.

—Hola querida, ¿cómo estás? —tranquilizador saludo con el que Felman quería tranquilizar a la joven que iba a ser penetrada.

—Nerviosa... yo... es que...

—Ya sé, es la primera vez —dijo para tranquilizar a la joven.

—Sí

—Bien. No te preocupes, saldremos de esta juntos.

—¿Vale?... gracias.

—De acuerdo, relájate. No hay prisa, tenemos todo el tiempo del mundo.

Se fijó en la muchacha, habían elegido para ella un peinado muy juvenil, con bucles que caían en cascada sobre sus hombros y un ligero toque de sombra de ojos, dos esmeraldas elegidas por un artista joyero y engarzadas en una bonita cara de ángel.

No llevaba apenas maquillaje, lo justo para volverle loco de pasión. Ella bajó de la cama y tímidamente apoyó los brazos sobre los hombros del elegido para hacerla sufrir; o gozar quién sabe, la pérdida de su virginidad.

Sintió como si un volcán le hubiera envuelto con su aliento, una sensación tan agradable que no sentía desde... desde... bueno, no hacía tanto tiempo.

Era más alta que él, a pesar de que andaba descalza besando con sus pies la gruesa alfombra de la Real Fábrica de Tapices. Llevaba una corta prenda semitransparente de seda blanca que permitía ver con claridad su cuerpo delgado, pero lleno de mareantes curvas. Su pecho, pequeño y desafiante, le produjo a Roger un escalofrío cuando la chica se pegó a él para quitarle la chaqueta y besarle dulcemente en los labios. Miró hacía abajo y la vista de la braguita de un suave color rosa se le secó tanto la boca que no tuvo otro remedio que ir a la mesa, donde había una hielera de plata con una botella de champán sabiamente escogido y dos copas, tan altas y orgullosas como las torres de una catedral.

—¿Te gusta el champán? —dijo recuperando el aliento.

—Me hace cosquillas —y juntó suavemente su cuerpo contra la espalda de él acariciando su pecho y la cintura.

Descorchó la botella llenó las copas y bebieron lentamente mirándose a los ojos.

—¿No me vas a hacer daño verdad? —dijo ella mimosa.

—¿Quién podría hacerte daño criatura? —contestó acariciando su caballo—. ¿Quién podría hacerte daño? —repitió con ternura.

Se quitaron la ropa entre tímidos besos; él todo lo que llevaba puesto, ella sólo las dos prendas que llevaba puestas; llegadas al suelo fueron los resortes que elevaron el telón donde se representaría la bonita obra escrita sólo para ellos.

R. Felman desplazó su experiencia de momentos iguales para sorber lo que la joven le ofrecía entre suspiros de placer, sus sabias caricias desplegadas por todo su cuerpo causaron en ella sensaciones inimaginables como jamás había sentido. Dispuesto ya a penetrarla ella cerró levemente las piernas y con un gesto entre miedo y deseo dijo:

—No por favor... ponte algo —y puso la mirada sobre una de las mesillas de noche.

—¡Algo! ¿Qué algo? —preguntó él extrañado.

—Eso —señaló mirando una especie de gruesa moneda que estaba sobre la mesilla.

Sabía que era. Una marca de preservativos presentaba su producto simulando una moneda de oro. Aquello no le gustaba. A ningún hombre le gusta saborear un caramelo sin quitarle la envoltura.

—Bueno... Eso no es necesario ¿No crees? —dijo contrariado.

—Debes ponértelo. Mi madre me mataría si llega a saber que la he desobedecido.

—Aquí estamos solos. Tu madre nada tiene que ver en este negocio.

—No. No puedo... perdóname —insistió ella, a punto de llorar.

Si la madre obligaba a la chica a protegerse no era por temor a un posible contagio, sino por temor a un posible embarazo. Él ofreció a la joven más dinero; aparte para que no tuviera que rendir cuentas con la madame, ni darle el dinero a su mamá que sólo veía en ella una fuente de vergonzosos ingresos.

La chica no quería disgustarle. Estaba dispuesta a todo, haría cualquier cosa, todo, todo lo imaginable menos no hacer caso a su madre. El absurdo sinsentido le aconsejó dejar la cama y marcharse. Ella no se lo permitió. Le detuvo amorosamente obligándole a tumbarse boca arriba para que sus labios carnosos recorrieran todo su cuerpo hasta bajar al punto donde la virilidad del hombre se hace más notable. El placer fue tan intenso que le desarmó y le hizo abandonar toda resistencia cuando ella le puso el condón con las manos y las caricias de su boca.

Vencido el obstáculo se entregaron con tanta intensidad que a ella le produjo un inmenso placer el suave dolor que sintió al ser penetrada. Y él, desbordado de emociones intensas y placenteras, derramó todo el fruto de su pasión cuando estaba íntima y profundamente dentro del cuerpo de aquella preciosa virgen.

Como a las nueve de la noche R. Felman dejó la suite. Duchado, perfumado y perfectamente vestido como en él era costumbre. Al salir y girar hacia la derecha por el pasillo que daba al salón un tipo salió de una de las habitaciones del fondo soltando una desagradable risa en cascada. Detrás una mujer le amenazaba con el tacón de aguja de su zapato. El hombre, simulando estar asustado se disculpó al llevarse por delante a R. Felman.

—¡Vaya!... perdón... ¡Ah!, es usted ¿Qué tal? —dijo patoso tropezando de nuevo.

La mujer dio un respigo sorprendida y medio cerró la puerta para ocultarse y no ser reconocida. La vio sólo unos segundos y esos segundos fueron dedicados en exclusiva a la parte desmedida de vello que la mujer tenía en el monte de Venus, y que su bata semitransparente y distraídamente abierta mostraba generosamente. Su rostro ovalado finamente maquillado le resultó familiar, pero no pudo precisar de qué la conocía.

El tipo del tropiezo patoso tiró de él hacia el bar sin dar importancia a las miradas que se cruzaron ambos, los celos allí estaban fuera de lugar. Antes de abandonar el pasillo la curiosidad hizo que R. Felman volviera la cabeza y vio como la mujer de la erótica bata entraba en la suite donde él había estado toda la tarde.

—¿Le apetece tomar algo fresco Dimas? —preguntó cortésmente a su acompañante.

—De mil amores señor Felman, la tía me ha dejado seco —contestó su acompañante despreciando la discreción usada en ese lugar por los caballeros.

Llegaron al bar y el barman acudió solícito preguntando:

—¿Champán señor, o prefiere una cerveza bien fría?

—Tomaré una lager, gracias.

—¿Y usted... señor? —dirigiéndose a Dimas mostrando el trabajo que le costaba llamarle señor.

—También cerveza ¡Pero que sea de España! —y miró sin medida y desprecio a los que estaban repartidos por el salón del bar.

La madame vino en ese momento y se acercó a los dos. Se había cambiado de vestido, lo hacía cinco veces al día. El que llevaba puesto ahora estaba más acorde con la hora, entrada la noche.

—¿Qué tal caballeros? —saludó con los brazos abiertos para que se fijaran bien en su figura.

Traía un sobre sin cerrar que puso en manos de R. Felman que, tras un rápido vistazo a su contenido, metió en él una considera cantidad de billetes.

—¿Está comprando el bar? —dijo Dimas con los ojos redondos como un besugo.

—No —respondió R. Felman esbozando una sonrisa divertida—. Sólo estoy pagando las cervezas.

Dimas borró de golpe la mueca burlona y desconcertado miró a la madame:

—¡Eh! cuidao, yo aún no la he tocao.

—Beba su cerveza, es una broma. —dijo R. Felman dejando en el mostrador unos cuantos billetes provocando un silbido de Dimas; no por el precio de la cerveza, sino por la generosa propina. No dijo nada. Se limitó a terminar su cerveza sin más comentario. Agradecida la camarera, que llevaba unos cafés en una bandeja de plata, hizo su acostumbrada genuflexión al ver la generosa cantidad que R. Felman había dejado para el servicio. Este era el saludo que conocía con mayor profundidad y lo repetía mecánicamente por cualquier motivo. Más cobista y zalamero el camarero se derrió en pelotilleros y ensayados halagos:

—¡Señor! —dijo arrepentido de sus malos pensamientos de la tarde—. El servicio de la casa está más que gratificado con su presencia, no es necesaria su recompensa por lo que hacemos con sumo placer... No obstante, gracias, gracias, por su generosidad.

«No me merezco esa propia, pero yo me la trinco» —pensó Dimas mirando la cara del hipócrita camarero

La madame, satisfecha por haber recibido el importe de la minuta sin observaciones ni regateo, se interesó por el resultado que dejaría en la casa un aceptable beneficio.

—¿Qué tal la muchachita, todo ha ido bien? —se interesó con una picaresca sonrisa de complicidad.

—Más que bien. Muy, muy bien. Sin duda la joya más preciosa que ha tenido esta casa en los últimos años. Estoy muy satisfecho y contento de haber sido yo el primero.

—Estaba segura, la próxima vez trataremos de subir el listón.

—Lo dudo, esa chiquilla es más que un tesoro —dijo Felman haciendo una pausa para cambiar de tema y preguntar por la mujer que había visto en el pasillo—. ¿Quién es la señorita que salía de una habitación con este amigo? —dijo señalando a Dimas.

—¿Está buena eh? —dijo Dimas resucitando de sus pensamientos —A mí me ha dicho que se llama Lucero, ¿qué le parece? ¡como el Lucero del alba!

—¿Desea conocerla don Germán? —dijo dispuesta la madame.

—No, no, es que... su cara me resulta familiar.

—Esa chica ni es, ni hace lo que usted viene a buscar a esta casa. Satisface la parafilia morbosa los clientes que buscan sensaciones profundas. Hoy ha venido para estar con un morboso.

—Se refiere a mí —aclaró Dimas apoyando sus palabras con una mano lascivia en el trasero de la madame.

—Estate quieto Dimas —dijo la madame retirándole discreta pero enérgicamente la mano—. No tienes que vienes a esta casa a dar por el culo.

—Dicho así, sin rodeos —convino Dimas con una cínica sonrisa.

—Eso es, sin rodeos —acordó sería la madame.

—Disfruta con ese juego contra natura —preguntó Felman mirando a Dimas fijamente a la cara.

—¡Contra natura! ¿Qué es lo natural? Si lo natural fuera hacerlo sólo por delante la tendría con forma de lenguado —ratificó Dimas con una risotada poco discreta.

—Dimas compórtate que no estamos solos —recriminó la madame.

—Con el sexo soy muy conservador —dijo Felman reflexivo—, pero cierto que alguna vez me ha movido la curiosidad de...

—Probar las películas de la segunda cadena —le cortó Dimas con perspicacia.

—... la curiosidad de saber si una mujer disfruta con ese juego.

—Las vuelve locas —dijo Dimas categórico.

—Lo dudo, ¿qué opina usted cómo mujer? —pregunto R. Felman a la madame que trataba de evadirse de la conversación.

—Si se trata de aclarar sus dudas mon ami le diré —dijo la madame como si tratara de explicarle a una adolescente como debe ponerse el Támpax—. Las mujeres tenemos en la parte más distinguida de nuestro cuerpo unas terminaciones nerviosas que en gran medida siguen la misma vía anatómica de clítoris. Si no resulta doloroso, la mujer puede sentir un delicioso placer...

—¡Jo tía! —abrió Dimas los ojos—, ¿y por qué ponen pegas las titis?

—...Otra cosa es el rechazo a la situación —continuó la madame pasando del desafortunado comentario—, la práctica puede resultar negativa si es interpretada como una violación.

Se produjo un silencio que ninguno se atrevió a romper hasta que R. Felman dijo que tenía la intención de cenar por la zona y se estaba haciendo tarde.

—¿Acepta un invitao? —preguntó sin timidez el buitre de Dimas.

—Me temo que no tengo más remedio.

—Con este sinvergüenza no. No tiene más remedio. Vuelva cuanto antes mon ami, le esperamos con los brazos abiertos...

—Y las piernas en uve—remachó Dimas con una risotada rayada en el mal gusto.

—...Tú piérdete y tarda años en volver —dijo la madame controlando el enfado.

Se despidieron. Junto a la puerta de salida estaba la camarera con el sombrero del caballero para entregárselo y rematar el servicio con su ya acostumbrada genuflexión. Fuera esperando al ascensor Dimas pensó para sí: «A esa camarera le voy a preguntar si le gusta inclinarse de otra manera»

La clásica cabina del ascensor era de madera de nogal y tenía al fondo un asiento tapizado de terciopelo rojo. Bajaron respetando el silencio que reinaba en la casa hasta llegar al suntuoso portal del edificio. El portero, de uniforme gris y cuello negro, salió a su paso para abrir la puerta de hierro forjado entre exageradas reverencias y mostrando la sonrisa cínica con la que hacía a R. Felman sentirse incómodo, pero le entregó un billete con la esperanza de que una desproporcionada reverencia le rompiera la columna y fuera cambiado por otra persona más agradable. Dimas le dio dos cigarrillos de tabaco picado para que se inclinara sumiso ante él y mostrara su escasa y podrida dentadura al decir su babélico gracias.

No estaba a mucha distancia el restaurante donde R. Felman tenía por costumbre cenar en sus visitas al club de la madame. No había mesas libres, pero alguien les hizo una discreta seña desde una mesa del fondo. Quien llamaba su atención estaba metidito en carnes, vestía un impecable traje gris y los zapatos estaban tan brillantes que parecían espejos. Sonrieron y al llegar a la mesa Dimas hizo la señal de la cruz con los dedos y dijo a modo de saludo con voz reverente:

—¿Qué hay de bueno señor cura?

—Me alegro de verle don José María —saludó R. Felman dejando el sombrero en el perchero de madera de la pared, antes de sentarse a la mesa.

—Bien, bien señor Felman y usted Dimas como siempre tan discreto.

—Venimos a recuperar fuerzas tras la faena, —dijo sin darse por aludido—, aunque ha sido aquí el amigo quien más ha «tocado pelo» —añadió Dimas señalando con la barbilla—. Ha desvirgao a un guayabo de dieciocho añitos, un modelito de la portada de un calendario. Lo mío ha sido más modesto, ya sabe, el sueldo de funcionario no da para tanto —agregó con los pulgares en los tirantes de la bandera española.

—Dudo que pague usted alguna vez —dijo don José María mirando su plato.

—¡Ja! Cría fama y échate a dormir Dimas —se echó hacia atrás en el respaldo de la silla—, bueno no me dejó tanta pasta como el amigo Felman, pero...

—No mienta Dimas, va a cobrar, no a pagar —le cortó don José María mirando a R. Felman para transmitirle que el tal Dimas era un corrupto prevaricador.

—Lo mío son migajas señor cura —dijo Dimas y se metió una miga de pan en la boca—. Son los de arriba los que se forran de verdad.

Felman torció el gesto; no le gusta el individuo, sí además extorsionaba a su amiga su rechazo era total. Ahora comprendía la despedida de la madame: «Piérdete y tarda años en volver».

—¿Y usted qué? —continuó Dimas dirigiéndose al cura— ¿Arriba confesando a una de las chicas?

—Por la mañana he estado en El Pardo, en la boda Carmen Franco. Aprovecho la tarde para visitar a las chicas sí, pero no en el sentido que usted quiere atribuirle a mi visita.

—¡Vaya!, ¡doble sesión! por la mañana Patria y por la tarde Iglesia.

—Usted y sus retorcidos pensamientos —manifestó sin darle mayor importancia, después serenó la mirada y le preguntó a Felman—. ¿Cree que ha merecido la pena tener una relación íntima con una muchacha tan joven?

—Qué quiere que le diga don José María —contestó el aludido quitando la pasión en su respuesta.

—¡Dios santo! imagino la tragedia esa inocente si su familia llega a enterarse.

—No padre, la inocente tenía arriba a su madre —rebatía R. Felman al padre José María.

—¡Jesús bendito! —contestó el padre asombrado—. ¡Su madre ha vendido la pureza de su hija!

Interrumpieron la conversación ante la llegada de un estirado camarero vestido de blanco con un bigote tipo Hitler, raya en medio y una ganchuda nariz en línea con su hipócrita boca. Su pelo, excesivamente peinado, tenía un brillo similar a los zapatos de don José María, es posible que utilizara parte del aceite de las latas de anchoas que les abría a los clientes. La gracia que recibió de sus padres el delgado camarero era la habilidad para moverse entre las mesas... y su cínica sonrisa.

—Buenas noches caballeros —mantuvo en alto una libretita de papel cuadriculado y un lápiz tan gastado que parecía la continuación de una de sus uñas.

—Hola Florián —saludó Dimas al camarero—. ¿Tiene tu jefe escondido por ahí un filete decente para un hombre?

—No comisario —contestó Florián a Dimas le gustaba que le llamaran comisario para que lo escucharan los de alrededor—. Si quiere carne vaya a la despensa de El Pardo; la boda, ya sabe.

—La boda, la boda ¡me cago en la boda y en la madre que parió a la novia!

—¡Chist! —dijo el cura para que Dimas bajara la voz—. Sea cauto por Dios, no nos ponga en un compromiso. Meterse con la familia del Caudillo era muy, muy peligroso.

—¡Ja! A ver quién tiene cojones de decirme algo —amenazó desafiante y comprobó con satisfacción que todo el mundo, molestos y asustados, agachaba la cabeza. Luego puso la mano de pantalla para conminar al camarero—: dile al sheriff que me haga un filete de esa asquerosa carne de ballena que trae para engañar a los paletos...

—Marchando un filete de pobre comisario —replicó el camarero tomando nota en el bloc de cuadros.

—No seas cachondo que te meto un paquete —amenazó Dimas—. ¡Ah! y dile a tu jefe que se pase con el ajo, a ver si con algo de imaginación creo que es de ternera.

—¿Quiere primer plato comisario, o sólo el filete de la nieta de Moby Dick?

—¡No me jodas que te empapelo! —el camarero dejó de sonreír—. A ver, ¿qué hay de primero papanatas?

—Patatas con bacalao —respondió el camarero—. Es el plato del día, si no tiene prisa le añadimos un puñadito de arroz de Calasparra.

—No tengo prisa; no estoy de servicio, así que ¡marchando!

—¿Y, usted señor? —preguntó forzando una sonrisa el tirante camarero.

—Tomaré pescado si promete que no es de ballena —contestó R. Felman

—Es lunes señor, mal día para el pescado. Veré que podemos hacer —pensó en la fastuosa propina que le podía caer si el caballero quedaba contento— ¿Le traigo ya su arroz con leche don José María? —preguntó volviendo la vista hacia sacerdote.

—Sí, sí —contestó don José María regresando de sus pensamientos—, por cierto; la cuenta de los señores es cosa mía. Traiga otra botella de vino para su cena.

El camarero se marchó contrariado, si pagaba el cura la propina no sería la misma, no es que fuera menos dadivoso, pero ya se sabe, la filosofía de la Iglesia es pedir, no dar.

—Volviendo a la chica —y fijó la mirada—. ¿Tomó precauciones?

—No consintió hacerlo sin preservativo.

—¿Ha pagao una fortuna y no lo ha hecho como Dios manda? —dijo Dimas con la cara de un conejo asustado por los faros de un coche.

—Blasfemias no Dimas —demandó el sacerdote—. Dios nada tiene que ver en esto.

Callaron los tres ante la llegada del camarero con parte del pedido. Al retirarse el padre insistió:

—Supongo que fue precavido, no dejó en la suite ninguna prueba.

—No entiendo ¿Qué quiere dar a entender?

—No es prudente dejar pruebas en lugares frecuentados por gente desalmada.

—¿De qué le pueden inculpar? que no sea soltar a chorros la pasta como un jeque beduino —dijo Dimas dejando la cucharada suspendida en el aire.

—Para la ley actual la chica es menor de edad, todavía no ha cumplido los 21, y el señor Felman puede ser víctima de un taimado chantaje.

—Sigo sin entender padre...

—Tenía que haberse deshecho de los preservativos usados... por si acaso.

—¡Caramba!, no entiendo por qué.

—No por la chica, ni por su celestina madre, ha dejado la evidencia en manos de los que frecuentan ese inclinado ambiente.

—Bueno, usted va allí y no es santo porque el papa de Roma no le conoce —aportó Dimas con la cuchara en la boca

—A veces pienso que bajo ese corrupto caparazón queda algo por lo que merece la pena rezar —aunque don José María dudó si era o no cierto.

—¿Quién puede estar interesado en causarme un problema? —dijo R. Felman despreocupado—. Soy un ciudadano sin malos hábitos, un apasionado del arte, la buena cocina y la cultura. No he usado nunca profilácticos porque su función original, no es mi problema...

—Yo soy alérgico al látex —intervino Dimas, por no estar callado.

—De acuerdo. Ha sido un mal pensamiento —se disculpó don José María—, pero no vuelva a dejar nada al alcance de gente de corta conciencia.

Calló la voz un instante y empezó con el postre que Florián le había traído como si el modesto arroz con leche fuera un «golden phoenix» de las cafeterías Bloomsbury.

— Para que se quede tranquilo subo ahora a recoger las gomas —dijo Dimas en plan resolutivo—. Aunque ya estarán nadando de espaldas en el río Manzanares.

—No es necesario. Termine su cena —dijo R. Felman centrándose en la suya.

Dimas estuvo de acuerdo y se dedicó al filete de ballena. Tras un bocado habló de las ventajas de la prolongada soltería, pero no estaba de acuerdo con el celibato sacerdotal.

—La ley de 1926 prohibió casarse a los militares en servicio activo —dijo apuntando al techo con el tenedor—. En mi familia hay mucho militar, y mucho hijo de soltera.

Absorto en sus meditaciones R. Felman no escuchó las mamarrachadas del corrupto policía. El pescado de su plato había sido frito con un aceite que nada tenía que ver con el que él vendía de estraperlo. ¿Qué podía esperarse en aquel duro y racionado lunes de abril de 1950?

R. Felman olvidó pronto la charla del restaurante. El nefasto día que fue detenido por la Guardia Civil participaba en una tertulia informal de vecinos. Hablaban de toros porque estaban en la típica taberna de ambiente taurino «El Porche de Ventas», situado frente a la plaza de toros. Sentado a la izquierda del abuelo de García sonreía por haber presenciado el juego que don Jesús y su nieto hacían como gracia; broma que divertía a los amigos disgustaba al camarero y contaba con la indulgencia del dueño del local.

En la puerta del Porche esperaba el caballo que los había llevado allí, el joven García salía de vez en cuando a darle un terrón de azúcar. A Caballo le encantaba el azúcar.

García de niño fue muy disciplinado, le encantaba acompañar a su abuelo, se sentaba a su lado en una banqueta de madera y no pestañeaba, los mayores tenían algo más que decir que los chicos de su edad, o las chicas que sólo hablaban de vestiditos y muñecas.

Si mister Felman se sentaba a una mesa se formaba a su alrededor una plaga de chupópteros y gorriones que solícitos le rodeaban para ser invitados. No le importaba, tenía dinero para compartir algo con los que no lo tenían. Había pedido bebida para todos y le había dado una más que aceptable propina al camarero por recoger los cristales de vaso esparcidos por el suelo. García me explicó un día de qué iba la broma del vaso que divertía a los amigos.

«Mi abuelo pedía un Valdepeñas para él y un vaso de gaseosa para mí. No estaba de acuerdo, mi vaso no tenía color. Mi abuelo me ponía unas gotas de vino y yo muy serio hacía el ritual del sumiller: ver, oler y saborear. Tras la aprobación brindaba por los presentes, bebía hasta la última gota, chasqueaba la lengua, besaba el culo del vaso y lo lanzaba al aire estrellándolo contra el suelo. La gracia era ver la cara del camarero, estirado y preparado con escoba y cogedor para barrer los cristales esparcidos por todo el suelo. La propina minimizaba el enojo del camarero y la reposición del vaso. Cuando mi abuelo y yo nos cansamos de repetir la misma tontada subimos el listón pasando a la copa fuerte... sólo tomaba gaseosa».

Uno de los que salían poco del Porche de Ventas era el tratante que proveía las mulas y caballos a la plaza de toros. A Caballo le caía fatal y no le permitía acercarse mucho. No estaba dispuesto a presentarse candidato para ser corneado. Se llamaba Secundino Martín y su conversación giraba siempre en torno a la fiesta de los toros, sus accidentes y tragedias. Sobre todo, las tragedias

—Acaban de apuñalar a un torero en Caracas.

—¿Español? —preguntó uno para animarle a contarle.

—El «diamante negro» es venezolano—dando por hecho que to'quisqui conoce a la pléyade de los toreros.

—Seguro que fue para quitarle el reloj —dijo otro tomando un sorbo de vino

—Un asunto de faldas —refutó Secundino—, le apuñaló un empleado de la plaza de toros con el cuchillo de descabellar.

—¡Le pilló haciendo su faena de muleta con su mujer! —dijo otro que participaba en los chismorreos cuando se trataba de cuernos... Su mujer le había dejado para irse a Ceuta con un representante de lencería.

—Casi se matan en la calle —refutó el tratante de caballos—. Los detuvieron y en la comisaria el amigo del torero le clavó el cuchillo en el pecho. No creo que salga de esta.

—¡Señor, señor! —dijo el fatalista del grupo—, metes a un amigo en casa y se la mete a tu mujer ¿Dónde vamos a llegar?

—Yo no me fio ni de la mía —dijo otro que su mujer era fea como un pie.

—No te preocupes —dijo Secundino poniendo la mano sobre el hombro del marido de la fea—, a ninguno nos la pone la tuya.

Hubo risas y llamadas al camarero para pedir bebidas. R. Felman pidió whisky como siempre, los bares del barrio tenían una botella para él. Podía permitírselo. Quien estaba a su lado habló sobre la tragedia del jueves anterior, en la que un barco de recreo había naufragado en el río Duero con ciento treinta pasajeros a bordo...

—¿Qué hacían en el barco, si no sabían nadar? —participó otro con la simpleza del que desconoce por qué flotan los barcos.

—El que sabe nadar no necesita un barco —agregó otro para darle algo de énfasis profesional a la «chorrada».

—¡Ea!, basta de tragedias ¡Salud a mi Atleti, que ha ganado la liga! —dijo quien además de optimista y fontanero, era apolítico y ateo... aunque él no lo sabía.

Recibió un abucheo, pero todos brindaron por el equipo madrileño que había ganado también la liga el año anterior.

R. Felman participaba poco de las charlas de bar de barrio, los que participaban en ellas estaban lejos de su nivel cultural. Sí soltaba alguna perla que dejaba a los contertulios sin saber que decir.

—También ha muerto en Londres el gran Nijinski.

—¡Coño! ¿Y ese tío? —preguntó el vecino que vivía más de su señorial casa.

—Un bailarín clásico ruso. Muy célebre. Le vi bailar en Londres con Anna Pávlova.

Para los que estaban allí no había nadie por encima de Lola Flores y Manolo Caracol, hablar de ballet ruso era como llevar una amena charla sobre Stephen Hawking y sus agujeros negros. Además, a Franco no le gustaba los rusos y eso quería decir algo.

—Ese baile es de maricones, y los que van a verlo también.

—Estoy en total desacuerdo —recriminó don Jesús al de los malos modos.

—No me doy por aludido —le contuvo R. Felman a don Jesús.

La conversación quedó suspendida en el aire hasta que en la puerta del bar apareció una amenazante pareja de guardias civiles. La ley franquista había impuesto una curiosa ley de derecho de reunión, algunos se levantaron y fueron a ocupar otras mesas jurando en arameo, porque si no estaban sentados con el adinerado estraperlista tendrían que pagar ellos su consumición.

Al cuartelillo de la Guardia Civil del barrio poco le importaba las cosas fuera de su competencia, los guardias no eran más que números que repartían «hostias» como puños obedeciendo ordenes de la institución emblemática y represiva encargada del control social y político de la nueva España franquista. Los habitantes del castigado país tenían asumido que con la República el enemigo vino de la Unión Soviética, terminada la guerra el enemigo estaba dentro de casa. Los habitantes del Barrio Obrero respiraban aliviados ante los buenos momentos de la Guardia Civil... y temblaban con los malos.

Los guardias civiles con su característico uniforme verde y brillante tricornio de hule negro, tenían una manera muy particular de tratar a los detenidos. Se preocupaban de guardar las formas. No detenían a nadie dentro de un local, esperaban fuera y si no salía por propia voluntad le enviaban un «recadito». Por la dirección de sus miradas el objetivo era el poderoso estraperlista y él no le dio importancia, si le detenían no estaría en el cuartelillo más de una hora. Tranquilizó a todos con una sonrisa y salió a la calle despreocupado.

El guardia civil más joven le dijo que alargara las manos para ponerle las esposas y R. Felman se negó guardando las manos en los bolsillos. El acto considerado como una falta de respeto a la autoridad, provocó la ira del otro guardia civil que llevaba los galones de cabo. Todos vieron como el estraperlista recibió una bofetada tan fuerte que lo dejó sentado en el suelo. Fue don Jesús quien reparó que el arresto no se debía a su ilícito negocio y se dispuso a intervenir.

—Esto no va con usted don Jesús —dijo poniendo la mano por delante el guardia que llevaba los galones de cabo.

—Va conmigo si abusa de su autoridad, ese uniforme y los galones no le dan el derecho a maltratar a un caballero.

—Este caballero como usted dice es un delincuente sexual que si no se deja esposar va a recibir otra más gorda.

—¿Yo delincuente sexual? —Felman se levantó sacudiéndose por atrás el pantalón y poniendo los ojos como platos soperos.

—No tenemos por qué dar más explicaciones, ponga las manos para que le ponga las esposas o va a recibir un adelanto de lo que le espera en el cuartelillo ¡Se entera!

Al cabo se le veía realmente cabreado, así que el influyente estraperlista se dejó esposar ante la satisfecha sonrisa del otro guardia civil. Se lo llevaron escoltado como si fuera un criminal. Fue una humillación, la primera de las muchas que recibiría estando en manos de la justicia.

Después de mover influencias don Jesús pudo por fin ver al detenido, aunque ya estaba condenado y preso en la cárcel. La primera visita le produjo al abuelo de García una profunda conmoción. Estaba irreconocible. Le habían rapado la cabeza, le faltaba media oreja, tenía la cara hinchada y llena de distintos colores. Había sido machacado a golpes. Con los ojos arrasados en lágrimas le dijo el preso que la mejor ayuda que podía recibir de la calle era un medio para quitarse la vida.

«No diga eso por Dios, le prometo que le sacaré de este infierno, no pierda la fe»

Para él era un martirio hablar le habían arrancado los dientes y tenía destrozado el tabique nasal. Con un trapo asqueroso enjugaba las persistentes gotas que salían de su nariz deformada. Sus manos temblaban y había llorado tanto que en sus ojos no quedaba parte decente por donde un pañuelo.

«Nunca saldré de aquí, decía el preso forzando lo que le quedaba de voz. He perdido la esperanza si es que en algún momento la tuve. Sólo deseo que alguien me pegue un tiro y ponga fin a esta pesadilla».

Le habían encerrado en la Prisión Provincial de Madrid acusado y sentenciado por agredir sexualmente con prácticas sodomitas a un joven de quince años provocándole graves lesiones tanto físicas como psíquicas difíciles de superar. Los hechos ocurridos en la casa del acusado fueron planeados con premeditación, alevosía y el agravante del engaño y abuso de poder. El muchacho era hermano de su empleada doméstica.

Había que mantener las distancias con las cárceles franquistas, se sabía cuándo se entraba, pero no cuándo se salía.

Las cuatro galerías formaban una estrella donde los presos perdían la orientación.

En sus obras participaron los presos comunes y los políticos que sometidos a trabajos forzados cumplían condena en los campos de concentración. R. Felman no fue enviado a la sexta galería de los opositores al franquismo, donde no hubiera tenido problema porque él también lo era. Tampoco con ladrones y estafadores, sabía manejarlos. La solución hubiera sido llevarle a la galería de los presos sociales: vagos, maleantes y homosexuales. Su falta no había sido tan grave, la nueva sociedad violaba a diario los derechos humanos y en su negocio los había que hacían estafas difíciles de digerir.

No hubo razón consistente para que el Estado omnímodo franquista le encerrara con los criminales de guerra, asesinos psicópatas que no fueron fusilados porque no merecía la pena gastar con ellos una bala.

La razón fue que la poderosa organización a la que servía en secreto le abandonó y fue condenado por su líder al absoluto ostracismo.

Los campos de concentración republicanos orientados a eliminar fascistas fueron jerarquizados y convertidos en colonias penitenciarias militarizadas terminada la Guerra Civil en 1939. Los que fueron juzgados y condenados a cadena perpetua por el Estado franquista se ofrecieron voluntarios para ocupar empleos de vigilante en los batallones de los prisioneros que debían ser explotados laboralmente. También fueron destinados como verdugos y ejecutores de la represión y muerte de sus camaradas de Revolución.

«Esos eran los pútridos compañeros de galería de R. Felman».

—Me han aplicado el principio de justicia retributiva —le expresaba con tristeza R. Felman al abuelo de García en su segunda visita a la cárcel—. Violadores, pedófilos y pederastas son aquí condenados a convertirse en la prostituta de la galería donde sólo existen dos opciones, o te dejas romper el culo, o te dejas partir la cara.

—¿Y qué hacen las autoridades? —preguntó indignado don Jesús.

—Lo permite e incluso lo incentiva —le contestó el preso consternado.

—¿Los guardias sodomizan a los presos?

—No —dijo el preso categórico—. El franquismo criminaliza las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo, va contra su ideología conservadora. Si ocurre en la cárcel de mujeres donde las jóvenes se ven obligadas a satisfacer los caprichos de algún funcionario corrupto, conozco a un policía que se jacta de ello, se llama Dimas.

Guardó silencio pensando en el funesto día que coincidió con él policía, aquel maldito lunes principio de su desagradable pesadilla.

—Estoy infectado de todo —continuó el preso asqueado—. Aquí hay hepatitis y están presentes todas las clases posibles de enfermedades de transmisión sexual: sífilis, hongos, gonorrea. También hay presos que sólo tienen sarna, piojos, ladillas...

—¿Cómo le han hecho las lesiones?

—Me hice el gallito al llegar para evitar ser atacado. Corrí la voz de que si alguien se atrevía a meterme su miembro en la boca se lo arrancaría de un mordisco.

—¿Funcionó? —preguntó don Jesús.

—No, asusté al principio —contestó el preso con una amarga sonrisa—. Pero una mala bestia me arrancó todos los dientes con un alicate para que no le mordiera cuando me la metiera en la boca. Fue nauseabundo.

—Veré que puedo hacer para conseguirle aquí dentro protección.

—Me quitaron todo lo que llevaba encima al ser detenido, no me dejaron nada con lo que pudiera comprar a un matón. En la galería nadie hace nada por nada, es la jungla.

El preso quiso contarle a su visita, lo que había ocurrido y estaba ocurriendo. Bajo otra circunstancia la mezcla de indignación asco y vergüenza no le hubiera permitido hacerlo. La desesperación hizo tragarse su bochornoso deshonor y hacerle un mapa de lo que era aquel basurero infectado de gente vil sin principios:

—»Creí ver un atisbo de esperanza cuando me abordaron en el patio para ofrecirme ayuda. El tipo adoptando una actitud amigable me dijo que estaba dispuesto a envenenar con matarratas al canalla que me había arrancado los dientes y su oferta era extensible para protegerme de otros presos. No quería dinero, el miserable dijo que sólo tenía que dejarme comer la oreja.

—¡Propuso comerse su oreja! —preguntó don Jesús espantado.

—Es la forma de decir «se complaciente» —bajó la vista abochornado y continuó mirando al suelo—. Estaba desesperado, lleno de odio, acepté el trato sin pensar en las consecuencias de mi alianza con aquel sarnoso. Quería vengarme, darle un escarmiento al animal que me había tomado por su instrumento de recreo. Cometí un error, lo sé, lo vi cuando «mí protector» charlaba con el animal al que debía eliminar —movió hacia la cabeza con pesar—. El traidor entre risas y amistosos codazos le contaba el pacto y cuando mi enemigo me miró sentí un escalofrío. El traidor me dedicó una cínica sonrisa desde la lejanía para darme a entender que nuestro compromiso se acababa de romper, que mi venganza era un espejismo.

—¡Cerdo asqueroso! —insultó don Jesús.

—Todo fue de mal en peor desde entonces, dejé de aguantar a una hiena para aguantar a dos. El primero, cada vez es más bruto, me golpea ante las risas del otro que le incita a montarme como un animal una y otra vez. A la vista está como me tratan esos animales, no sólo tengo la cara destrozada, también tengo todo el cuerpo.

—¿Y la oreja? —se interesó don Jesús.

—¡Ah! Sí, la oreja —dijo el preso con un rictus de tristeza—. La perdí en uno de sus ataques. Me dijo que sólo él podía comerme la oreja...

—¡Qué mala bestia por Dios! —se lamentó don Jesús.

—... No tardará en comerse la otra.

—Antes le sacaré de aquí, lo prometo —dijo don Jesús indignado—. No le dejaré en manos de estos animales.

—No lo conseguirá —dijo R. Felman desesperanzado.

—Confíe en mí, tengo amigos. Ahora dígame quién le ha metido en este macabro desaguisado.

—El ama de llaves, mi criada, la empleada del hogar, no sé como llamarla. De ella tuvo que partir la idea que ejecutó el tipo que vive con ella, su novio, chulo, pareja sentimental qué más da.

—Le conozco, es un mal bicho vago y pendenciero que la trata a golpes y martiriza a su hermano, que por cierto ha desaparecido. Nadie sabe dónde está. La última vez que los vecinos le vieron en el barrio estaba casi muerto en una ambulancia que le llevaba a la Casa de Socorro.

“Las Casas de Socorro eran pequeños dispensarios de urgencia gratuitos creados por el Duque de Sesto en 1858, siendo alcalde de Madrid. Los heridos que acudían a estos centros asistenciales no pasaban desapercibidos porque el registro de ingresos era enviado a diario a la Guardia Civil. Como el estado y las lesiones del paciente eran de extrema gravedad se comunicó de urgencia al cuartelillo y se procedió a su traslado inmediato al hospital de San Carlos, el popular hospital para pobres. Terminada la dictadura fue el Museo de Arte Reina Sofía”

El parte médico enviado a la policía decía que el muchacho había sufrido lesiones graves causadas por el sádico ataque de un violento violador que le había sodomizado, produciéndole con el miembro viril o algo más contundente serios desgarros internos. Tenía además múltiples heridas punzo cortantes externas, golpes contundentes en el cráneo y un corte en la lengua que le impedía hablar. Todo estaba hecho para que nadie tuviera dudas sobre la autoría y la autoridad dio por hecho que se trataba del asalto de un adulto que había consumado la violación sin importarle dejar su identidad como forma omnipotente de su vanidad intelectual y en franco desafío a la justicia.

El médico forense recogió muestras para su posterior análisis: sangre, vello pubiano y semen del agresor, que fue la prueba determinante. El joven no estaba en condiciones de declarar, su cuadro psíquico era grave. Lo más extraño era que no abandonaba su posición fetal cubriéndose la cabeza con los brazos en una posición extrema de defensa, no abría la mano derecha donde guardaba algo que nadie en principio sabía que era, los Rayos X dejaron ver que se trataba de una joya de gran valor.

El joven se negaba a ver nada, ni quería contestar nada, el corte en la lengua estaba hecho con sumo cuidado para que no olvidara que alguien que tenía muy cerca le mataría si abría la boca.

—Cuando estuve detenido —continuó R. Felman con su exposición—, me dijeron que la policía científica había pedido muestras de mi semen para contrastar con las que había recogido el forense en el cuerpo de la víctima. Naturalmente estuve dispuesto, las pruebas demostrarían mi inocencia. El método fue de lo más humillante y vejatorio para una persona de mi condición. Me quedé atónito cuando me dijeron en las dependencias policiales que las pruebas habían dado positivo... ¡En todos los casos!

La dictadura franquista permitió que las fuerzas de seguridad del Estado se posicionaran en contra de la homosexualidad, la pederastia y la sodomía con la que los adultos engañan o fuerzan a participar en juegos de perversión sexual a los jovencitos. El delito de R. Felman fue considerado muy grave al ser una violación perpetrada con extrema violencia y esto le puso en el disparadero de un juez instructor militar resentido y parcial ajeno a la magistratura. La hija del juez militar fue violada a principios de la Guerra Civil por veinte milicianos confederados del Frente Popular que entraron a robar y quemar una iglesia. La joven no murió, pero quedó con severas secuelas físicas y psíquicas irreparables. Presenció como mataban de un disparo en la cabeza a los fieles y religiosos que se encontraban en la iglesia y borraron las huellas de su salvaje paso prendiéndola fuego. Con un juez así de «imparcial» poco podía esperar R. Felman.

—Me negué a firmar una salvaje declaración de culpabilidad y fue el comienzo de las torturas: hambre, sed, golpes, palizas, una tras otra con los puños, las defensas... el calcetín.

—¿Le pegaron con un calcetín? ¡No entiendo! —preguntó asombrado don Jesús

—Con un calcetín lleno de arena. No para evitar dejar en mi cuerpo marcas visibles de tortura, eso no les importaba, se trataba de deshacerme el cuerpo y lo consiguieron la sangre me salía por todos los poros. Cuando no pude más firmé la declaración para poder llenar de aire mis pulmones y no reventar. El método lo emplean con terroristas y presos políticos. Hicieron una excepción en mi honor.

»En principio tuve suerte con el juez de lo Penal. Este hombre, jurista de verdad, se indignó al ver mi estado, totalmente destrozado. No siguió lo que decía el auto de procesamiento del juez instructor y ordenó a la policía judicial que interrogaran con mayor profundidad a los testigos. Quería estar seguro antes de enterrarme en vida en una peligrosa cárcel franquista, último destino de los agresores a la sociedad de la nueva España justa, social y católica.

—Sé que la policía social se ha dedicado a interrogar a todo el vecindario, pero nadie se ha dirigido a mí —le hizo saber don Jesús.

—Se trataba de crucificarme, sólo han contado con los perversos, usted es amigo.

—¿Sus vecinos más cercanos declararon en su contra?

—Faltando a la verdad y mintiendo, sin duda esperando la recompensa. Pronto han olvidado lo que me deben, lo mucho que hice por ellos.

—No lo han olvidado, usted desaparece, desaparecen sus deudas.

—Uno de esos vecinos, el más miserable de todos, vino un día a pedirme ayuda para sus hijos, dos sindicalistas revolucionarios que habían caído en manos de la BSI; ya sabe, la brigada político-social. Sus vidas pendían del frágil hilo de una tela de araña, si no denunciaban a sus camaradas podían darse por muertos, si los denunciaban muertos de verdad. Pagué mucho dinero por su libertad y los tuve escondidos en mi casa hasta que conseguí unos pasaportes. Eran falsos y muy caros. Compré billetes y pasajes y les di dinero en divisas para que empezaran una nueva vida en América.

—Si es quien me imagino no le pagó la deuda, estoy seguro.

—Le dije que lo olvidara salvé a los muchachos por humanidad, no por recibir nada a cambio.

—Ese canalla tomó sus palabras al pie de la letra —dijo don Jesús irritado.

—Sí que olvidó pronto sí —ratificó el preso con tristeza—. No obstante, insistió en pagarme y me ofreció a su mujer... no para limpiarme la casa precisamente.

—¡Será asqueroso el tío!

—...Me negué y entonces incluyó en el lote a su hija.

—¿Su hija? ¡Pero si es una chiquilla!

—Le dije que saliera de mi casa y no volviera nunca más

—Se ha vengado de usted por eso —concluyó con firmeza don Jesús.

—Fue él quien puso en manos de la policía mentira tras mentira, me acuso de vicioso y homosexual que sólo tenía ojos para los jóvenes muchachos del barrio. El juez de lo Penal quiso ser imparcial y llegué a creer que todo terminaría en un «Le debemos una disculpa». Las críticas y falsas verdades me condenaron.

—El odio y el miedo atizan la furia, pero dígame ¿Estuvo el chico en su casa?

—Sí. En principio no lo vi claro, ahora lo sé —contestó el preso extrayendo un corto flashback de su memoria—. El infame querido de mi criada le eligió como víctima de su maquiavélico plan por ser quien estaba más a mano. La nula posición jerárquica del muchacho garantizaba el silencio y la máxima discreción.

—Fue él quien violó al muchacho —intuyó don Jesús

—Sin duda —afirmó rotundo R. Felman—. Ella se responsabilizó de conseguir las pruebas incriminatorias para dejarlas en el cuerpo del muchacho.

—El vello púbico pudo conseguirlo sin problema limpiando el baño de su casa, pero ¿y el semen...? —dijo don Jesús sin ver una explicación.

—Para eso debemos remontarnos al día que se casó la hija del Caudillo.

Ahora don Jesús abrió la boca con sorpresa. Miró con precaución hacia los guardias que con discreción no les quitaban el ojo de encima; a pesar de que tenían órdenes expresas de facilitar la entrevista y no intervenir para nada.

—¿Qué ocurrió ese día?

—En estas circunstancias no debo seguir manteniendo con usted mi tapadera no soy un contrabandista que se enriquece con el estraperlo y el mercado negro —se sinceró R. Felman—. Pocos conocen mi secreta identidad política y el grado que ocupo en la Sociedad Secreta a la que pertenezco, una Orden para la que el celibato es la opción fundamental que permite la plena dedicación al conocimiento. Formulé mis votos de celibato, pero no de castidad. No me juzgue mal, la carne es débil. Necesito tener relaciones sexuales, siempre con mujeres y, si son jóvenes y vírgenes mejor que mejor, aunque eso ya pertenece a los gustos personales de cada uno.

—Cuenta con mi discreción —dijo don Jesús permitiendo que se explayara.

—Vivimos tiempos difíciles, todo es cuestión de dinero —respondió R. Felman con una sonrisa—. No tengo porqué forzar a nadie y menos a un muchacho. Usted conoce lo que piensan de mí las mujeres de nuestros vecinos; no es verdad amigo mío, no soy homosexual, se lo prometo.

—Lo sé; lo sé, nunca he tenido la menor duda.

—El día que se casó Carmen Franco estuve toda la tarde con una bonita muchacha, sin entrar en más detalles.

—En su casa.

—En un club de la Red de San Luís al que voy a menudo, soy amigo de la madame.

—He oído hablar de ese lugar. Está entre los más discretos, elegantes y lujosos burdeles de la ciudad.

—Así es —refrendó el preso—. Ahora ya no tengo duda que la mujer que vi allí ganándose los cuartos era mi criada.

—¿Faustina? ¿Su criada ganándose los cuartos...?

—Mi criada sí, allí estaba ganándose los cuartos... con los cuartos traseros.

—Sospecha usted que de ahí pudo salir el semen.

—Sin duda.

—¿Dígame cómo?

—Esa zorra consiguió los preservativos que utilicé con la joven...

—¡Me deja usted de piedra!

—...Y eso lo intuyó un amigo con quien cené aquel lunes aciago. Me hizo observar que no es de personas prudentes dejar cosas que nos puedan incriminar en lugares que frecuente la gente desalmada... él tenía razón y no lo supe ver.

—Después de disfrutar de esa manera con a una virgen a nadie se le ocurre llevarse el preservativo como trofeo... ¿o sí?

—Un policía estuvo ese día en el club y después me acompañó a la cena. Me dijo que volvería al club a por los preservativos —continuó el preso abatido—. Pensé que era una preocupación desmedida y dije rotundamente que no. Si Dimas los hubiera recuperado ahora estaría en otra situación.

—Cabe la posibilidad de que uno de esos amigos...

—No —desestimó el preso—. Dimas es un mal tipo, degenerado extorsionista y prevaricador, pero no le veo capaz de urdir o participar en algo así. El otro, que fue quien me advirtió del peligro, es un clérigo sin mácula. Una excelente persona.

—¡Un cura! —pregunto don Jesús reflejado en su cara la sorpresa.

—De la prelatura personal de la Santa Cruz.

—Del Opus Dei —añadió don Jesús.

—Pertenece a una notable familia muy poderosa, él posee su propia fortuna, lo cual le descarta de cualquier enredo por dinero. Suele visitar a la madame para...

—No me lo diga, la carne es débil...

—No, no va por ahí la cosa. Va a verla porque no todos los miembros de la iglesia están de acuerdo con la persecución desmedida de la Iglesia y el Estado a la masonería.

—Y los dueños del club son masones —convino don Jesús—. ¿Y su criada? Faustina ¿Le vio a usted aquella tarde?

—Estoy seguro.

—¿Y usted a ella?

—Sí, pero no la reconocí.

—¡Cómo! ¿No reconoció a una mujer que ve a diario en su casa?

—No esperaba ver a mi criada en un sitio así. Además, no iba vestida precisamente con el uniforme de asistenta y el pañuelo anudado en la cabeza.

—¿Cómo pudo hacerse con... la prueba?

—La vi entrar en la suite que compartí con la joven. No sé, quizá por curiosidad.

—Y al ver los preservativos su cabeza empezó a maquinarse el plan —dijo don Jesús pensando en la situación urdida por la criada—. El semen como prueba de identidad es irrefutable, si un médico inducido por la víctima lo encuentra en el cuerpo de un chico salvajemente sodomizado. Parece rocambolesco, pero tan simple como las instrucciones de manejo de un plumero.

—Cuando vino a casa al día siguiente —continuó R. Felman de acuerdo con quien había visto lo que la policía ni el juez quiso ver—, pregunte a mi criada si tenía alguna pariente femenina parecida a ella. «No señorito, me contestó, sólo tengo un hermano».

Para la criada la prueba que tenía en su poder era oro, pero había que poner el plan en marcha lo antes posible. En primer lugar, tuvo que meter a su hermano en la casa y no resultó ningún problema convencer a su señor. Le dijo que tenía que limpiar las pesadas alfombras y necesitaba ayuda, su hermano podía hacerlo a cambio de una merienda. El señor estuvo de acuerdo, pero que sí le pagaría porque necesitaba que le ayudara a colocar algunas cosas que todavía estaban en cajas de cartón desde que se mudó a la casa. También quería ordenar los libros de la biblioteca.

Ella disimuló la alegría y fue en busca de su hermano. Entraron en la casa por la puerta delantera, los vecinos chismosos tenían que ver que el chico había ido a la casa.

El muchacho era muy dispuesto y el dueño de la casa quedó satisfecho con el trabajo, se dieron una paliza, pero ambos lo hicieron encantados. Limpiaron, clasificaron y colocaron bien los libros en las estanterías, incluso encontraron sitio para los ejemplares que todavía estaban guardados en cajas de cartón.

Faustina antes de marcharse dejó preparados unos buenos bocadillos de jamón que el señor y su hermano devoraron sentados sobre la alfombra de la biblioteca. El pobre chico dijo que nunca había tenido la oportunidad de comer jamón, en su casa sólo el novio de la hermana tenía ese privilegio. La buena sintonía permitió al muchacho sincerarse, dijo que se marcharía a Francia porque no estaba dispuesto a seguir renunciando al jamón. Tampoco quería seguir sufriendo las palizas del chulo que explotaba a su hermana valiéndose de cualquier cosa contundente para machacar el cuerpo. Una vez le rompió la boca estrellando en su cara una botella de orujo. No le dejaba vivir en paz y debía soportar las cosas que le hacía a su hermana a cualquier hora y en cualquier lugar de la casa sin importarle su presencia.

El tipo era un sucio vicioso que disfrutaba viendo como el chico se sonrojaba durante los desagradables asaltos que le hacía a su hermana por detrás. Aunque es cierto que ella disfrutaba y le animaba a hacerlo.

El dueño de la casa quedó impresionado con la confesión del muchacho y le ofreció ayuda para escapar de su infierno, aunque advirtió al muchacho que ser menor de edad y estar bajo la tutela de su hermana era un problema difícil de resolver. No obstante, motivó al chico doblando el dinero que tenía pensado darle por su trabajo y le regaló un diccionario de español-francés para que fuera practicando el idioma y unos libros que le ayudarían a conocer el país y comprender el chovinismo de los franceses.

Entrada la tarde el chico salió de la lujosa mansión por la puerta de atrás, como le había dicho su hermana. Ella sí utilizó la puerta delantera por la que ambos habían entrado al llegar y no contenta con eso se dirigió a un grupo de vecinos curiosos para saludarles, además quería decirles:

—No sé, no me siento tranquila. He traído a mi hermano para que me echara una mano y mi señorito me ha dicho que me vaya a casa y les deje solos.

—¿Y has dejado a tu hermano con el maricón de tu jefe? —Dijo un bruto.

—Sí ¿Qué pasa? —dijo con cara inocente y asustadiza.

—Pues que yo no dejaría a un hijo mío ahí dentro con ese vicioso ¡Vamos! Que si le hace algo a uno de mis chicos me veo en la cárcel, pero a ese tío lo rajo.

Pronto aparecieron otros a especular azuzados por la criada.

—Bueno... creo... creo que mi señorito es un caballero y no hará nada indecente con mi hermano —dijo la asistenta dejando en el aire la duda.

—Tu patrón es un pedorro, te lo digo yo —terció otro de reducido alfabeto

—Se dice pedófilo —corrigió una vecina que había sido maestra con la República.

—¿Y qué puede ocurrir? —dijo la criada inocente y preocupada.

—Le romperá el culo —contestó una gorda matrona que recién se había afeitado el bigote—, por eso les llaman pedófilos.

—Las mujeres de aquí llevamos tiempo con la mosca tras la oreja —dijo otra incorporándose al corrillo, algo más joven y sobre todo soltera—. Pensamos que no hay duda de que el estirado de tu señor es maricón. Sí Faustina sí, no es por ofender, pero no es normal que no esté casado.

—Visto así estoy ahora más preocupada —dijo Faustina para ponerle la puntilla al escabroso tema—, espero que no pase nada y mi hermano llegue pronto a casa.

Sembrada la duda la criada rodeo el barrio y volvió a la casa de su patrón entrando sin ser vista por la puerta de atrás. Recogió a su hermano y salieron por la misma puerta. Todo muy discreto, nadie los vio salir. Ahora sólo faltaba poner en marcha el segundo acto de la trama. De ese «acto» se encargaría su pareja.

—Fue tan grande la manipulación y la duda inyectada en la conciencia de los vecinos —dijo R. Felman continuando con la exposición de los hechos—, que todos los vecinos estuvieron dispuestos a jurar por su alma que el muchacho había sido vilmente atacado por mí, algunos en el paroxismo de la mentira, dijeron que vieron sacar al muchacho medio muerto en brazos de su hermana y su marido camino de la Casa de Socorro. —¿Cómo es posible llegar a tales extremos de perversidad? —manifestó don Jesús consternado.

—Le he contado el sangrante episodio de uno de nuestros vecinos, espere a oír lo de mi criada —aseveró R. Felman con amargura—. Siempre la he ayudado a salir de los problemas en los que se ve envuelta por su mala cabeza y los problemas financieros en los que se ve envuelta por los vicios de su pareja.

Entre las responsabilidades de su empleada doméstica era ser el ama de llaves. Su posición era superior a la de una criada o empleada por horas y el trabajo era muy liberal en cuanto a horario, formas y días de asistencia.

Era la encargada de pagar y organizar el trabajo del personal auxiliar que venía a la casa como apoyo doméstico. El señor no intervenía en su trabajo, dejaba en la cocina el dinero para los gastos y ella retiraba el salario que había sido convenido.

El, confiado, sabía que la criada le sisaba cuanto podía, falseaba las cuentas y se llevaba suministros a su casa, pero no le importaba, su economía podía aguantar sin problema ese sobresueldo.

R. Felman era muy sibarita, sólo le pedía al servicio que le prepararan el desayuno en el que no debía faltar el café y las infusiones que tomaba a cualquier hora del día.

Por su trabajo y vida social era flor de restaurante.

Cuando se quedaba en casa él mismo preparaba lo que le apetecía utilizando los productos especiales para gourmet que recibía del extranjero. La criada conocía perfectamente sus horarios de permanencia en la casa porque el señor se lo comunicaba al salir:

«Hoy no volveré hasta bien entrada la madrugada —dijo un día que resultó aciago.

También le dijo que al otro día volviera más tarde porque vendría muy tarde y necesitaría dormir algo más.

Faustina planificó entonces la promesa que le hizo a su pareja, enseñarle el hábitat burgués donde reside un millonario y darse ambos un «homenaje» a costa del rico propietario. Lo que no pudo esperar la criada es que la personalidad política que tenía que reunirse con su señor no pudo burlar el cerco de las fuerzas de seguridad del Estado y tuvo que huir precipitadamente hacia la frontera, así que el señor volvió tras un frugal almuerzo sorprendiendo a la criada retozando en su propia cama con el gachó.

—Fue escandaloso —reconoció R. Felman—, el tipo estaba sobre ella en una postura escandalosa, mascullaba insultos y palabras mal sonantes quién sabe con qué intención.

»Se habían dado un banquete a costa de mi despensa y bebido un par de botellas de mejor vino mi bodega privada. Al verlos en ese estado les eché de casa y le pedí a ella que me diera las llaves, ya no las necesitaría porque estaba despedida.

»No debía volver, salvo a retirar su liquidación.

—Y no volvió —sentenció don Jesús.

—Sí, sí que lo hizo. Un par de días más tarde, pensado que estaría más calmado. Vino entre lágrimas a pedirme perdón. Su marido la perseguía para que le llevara a la casa para tener la experiencia, aunque sólo fuera por unas horas, de ser un hombre rico.

—Y el experimento le gustó tanto que quiere ocupar su lugar.

—Así es —reconoció el preso moviendo afirmativamente la cabeza—. Cometí un error perdonándola. Lo que no sabía esta gente que no hacía falta tanto teatro para hacerme desaparecer, una denuncia a los Servicios de Inteligencia para que hurgaran en lo que soy y lo que hago en este país hubiera sido más que suficiente, hubiera bastado.

—Los ignorantes hacen daño a su manera, no conoce otra forma —dijo don Jesús.

—El castigo que recibo ahora es por haber permitido a ese hombre hacer toda clase de vilezas sin denunciarlo a la Autoridad, o simplemente a mi Organización, tenemos medios para suprimir obstáculos

—Y no puede valerse de esos medios en su beneficio.

—Ya no. Soy como el Jesús crucificado que gritó al cielo ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

El tiempo de visita terminó y don Jesús tuvo que dejar la cárcel con un montón de preguntas que hacer. Le dio un apretón de brazos con sus manos mirándole a los ojos para transmitirle su fuerza y decirle que no perdiera la esperanza.

Antes de dejarle le dio un sobre con el suficiente dinero para que pudiera comprar la protección de algún funcionario y una caja de madera llena de cigarrillos «especiales» que los presos y compañeros de celda valorarían más que el dinero. Ya en la calle hizo un resumen de lo que había escuchado e hizo sus propias conclusiones.

Estaba claro que la agresión al muchacho la había hecho el chulo mantenido de Faustina, la criada, esas conductas aberrantes son propias de los que abusan de los débiles porque no pueden defenderse. R. Felman era un hombre acostumbrado a percibir sus sensaciones a través de los sentidos, se emociona ante la belleza de una obra de arte y ante los valores estéticos que cultivan los sentimientos de amistad, amor, ternura, y sin duda la compasión. No compartía con un hombre sus emotivas emociones, de eso estaba seguro; por tanto, no había cometido la infamia por la que había sido condenado sin apenas defensa. La autoría de un ataque así, teniendo como víctima a un chico menor de edad, sólo está a la altura de una mala bestia y su situación era diametralmente opuesta a la animalidad de quien lo había hecho.

El daño físico al muchacho, tratando de hacer el máximo daño posible, buscaba exacerbar el pensamiento de las autoridades y evitar de ese modo que no profundizaran en los detalles si tenían detenido al culpable. Hacer desaparecer a R. Felman, de eso se trataba. Con las llaves en su poder la criada y su pareja podían llevarse lo que había en la casa, además de vivir en ella el tiempo que les apeteciera. El señor funcionaba con dinero en efectivo, el mercado negro sólo acepta dinero negro. El objetivo principal era encontrar el lugar escondido de la cámara secreta y saquear la caja fuerte, donde sin duda había una gran fortuna.

R. Felman invitó en una ocasión al abuelo de García para enseñarle los cuadros que había adquirido en una almoneda. Conocía su pasión por la pintura y necesitaba conocer su docta opinión, quería saber si había acertado con la compra. Si había pagado lo justo.

«No quiero desilusionarle querido amigo, pero...» —

«Entiendo; no se preocupe, sé lo suficiente de arte para saber elegir lo que debo colgar en las paredes para desviar la atención. Tengo en la «cámara» otra colección, aunque esta no es mía, pertenece a mi Sociedad. Si desapareciera una de esas obras de arte me lloverían los problemas».

Lejos del desencanto, entre líneas le dijo que existía una cámara de seguridad oculta.

La lujosa mansión había sido construida sobre los cimientos de una enorme y antigua casa de vecinos por un rico industrial arraigado al barrio obrero donde él había nacido.

Quiso vivir con su gente y disfrutó de ello hasta que tuvo que construir un refugio secreto para protegerse de las iras de los pistoleros instalados en las milicias obreras de los partidos políticos y sindicatos durante las revueltas populares previas a la Guerra Civil de 1936. El abuelo de García conocía esos refugios. Hubo uno en «la nave», aunque gracias a Dios la familia lo utilizó más como despensa y bodega.

El empresario, señalado por la milicias populares y antifascistas del Frente Popular, tuvo que utilizar el refugio como bunker para esconderse de los asaltos que sufrían los empresarios por cosas tan simples como llevar corbata y sombrero, símbolos burgueses y capitalistas de los enemigos de clase a los que había que depurar.

Las violentas partidas populares saqueaban las casas y mataban de un tiro en la cabeza a quien se oponía a no entregar sus bienes como impuesto o tributo para el triunfo de la Revolución Social de 1936, detonante del golpe de Estado militar que desencadenó la Guerra Civil del mismo año. A los empleados de la casa, servidores y víctimas explotadas del capitalismo, se les perdonaba la vida si entregan todo sin rechistar y decían donde se escondía el patrón y su familia.

Al grito de ¡UHP! los hijos del proletariado se llevaban lo que se podía fundir o vender como botín de guerra. Los despojados se veían obligados a simular que estaban de acuerdo con el asalto de los defensores del pueblo y la justicia proletaria.

Si se oponían o hacían un mal gesto les daban matarile.

El arraigado industrial que construyó la casa donde vivía R. Felman siguió utilizando la cámara secreta como bunker domiciliario en la Guerra Civil porque el Frente Popular subió el tono de las persecuciones a sus enemigos de clase con la distópica Revolución Social, su milicia armada paramilitar se echó a la calle para llevar ante los «tribunales populares» a quien se interponía al triunfo del pueblo. La consigna revolucionaria era la denuncia. Contra esta vengativa fuerza de delatores el bunker secreto del industrial madrileño fue ineficaz. Su capataz y protegido, convertido en extremista defensor del comunismo libertario, denunció a su patrón a los tribunales populares porque según él le trataba como a un criado.

El felón había sido abandonado con trece años cerca del pueblo de Benavente. Llegó a Madrid andando, con una ropa insalvable, medio muerto de frío y comiendo lo que no querían ni las ratas. El patrón le encontró en la calle en un penoso estado. Conmovido le llevó a su casa y allí vivió con la familia hasta que le acondicionaron una habitación en el altillo de la fábrica de su propiedad.

Con la edad de trabajar empezó en el negocio como aprendiz y fue ascendiendo de categoría a medida que se iba formando. A los treinta era capataz, más por cariño del patrón que por sus propios méritos. Los milicianos nunca hubieran encontrado el bunker donde se escondía el empresario si su capataz no les hubiera llevado hasta él. Conocía el lugar secreto donde se confinaba el patrón porque había participado en la construcción y conocía el mecanismo que permitía la entrada.

El industrial fue conducido a la Checa Comunista de la Guindalera donde después de un juicio sumarísimo que duró apenas unos minutos fue condenado a muerte. Tras el mortal «paseo» la partida de milicianos junto una cuadrilla de obreros al mando de un «comisario del pueblo» volvieron a cargar en camiones ZIS soviéticos todos los bienes que había en la casa y detener al resto de la familia.

Debían matar a quien se resistiera al asalto.

Previsoriamente preparados para esta circunstancia la mujer y los hijos del empresario industrial habían huido en su amplio coche privado donde pudieron cargar los objetos de valor fácilmente transportables, más una considerable suma de dinero en divisas extranjeras y los documentos precisos para salir de país.

Al Tribunal Popular no le preocupó quien se quedaba la casa, sí entregó la fábrica y todos sus bienes industriales a un comité de obreros comunistas que se encargaron de su gestión... ¡Y de arruinarla sin llegar a producir nada!

El capataz y su compañera, apasionada seguidora de la doctrina de Piotr Kropotkin, «ocuparon» la burguesa casa del patrón para que sus hijos, nacidos libres y sin patria, vivieran bajo los principios de la Revolución proletaria. Educados con los valores elegidos por sus progenitores basados en la libertad, solidaridad y justicia.

Terminada la Guerra Civil, que el Frente Popular nunca pensó que podía perder, el viento cambió de lado y el Frente Nacional militarizó los servicios judiciales. Por fin los juicios duraban... menos de cinco minutos.

El destino final de los condenados por traición o delitos de sangre era el «paredón». No había «paseo», el condenado debía estar quieto para facilitar la puntería del pelotón de fusilamiento.

La represión fue llevada a cabo por el ejército y la participación paramilitar de la Falange, que odiaba a los comunistas porque habían fusilado a su líder. Instigados por los que habían sido reprimidos desarrollaron una desenfadada venganza a imagen y semejanza de la llevada a cabo por las milicias populares.

Esta fue la oportunidad para que la viuda del industrial arraigado al barrio obrero denunciara al capataz que le había arrebatado su residencia familiar y había puesto en manos de los revolucionarios todo su patrimonio, ahora era el turno de Gonzalo, hijo mayor del industrial que tenía la misma aptitud que su padre y el poder por costumbre.

A la residencia de la familia García Perelló fue una escuadra armada de cinco miembros acompañados por la Guardias Civil para dar oficialidad al arresto y garantizar la presencia de los detenidos ante la judicatura. La señora les entregó las llaves de la casa, les indicó el lugar donde estaba el refugio secreto y qué debían hacer para entrar en él. La sorpresa del capataz al ver entrar a los nacionales en el bunker fue tan grande que cuando fue fusilado aún conservaba el gesto de sorpresa y asombro.

—Marta Perelló no quiso volver a su residencia —explicó R. Felman a don Jesús en su tercera visita a la cárcel—. Para ella la casa nunca debió ser construida en un barrio popular, la ostentación de poder y riqueza generó en los vecinos la envidia y el odio que mató a su marido. No soy supersticioso y la compré sin grandes regateos. Me gustó, sobre todo el bunker secreto, me serviría de cámara secreta para depositar en ella lo que la «Sociedad» me había dejado en custodia.

—Chimeneas, armarios y alacenas son eficaces para camuflar la entrada de un zulo secreto donde se esconde un «topo» —dijo don Jesús pensando en la fortuna que R. Felman podía guardar en él.

—Y una librería también, me incliné por esto último —dijo el preso—. Me hice construir una de suelo a techo cubriendo todo un paramento vertical de la biblioteca...

—Con una parte que se desplaza. —apostilló don Jesús.

—Suficientemente amplia sí —aprobó R. Felman—. Es un mecanismo montado sobre rueda esféricas seguro y silencioso. Lo mueve un potente motor eléctrico al que hay que introducirle un código auto programable. Sin el código el conjunto no se mueve ni con una grúa, sería más fácil entrar en la cámara derribando la casa.

—Que pueden hacerlo si nadie se lo impide —agregó don Jesús.

—Me quitaron todo lo que llevaba encima al ser detenido —dijo el preso bajando la voz—. Consiga que le devuelvan las llaves. Si no es posible tengo copias en el despacho del almacén principal, los empleados le conocen, diga al encargado que colabore.

—¿Cómo puedo entrar a la cámara secreta? —preguntó don Jesús.

—Usted conoce mi despacho y mi biblioteca.

—Sí, me he reunido con usted allí en más de una ocasión —contestó don Jesús.

—¿Recuerda que en la pared enfrente de la librería hay una fotografía en blanco y negro de Leonardo de Pisa...

—Fibonacci —asintió don Jesús.

—...Eso es.

—¿Qué hay detrás del cuadro?

—Detrás nada, delante. Mire sus ojos y podrá comprobar que entre cientos de libros dirige su mirada hacia un volumen en especial, un libro de matemáticas de su época...

—Finales del siglo XII y principios del XIII.

—Retirando el libro verá diez botones numerados del cero al nueve. Es un ingenio casero pero efectivo de un relojero suizo miembro de la «Sociedad».

—Bien —dijo don Jesús sacando una libreta para notas de un bolsillo interior.

—No, no hace falta que apunte nada —dijo Roger. Es muy fácil de memorizar. Elija un número del uno al nueve...

—El cinco.

—...Le suma el número anterior, que sería en este caso el cuatro, y con esto creará el primer elemento de la sucesión de Fibonacci.

—El nueve —dijo Don Jesús—, que corresponde a la suma del primer elemento con el segundo. Luego, siguiendo la sucesión, cada elemento restante es la suma de los dos anteriores.

—Así es, con el f5 ha creado su propia combinación y le ha dicho al mecanismo que introducirá cinco números Fibonacci. Deber confirmar cada uno presionando el cero.

—Cinco elementos: nueve, catorce, veintitrés, treintaisiete, sesenta.

—Bien, lo ha entendido —aprobó el preso apretando el brazo de su amigo.

¿Y cómo cierro la puerta?

—Presione dos segundos el cero, el mecanismo enviará al motor la orden de cierre.

—Ingenioso —reconoció don Jesús.

—Le ruego discreción. Será el único fuera de la «Sociedad» que conozca mi verdadera identidad. Mi negocio no es más que una tapadera. Destruya los documentos comprometidos, la «Sociedad» siguiendo su arcano código de seguridad se mantendrá al margen y no reclamara lo que tengo en custodia. Disponga de lo que pueda salvar de las garras de esas fieras, nadie le pedirá cuentas.

No pudo recuperar nada de lo que llevaba el preso encima cuando fue detenido, salvo un llavero dentro de una bonita cartera, detalle que le definía como una persona cuidadosa y de gusto refinado.

La lujosa mansión de R. Felman parecía intacta a primera vista, pero cuando entró en la casa confirmó sus sospechas ¡Alguien se había dado allí la gran vida!

Entro por la puerta principal bajo la atenta mirada de los vecinos más cercanos a la lujosa mansión, el edificio sobresalía de todas las casas que tenía a su alrededor como una reina rodeada de mendigos. La puerta trasera que daba al jardín había desaparecido, sin duda estaría colocada en la humilde casa del vecino que miraba hacia la residencia Felman como un buitre mira un cadáver.

Faustina y su pareja contrataron una cuadrilla de obreros que cargaron en camiones lo que les estorbaba para realizar los trabajos internos de demolición sin tener trastos por medio. Terminada «la obra» abandonaron la casa como un grupo de mineros deja una mina agotada. Tras ellos entraron los que se encargaron de rematar la faena.

Desaparecieron muebles y alfombras. Las cortinas serían pronto vestidos de fiesta y los cuadros y objetos de arte se habían volatilizado. La cámara secreta había dejado de serlo. Fue reventada tirando las paredes abajo. Encontrarla fue fácil, sólo había que comparar el contorno de la casa con la disposición interior, estaba «chupao».

Desecharon enfrentarse al sofisticado mecanismo del relojero suizo, para el grupo de «currantes» la secuencia Fibonacci era como darle un rompecabezas de mil piezas al chimpancé de Tarzán. Fueron los picos, macetas y sopletes de oxígeno y acetileno los que se encargaron de meter en el mecanismo los números Fibonacci.

Faustina y el «macarra» tuvieron todo el tiempo del mundo para llevar a cabo su plan, sólo necesitaban tiempo y el tiempo lo proporcionó la Autoridad encerrando al dueño de la casa. Lo aprovecharon para enriquecerse como nunca pensaron.

La pareja mejoró mucho su aspecto, vestían ahora como los nuevos ricos sin tiempo para digerir su fortuna. Ella con traje, sombrero y tantas joyas colgadas de su cuerpo que más que una dama parecía un expositor. Él pensó que la moda de 1950, ternos de telas suaves y colores claros, tenía poco que ver con su personalidad. Se decidió por los trajes de exagerada fantasía en rayas y colores, bombín de fieltro, zapatos de charol y un bastón con una imponente empuñadura labrada en plata maciza.

El salvaje destrozo dejaba bien a las claras que los que se habían encargado de los «trabajos» eran unos brutos salvajes y arrabaleros sin gusto ni formación. Los cuadros poco considerados: copias de bodegones y paisajes clásicos que R. Felman tenía a la vista para despistar a los ladrones se los habían llevado pensando que tenían mucho valor; sin embargo, habían destrozado cuadros que representaron la ruptura definitiva con la pintura tradicional. A don Jesús se lo llevaron los demonios.

Los incultos ignorantes habían convertido una famosa obra de Juan Gris en tiras de tela para fijar los mangos de las herramientas. Semienterrados entre ladrillos y cascotes apareció parte de un Picasso de su primera época cubista y dos telas destrozadas y casi irreconocibles de Georges Braque. Las habían utilizado para mover escombros de un lugar a otro. Había bastidores vacíos, se habían llevado las telas enrolladas como si fueran las láminas de un calendario. Quién sabe con qué fin.

Había botellas de vino de las mejores reservas españolas y extranjeras abiertas y tiradas a medio consumir entre los escombros. Las botellas de vino común o de mesa habían desaparecido todas, no habían dejado ni los tapones.

Quedaban restos de alimentos esparcidos por el suelo demasiado refinados para ser consumidos por paladares poco refinados; aunque sí los habían probado por curiosidad para saber lo que comían los ricos para tener la piel tan suave.

Grandes filetes de salmón ahumado eran devorados por los insectos domésticos, sobre todo por unas moscas asombradas por encontrar entre los escombros tan delicada exquisitez. Tarros de fuagrás francés auténtico, desconocido para los condenados por la posguerra a comer lo que un rico no les daría ni a los cerdos de su granja.

Había restos de las trufas que habían escupido al suelo tras haberlas probado, pero se la habían llevado todas pensando que se trataba de una rara especie de patata.

Lo más sangrante fue ver tarros de cristal rotos y su contenido esparcido entre el polvo de los derribos, el sabor del caviar les había parecido raro, quizá pensaron que se trataba de algo echado a perder ¡De los jamones, ni rastro!

Los Artesonados y frisos de madera habían sufrido el destrozo de los que pasan a cuchillo hasta las telas y tapices de las paredes buscando dinero, había jarrones rotos y todo el ajuar de la casa había desaparecido. Menos una cucharita de café caída en un hueco de difícil acceso. Había restos de ropa hecha jirones en una explosión de malvado desquite y dos sombreros pisoteados por lo que representaban para el proletariado. No había dinero. Sin embargo, lo que guardaba con escrupuloso secreto R. Felman en su cámara acorazada: pasaportes de varios países occidentales con distintas identidades, papeles comprometedores que fueron desechados por los que ignoraban la bomba que podían haber tenido en las manos. No les hubiera hecho falta montar tanto teatro para colgar a R. Felman.

Recogiendo fotos y documentos don Jesús conoció la verdad de aquel personaje. No su verdadera identidad, quizá R. Felman tampoco sabía cual era su actual papel.

Don Jesús recuperó un montón de millones en acciones, títulos, y bonos canjeables. En su casa quedó como recuerdo uno de ellos enmarcado y colgado en la pared. Fue como un símbolo para la familia, hasta que desapareció. Una fortuna que por ignorancia los ladrones dejaron allí por desconocer su valor. Fueron tan incapaces que quemaron un buen puñado y otros los usaron como papel higiénico. Los tipejos no perdieron el tiempo cuando derribando paredes fueron sorprendidos por un inoportuno apretón.

La posguerra civil convirtió a los supervivientes en apolíticos vacíos de pensamiento. Como resultado Franco consiguió criar gusanos que no pensaran y comprendieran su condición, manteniéndose al margen.

El abuelo e García mandó poner la puerta que había desaparecido y cambió las cerraduras de la puerta principal, pero la medida ya no servía para nada. Se llevaron las puertas rejas y ventanas. Los sanitarios, azulejos y solados hasta terminar con el tejado.

Cuando la casa se convirtió en una ruina fue ocupada por un grupo de gitanos que metían allí hasta sus caballerizas, así que los vecinos reacios a tener a los gitanos tan cerca prendieron fuego a la casa que desapareció en pocas horas como un castillo de arena cuando sube la marea.

La marquesina de hierro y cristal del templete de la estación de metro de José Antonio reflejaba a esas horas de la tarde el imponente edificio de Telefónica. El ascensor, que por unos céntimos subían a los viajeros de la línea 1 hasta el nivel de calle, dejó al abuelo de García ante los lujosos edificios barrocos y renacentistas de lo que fue la avenida de José Antonio durante la autarquía.

La posguerra había traído el cosmopolitismo a la Gran Vía junto a una nueva forma de vida, donde las distintas clases sociales se mezclaban con los turistas extranjeros que traían la prosperidad a la nueva sociedad y el sector hotelero

Las tiendas, adaptadas a la línea funcionalista que venía del exterior, ofrecían lo preciso para hacer de la zona un centro seguro de compras y ocio para la sociedad burguesa que se reunía a tomar copas en: Pidoux American Bar, Miami, Zahara, Chicote y Pasapoga. A don Jesús le bastaron dos minutos para estar ante el portero de uniforme gris y cuello negro que se deshizo en reverencias y sonrisas de complicidad, mientras abría la puerta del ascensor. La pregunta sobraba, venía al club de la madame. Presionó el botón de subida a la tercera planta el desdentado personaje volvió a la garita para continuar leyendo El Caso, periódico semanal de lectura obligada para porteras y conserjes. Principalmente hablaban de asesinatos machistas.

Cuando el ascensor se detuvo con un suave chasquido en el tercer piso, don Jesús salió de la cabina y cerró prudentemente las ligeras puertas de madera de nogal y cristal tallado que tanto impresionaban a los visitantes del edificio.

La puerta exterior, donde un artista cerrajero había hecho verdaderas filigranas de hierro forjado, se cerró con un seguro clic de mecanismo de relojería que hizo sonreír al abuelo de García por lo sofisticado del sistema y el sonido que producía.

Estaba claro a que puerta había que llamar. Sólo había una, tan alta, gruesa, y bien trabajada que parecía la puerta de entrada de un banco suizo. Era de doble hoja y en ambas el ebanista carpintero había instalado una mirilla de palas en aspa que permitía ver la cara de las personas que se encontraban en ambos lados de la puerta. Tanto las mirillas, como los herrajes, pomos y tiradores daban la sensación de ser de oro por lo extremadamente limpio que estaba el latón con lo que habían sido fabricados, quizá de forma exclusiva para aquella puerta única.

El amplio rellano de la tercera planta, tan amplio como el andén de una estación de cercanías, estaba iluminado por una lámpara de cristal de roca colgada del alto techo y por varios apliques a juego repartidos a media altura por las paredes...

La madame le recibió como a un miembro de la familia real. Lo hacía con todos.

—Bienvenido caballero, me da su sombrero.

—Buenas tardes, señora —saludó don Jesús pensando en el chiste fácil que hubiera sido decirle «no cómprese uno» y dejó en sus manos el sombrero y el bastón.

—Acompáñeme por favor —invitó la madame con un gesto cortés encaminándose al bar y entregando en el camino el sombrero y el bastón a la camarera especialista en genuflexiones versallescas.

—¿Es la primera vez que nos visita el señor?

—Así es, aunque conozco la casa por su reputación y buenas referencias.

—Gracias señor, ¿desea tomar alguna cosa don...?

—Jesús...

—...¿Qué le apetece don Jesús? —dijo la madame invitándole a tomar asiento en una mesa cercana.

—Café, americano por favor.

—Tenemos un excelente café, tan bueno que ni el exceso de agua es capaz de estropearlo —dio a la camarera aparte la orden y volvió a su coqueta postura estudiada y repetida para activar la libido de los caballeros de cierta edad. Sus largas pestañas, postizas por supuesto, bajaron y subieron como dos abanicos de encaje negro.

—A qué debemos el placer de la visita, ¿ha quedado con un amigo, viene a disfrutar de la compañía de mis chicas?

—Que son muy bellas sin duda, pero no, no es esa mi intención querida señora, he venido porque necesito su ayuda para conseguir la libertad de un amigo.

La madame miró al abuelo de García sin saber que decir. Pasados unos segundos reaccionó con una sonrisa de circunstancias:

—Me siento alagada, pero no veo cómo puedo ayudar a superar la crisis de su amigo.

—Es Roger Felman.

—¿Felman? —dijo la madame mirando al techo del club para ganar tiempo y pensar que postura debía adoptar, reconocer que era su amigo o uno de los clientes.

—Buen amigo de usted y por supuesto de este club —insistió don Jesús mirándole a los ojos a la bella mujer.

—Me dijo al llegar que conocía mi casa por su reputación.

—Sí, así es.

—Sabe entonces que la discreción es aquí una regla diamantina.

—Sí, lo sé.

—Y a pesar de ello...

—Por favor —dijo cortando sus palabras y poniendo sus manos sobre las de la madame para transmitirle la gravedad del problema—. La cosa es muy seria, nuestro común amigo está sufriendo una experiencia terrible y si no me ayuda no saldrá de esta con vida.

La madame le dio a su gesto un tono más grave, aunque bien disimulado por su estudiado y profesional maquillaje. Sin saber que contestar fue la camarera quien ayudó a conseguir una tregua llegando a la mesa con una bandeja donde traía la orden de la madame.

—No Daniela, llévalo a la sala pequeña y acompaña al señor —giró la vista hacia su invitado disculpándose—. Concédame unos minutos, la camarera estará a su servicio, pida lo que quiera, ella le atenderá.

Vio alejarse a la guapa mujer con un suave contoneo mientras saludaba a su paso a los clientes que sonreían satisfechos al ser reconocidos por tan distinguida madame.

El barman seguía secando sus vasos de vidrio tallado como si aquello fuera lo más importante de su vida. Los caballeros, repartidos en distintos sofás, seguían charlando entre whisky y whisky de importación. Las bellísimas señoritas le daban el glamour a la sala vestidas como si acabaran de participar en un desfile de Loewe.

Siguió a la camarera fijándose en cada detalle de la sala de estilo neoclásico sabiamente decorada donde no sobraba ni faltaba nada. En el camino reconoció a varios personajes del mundillo político empresarial y financiero charlando animadamente, también periodistas, militares de alta graduación y hombres de negocios que agasajaban a sus clientes con la compañía de las señoritas del club.

La «sala pequeña», tenía más de cien metros cuadrados. Estaba decorada en estilo Art decó con sillones repartidos estratégicamente, una mesa redonda de juego y un par de mesas cuadradas para tomar las copas servidas desde una pequeña barra colocada en la zona más discreta de la sala. La puerta que daba acceso al salón era más pequeña que la que había enfrente, preparada para la entrada de las chicas que debían ser elegidas por el cliente, como se elige en el hipódromo la yegua por la que hay que apostar.

Todo elegido con gusto, todo en su sitio. Lo único fuera de lugar era un cuadro de considerable tamaño que sin duda el decorador no había elegido para ponerlo allí, sensación que recibió don Jesús nada más verlo. No pegaba nada. La camarera dejó un completo servicio para preparar té y café con dos jarras plateadas llenas de leche y agua caliente:

—¿El señor desea alguna cosa más? —preguntó la camarera haciendo su ensayada genuflexión.

—No, gracias, está bien, puede retirarse —

La camarera se dirigió a la puerta y antes de salir se volvió hacia don Jesús:

—Este es el timbre de llamada, me llamo Daniela señor —dijo la camarera en su camino hacia la puerta, se volvió llevando en sus manos la bandeja de alpaca e hizo la genuflexión de despedida antes de salir.

Al quedarse solo en abuelo de García puso café en una taza. Las piezas del servicio estaban inteligentemente escogidas, las tazas tenían una base de la que salía un asa de plata alemana que rodeaban su cuerpo de cristal para poder limpiar la taza por separado. No se puso azúcar, es una costumbre adquirida desde la antigüedad por la familia que prefería tomar el café amargo. Sí añadió suficiente agua caliente para que el café fuera más suave, al gusto americano. Después con la taza en la mano se puso frente al cuadro abstracto observando su técnica tan original mientras tomaba pequeños sorbos de café

—¿Le gusta? — preguntó la madame entrando por la puerta de la antesala. Se había cambiado, vestía un elegantísimo traje sastre de Chanel que parecía haber sido pintado por la misma Coco Chanel sobre su cuerpo.

—¿El café? —preguntó don Jesús girando la cabeza.

—El cuadro.

—Estoy confundido —dijo don Jesús—. Juraría que es un Mondrian.

La madame preparó su infusión de té como si se tratara de un estudiado ritual y con la vista dedicada a lo que estaba haciendo preguntó:

—¿Qué le hace dudar?

—Su estilo es inconfundible, pero Mondrian era un pintor inclinado hacia los grandes formatos y este es... pequeño. Además, le falta la firma o el signo personal con el que el autor identificaba sus obras.

—Era más grande, le falta poco más o menos la mitad —dijo la madame pensando que quizá se había equivocado al valorarlo —¿Cree usted que un cuadro tan feo y chillón como este puede tener algún valor? —preguntó interesada temiendo lo peor.

—Piet Mondrian fue el creador del neoplasticismo y el máximo representante del abstracto geométrico. Todos sus cuadros están clasificados y valen millones.

La palabra millones hizo que a la madame le temblaran sus instruidas piernas

—Necesito un cigarrillo —e hizo la intención de salir para conseguir uno.

—Tome uno de los míos...

Interrumpió la acción de salir de la sala y aceptó el que le ofrecía el abuelo de García abriendo una pitillera de plata ya muy gastada por el uso que había pertenecido a su padre y al padre de su padre. Tenía su historia.

—...Los de la izquierda son parte del racionamiento de mi tarjeta de fumador, es tabaco nacional con el que la Compañía Arrendataria de Tabacos manda al hospital a la mitad del censo de consumidores de tabaco negro. Los envueltos a mano son de la botánica oculta y personal del invernadero de mi jardín. No me pregunte si son legales porque no lo son, lo juro por mi honor de caballero —y para refrendarlo puso la palma de la mano derecha sobre el corazón.

Ella eligió los segundos por curiosidad y por ser más atractivos a la vista, él uno del subproducto de la Tabacalera. Los «bonitos» los reservaba para los que la penuria les hacía caer en severos estados depresivos y amenazaban con tirarse por el viaducto de la calle de Bailén, trampolín preferido por los suicidas. Con su encendedor de mecha encendió ambos cigarrillos en 1950 no había gasolina ni para los mecheros.

—¡Bueno, muy, muy bueno, si señor! —dijo ella aspirando profundamente el humo, gratamente sorprendida tomó asiento en una de las sillas que rodeaban la mesa e invitó con un significativo gesto a quien minuto a minuto ganaba su confianza.

—Me alegro de que le guste —dijo don Jesús dejando la pitillera y el encendedor al alcance de la madame por si quería repetir y acepto su invitación sentándose a su lado.

—Dígame qué terrible experiencia está pasando nuestro común amigo —preguntó interesada fumando con refinado estilo.

—Está siendo triturado en una galería de la cárcel donde por su condición de caballero no debería estar. Le han encerrado con la peor carroña, asesinos y torturadores supervivientes de los campos de concentración que le han convertido en una piltrafa. Su aspecto físico débil y ruinoso da náuseas.

—¿Qué ha hecho una persona tan seria comedia y moralista para merecer un castigo tan severo?

—Nada, él no ha hecho nada.

—Entonces permítame decirle que no lo entiendo.

—Ha sido víctima de una confabulación maquinada por unos carroñeros con la intención de asaltar su residencia —trató con su firme mirada transmitir la gravedad del asunto—. Para vaciar la casa necesitaban tiempo y el tiempo podía conseguirlo poniendo sobre la mesa y ante el juez su condición de homosexual.

—Para aplicarle la ley de represión tan identificada con el franquismo. —la madame no ocultó su gesto preocupado.

—No les bastó con la denuncia para encerrarlo por homosexual, querían algo más grave y le acusaron de una salvaje violación a un chico de quince años con lesiones que casi provocaron su muerte.

—Imposible monsieur Felman no es... de esos.

—Ojalá que el juez hubiera observado su misma confianza, pero no tuvo suerte.

La madame exhaló el humo del cigarrillo hacia arriba para describir su conocimiento sobre las rígidas instrucciones de los jueces militares fieles seguidores de las fobias de su Caudillo, que consideraba que la sífilis, la homosexualidad, el comunismo y la conspiración judeo-masónica eran los verdaderos jinetes del Apocalipsis.

—Qué tipo de ayuda necesita, ¿dinero? —preguntó la madame para centrar el problema.

—No señora no, necesito pruebas para contrarrestar el efecto que le metió en la cárcel. Me explico: tenía una empleada doméstica, asistente, o ama de llaves que valiéndose de un grupo de envidiosos exacerbados ha conseguido meterle en la cárcel para tener vía libre y conseguir robarle su patrimonio. Yo tengo que construir el efecto contrario, conseguir ayuda para sacarle de la vil cloaca donde le han confinado.

La madame dio una profunda calada al cigarrillo expulsando con arte el humo que obediente se fue hacia arriba no sin antes acariciarle el peinado.

—Cuenta con mi apoyo —dijo la madame, aunque enseguida aclaró—. Si es cierto que puedo servirle de ayuda y no tengo que enfrentarme a la monomanía antimasónica que le hace culto al dictador. He probado sus cárceles y mejor no repetir.

—Pertenece a la «Institución» ¿no es cierto??

—No —negó la madame con una leve sonrisa—. Es obvio que mi actividad se aparta del carácter iniciático moral e intelectual de las logias femeninas de la Sociedad, pero no piensa así la justicia y los que cuidamos sus bienes para que no sean confiscados recibimos el mismo castigo. El Estado ha convertido la monomanía antimasónica de Franco en los pilares ideológicos del Régimen.

“Francisco Franco perseguía a los masones porque a él no le permitieron serlo. Su hermano Ramón Franco, masón por tradición familiar y héroe de la gesta histórica del Plus Ultra vetó su ingreso dos veces. Esto influyó en la formación de su atormentada personalidad”

—Entiendo que no quiera arriesgarse, las desproporcionadas penas y persecuciones del Tribunal especial a los comunistas, judíos y masones justifica su desentendimiento.

—Mi familia ha estado perseguida por la Ley de Responsabilidades Políticas y ha sufrido la cárcel el destierro y la muerte de los más comprometidos —dijo la madame para darle claridad a su disculpa—. Esta Ley de 1939 ha permitido a la oligarquía hacerla retroactiva, ni más ni menos hasta el año 1934, con lo que ha declarado a los masones que ya lo eran en tiempos de la Segunda República fuera de la ley.

»La peculiar obsesión de Franco por borrarlos de la memoria llegó a tal extremo que ordenó eliminar los símbolos masónicos de los edificios, las tumbas y los panteones del cementerio. Su inquina llegó al punto de que las sanciones económicas impuestas a los masones desaparecidos debían hacerlas efectivas sus herederos. La muerte no limpió la mancha de mi familia y yo sigo pagando su culpa estando estrechamente vigilada.

—Teniendo en cuenta la legalidad no es justo confiscar los bienes de los masones de la Segunda República —convino don Jesús mostrando estar de acuerdo.

—Las actividades de la masonería fueron legales y estuvieron reconocidas por el Gobierno republicano, entre otras cosas porque el presidente de la Segunda República Manuel Azaña era masón, pertenecía al Gran Oriente Español.

—Permítame aclararle que no es del todo cierto —dijo don Jesús con la única y sana intención de poner las cosas en su lugar—. En honor a la verdad fue presentado en el Gran Oriente Español de la calle del Príncipe, pero educado por los padres agustinos de El Escorial pensó que aquella ceremonia no iba con él. Quiso marcharse de allí y no volver nunca más, pero necesitaba el apoyo de los radicales instalados en las logias masónicas y su interés político se impuso a su orgullo personal.

“En los preliminares de la ceremonia quiso marcharse y tuvo que contener la risa al ver al Gran Maestre y sus compañeros parlamentarios ataviados con la imponente cadena de oro y el delantal. Su desapego no le permitió volver. Su lapidaria frase siendo Ministro de la Guerra: «España ha dejado de ser católica» facultó la persecución religiosa y el odio a la fe. Murió en el exilio en presencia de cuatro de sus más allegados, la monja que estuvo con él a pie de cama y el obispo de Montauban que le dio la extremaunción”

—¿Me permite? —preguntó la madame alargando la mano la pitillera de plata para coger otro cigarrillo.

—¡Claro! los que quiera, los llevo para los amigos.

La madame acercó el cigarrillo sujeto por sus carnosos labios al mechero encendido que le ofrecía el abuelo de García y enseguida le volvió el color.

—»Y dígame —continuó tras deshacerse de la calada de humo—, menos ponerme ante un juez, ¿qué puedo hacer por usted?

—Proporcionarme información.

—Claro, ¿qué necesita saber?

—Lo que pueda decirme sobre la última visita de nuestro amigo —dijo don Jesús dando vueltas al encendedor entre sus dedos.

—Fue un lunes —respondió la madame centrando sus pensamientos—, precisamente el diez de abril, el día de la boda en El Pardo de la hija del Caudillo. Ese día tuve por aquí a muchos invitados —dijo adornándolo con algo de complicidad en la sonrisa.

—Entre ellos un cura.

—Don José María, también un buen amigo. Nos visita cuando el trabajo y sus buenas obras se lo permiten. A las chicas les gusta hablar con él —dijo la madame mirándole a los ojos para transmitirle que no había nada indecoroso en las visitas del sacerdote.

—Y un policía.

—Dimas —ahora su mirada se tornó indiferente mostrando la antipatía que sentía por el personaje — Es un mal tipo; un vivales, sólo le ayudará si consigue sacar tajada.

—¿Qué me dice de la chica?

—No ha vuelto, don José María le ayudó a encontrar el «Camino» —la madame dijo sin más palabras que la joven había sido captada por la Obra de Dios—. Pero dígame ¿Qué pueden hacer ellos para sacar a monsieur Felman de la cárcel?

—Después del erótico encuentro con la chica estuvo cenando con don José María y el policía en un restaurante cercano . Durante la cena hablaron de los preservativos que con imprudencia míster Felman había dejado al alcance de una desaprensiva persona...

—¿Los pres...¿qué? —se asustó la madame atragantándose con el humo.

—Los preservativos que había utilizado con la chica. —aclaró don Jesús.

—Aquí no se utilizan esas cosas, mis chicas están sanitariamente controladas.

—La joven no los utilizó como prevención, sino como medio anticonceptivo. La madre fue quien obligó a la chica a utilizarlos, seguramente sin su conocimiento.

—¡Por supuesto! ¿Sabe lo que pagó por...?

—Eso es lo de menos, el caso es que una mano desaprensiva se hizo con ellos y los utilizó para dejar su contenido en el cuerpo de la víctima.

—¡No me lo puedo creer! —dijo la madame sin salir del asombro —¿Quién hizo esa guarrada?

— Faustina, la empleada doméstica y hermana de la víctima.

—¡Queeeé! —ahora los ojos de la madame amenazaron con salirse de las orbitas para ir al baño—. ¿Se refiere usted a Tina, una de mis chicas?

—Sí señora sí, la sirvienta de míster Felman tenía una doble vida y venía aquí al club para hacer algunas horas extras mejor pagadas.

La madame apagó el cigarrillo miró el cuadro con asombro y dijo a media voz:

—Necesito algo más fuerte —se levantó y presionó el timbre de llamada al servicio, cuando volvió a sentarse no quitó la vista del cuadro abstracto.

—»Ella fue quien me regaló ese horrible cuadro.

—Me lo temía —dijo don Jesús frunciendo los labios—. Ahora puedo asegurar que se trata de un Mondrian auténtico. Míster Felman tenía en su cámara secreta cuadros de un valor incalculable, ese era uno de ellos.

—Y... ¿Cuánto vale? —preguntó la madame con ansiedad.

—En una subasta de arte una fortuna, incompleto y sin firma no vale nada.

—Si consigo la firma del artista nadie notará que sólo es una parte.

—Siento desilusionarla, Piet Mondrian murió en Nueva York hace dieciséis años.

La noticia cayó sobre la mesa haciendo un par de giros como la carta no deseada que le echan a un jugador de blackjack. Cuando la madame volvió a respirar el abuelo de García le preguntó:

—¿Dónde está la parte que falta?

—Le dije al portero que acoplara el cuadro a ese marco que tenía en el trastero ¡Y el muy bestia lo hizo! El trozo que sobró lo tiraré, supongo.

La camarera entro por la puerta que había detrás de la barra del bar de la sala y haciendo su conocida genuflexión preguntó:

—¿Me llamaba la señora?

—Sí, Daniela, traiga la botella de bourbon, ¿me acompaña? —preguntó mirando a su invitado.

—Seguiré con el café.

—De acuerdo, traiga más café para el señor.

—Si señora —dijo la criada y se retiró con su reiterada genuflexión.

—En su última visita Tina dijo que tenía un cuadro ideal para la decoración de esta sala con muchos colorines, era muy grande, así que sus criados se encargarían de traerlo. Su vida había dado un giro espectacular, el cambio estaba a la vista por el lujo de sus joyas y la nueva manera de vestir. Armó un revuelo entre las chicas, vino con regalos para todas y a mí reservó el cuadro sin decirme nada sobre su valor.

—Ella no lo sabía. En el asalto a la casa destrozaron cosas muy valiosas que por su incultura no conocían, encontré en la casa restos de dos telas de Braque, un cuadro de Picasso y tiras de un irreconocible Juan Gris. Estamos hablando de cientos de millones.

El caballero hizo una pausa pensando que la tragedia podía tener mayor dimensión que lo que había previsto cuando estuvo reconociendo la destrozada cámara secreta. Si el mutilado cuadro de Mondrian estaba allí era posible que el resto de la colección estuvieran tirados en un mercadillo.

Daniela entró de nuevo con una bandeja donde el bourbon se contoneaba dentro de una botella cristal labrado al mismo ritmo que sus caderas. Dejó la bandeja sobre la mesa con la botella, dos vasos, la hielera y una jarra pequeña con agua fría. Después sirvió el café de don Jesús, recogió lo que quedaba del servicio anterior y se retiró con su acostumbrada genuflexión.

—¿Cómo puedo encontrar a la joven?

—No lo sé después de aquella tarde vino dos veces más, siempre acompañada de su madre que pretendía vender de nuevo la virginidad de su hija. La última vez coincidió con don José María, se reunieron en una sala toda la tarde y después de aquel día la joven no volvió. Tengo la posibilidad de localizar a Tina, si es que ahora que es millonaria sigue viviendo en la misma casa.

—No, según me han dicho está en un hotel y ya no vive su hermano con ella.

—Esa cerda, que bien nos ha engañado a todos.

—No voy a preguntar a qué venía aquí, es evidente, ¿venía muy a menudo?

—Sólo cuando un cliente solicitaba un «griego» —dijo la madame batiendo la mano para deshacer la pregunta en el aire—. Ese día llamé a Tina para que atendiera a Dimas, el policía que me saca dinero y viene a darse un capricho. Las chicas no le aguantan, es un tipo desagradable y mal hablado al que sólo le gusta el griego.

—¡Las chicas tienen que hablarle en griego!

—No, no —sonrió la madame—, digo que tiene su particular forma de ver el sexo y «entiende» que hay algo más que lo tradicional. Tina disfruta con eso y lo acepta porque a ella le gusta de verdad. Además, se le da bien el «francés»

—¿Otro idioma?

—Se trata de la estimulación oral del pene señor —dijo Daniela entrando y dejando el servicio de café—. ¡Oh! perdone señora... no quería.

—No querías intervenir, pero lo has hecho.

—Me ha salido así... de repente —se disculpó tratando de aliviar el color que subía como un torbellino por las mejillas—. ¿Le sirvo el café señor? —dijo solícita poniendo boca de corazón.

—Cuando he pedido un «americano» ha quedado claro que lo que quiero es café, ¿no es cierto?—dijo don Jesús con una fingida mirada inocente.

—Está bien Daniela, retírate, yo serviré al señor. —dijo divertida la madame por la inocente ocurrencia de su invitado.

La camarera hizo su tan repetida genuflexión y se marchó contoneando el trasero, al llegar a la puerta repitió de nuevo la versallesca inclinación y desapareció tras la puerta de comunicación interior.

La madame preparó el café americano, sin azúcar, y le puso unas gotas de bourbon.

—¿Cómo puedo ver al entusiasta del griego?

—A estas horas suele estar en el Bar Chicote, ¿lo conoce?

—Sí pero no me prodigo mucho, soy como Chicote no me gustan los combinados.

—¡A Perico Chicote no le gustan los cócteles?

—Ni siquiera los suyos. El barman más conocido del mundo sólo bebe vino tinto con sifón, como los buenos madrileños.

—¡Caray, no lo sabía!

—Guarde el secreto.

—Se lo prometo —dijo levantando la mano—. Sobre Dimas tenga cuidado, será un tipo peligroso si no se pone a su altura.

—Lo tendré en cuenta.

La madame se levantó, fue a la barra del bar y consiguió una tarjeta que entregó al abuelo de García mientras este guardaba la pitillera de plata y el encendedor de mecha en un bolsillo interior. Ella le dio las gracias al ver dejar a don Jesús todos los cigarrillos especiales que llevaba y tanto le gustaban.

—Esta es la dirección de don José María —dijo acercando su cuerpo—. Para mis chicas es el teléfono de la esperanza.

La puerta de la sala contigua se abrió de manera repentina dejando ver a una chica como de veinte años que sujetando la puerta para no entrar del todo dijo con media voz:

—Ha venido mi general señora...

—¡Hola Lucía! Sí, ahora le atiendo. Dile que me conceda unos minutos, estoy despidiendo a un amigo.

Para don Jesús era el «adiós» y «espero volver a verle» al que él respondería «no le prometo nada señora» con un correcto un besamanos. Salió de la sala y cruzó el salón principal para dirigirse a la puerta de entrada. La clientela había aumentado, el negocio iba bien. Daniela le siguió hasta la puerta de salida llevando el sombrero y el bastón de la distinguida visita que recogiendo ambas cosas le entregó una generosa propina digna de una generosa genuflexión.

—Adiós señor —dijo solícita volviendo a plegar sus rodillas.

—Adiós señorita, ha sido un placer.

Salió al rellano mientras la puerta se cerraba tras él con un chasquido que recordaba el cierre de una caja de caudales. Llamó al ascensor que subió a la tercera planta trepando sin ningún esfuerzo por los cables de acero trenzado. Poco después el portero abrió la puerta del lujoso elevador y sonreía con cara de complicidad, seguramente pensando que aquel caballero había pasado mejor rato que él leyendo El Caso.

Se apartó a un lado muy ceremonioso y dijo sujetando la puerta del ascensor:

—Caballero.

—Gracias —dijo don Jesús abriendo la pitillera de plata.

El portero tragó saliva mirando los cigarrillos de Picadura Selecta ya listos para fumar y abrió los ojos sorprendido cuando recibió seis en el cuenco de su mano. En aquellos tiempos de penurias y cartillas de racionamiento para un fumador empedernido el tabaco tenía más valor que el dinero.

—Muchas gracias caballero, usted es de los míos —dijo haciendo desaparecer los cigarrillos en uno de sus bolsillos con la destreza de un mago.

No quiso sacarle de su error, por supuesto no era de los suyos, desoyendo el comentario producido por su avanzado estado de nicotismo mejor preguntó:

—¿Qué hizo con el trozo de tela que sobró del cuadro de arriba?

—Lo tengo yo señor —respondió mostrando sus dedos salvajemente pintados por el monóxido de carbono del tabaco—. ¿Quiere verlo?

—Si es posible me gustaría echarle un vistazo.

—¡Claro señor, lo tengo a mano! —dijo invitando a don Jesús a seguirle.

El portero le llevo hacia un almacén cruzando un par de patios interiores. Mirando hacia arriba podía verse el cielo que cubría las calles aledañas a la Gran Vía. En una parte, donde se apilaban herramientas alfombras y muebles viejos desechados por los vecinos, había un mueble muy valioso de madera de Guinea adaptado por el portero como improvisada conejera.

—Aquí está señor ¿Qué le parece? —dijo el portero satisfecho.

El piso de la improvisada jaula era el trozo de tela que había sobrado al acoplar el cuadro. Precisamente la parte donde debía estar la firma, o el reconocimiento de la obra del pintor. La tela estaba por supuesto en un estado irrecuperable. El orín de los conejos había servido de improvisado disolvente; además, el portero había hecho agujeros para facilitar el drenaje de las meadas. Mientras abandonaba el edificio el abuelo de García sonreía divertido pensando en la suerte de los conejos, pocos animales domésticos tienen la oportunidad de mearse sobre una tela que costaba millones.

El bar Chicote era un destacado ejemplo del estilo «art decó», el símbolo de la vida cultural madrileña, referente del ocio de la sociedad y lugar de encuentro de la farándula de mayor nivel. Era el local preferido de las estrellas del cine de la época. Don Jesús pasó la puerta giratoria, dejó atrás los elegantes pasamanos de metal de la entrada y las cortinas forradas que aislaban el interior de las furtivas miradas de los curiosos. El bar estaba muy concurrido, sólo quedaban dos mesas vacías para poder elegir.

Ocupó la que consideró más discreta, dejó el sombrero sobre la alta y sencilla balda de metal cromado que hacía la función de sombrerera y miró a su alrededor por si podía a simple vista reconocer a Dimas. Pudo observar que el tipo cuya presencia podía representar la mala praxis policial podía ser cualquiera. Tendría que pedir ayuda al propietario del local.

El extrovertido barman, de apenas 51 años cumplidos, se encontraba tras la barra preparando el famoso cóctel que llevaba su nombre: una mezcla de vermouth, ginebra y grand marnier. Al ver al abuelo de García hizo una discreta seña para indicarle que enseguida estaba con él y don Jesús le dijo sin palabras: «Tranquilo, no tengo prisa»

Miró alrededor comprobando que el público de la tarde era distinto al que él solía ver a la hora del aperitivo. La tarde justificaba más las cortinas como cómplices de las viudas adineradas que habían tomado la Gran Vía como su centro de velado erotismo y sensualidad y fieles protectoras de la intimidad de los caballeros que buscaban la aventura fácil con las que vivían de su motivadora y bien pagada profesión.

Perico Chicote, como era conocido el ilustre barman, no reconocía que en su bar se pagaba por la «compañía», incluso evitaba hablar de ello, pero lo sabía y lo aceptaba sin darle mayor importancia. Su famoso negocio, además de bar e insólito museo, era un centro para el estraperlo de vino de lujo y licores muy caros y la más importante farmacia clandestina de Madrid. Cuando aparecieron las sulfamidas sólo se podían comprar allí, en Chicote. El premio Nobel Sir Alexander Fleming, único cliente que consiguió que el mejor bodeguero del mundo le regalara una botella de su colección, no supo que estaba ante el principal distribuidor de penicilina de la ciudad.

Perico Chicote ejercía de soltero porque valoraba su independencia y defendía sus ideales, que no eran otros que los licores y la forma de combinarlos. Su apoliticismo le sirvió para que Julián Besterio, presidente de las Cortes de la Segunda República y del Partido Socialista Obrero Español le concediera la gestión del bar del Congreso de los Diputados. Terminada la guerra Franco le convirtió en el barman de Palacio y la parte más ornamental sociológica y cultural del Régimen franquista. Estas distinciones le proporcionaron una envidiable inmunidad.

—¡Bienvenido marqués! —dijo el sabio barman sacando al abuelo de García de sus pensamientos, porque el mejor barman del mundo ponía títulos a los conocidos tuvieran o no la distinción real. Era un truco, lo hacía para recordar y ponerle nombre a quien le saludaba como si se conocieran de toda la vida. En esta ocasión no era el caso, conocía de verdad al abuelo de García.

—Bien hallado sire —le devolvió don Jesús el saludo continuando la broma.

—¿Qué tal sangría, mejor? —dijo el barman sentándose a su lado.

—Sí, tenías razón.

—Ya te lo dije galán, el secreto está en el vino, no por llevar gaseosa hay que hacerla con vino del montón —Chicote paso una orden al paso de un camarero—. Trae un vino de los míos a don Jesús.

—Gracias, eres el mejor.

—Lo intento y a veces lo consigo —dijo riendo su propia gracia—. ¿Bueno qué, de tertulia?

—Mis tertulias aquí son más de aperitivo.

—Lo sé, Lo sé, por eso me ha extrañado verte a estas horas...

El camarero se acercó con una buena copa de vino y una pequeña jarra con agua carbónica.

—...Aquí estamos, una buena copa de vino, con una discreta parte de sifón. —dijo Chicote sirviendo él mismo para continuar: —Gracias Danilo, todo lo que tome esta tarde don Jesús es cosa mía.

—De acuerdo —contestó el camarero—, bienvenido don Jesús.

—Gracias Danilo, saluda de mi parte a tu mujer y a los muchachos.

Danilo hizo un gesto de aprobación y se marchó para atender a una señorita a la que un aspirante invitaba durante el proceso de ajuste de precio... después de haber dejado ella claro como desarrollaría los tecnicismos relacionados con el sexo.

—Hace unos días estuvo aquí uno de tus amigos —dijo Chicote a don Jesús—, ese tipo tan simpático que es procurador en Cortes. Venía muy preocupado... necesitaba...

—Ya, penicilina, supongo

—Eso es. Bueno tú sabes que yo no me dedico a eso...

—Sí lo sé ¿La conseguiste?

—¿Por quién me tomas? ¡Pues claro!

—Eres un buen amigo...

—Y tú qué, ¿Qué es lo que necesitas?

—Sacar a un amigo de un lío, le conoces, vende al por mayor productos gourmet y clandestinamente hace su negocio con drogas y medicamentos.

—Lo sé, hasta aquí ha llegado la noticia ¿Qué ha hecho ese hombre por Dios?

—Nada. Le han tendido una trampa.

—¿Y está detenido por comunista, o por lo que rima con masón?

—Le han juzgado y condenado por violar y torturar hasta casi producirle la muerte a un chico de quince años, el muchacho está aún muy grave.

—Mala cosa, a ese Felman no se le ve con mujeres y es un sambenito en el tiempo que vivimos, te lo dice otro soltero...

Se produjo entonces un breve silencio mientras don Jesús probaba su bebida y Chicote evaluaba la situación:

—... Y desde mi modesta posición ¿Cómo puedo echar una mano?

—Es mejor que estés fuera de este feo asunto. Si en Gobernación descubren quién es este «inofensivo» amigo los que tenemos algo que ver con él podemos pasarlo mal.

—No sería en mi caso, aunque quien sabe. Mi situación me ha concedido ciertas prerrogativas, pero los privilegios también tienen su límite.

—Por ahora soy el único que sabe quién es y que hace en España este amigo, pero me siento comprometido y tengo que guardar el secreto.

—De acuerdo, pero algo sí puedo hacer —dijo el barman poniendo las palmas de las manos hacia arriba.

—Dime quién es policía y se llama Dimas, con eso has cumplido.

—¡Es un soplón, un mal tipo...! Le echaron de la policía por prevaricar y cien delitos más, aunque sigue enseñando su placa y la pistola para extorsionar a la gente. La policía le permite ciertas licencias porque es un implacable delator y uno de sus más fieles confidentes —giró su cara a un lado y señaló a un tipo que miraba hacia una mesa del fondo—. Ahí lo tienes, es el que no quita ojo de la mesa donde está el armador vasco con el joven rubio. Además de inútil y estúpido Dimas es un chivato dañino, les vigila porque cree que son nacionalistas vascos conspirando, cuando en realidad lo que está haciendo el armador es ligar con el muchacho para llevárselo al hotel.

—Ahora sé quién es, le he visto por aquí, está siempre a la que cae.

—Le dejo entrar para evitar males mayores, es tan malo que es mejor tenerle de tu lado; eso sí, siempre que esté controlado. —Giró el cuerpo y dijo levantándose—. Te lo envío, le hablaré primero para que no se pase contigo.

—Vale Pedro, gracias...

—Y dime si quieres que haga algo más por nuestro amigo, ¿de acuerdo?

—Te lo prometo.

Chicote se dirigió hacia la mesa que ocupaba Dimas casi tropezando con un tipo que entraba en el bar, un personaje que preparaba su «cursus honorum» para ser alguien en el Régimen franquista.

—¡He bajado Perdices a más de cien! Perdona que no te de la mano, me huele a gasolina —dijo abordando el recién llegado al prominente barman.

—Un día se nos mata don Fernando —le contestó.

—¡Bah! Sólo se matan los que no pilotan y yo piloto querido, yo piloto.

El intrépido automovilista dejó a Chicote para sentarse en uno de los taburetes de la barra colocando el cuerpo para que vieran los que estaban alrededor que llevaba oculta una pistola. Miró con suficiencia prepotente, tiró los guantes y las llaves del coche sobre la barra y le dijo al barman que tenía cerca:

—No he decidido que voy a tomar, así que sorpréndeme.

—¿Qué le parece don Fernando si empezamos con esta sorpresa? —dijo el barman contrariando el estilo del jefe que rara vez recordaba a un cliente que tenía una deuda pendiente.

—¿Qué es esto?— preguntó sorprendido el piloto que pilotaba por Perdices.

—Su nota de ayer, don Fernando...

—¡Pero! ¿No la pagó el barón? —dijo el fantasma poniendo los ojos como platos al ver la cifra tan elevada.

—...El señor barón se marchó antes que usted don Fernando. Me dijo que no quería que le pasara en la Cuesta de las Perdices.

—¡Será...! —cortó a tiempo la burrada que estaba pensando y se disculpó haciendo un gesto hacia la cartera—. Pues chico... ahora no tengo... vamos, que, que no he venido preparado para...

El abuelo de García sonreía por el mal trago que le estaban haciendo pasar el camarero al fulano de la Cuesta de la Perdices. Chicote se acercó, invitó a Dimas a sentarse en la silla que él había ocupado y se volvió hacia el piloto:

—¡Ea! don Fernando, tranquilo, olvídelo por hoy —miró al camarero para decirle con la mirada que había estado bien parándole los pies al cliente fanfarrón y le dijo con una sonrisa de aprobación—: prepara un Oro y Pierrot para don Fernando —dijo poniendo la mano sobre su hombro—. Es un cóctel sin alcohol, aconsejable si tiene que conducir.

—¡Pero ese cóctel es de mujeres!

—No lo crea don Fernando, lo piden mucho los pilotos... Pruébelo, verá cómo se pasa usted los pueblos de dos en dos.

Don Jesús sonreía. El bueno de Chicote le estaba tomando el pelo al «camisa nueva» y este ni se enteraba.

—Se ríe de lo que pienso señor marqués —dijo a modo de saludo Dimas recolocando su cuerpo en la silla para que esta absorbiera su obeso cuerpo.

—¡Eh! ¡Ah!... No Dimas —contestó el abuelo de García—, son cosas mías.

—Se lo digo porque a ese gallito del Hispano-Suiza le tengo ganas.

Don Jesús miró de frente para hacer su propia valoración sobre el falso policía y llegó a la conclusión que como fisgón era bueno, había oído desde su mesa que Chicote le llamaba marqués y estaba empleando el tratamiento.

—Hoy no ha venido ningún anticuario del El Rastro con los que usted se reúne aquí para hablar de toros —dijo Dimas para demostrarle a don Jesús que le tenía fichado en su nómina de observados—. ¿Qué viento le ha traído hoy por aquí?

—Me han puesto sobre aviso sobre su alto poder de observación, quien me lo ha dicho sin duda se ha quedado corto. Según parece usted abre y cierra este local y no se le escapa un detalle.

—Tanto como abrir y cerrar no, pero si le echo unas horitas —bajó la voz y adelantando el cuerpo en un innecesario gesto confidente—. Me pagan para «estar al loro» —volvió a retomar su postura y preguntó mirando hacia un lado—. Y bien, ¿a qué se debe el honor?

—¿Conoce al señor Felman...?

—Buen amigo mío; si señor, buen amigo mío —dijo Dimas estirando el gesto.

—Vengo entonces bien dirigido, tiene que ayudarme.

—¿Ayudarle, a qué? —dijo el gordo con la mosca tras la oreja.

—A sacarle de la cárcel.

—¡Ah! ya ¿Está metido en un lío no?

—Así es.

—Es un primo que tira el dinero a espuelas y trapichea con todo el mundo, pero por eso no encierran a nadie.

—Le han condenado por abusar de un menor, un muchacho de quince años que está grave en el hospital.

—¡Felman con un muchacho! ¿Hablamos de la misma persona?

—Por supuesto que sí.

—¿Quién le ha dicho que me vea?

—Él mismo, por cierto, el chico es el hermano de la mujer con la que usted hace eso de, ¿cómo dijo la madame?... ¡Ah! sí, el griego...

—Necesito un trago —dijo volviéndose hacia el mostrador.

—Dígame que quiere.

—Cerveza... grande... y muy fría.

Don Jesús hizo una discreta seña a Danilo que se acercó rápidamente.

—¿Sí don Jesús? —dijo el camarero solícito.

—El señor tomará una cerveza grande muy fría, traiga además una botella de agua mineral con gas...

El camarero se marchó a preparar la orden.

—Además de agrandarle el culo a esa guarra, no sé en qué puedo estar yo metido en el asunto.

—El chico fue ingresado con lesiones graves causadas por un violador pederasta. Presentaba múltiples heridas producidas por golpes contundentes en el cráneo y un corte en la lengua que le hicieron para evitar que se fuera de la lengua, valga la redundancia.

—Parece de cine, ¿no?

—Un plan maquiavélico urdido por degenerados para instigar y disipar las dudas de la policía sobre el autor del atropello.

—Así, sin más.

—El forense de la policía científica había recogido muestras que pudieran identificar al agresor y una de ellas fue determinante, la muestra de semen extraída del cuerpo del muchacho.

—Resultó positiva.

—Así es.

—Debe pedir otra prueba.

—No; otra vez no. Seguro de su inocencia se sometió al método más denigrante que un hombre de bien puede soportar. Fue vergonzoso, lo pasó muy mal. No le veo ahora dispuesto a ser humillado por segunda vez.

Danilo volvió a la mesa con el agua, la cerveza y sirvió ambas cosas en los vasos que reposaban sobre los posavasos exclusivos del bar Chicote.

—¿Tienes por ahí unos saladillos? —solicitó Dimas al camarero.

—¿Prefiere mejor unos canapés? —preguntó el camarero.

—Tú mismo —dijo Dimas viendo como Danilo se retiraba para traer la nueva orden.

—Desconozco la legalidad sobre las pruebas periciales, me sorprendió saber que puede pedirse una muestra de semen —recapituló don Jesús.

—Todo vale si es para empapelar a un fulano, el juez pide un culpable, qué más da si lo es o no, Una «mamadita» y ahí tienes las pruebas para llenarle el culo al chaval.

Dimas soltó una carcajada y algunos clientes volvieron la vista hacia él, Danilo llegó a la mesa con un plato de canapés y un platillo con servilletas de papel y llamó al orden al escandaloso:

—Le ruego señor mantenga...

—Sí, sí, Danilo perdona —Dimas miró arrogante a su alrededor, pero pidió perdón a quien tenía más cerca mientras Danilo se retiraba.

—¿Por qué no en unos preservativos? —preguntó don Jesús.

Dimas se dio una palmada en la frente recordando y dijo asombrado:

—¡Me cago en la! ¡Ahora caigo!

—¿Lo ve ahora claro? —dijo don Jesús

—Claro como el agua que está usted bebiendo. Mira que lo advertimos el cura y yo.

—¿El cura y usted?

—No, fue don José María quien lo dijo ¡maldita sea mi estampa!

—¿Estarán dispuestos a decirle al juez que conocen la procedencia de esa prueba?

Dimas calló mirando al suelo para ocultar sus ojos antes de decir:

—No sé si el padre estará dispuesto, pero lo que es yo... no, no puedo.

—¡Cómo que no puede!, si no he oído mal ha dicho que el preso es muy amigo suyo.

—Amigos, amigos... conocidos y poco más.

—¿Qué tiene que ver el grado? tiene que colaborar, es una autoridad.

—¡Yo!, yo soy una puta mierda, me tiro el «pegote» con la gente, pero no soy nada, sólo un desgraciao. Eso es lo que soy, un puto desgraciao.

—Me habían advertido ¿Está suspendido no es cierto?

—Sí —dijo el antiguo y ahora falso policía avergonzado.

—Pero colabora con la policía, es uno de sus confidentes.

—Eso sí, pero sin salirme del tiesto —dijo Dimas levantando la vista—. El juez creerá que he vendido la declaración y la desechará. Lo mío es extorsionar a los que tienen algo que ocultar, poca cosa, migajas para ir tirando. Si sale al aire que saco pasta del club puedo darme por jodido. El negocio está protegido por los de arriba, van cada mes a quitarse las hormigas de la bragueta y recoger el sobre, cada uno tiene el suyo.

—¿Entonces no puedo contar con usted?

—Lo siento, lo siento de veras.

—¿Conoce las condiciones en las que se encuentra el preso?

—Supongo que mal, muy mal, he prestado servicio en prisiones y sé cómo se trata a los violadores. A estas horas tendrá el culo del tamaño de la boca de un tragabolas.

—Está encerrado en la peor galería de la Provincial con la escoria que han traído de los campos de concentración. Hay un tipo allí que le ha tomado como su juguete, le viola salvajemente cuando le viene en gana y le ha hecho pasar por tormentos físicos inimaginables.

—Eso sí lo puedo arreglar —recuperó su posición de poli malo—. Veré quien es el tipo y si le está haciendo la vida imposible a su amigo está muerto, tiene los días contados —Sacó un pequeño libro de notas y una pluma Parker Vacumatic y escribió una dirección—. Aquí pude encontrar a don José María, estará en esta dirección toda la semana.

—Tengo una tarjeta que me dieron en el club.

—Olvídese de la tarjeta y hágame caso, vaya a esta dirección

—Está bien, iré mañana mismo —dijo resuelto don Jesús.

—Que tenga suerte —dijo Dimas levantándose y tendiendo la mano para despedirse.

Don Jesús se la estrechó sin entusiasmo, estaba claro que Dimas no era de su agrado, jamás le tendría como amigo... tampoco como conocido. Cuando salió se puso en pie y colocándose el sombrero se dirigió a la barra donde Chicote preparaba un cóctel a una viuda elegantísima que miraba hipnotizada.

—¿Qué tal la entrevista? —preguntó le preguntó el barman.

—Poco he conseguido...

—¿No va a colaborar?

—...Dice que no puede.

—Te dije que era un cabrón —dijo disculpándose—. Perdona doña Concha.

—No se preocupe —dijo la viuda—, a mí tampoco me gusta Franco.

—Tenme al corriente marqués y pídemelo lo que quieras.

—De acuerdo Pedro, adiós —dijo don Jesús, y volviéndose hacia la viuda de escote empolvado se despidió cortésmente tocándose el ala del sombrero—. A sus pies señora.

Don Jesús se dirigió a la puerta giratoria y en el camino vio como el armador había entrado ya con todo al joven rubio que ruborizado miraba a su alrededor sin poder contener el sofoco que le producía el excitado manoseo del vasco.

—¡Que hombre más educado! —dijo admirada la dama de negro.

—De los mejores doña Concha, se lo digo yo —dijo el barman sirviendo el contenido de la coctelera a la señora.

—¿Es marqués?

—¡Sí señora! y de los mejores.

Don Jesús salió del Bar Chicote con la sensación de no haber conseguido otra cosa que saludar a su amigo Pedro y tomar un excelente vino con sifón.

Nada había conseguido del negativo exfuncionario que vivía succionando su propia suciedad moral. Su testimonio no serviría para sacar a Felman de la cárcel, pero no estaba todo perdido porque se había comprometido en hacer algo con el animal que le torturaba. Eso ya era algo, un atisbo de esperanza. Miró a los lados de la amplia avenida sopesando bajar o subir por la acera que a esas horas bullía de actividad. La consulta a sus piernas despejó las dudas... bajaría. Sus pasos se acoplaron enseguida a los de los transeúntes que habían tenido la misma idea, marchando en disciplinado orden hacia el punto donde confluían la calle de Alcalá y la avenida de José Antonio, o Gran Vía, para los madrileños que siempre la llamaron así, incluso cuando el Gobierno republicano le cambió su castizo nombre por el de avenida de Rusia.

El sol de la avanzada tarde deshacía los rayos de luz escondidos en los historiados ornamentos de los señoriales edificios de clara inspiración francesa contruidos en 1900. Dejó atrás el emblemático y orgulloso edificio de La Unión y el Fénix con su torre circular coronada por la cúpula de pizarra e incrustaciones doradas que soportaban el símbolo de la compañía: la estatua de bronce del ave Fénix con la figura humana que representa a Gánimedes con el brazo extendido haciendo el saludo fascista.

Desde la puerta de la iglesia barroca de San José el abuelo de García miró hacia el edificio del Círculo de Bellas Artes donde vivió las peores treinta horas de su vida encerrado en los sótanos de la «checa» instalada allí por el Frente Popular para depurar a sus enemigos de clase.

“La checa de Bellas Artes fue la más aterradora de Madrid hasta su traslado al palacio de la calle de Fomento. Su fundador Manuel Muñoz Martínez, director General de Seguridad, diputado de Izquierda Republicana y masón del grado 33, no soportaba ver el saludo fascista que le hacía la estatua del Fénix delante de sus narices”

El abuelo de García fue detenido camino de su casa por un grupo de milicianos paramilitares de la izquierda marxista conjurados para llevar a cabo acciones directas de represión. A punta de fusil fue obligado a subir a un camión de fabricación rusa donde había otros detenidos, entre ellos disidentes republicanos.

Los milicianos dejaron en la checa del Ateneo Libertario de Ventas, que pertenecía a la CNT, a cuatro revolucionarios contrarios a las ideas estalinistas adoptadas por el Partido Comunista Español y dos detenidos de la quinta columna de los sublevados. En la checa comunista del barrio de la Guindalera dejaron a unos disidentes republicanos de derechas y un tipo que a gritos disentía de todas las ideas políticas y maldecía a todos, incluso a sí mismo. Por referencias don Jesús conocía el peligro de esas checas y pensó que no volvería a ver a los pobres desgraciados nunca más.

A él le llevaron a la mejor. La checa de Bellas Artes actuaba como Comité Provincial de Investigación Pública. Quien entraba en ella para ser interrogado podía darse por muerto. El comité estaba formado por tres miembros de cada partido del Frente Popular, treinta personas que formaban seis tribunales que tomaban decisiones de vida o muerte inapelables, sin procesos, ni garantías. Actuaban dos tribunales simultáneamente en turno de ocho horas y contra su decisión no había recursos. En sólo media hora se dictaban docenas de sentencias.

Pocas posibilidades tenía de salir de allí con vida, después de un juicio sumarísimo de no más de cinco minutos escribirían en su sentencia la palabra «libertad» seguida de un punto y le dirían que podía marcharse. En la puerta un pelotón de ejecución se ofrecería a llevarle a casa en automóvil y le asesinarían en el camino dejando su cuerpo tirado en la cuneta.

El simulacro de su juicio fue después de permanecer detenido treinta horas junto a otros desesperados, detenidos, torturados, desposeídos de sus propiedades y condenados a muerte por el «tribunal del pueblo». Un condenado sabía que el tesorero de la «checa» llevaba a diario al director General de Seguridad parte de los saqueos. Los tribunales populares obtenían su retribución del resultado de las incautaciones a la Iglesia y la clase burguesa.

El juicio fue como todos, sumarísimo. «¿Para qué han traído a este hombre?» dijo el portavoz del tribunal. No le dieron ningún papel. Eso no era bueno y poco tuvo que esperar para comprobarlo. En la puerta esperaban los milicianos que le habían llevado allí y uno de ellos con pinta de obrero ferroviario le invitó a subir al camión. Quiso distanciarse del grupo, pero le cerraron el paso sonriendo.

Si subía al camión sería su final, si huía le dispararían por la espalda. Resignado miró a la fachada barroca de la iglesia de San José y al nicho empotrado de la fachada desde donde la imagen de Nuestra Señora del Carmen, siempre protectora de la familia, le envió un mensaje de esperanza.

—Hágase tu voluntad señora — y se dispuso a enfrentarse al destino fatal.

En ese preciso momento alguien tocó en su hombro saludándole de forma afectiva:

—¿Qué haces aquí Jesús?

Vio entonces como los milicianos se cuadraban nerviosos ante la presencia de un general del ejército republicano que había bajado de un Rolls Royce blanco de 1932, sin duda incautado por los tribunales de la «checa».

—Me llevan a dar un paseo en camión.

—¡Tú! ¿Quién cojones ha ordenado eso, si puede saberse?

—Pues alguien que ha dicho lo que tú «¿Qué hace aquí este hombre?» y me ha condenado a muerte por haber salido a la calle llevando puesto el sombrero.

—¿Esta es la justicia de los que lucháis por la libertad? —le gritó al miliciano que llevaba el papel del Tribunal—. ¡Trae eso pa'ca! —dijo arrancándole al miliciano la sentencia de las manos—. ¡Así que «libertad» y punto!

Ninguno de la partida fue capaz de decir nada, se veía a las claras que disfrutaban con el trabajo que hacían para el Tribunal; eso sí, su burlona postura y guasona sonrisa desapareció cuando vieron que se les escapaba el botín.

—Vamos, te llevaré a casa, Carmen tiene que estar preocupada —dijo el general en tono conciliador y subidos en el Rolls Royce blanco descapotable conducido por un cabo y un teniente de escolta, añadió—: No les provoques Jesús...

—¡Yo! ¿A quién provooco yo?

—... Ese sombrero...

—¿Y qué me pongo en la cabeza, un pañuelo con cuatro nudos?

—Mira... la guerra... la guerra no durará mucho si hay suerte y Franco dirige más batallas.

—No entiendo.

—Porque ese «generalísimo», como hace llamarse, es un incompetente.

—No es eso lo que dicen los que confían en él y le siguen.

—Es un manipulador que presume de méritos creados con mentiras. No saben lo que han hecho los tres generales de la junta militar dejando en sus manos el poder absoluto. Se van a arrepentir, si no lo han hecho ya —el general encendió un cigarrillo y ofreció a su acompañante que lo rechazó, no estaba el cuerpo para tabaco—. Su preparación teórica es deficiente porque fue un mediocre en la academia militar. Llegó a general por un capricho del rey sin hacer siquiera el curso de comandante. Nunca ha participado en grandes batallas, en África su participación se reducía a la lucha de guerrillas.

El general del ejército republicano equivocaba su valoración. La guerra terminaría pronto, pero no por la incompetencia del general Franco, sino por la incompetencia de su ejército de asamblearios que decidía en asamblea si había que atacar o no al enemigo.

Cada día se producía la sangría de soldados bien entrenados que cruzaban las líneas para pasarse al Frente Nacional, sobre todo jefes y oficiales. El ejército bajo el mando del Frente Popular no disponía de un líder carismático capaz de llevarlos a la victoria y Stalin no era la solución porque estaba muy lejos. Las milicias revolucionarias de mono azul y fusil se dedicaban a la rapiña haciendo la guerra en su propio beneficio.

Otro error grave fue la persecución a fe, ningún imperio con su poderoso ejército fue capaz de acabar con los cristianos... tienen un líder muy poderoso.

—Llegamos a casa —dijo don Jesús a la vista de «la nave»—. Será mejor que me baje aquí, mis hijos no miraran con buenos ojos al coche si se han enterado de que tus rojos camaradas me han condenado a muerte.

—De acuerdo. Pasaré un día de estos a pedir disculpas por el susto —dijo abriendo la puerta trasera para que saliera don Jesús

—Me han quitado lo que llevaba encima...

—Lo recuperaré y... por favor... ese traje fuera y el sombrero colgado en el armario.

—¡Ya!

—No les provoques Jesús. No les provoques.

Ir vestido con traje y sombrero le pudo costar la vida al abuelo de García. Tuvo que cambiar sus hábitos de vestir. Cambiar su aparente aspecto de opresor burgués con un pantalón de pana, camisas sin cuello, chaleco en lugar de chaqueta y no quitarse de encima la boina, símbolo de la lucha de clases. Hasta que no terminó la guerra no pudo volver a ponerse el sombrero.

El juez no había ordenado precintar los almacenes. No necesitó las llaves para entrar en la nave principal y oficina del negocio porque todas las puertas estaban abiertas. Un hombre rechoncho y macizo como un adoquín sujetaba el sombrero con una mano mientras que con la otra se rascaba la cabeza mirando con perplejidad el salvaje saqueo.

—¡La virgen! —dijo el intruso notando la presencia del abuelo de García—. ¡La madre que le parió a ese, a ese...!

Había por todos lados cajas de cartón reventadas y vacías cubriendo la mayor parte del suelo del almacén. Las estanterías habían sido volcadas sin miramiento y reposaban en el suelo como muñecos rotos.

—Buenos días, señor... —dijo saludando cortésmente don Jesús

—Robles, Eustaquio Robles Mancha, para servirle. Soy el propietario de estas naves.

—Celebro conocerle señor Robles, pensé que estas naves eran de otra propiedad...

—Del señor Felman supongo. Pues no, no señor, estas naves son mías —dijo el tipo macizo entornando ligeramente uno de sus ojos—. ¿Qué le parece el desastre que hay aquí formao?

—Que alguien se ha aprovechado de la ausencia del patrón.

—¡Ha sido el cabrón del encargado! ¡No, si yo ya me lo temía! —dijo Eustaquio seriamente indignado—. He venido porque me han advertido del saqueo que estaban haciendo aquí los empleados.

»Hasta ahora no me había preocupado por no estar cobrando el alquiler, el señor Felman es un hombre cabal como el que más y cuando salga de la cárcel nos pondremos al día. Otra cosa es llevarse la mercancía porque me quedo sin garantía de cobro.

—Por el cobro del alquiler no se preocupe...

—¡Ah, no! ¿Y quién me paga ahora, usted?

—No yo no, le pagará quien le ha estado pagando hasta ahora si me ayuda a conseguir su libertad.

—¡Yo!

—En las presentes circunstancias cualquier ayuda puede resultar de mucho valor.

—No, no. Yo en líos no me meto. Estos almacenes no los tengo legalizados y...

—No son suyos —dijo don Jesús dando por cierta su pregunta.

—Bueno sí, pero... ya sabe... la guerra

—Se hizo usted con ellos de forma irregular.

—Al propietario le dieron el paseo las brigadas antifascistas. A mí me pasó la propiedad un comisario previo pago del dinero que necesitaba para huir del país con su familia cuando entraron en Madrid los nacionales. De momento estoy sacando buen provecho del dinero que pagué por ellos, pero no quiero remover nada para no perder la oportunidad de sacar algo más de esta mina ¿Comprende lo que le quiero decir?

—¿No se le ocurrió averiguar si el propietario tenía herederos? —dijo don Jesús pensando que quizá no había sido sólo el capataz y los empleados los que se habían encargado de vaciar los almacenes.

—Bueno yo... yo también...

—Usted es uno de esos republicanos conversos —dijo don Jesús endureciendo aún más la mirada.

—Dejémoslo en un hombre que sabe cambiar con los tiempos.

—¿Y no teme usted que yo le denuncie, ahora que sé la verdad?

—No porque usted no me conoce a mí, pero yo sí le conozco a usted. Sé que es una persona de principios —contestó el casero despidiéndose con una pretendida señal amistosa mientras se calaba el sombrero con la gracia y la destreza de quien ha usado gorra de visera toda su vida.

No, él no lo haría —pensó don Jesús—, las denuncias políticas le repugnaban y despreciaba a los que se valieron de ellas para enriquecerse o conseguir favores políticos. Le vino entonces a la memoria la tragedia ocurrida a su cuñado Alfonso, marido de su hermana mayor:

Alfonso tenía un camión que era su vida. Sacaba de él lo suficiente para vivir sin lujos, pero también sin estrecheces. No era ni ateo ni cristiano temeroso de Dios. La política no despertaba en él ningún interés. Se libró durante las revueltas populares previas a la Guerra Civil de los envidiosos que veían en su camión una buena presa. También pudo librarse durante los primeros años de la Guerra Civil porque los militares del Frente Popular no tuvieron en cuenta usar su camión para llevar soldados al frente.

Los malos tiempos hacen que la suerte de un giro inesperado en cualquier momento y la depuración del Frente Nacional hizo que su camión terminara siendo parte de la macabra flota que llevaba a los condenados a muerte a las vallas del cementerio del Este para ser fusilados.

El primer día que realizó el macabro trabajo volvió a casa descompuesto por la fuerte impresión y no durmió durante toda la noche pensando en su horrible trabajo.

Alfonso era un hombre ingenioso y con recursos, bien para salir airoso de cualquier problema, o para echar una mano a las personas que le necesitaban. Sabía que nada podía hacer para salvar la vida de los que subían en el camión con el ánimo del ternero que sabe que su destino final se encuentra en el matadero municipal. Tenía que hacer algo para salvar la vida de una o dos personas en cada viaje.

Durante varias noches, terminado el fúnebre transporte diario, trabajó para construir entre la cabina y la caja del camión una trampa donde esconder a uno o dos condenados, según su corpulencia y salvó muchas vidas hasta que dos hermanos, liberados en uno de los viajes, le denunciaron aprovechando los beneficios que los nacionales les ofrecieron por delatar al traidor que les había liberado a ellos y conseguido salvar a muchos de sus camaradas.

Alfonso fue fusilado y enterrado en la fosa común de los comunistas porque los hermanos le acusaron además de ser rojo de pistolero revolucionario con muchos delitos de sangre. El camión fue requisado dejando a la familia de Alfonso sin ingresos económicos para vivir. Su familia fue incluida en la lista negra de los que no podían recibir beneficios sociales del Gobierno dictatorial de la nueva España.

Los hermanos felones que denunciaron a Alfonso se convirtieron en constructores y promotores inmobiliarios... sus descendientes gozan hoy de una considerable fortuna construida sobre la base de una traición.

Don Jesús salió del almacén central más apenado que indignado. La mañana se le antojó tan fría como la conciencia del macizo casero. Recorrió el par de almacenes vecinos donde Roger también guardaba mercancía comprobando que las puertas tampoco habían sido cerradas. En uno de ellos encontró camuflado lo que había sido un horno de pan, ahora destruido para vender o utilizar sus piezas. En otro descubrió algunas cajas de costosos analgésicos y frascos de morfina que los almaceneros no se habían llevado por la dificultad de vender la mercancía sin caer en manos de la policía y ser acusados por tráfico de drogas.

Había ido a los almacenes con el coche que compartía con don Víctor el panadero y uno de sus hijos era quién conducía el Bentley. Lo metieron todo en el amplio maletero y un par de cajas en los asientos traseros porque debían ir donde estaba ingresado el hermano del ama de llaves de míster Felman y don Jesús pensó que sería un donativo importante para el hospital en aquel tiempo de crisis.

Durante el camino hacia el Hospital General pensó en la figura del capataz al que recordaba porque le había visto en un par de ocasiones. Ese oportunista no había hecho nada por su patrón. Para el pillo sinvergüenza que su patrón estuviera fue la oportunidad para hacer dinero en su provecho y montar el negocio con el que había soñado desde que la guerra había terminado:

“El infame puso en marcha un próspero negocio de catering e inauguró varios establecimientos de lujo para la venta gourmet de alimentación y bebidas a las clases acomodadas. Pronto su fama le permitió ser uno de los principales proveedores de El Pardo, adquiriendo un renombrado prestigio que fue explotado durante años por sus descendientes que desconocían cómo inició el negocio el patriarca fundador”

El austero edificio del hospital miraba aburrido entre bostezos a los que andaban apresuradamente por las aceras camino de su trabajo y se cruzaban con los atolondrados viajeros de la vecina estación de Atocha. Francisco Sabatini no gastó ni una pizca de su ingenio en la construcción de este edificio, aunque hay que disculparle porque fue su rey Carlos III quien le dijo que era un hospital para pobres, así que los lujos de su estilo barroco clasicista estaban allí de más.

En el paisaje interior destacaban junto a los espaciosos ventanales las enormes tocas de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, responsables de la enfermería, intendencia y la administración de los escasos recursos que recibía el hospital de San Carlos.

Un médico vino hacia don Jesús acompañado por una sierva de San Vicente, como les gustaba a las hermanas ser llamadas, que portaba al cinto un enorme manojó de llaves que cuidaba y apreciaba como si fuera un rosario. Las monjas tenían todo a buen recaudo, todo estaba atado y bien atado. La penuria económica existente durante la posguerra obligaba a una acertada administración de los medios disponibles y a una estricta disciplina, objetivo que sin duda conseguían e inculcaban a las alumnas de enfermería que realizaban allí sus prácticas.

—Le agradecemos el donativo don Jesús —tendió la mano el galeno—. Lo que nos ha traído es oro en lingotes para este pobre hospital.

—No me lo agradezca a mí doctor, sino al verdadero donante que está en la cárcel pagando por un delito que no ha cometido —dijo don Jesús estrechando su mano.

—Sí, ya me lo ha comentado sor Caridad... también me ha dicho que necesita encontrar al muchacho que teníamos aquí internado...

—¿Que teníamos? —dijo sorprendido don Jesús— ¡No entiendo!

—El chico ya no está aquí, se lo llevaron. —dijo el médico.

—¿Quién?

—Sus familiares claro.

—No puede ser, según las autoridades ingresó muy grave en este hospital, tan grave que incluso se llegó a temer por su vida.

—Sí, así es. Si no se lo hubieran llevado estaría todavía en la sala de vigilancia intensiva. Fue ingresado con un cuadro lamentable. Su estado físico era muy malo y el psicológico peligroso y preocupante.

—¿Y consintieron que se llevaran al chico?

—Este hospital es grande pero pequeño en recursos —dijo la monja con una mirada de franqueza—, la hermana del joven nos ofreció un donativo difícil de rechazar...

—Lo entiendo —dijo don Jesús con su mirada más comprensiva.

—Tanto el decano como yo consideramos que si las condiciones del traslado no ofrecían ningún peligro para el herido permitiríamos su salida.

—¿Y la policía qué dijo al respecto?

—Que el culpable había sido juzgado y condenado. Ni siquiera preguntaron por el estado del herido, para ellos el caso estaba cerrado.

—La hermana del joven —dijo el médico—, estuvo pegada a la cama del herido hasta que lo trasladaron, no es una regla del hospital, los familiares únicamente pueden estar en horas de visita.

—Supongo que pagaría también por ese privilegio —preguntó don Jesús.

—Sí —contestó la monja—, y muy bien, por cierto.

—Fue una inestimable ayuda —dijo el médico—. Una enfermera más.

—Más que una enfermera un vigilante, no convenía que el muchacho hablara hasta que el falso culpable estuviera condenado y encerrado —dijo don Jesús.

—¿Usted cree? —dijo sorprendido el médico.

—Estoy convencido de ello. Ella y su pareja fueron los que agredieron tan violentamente al muchacho, todo fue un ardid, un plan maquiavélico para culpar a quien está en la cárcel pagando por el delito que ellos cometieron.

—Durante el tiempo que estuvo aquí el herido —dijo sor Caridad—, no conseguimos que abandonara la posición fetal con la que vino, tampoco que articulara palabra alguna, tenía un corte en la lengua que le impedía hablar.

—La posición fetal se debía al terror que tuvo que pasar el muchacho y que su hermana le recordaba con su presencia —dijo don Jesús—. ¿Lo ven ahora claro?

—Otra cosa —continuó el médico—. No conseguimos que abriera la mano con la que apretaba un objeto, así que le hicimos una placa de Rayos X y comprobamos que se trataba de un trozo de cristal tallado, sería de alguna lámpara del techo, porque era demasiado grande para que fuera una joya.

—Sin duda lo era —dijo don Jesús—. Era el pago para comprar su silencio y para recordarle que una vez pasado todo recibiría alguna más ¿Podrá recuperar el habla?

—Es posible —contestó el médico—. El cirujano hizo lo que pudo —hizo una pausa pasando su mano por el mentón para continuar—: ¿Cree usted que lo que tenía el muchacho en la mano era una joya, un brillante tal vez...

—Estoy seguro.

—¡Caray! ¡Pues por el tamaño si era un brillante estamos hablando de dinero!

—Estamos hablando de mucho dinero doctor —hizo una pausa y preguntó—: ¿Cómo sacaron al chico de aquí?

—En una ambulancia muy bien preparada —contestó sor Caridad—. No hubiéramos consentido un traslado sin garantías para el herido.

—La hermana y su marido insistieron en llevarse al muchacho —dijo el médico justificando la decisión del decano del hospital—. Querían trasladarle a un sanatorio particular más dotado de medios y no critico su decisión, reconozco que aquí es nuestra profesionalidad la que tiene que sustituirlos... y no siempre lo conseguimos.

—Han puesto tierra por medio —dijo don Jesús—. Huir era lo más aconsejable dadas las circunstancias —sacó del bolsillo su pequeña agenda de notas y preguntó—: ¿Conocen el nombre del hospital al que ha sido trasladado el muchacho?

—Permítanme, iré a la oficina a ver la ficha del joven y haré algunas llamadas para averiguar dónde está ingresado —dijo la religiosa dirigiéndose hacia el ala del hospital donde estaban las oficinas.

—Tengo que visitar a mis enfermos —dijo el médico— ¿Me acompaña?

Don Jesús aceptó la invitación y ambos caminaron hacia una de las salas. Más adelante sor Caridad flotaba por el pasillo como si llevara ruedas bajo el hábito.

A través de los grandes ventanales se veía el contorno del patio y el conjunto de las salas del hospital donde los enfermos eran tratados de esas enfermedades típicas que florecen durante los malos tiempos. Dolencias difíciles de curar porque son el resultado del hambre, el frío y la escasez de recursos que sufren los pobres durante una dura posguerra. A pesar de todo era un buen día. El sol daba al entorno del hospital una cálida luz de esperanza y aunque la esperanza proporcionaba a los enfermos pocos elementos para su mejora física, sí servía para que pusieran algo de su parte para dejar el hospital. Conseguir una cama en el Hospital de San Carlos no era fácil, eran los médicos del Régimen quienes firmaban los ingresos. Se trataba de evitar que un paciente ocupara una codiciada cama por lo que traía consigo: dormir entre sábanas blancas y asegurar el plato de sopa, clara y sin sal, pero sopa, al fin y al cabo.

Quizá en otro momento don Jesús hubiera sonreído ante el cuadro que ofrecían dos palomos desplumándose a picotazos ante una hembra que valoraba su destreza, sabía que ella sería el trofeo para el vencedor y esperaba con todas sus plumas huecas para saber cuál de los dos palomos sería el padre de sus próximos huevos.

Al llegar a la sala el médico abrió la puerta de cristales esmerilados y madera patinada por docenas de capas de pintura e invitó a pasar a don Jesús. Era una sala común que compartían muchos enfermos, quizá demasiados. Muy espaciosa y de alto y abovedado techo como un hangar del aeropuerto; las camas; de tubo grueso y redondo, formaban batería como si fueran cañones de artillería dispuestos a disparar contra las camas de enfrente. Estaban muy juntas las unas de las otras aprovechando el espacio y las separaba una mesilla metálica pintada en sus orígenes de blanco, ahora habían adquirido el color crudo de la cara de los enfermos.

En el ambiente se respiraba un olor muy particular, mezcla de medicina, alcanfor y el contenido de las botellas de vidrio grueso destinadas a recoger los orines de los internos cuando estos atinaban a meter su deteriorado y febril miembro viril dentro del cuello de la botella, que no era muy a menudo. Las monjas, de amplios hábitos para ocultar sus femeninas formas, volaban de cama en cama desplegando al aire sus tocas blancas almidonadas como alas de cigüeña. Los amplios e inmaculadamente limpios delantales grises a rayas anudados a su espalda expresaban su vocación de siervas consagradas a la santidad, el trabajo y el esfuerzo sin pedir nada a cambio.

Una monja joven, de cara preciosa y ojos azules como un cielo sin nubes, estaba ayudando a un enfermo tan delgado que la piel le había sido puesta sobre su calavera con un pincel. Al paso del doctor y la visita el enfermo «se rajó» literalmente hablando, produciendo un sonido tan tremendo que parecía mentira que un tipo de tan pocas chichas pudiera hacer algo así sin partirse el culo en pedazos. La monja le increpó:

—¡Bonifacio por Dios!

—Perdone hermana, usted me ha dicho que no me aguante, que es malo.

—¡Sí, pero eso no se hace en presencia de las visitas!

—¡Joder! ¡Y encima huele que apesta! —dijo el enfermo de al lado.

—¡Cuida esa lengua de carretero Ubaldo o te la lavo con jabón!

—¡Poder, he dicho poder, hermana... rezaba en voz alta...

—¡Tú rezar! ¿A quién?

—A Jesús del Gran Poder... pedía por el hermano para que no se pea tan seguido, que luego se le sale la almorrana.

—Me tenéis harta los dos, no merecéis estar en un sitio civilizado como este —hizo una pausa mientras sus manos buscaban entre las sábanas del interno—. ¡Bueno Bonifacio! ¿Meas o no meas? que no tengo todo el día

—Me se ha cortao el chorro hermana, me he asustao.

—¿Me se, o se me?

—A mí me se, a usted no sé hermana.

La monja abrió la boca asombrada como un pez ante un desnudo de Rubens.

—¡Yo, yo...! ¡A rezar! —dijo mientras sacaba una botella de vidrio grueso con forma de romano recostado para mirar el contenido al trasluz.

—¿No hay mucho ¡eh!? —dijo para reconciliarse con la monja el enfermo Bonifacio.

—Con esta cantidad el analista no tendrá ni para humedecer un sello. Pero bueno, que se le va a hacer ¡Anda, tumbate de nuevo!

—Sí hermana.

—¡Y reza!

—Sí hermana.

El enfermo se fue escurriendo por las sábanas como una anguila cubriéndose hasta el comienzo de la nariz, por si su compañero tenía razón. La hermana echó a andar con paso enérgico de soldado para salir de la sala y dirigirse hacia los laboratorios con la botella y su corto contenido color amarillo fuerte como la tierra de albero. De camino miraba a ambos lados y a medida que pasaba los enfermos se ponían en posición de revista. La monja estaba satisfecha... no se le había muerto ninguno en las últimas horas.

—Sor Ángela pone mucho carácter en su trabajo —dijo el médico—, pero hace honor a su nombre, es un ángel, los enfermos la adoran.

—Ya veo ya, la miran con mucho respeto... con miedo diría yo. —reconoció don Jesús mostrando su simpatía por la religiosa.

—Temer, temer, a quien más temen es a sor Metralla —dijo el médico—. Es la encargada de poner orden y disciplina en todo el hospital, esto sería un desastre sin ella, se lo digo yo. Tendrá oportunidad de conocerla, si viene a visitarnos otro día.

—Y... lo de metralla, ¿a qué se debe?

—Porque cuando explota nadie se libra de recibir su parte, ni siquiera nosotros los médicos.

Se detuvo ante una cama para preguntar a un hombre de mediana edad que sostenía en la mano un pañuelo del tamaño de una sábana de cuna y preguntó:

—¿Qué tal te encuentras hoy Marañón?

—Mucho mejor doctor, ya no escupo sangre, mire.

—Vaya, enhorabuena, sigue así y en un par de días a casa.

—Bueno. Tampoco estoy para eso —dijo el enfermo asustado.

—Ya ve don Jesús, no quieren dejarnos —dijo el doctor y se detuvo deteniéndose ante la cama de un muchacho que estaba tendido boca arriba sin mover un músculo de la cara—. ¿Tú eres Santos? —preguntó cogiéndole la muñeca para tomarle el pulso. El muchacho se giró y dijo sí con la cabeza.

—»Qué te pasa Santos, por qué estás aquí, no serás un espía del alcalde, ¿verdad?

—No, no señor, me puse muy malo en la comisaría.

—¿Eres un detenido? ¿Dónde está el guardia que debe vigilarte? —dijo el médico mientras le hacía la observación rutinaria.

—No, no estaba detenido. Estaba en la comisaría por lo mi hermano.

—¿Qué le pasa a tu hermano?

—Pues no sé, no le encuentro.

—¿Ha desaparecido?

—Sí, y nadie me da razón...

—¿Razón de su paradero?

—Sí,

—Poco podemos hacer nosotros por encontrarle, eso es cosa de la policía.

—No quise venir aquí, ellos me han traído.

—Por quitarse el marrón de encima, como siempre —aseveró el médico—. Bueno, la crisis ha pasado así que no tiene objeto que ocupes una cama en el hospital, ahí fuera hay gente que la necesita más que tú.

—Sí doctor, ¿cuándo me puedo marchar?

—Ahora mismo. Te enviaré a sor Ángela para que arregle tu salida.

—Por curiosidad Santos —se dirigió a él don Jesús—. ¿Qué edad tiene tu hermano?

—Va a cumplir quince, señor ¿Por qué lo pregunta?

—No sé... una corazonada. Y dime ¿Ha desaparecido de tu casa?

—No, no señor, de mi casa salió hace dos meses para venir a Madrid en busca de una oportunidad, somos gente del toro. Yo soy novillero —dijo orgulloso—, ya toreo con caballos, pero no le llego a mi hermano ni a la rodilla. Él es muy bueno y no lo digo porque sea mi hermano, Cayetano Ordoñez le dijo en Ronda a mi padre:

«Si tu chico sigue así va a ser tan bueno como mi Antonio. Cuida de él Paco que ahí tenemos una joya»

—¿No saber nada de tu hermano es lo que te ha traído a Madrid? —se interesó el médico dirigiéndose al muchacho.

—Si mi padre se entera que mi hermano ha desaparecido se muere del disgusto.

—¿Por qué crees que ha desaparecido? —preguntó don Jesús al muchacho que retomaba su estado de ansiedad.

—Ha dejado en la pensión los trastos de torear de los que no se separa ni muerto.

—¿Y si le han contratado para torear fuera de Madrid...?

—Lo hubiera dicho en la pensión, los dueños son muy aficionados, a los amigos con los que entrena... no a mi hermano le ha pasado algo.

Se produjo un silencio que despertaron malos presagios en la mente de don Jesús, preocupación en el doctor y miedo en el muchacho.

Una voz aguda sacó a los tres de sus agoreros pensamientos, era el paciente que estaba tumbado en la cama que estaba a la derecha del muchacho.

—Doctor, doctor —dijo el enfermo con mirada extraviada—. ¿Por qué no viene mi familia a verme? ¡Quiero que venga mi mujer, quiero ver a mis hijos...!

—No son horas de visita Leandro, ahora le preguntamos a sor Caridad, seguro que ella sabe cuándo van a venir —miró a don Jesús para explicarle la situación de aquel internado—: perdió a su familia al principio de la guerra y unos parientes le ingresaron en el psiquiátrico para meterse en su casa y quedarse con lo suyo.

—Conozco el paño —para don Jesús aquello no era nada nuevo, estaba lidiando con algo parecido, en este caso aún más sangrante.

—Está aquí por las palizas que recibe de los perturbados de verdad, buscamos una solución que se adapte mejor a su estado, pero no es fácil.

—¡Vamos Leandro! Deja en paz al doctor que tiene mucho trabajo —sor Caridad se había materializado en la sala obedeciendo a un hecho divino.

—¿Tenemos buenas noticias madre? —se interesó don Jesús.

—La ambulancia que sacó de aquí al muchacho trabaja para el Montepío de Toreros.

—¡Hola! —dijo don Jesús en lugar de ¡Mira por donde, qué casualidad!

Sor Caridad llevó al médico y a la visita aparte.

—Dónde fue trasladado? —se interesó don Jesús.

—Eso es todo, no sabemos nada más —respondió con firmeza sor Caridad.

—¿Qué le parece don Jesús? —preguntó el médico algo confundido.

—Creo que no fue el hermano de la dadivosa pareja que va por ahí repartiendo una fortuna quien estuvo aquí ingresado —dijo señalando con el mentón hacia la cama del novillero—. Es posible que el hermano desaparecido de ese muchacho sea parte de la confabulación que estoy investigado. Ahora ya no busco a un joven, sino a dos.

Encontró trabajando a don José María en uno de los proyectos financiados con dinero de la fortuna que había heredado de su familia. La Guerra Civil había producido una grave herida en la Sanidad Pública y se necesitaba un capital para reabrir los pequeños hospitales y dispensarios que habían sido quemados o destruidos por el anticlericalismo del sindicalismo libertario, que consideraba la labor pastoral de los religiosos como una competencia desleal contra la clase trabajadora al no cobrar ningún tipo de salario por cuidar a los enfermos de escasos recursos económicos... léase los pobres.

Recibió a don Jesús con un delantal de color gris que le llegaba hasta los pies ofreciéndole una mano firme y bondadosa a juego con su mirada y franca sonrisa:

—Hemos abierto este dispensario hace unos días y ya ve, estamos a tope.

—Ustedes los miembros de la familia de Dios están más cerca de la santidad que los que nos conservamos a cierta distancia.

—Todos los hijos de Dios estamos en el camino de la santificación, no sólo los religiosos —dijo el cura precediendo a la pausa con la que continuó—: Dimas me ha puesto al día sobre el problema de nuestro amigo Felman, estoy consternado.

—Él fue quien me dijo que le encontraría aquí.

—Sabe más de mis movimientos que el prelado de la Obra de Dios. —dijo a modo de invitación para que le siguiera hasta un pequeño despacho donde una enfermera pasaba a limpio unas fichas médicas—. Nuestro café no es el mejor del mundo, pero está hecho con todo el amor de esta encantadora enfermera.

La enfermera se sonrojó un instante y preguntó:

—¿Les sirvo café don José María?

—Sí Purificación, y déjanos solos un momento por favor.

—Sí don José María.

La enfermera sirvió un par de cafés que había hecho en una jarra y se mantenía caliente sobre un pequeño hornillo portátil de resistencias. Después tomó unos papeles y salió cerrando la puerta del despacho.

—He hablado con el capellán de la cárcel, de momento he conseguido su ingreso en la enfermería. No ha sido posible llevarle a un hospital porque la dirección de la cárcel lo ha catalogado como un bicho degenerado que debe purgar su crimen.

—¿Declarará ante el juez sobre la procedencia de la prueba que le inculpó?

—Mi declaración no serviría de nada, si el juez me pregunta no puedo mentir. Todo lo que sé sobre el asunto se circunscribe a la conversación de la cena.

—¿Cree usted en la inocencia de míster Felman? —preguntó don Jesús mosqueado.

—Sin lugar a dudas —respondió rotundo el religioso—, pero mi declaración no se sujetaría ni con imperdibles.

—Comprendo, no es conveniente airear sus visitas a la madame para no dar más pábulo a las leyendas urbanas.

—Dedico mi vida y dinero a la santa obra de ayudar a los demás. También me necesitan en la Red de San Luis —dijo mientras escribía una dirección en un papel y se lo entregaba a don Jesús—. Esta es la dirección de la muchacha que estuvo con nuestro común amigo, vea usted mismo el resultado de mis visitas al club.

Don Jesús guardó la dirección después de un rápido vistazo, después tendió la mano al religioso para despedirse:

—Gracias don José María, espero volver a verle en mejores circunstancias.

—Le prometo que haré cuanto pueda y sacaré de la cabeza de Dimas lo que pretende hacer a los que le hacen la vida imposible a nuestro preso amigo, ninguno merece que mueva un dedo por ellos, pero su soberbia los ha llevado a rebelarse contra Dios, que es todo justicia.

La chica era una belleza de esas que sólo se ven en los calendarios de los talleres mecánicos, sobre todo en la cara interior de la puerta del retrete. Era increíble que un cuerpo tan formado no hubiera cruzado aún la barrera de los veinte años.

Mientras contaba lo que había pasado, y en que situación se encontraba su amigo en la cárcel, el abuelo de García miraba una y otra vez a la madre de la chica pensando como un «callo malayo» como aquel había alumbrado algo tan sublime.

La chica estaba sentada en una mecedora de mimbre leyendo un libro de pequeño formato titulado «Camino», escrito por de Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei . Se notaba que lo leía con excelso interés por el misticismo que ponía en sus gestos cuando pasaba de hoja y porque estaba en una situación cercana a la proeza física de la levitación teresiana.

—Le ha enviado un santo —reconoció la madre—. Me ayuda para que no me vea obligada a enviar a mi hija a... trabajar... usted ya me entiende.

—Sí señora —contestó don Jesús con una fina y comprensiva sonrisa.

—Además ha introducido a Meli en un ambiente fino y distinguido, distinto, nuevo para ella, donde se la trata como lo que es, una señorita, y en el que se siente cada día más identificada, mejor, más feliz.

—Me alegro de que así sea señora, pero...

—Pronto —le cortó la madre—, será admitida en la sección femenina de la asociación de fieles católicos al que pertenece su novio, un señor muy importante...

—Y de edad sin duda —dijo don Jesús con solemnidad.

—No tanto como para que mi hija no sea dichosa con él —justificó la madre—. Es muy rico y socialmente de lo mejor...

—No obstante —cortó don Jesús el derrotero de la conversación—, su hija es la pieza más importante de todo este enredo, un testigo valiosísimo que ayudaría mucho si estuviera dispuesta a declarar ante el juez.

—Meli nada tiene que ver con la madame, ni con lo que ha representado. Gracias a Dios todo eso ha pasado a la historia. Siento lo mal que lo está pasando ese hombre y por Dios que me gustaría ayudarle, pero no puede ir a decirle a un juez que llevo a mi hija, menor de edad, a entregarse a los hombres a una casa de citas.

—Si sirve de ayuda —dijo la chica, interviniendo por primera vez en la conversación con una deliciosa voz inspirada sin duda por el libro que estaba leyendo—, es verdad que en la relación de ese día utilizamos preservativos, aunque él se negó al principio.

—¿Qué hizo con ellos... terminado el uso?

—Una chica me los quitó de la mano, me sorprendió en el baño cuando procedía a deshacerme de ellos, me asustó con un grito: «¡Ni se te ocurra tirarlos al váter! Puedes organizar un atasco de mil demonios»

—¿Y que hizo usted?

—Nada, les hizo un nudo y se los llevó para tirarlos donde no hicieran daño.

—¡Qué mala pécora! —dijo indignada la madre—, pensaba tirarlos en el culo de su hermano.

—¿Está dispuesta a reconocer ante un juez a quien se llevó los preservativos?

—Por supuesto —contestó dócilmente la chica

—Pero no lo harás —cortó secamente la madre.

—Quiero ayudar al señor mamá, se portó muy bien conmigo —suplicó la chica mirando a su madre.

—Piensa en la gente con la que ahora se relaciona la familia —tomó a la joven por los hombros y le habló sobre lo inapropiado de un escándalo—. Ocupas un lugar en una nueva sociedad, sin gentuza, carteristas, golfos y maleantes que acechan a las chicas como tú en este barrio. Si tu novio rompe vuestras relaciones nos veremos obligadas a volver al principio. ¿Te vas a jugar el futuro por un tipo que tuvo contigo una sola y corta relación profesional?

La madre y la hija se enzarzaron en un intercambio de ideas sobre lo que está bien y lo que está mal. Sin llegar a un punto válido que sirviera para sus intereses. Quiso intervenir en la discusión madre-hija, pero estaba claro que allí sobraba y no conseguiría nada por mucho que insistiera. Era la madre quien tomaba las decisiones. Entendido el mensaje que flotaba en el ambiente dejó su dirección por si se producía algún cambio y se marchó. Lo positivo de la entrevista era saber que el preso siempre dijo la verdad, aunque él nunca lo puso en duda, y que había comprobado por sí mismo la razón de las visitas de don José María a la madame, para llevar a cabo la Obra de Dios.

El siguiente foco lo puso en el tratante que suministraba los caballos a la plaza de toros de Las Ventas. Si quería meterse en un círculo tan cerrado como el de los toreros y sus cuadrillas tenía que ser de la mano de quien entra por la puerta de caballos de la Plaza como si fuera su casa.

—Claro que le ayudaré, no faltaba más. Además, si han hecho una bajeza con el pobre muchacho estaré el primero para hacérselo pagar —dijo el tratante besándose los dedos— ¡Lo juro por estas!

Un frenazo les hizo mirar con curiosidad hacia la puerta del bar El Porche de Ventas, donde don Jesús y tratante estaban sentados ante dos buenos vasos de vino tinto, por supuesto español. Un Citroën 11 Ligerio, inmaculadamente limpio e inmaculadamente negro, se había detenido a la entrada de la popular taberna levantando una discreta nube de polvo. Los clientes que había en ese momento, unos bebiendo y otros añorándolo, volvieron la cabeza hacia otro lado cuando vieron que se trataba de un coche de la Brigada Político-Social, responsable del aparato represor de la dictadura franquista.

El que ocupaba el asiento junto al conductor se bajó del coche y andando como el protagonista de una película del cine negro se acercó a la mesa ocupada por don Jesús y el tratante de ganado. Sin mediar palabra volvió una silla con gesto chulo y prepotente para sentarse a horcajadas como si fuera la silla de un caballo percherón. Apoyó los brazos sobre el barnizado respaldo representando con su postura la imagen acartonada de los funcionarios al servicio del poder omnímodo de la dictadura militar: traje marrón cruzado a rayas —demasiado anchas para ser elegante—, sombrero panamá para cubrir su pelo negro y brillante, bigote extraordinariamente fino, y las clásicas gafas oscuras, sello de identidad de los que viven eternamente avinagrados por culpa de sus largas y esporádicas visitas al retrete.

Lentamente, como desenfundando la pistola, sacó una petaca de cuero liso y lio un cigarrillo masticando un saludo que le salió a borbotones —Bueno días señores.

—Puede sentarse, por Dios no se quede de pie —dijo don Jesús irónico ante el gesto maleducado del recién llegado.

El del bigotito filo fascista no se dio por aludido y mirando fijamente a don Jesús soltó una perdigonada de palabras:

—¿Por qué no se dedica a lo suyo y deja de joder la marrana? —dicho esto se metió el cigarrillo en la boca, lo prendió, y soltó el humo hacia arriba con superioridad.

—¿Y qué es lo mío señor...?

—Llámeme Cisneros, como el cardenal.

—Y bien comisario Cisneros como el cardenal ¿Qué es lo mío?

—Trapichear con pintamonas y los piratas marchantes de El Rastro.

—Se refiere a mi negocio de compraventa de cuadros y muebles de estilo.

—Usted más que anticuario es un traperero —dijo el policía poniendo toda la carga despectiva posible en la palabra con el fin de ofender.

—Visto desde esa perspectiva de arrabalero sin cultura es lo que soy. Ahora dígame, ¿a qué se debe su desafortunada intromisión?

El policía que hacía de chofer salió del retrete del bar abotonándose la bragueta del pantalón y desafió a todos con la mirada, seguidamente con una sonrisa de desprecio a los clientes que había en el bar encendió un porro de hachís norteafricano y se apoyó con desgana en el coche oficial.

—¿Quiere tomar algo comisario? —preguntó con respeto el tratante.

—No me pelotees Secundino que te conozco.

—No, si yo lo decía por...

—¡A callar, que tengo prisa!

—Pues ya está tardando —dijo don Jesús con cara de pocos amigos.

—En cuanto usted no quiero verlo por ahí molestando a la gente, dedíquese a visitar en la cárcel a su amigo maricón, llévele de ese tabaco que reserva para los desesperados y algo para leer, periódicos de la prensa del Movimiento ¿Queda claro?

—Mire señor... Cisneros. No sé quién se cree usted que soy...

—Sé quién es y no me dan miedo ni usted ni sus amigos. Tenga cuidado, no sea que el asunto explote en sus manos.

—Lo hago por la causa de un buen amigo...

—Una causa cerrada y sentenciada.

—Cerrada para ustedes —puntualizó don Jesús.

—Y para usted. Quietecito y no revuelva más mierda.

Dicho esto, se levantó y colocándose lentamente el sombrero se despidió de la misma forma como llegó. Se metió en el coche y desapareció tomando la avenida de Aragón hacia la zona de Pueblo Nuevo y la Cruz de los Caídos, un lugar llamado así por la cruz de piedra en homenaje a los caídos del barrio del bando nacional.

—Pues si cree que me he asustao va de culo —dijo el tratante tragando saliva.

—Ni caso Secundino ¿Qué te parece si seguimos a lo nuestro y vamos al Sanatorio de Toreros?

—Cuando quiera don Jesús. Allí los médicos me conocen, me aprecian.

—No lo dudo, por eso te he pedido ayuda, las normas de La Mutualidad son muy estrictas para los que, en lo taurino, sólo somos aficionados.

—¿Y usted cree que el chico está allí?

—No lo sé, por eso tengo que comprobarlo. Según el hospital se lo llevó de allí su hermana en una ambulancia que trabaja para el Montepío de Toreros ¿Para qué quería ese tipo de ambulancia si no es para ingresar al muchacho en un sanatorio para toreros?

—Eso pienso yo ¿Para qué? En los sanatorios de toreros sólo admiten heridos por asta de toro.

—No sabes Secundino las puertas que abre el dinero. Ahora Faustina tiene mucho y no le duelen prendas regalarlo a montones si con ello consigue que la dejen en paz a ella y a su compinche. Además, no ponen pegas a las promesas que están en formación.

—Sobre todo si hay guita por medio.

—Ahí lo tienes. Por eso debemos comprobar si al chico que llevaron primero a la Casa de Socorro para poner sobre aviso a la Guardia Civil, y el chico que sacaron del Hospital de San Carlos es la misma persona. Es posible que no se trate del hermano de Faustina, que sea un chivo expiatorio utilizado en su lugar.

—Mire don Jesús yo soy un poco bruto, pero hasta los brutos sabemos que los lobos respetan su camada y la Faustina y su hermano tienen el mismo colmillo.

—Entonces, ¿qué te parece si le ponemos cara al herido?

—¿A qué estamos esperando? —dijo el tratante ayudándose con la garrota para ponerse en pie.

Don Jesús liquidó la cuenta de los vinos que habían tomado hasta entonces los dos e invitó a un par de vecinos que como siempre estaban sin trabajo y frecuentaban desde muy temprano la tasca con la esperanza de ser invitados. El camarero que estaba tras el mostrador aún no se había recuperado del susto que le había producido la visita de La Secreta y seguramente mintiendo, aunque era de agradecer el gesto, dijo:

—Aquí estábamos preparados por si el policía le faltaba el respeto, si se envalentona le sacamos de aquí a garrotazos, y al meón de su compañero también.

—Gracias, dudo que la visita tuviera carácter oficial.

— Les he dicho a los chicos que estuvieran preparados por si acaso, que a usted ni me lo toquen —añadió el dueño saliendo de la cocina secándose las manos.

Don Jesús sonrió dando las gracias por el detalle de cariño de aquella sencilla pero noble gente y siguió a Secundino que ya enfilaba hacia la calle Bocángel, tres calles más arriba de la plaza de toros de Las Ventas del Espíritu Santo.

—No sabemos nada de la señora que dejó aquí ingresado al joven, prometió venir a verle todos los días —dijo el médico que les atendía llevando una carpeta con el historial del paciente—. Empiezo a pensar que se ha olvidado de él.

—Extraño comportamiento, ¿no le parece? —dijo don Jesús.

—Ahora conocemos todo sobre el estado del muchacho, no cuando llegó —contestó el médico—. Vino con el herido en la ambulancia del Montepío y entregó un generoso donativo, así que sobraron las preguntas, se le ingresó y punto.

—¿Y que pensaron ustedes ante tan extraño comportamiento?

—Que se trataba de un muchacho herido en una tienda privada en la finca de la señora. Pensamos que ella quería ante todo discreción, nada de Guardia Civil.

—¿Es posible conseguir esta discreción aquí...?

—Pertenece a la Asociación Benéfica de Auxilios Mutuos de los Toreros, un nombre muy largo para unos recursos muy cortos —se disculpó el doctor—. Nuestra mesa de operaciones está con nosotros desde 1927, necesitamos renovarla, así como incorporar nuevos medios que mejoren nuestra función.

—Que es muy buena —intervino Secundino para quitar hierro al asunto.

—Nunca está de más mejorarla —contestó el médico especialista en cornadas.

—Lo comprendo —dijo don Jesús justificando la acción de los responsables del sanatorio—. Son malos tiempos para hacerle ascos al dinero ¿Podemos ver al herido?

—Contradice las normas internas, pero síganme.

Siguieron al médico por un pasillo inmaculadamente limpio y silencioso hasta llegar a una habitación donde en la cama encontraron a un joven que al ver entrar al médico en compañía de dos hombres se protegió enrollando el cuerpo entre piernas y brazos.

—No muchacho no, no temas, somos de tu gente —le habló Secundino como si fuera su padre.

El muchacho miraba con recelo a todos apretando en su mano lo que nadie hasta entonces había conseguido arrebatarle. Secundino hizo una seña para que les dejaran solos. No hacía falta ver más, aquel chico no era el hermano de Faustina que todos en el barrio conocían. Se consumaba la sospecha, allí estaba el hermano del joven que don Jesús había conocido en el hospital. El doctor acompañó a don Jesús hasta una sala cercana e invitándole a tomar asiento preguntó:

—¿Quiere tomar café, agua?

—No gracias, estoy bien, sólo necesito saber si el chico estará dispuesto a declarar.

—¿Declarar qué?

—Que las heridas no se las ha hecho precisamente un novillo.

—El chico no es todavía un gran torero como lo fue don Marcial Lalanda, nuestro querido presidente, pero es muy bueno y pronto lo será.

—También yo lo deseo, pero no ha contestado mi pregunta.

—Veamos entonces —dijo el médico tirando de elocuencia—: no sabemos cómo ha podido sufrir el pobre muchacho lo que a todas luces parece una agresión producida por un animal de dos patas.

—El animal que usted cita es sin duda el compañero sentimental de la mujer que le ingresó aquí.

—Si el trauma hubiera sido ocasionado por un toro el muchacho estaría dispuesto a contarlo todo, se sentiría orgulloso de sus heridas. Pero no ha sido así y la mala prensa no es precisamente lo que necesita para hacerse famoso y triunfar.

—¿Para qué incluir a la prensa en el asunto?

—Será inevitable y esto arruinaría la carrera del chico, destrozaría su imagen.

—¿Y no la tiene destrozada ya?

—No si somos discretos y evitamos todo lo que pueda perjudicarle.

—Doctor, en la cárcel hay una persona pagando por lo que no ha cometido...

—¿Es un torero, o alguno de sus subalternos?

—Es un aficionado que como yo nunca faltamos a la corrida en beneficio de esta institución.

—Me temo que no es del todo suficiente, créame que lo siento —se levantó y le tendió a modo de despedida—. Ahora debo dejarle, cuando llegaron estaba reunido con el cirujano jefe, el doctor García de la Torre...

—Me ha dicho Secundino que tienen ingresado a un novillero que hace un par de semanas tuvo una gravísima cogida.

—Secundino Martín siempre al tanto de la tragedia, dígame que Joselete se encuentra fuera de peligro, que no debe preocuparse.

El médico salió de la sala preocupado, pero pensando que había hecho lo correcto. Bajo otras circunstancias le aconsejaría al chico que fuera a declarar, pero sabía que los toreros eran todo orgullo y preferiría morir antes de explicar lo que le habían hecho.

Se cruzó en el pasillo con Secundino que le saludó haciéndose a un lado del pasillo como señal de respeto hacia el doctor. Seguidamente entró en la sala donde esperaba su amigo y señaló con la vista la salida para decirle que allí estaba todo hecho.

Caminaron por el bien cuidado jardín bajo el pasillo hecho con arcos metálicos que sujetaban en alto los rosales. Bajaron los seis escalones de piedra y dejaron atrás la pesada puerta de hierro desde donde los toreros hacían su mágico ritual de despedida. Miraban al sol para repetir siempre las mismas palabras—: «Hasta la próxima».

No despegaron los labios caminando por la acera de la calle Bocángel donde en el número 12 estaba el amplio chalet del Sanatorio de Toreros desde 1927. Llegaron al principio de la calle y giraron a la derecha, después Alcalá abajo volvieron al Porche de Ventas para hablar sobre lo que Secundino había conseguido sacarle al herido. Se sentaron en una discreta mesa cayendo ya la tarde, el camarero les trajo una frasca de vino de Noblejas con dos vasos y unos tacos de jamón cortados con exquisita precisión.

—Esto es a lo que se aferraba el chico y no había Dios que se lo quitara —dijo Secundino dejando sobre la mesa una gema de gran valor que sacó del bolsillo del chaleco

—¡Caramba! Esta piedra vale por lo menos un millón, nunca había visto nada igual.

—Es de su amigo, désela.

—En su situación no le hace esta piedra. El muchacho ha pasado mucho por conservarla, será mejor que se la devuelvas.

El tratante se la guardó para no tenerla en exposición, la gente que frecuentaba el Porche era en su mayoría obreros honrados que sólo se tragaban sus escrúpulos si no tenían que comer. También estaban los ladrones de verdad.

—Me lo ha contado todo —continuó Secundino poniendo el tinte de misterio al que era tan aficionado.

—¿Puede hablar a pesar del corte en la lengua?

—Chamulla como un polaco, pero nos hemos entendido —contestó orgulloso de su gestión.

—Debía haber estado presente —se lamentó don Jesús.

—No hubiera hablado, los toreros son muy suyos.

La exposición de Secundino Martín empieza en el momento que la pareja de Faustina conoce al chico entrenando cerca de la Venta del Batán. Se siguieron viendo porque el desgraciado decía al muchacho que era un «apoderao» en busca de nuevos talentos.

Al principio el chico no le hizo ni caso, de esa gente hay mucha cerca del ambiente taurino. El tío insistía con promesas, pronto recibiría mucho dinero y estaba dispuesto a invertir lo que fuera hasta verle en los carteles. Gastar mucho dinero forma parte de la primera etapa del novillero, pagar y pagar hasta conseguir que los empresarios se fijen en él y hablen con su apoderado.

El día del... accidente... fue a cenar invitado por el que insistía en ser su apoderao, para hablar de su futuro y presentarle a su mujer. El hermano de Faustina llevaba días encerrado, atado y amordazado esperando el sacrificio. Estaba todo previsto hasta que la sangre pudo más que la ambición y Faustina dijo que se debía cambiar la víctima.

Fue una dura discusión porque el chulo decía la verdad, quería ser el apoderado del muchacho y bajo ningún pretexto quería utilizar al que ya creía su pupilo. Pero la Faustina se cerró en banda; o la víctima era el desconocido, o todo se quedaba en nada.

Hubo un cambio de planes y fue el chico torero quien ocupó el puesto de la víctima.

—Todo va encajando Secundino —dijo don Jesús tomando un sorbo de vino antes de ofrecer y liar un cigarrillo—. Lo que no sé es por qué no habló cuando le llevaron a la casa de Socorro y le preguntó la Guardia Civil que le había pasado.

El tratante lio con maña su cigarrillo y aceptando el fuego que le ofrecía el abuelo de García continuó:

—Estaba muerto de vergüenza, hay toreros homosexuales como los hay también entre los políticos, pero se mueren sin que la gente lo sepa... cosa del oficio.

—Ahora entiendo a qué se refería el doctor —dijo don Jesús recordando las palabras del médico del Sanatorio de toreros.

—La Faustina no se separaba de él. Le decía que le compraría un cortijo con una ganadería de toros si no despegaba la boca.

—Y no habló —ratificó don Jesús.

—Ni estas —dijo el tratante haciendo el gesto de morderse la uña del pulgar.

—Y la gema, ¿cómo llegó a su poder?

—Se la dio el rufián. Le prometió que no le dejaría en la estacada y que su promesa seguía en pie. Serían un equipo y que por su madre el chico sería torero.

—Bueno, por lo menos ese canalla le fue fiel...

—Me ha dicho que le mate. Me dio la joya para que pague a quien esté dispuesto a descuartizarle y arrojar sus despojos a los cerdos.

—Pero tú no harás eso, ¿verdad Secundino? —dijo don Jesús alarmado.

—Usted manténgase al margen, esto es cosa nuestra. Ese se va a enterar, lo juro.

En el ambiente quedó la promesa del tratante de caballo mezclándose con el humo de los cigarrillos con olor a matarratas que los clientes consumían entre animadas charlas, tertulias de gente pobre que siempre giraban en torno al mismo tema... el hambre.

Secundino Martín no quiso vender la piedra a ningún usurero aprovechado, quería sacar el máximo posible y ofreció la gema a quien pagó un precio justo al saber que el dinero era para ayudar a un muchacho que prometía.

El Sanatorio de los toreros no quiso admitir más dinero por la estancia del chaval, lo que había dejado en depósito Faustina fue suficiente. Al hospital San Carlos no fue a preguntar porque para las monjas nada es suficiente a la hora de ayudar a sus pobres enfermos... más bien enfermos pobres.

No fue difícil dar con el hermano del muchacho, los que se dedican al toro aterrizan todos en las mismas pistas. Le explicó lo que había sucedido y donde podía encontrar al herido. Le entregó el dinero que había sacado por la joya y le dijo que se quedaba con una parte para hacer lo que le había pedido el muchacho, hacerle al verdugo lo que este le había hecho a él. El novillero dijo que sería su familia quien se encargaría del asunto, sólo necesitaba que le dijera quien era el chulo y su fulana y en qué madriguera de rata se habían escondido

«Gaste el dinero para saber dónde puedo encontrarles, después no se meta en líos, deje que sea yo quien les saque las tripas y las ponga al sol en una cuerda»

El dinero le había dado a Faustina la habilidad de percibir realidades que para ella antes pasaban inadvertidas. Ya no se dejaba maltratar por su compañero y su hermano se había convertido en intocable. Ahora que se consideraba muy rica no estaba en disposición de aguantar a nadie, y menos a un tipo que bajo su actual perspectiva de millonaria encontraba feo, zafio y desagradable. Llenó una maleta de dinero y se la llevó a su antiguo amante hasta el Hotel Reina Victoria, donde el aspirante a apoderado había decidido hospedarse. Había convertido en dinero todo lo robado, algunos cuadros fueron una verdadera sorpresa por la elevada cantidad de dinero recibido por ellos.

Estaba decidida a huir de Madrid, poner tierra por medio por lo que pudiera pasar. Su hermano insistía en marcharse a Francia y ese fue el destino elegido. Tuvo que arreglar la forma de sacar el dinero del país y lo consiguió contratando a un grupo de gente especializada en esos menesteres que se llevaron un buen pellizco, pero demostraron que la cantidad pagada estaba más que justificada. Después de un elegante transporte por carretera, y una inolvidable travesía en un barco privado de lujo, desembarcaron en la Riviera Francesa donde el glamour y los grandes perfumes cautivaron a Faustina nada más llegar. Su hermano estaba empeñado en que fijaran su residencia en París, a él, por haber nacido tierra adentro, no le llamaban las ciudades costeras. Pero a ella lo que más le atraía es ser amante de rudos marineros que la arrastraran bailando el tango por las tabernas de medio pelo del puerto de Marsella. Alquiló una pequeña residencia en la Costa Azul y se dispuso a buscar de puerto en puerto a su rubio marinero, como el de la copla de Concha Piquer.

Don Jesús había hecho una nueva visita a R. Felman en la cárcel. Esta vez salió de allí más reconfortado porque el capellán de la cárcel había conseguido su ingreso en la enfermería. Ahora estaba más presentable, limpio, peinado y la ropa sólo olía a sudor, una notabilísima mejora. Don José María no consiguió quitar de la cabeza de Dimas la venganza contra los violadores del preso, por mucho que trató de evitar que este la llevara a cabo. Al acólito del animal le dieron tal paliza que tuvo que abandonar la cárcel porque sus huesos eran incapaces de mantenerle en pie. No volvió nunca más a Carabanchel. Sus últimos días los pasó de hospital en hospital entre alaridos, hasta que uno de esos alaridos, quizá el más doloroso, le mató.

Se tomaron represalias contra los presos que habían participado en la paliza, se les castigó a comer decentemente bien para que las proteínas compensaran el desgaste que les había supuesto machacar al pedazo de cabrón. Los inductores, que habían hecho vergonzosamente la vista gorda, fueron castigados con un mes de permiso... menos uno de ellos, que fue ascendido a cabo.

Las autoridades carcelarias dijeron que ejemplos como este empañaban la imagen de la institución, así que con el animal principal se cambió el procedimiento. En lugar de ejecución se le ofreció redimir su pena con el trabajo y fue trasladado a Cuelgamuros, donde se precisaban hombres fornidos que arrancaran y arrastraran piedras en el Risco de la Nava, lugar elegido por el Caudillo para perpetuar la memoria de los caídos durante su gloriosa Cruzada. La recomendación vino de arriba, sin duda.

El preso no encajaba en el perfil de los elegidos para trabajar en la santa misión del Valle de los Caídos, era un intruso y así se lo hizo saber la piedra de dos toneladas que le cayó encima y dejó su cuerpo tan pegado al enorme peñasco que hubo que retirar los restos raspando con una espátula. Según expresa orden de su excelencia el Generalísimo estaba prohibido morir en su magna obra, los restos recogidos del obrero accidentado fueron depositados en una bolsa de deporte y arrojados a un pozo de cimentación, después se llenó el pozo con hormigón fresco. La Ley de Memoria Histórica impulsada por el Gobierno socialista le consideró una víctima del poder represivo de la dictadura, con derecho a pensión para su viuda o descendientes.

R. Felman escuchó lo que el abuelo de García le contaba y se deshacía en palabras de agradecimiento. Una tenue luz de esperanza afloraba de sus castigados ojos. Le habían trasladado a la galería de los presos sociales, es cierto que alguno se dejaba caer de vez en cuando, pero con un simple y hetero no era más que suficiente.

—Para conseguir el cambio de galería prometí entregar un donativo al Estado como prueba de buena voluntad —el preso puso sus manos sobre las del abuelo de García—. Según usted no hay dinero, sólo títulos y bonos canjeables que los desalmados dejaron en la cámara secreta porque desconocían su valor, se lo entregaremos todo al Gobierno, ellos sabrán que hacer.

—Una prueba de buena voluntad extremadamente generosa.

—Que espero sirva para compensar los posibles trastornos que he podido causar con mis actividades secretas en este país.

—Los cuadros y las joyas han desaparecido, también todo el dinero —le informó don Jesús—. Tengo a buen recaudo algunos documentos que considero importantes, el resto los quemé cuando estuve en su casa.

—Lo que tenía en la cámara secreta no me pertenecía, fue mi aportación a la causa de la Sociedad que me libró del gobierno de facto de mi país y los salvajes militares, empeñados en acabar con toda mi noble dinastía.

Apareció de pronto en la sala de visitas el comisario Cisneros, llegó a la mesa donde estaban sentados y se sentó en uno de los picos como si fuera el taburete de un bar.

—¿Ha traído el Bentley que comparte con el panadero de su barrio ? —preguntó a don Jesús mirándole con desprecio.

—El coche que compartimos don Víctor y yo sí.

—¿Todavía lleva las cajas de morfina en el portaequipaje?

—Los medicamentos que conseguí recuperar de los almacenes los entregué como donativo al hospital de San Carlos, como usted debe saber.

—Lo sé, el resto lo retiramos nosotros... para la farmacia militar se entiende —se levantó y se dirigió a la puerta con su peculiar estilo chulesco—. La visita ha terminado, pueden darse el beso de despedida —y lo remató con una cínica sonrisa.

No le hicieron caso, si se levantaron y se despidieron con un abrazo.

—¡Ánimo! ya falta poco. Le sacaré de aquí, se lo prometo.

—Gracias amigo. Vaya tranquilo que ahora estoy bien, y no me vendrá mal purgar mis pecados, como dicen ustedes los buenos cristianos.

Una semana después el abuelo de García recibió una carta oficial de manos de un motorista de Gobernación. Debía llevar la prueba de buena voluntad que el preso había prometido entregar al Gobierno.

Tenía dudas de quien le recibiría en el Ministerio, un policía de uniforme le llevo hasta una amplia puerta de doble hoja que por su tamaño bien podía ser el despacho del propio ministro. El policía tocó con los nudillos y ante el «¡Adelante!» que escucho al otro lado abrió la puerta y franqueó la entrada al visitante.

Dentro comprobó la extraordinaria dimensión del despacho. Al fondo una imponente mesa de trabajo, sillas, confidentes y una mesa de reunión para doce personas justo enfrente de una zona apartada preparada como salón para recibir visitas de protocolo.

Reconoció a los autores de los cuadros catalogados colgados en las paredes, todos pertenecían a la colección dispersa del Museo del Prado. Lámparas muebles y alfombras habían sido cedidos por el Patrimonio Nacional, garante de los tesoros que el Estado le dejó en custodia.

El hombre de mediana edad que estaba sentado tras la amplia mesa de despacho se levantó y vino al encuentro de don Jesús para saludarle cortésmente e invitarle a tomar asiento en uno de los regios sillones. El diligente policía que hacía de ordenanza miró a la autoridad que ocupaba tan importante despacho y ante la discreta seña recibida se retiró cerrando la puerta desde fuera.

Don Jesús reconoció al instante a quien ocupaba una de las más importantes Secretarías del Ministerio de Gobernación. Le extrañó que fuera un tecnócrata en lugar de un falangista, como lo era el ministro, esto confirmaba que el Caudillo estaba abriendo la mano designando a miembros del Opus Dei para ocupar los altos cargos representativos del Estado.

—Esperaba la oportunidad de volver a saludarle —dijo el secretario ocupando el sillón de enfrente.

—Bien señor, gracias. Antes de nada, mi enhorabuena por la aprobación definitiva del Decretum Laudis que ha dado la Santa Sede a la Asociación.

—Gracias, viniendo de usted la enhorabuena tiene más valor...

Hizo una ligera pausa para ofrecer un cigarro a don Jesús, que este rechazó porque sabía que el secretario desaprobaba el tabaco. Este lo agradeció con una sonrisa y continuó:

—...El ministro en persona me ha rogado que sea yo quien le reciba, él se encuentra fuera, en su tierra, los canarios añoran tanto sus islas que necesitan de vez en cuando escuchar el sonido del mar de fondo.

—Supongo que me entenderé mejor con usted, somos... más afines.

—Estoy de acuerdo —sonrió complacido el secretario—. Y bien, estuvo usted visitando a una de nuestras nuevas cooperantes...

—Así es, guapa chica, y al parecer muy interesada en la Obra.

—Gracias de nuevo. Tengo especial interés en complacer a la joven, me ha rogado que ayudemos a un preso que está cumpliendo una pena que no le corresponde.

—¡Vaya! ¡Por fin!

—Sé que ha sido amenazado, no lo tenga en cuenta por favor, tenemos algunos miembros de nuestra policía que se pasan de celo desarrollando su trabajo.

—Todo quedará olvidado si el que fue condenado es redimido y puesto en libertad.

—Conseguiré ponerle en libertad, pero no ahora, prefiero hacerlo paso a paso. Los falangistas han montado sobre nosotros operaciones de vigilancia para controlar una a una todas nuestras acciones.

—¡Pero ustedes tienen el apoyo de Franco...!

—Contamos con su apoyo sí, pero de momento para intervenir sólo en términos económicos. Hemos sido elegidos por el Caudillo para ver si es posible modernizar la maltrecha economía del Estado, y lo ha hecho más por nuestra habilidad y preparación que por nuestra pertenencia al Opus Dei.

—Pero los falangistas no lo ven así.

—Nos consideran enemigos de su política interna. Frenan nuestra llegada a los puestos relevantes del Estado bloqueando las acciones aperturistas que tratamos de llevar a cabo para conseguir una sociedad más libre.

—Sin embargo, el ministro que es falangista le ha confiado el caso que me trae aquí.

—La policía le ha presionado para que su amigo cumpla el total de la condena y el ministro teme que esto le explote en las manos. No quiere saber nada del preso ni de la prueba de buena voluntad que entrega al Estado para redimir la pena.

—Si no se tiene en cuenta la fortuna que he traído, ¿qué es lo que tiene pensado para ponerle en la calle?

—Le voy a mandar a Cuelgamuros —dijo categórico el secretario.

—¿Y eso no es sacarle de la cárcel para enviarle a un sitio peor? —preguntó don Jesús sorprendido.

—¿Por qué dice usted eso? —dijo el secretario frunciendo el ceño.

—Por la cantidad de muertes que se están produciendo allí entre la población reclusa, encargada de los trabajos más arriesgados.

—En primer lugar, hace ya meses que salió de allí el último preso forzado a trabajar y los trabajos arriesgados están a cargo de obreros especializados. Es cierto que ha habido accidentes causados por los desprendimientos incontrolados, pero ninguno de extrema gravedad. Según el Generalísimo no hay muertos en El Valle de los Caídos y yo lo refrendo

—Conozco un caso sin ir más lejos, su cadáver está enterrado bajo toneladas de hormigón.

—No tengo constancia de ello, aunque sé que corren bulos difundidos por los que están en contra del proyecto que dirige personalmente el Caudillo. No tema querido amigo —tranquilizó el secretario a don Jesús—, Juan de Ávalos ha empezado a cincelar los evangelistas de la base de la cruz, necesita gente con cierta sensibilidad y capacidad organizativa para supervisar los planes de trabajo. También estará a las órdenes directas de Santiago Padrós que es el autor del mosaico policromado de la cúpula. No irá al Risco de la Nava a picar piedras como un esclavo, se trata de una labor artística bajo la supervisión directa del arquitecto Diego Méndez. La cárcel no ofrece posibilidades de libertad, allí será un obrero vigilado que contará con alguna más. De Cuelgamuros se ha escapado mucha gente, su amigo será uno más.

—¿Le devolverán sus papeles?

—Los que llevaba encima cuando fue detenido son más falsos que un billete impreso en papel de lija, poco o nada sabemos de él por ellos. Para la policía este hombre no es nadie, no existe, es un fantasma.

—Hay un comisario que se ha tomado a nivel personal conocer la verdadera identidad de preso, no está conforme con que cumpla una condena, lo quiere muerto.

—El sistema que tenemos en Gobernación para la detección de huellas dactilares es muy primitivo, pueden pasar meses sin que el comisario Cisneros pueda obtener resultados positivos. —El secretario miró directamente a los ojos a don Jesús para preguntarle—. Usted sabe quién es, ¿no?

—Alguien que no debe ser descubierto por el bien de todos.

—Novus Ordo Seclorum —dijo el secretario levantando la vista.

—Todas las Sociedades discretas o secretas parten de esa teoría.

—¿Y... además? —quiso saber el secretario.

—No puedo decirle más sin traicionar mi palabra.

—Será entonces más acertado una total desaparición que una liberación sin garantías.

La puerta se abrió tras un ligero golpeteo de nudillos y un respetuoso «Da usted su permiso» entrando en el despacho el comisario Cisneros hecho todo un figurín. Una vez dentro esperó a que le invitaran a sentarse, pero al no llegar la invitación, se quedó en la puerta con las manos hacia atrás apoyadas en el picaporte mientras saludaba con un tono de voz menos prepotente que el tono con el que se dirige a las personas cuando presume de comisario represor.

—Buenos días señor secretario...don Jesús.

—Hola comisario —contestó seco el abuelo de García.

—¿Qué quiere Cisneros? —preguntó el secretario cortante, el comisario no era de su agrado.

—Tengo los títulos que ha traído don Jesús en su coche señor, he dado orden para que una vez clasificados se los traigan al despacho.

—Está bien, gracias, puede usted retirarse.

—Si no ordena usted otra cosa...

—¿Le apetece tomar un café don Jesús?

—Sí, gracias. Americano si es posible por favor.

El secretario miró a Cisneros que se había quedado lívido ante el hecho de ser tratado de ordenanza.

—Que nos traigan café y que mi secretaria haga una reserva en Lhardy para dos.

Cisneros asintió con una cara que reflejaba lo que sentía al ser tratado como un criado, pero salió sin más pronunciando unas palabras que ni él mismo supo que es lo que pretendía decir.

—Espero —continuó el secretario volviendo a la conversación interrumpida por el comisario—, que con generosidad pueda perdonar el comportamiento de sus vecinos.

—Nada tengo que perdonar, no soy yo el ofendido, es la justicia la que tiene que intervenir si considera que hubo perjurio en sus declaraciones —don Jesús hizo la pregunta que le quemaba en la boca desde su llegada a Gobernación —No considera oportuno reabrir el caso.

—Es lo más conveniente dada la situación —contestó categórico el secretario—. La policía no admitirá que se equivocó, y menos la orgullosa judicatura militar. Se cometió un error, pero si se reabre el caso se hurgará en la identidad del preso y pueden aparecer nuevos motivos para dejarle en la cárcel o extraditarle al país que va detrás de él.

Eso sin duda sería lo peor.

—Debemos perdonar, pero será difícil olvidar el castigo que merecen los culpables.

—La justicia está representada por una mujer con una venda en los ojos, sin venda la justicia vería sólo durante un instante. Deje a la vida el cobro de las injusticias, para qué perder el tiempo en venganzas, si de eso se encarga la justicia divina.

Al macarra que había vivido de Faustina estaba sentado en una mesa del Gran Hotel Reina Victoria. Su pareja le había dejado, pero con suficiente dinero para costear los derroches que le introducirían en su perseguido mundo taurino. Ser apoderado no se le iba de la cabeza. Había empezado fijando su residencia en este hotel exclusivo de artistas y toreros. Ocupaba la suite 220, la habitación donde dormía Manolete cuando venía a Madrid. No cabía en sí de gozo.

Sobre la mesa un vaso de vidrio tallado con dos dedos de whisky de malta lanzaba destellos sobre la cara de los clientes del bar que le miraban envidiosos por su privilegiada y adinerada posición.

La tarde había caído y las sombras de lo que prometía ser una buena noche luchaban contra la iluminación de la plaza de Santa Ana a sabiendas que como cada día saldrían derrotadas por sus orgullosas farolas.

Todo estaba tranquilo hasta que la paz se vio interrumpida por la llegada un espectacular coche descapotable conducido por un chofer vestido de gris y gorra de plato que abrió las puertas manteniendo la gorra bajo el brazo para que dos chicas de escote mareante bajaran y se dejaran abrazar por la cintura por un joven que si no era torero lo sería pronto por su forma de andar y actuar. Se dirigieron entre risas al bar pasando cerca de la mesa donde estaba el chulo macarra que se tapó la cara con la revista taurina Dígame que había estado leyendo.

—¡Coño, Ramón! ¿Qué haces aquí?

Demasiado tarde, le habían visto. Frente a él estaba Secundino Martín, el tratante de caballos de la plaza con el que precisamente nunca tuvo buenas relaciones.

El novillero y las chicas habían llegado a la barra para sentarse sobre dos taburetes altos que permitían ofrecer un espectáculo a los clientes, aunque ocultaban sus piernas a la vista del barman que con un gesto de contrariedad preguntó al joven torero que deseaban tomar. La pregunta mereció una recompensa de las chicas que se giraron hacia el curioso camarero para ofrecerle la lucha titánica que tenían sus pechos con el escote para no provocar un cataclismo. El novillero dejó sus cigarrillos sobre el mostrador y pidió champán. A las chicas todo lo que decía su acompañante les hacía gracia y lo celebraban con risas divertidas y sonoras palmaditas como hacen los bebes de pingüino.

—No me llamo Ramón —visto que había sido descubierto el aspirante a apoderado plegó la revista y la dejó sobre la mesa.

—¿Cómo que no, te conozco mejor que la madre que te parió?

—Quiero decir que ¡ya! no me llamo Ramón.

—¿Y cómo te llamas ahora, si puede saberse?

—Luján, Ernesto Lujan de Villamayor.

—¡Toma ya!

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó el proxeneta al tratante de caballos.

—¡Yo!, no, nada; venía con estos amigos a tomar una copa y me he encontrao con alguien que nunca hubiera imaginado encontrar en este ambiente.

—Pues ya ve, no sólo los tratantes de caballos pueden pisar esta alfombra con sus pezuñas.

—Si te vas a molestar continuo con lo mío —dijo Secundino Martín girándose para marcharse, aunque lo pensó mejor y se giró de nuevo para preguntar—: sólo una cosa, ¿eso del nombrecito...?

—Me ha costado una pasta, ahora la tengo, ¿sabe?

—Sí, lo sé, lo sé. Bien, pues... no te entretengo, más sigue a lo tuyo y que te aproveche —dijo Secundino empezando a retirarse, aunque se detuvo de nuevo y preguntó—: ¿Quieres que te presente a una promesa del toreo? Me han dicho que te ofreces como apoderao y este va para figura.

—¿Quién es? —preguntó Ernesto, como se llamaba ahora, mirando por encima del hombro de Secundino Martín

—Se llama Julio Romero de Torres —mintió dando el nombre del pintor cordobés fallecido hacía veinte años, para ocultar la identidad del hermano de su víctima.

—Me suena. Ese nombre me suena mucho, me resulta familiar...

—¡Claro! Es cordobés, como Manolete.

—Entonces seguro que le he visto torear; ahora recuerdo sí, he visto su nombre impreso en algún cartel.

—Ven que te presente, estamos con un par de amigas.

Se dirigieron ambos al bar y Secundino hizo las presentaciones:

—...Julio Romero, Ernesto Lujan de Villamayor.

—Mucho gusto —dijo el novillero—. Estas son Clara y Paloma, dos amigas.

—¿Julio? —dijo una de las chicas mirando al torero divertida—. ¿No te llamas Santos?

—Santos es para quitarse a las hembras de encima, como vosotras —dijo el tratante de caballos cortando a la chica.

—Me gusta más Julio ¿Te puedo llamar así? —dijo la otra chica pegándose al novillero.

—Tú llámame lo que quieras menos Domingo Ortega —respondió el novillero mirando a Secundino para que le pusiera al día.

—Bueno chicas cuidarme a este amigo mientras hablo con el maestro, luego os podéis ir a fundir Madrid.

Secundino se llevó a Santos aparte y este preguntó al tratante de caballos extrañado:

—¿Julio?

—Le he dicho que te llamas Julio Romero de Torres.

—No me jodas Secundino que don Julio está enterrao.

—Ese tío es un inculto. Le tenía que dar un nombre que le sonara y es el primero que se me ha ocurrido.

—¿No le habrás dicho que en el ambiente taurino se me conoce por el niño de la Plaza del Potro?

—Pues mira, no se me había ocurrido —dijo Secundino—. Díselo tú si quieres, cualquier cosa que le digas se lo traga, es un paleta —miró por encima del hombro de Santos y le dijo lo que tenía que hacer—: os dejo solos. Me encargo de decirle al chofer lo que tiene que hacer. Su señorito me ha dicho que es un muchacho muy dispuesto y callao. Cuando acabe todo dale una buena propina. Todo está preparado en la finca, no te cortes, como si fueras el dueño ¿Vale?

—¡Venga! —dijo el novillero animándose—. A ver cómo me sale la faena.

—Con las chicas estará más que picao, así que tranquilo, entra a matar sin miedo.

Se dieron la mano y Secundino se dirigió hacia la puerta, al pasar junto a Ernesto le dijo:

—Le dicho a Julio que eres un buen apoderao y tienes dinero pa'burir.

—Con lo que llevo en el bolsillo le lleno el maletero —dijo Ernesto hinchando el pecho como un gallo fanfarrón.

Decir ¡dinero! Para las chicas fue como decir ¡conejo! delante de un galgo, sus pechos giraron hacia Ernesto como lo hace un toro cuando es citado desde el centro de la plaza. Se desentendieron de todo y empezaron a ronronear a su lado como dos gatas ante un tarro de fuagrás. La impresión hizo que al alterado camarero se le cayera una lentilla y se marchara por el lebrillo donde estaba lavando vasos

¡Hay días que mejor no levantarse, maldita sea!

En el bar del hotel consumieron entre risas y bromas varias botellas que Ernesto mandó cargar a su habitación para presumir de dinero ante sus nuevos amigos. Santos trató de beber lo menos posible, volcaba su copa en la hielera cuando Ernesto estaba distraído con las caricias de las chicas que decididamente se dedicaban a él en exclusiva —estaban previamente aleccionadas—. Se trataba de hacer pasar un buen rato a un condenado a muerte. Naturalmente ni él ni ellas no lo sabían.

Fue una noche inolvidable para el aspirante a apoderado: del hotel se trasladaron a continuar la juerga en Los Gabrieles, uno de los más bellos y famosos bares de Madrid en aquella época, local favorito de toreros, cantaores de flamenco, artistas, aristócratas y las más caras y profesionales «señoritas» de compañía.

«Gabrieles» es como se conocen a los garbanzos en el ambiente taurino de Madrid y este exclusivo bar y restaurante de la calle Echegaray —pegado a la plaza de Santa Ana, o plaza del Príncipe Alfonso—, tenía la especialidad del cocido madrileño.

Miguel Primo de Rivera y el rey Alfonso XIII se dejaba ver de vez en cuando por Los Gabrieles... para comer cocido se entiende.

La cercanía con el hotel de los toreros hizo que el maestro favorito del aspirante a apoderado, Manuel Rodríguez «Manolete» tuviera en él la «oficina» donde recibía a los amigos y a las codiciosas mujeres que le acosaban más por su fama, que por su dinero.

Había quien afirmaba que la cabeza disecada colgada en una de las paredes del bar era de Isleño —el toro morlaco que mató al diestro en Linares—. Ernesto quedó impresionado cuando Santos se lo dijo ¡No podía creer que él estuviera allí, en el bar donde iba su ídolo! ¡En aquella Capilla Sixtina de la fiesta! Donde los toreros pasaban de farra en farra las noches que duraban hasta el amanecer.

—Esto no se cierra compadre, permanece abierto las veinticuatro horas del día —dijo Santos para animar al apoderao—. Aquí se reunía el poeta granadino Federico García Lorca con la crema del cante flamenco ¡Esto es un santuario desde donde otro ilustre García —don Antonio Chacón—, lo descubrió!

El tal Ernesto se quedó extasiado con los azulejos de las paredes. Reproducciones en azulejo de cuadros de Velázquez y Goya y otros con escenas muy arriesgadas para la época de censura franquista: campesinas de grandes senos y ninfas con rasgos corporales ambiguos, además un Zeus disfrazado de cisne dando un apasionado abrazo a su amante Leda.

Cenaron en una de las habitaciones tipo cueva del sótano cubierta de azulejos pintados, con mucho jerez y mucho jamón. Luego pasaron a otro lugar para seguir con las copas que había sido decorado como si se tratara de un ruedo.

“En este famoso lugar los toreros amigos de la casa parodiaban corridas usando como toros a mujeres desnudas para divertir a los ricos aristócratas que consumían barriles enteros de jerez y se llenaban de drogas que conseguían en las farmacias del centro. Bacanales que duraban hasta tres días donde las fantasías sexuales se tomaban como parte del rito de la fiesta”

Ernesto estaba pasando la mejor noche de su vida entre bebida y caricias intensas y prometedoras que hacían soñar con la traca final en la habitación del hotel. No había cruzado ninguna palabra de negocios con el aspirante a torero, para qué, no corría prisa, quedarían otro día para hablar de negocios y ofrecerse como apoderao. Ahora había que dedicarse a otro tipo de corridas más gratificantes para el éxtasis y la lujuria.

—¡Vamos! —dijo de pronto Santos.

—¿Adónde? —preguntó Ernesto con la voz pastosa del que se ha pasado de lejos con las copas.

—Te voy a enseñar la finca que pienso comprar cuando confirme la alternativa y haga la gira americana.

—Déjalo para otro día, prefiero quedarme en el hotel con estas dos...

—Quiero ir al cortijo de Julio —dijo Clara poniendo un mohín de niña caprichosa.

«Ya te daré yo cortijo arriba cacho guarra» —pensó Ernesto metiendo la mano entre las piernas de la chica.

—Vámonos al cortijo —dijo Paloma con un gritito divertido—. Quiero ver torear a Julio.

—Perdiste apoderao —dijo Santos simulando estar bebido.

—¿Por qué no vamos mañana? Estaremos más frescos, comemos, hablamos de negocios y toreas un novillo para que vea como lo haces.

—¿Y tú quieres ser mi apoderao? —preguntó Santos poniendo su dedo en el pecho de Ernesto.

—Sí.

—Pues mal camino llevas —dijo Santos señalando con el dedo.

—Hombre lo que menos apetece ahora es subirse al coche y hacer un viajecito.

—Pues quédate, estas dos y yo nos vamos.

Santos se puso en marcha y las chicas le siguieron diciendo adiós con la mano a Ernesto que veía horrorizado como se le escapaba de las manos su deseado fin de fiesta. Maldijo entre dientes y fue detrás de ellos dando traspiés por la escalera.

Al salir por la puerta el dueño del local y un par de camareros le cerraron el paso con un cortés: «Señor su cuenta» Se detuvo y señaló con la barbilla al novillero y las chicas que se dirigían hacia el descapotable aparcado unos metros más arriba.

—El otro señor ha dicho que paga su apoderao —dijo con una sonrisa el propietario.

Ernesto se quedó con la boca abierta, aunque la abrió mucho más cuando vio la cuenta. Entre cabreados murmullos sacó del bolsillo un fajo de billetes quedándose sin blanca, después de añadir una propina tan baja que los camareros que le habían aguantado toda la noche le fulminaron con la mirada. No le abrieron la puerta ni se despidieron como se despedían de los clientes rumbosos. Salió a la calle y vio como el chofer acercaba el descapotable marcha atrás para evitar que con un traspié se comiera el suelo húmedo de la madrugada madrileña.

Le habían dejado el asiento junto al conductor y él quería ir entre las dos chicas para que le fueran haciendo algo estimulante durante el camino, pero las muy pericas se habían sentado a un lado y al otro de novillero con toda la intención de hacerle al joven lo que a él tanto le apetecía que le hicieran. Subió al coche sin abrir la puerta para hacerse el «chuleta» y cuando aún estaba de pie agarrándose al parabrisas el coche arrancó y le sentó violentamente en su sitio. Ernesto protestó y amenazó al conductor... pero aquello sólo era el comienzo, no pudo barruntar que había empezado el calvario.

Lhardy se encontraba a pocos metros del palacio de la Real Casa de Correos, convertida en la Dirección General de Seguridad del Estado. El secretario de Gobernación y don Jesús recorrieron a pie la corta distancia.

Caminaban tranquilos escoltados por dos «camisas nuevas» que miraban recelosos a ambos lados. «Trabajo inútil», pensó don Jesús, a nadie se le ocurriría atentar contra un Secretario de Estado en plena Carrera de San Jerónimo, sería tan arriesgado como tratar de matar a un toro con la aguja de un reloj.

A la derecha de la famosa fachada de Lhardy —de madera de caoba traída directamente de la Cuba española por el arquitecto Rafael Guerrero, padre de la actriz María Guerrero—, la puerta de acceso exclusivo para el restaurante estaba día y noche celosamente protegida por un portero que veía pasar ante él reyes, ministros, artistas y toreros, permaneciendo tan frío como el león de la izquierda del Palacio de las Cortes que no se queja a pesar de estar sentado sobre sus propios atributos sexuales.

Los escoltas dejaron al secretario y a don Jesús en la primera planta —para ellos a salvo—. Una vez cumplida su misión bajaron a la tienda de delicatessen para aprovechar la visita. Se sirvieron ellos mismos un caldo del samovar y pidieron las croquetas especialidad de la casa: famosas por ser lo que siempre pedía allí don Alfonso XIII. El principal jefe de sala fue el encargado de acomodar al secretario y a su invitado en la mejor mesa del salón japonés, dispuesto ese día para uso múltiple de sus mejores clientes:

“Lhardy es un lugar favorito para: aristócratas, políticos y banqueros. Allí fue donde Mata Hari tomó su última comida placentera, antes de ser detenida en el vecino Hotel Palace por la Gestapo. En el salón japonés habían almorzado: reyes, jefes de estado, presidentes de gobierno, ministros y conspiradores”

El secretario, tras haber solicitado el excelente vino que acompañaría al típico cocido de Lhardy, continuó la conversación que ambos traían de camino al restaurante:

—Me alegro de que su hija se encuentre de nuevo en casa.

—Han sido seis penosos años de cárcel —se lamentó don Jesús—. Se ha beneficiado del gran indulto de 1945 concedido por Franco.

—Su hija estuvo comprometida con el Partido Comunista, se libró de ser fusilada por que no tuvo delitos de sangre. Un episodio lamentable que espero pueda olvidar.

—Será difícil que mi hija olvide el proceso de depuración al que fue sometida, además de estar incluida en un par de listas para ser fusilada.

—Cosas de la guerra, la muerte consolida la victoria.

Don Jesús no respondió, le hacía daño la conversación y por fortuna fue cortada por el jefe de sala que vino a la mesa y desplegando las servilletas dijo ceremonioso: «Permítanos caballeros obsequiarles con una copa de jerez y algo que aligere la espera».

Dejó lo que traía un mozo en una bandeja de plata y ambos se retiraron con una leve inclinación.

—La distopía comunista quiere imponer el socialismo como primer paso hacia una sociedad maximalista totalitaria. El fin de las clases sociales choca con el pragmatismo del mundo real, se debe apostar por corrientes filosóficas distintas a las propuestas por la izquierda revolucionaria basadas en la utópica sociedad ideal de Tomás Moro.

La llegada del sumiller y el ritual del vino interrumpió la conversación para dar paso a los dos camareros que escoltados por el jefe de sala prepararon en una mesa auxiliar los «ocho vuelcos» del famoso cocido madrileño de casa Lhardy.

Presentado el servicio los cuatro se retiraron con una ligera inclinación, quedando sólo uno de los camareros discretamente a la expectativa.

—La paradoja de los fervientes ateos comunistas —precisó don Jesús—, defender los pensamientos filosóficos de un cura franciscano, santo de la iglesia católica.

—Las utopías liberales se basan en el mercado libre, empresa libre, sociedad libre sin ataduras ni dictaduras, donde no unos cuantos, sino todos los miembros de la sociedad puedan tener acceso a la actividad productiva y alcancen los éxitos según sus méritos.

»La solución no es vivir a costa del Estado, que en definitiva es vivir de los demás, hay que esforzarse en el trabajo para generar los recursos precisos para vivir satisfecho.

»La utopía de la izquierda progresista es que todos los españoles sean obreros, la utopía de la derecha conservadora es convertir a todos los obreros en empresarios.

Callaron un momento mientras saboreaban la sopa. A esa hora la sala privada tenía las mesas ocupadas por los que nada sabían de penurias ni cartillas de racionamiento. Con el dinero que pagarían las veinticinco personas que compartían mesa y mantel en el salón japonés de Lhardy se podía alimentar a un buen puñado de desfavorecidos, pero eso eran demagogias que no llegaban a ninguna parte. No había que luchar para que aquellos burgueses no comieran allí, sino para que un obrero tuviera la oportunidad de hacerlo una vez en la vida.

—Con una familia tan plural como la suya las sobremesas deben ser apasionantes.

—Soy el mediador de los conflictos que surgen entre los que se sientan en la cena a la izquierda de la mesa y los que se oponen a ellos, como debe hacer un rey ilustrado...

—Arbitrar entre las clases —convino el secretario—. Al margen de renunciaciones o sucesiones los tecnócratas estamos desarrollando el plan de estabilización económica que suponga el lanzamiento de una economía más efectiva. Se trata de sacar al país del nivel de subdesarrollo en el que se encuentra por el creciente aislamiento impuesto por la comunidad internacional que ha metido a este país en una profunda crisis económica.

»Con la República la renta nacional retrocedió cincuenta años. Si conseguimos que los propietarios del capital nos cedan parte de sus poderes confío que nuestros criterios y conocimientos científicos servirán para llevar a este país hacia el progreso con arreglo a las exigencias de este mundo cada vez más tecnificado.

—Veo en sus palabras el soplo de esperanza para los desesperados —dijo don Jesús—. Le deseo muchos éxitos nivel personal como a ese Gobierno de tecnócratas que ustedes proponen en contraposición de los políticos ideólogos.

El almuerzo transcurrió en franca armonía, incluida la corta y rápida de sobremesa que terminó con la llegada de los dos escoltas que discretamente se situaron a la entrada del salón japonés. El secretario se levantó y se despidió con un abrazo agradeciendo los buenos deseos de quien consideraba ante todo un amigo. El abrazo fue correspondido por don Jesús sin saber que en ese momento un motorista de El Pardo dejaba en el despacho del secretario su nombramiento de Ministro.

“Desde 1950 el Gobierno de tecnócratas comenzó a influir en la sociedad ocupando puestos políticos desde donde se tomaban las decisiones, tanto en la esfera económica como en la política en general. El Caudillo como jefe de Estado entregó buena parte del poder a los técnicos y estos empezaron a influir en las decisiones efectivas de las grandes sociedades empresariales, desplazándose desde los órganos representativos de la propiedad del capital a los instrumentos de gestión donde se desenvolvían los ejecutivos gerentes y directores; es decir, los «Técnicos»”.

Al bar Los Timbales acuden desde 1929 —fecha en que fue inaugurada La Plaza de Toros de las Ventas—, los buenos aficionados, los miembros de las cuadrillas y los empleados de la plaza. Sentados en una mesa Secundino Marín le informaba al abuelo de García lo acontecido en las últimas horas con el futuro del macarra de Faustina.

—En serio Secundino que no le habéis matado —preguntó preocupado don Jesús.

—No, aunque se lo merecía. La lástima es no haberle hecho lo mismo a la Faustina y a su hermanito.

Un camarero llegó a la mesa con lo que habían ordenado para comer: un exquisito rabo de toro, plato estelar de aquel viejo establecimiento de la calle de Alcalá donde se guarda un tesoro único:

¡Los verdaderos timbales que marcan los cambios de tercio en la plaza Monumental!

El camarero lleno los vasos con una frasca de vino típica de la casa y se retiró con un «caproveche», vulgarismo del pueblo llano como gesto de educación.

—Darle verduguillo fue la intención, pero se le ha perdonao porque la gente del toro tenemos buen corazón.

—¿Y volverá a ser normal? —preguntó don Jesús.

—Eso a la familia le trae sin cuidao —dijo Secundino mientras saboreaba un trozo de carne—. Pasó miedo en la plaza de tientas que necesitará tener siempre un retrete a mano. A lo mejor se han pasao, pero él se lo ha *buscao* por *degenerao*...

Secundino hizo una pequeña pausa, comió un trozo de pan mojado en la salsa y tras un trago de vino preguntó:

—...¿Qué tal el rabo?

—Muy bueno, de verdad que sí.

—Ya se lo dije, de primera.

—Así que el dinero que tenía Ramón en el hotel —volvió a interesarse don Jesús.

—Entregao al Montepío de Toreros que les hace falta porque corren con los gastos del Sanatorio y ayudan a la Asociación de Auxilios Mutuos, siempre a dos velas porque con las pequeñas cuotas de los socios no les llega para pagar a sus pensionistas.

—Por lo menos una parte del dinero de nuestro amigo Felman ha caído en buenas manos.

—Y que lo diga —dijo rotundo Secundino—. Estos sí que lo saben repartir entre la gente del toro que lo necesita.

—Ahora cuente. Dígame como fue todo:

El coche descapotable abandonó la carretera principal y por un camino entre árboles se dirigió hacia la casa central de la finca que estaba alejada de las viviendas de los empleados de la explotación agrícola y ganadera que había en aquella parte de la orilla del río Jarama.

A esa hora tan temprana el ganado se dirigía con paso cansino a beber agua guiados por un par de mayores a caballo que saludaron al paso del coche llevándose la punta de los dedos al sombrero.

El coche paro delante de la puerta principal de la casa tras dejar un camino de tierra. Ernesto se bajó del coche bostezando sin reparo y las chicas que se habían dormido apoyando la cabeza sobre Santos despertaron mirando divertidas al ambiente bucólico que las rodeaba.

—Chicas hemos llegado —dijo Santos con voz alegre—. Id a echar una meadita.

Las chicas le miraron y entraron al trote en la casa por la impresionante puerta enmarcada entre pilastras adosadas que ocupaba una buena parte del cuerpo central.

El aspecto exterior, simétrico y equilibrado, seguía la línea del gusto de los toreros, nuevos ricos que exigían un toque palaciego, aunque se desligara de la corriente de los cortijos tradicionales andaluces o extremeños.

La casa se distribuía en torno a un patio central rectangular auxiliado por otros dos patios menores. El resto de las edificaciones guardaban el mismo lenguaje y cromatismo común, combinando los parámetros de ladrillo con los detalles ornamentales en piedra de Colmenar. La casa y todo el conjunto de pequeñas edificaciones: cuadras, cocinas, capilla y la pequeña plaza de tientas, decía bien a las claras que la gente que vivía allí se jugaba el dinero de la misma forma que se juega la vida.

—No tú no, tú y yo tenemos otra cita —dijo Santos parando en seco a Ernesto que se marchaba como un perrito detrás de las chicas.

—¡Otra cita! ¿Con quién?

—Con mi familia. Nos esperan en la plaza de tientas —dijo Santos señalando con el mentón la pequeña plaza, tentadero para los becerros con el hierro de la finca.

—¿Y qué hace aquí tu familia?

—Han venido desde Ronda a ver la corrida. Mi padre ha traído a mi hermano que, aunque sigue herido, no ha querido perderse el festival. Están aquí también mis primos y una pareja de la Guardia Civil por si el toro nos sale bronco y hay que pegarle un tiro.

—Oye, no sé a qué viene todo esto, pero no me está gustando nada —dijo Ernesto mosqueado— Así que me vuelvo a Madrid, dile al chofer que me lleve.

—No te puedes marchar, tú eres la parte más importante de la corrida.

—¡Yo! ¿Por qué?

—Porque tú eres el toro.

—¿Estás de broma no? —dijo Ernesto notando como se le secaba la lengua.

—Entra en la plaza y verás.

Se abrieron las puertas de la plaza que daban directamente al ruedo y un par de cortijeros con una capa cada uno salieron para escoltar al improvisado toro hasta los corrales. Ernesto comprendió entonces que no se trataba de una broma y hecho a correr ladera abajo gritando e insultando a todos. Los mayores, que habían dejado a los toros pacer en la dehesa, pusieron al trote a sus caballos y al llegar a su altura le derribaron a golpe de garrocha. Después le fueron empujando diestramente con los caballos hasta llevarle hasta la puerta de la plaza que se abrió con un sonido que se le antojó fúnebre.

Lo que vio dentro le heló la sangre. Todo estaba dispuesto para una novillada sin picadores, dos alguacillos a caballo fueron a recibirle y le llevaron hasta el centro de la plaza donde quedó ante la presidencia. En el tendido había un grupo de personas que le miraban desde unos asientos que por su altura les aislaría de la sangre que derramaría cuando le clavaran arpones y picas afiladas para provocarle la muerte.

Las piernas, vencidas por la emoción, se negaron a seguir sujetándole y su corazón amenazó con decir «hasta aquí he llegao». Empezó a hacerse todo encima como si fuera un bebé porque vio en la tribuna junto a su padre al chico que estuvo a punto de morir por su salvaje y rastrera violación.

Tenía miedo, mucho miedo. Cayó de rodillas entre sollozos pidiendo perdón, sabía que un toro durante la lidia no tiene ninguna oportunidad de salvarse. Como aficionado le divertía ver morir a los toros en la plaza, ahora tendría la experiencia de conocer de cerca la violencia física recibida por un toro cuando se enfrenta a lo desconocido.

El toro de lidia es un animal gregario que sólo se siente seguro en manada. Los becerros son protegidos por la vaca brava hasta su madurez sexual, que se produce a los quince meses. Después son separados de las hembras en cercados diferentes donde los toros establecen su propia jerarquía, como ocurre con otras especies del mundo animal, incluidos los humanos. A los toros bravos se les prohíbe tener acceso a las hembras, así que se buscan la vida montándose unos a otros. En cada torada suele haber un toro más tímido o débil que es quien apaga con sus «cuartos traseros» su falta de carácter, como ocurre con otras especies del mundo animal... incluidos los humanos.

Al toro dominante se le llama «mandón», muy apropiado, es el que se encarga de maltratar a los demás hasta que es desafiado por otro miembro de la torada que quiere arrebatarse el título. Terminada la violenta pelea el toro derrotado será el «abochornao», al que el resto de la manada le monta y le persigue hasta dejarle apartado. Estos toros humillados se vuelven irascibles, peligrosos y vengativos en la plaza.

Ernesto no sabía qué papel le habían reservado, el de toro abochornao, o el toro... ¡Dios! tal como le miraba la gente se temía lo peor.

Los primos del chico le torturarían hasta darle muerte asfixiado o ahogado en su propia sangre. Ahora sabía porque estaba de whisky y drogas hasta el culo, aquellos improvisados toreros querían que se sintiera como los toros a los que los tramposos les inflan de fármacos que actúan como hipnotizantes que provocan falta de coordinación, defectos en la visión y alteraciones perceptivas ¡Para qué! él no podía poner a nadie en peligro durante la lidia ¡No querían que se defendiera! ¿Defenderse con qué?

En sus condiciones no podría resistir siquiera el tercio de banderillas, recibir en la espalda tres pares de arpones de acero cortante y punzante que los banderilleros llaman «alegradores» ¿Qué era lo que alegraban esos alegradores?

¿Cuál sería el premio de la faena? ¿Sus orejas? ¿Las orejas y el...? ¡Virgen Santa, eso sí que no, el rabo no!

Todos le miraban con la misma atención o indiferencia, como él miraba a un toro cuando salía de toriles. Los músicos estaban prestos a tocar el paseíllo y los cambios de tercio durante el sacrificio. Y la autoridad ¿Qué hacía la autoridad que no intervenía? ¿Por qué le miraban con desprecio, si él no era rojo, era franquista? ¿Qué hacían allí presumiendo de los negros tricornios que lanzaban destellos de espejo y luciendo satisfechos sus largos bigotes?

—Fue un mal toro, manso, manso de devolverlo al corral —dijo Secundino Martín chasqueando la lengua contra sus dientes. Ese Ramón sirve como macarra, mujeriego y ladrón, pero como toro no vale ni para la feria de un pueblo.

—¿Está en condiciones de regresar a Madrid? —pregunto don Jesús mientras fumaba tomando el café.

—No creo —dijo Secundino encendiendo a su vez un cigarro puro que olía a demonios, como si estuviera hecho con las boñigas que recogía de sus caballos—. Ese tío tardará meses en andar por su propio pie. Y puede dar gracias a Dios, porque el padre bajó al albero con el verduguillo para darle el descabello y sólo entró en razón cuando la Guardia Civil bajó para impedírselo. Estaba como loco, no podían con él.

—Hay que disculparle, cualquier padre puede tener ese tipo de ataque de histeria, es comprensible —dijo don Jesús haciendo una seña al camarero para pedirle dos copas de «coñá» de la tierra.

—Los de Ronda son muy «echaos p'alante», se lo digo yo que los conozco.

—Dónde está ahora el... torito.

—Probando su medicina en la cama de un convento de Carmelitas. El hermano del chaval ha pagado a las monjas hasta que pueda andar; eso sí, tal como se le ha quedao el cuerpo ese tío no vuelve a meterse con unos de los nuestros.

—¿Qué hará si vuelve al hotel y ve que le habéis dejado limpio?

—Enfundársela. Bastante hemos hecho con liquidar la cuenta que por ciento han sido muchas «pelas», el tío vivía en el Reina Victoria como un rey.

—A la policía no puede ir sin explicar la procedencia del dinero.

—¡Equilicuá! —dijo Secundino levantando la copa triunfante.

—Lo que me ha sorprendido es la facilidad que habéis tenido para sacar del hotel la maleta con el dinero...

—¡Es el hotel de los toreros! —contestó Secundino lleno de lógica aplastante

—¡Ah claro! —dijo sonriendo el abuelo de García—. No había tenido en cuenta ese detalle.

El Bentley lanzaba intermitentes chorro de humo por el tubo de escape que para quien el coche podía resultar preocupante. El problema no estaba en la combustión del motor, sino en la mala calidad del combustible disponible en el mercado negro. El abuelo de García iba a Cuelgamuros a ver a R. Felman que hacía meses que trabajaba en el proyecto faraónico del augusto vencedor de La Cruzada contra los hijos de Caín, como dijo Monseñor Pla y Deniel legitimando el Alzamiento de la nación en armas.

La llegada del Bentley fue recibida en el Risco de la Nava con curiosidad. Por supuesto nadie pensaba que se trataba de una visita para un preso porque en esa época ya no quedaban presos trabajando de forma forzosa. Cuando el abuelo de García preguntó por el listero asistente de los escultores un pánfilo funcionario se encogió de hombros y le llevó ante R. Felman con una desesperante parsimonia.

Había mejorado mucho su aspecto, aunque no volvería a ser la persona refinada con pinta de heredero de una corona como lo fue antaño. Al ver llegar a don Jesús se abrazó a él dando muestras de agradecimiento por haberle salvado la vida y dijo que tenía permiso para salir a comer, podían ir incluso hasta el vecino pueblo de El Escorial.

Don Jesús no se hizo de rogar, echó a andar hacia el coche seguido de su amigo y de las miradas de más de un curioso que se preguntaba quién sería aquel visitante tan importante que tenía la venia de la autoridad para llevarse a un obrero permanentemente vigilado por la policía.

Mientras maniobraba el coche don Jesús quedó impresionado al ver de cerca lo que sería el monumental templo funerario de un pueblo víctima de sí mismo. Después se sentó en el asiento trasero junto a su amigo y poniendo su mano izquierda sobre la pernera del pantalón del preso le preguntó:

—¿Cómo le tratan aquí?

—No tengo ninguna queja, el trabajo es llevadero y me divierto con los comentarios que hacen los que vienen de visita.

—¿Comentarios sobre este gigantesco y megalítico mausoleo?

—Me divierten las visitas de inspección de Franco y sobre todo lo que opinan de la obra sus serviles aduladores.

—Obedeciendo el paralelismo con El Escorial Franco le echará a esto muchas horas ¿verdad?

—Se presenta incluso de noche, vive obsesionado por lo que él dice que es ¡Su Obra! —contestó Felman elevando las manos—. Trae a diario trazas, ideas y dibujos que anulan los del día anterior. Vi uno de esos dibujos, se trataba de la cruz que debía coronar el Risco de la Nava.

—¿Sobre la cripta subterránea?

—Sí. Ahí va una cruz de gigantescas dimensiones, pero no será la que diseñó el Caudillo, que debió copiarla de la custodia de alguna iglesia. El arquitecto, después de alabar el buen gusto del Generalísimo, tuvo que convencerle poniendo mucho tacto en sus palabras de que la construcción de la cruz que proponía era inviable.

El arquitecto dijo que él tenía ya el proyecto de la cruz monumental.

—Y le gustó —afirmó don Jesús.

—Le entusiasmó. Ya está en construcción, aunque todavía no está a la vista. Se trata de una cruz de piedra de ciento cincuenta metros de altura que será visible a más de cuarenta kilómetros de distancia. Después de esta experiencia el Generalísimo ha puesto toda su confianza en Diego Méndez, como hizo Felipe II con Juan de Herrera.

El coche aminoró la marcha ante la mirada de los toros bravos de la finca Wellington que pastando a ambos lados de la carretera se miraban preguntándose entre ellos que demonios hacía un coche inglés echando humo sobre sus pastos.

—Franco es la figura histórica que más poder ha acaparado desde Felipe II. Para él obrar como el rey es la base para legitimar su régimen dictatorial y cimentar su figura como líder —dijo don Jesús mientras observaba por los espejos como un Citroën negro les seguía a prudente distancia.

—Franco cree en el paralelismo que existe entre él y el rey Felipe II. Como prueba la grave enfermedad del primer arquitecto Pedro Muguruza ha hecho que sea su ayudante y segundo arquitecto Diego Méndez el encargado de rediseñar y terminar su obra. Juan de Herrera bajo la supervisión del rey rediseñó y terminó el Monasterio de El Escorial por la muerte del primer arquitecto Juan Bautista de Toledo. Por esta razón el Caudillo supervisaba su obra día y noche.

»Como prueba de acatamiento de Felipe II la cúpula del Monasterio no sobrepasa en altura a la cúpula de la Basílica Papal del Vaticano. Observando el paralelismo con el rey Franco ha dicho que la longitud de la Basílica de El Valle no sobrepase los ciento ochenta y seis metros que tiene la de San Pedro. Para acortar el largo de la nave el arquitecto ha colocado una puerta enrejada a ciento ochenta y cinco metros... y medio.

«Ayer soñé que veía a Dios y vi que Dios hablaba. Soñé que Dios me oía...después soñé que soñaba» *Antonio Machado*

—Ayer estuvieron aquí los Consejeros del Movimiento —dijo R. Felman mirando hacia donde se recortaban las primeras casas de San Lorenzo de El Escorial.

—Querían ver en qué situación se encontraba la magna tumba del jefe.

—¡No, claro que no! Nadie piensa en la muerte de Franco, se le considera inmortal. El arquitecto Méndez lo enfocó como «El inevitable hecho biológico» y uno de ellos dijo: «No obstante conviene estar preparados por si algún día nos deja este hombre».

“Los acólitos de Franco no pensaban en la muerte de su líder pensando que la Gracia de Dios incluía la inmortalidad. Hablar de su muerte no era de cristianos, ni de buenos españoles. Ningún creyente de los Principios del Movimiento pensaba en la muerte del Invicto. «El Caudillo no morirá mientras haya un español que salvar»”

—Poniendo orden a este disparate Jesucristo vino en nombre de Dios a salvar a los hombres y murió —dijo don Jesús.

—Pero aseguran que España no es Palestina:

«En este país los afectos de Dios se miden por el resorte que proporciona la Iglesia a sus elegidos. Nuestro amado Caudillo entra en las catedrales bajo palio y eso queridos camaradas ayuda mucho de cara a la inmortalidad».

El coche se detuvo para dejar a don Jesús y su invitado en la plaza del Ayuntamiento, cerca del restaurante al que acudía el abuelo de García por costumbre. El conductor dejó a sus pasajeros y solicitó permiso para ir a ver a unos familiares que al saber que venía a San Lorenzo le habían invitado a comer y preparado un lote de productos de matanza para que se llevara de vuelta a Madrid. Por supuesto don Jesús estuvo de acuerdo y dijo que volviera a buscarle al restaurante sobre las cinco. Cuando el coche se marchó ocupó su lugar en la plaza el Citroën negro de la policía y sus ocupantes se prepararon a sestear la espera bajando sus sombreros hasta los ojos.

—Siempre vengo a este restaurante —dijo don Jesús animado—. Le gustará, verá que por aquí no ha pasado la crisis.

R. Felman sonrió agradecido y aceptó la carta que le tendía el propietario saludando con respeto al abuelo de García.

Por la oferta tan variada el restaurante no dependía de las cartillas de racionamiento para atender a su distinguida clientela. El plato estrella del restaurante era el cocido escurialense de doce vuelcos, excesivo para el amigo Felman que le gustaba comer bien, pero poco.

—¿Qué tal la dentadura, le deja comer? —preguntó don Jesús levantando la vista de la carta.

—Me he acostumbrado a prescindir de ella —contestó R. Felman dejando la carta sobre la mesa—. Con una sopa liviana estoy servido...

—¿Nada más que eso? —dijo don Jesús tratando de animar a su invitado.

—Bueno, después tomaré un par de cafés.

Don Jesús asintió pidiendo para él una de las recomendaciones del día: solomillo de ternera charolesa criada en la tierra con guarnición de boletus y una botella del vino de la casa, reserva de la bodega riojana de López Heredia.

—¿Que tal con el ministro? —preguntó don Jesús cuando el propietario se retiró camino de la cocina.

—Muy bien. Preparamos un plan para conseguir mi libertad y a cambio le ayudo a formar ideas para el Plan Nacional de Estabilización Económica que presentarán los tecnócratas al Caudillo.

—Será difícil conseguir que los planes lleguen a buen puerto por la oposición abierta de los falangistas y el aislamiento de la sociedad internacional a la Dictadura.

—A la vista de los resultados Franco depositará la confianza en los técnicos. Sólo ellos conseguirán poner fin a la obligada etapa de autarquía económica.

—El tiempo pondrá cada cosa en su sitio —convino don Jesús tomando un poco de vino, después preguntó con ánimo de cambiar de conversación:

—»¿El coche sigue ahí?

—Si se refiere al Citroën 14 Ligero negro, sí sigue ahí —dijo R. Felman mirando hacia el lugar donde habían bajado del Bentley.

—Nos ha seguido desde que salimos de Cuelgamuros.

—Lo sé, estoy muy vigilado por ese tal...

—¿Cisneros?

—Por ese mal bicho sí —dijo Felman mirando hacia el coche—. Se equivocaron conmigo, así que para la policía soy algo de lo que hay que desprenderse.

—Hablaré con el ministro —dijo don Jesús para tranquilizarle.

—¡No! —dijo poniendo su mano sobre la de don Jesús—. Él ministro y yo hemos pensado sacar provecho de la fobia irracional de ese tipo.

En la calle se produjo una algarabía y los camareros del restaurante salieron a la calle para ver qué pasaba, encontrándose con la escolta militar que precedía al coche del Generalísimo.

«¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!» —Gritaban los apasionados al paso del coche en el que presumiblemente iba el Caudillo.

—¡Que exaltación! ¡Se ha echado el pueblo a la calle! —dijo don Jesús sorprendido.

—Sí, pero eso es normal aquí —dijo R. Felman—. Se hubiera echado también a la calle si hubiera venido Burt Lancaster.

Don Jesús sonrió por la ocurrencia de su amigo y tras saborear un bocado de la extraordinaria carne que con gusto estaba comiendo preguntó:

—¿A qué habrá venido su Excelencia?

—Está preocupado. Ha venido a la nona de los agustinos para exponer el traslado de los restos de José Antonio.

—¿Se da cuenta ahora que no fue una buena idea depositar sus restos junto a los miembros de la familia real española?

—Está preocupado porque no han salido las cosas como había planificado —dijo R. Felman terminado la sopa y limpiándose la comisura de los labios con una de las puntas de la blanca servilleta—. En la fiesta del primer Aniversario de la Victoria, explicó al Gobierno de su confianza y a los embajadores de sus aliados el proyecto de construir un monumento en memoria de los mártires y caídos de La Cruzada ¡Una cripta majestuosa donde descansarían los cuerpos de los que perdurarían en la memoria de los españoles!

—Y lejos de la realidad no pensó que la obra podría dilatarse en el tiempo —dijo don Jesús.

—Ni que sus aliados alemanes e italianos perdieran la guerra —apostilló R. Felman—. El caso es que ahora duda que se puedan ocupar los miles de columbarios que mandó construir.

—Habría que trasladar a la Cripta a todos los muertos y caídos del Bando Nacional.

—Y ahí nos encontramos con el principal problema —dijo Roger—. Las viudas y familiares de los caídos no quieren entregar a sus muertos para que sean enterrados en El Valle y Franco necesita miles cuarenta mil cuerpos que ocupen los columbarios.

—A nadie le gusta que toquen sus muertos —dijo don Jesús—. Prefieren tenerlos cerca, en su pueblo, en su cementerio. No se les puede obligar a que renuncien a este derecho.

—Llegado el caso lo hará, no tenga duda

—Sé que Franco sufre desde niño un grave trastorno afectivo interno que le hace ser un hombre frío a la hora de tomar ciertas decisiones, pero cuesta creer que juegue con los sentimientos de las personas.

—La idea de trasladar los restos de José Antonio a la cripta en El Valle de los Caídos se hace con la intención de allanar problemas. Los falangistas pensarán que es un honor para los muertos descansar junto al primer caído por su amor a la patria.

—Y los franquistas pensarán lo mismo si Franco ocupa la tumba del otro lado del altar...

—Esa será la idea —confirmó R. Felman.

El tiempo demostró que el Generalísimo no era inmortal y posiblemente tampoco fuera un elegido de Dios, por eso tuvo que ser enterrado como cualquier mortal en el lugar que él mismo ha elegido en su monumento funerario. Sus seguidores, como último homenaje a su amado Caudillo, manifestaron que Franco en su infinita humildad eligió un lugar en segundo plano cediendo la precedencia en el altar de la cripta de El Valle de los Caídos a José Antonio Primo de Rivera, primer mártir caído por Dios y por España.

Conociendo la personalidad del Dictador Francisco Franco esto no se ajusta a la realidad. Todo buen cristiano sabe que en lugar más sagrado de una Basílica se encuentra precisamente en la parte del templo reservada al coro. Franco lo sabía. Por eso señalando al suelo con el dedo índice de su mano derecha le dijo al arquitecto Diego Méndez: «Yo aquí»

Coincidiendo con el XX Aniversario Su Excelencia el Jefe del Estado y su esposa doña Carmen Polo de Franco, inauguraron el 1º de abril de 1959 El Valle de los Caídos. Asistieron cuarenta mil personas, el Gobierno en pleno y alguna representación diplomática. Muy poca, Franco no caía bien en el extranjero porque sus enemigos, que nunca dejaron de odiarle, se encargaron de ello.

«Nuestra guerra no fue una contienda civil más sino una verdadera cruzada. La Anti-España fue vencida y derrotada, pero no está muerta, lo que hace necesario cerrar el cuadro contra el desvarío de los malos educadores de las nuevas generaciones. Es justo y necesario»

Estas son sólo 45 palabras entre las 1.699 del discurso de Su Excelencia don Francisco Franco Bahamonde, Generalísimo de Todos los Ejércitos por la Gracia de Dios. Queda claro a quien fue dedicada su magna obra en El Valle de los Caídos.

Había pasado un año. Era un miércoles 18 de abril de 1951. El pequeño García se encontraba acompañando por el más joven de sus tíos y el grupo de tertulianos que se reunían con su abuelo para hablar de... toros... y de política si no había moros en la costa. A estas amigables reuniones nunca faltaba Secundino Martín, el tratante de caballos que siempre amenizaba con sus tragedias el talante de las reuniones.

En esta ocasión el lugar elegido para la tertulia era «Casa Bienvenido», cerca de la muy arbolada calle de Manipa que coronaba en su parte más alta las calles del popular Barrio Obrero.

El establecimiento era muy amplio, además de bar tenía un abarrotado colmado donde nunca faltaban los víveres. Allí se reunían los estraperlistas que negociaban con el código moral que tanto molestaba a las autoridades.

También era restaurante. En el patio ajardinado se celebraban bailes con música de discos y en el verano se celebraba una kermés donde se elegía a la guapa del barrio, que no servía para mucho, pero a las chicas les motivaba recibir una banda de miss con los colores de la bandera que tanto amaba el Caudillo.

—Estuve el lunes en la corrida —dijo el proveedor de caballos de la plaza de toros con su habitual tono fatalista— ¿Sabéis que Dámaso Gómez resultó corneado? ¡Qué pena, estaba haciendo una excelente faena de muleta...!

—Tú y tus tragedias Secundino —Venancio era un fijo si se hablaba de toros—. Anda, cuenta mejor lo de esa guarra de la Faustina.

—No, eso no. Tenemos que esperar a que llegue don Jesús, no creo que tarde.

—¿Y si se le ha estropeao el coche y llega aquí de noche? —hizo notar otro liando un cigarrillo de Caldo.

—¡Eh, eh! Que mi coche no se estropea —protestó don Víctor el panadero—. Así que a esperar a ver que noticias trae de ese hombre. Pediremos más vino para acortar la espera.

El grupo esperaba la vuelta de don Jesús de Cuelgamuros donde seguía el preso confinado a pesar de haber entregado una considerable fortuna en bonos y acciones de las más prestigiosas sociedades internacionales. Un dinero garantizado que se destinó a pagar compromisos de Estado.

“Uno de los compromisos los compromisos era el pago de los tres Rolls Royce Phantom IV encargados para el Caudillo en 1948 para su uso exclusivo. Uno de ellos descubierto para que el Generalísimo recibiera en directo la adhesión de todos los españoles. Se esperaron con gran expectación en Madrid, pero no se recibieron hasta 1952, fecha del fin de las cartillas de racionamiento, no del hambre, que continuó hasta el final de la década en la mayoría de España. La empresa fundada en 1904 por Charles Stewart Rolls y Frederick Henry Royce construyó sólo dieciocho coches exclusivos «Espíritu del Éxtasis», con la estatuilla del radiador en posición genuflexa, en lugar de inclinada como en el resto de los coches de serie. El detalle se hizo como respeto a los compradores de estos sedan de gran lujo: reyes, emperadores y jefes de estado, entre los que se encontraba el invicto Generalísimo Franco”

—Mi tío Pepe al que yo estaba muy unido —me contó García en uno de esos días de mutuas confesiones—, se ofreció leer un poema del Romancero Gitano para aliviar la tensión. Siempre llevaba un libro de tapas de cuero con poemas del poeta granadino.

«Verde que Te Quiero verde. Verde viento Verdes ramas. El barco sobre la mar y el caballo en la montaña» Federico García Lorca.

Cuando mi tío termino el último verso del Romance Sonámbulo se produjo un profundo silencio que rompió don Víctor con un aplauso que contagié enseguida a los demás.

—¡Vale chaval! ¡Eres un hacha! —dijo eufórico el bueno de don Víctor—, te lo digo yo que de esto entiendo un rato.

—Mi tío sonrió agradecido mirando con tristeza al suelo. No fue por timidez, sino porque algo tuvo que presentir ese día al referirse al caballo y al barco sobre la mar. Federico García Lorca fue un poeta de símbolos, para él la unión del caballo y el mar era la representación de la muerte y mi tío me transmitió un presagio.

»Amaba a los caballos. A los veintinueve años pisó un clavo desprendido de una herradura y murió de tétanos, la terrible infección provocada por una potente neurotoxina que produce la muerte entre atroces espasmos musculares.

“La muerte de su tío, tan bueno, tan joven, fue otro de los motivos por el que la vida le obligó a García a Vivir sin Decir Te Quiero”

García miró a los cristales empujados de la puerta del bar que fueron capaces de ocultar un par de lágrimas que saltaron de sus ojos empañando la imagen de su abuelo bajándose de Bentley y entrando solo en el bar. Todos celebraron su llegada y todos a la vez preguntaron:

—¿Qué?

—No está —contestó con gesto serio don Jesús—. No sé si para bien o para mal, pero ya no está en El Valle de los Caídos.

—¿Ha huido? —quiso saber Secundino Martín levantándose con respeto y acercando una silla para que don Jesús se sentara a su lado.

—Me han dos o tres versiones: que murió por una explosión incontrolada, que ha vuelto a la cárcel dadas las escasas medidas de seguridad y que dos coches negros aparecieron de noche y se lo llevaron sin más explicaciones.

—¡Vaya hombre! Hoy que tenía una buena noticia para que se la transmitiera en su próxima visita...

—Conociéndote será una tragedia —dijo uno de los tertulianos—. ¿Me equivoco?

—Una tragedia según para quién —contestó Secundino Martín.

—¿Una buena noticia de...? —preguntó animado don Jesús mirando a Secundino que satisfecho sonreía feliz por la bomba que estaba a punto de dejar caer.

—Una noticia de Francia, la Faustina ya no arruinará a nadie más, la ha espichao.

Se oyó toda una colección de expresiones de sorpresa y algunos insultos malsonantes muy comunes entre la gente llana del lugar.

—¿Cómo ha sido? —se interesó don Jesús.

—Como sabe los del toro estamos muy unidos... también con los de fuera

—Lo sé —reconoció don Jesús recordando como trataron al compañero de Faustina.

—Nuestros compañeros franceses —continuó Faustino—, localizaron a la guarra y a su hermano viviendo como reyes en una villa de lujo al sureste del país.

—Y celebraron una capea donde ella era la vaquilla —dijo don Jesús pensando en los métodos de venganza de algunos toreros.

—No ha hecho falta, ha sido su vicio quien se la ha cargao.

Nadie quería levantarse ni para ir al baño. Los camareros, a pesar suyo, tuvieron que retirarse para traer las copas de vino solicitadas por el grupo que no querían intervenir para no perder detalle.

—¿Y cómo pudieron salir esos cabrones con todo lo que habían robao? —preguntó uno de los que encabezaba el grupo de los que pensaban más en el botín que en ninguna otra cosa.

—Con dinero —contestó Secundino—. Pagando mucho dinero a un grupo dedicado a la protección de capitales de dudosa procedencia.

—¡Así! ¡Sin más! —dijo don Víctor encogiendo los hombros.

—Les consiguieron además una nueva identidad para que pudieran circular sin problemas afrancesando su apellido Durán. Los hermanos se convirtieron en Fabienne y Louis Durand, ricos herederos residentes en Marsella.

—¡Parecía tonta la Fausti! —dijo Manuel Carmona, dueño de una importante yesera de Arganda del Rey.

—¿Y cómo ha muerto? —preguntó el abuelo de García probando el vino que le habían servido en el vaso y que su nieto miraba el color con curiosa expectación.

—A esa fulana le iba que la empujaran por detrás —dijo con intención Secundino tratando que todos comprendieran—. Sobre todo, si el de los empujones era un marinero con tatuajes y ancho como un armario. Los lobos de mar brutos y aventureros encendían en Faustina una pasión morbosa que la desbordaba.

—La tía era una golfa de no te menees —aportó don Víctor pidiendo al camarero un vaso de gaseosa para el pequeño García que miraba el vino de su abuelo con expectación.

—Entonces ha muerto por practicar el griego, pero a lo bestia —don Jesús escondió la frase soez ante la presencia de su hijo y su nieto.

—¡No! El cachas no era griego, era portugués.

Don Jesús sonrió para sí viendo que Secundino Martín también ignoraba lo que es un griego en ciertos ambientes, así que lo dejó estar.

—¿Entonces la Tina la ha diñado por chamullar en portugués? —dijo Práxedes con su inconfundible acento de sereno asturiano.

—Déjalo Práxedes. No te esfuerces que se te sale el ombligo —intervino don Víctor para cortar las interrupciones.

—Según los amigos franceses Faustina enganchó al portugués en una taberna típica del puerto, casi a pie del barco que le había traído de Angola. Ella le engatusó y se lo llevo a casa para que se lo hiciera como lo que es...

—¡Como una perra! —soltó el camarero le traía al joven García su vaso de gaseosa.

—Tú a callar —dijo la viuda de Bienvenido poniendo en las manos del camarero un cogedor y una escoba ante el inminente show del nieto y el abuelo.

—...Estuvieron enganchados como perros día tras día hasta que una mañana el tío se levantó con una fiebre que no le bajaba ni soplándole con un fuelle.

—¡El Dengue! —dijo Venancio adivinando por donde venían los tiros.

—Peor —contestó Secundino—, mucho peor. A las pocas horas de ser ingresado en un hospital su cuerpo empezó a cubrirse de manchas rojas que pronto se convirtieron en repugnantes pupas que supuraban pus y sangre negra envenenada. La cara se le hinchó tanto que llegó a reventar por varios sitios. Luego llegaron las hemorragias del tubo gastrointestinal que le hicieron sangrar tanto por arriba como por abajo hasta que murió retorciéndose como una culebra en una parrilla ¡Fue un espectáculo digno de ver, os lo aseguro!

—¡Joder Secundino! Has hecho que se nos revuelva el estómago a todos —intervino otro de los que miraban al tratante con la cara más blanca que el yeso de la mina de Manuel Carmona.

—No vuelvo a ir de fulanas, por estas —dijo otro camarero besando su pulgar derecho.

—Os podéis imaginar —continuó Secundino en su plena salsa—, como se quedó la Faustina cuando le dijeron los médicos que aquello era una extraña y desconocida fiebre hemorrágica viral muy contagiosa y que no podían dejarla salir de allí, que tenía que quedarse en cuarentena dentro de una burbuja de plástico.

—¿Y la cumplió? —preguntó don Jesús—. ¿La cuarentena digo?

—No cumplió ni la semana... descanse en paz —contestó Secundino Martín haciendo la señal de la cruz.

—¿Y el hermano? —preguntó don Víctor— ¿Dónde está el rufián del hermano?

—Desaparecido —contestó Secundino—. Sin dejar rastro.

—¡La virgen! ¡El fregao que se ha montao por la mierda de los condones! —protestó Manuel Carmona el yesero.

—Esto me recuerda una tragedia que le pasó a un torero...

—No, déjalo, Secundino —cortó don Jesús al tratante—. No más tragedias por hoy.

—Eso —dijo don Víctor poniendo una gota de vino del vaso de don Jesús a la gaseosa de su nieto—. Vamos a brindar por nuestro vecino Felman. Tú también chavalín, que ya eres todo un hombre.

El abuelo de García levantó el vaso y dijo:

—Brindemos porque nuestro amigo esté libre de verdad. Bien sabe Dios que he puesto todo mi empeño en conseguirlo. De todo esto me quedará el recuerdo de sus gestos llenos de agradecimiento. Para ser hermanos no es preciso ser hijos de la misma madre. Queridos amigos, brindemos por la amistad...

—¡Por la amistad! —dijeron todos.

Después dedicó unas palabras a su nieto:

—...Hijo, tus mejores activos serán siempre tus buenos amigos, apuesta por ellos porque un hermano puede que no sea tu amigo, pero un buen amigo puede que sea tu mejor hermano. No olvides lo que dijo Cicerón: «Sólo en el peligro se conoce al verdadero amigo». Debes aprender a confiar y desconfiar, porque por naturaleza nacemos buenos y es el tiempo y las circunstancias las que no hace malos...

—Yo confío en los amigos —dijo don Víctor con voz grave—, de quien desconfío es del demonio que pueden llevar dentro.

—Así es hijo mío —dijo el abuelo a su nieto poniendo su sabia mano sobre cabeza de García—. Por eso ama y defiende la amistad, pero debes permanecer siempre alerta, no te descuides... no le des la espalda al viento.

—Esa tarde me faltaba poco para cumplir los seis años —me dijo emocionado García—. Levanté mi vaso, apuré su contenido, besé su gruesa base de cristal y lo lancé hacia atrás. Todos pudieron ver como el vaso se hacía añicos contra el suelo damasquinado del bar. Aquel brindis fue por mi abuelo.

Dos Citroën 14 Ligero de color negro serpenteaban por la carretera que se dirigía al paso fronterizo de El Portalet, en la provincia de Huesca. R. Felman miraba desde el asiento trasero de uno de ellos los bellos paisajes entre el Valle de Tena y Ossau, una antigua ruta usada a lo largo de los siglos por viajeros, peregrinos, ganaderos...y contrabandistas. A su lado un policía desconocido para él miraba indiferente los pastizales donde crecían gencianas, azafranes silvestres y varias gramíneas. En los asientos de adelante el conductor y otro que sin duda sería también policía, pero que debía tener un cargo muy superior por el respeto que le demostraban los demás.

En el coche de atrás viajaba el comisario Cisneros con otros dos policías a los que si conocía porque eran sus vigilantes desde hacía meses. Cisneros, cuando le introdujo en el coche empujando su cabeza hacía abajo para humillarle, le miró a los ojos y no le escupió a la cara porque el que parecía su jefe superior no le quitaba los ojos de encima.

No llevaba equipaje. El dinero que había ganado trabajando en El Valle se lo había quitado Cisneros, pero estaba contento porque era la misma policía quien le ayudaba a salir del país en el que se había sentido atrapado. Pronto diría ¡adiós! a todo y a todos los que habían contribuido para que su vida hubiera sido una mala pesadilla.

—Estamos llegando —dijo el policía que parecía el jefe—. Nosotros no podemos continuar, le dejaremos en la cuneta de un camino secundario y a partir de ahí se las arreglará usted solo.

—Está bien, gracias —contestó el preso.

—¿Sabe usted francés? —preguntó el policía.

—Conozco el francés y cinco idiomas más —contestó R. Felman.

—Le felicito.

El día se acercaba al ocaso a pasos agigantados, pronto las sombras cubrirían la zona haciendo posible el paso a Francia de manera clandestina. El coche salió de la carretera y se introdujo en un camino pedregoso de empinada subida donde a lo lejos se veía un tejado de pizarra. No había nadie a la vista.

El coche se detuvo a un lado del camino, el coche de atrás se puso en paralelo y bajaron los policías y el comisario Cisneros que con su paso chulesco se dirigió al coche que ocupaba el preso, abrió la puerta y saco al preso clavándole los dedos en el brazo.

—Suelte al preso Cisneros ya no es su responsabilidad —dijo el comisario jefe atravesando con su mirada al desagradable y chulo comisario de policía.

Cisneros miró con odio a quien había sido su víctima y le soltó dándole un empujón para hacerlo andar a trompicones hacia delante, hacia la libertad.

R. Felman empezó a caminar hacia el curso de un arroyo que corría hacia un rellano colgado entre los picos como si fuera una cubeta excavada por los hielos glaciares. No volvió la cabeza ni una sola vez, caminó como lo hizo Federico García Lorca ofreciendo la espalda a los que fueron sus desconocidos verdugos.

No tenía miedo, llegaría a Francia y empezaría una nueva vida. Sólo necesitaba un franco para empezar porque él sabía convertir una gota de agua en un torrente. Miró a lo que posiblemente había sido un lago de montaña, hoy relleno de sedimentos y vestido de hierba. Más abajo un paisaje abierto, un maravilloso pastizal que hacía las delicias de las vacas y caballos que pastaban en el lugar.

Los policías miraban como se alejaba el preso. Caminando lentamente, sin prisas, ofreciendo confiado la espalda, provocando al comisario Cisneros que no pudo más y sacando la pistola reglamentaria descargó todas las balas que llevaba en el cargador sobre el hombre que más odiaba en el mundo, viendo como a cada detonación el preso se estremecía hasta caer como un fardo sobre la mullida hierba del valle.

El jefe de la policía se volvió hacia el comisario y dijo con rabia:

—¡Maldita sea, entréguese la pistola!

Cisneros obedeció bajando su cabeza sumiso. Él había cumplido, había mandado al infierno al maldito que se había librado de pudrirse en la cárcel.

El jefe se dirigió al policía que venía en su coche junto al preso y le dijo:

—Carmena, mire si el preso aún vive.

El policía se dirigió al lugar donde había caído R. Felman y al llegar se agachó junto a él. Al rato miró a su superior y dijo no con la cabeza.

—Cisneros —dijo el jefe con voz ronca—. Está usted arrestado, nos veremos en Gobernación, el ministro decidirá qué hacer con usted.

Subieron todos al coche y volvieron hacia la carretera que les conduciría de nuevo a Madrid. Allí, tirado en el suelo como un muñeco roto, quedó el cuerpo del que había sido el preso 1414 de la cárcel franquista de Carabanchel.

Louis estaba sentado en una mesa situada junto al ventanal de un típico bar restaurante del Barrio Latino de París. Desde su llegada visitaba casi a diario aquel simpático establecimiento porque Armand, un español que había afrancesado su nombre de Armando le ayudaba, aconsejaba y porque los dueños republicanos españoles huidos de la guerra traían de España lo que para él se había convertido en esencial desde que lo probó por primera vez en casa del jefe de su difunta hermana ¡El jamón ibérico!

Había liquidado alquileres y compromisos contraídos por su hermana al llegar a la Riviera Francesa, después había comprado un mausoleo digno de una duquesa para dar sepultura a la que fue la rica heredera Fabienne Durand, fallecida en un centro especial de enfermedades contagiosas víctima de un virus transmitido por los primates africanos.

Su traslado a París fue inmediato porque su hermana era de naturaleza desconfiada y guardaba su fortuna en casa, no se fiaba de nadie y menos de los banqueros. Esto posibilitó un traslado rápido y discreto hasta su nueva residencia situada cerca de la Place Saint-Michel, donde la estatua de San Miguel dominaba al dragón y ante la cual siempre había un buen ambiente de jóvenes y estudiantes de la Sorbona.

Vivir en París había sido la ilusión de toda su vida, así se lo dijo al jefe de su hermana la tarde que estuvo trabajando en su casa sin saber que todo obedecía a un plan donde el estraperlista sería la víctima, y su hermana la beneficiaria de todos sus bienes.

Aún conservaba el diccionario y los libros sobre París que le había entregado aquel buen hombre y sobre todo aún conservaba la sensación que sintió al comer por primera vez en su vida el jamón ibérico de bellota.

Con los libros y el diccionario había hecho una base para ir tirando, cada día aprendía algo nuevo que lo utilizaba para que no chocara que, llamándose Louis Durand y tuviera la nacionalidad francesa, no entendiera ni papa cuando le hablaban en francés. Tuvo incluso que buscar una disculpa creíble para los que preguntaban por qué pronunciaba la «erre» como la pronunciaba los españoles:

«Soy hijo de inmigrantes franceses, he vuelto a mi país que es Francia porque mis padres murieron no hace mucho en un accidente»

Con esto se aseguraba que dejaban de preguntar y la gente al compadecerse de su desgracia le trataba con más cariño... su generosidad hacia el resto.

Se sentía muy a gusto en el Barrio Latino, llamado así porque antiguamente los estudiantes de la vecina Universidad de la Sorbona hablaban entre ellos en latín. La mayoría de la gente que paseaba por sus calles era extranjera, así que nadie se fijaba especialmente en él.

Había alquilado la casa donde vivía, no quería compromisos ni ataduras, y blindado una pequeña habitación donde guardaba la fortuna que le permitiría vivir holgadamente durante muchos años. No obstante, se prepararía bien y posiblemente pondría más adelante un negocio con el fin de aumentar su dilatado capital.

Miró hacia fuera a través del ventanal. Desde allí podía ver Notre Dame y la vista le dejó gratamente impresionado.

Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que no escuchó lo que le decía Armand cuando retiraba el plato vacío donde le había servido una excelente ración de jamón bien curado y cortado con todo el arte del mundo.

—¿Tomará alguna cosa más el señorito? —preguntó Armand respetuoso—. ¿Más jamón, un postre, algún refresco?

—¡Eh! no, gracias, Armand —contestó Louis mirando hacia una mesa del otro lado del bar y a la persona que reconoció al instante, aunque estaba muy desmejorado y vestía de una forma fuera de su estilo—. Dime Armand, ¿conoces al cliente de aquella mesa del rincón?

—¿El que está tomando el café con el croissant?

—Sí.

—Lleva unos días viniendo por aquí. Debe estar pasando un mal momento, ya ve como viste. Viene, toma un café con leche, guarda el azúcar en uno de sus bolsillos y se va. Hoy me ha dado pena y le he puesto un croissant, el pobre hombre se ha deshecho en palabras de agradecimiento.

—Bien Armand, llévale ahora de mi parte un buen plato de ese jamón que guarda tu jefe para los buenos clientes ¡Ah! y la mejor botella de vino francés que tengas en la bodega.

—Lo que usted diga señorito Louis.

Armand se retiró para ejecutar la orden del joven. Al otro lado R. Felman miraba distraído los edificios pensando en los últimos acontecimientos: su libertad, su muerte simulada para que la policía española le dejara en paz para siempre y el escarmiento que recibiría el comisario Cisneros por su excesivo celo a la hora de disparar.

Todo había salido como estaba planeado. El comisario jefe y el policía que viajaron con él hasta la frontera eran personas de confianza del ministro. Lo habían hecho muy bien, incluso a él le engañaron al principio. Le quitaron durante unas horas la pistola al comisario Cisneros y la prepararon con balas de fogueo especiales que permitieran el retroceso y recargado del arma para que el policía no se diera cuenta que no estaba ejecutando su cobarde asesinato.

Después de disparar se la quitaron antes de arrestarle por haber perdido la razón y disparar a un hombre por la espalda, con esta medida se evitaba que se diera cuenta que con las balas que llevaba en el cargador no podía matar a nadie. R. Felman sólo tenía que estremecerse al oír los disparos y fingir que recibía los impactos, seguidamente dejarse caer como un fardo y simular que estaba muerto.

Ahora sus enemigos se encargarían de darle oficialmente por muerto y desaparecido y el sátrapa del comisario Cisneros se enfrentaría a un escarmiento ejemplar.

Cuando los coches estuvieron lejos no tuvo más que levantarse y aprovechar las sombras de la noche para cruzar a pie la frontera y dirigirse a París para entrevistarse con los miembros de la Sociedad y pedir ayuda y protección.

El problema de las «sociedades iluminadas» creadas a imagen y semejanza de las ordenes perfectibilistas del siglo XVIII es cuando vas a pedir, no a donar una inmensa fortuna como él hizo cuando le permitieron ser un miembro iluminado de la sociedad secreta. Le habían culpado de perder lo que les pertenecía y amenazado con entregarle al ejército de su país de origen si no conseguía recuperarlo todo, que es tanto como decirle a una serpiente que devuelva intacto un ratón que se ha comido hace tres meses.

Salió de allí aprovechando un descuido de sus correligionarios prometiéndose así mismo no volver a pisar la Sociedad. Es posible que tuvieran razón, había perdido una fortuna comparable al presupuesto de un pequeño Estado, motivo más que suficiente para que sus hermanos franceses desearan verlo muerto.

Desde entonces empezó a bordar su papel de don nadie. Vivir como un perro callejero mirando hacia todos los lados por si algún niño dejaba caer una salchicha, algo difícil porque los franceses comen paté y esa pasta hecha con hígado de oca picado no se cae del pan, así como así, ni sacudiéndolo se desprende el condenado paté.

Descubrió que ser pobre tiene sus inconvenientes, el mayor de ellos es que te vuelves transparente ¡la gente no te ve! pasan de largo como si fueras la rejilla de un desagüe. Otro inconveniente es tener que dormir en la calle, que para los que no lo saben es algo muy penoso... bueno penoso no ¡Es patético!

Tan absorto estaba en sus pensamientos que cuando Armand puso a su lado un carro con un completo servicio se le abrieron los ojos como si el carrito lo hubiera dejado allí el mismo Víctor Hugo resucitado.

No supo que decir. El camarero quitó lo que había usado y puso un elegante mantel de hilo sobre la mesa, servilleta, cubiertos, un cestillo con un excelente pan cortado en rodajas y preparado a la catalana: ajo, tomate y aceite de oliva. Una copa grande para el vino y un plato de jamón que era todo un espectáculo.

R. Felman dirigía su mirada de un lado para otro sin entender lo que pasaba hasta que Armand le sirvió un magistral vino de reserva y le invitó a probarlo:

—Señor —dijo el camarero quedándose erguido con la botella en la mano para volver a servir después de la prueba.

R. Felman hizo los honores al vino y dijo con su tono de voz educada y pulida.

—Excelente.

—¿Y el jamón?

—Superior.

—Me alegro señor —dijo Armand satisfecho.

—Y... esto, ¿a qué se debe?

—Está usted invitado señor —dijo Armand bajando respetuosamente la cabeza.

—¿Por la casa?

—No señor, por aquel joven que está sentado junto al ventanal, el señorito Durand, Louis Durand.

Miró hacia el lugar donde le indicaba el camarero y se quedó sin aliento. De pronto notó que le faltaba el aire y que las sienas le iban a estallar si no se apresuraba a enviar inmediatamente oxígeno a los pulmones.

Reconoció al muchacho que le sonreía desde su mesa, era, ¿cómo se llamaba? bueno, daba igual, era el hermano de la que fue su criada. Cruzó con él la mirada y el chico se levantó para dirigirse a su mesa. Al llegar, sujetando el diccionario que él le regalara el nefasto día en el que se le ocurrió poner en orden la biblioteca, el muchacho pidió permiso para sentarse en la mesa:

—¿Puedo sentarme a su lado señor?

Armand sin esperar una respuesta separó la silla frente a R. Felman y Louis tomó asiento sin dejar de sonreír.

—¿No me habéis hecho bastante daño tu hermana y tú? —dijo comiendo lentamente de su plato con la vista puesta en el mantel.

—Mi hermana ha muerto señor.

—Descanse en paz —añadió sin ningún sentimiento.

—Le acompaño en el sentimiento señorito Louis —dijo Armand—. Ahora si me lo permiten me retiro... tengo... tengo otras mesas que atender.

—Sí Armand, gracias —dijo Louis dedicándole una mirada afectiva.

Armand se retiró con actitud diligente llevándose lo que R. Felman no necesitaría.

—Sabía lo de tu... cuñado —dijo Roger mirando ahora a Louis a la cara—, pero no lo de tu hermana, ¿cómo ha sido?

—Horrible. Fue una muerte espantosa. En sus últimos días no me permitieron verla, según los médicos era un saco de carne irreconocible y desfigurada que se retorció de dolor bañada en su propia sangre.

—Lo siento... y ahora lo digo de verdad —R. Felman cruzó la mirada con el joven.

—Si no fuera así no se lo reprocharía, le hemos hecho mucho daño —hizo una breve pausa y continuó muy animado— He cambiado de nombre ahora me llamo Louis, Louis Durand ¡Soy francés!

—¡Vaya!, enhorabuena —dijo R. Felman sin excesivo entusiasmo.

—Co... ¿Cómo puedo llamarle señor? —dijo Louis cortado.

—Ahora no soy nadie, no tengo identidad, soy un mueble viejo abandonado en la calle.

—Entonces necesita volver de nuevo a la sociedad, necesita un nombre —le animó Louis removiéndose en la silla.

—En este momento necesito todo de todo. —afirmó R. Felman con repetidos gestos de cabeza.

—Le ayudaré, conozco a quien puede hacerlo. Le aseguro que son los mejores, pueden emparentarlo con la familia de Napoleón si usted lo desea

—¡No eso sí que no! Paso de dinastías familiares con derecho a títulos y coronas, ya he tenido suficiente. Tendré que esperar si quiero comprar ayuda, todo mi capital lo he invertido hace un momento en un café con leche.

—No tiene dinero —confirmó Louis él mismo la pregunta.

—Lo sabes mejor que nadie, tu hermana transfirió mis bienes a su cuenta privada.

—Se lo devolveré. Hemos gastado parte, a mi hermana no le dolían prendas, pero todavía conservo mucho de lo que mi hermana consiguió reunir.

—¿Me lo devolverás? —dijo Roger sorprendido.

—¡Claro, es suyo! —dijo el muchacho con un gesto de sensata decisión

—¿Y tú?

—No lo quiero, el dinero es malo.

—No hijo no —puso R. Felman su mano sobre la del joven Louis—. El dinero no es malo, lo malo es lo que hacen las personas para conseguirlo. El dinero es tan prodigioso que nos permite disfrutar de todo lo hermoso y fantástico que hay en la vida, por eso hay gente que se apasiona por tenerlo y gente que mata por conseguirlo.

—Mi hermana quiso satisfacer su ansia de riqueza sin pensar en las consecuencias, a veces pienso que hubiera pasado si ese chico que buscaba ayuda para ser torero no se cruza en el camino.

—Que el chulo de tu hermana te hubiera matado sin remordimiento. No te quería y tampoco te respetaba.

—Sí, lo sé. Espero que ese muchacho se encuentre bien, si vuelvo a verle le pediré que me perdone.

—Él está bien, no te preocupes. Aunque necesitará tiempo para olvidar, fue un trauma excesivamente duro para un joven de su condición.

—Le juro que no pude hacer nada para evitar que hicieran con él aquella salvajada. Me amenazaron, me asusté tanto que no era más que un pelele cuando me sacaron de casa envuelto en un saco. Mi instinto de conservación hizo que perdiera hasta la vergüenza. Estuve escondido en una villa alquilada en las afueras de Madrid donde tenía prohibido hablar bajo sentencia de muerte. No podía comunicarme con nadie, ni siquiera podía preguntar qué día era a los carceleros pagados para que me mantuvieran alejado de aquel asunto. Mi hermana vino varias veces a verme, cada vez mejor vestida y cada vez en un coche más grande. Me dijo en una de sus últimas visitas que el premio que tenía reservado para mí era una nueva vida fuera de España y que con toda seguridad el viaje lo haríamos ella y yo solos, estaba dispuesta a abandonar al canalla que nos hacía a los dos la vida imposible. Se puede imaginar la alegría que sentí al escuchar aquello, mi hermana con su promesa me hizo olvidar todo, fui un condenado egoísta, lo siento.

—Incluso te olvidaste de mí y del infierno en el que estaba.

—Ella me dijo que usted no aguantaría ni una semana en la cárcel, que sin duda le matarían o que usted mismo se quitaría la vida.

—Se equivocó —dijo R. Felman con una amarga sonrisa—. Es cierto que quise quitarme la vida y lo hubiera hecho de tener un medio para hacerlo. En la cárcel dejé muchas cosas, tantas que será mejor que las olvide, lo que nunca olvidare es el valor de la amistad de quien consiguió devolverme la esperanza.

—Ha perdido usted los dientes... su...

—Esta oreja de aquí, lo sé —dijo R. Felman tocándose lo poco que le quedaba de una de ellas—. Tendré que dejarme el pelo más largo. Otra cosa son los dientes, los echo en falta, sobre todo cuando me río —dijo para poner una pincelada de humor negro al momento y que el chico dejara de sentirse culpable.

—¿Vive usted en algún sitio? —preguntó el joven interesado—. Lo digo porque sus ropas no son... no están... ¡Vamos! que usted no es usted.

—Sí, no están bien lo sé, pero debes tener en cuenta que no están del todo mal para cubrir el cuerpo de un resucitado y vivir en la calle no ayuda mucho a mejorar el aspecto de una persona a la que han disparado por la espalda.

—No se hable más, mi apartamento es suyo —dijo Louis sacando las llaves y entregándoselas a R. Felman.

—Bueno muchacho, tampoco hay que precipitarse, si no te importa lo podemos compartir hasta que pueda salir de la ciudad —dijo devolviendo las llaves al chico.

—¿Dónde quiere ir? —preguntó Louis interesado.

—No sé: América, Australia... quizá a Nueva Zelanda. Tengo que pensarlo. Lo que sí tengo claro es que debo poner un océano entre los que me persiguen y yo.

Louis hizo una seña a Armand para pagar la cuenta, después de liquidarla añadió una buena propina e invitó a R. Felman a que le siguiera.

—¿Dónde vamos muchacho?

—¡Vamos de compras! Tenemos que mejorar ese aspecto

—Caminemos entonces un poco. Me sentará bien recordar que aquí se fraguaron los derechos del hombre y los principios de libertad igualdad y fraternidad, principios que al parecer han olvidado los miembros de la Sociedad a la que he pertenecido.

Salieron a la calle para confundirse con la gente que revoloteaba camino de la catedral de Notre Dame situada en la pequeña Isla de la Cité y rodeada por las aguas del río Sena. R. Felman se detuvo al ver su imagen reflejada en el cristal del escaparate de una librería y miró a Louis que se había detenido unos metros por delante.

—¿Me llevará con usted? —preguntó Louis temiendo una respuesta negativa.

Caminó hacia él y tomándole por el hombro le invitó a caminar a su lado diciendo con una voz que al chico le recordó la película de Humphrey Bogart:

—Louis, I think this is the beginning of a beautiful friendship.

—Yo también «creo que este será el principio de una gran amistad» —contestó alegremente el muchacho.

—¿Sabes inglés? —preguntó R. Felman sorprendido.

—No, pero también he visto “Casablanca”.

Salvando las distancias entre el «iluminati» R. Felman y Federico García Lorca hubo un cierto paralelismo. Ambos pertenecieron a una «sociedad secreta», o «discreta», en el caso del poeta granadino, que fue presentado en la logia masónica Alhambra con el nombre de Homero. Sin embargo, Federico nunca estuvo cerca de una idea política y mucho menos de un partido. Según su palabras era del partido de los pobres, muy cómodo y poco comprometido. Los comunistas nunca consiguieron atraerle, a pesar de que Rafael Alberti y Pablo Neruda lo intentaron hasta la extenuación.

No es cierto que fue perseguido por sus ideas políticas, andaba tanto con comunistas estalinistas como con fascistas nacionalistas. Era amigo del fundador de la Falange José Antonio Primo de Rivera.

«José Antonio y yo nos veíamos a menudo. Cenábamos los viernes y paseábamos en su coche con las cortinillas echadas. A ninguno de los dos nos convenía que la gente nos viera juntos»

R. Felman y F. García Lorca fueron señalados como pervertidos y homosexuales, fuera de lugar en ambos casos. Es cierto que García Lorca era homosexual, pero no fue perseguido y asesinado por ello. La mayoría de los poetas de la generación del 27 fueron homosexuales y murieron en la cama de viejecitos.

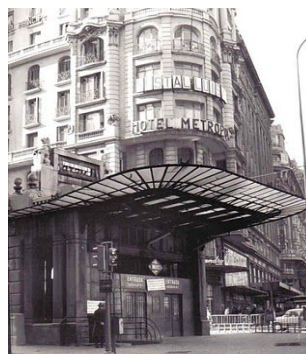
A los dos les dispararon por la espalda y ambos cuerpos desaparecieron. Nadie sabe dónde están enterrados.

El motivo por el que García Lorca fue asesinado es un misterio. Sus primos se escandalizaron al leer su obra de teatro «La casa de Bernarda Alba», donde Federico se burlaba de la familia de su padre. Su primo carnal fue quien entró en el bar de la plaza del pueblo pregonado de haber matado a Federico García Lorca:

«Le he pegado dos tiros en el culo a ese maricón»

Cuando Franco pidió que se abriera una investigación para buscar los motivos, culpables y donde estaba el cuerpo enterrado nadie sabía nada de nada. La muerte de Federico García Lorca sigue siendo un misterio.

“Ay qué pena Federico. Te marchaste de Madrid por el miedo que te daba.
Le diste la espalda al viento, para morir en Granada”



Capítulo VI

Nadie es perfecto, sólo él lo es ¿Acaso tú eres Nadie?

El Barrio Obrero era más que un puñado de calles empinadas arrugadas y sarmentosas como las manos de los se rompían la espalda cortando ladrillos en el tejear que había en la gran explanada donde hoy se encuentra el polideportivo del Barrio de la Concepción. Hombres y mujeres cubiertos con viejos sombreros de paja y ropas que algún día fueron de color manejaban con asombrosa destreza dos cuchillos, uno en cada mano, cortando a lo largo y a lo ancho lo que el molde de madera había dejado sobre el suelo seco que devolvía enfurecido un calor tórrido que abrasaba las entrañas de los que allí obraban el milagro de convertir la arcilla en ladrillos recochos.

En aquel enorme solar el sol castigaba duramente a los pobres desheredados que sorbían su propio sudor como un proceso natural, como parte de la rutina de aquel desgraciado trabajo. Los toscos ladrillos se cocían a fuego lento en los rejales como se cocían los cuerpos enjutos que dejaban allí su sangre y arruinaban su espíritu a cambio de unas monedas que para poco llegaban.

García y unos amigos del barrio miraban extasiados la puesta en escena de aquellos esclavos del siglo XX dejando colgar sus piernas sentados en el borde del terraplén desde donde se dominaba la vista de lo que pronto sería un enjambre de viviendas sociales y calles con nombre de virgen.

«Si cuando sea mayor tengo que trabajar así, prefiero no crecer»

Así se manifestó uno de los chicos y su deseo se cumplió, Manolito creció tan poco que no dio la talla mínima requerida para ser reclutado por el invicto ejército del Generalísimo Franco, ni la talla mínima en todos los aspectos para que una mujer le tuviera en cuenta. El insignificante Manolito y el autoerotismo se convirtieron entonces en una indisoluble pareja.

La gente del barrio obrero estaba lejos de percibir los avances de la ciencia, el fin de la esclavitud de la clase trabajadora y la liberación de la mujer, conceptos progresistas y reservados para países de economías avanzadas que no habían sufrido el genocidio y el etnocidio de una guerra civil sin sentido. El apelativo de «obrero» se lo habían colgado sin que nadie lo solicitara, ni mucho menos en el reparto de clases.

Seamos sinceros ¿Quien pide a voz en grito ser un pobre obrero...? bueno, los progresistas de la izquierda revolucionaria sí, pero no es más que una postura de cara a la galería, todo fachada, nadie en su sano juicio siente eso de verdad.

En aquellas calles engalanadas por la sombra de las moreras vivían... unos mejor que otros... gentes de oficio o incómodos «rojos» que protestaban y luchaban por sus escasos derechos poniendo a Rusia como ejemplo de sociedad perfecta, obreros que hablaban de filosofía marxista sin ni siquiera saber quién era Máximo Gorki.

Esos rojos habían construido sus casas en lo que ellos pensaban que eran tierras libres, sin dueño, así que aplicaron el dicho «lo que hay en España es de los españoles» y se apropiaban de los terrenos sin un mal papel legal que les respaldara ante la Ley.

También los hubo que fueron engañados por falsos propietarios surgidos durante la Guerra Civil que entregaban contratos de compraventa ilegales, sin registrar. En ningún caso los contratos se legalizaban en el Registro de la Propiedad, según los engañabobos porque de esa forma no se pagaban impuestos al desconocer el Estado su existencia y esos contratos tenían la desventaja de no valer ni el precio del papel en los que habían sido escritos.

Eran casas con un patio trasero y un porche o pequeño jardín en su parte delantera.

No eran altas, una planta o dos a lo sumo, menos la Casa Grande que era lo más parecido a un monstruoso cuartel de artillería lleno de puertas y galerías. También había alguna que sobresalía de las demás, construidas por los espabilados que pensaban que era mejor tener obreros, que serlo. Sólo estas casas, y pocas más, tenían agua corriente en su interior, el resto debía servirse de la fuente comunal instalada por el ayuntamiento para salir del paso en espera de mejores tiempos, o que los vecinos pagaran de una vez los impuestos. Hablando de impuestos los obreros se hacían los «suecos».

Lo peor era la red sanitaria, deteriorada por los bombardeos y en muchos casos inexistente. Los habitantes de este segundo supuesto estaban obligados a valerse de la pared trasera de su casa, usar los accidentes en el relieve del terreno o buscar un ambiente más bucólico amparándose en los descampados para evacuar el organismo de residuos digeridos... o sea, para mear y cagar hablando en plata.

La intimidad es un derecho fundamental difícil de observar por las personas sin medios para mantener sus actos personales fuera de la vista, ponerse en cucullas como una gallina ponedora se considera una postura antiestética para un hombre y de pésimo gusto para una mujer que puede pasar un mal trago si es sorprendida haciendo aguas menores o mayores... con el aditivo de algún que otro pedo.

En el centro del barrio había un colmado que servía como tienda de comestibles y taberna propiedad de un hombre pequeño de estatura y cara de judío al que todo el mundo le debía dinero porque era un mago manejando los números ¡Nadie conseguía ver su cuenta a cero!

Junto a la puerta de la tienda de ultramarinos hacía guardia una cuba grande que los parroquianos usaban como mesa improvisada para dejar sus gruesos vasos de vino y los chicos del barrio como traga chapas, porque se entretenían acertando a meter desde una raya chapas de refrescos por el agujero que la cuba tenía en su oronda tripa. Junto a ella en una barrica redonda de madera, se secaban aún más los arenques que comprimidos lanzaban como reclamo destellos plateados desde su vientre a los ojos de la parroquia de la tienda del señor Mariano, como era conocida por todos.

Bajo los salados arenques —salados porque los arenques son salados, no porque sean simpáticos—, una tapa redonda y pesada de granito basto cubría el pozo negro donde quedaban las materias orgánicas descompuestas y ricas en nitrógeno que depositaban en el retrete los clientes y vecinos del colmado.

Regularmente este pozo negro custodiado por la cuba y la caja de arenques había que vaciarlo y para ello se utilizaba un camión marca 3HC traído por los rusos durante el trueque del oro y las divisas del banco de España por chatarra bélica bolchevique que Stalin enviaba a los republicanos para que le ganaran la guerra a Franco. Una guerra que estaba perdida de antemano porque el Generalísimo de Todos los Ejércitos y Caudillo de España por la Gracia de Dios tenía mejores aliados que el egoísta aliado de los republicanos que había que pagarle con divisas y oro en lingotes.

Era un camión muy feo y sin líneas al que le habían adaptado una pesada cisterna metálica redonda de color gris. Los vecinos muy dados a poner motes le llamaban el camión de la mierda... rotundo y con pocas posibilidades de duda en cuanto a su función.

Los encargados de tan singular diligencia motorizada eran dos hermanos. El más joven era un sordomudo de pelo rojo y cara muy pecosa, las pecas resultaban muy prácticas porque disimulaban las inevitables salpicaduras de mierda que recibía el pocero en la cara al meter y sacar los tubos que llenaban el nauseabundo aljibe.

Mientras se vaciaba el pozo el tendero preparara a los poceros un tentempié que devoraban sentados sobre un pellejo lleno de vino. Una cuba servía de mesa para dejar una fuente de porcelana con un revuelto de tomate, aceitunas negras, arenques, unas briznas de bacalao salado y guindillas de las que pican como el demonio.

Este singular desayuno de media mañana lo acompañaban los hermanos con una hogaza de pan de pobre y varios chorros de vino a pitorro de un porrón de cristal que enseguida quedaba impreso por las huellas de los poceros que no se lavaban las manos nada más que los domingos. Aseguraban que lavarse mucho era cosa de burgueses.

Quieras o no ser sordomudo es una ventaja para ser pocero porque no escuchas los comentarios sobre tu olor corporal y te ahorras tener que contar que el contenido de los aljibes que vaciaban los pozos negros de Madrid terminaba derramándose en las huertas de los alrededores de la ciudad para que sirvieran de abono orgánico, difícil de separar en origen, pero muy efectivo al ser utilizado directamente sin más procesamiento.

Resulta que como los rusos se habían quedado con las divisas del Banco de España, porque Stalin se negaba rotundamente a devolverle nada a Franco ni a los burgueses españoles que no le saludaban con el puño en alto, no había dinero extranjero para comprar el inorgánico nitrato de Chile, fabricado precisamente en Chile con medios industriales. Estos abonos nitrogenados hechos a partir de combustibles fósiles daban menos asco que los que se obtenían partiendo de la mierda humana, pero los huertanos tenían que alimentar sus tomates y poco les importaba regar su producción a base de zurullos de la clase humilde, siempre cabía la esperanza de que algún tomate de esos acabara en la mesa de un burgués opresor de la clase trabajadora.

En el barrio aparte de las moreras había algarrobos y una higuera junto a la casa de García que su abuelo había trasplantado aprovechando el socavón que había dejado una bomba tirada desde un Junkers Ju 52 alemán. Esta higuera era un símbolo para sus habitantes porque cuando algún vecino daba un mordisco a uno de sus morados higos pensaba que era el testículo del piloto que había tirado la bomba sobre su casa con la intención de joderle vivo, único objetivo posible en un barrio sin defensa y sin soldados.

Una muestra bien cercana era un alargado proyectil de cañón de gran calibre que había atravesado limpiamente la pared sur de ««a Nave donde unos años después nació García y se empotró sin producir ningún daño material o físico en la pared opuesta del salón comedor de la casa de sus abuelos. Nadie se explica cómo ocurrió aquello, ni porqué la bala no reventó produciendo una tragedia. El malnacido obús quedó empotrado en la pared mostrando su siniestro trasero que amenazaba a diario a la familia con una traicionera explosión retardada.

Con el tiempo a la bala de cañón se le perdió el respeto, se hizo de la familia, todos la saludaban al entrar y el abuelo de García la utilizaba como perchero para colgar el sombrero... que terminada la guerra ocupó de nuevo el sitio de la boina.

«La nave» era un sitio muy especial. Cuando se produjo el conflicto militar que llevó a España a la Guerra Civil la familia García se trasladó del centro del conflicto hacia un área más segura. La intención del ejército alemán para participar en nuestra guerra fue la de probar su poderosa aviación en una guerra convencional y reparar los defectos de sus armas de cara a la preparación de la ofensiva mundial que Hitler estaba preparando. Los combates que se empezaron a librar en el cielo de Madrid a partir del mes de agosto de 1936 aconsejaron a don Jesús a trasladar a su familia a una zona más templada con menos objetivos militares entre la población civil.

Transformó entonces «la nave» una sencilla edificación construida en principio como taller de artesanía y posteriormente reconvertida como almacén para su negocio de compra venta de cuadros y muebles antiguos. La vivienda preparada con la idea de que fuera provisional mientras duraba la guerra convirtió este nuevo estilo de vida carente de lujo en algo demasiado atractivo para dejarlo de lado y volver al ambiente estirado más cercano al Barrio de Salamanca.

“«La nave» fue quizá el primer loft que hubo Madrid, después esos grandes espacios de estilo minimalista se vieron en 1950 en Tribeca, Soho y Barrio Oeste de Nueva York.

Quien estuvo más involucrado en la preparación y acondicionamiento de «la nave» fue Alfonso, el hijo mayor de don Jesús, tío carnal de García y administrador de hacienda y negocios de la familia. Al principio tuvo la intención de construir un refugio contra los posibles bombardeos de los JU 52 alemanes sobre Madrid, pero no hizo falta. Los acontecimientos se precipitaron y fueron los asaltos de las milicias revolucionarias incontroladas del Frente Popular las que hacían más daño. Construyó entonces una cámara secreta de difícil localización, el escondite perfecto para desaparecer durante las peligrosas visitas de los que venían a «limpiar» las casas en nombre de la República.

Aprovechó la ubicación escondida de este habitáculo para dotarle de unos nichos arcanos donde ocultó las reservas financieras de la familia: dinero republicano, pagarés, algunos valores de empresas que desafortunadamente desaparecieron durante la guerra y un paquete de acciones de Telefónica que la ITT norteamericana había comprado al gobierno de España en 1924.

Alfonso, predestinado por nombre a ser monárquico, fue durante la guerra un ferviente defensor del nacionalismo extremo del Generalísimo Franco.

Personaje de carácter duro, introvertido y amargado por su frustrante cojera, no dijo en que lugar había escondido los bienes de la familia para que nadie tuviera la tentación de entregarlo bajo presión o amenaza de muerte. Cuando Alfonso murió, al poco de terminar la guerra, se llevó con él el secreto no compartido. Nadie supo entonces donde estaban los valores y el dinero republicano que debía haber sido cambiado o entregado al nuevo gobierno de Franco y nadie lo supo hasta que veinte años después la piqueta de los obreros del ayuntamiento dejó al descubierto el tesoro de papel inservible.

El comportamiento irracional del nacionalista gestor de la familia pudo estar motivado porque no confiaba plenamente en el resultado de la Cruzada; o no le gustó las medidas tomadas por el gobierno franquista que declaró ilegal el dinero republicano y ordenó incautarlo por la necesidad de fondos para financiar la guerra.

El dinero de la República seguía siendo legal en los mercados internacionales, no así el de Franco al no estar reconocido su gobierno por ningún estado. Billetes y valores republicanos podían cambiarse por divisas fuera de España. Franco ordenó además inyectar todo el dinero posible en los mercados para que el papel moneda republicano se resintiera y dañara gravemente el poder adquisitivo de la República.

También es posible que no aprobara que una parte del dinero republicano incautado fuera desviado a la zona roja para pagar las quintas columnas de Barcelona y Madrid, además de ser utilizado para organizar boicots, sabotajes y crear una inflación creciente que ahogara aún más al país.

El caso es que por una o por otra causa, el dinero y los valores no fueron cambiados o entregados a su debido tiempo, después fue demasiado tarde porque el gobierno de Franco arrestaba y condenaba por contrabandistas a los poseedores de títulos, valores y dinero republicano.

Sin embargo, Alfonso estuvo muy acertado en aconsejar a su padre el traslado de la residencia familiar, porque entre los bombardeos y combates aéreos de la aviación republicana contra los aliados de Franco, y la carga contra la resistencia popular, la casa familiar de dos plantas quedó reducida a escombros y un solar difícilmente recuperable.

Pronto «la nave» se convirtió en un lugar sencillo y cómodo para ser habitado por la familia, que se acostumbró enseguida a la estructura social de aquel ambiente menos estirado. Además, doña Carmen, la abuela de García, tuvo la oportunidad de tener su deseado jardín donde cuidaba las plantas que utilizaba para preparar los remedios de su botica particular, y don Jesús el invernadero donde cultivaba algunas plantas exóticas y un tabaco de excelente calidad.

Más abajo el establo para los animales domésticos, la cuadra para las bestias de tiro, y un apartado especial para el caballo, que era el jerarca de la cuadra.

Inmediatamente después había una nave diáfana construida sin paredes ni columnas con ladrillo tosco y tejas planas que se utilizaba para encerrar los carros tipo volquete que se usaban para administrar materiales a la construcción y que eran muy útiles en aquel tiempo que no había combustible. Aparte también había un amplio garaje con un par de camiones inservibles por falta de repuestos difíciles de conseguir para un país que sufría las consecuencias del aislamiento internacional, que no veía con buenos ojos la pervivencia de un régimen fascista en Europa.

Cerca de la casa había un pequeño taller de guarnicioneros, donde Benito y Gregorio trabajaban en cueros. Me explico, trabajaban artesanalmente con pieles curtidas. Su taller era una pequeña casa con jardín y un par de árboles que abrazaban amablemente las ventanas pintadas de color añil.

Benito empleador y patrono de la microempresa era el gallo negro, aunque él lo ignoraba, el miedo creó una sociedad de españoles pasivos, conformistas y sumisos a la autoridad que le proporcionaba al régimen franquista una forma barata y eficaz de represión.

«Cuando canta el gallo negro, es que ya se acaba el día. Si cantara el gallo rojo ¡Otro gallo cantaría!» Chicho Sánchez Ferlosio

Gregorio no tenía duda sobre el color de su plumaje, rojo como el vino del ludismo inglés que desprecia el maquinismo en contra del artesano y su capacidad creativa. Sumergido en una labor minuciosa y paciente Gregorio trabajaba con las técnicas tradicionales que aseguraban su sello y estilo personal en lo que mejor sabía hacer, carteras. Carteras para los ministros franquistas... como paradoja también la del Ministro sin Cartera.

Allí pasaba muchas horas el avisado García puliendo los cantos a los curtidos que Benito cortaba diestramente utilizando sus gastados patrones y los utensilios de corte afilados con tal destreza que eran capaces de cortar un pelo en el aire. También el pequeño García era el encargado de dar cera virgen a los hilos de colores que usaba Gregorio para coser a mano los materiales y participando en lo más importante, el toque final que daban los maestros artesanos estampando el nuevo escudo nacional franquista con el águila de San Juan y el lema «Una Grande y Libre» sobre la piel.

Los nuevos pedidos presagiaban marejadas ministeriales promovidas desde el pequeño escritorio que el Caudillo tenía en su despacho de El Pardo, una mesa pequeña e insignificante desde la cual ejercía la facultad de su poder supremo permitiendo mantener la conciencia de clase y recobrar las viejas prerrogativas que el revanchismo republicano había delimitado a los grupos de poder.

«¿Por qué un rico puede tener pistola y un pobre no? —preguntó Gregorio a su patrón».

«Porque un rico con pistola es un hombre precavido y un pobre con pistola es un delincuente —contestó Benito categórico».

La ventana del taller era para García el lugar apropiado para contemplar el pequeño mundo que le rodeaba. Los elementos de simetría de los cristales eran como espejos cóncavos y convexos que deformaban la realidad de la sociedad que había sobrevivido a una guerra insensata. Frente al taller había una casa de una sola planta con un enorme roble en la parte trasera y un porche delantero donde se las vecinas a practicar el deporte nacional de la clase baja. Los ricos hablan de cosas, los pobres de personas.

La titularidad para habitar la casa la tuvo una tal Jesusa, mujer de escurridas formas que empeoraron con la edad las privaciones por la falta de marido. Su cara era lo más parecido a una pasa gigante, o uva gorda desecada. Llevaba años sin visitar al dentista, su boca era una sensación de vacío que provocaba angustia.

Tenía la barriobajera costumbre de llamar a gritos a sus hijos enalteciendo su aparato urinario y copulador. Según ella estaban hechos de oro puro de 24k. Para su hija Carmen reservaba otra loa no menos exagerada sobre las perlas que producía el molusco que tenía entre pierna y pierna.

Su marido o pareja responsable de la fecundación de aquellas alhajas sin precio pertenecía a la nómina de los desaparecidos que huyeron de la represión contra los desafectos al espíritu del 18 de julio de 1936. Podía estar muerto, perdido en un campo de concentración, consumiéndose en la cárcel o pertenecía al grupo de «vivos» que aprovecharon la represión para desembarazarse de lo que para él no era ningún tesoro.

Carmen se había ganado a pulso el sobrenombre de «risitas» por su forma frívola e inmadura de ver la vida. Félix observaba los comportamientos parafilicos de la sociedad para jactarse de su conocimiento y llevar a la práctica algunos. Con la auto pederastia no consiguió resultados inmediatos por su excesiva dificultad, precisó de muchas horas de ejercicio y entrenamiento para darse por el culo el mismo.

Por último, el mejor de la familia, Ángel... el tonto del barrio:

“Y allí sentado en el porche, con su cara iluminada, me dijo que dejaría de ser niño cuando ser hombre no le asustara. Tenía cara de ángel y de ángel la mirada”

Ángel se sentaba en el porche de su casa con un cuento que le dejó su padre antes de salir huyendo de las represalias del ejército del Frente Nacional. Si volvía quería decirle que ya sabía leer. Sólo unas líneas que el joven García le leía a menudo y las había memorizado. Se pasaba las horas muertas mirando el camino por donde vio marchar a su padre, cuando los promotores inmobiliarios le echaron de su casa y le llevaron a una colmena de viviendas sociales perdió la referencia del camino y murió de tristeza.

Después de famoso «cautivo y desarmado el ejército rojo...» parecía que ahí se terminaba todo, pero no fue así, empezó el proceso de depuración de los sometidos.

Con la frase lapidaria «No hay presos españoles en Alemania» Ramón Serrano Suñer, presidente de la Junta Política de Falange, ministro de Asuntos Exteriores y cuñado de Franco, condenó al no regreso a 7.200 españoles entre prisioneros de guerra del Frente Popular y presos republicanos.

Mauthausen-Gusen fue un duro campo de Grado III para los enemigos políticos del Reich y sus aliados Franco y Mussolini. Allí no hubo presos políticos, huyeron de España al ver que no era posible detener el avance de Franco y su ejército, abandonando a los camaradas que utilizaron para llegar al poder.

Entre los cinco mil muertos que aseguran los supervivientes de la cantera de granito de Mauthausen podrían estar los maridos de las que se vieron obligadas a convertir en matriarcado la parte más desposeída del barrio donde nació García.

Durante la posguerra el Gobierno franquista creó la Magistratura del Trabajo que regulaba la jornada laboral y el descanso de la clase trabajadora menos favorecida. Aunque no fue hasta el 14 de diciembre de 1955 —dieciséis años después de la victoria de Franco y sus aliados—, que las Naciones Unidas reconociera por fin al antisemita gobierno franquista y la mujer española volviera a ser de nuevo occidental. Dejar de lado las ideas socialistas importadas de gobiernos más hacia el oriente permitió que la mujer trabajadora española librara un día a la semana para dedicarlo por entero al sexo; o sea, a lo que más jode: limpiar, lavar, planchar...

También se crearon los Sindicatos Verticales que agrupaban por igual a patronos y obreros, lo que naturalmente imposibilitaba los acuerdos al estar subordinados a las decisiones partidistas del Estado. Las mujeres casadas no tenían acceso al mercado laboral. El Fuero del Trabajo era una de las ocho Leyes Fundamentales impulsadas por la ideología falangista y aceptada por el franquismo. La ley sólo permitía trabajar a las mujeres solteras o viudas. Si se casaban debían firmar su despido voluntario un mes antes de contraer matrimonio.

Después del enlace si la mujer casada quería trabajar, debía esperar dos años y tener la autorización del marido. La autorización era para la esposa, no servía para las parejas de hecho porque esta circunstancia estaba penada por la ley. Convivir de forma análoga a la conyugal sin estar casados se consideraba amancebamiento, mal visto por la sociedad franquista y pecado para la Iglesia.

El sueldo de la mujer era más bajo que el de los hombres del Movimiento, aunque había muchos partidarios del movimiento que precisamente no se movían para pasar desapercibidos teniendo en la taberna su única razón de ser... o vegetar.

La mujer de la posguerra por su maternidad responsable era más consciente que el hombre de sus obligaciones. Cambiaba trabajo por dinero, aunque la actividad que eligiera no correspondiera con el rol de la mujer española:

«La familia es una jerarquía en la que la mujer está supeditada al varón y los hijos a los padres. La mujer debe satisfacer a su marido, estar guapa para él, complacerle en todo. No tiene derechos, ni opinión, sólo sumisión»

Pilar Primo de Rivera

Pilar Primo de Rivera fue condecorada por sus discursos a favor del Régimen con la máxima distinción militar ¡La preciada Laureada de San Fernando! Fue la hija del dictador Miguel Primo de Rivera con el que Franco obtuvo todos sus ascensos militares y hermana de José Antonio... tercer marqués de Estella y laureado por orden de Franco a título póstumo como lo fue su fama y apoteosis.

En 1941 se creó el Patronato para la Protección de la Mujer, organizado por curas y beatas para atraer a las mujeres de la clase baja hacia Iglesia... ¡Una medida tomada para apartarla de los vicios! Las mujeres de las clases media y alta realizaban su particular servicio en Acción Católica, visitando y asistiendo a los desfavorecidos y a los vencidos de la guerra para hacerles ver lo equivocado de sus ideas marxistas.

El Servicio Social de la Mujer se creó para conseguir mano femenina gratuita en la nueva España de Franco. El Servicio Social era equiparable al Servicio Militar obligatorio para los varones de veintiún años. Las mujeres solteras de edades comprendidas entre los diecisiete y treinta y cinco años debían realizarlo en comedores y hospitales. En la relación de datos personales que presentaba un aspirante a un cargo o puesto de trabajo las mujeres debían poner: Servicio Social cumplido y los hombres libres del Servicio Militar... si no estaban liberados de sus compromisos sociales, no conseguían el trabajo.

Una vez cumplido el Servicio Social la mujer podía trabajar, pero como se insistía tanto en que la mujer debía dedicarse principalmente a las tareas del hogar la mayoría de las mujeres de clase humilde no estaban preparadas para otra cosa que no fuera el servicio doméstico, donde la mujer debía acomodarse como criadas internas o muchachas para todo en las casas de la clase acomodada:

“El para todo incluía a veces soportar los baboseos del señor, el acoso del señorito Borja Mari, y en algunos casos el devaneo de la señora en busca de fantasías que enriquecieran su mortecina vida sexual”

También estaba el colectivo de mujeres estraperlistas, víctimas de la arbitrariedad policial que las llevaba a prisión por vender pan blanco o cualquier otro tipo de primera necesidad en la puerta de los mercados. Quien no era cigarrera, lavandera o modistilla, corría el peligro de ser sospechosas de insubordinación y candidatas a ingresar en las resucitadas galeras de mujeres.

“Franco derogó la Constitución de 1931 obra de un puñado de ignorantes e inspirada en la desconfianza de los diputados del Frente Popular. Despótica, sectaria, irresponsable. Hecha a espaldas de la realidad nacional y con un proceso electoral prostituido que obedecía a teorías sentimientos o intereses de los partidos de la izquierda revolucionaria que negaba los derechos a los ciudadanos que no profesaban con sus ideas. Privadas las mujeres de una constitución que avalara sus derechos las cárceles al servicio de la represión franquista recrudecieron los encarcelamientos. Se derogó lo que la feminista y republicana Victoria Kent había hecho como directora de prisiones y se volvió al oscuro período de los depósitos para reclusas”

La República se tomó muy en serio las reformas de las cárceles en detrimento de otras obras sociales quizá más urgentes. El desconfiado gobierno republicano pensaba que la Revolución Social pretendida por los socialistas con el apoyo de los comunistas y nacionalistas periféricos más tarde o más temprano provocaría un golpe de Estado o levantamiento militar. Se dedicaron entonces a preparar su inmediato futuro.

Victoria Kent durante su mandato había ordenado cerrar los establecimientos penitenciarios tercermundistas donde se hacinaba a las presas. Su obra más emblemática fue construir la Cárcel de Mujeres de las Ventas, en la que no existían las celdas de castigo. Mejoró además la alimentación, permitió la libertad de culto, estableció los permisos por razones familiares y creó el Cuerpo Femenino de Prisiones, evitando con ello el acoso machista de los funcionarios. No así el de las funcionarias con el indicador de orientación sexual poco definido.

No obstante, no fueron todo rositas lo que esta feminista de izquierdas hizo a favor de la mujer, se posicionó claramente en contra del sufragio femenino al considerar que las españolas carecían de preparación social y política para votar con inteligencia y responsabilidad. Durante un debate político en La Cortes le dijo a Clara Campoamor, otra destacada feminista:

«La mujer española está excesivamente influenciada por la iglesia y su voto iría a la derecha conservadora, perjudicando con ello a los partidos de la izquierda progresista»

En la prisión modelo de Las Ventas de Victoria Kent construida para cuatrocientas reclusas el Estado franquista tuvo hasta cuatro mil durante la época de represión. Las presas eran rapadas al cero y se les hacía perder kilos para que su cuerpo ocupaba menos espacio. Los militares las llamaban Eva por haber parido hijos enemigos de España. Se les hacía tragar aceite de ricino que en dosis elevadas causaba parálisis intestinal y algún que otro síndrome crónico que, con el tiempo, las que no fueron fusiladas o murieron en la cárcel alcanzaron a tener serios problemas de salud de los que nunca pudieron librarse.

Con la dictadura la mujer perdió el derecho al voto y el derecho a la igualdad con respecto al hombre. La mujer española pasó a asumir el papel de madre sumisa y esposa como mejor forma para asegurar la paz del hogar. Este nuevo estatus hizo de la conducta desviada de algunos individuos una grave perturbación. El autoritarismo concedido por un Estado sin constitución animaba al varón a desarrollar un carácter y comportamiento machista a la medida de lo que la sociedad le había inculcado de niño.

Este comportamiento se hacía más grave en los círculos de la clase baja, o menos favorecida de la sociedad, donde un pequeño grupo de vagos consentidos hacían su voluntad sin que nadie les pudiera corregir o castigar por sus malas acciones. Dados a la bebida explotaban la superioridad doméstica que les concedía el Estado para trabajar cuando les venía en gana, vivir para ellos y bautizar con nombres esperpénticos imaginarias enfermedades que justificaba la poca disposición para hacer algo que requiere esfuerzo o constituye una obligación. Para ser un repelente padre de familia holgazán no se precisa entrenamiento, sólo hay que pasar todo el día en la taberna bebiéndose el poco dinero que pueda conseguir y observar el código de los borrachos... dejarse invitar.

«¿Qué haces aquí Pichi? —Modo de censurar a los zánganos su conducta—. Anda vete a casa y no fundas todo lo que has ganado, deja algo para la mujer y los hijos ¡hombre!»

«Mal rayo les parta a todos» —Respuesta habitual de los gandules.

Para los que adoptaban la embriaguez como compañera de viaje la vuelta a casa la marcaba el sonido del ondulado cierre metálico de la taberna y los maullidos de los gatos en las esquinas. El borracho salía entonces despidiéndose con un improperio al tabernero que cerraba a esas horas tempranas de la noche. Sus pasos marcaban el abultado bolsillo de la chaqueta donde llevaba una botella de vino a granel y en los ya maltrechos bolsillos de un viejo y zurcido pantalón donde con celo escondía algo de pan y chacina para que ni su mujer ni sus hijos se lo pudieran quitar.

La entrada a casa iba precedida de un fuerte portazo, convenía que la mujer diera por hecho que no estaba dispuesto a escuchar ni consentir reproches. Dejaba la botella de vino sobre la mesa, nadie osaría tocarla y menos beber de ella. Guardaba en sitio seguro el bocadillo comprado en la taberna para dar paso al turno de las amenazas e insultos para intimidar a quien pretendiera preguntar si el patrón le había pagado o no.

Ninguno de los chicos se atrevería a preguntar lo que el padre tomaría como una ofensa ni aventurarse a decir «Papá tengo hambre»... por puro instinto de conservación. Sólo pensaban en el miedo que les producía su padre y la aversión que sentían al verle cantar con el puño en alto La Internacional, sobre todo la parte que puesta en su boca era una falacia:

«¡Arriba parias de la Tierra! ¡En pie famélica legión! Atruen la razón en marcha. Es el fin de la opresión».

Su menosprecio permitía al macho alfa tener a toda la casa como meros objetos inferiores y sometidos a sus excesos. La mujer no se conformaba, dado que llevaba todo el día esperando una pequeña parte del jornal con el que comprar el avío de un humilde puchero. Los insultos y reproches circulaban en una y otra dirección como preludio de los golpes y patadas que llegaban... desde una sola dirección.

La noche podía terminar al fin con el derrame del borracho durante un instante de sexo forzado, o consentido por la víctima para evitar males mayores dejándose hacer mientras maldecía a la izquierda revolucionaria, a la República, a la dictadura, y sobre todo a Franco por no haberle fusilado cuando tuvo ocasión.

No obstante, la mujer agredida tanto por fuera como por dentro se atrevía aún a preguntar por la mañana mientras dejaba en la mesilla un tazón de café de puchero hecho con los posos que tiraban a la basura sus vecinos de mejor posición:

«¿Trabajas hoy?»

«¡Yo! Que trabajen los romanos que tienen el pecho de hojalata» —contestación del resacoso borracho envolviendo sus palabras de maloliente y espesa saliva.

Como los pechos de hojalata dejaron de utilizarse en España con los últimos Concilios de Toledo, las mujeres eran las que debían «pechar» con la responsabilidad de conseguir unas simples patatas, tan sencillas y humildes, tan poco reconocidas que Dios las puso bajo tierra para no verlas.

«No sé para qué pregunto, sé lo que vas a contestar...»

«¿Entonces pa' qué preguntas? Anda mueve el culo y trae algo de dinero»

«¡Dinero! ¿Qué dinero?» —pregunta de la atropellada y atónita mujer.

«Tú y yo vamos a salir un día en El Caso» —respuesta muy adecuada de algunos ejemplares hijos del proletariado.

Salir en El Caso: forma de amenaza a la mujer en los agrios tiempos de la posguerra. Se dejaba entrever que el día podía terminar en tragedia si al hombre se le llevaba la contraria. ¿De qué otra forma podía amenazar un varón, si no era con la muerte? ¡A ningún sicópata se le ocurriría amenazar a su pareja con la inmortalidad!

El Caso era el semanario que daba a conocer a los estamentos de la sociedad los sucesos ocurridos en la España real, no en la España oficial que el régimen quería vender. En este singular periódico especializado en crímenes pasionales era preceptivo publicar sólo un asesinato por semana, ya que el régimen franquista sostenía que publicando más se incentivaba a la población a cometer más delitos... por supuesto las noticias eran versiones edulcoradas y amañadas por la censura.

El perfil de los que degollaban a sus mujeres y compañeras correspondía con los parroquianos de bodega consumidores sin medida del vino peleón para pobres, que atacaba al hígado y a la estabilidad síquica del bebedor de bajo poder adquisitivo. Aparte del crimen semanal El Caso informaba de otras desgracias cotidianas: muertes por atropello, abandonos, ejecuciones ejemplares... además de la sección más leída: ¡«Busque aquí a su padre»!

Según los fieles sostenedores de la dictadura no había nada negativo en la nueva España, todo era positivo porque Franco tenía a Dios de su parte. Para anunciar a los menesterosos esta buena nueva venían las señoritas de Acción Católica como arcángeles de misericordia para revelar que el marxismo es una enfermedad y como tal hay que tratarla. Después de sus pláticas las señoritas de la alta sociedad dejaban misales y sin poder resistir las miradas de súplica de los hambrientos niños vaciaban sus bolsillos a sabiendas que el dinero se lo quedaría el padre.

A veces la terapia de las educadoras implicaba la práctica de los valores propios de un padre, así que con las monedas recibidas ese día los niños irían al cine de sesión continua y él se dejaría el resto en el bar, aunque en esta especial ocasión invitaría a la mujer para que le acompañara y tomarían cerveza de barril y una ración de gambas a la plancha. Comentario de los vecinos al verlos del brazo:

«¡Mírale! luego dicen que es malo. Tiene mal carácter; eso sí, pero no es mal chico. ¡El problema es que la mujer a veces le saca de quicio!»

Por la noche otra paliza para poner de nuevo las cosas en su sitio. Este tipo hombres tan especiales no quieren malos hábitos en su casa.

Franco fue un dictador ignorado y detestado por los países que consideraban que como dictador el Caudillo representaba la opresión y el fascismo. Terminada la Guerra Civil España se vio aislada y sin ayudas externas para iniciar la contrarrevolución que precisaba el país para salir de la ruina en la que había caído tras la Revolución Social anticapitalista de 1936 tan alabada por George Orwell:

«Dependientes y camareros miraban en Barcelona a los clientes cara a cara y les trataban como a un igual, sin servilismos, sin formas ceremoniosas en el lenguaje. Los tratamientos habían desaparecido: ya nadie decía señor, ni don, ni tampoco usted. Todos se trataban de camarada, de tú; y se decía ¡Salud! en lugar de buenos días»

Lo que es determinante para unos no lo es para otros. El gobierno franquista tuvo claro que este no era precisamente el camino para conseguir que la Nación saliera del profundo abismo donde había sido empujada por los que se dedicaron más a delimitar las prerrogativas de los diferentes poderes que a poner en marcha la Revolución Industrial tan necesaria en España.

El forzado aislamiento a la política de los Alzados obligó al gobierno a tomar medidas antipopulares para unos y beneficiosas para otros, sobre todo para la oligarquía que vio cómo eran restituidas las propiedades que el gobierno de la Segunda República había incautado a sus dueños. Se inició entonces una etapa de autarquía económica bajo la base de un corporativismo estatal totalitario y una economía dirigida al estilo del victimista Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes de Adolfo Hitler. El PSOE alemán, según las siglas. Franco no consiguió los mismos resultados que consiguió el Führer en Alemania... pero lo intentó ¡Santiago y cierra España!

La política de orgullosa autosuficiencia puso en marcha el INI: Instituto Nacional de Industria, o holding estatal copiado del IRI del Partido Fascista Republicano dirigido por quien fue el secretario del Partido Socialista Italiano Benito Mussolini. Su primer objetivo fue impulsar y financiar la industria de la guerra para asegurar la riqueza y defensa de la Nación.

Los principios del INI español resultaron desesperanzadores, más bien un fracaso. No obstante, en su parte positiva estas empresas pronto se convirtieron en la mayor corporación industrial de España y en la parte negativa en nidos de orientación política de las juventudes marxistas-leninistas que buscaban la forma de aniquilar a la corrupta sociedad capitalista que infectaba todo lo que tocaba con sus manos deteniendo el progreso y la libertad de la sociedad proletaria.

Como detalle anecdótico en estas empresas públicas cuyo modelo era la eficacia se paraban las máquinas para aplaudir durante varios minutos los crímenes y atentados de la banda terrorista ETA, considerada por los «orientadores políticos» como un frente armado que luchaba por los derechos de los obreros y el fin de la represión fascista... el tiempo demostró porqué y por quien asesinaban estos descerebrados.

Los trabajadores de las empresas del INI disponían de los mejores servicios y las mayores garantías sociales facilitadas en ese momento en los estados occidentales de Europa. La mayoría de los trabajadores no estaban de acuerdo con los discursos de los que pretendían terminar con ellas... pero escuchaban... y se dejaban llevar... por no parecer fascistas.

Tanto las prestaciones sociales como las medidas productivas en estos complejos industriales franquistas devolvieron muchos puestos de trabajo perdidos por la persecución al capitalismo empresarial, un imperialismo burgués y capitalista que atenazaba al proletariado limitando su libertad.

La creación de empleo masivo fue una mala noticia para los enemigos del Régimen franquista que se quedaban en una situación apurada por lo frágiles que resultaban ahora sus ideas ante la sociedad obrera a la que querían representar, y sobre todo lo débil que resultaba ahora su discurso para la clase trabajadora a la que había que manipular.

La izquierda le añadió entonces al discurso la opresión que sufrían los obreros por el capitalismo burgués. Se trataba de que los siguieran y otros escucharan y aplaudieran embobados para pasar desapercibidos y no parecer fascistas.

Los insatisfechos volvieron a incitar a sus bases para ralentizar el progreso y aumentar el descontento popular hacia los que pensaban que las formas ceremoniosas en el leguaje ayudan más que estorban al desarrollo de un país... pensamiento totalmente en contra a los del brigadista antifascista George Orwell.

La reactivación del empleo, con una mayor actividad tras el proceso de recesión y las ayudas estatales para la industria y el sector agrario cayó como una losa sobre los que utilizaban el paro para justificar su inactividad y falta de ganas ¡Tenían que trabajar! y eso más que una mala noticia ¡Era una terrible tragedia!

Fueron muchos los que trasladaron sus protestas proletarias a la taberna desde donde podían continuar con su particular lucha entorpeciendo con su inactividad los objetivos empresariales de la derecha burguesa y conservadora que se enriquecía con el producto de su trabajo.

Dejando aparte a estos ejemplares de sainete en el Madrid de la posguerra florecieron ocupaciones tan poco convencionales como la de aguador y capador de cerdos a domicilio, trabajo muy lucrativo porque además del importe de la operación al castrador le correspondía llevarse los cojones del cerdo que servían de cena para la familia. Había teleros de ventas a largo plazo, afiladores y los cerrajeros, paragüeros lañadores y cristaleros. Cuatro oficios en uno.

Vendedores de algarrobas, majuelas, paloduz o regaliz, piperos, cigarreras y los colilleros que rastreaban las calles en busca de colillas que podían reciclarse y convertirse en cigarrillos de segunda mano, que más daba si la colilla baboseada la había tirado alguien que sufría de alguna infección bacteriana contagiosa.

Obreros que no tuvieron la fortuna de conseguir un puesto de trabajo en las empresas creadas por el estado omnímodo que dirigía los destinos de España... tampoco entonces se insistía mucho... por no parecer fascistas.

Los buscadores de oro que tenían sus reuniones gremiales en tascas y cantinas. Estos mineros urbanos no bajaban con casco y candil a extraer oro de las minas por dos obvias razones: en Madrid nunca hubo oro y el poco que hubo en España se lo llevaron los romanos dejando a cambio el latín para que los españoles dijeran con solemnidad: *currículum vitae*, *hábeas corpus*... y *coitus interruptus*.

Stalin se llevó otra parte, en este caso ya procesado y convertido en lingotes.

La veta o filón de estos buscadores de metales preciosos se encontraba en las salidas canalizadas de las alcantarillas. El trabajo consistía en filtrar las aguas residuales que provenían de los barrios acomodados donde vivía la alta sociedad y estaban los hoteles y restaurantes de lujo, porque entre los restos apestosos aparecían: anillos, monedas, medallas... y dientes de oro. La forma de encontrar el oro era asquerosa, pero muy lucrativa por lo elevado de la cantidad que había que pagar por conseguir la cesión de una buena y caudalosa alcantarilla para su explotación.

Mención aparte tenían los llamados traperos: apelativo despectivo empleado para designar la ocupación de los que retiraban la basura y los desperdicios originados por la gente de buena posición... a los débiles de bolsillo no hacía falta retirarles nada porque se comían hasta las mondas.

Para este menester los recuperadores usaban carros tirados por mulas y borricos consumidores de paja, no de gasolina, cara y difícil de conseguir. Los recuperadores lo eran por vocación y tradición familiar. El negocio de retirar basuras y desperdicios no daba para ser empresario con mano de obra externa, pero sí para aceptar rebuscadores voluntarios que por un cubo de carbonilla o carbón quemado como pago y permitir que se comieran los restos de comida que encontraran en la basura trabajaban a diario en esta ocupación poco recomendable para estómagos escrupulosos. Los rebuscadores se comían parte de los residuos reservados para los cerdos, así que los cerdos estaban indignadísimos.

Durante la posguerra valía todo si se podía masticar y digerir. Los madrileños recibieron el hambre como castigo ejemplar por no haberse implicado al instante con el Alzamiento militar y haberse mantenido como zona roja hasta el final de la guerra que terminó con otro golpe de Estado: el de los socialistas dispuestos a terminar la guerra y los comunistas dispuestos a resistir hasta el final.

La falta de recursos hizo que los burros empezaran a desaparecer sospechosamente porque la carne escabechada de los asnos jóvenes daba el pego... pasaba por ternera.

Los barrios pobres se convirtieron en un feudo de moscas y hematófagos mosquitos porque los madrileños se empeñaron en comerse los pájaros, que eran sus depredadores. En bares y escaparates se exhibían montones de pájaros fritos para el tapeo, servidos con caracoles y como tropezones de la paella. La carne era un privilegio reservado para los dichosos. El resto de la sociedad debía conformarse con la casquería que nos dejó a los madrileños la cultura de los romanos, sus cocineros convirtieron los despojos en platos tradicionales que llegaron incluso a crear adicción.

En los hogares con pocos recursos se abusó de la ingesta de otro plato típico de la clase humilde: las traicioneras gachas. La base de esta papilla salada adornada con tropezones de panceta de cerdo era la harina de almortas que es tóxica si se consume de forma frecuente y continuada, que era el caso de los que no tenía para comer otra cosa.

“El Latirismo es la intoxicación crónica por la acumulación de neurotoxinas en el sistema nervioso. Terminada la guerra fue el quinto jinete del Apocalipsis entre los menesterosos; eso sí, también hubo parapléjicos entre los pudientes que comían gachas por hacer la gracia”

La ingesta de determinadas especies poco aptas para el estómago y la conciencia del ser humano tenían en la caza y el guisado de gato su buque insignia. «Si eres cabrito, mantente frito. Si eres gato, salta del plato»

Durante la época de hambruna los gatos no se dejaban ver a la luz del día, sobre todo en presencia de gente sospechosamente delgada. Otra cosa era la noche, su agilidad, olfato, oído, y excelente visión nocturna, les permitía saltar de corrala en corrala en busca de trofeos de caza que mostrar a sus dueños y buscar aventuras relacionadas con la continuidad de su especie. Estas incursiones nocturnas les convertían en cazadores cazados y víctimas de la muerte más horrible antes de ser cocinados y servidos a la mesa ¿Qué cómo morían los gatos en el arrabal? La mayoría perseguidos y lapidados por los gamberros que no tenían a mano ningún otro instrumento de diversión.

Sin embargo, este salvaje sacrificio no servía si el felino había sido seleccionado en un casting vecinal como protagonista en un plato de estofado. Para tal menester al gato se le daba caza como a cualquier otro felino y se le mataba dentro de un saco quebrándole los huesos con una tabla de lavar.

A los madrileños se les llama «gatos», pero el hipocorístico nada tiene que ver con la distorsionada leyenda urbana sobre que los madrileños se comieron los gatos durante el asedio de Madrid por los cruzados del general Franco... Bueno sí, muchos se vieron obligados, era el gato o ellos, pero dejada atrás la crisis del racionamiento de la posguerra comer gato se consideró tabú para los madrileños.

Son gatos los madrileños de tercera generación. La designación es propiedad de los ciudadanos de Madrid desde finales del siglo XI, porque durante la conquista de la ciudad las tropas cristianas de Alfonso VI treparon como gatos por las murallas árabes del Alcázar... hoy Palacio Real. Precisamente el primero que saltó la muralla para echar cuerdas que ayudaran a trepar a los soldados cristianos era conocido por su apellido o sobrenombre: Gato

Otra leyenda más cercana sitúa a los mártires del 2 de Mayo de 1808 luchando por los tejados con uñas y dientes contra las tropas francesas de Napoleón y otra más romántica sitúa a los chulapos de Madrid saltando de noche de corrala en corrala para hacerle el amor a la mujer de sus sueños, o saltando de tejado en tejado huyendo del padre furioso de la mujer de sus sueños... o del marido de la mujer de sus sueños.

Vivir entre gente humilde es gratificante, siempre que un desalmado no te de gato por liebre, como le ocurrió al pobre García:

«Ocurrió que un amigo me invitó a comer en su casa —contaba García con la sensación de tener aún en la boca la cola y los bigotes de gato—. Cosa poco corriente porque llevar a casa una boca más se consideraba un hecho estúpido digno de una azotaina por parte de la madre y una buena zurra por parte del padre. La razón de tan sorprendente invitación fue que el padre quiso demostrar a mi amigo y a sus hermanas que los que comíamos regularmente bien en casa no hacíamos ascos ante un plato de gato guisado con patatas.

»Caí en la trampa; lo sé, sobre todo porque fui tan educado que comí mi plato de gato exagerando un placer que no sentía y repitiendo cuando el padre me ofreció más. Por educación alabé la calidad de guisado sin fijarme que tanto mi amigo como sus hermanas me miraban recelosos y sorprendidos con sus platos sin empezar.

»Mis problemas de digestión empezaron cuando mi amigo me dio la... grata noticia:

«Te has comido el gato del panadero».

«¿Qué? —dije notando como si el gato tratara de colocarse dentro de mi estómago como lo hace un feto humano dentro de la tripa de su madre.

«Te has comido a Pirracas; bueno tú solo no, tú y sobre todo mi padre»

García estaba preparado para comer y digerir hasta una piedra pómez si era preciso, pero fue incapaz de detener el proceso de digestión del pobre Pirracas, un gato arisco y antipático, pero que no merecía ofrecer su vida para alegrar el sabor de unas humildes patatas, ni menos ofrecer su espinazo para que se lo rompieran con una tabla de lavar.

«Hasta mi perro, Bobby VI —dijo García mirando hacia el suelo con benigna indulgencia—, miraba con recelo mi estómago cuando pasaba cerca de él... estaba claro, notaba la presencia del gato. Aquella desafortunada experiencia me hizo aprender que no hay que comer en casa de un amigo... si su padre es un auténtico cabrón.

Durante unos días García tuvo la rara sensación de sentir a Pirracas arañando sus entrañas, sabía además que ese tragón de gato comía de todo menos hojas de lechuga, por lo tanto podía estar enfermo si se había comido sus trofeos de caza infectados con la toxoplasmosis: enfermedad que resulta peligrosa si se contrae durante el embarazo, puesto que puede provocar malformaciones congénitas en el feto —Obviamente para García esa circunstancia estaba de más, por mucho que sintiera al gato reconstruirse dentro de su estómago como un ave Fénix.

«Después de todo no sé cómo pudimos sobrevivir —narraba García una mañana en la que las nubes tropezaban unas con otras sin llegar a caer—. Nosotros, los que tuvimos que crecer bajo la rígida tutela de la dictadura militar íbamos a la escuela y a jugar nuestros partidos de fútbol a pie o viajando en el tope del tranvía. No nos sentíamos frustrados si papá no venía a vernos jugar al fútbol, ni teníamos por qué sentirnos frustrados si papá no nos hacía de chofer particular para llevarnos a los entrenamientos y a los partidos. Tampoco nos sentíamos frustrados si a nuestra mamá nuestro papá no le compraba un monovolumen enorme y automático para que hiciera los deberes de nuestro papá: llevarnos al colegio, a los entrenamientos, a los partidos, al Taekwondo... nos sentíamos autosuficientes... y éramos felices por serlo.

»No teníamos que estar todo el día controlados con un teléfono móvil, sabíamos que teníamos que volver a casa antes de comer y antes de cenar, y los que su padre trabajaba regularmente, también antes de merendar. El resto del tiempo era nuestro, nadie sabía dónde estábamos ni les importaba. Nadie nos vendía drogas porque no estábamos interesados... ni teníamos dinero para comprarlas.

»Los coches no llevaban cinturón, ni airbag, ni el hermanito pequeño tenía que ir en una silla homologada ¡No sé cómo los niños de la posguerra pudimos sobrevivir!

»Hacíamos explosivos para asustar o presumir delante de las chicas con pastillas de cloruro potásico que vendían en la farmacia para el dolor de garganta, al que añadíamos polvo de carbón y azufre. También enterrábamos en la arena bombas hechas con botes de conserva, agua y carburo de calcio.

»Lucíamos con orgullo nuestras heridas ganadas en dreas y peleas cuerpo a cuerpo con o sin espadas de madera. Ningún chico se dejaba en casa sus armas: la honda y el tirador. Disfrutábamos bajando a gran velocidad y frenando a golpe de suela las empinadas cuestas del barrio con un rústico patín hecho por nosotros mismos con tablas y viejos rodamientos de acero. Sin guantes, casco, rodilleras, coderas, ni mariconadas por el estilo ¡Y sobrevivimos!

»Nos divertíamos de verdad y nunca nos pasaba nada... bueno yo estuve a punto de perder tres dedos haciendo explotar por fricción una sobrecarga de cloruro con azufre, una bomba de carburo casi me vuela la cabeza por apartar a tiempo a una chica demasiado curiosa, me rompí un brazo saltando por un terraplén y una piedra me partió una ceja durante una violenta drea con los chicos gitanos del barrio de San Pascual.

»Aun así los chicos de la posguerra, logramos sobrevivir».

García tenía razón. Los que crecieron vigilados por la dictadura derrochaban creatividad por encima de todo. No tuvieron los juguetes con los que se aburren solemnemente los chicos de hoy porque los consiguen sin esfuerzo. Los chicos de antes, ayudados por el hermano mayor o por los abuelos, se fabricaban sus propios juguetes utilizando las cosas más sencillas que tenían a mano, cosas que en muchos casos producían arañosos y cortes... pero no importaba. Los pintaban con pintura y tintas dudosas que seguramente serían tóxicas... tampoco les importaba.

No había llaves en los armarios de los medicamentos, ni en el de los detergentes, ni seguros en los enchufes, ni protección en la escalera de las camas litera. Aun así, los chicos de la posguerra pudieron sobrevivir.

A ningún chico se le ocurría desplazarse de un lugar a otro sin el aro: hecho con el contrafuerte de un cubo metálico y horquilla o guía de varilla de hierro. Jugaban horas y horas con el peón, el chito y el tacón. Con rulos hechos con alambre y botes de leche en polvo, con trenes de un trozo de cuerda y varias latas de sardinas. Con walkie-talkies hechos con dos botes, un par de clavos y bramante untado de cera, cuanto más largo mejor. Con este sencillo artilugio que, hacía las veces de transmisor y receptor, se jugaba a los espías y se decía a las chicas las palabras que tanto cuesta decir a corta distancia.

Los había que en un alarde de terrorismo infantil juntaban sus frascos de explosivo para poner líneas de cloruro y azufre en el carril del tranvía ¿Resultado? Explosiones en cadena obtenidas por la fricción de las ruedas en la vía férrea. Las niñas gritaban, las mayores se asustaban, el conductor de tranvía maldecía y el resto les odiaban.

En realidad, el rey de los juegos era el fútbol para los chicos y los alfileres de colores, la goma, el truco y la cuerda para las chicas... también para los niños que aún no se habían decidido a que grupo pertenecer. En el caso de las niñas era enternecedor ver como saltaban la comba sujetando con las manos el vuelo de la falda o el vestido para ocultar a los mirones el color de sus bragas. A las chicas les preocupaba entonces. Todos se juntaban para jugar a cualquier cosa que fuera divertido, sólo les hacía falta lo que podían derrochar a manos llenas: ilusión y ganas de jugar.

Las chicas, obsesionadas con su misión de madres y amas de casa desde su más tierna infancia, preferían los juegos formativos: jugar a los papás y a las mamás, preparar comidas para sus muñecas y las más atrevidas e independientes a médicos y enfermeras... donde los chicos tenían la oportunidad de descubrir lo que guardaban tan celosamente las chicas debajo del babi.

Aquellos juegos infantiles nada tenían que ver con los códigos de conducta en los colegios de la dictadura: ¡Prietas las filas recias marciales, nuestras escuadras van...!

El objetivo en los institutos de enseñanza públicos era adiestrar a los muchachos con un entrenamiento militar y desarrollar el entendimiento, la obediencia y el amor al Caudillo por encima de todas las cosas. Los maestros impulsaron la actividad física en los colegios, pero las piscinas se llenaron de tierra en los colegios mixtos por expresa orden de la Iglesia, vigía moral de los nuevos españoles. Se trataba impedir que las niñas mostraran descaradamente a los niños lo que podía sacarles de ellos mismos dejándoles caer en los descarados brazos del deseo, un deseo que sólo conduce al desorden y el capricho, la vida, el placer... ¡La libertad!

Los educadores se centraron con gran intensidad en los principios de la camaradería y la formación de los jóvenes pilares llamados a sustentar a la nueva ¡España Grande y Libre de Franco! Impulsar los principios de educación espartana enfocados para crear una conciencia de amor y obediencia a los principios de la Iglesia y el Alzamiento Nacional Sindicalista hasta tal punto que las madres dijeran con orgullo a sus hijos lo que las madres de Esparta dijeron a los suyos viéndolos partir a la guerra: «Vuelve con el escudo o encima de él»

Los objetivos fueron entonces más morales que académicos. Primaba la obligación de asistir a los servicios religiosos y realizar tablas de gimnasia preparadas más para el entrenamiento de los soldados que para niños que asistían a la escuela. Se obligaba a la chiquillería a desfilas como lo hacían las Juventudes Hitlerianas ante los ojos de las niñas que al llegar a mujer debían ser encaminadas a engendrar hijos vigorosos que dieran su vida por Franco y se izaba la bandera mientras los estudiantes separados por clases cantaban brazo en alto el himno nacional que el Caudillo mandó escribir a José María Pemán:

«¡Viva España! Alza el frente hijos del pueblo español, que vuelve a resurgir...»

Por la tarde, a la salida, se arriaba la bandera y de nuevo:

«¡Caballeros, a la de tres la canción!»

Aunque en esta ocasión la preferida era el Cara al Sol de la Falange:

«Cara al sol con la camisa nueva, que tú bordaste en rojo ayer...»

Los cuentos, aulas de teatro y títeres dejaron paso a los continuos interrogatorios sobre la ideología política de la familia, de los amigos de la familia, y de los vecinos más cercanos a la familia:

«Decidme chicos —preguntaban los que tenían el máximo compromiso de rescatar a los muchachos del comunismo e integrarlos en la nueva y prometedora vida social española—: ¿Quién de vuestra familia ha caído por Dios y por España? ¿Qué amigos visitan vuestra casa? ¿Con quién habla vuestra familia y de quién recibe vuestro padre correspondencia?»

Luego el interrogatorio de los curas:

«¿Qué imágenes católicas son veneradas en vuestra familia? ¿Quién de la casa no asiste a los servicios religiosos de la comunidad?»

Del director del instituto:

«¿Qué miembros de la familia se ponen en pie y saludan con el brazo extendido cuando escuchan en la radio el himno nacional?»

Preguntaban qué periódicos se leían en casa, pregunta estúpida porque la prensa que se editaba en España pertenecía al Movimiento Nacional y, por obvias razones, en los barrios obreros no se leía el Financial Times... nadie sabía inglés.

Los destinos pasaban por campañas como la de los obispos españoles empeñados en contra del baile agarrado, mientras las canciones que cantaba el pueblo decían: «Yo soy la otra, la otra, que a nada tiene derecho, porque no tiene un anillo con una fecha por dentro...» que demostraba que la Iglesia y el Estado vivían de espaldas a la realidad.

El lema en las escuelas se tradujo en ¡Una, Nacional y Católica!

La Ley orgánica del 17 de julio de 1945 diseñó la enseñanza donde la juventud debía formarse y crecer bien derechos en una España sin mácula impregnada de amor patrio y de la estricta moral católica que Franco quería para los españoles. El orden, la necesaria sumisión en las aulas, la severa disciplina, el amor a la patria por encima de todo y el temor a Dios. Estos eran los objetivos pedagógicos de los educadores elegidos para construir una ideología nacional y católica y para conseguirlos fue necesario realizar una purga en universidades y colegios del profesorado desafecto a los principios del Movimiento del 18 de Julio. Se dictaron nuevas leyes que censuraban la libertad y se impulsaron hechos en aras de glorificar la figura del Invicto Generalísimo y Caudillo de España por la Gracia de Dios.

Se hizo de la formación del espíritu nacional una materia independiente que se anteponía sobre todo lo demás. Estaba presente en todas las asignaturas, como faro que debía orientar la educación integral de los alumnos. Las raíces de la peculiaridad histórica de la nación española se debían orientar hacia las excelencias de la raza y cuidar del cordón umbilical que Franco, con la Gracia de Dios, había creado para unir los destinos de España con los destinos del Vaticano.

La alegría en el patio de los colegios bajó muchos enteros, había que estar alerta de los comentarios, lo más saludable era decir: «No tengo padre, ha caído por Dios y por España». Con eso los educadores dejaban a los alumnos fuera de los interrogatorios y eran recomendados para ingresar en los colegios nacionales, nunca mixtos y con profesores varones, donde se repartía la ayuda alimenticia americana: leche en polvo, mantequilla y queso amarillo americano.

Los catequistas entregaban a los estudiantes una cartilla donde se comprobaba si el alumno había asistido a los servicios religiosos. No traer la cartilla debidamente sellada era tener que soportar los severos castigos de los duros educadores al servicio de la Iglesia y la dictadura.

«Durante mi primera etapa de colegio —contaba García con más desilusión que nostalgia—, sufrí algunas de las absurdas y rígidas reglas que la Inspección de Primera Enseñanza había diseñado como escenario de las clases en una España en la que el gobierno de la Segunda República había acabado con la enseñanza laica. Se repuso en todas las aulas el crucifijo y la imagen de la Virgen María, junto a los retratos del Caudillo y de José Antonio Primo de Rivera».

»Los alumnos debíamos saludar al entrar en el aula con un tierno: «Ave María Purísima», que sonaba lamentable y el profesor respondía: «Sin pecado concebida» más lamentable aún.

»No debía faltar la bandera en cada aula, era condición indispensable para mantener el fuego patrio en la clase. Problema. El fuego patrio no calienta, así que nos pelábamos de frío en invierno mientras cantábamos el himno nacional sentados en el pupitre.

»Los maestros tenían licencia para fumar en clase y salir de ella con o sin motivos; sin embargo, no les importaba si cualquiera de nosotros se meaba encima. Desde niño tengo mis costumbres y no salgo de casa con asignaturas pendientes, podía permanecer toda la mañana en clase buceando entre las páginas de mi libro enciclopédico de Dalmau Carles Pla sin utilizar el retrete. No así mi amigo y vecino Sandalio, quien por coincidencias del destino se convirtió también en mi hermano de leche».

Breve historia de Sandalio Martín Peinado, mi hermano de leche:

Era un chico de talante introvertido. Su madre tenía problemas con su pecho; esto es, no tenía pecho. La madre de Sandalio mantuvo una buena relación con la lactancia de sus otros hijos mayores durante la época de bonanza económica, cuando a su marido el gobierno de la Segunda República le encargaba trabajos de albañilería, pero ahora en el gobierno estaban los Alzados del Ejército Nacional que se lo tuvieron en cuenta.

El tío Venancio, como era conocido en el ambiente de las tascas del barrio, se libró de dejar pegadas partes de sus entrañas en las vallas del cementerio de La Almudena sujetas con una bala haciendo de chincheta. Esta circunstancia hizo que se entregara en cuerpo y alma al diario culto de Dionisio, Dios que libera al hombre de su ser normal mediante la locura y el éxtasis que proporciona el vino. La estrecha colaboración con el vino de garrafón no le dejaba tiempo para buscar la forma de conseguir un trabajo estable que le proporcionara algo de dinero para comprar papillas o leche en polvo para la nutrición de su último vástago y Sandalio hubiera muerto de hambre si la madre de García no le hubiera cedido el uso de uno de sus pechos; el izquierdo, el otro siempre lo tuvo reservado García por derecho. La leche materna genera un vínculo madre-hijo y en este caso de lactancia se convirtió en tándem de unión entre el jovencito García y Sandalio Martín, su hermano de leche.

El vínculo se trasladó a la escuela y los maestros le hicieron a García responsable pensando que eran hermanos porque eran igual de altos, igual de fuertes, igual de...bueno el nivel intelectual era lo de menos.

Al improvisado hermano de García no le gustaba nada el método educativo que Franco había elegido para él, así que a diario daba rienda suelta a su extraordinaria capacidad excretora en señal de su proletaria protesta contra el Régimen franquista, acción que a su padre le llegaba al corazón haciéndole llorar emocionado entre vino y vino y a García tener que cargar con todo lo demás.

«Hay un olor especial que sería el resultado de mezclar pisto campesino con repollo recién hervido —recordaba García arrugando la nariz—. Ese olor lo tengo tan metido en los sentidos que los olores desagradables de cocina son para mí «caca de Sandalio».

»Mi hermano de leche dejaba el «marrón» en cualquier sitio menos en la iglesia, así que era en misa donde me yo me desligaba de mi compromiso. Los chicos de nuestra clase aprovechaban la circunstancia de mi refugio en la iglesia y me entregaban sus cartillas para que les consiguiera el sello de asistencia. Me tragaba misa tras misa oliendo a incienso, más soportable que los «regalos» que Sandalio les hacía a sus cortos pantalones un día sí y el otro también. Tanta asistencia a los cultos en mi nombre y en el de mis compañeros de clase hizo que me sintiera responsable de su alejamiento, que crecieran de espaldas a la Iglesia y que los observadores de la fe cristiana del colegio se fijaran en lo que a todas luces parecía una temprana devoción... nada más lejos.

“La Santa Misión fue la primera gran fiesta del nacional catolicismo, y el Concordato con la Santa Sede la norma programática que sirvió para construir los cimientos de un edificio de doctrina católica que fue creciendo hasta llegar a la cúspide final que construiría el Opus Dei”

»Algún efecto tuvo semejante inmersión católica, en 1954 cuando dejé aquel colegio tan rígido en los controles ideológicos uno de cada 225 españoles estaba consagrado a la vida religiosa... ¡Me libré de milagro!

Desde la ventana del taller de guarnicioneros donde se afanaban Benito y Gregorio haciendo sus carteras ministeriales García observaba las misteriosas evoluciones de los habitantes de la «fábrica de moscas», como él llamaba a una ajardinada casa no muy lejana al taller. Era extraña y distinta porque era la única del barrio que no había sido construida con ladrillo tosco y artesanal hecho a mano en un tejár. El proyecto se destinó al principio como vivienda habitual para un tipo traicionero a su modesto origen que se había hecho rico traficando con la guerra.

De pronto la obra se detuvo, tanto el dueño como los obreros desaparecieron y su lugar fue ocupado por un grupo de nuevos obreros que emergieron allí como hongos para terminar la casa con un estilo que más parecía un módulo lunar que una vivienda unifamiliar. Dejaron la casa plantada como un repollo de gran tamaño en medio de un seco y pelado jardín donde la cabra de García sólo pasaba para dejar sus cagarrutas como protesta por la falta de interés de sus habitantes por tener un fresco y bien regado prado donde pastar. Se encontraba rodeada por una valla tan baja que no servía de obstáculo para que los vecinos saltaran para llevarse las moras rojas y blancas que salpicaban las moreras que rodeaban la casa, y las algarrobas de un viejo algarrobo que abría sus ramas como nervudos brazos para impedir que el módulo de ladrillos saliera volando de allí dejando el tejado suspendido.

Siempre se ha dicho que la misión principal de las algarrobas es el forraje, las que crecían en el algarrobo de la fábrica de moscas deberían pertenecer por derecho de vecindad al caballo del abuelo de García, pero no era así, los hambrientos vecinos del barrio obrero asaltaban el árbol para devorar las dulces y brillantes vainas de color castaño oscuro que colgaban del árbol como guirnaldas.

Las mujeres del lugar las cogían para preparar un sucedáneo de chocolate que villanamente engañaba al estómago. Los viejos extraían de la pulpa una harina que según ellos era astringente y antidiarreica y las medio brujas sacaban del fruto verde un popular antifúngico que evitaba el desarrollo de los infecciosos hongos...

Caballo estaba indignadísimo con todos ellos.

García dejaba volar su fantasía desde la ventana del taller. Pensaba que los que vivían y trabajaban allí en la casa podían ser habitantes de la Constelación de la Mosca que se habían trasladado desde el hemisferio austral para estudiar a los españoles... razón por la cual andaban siempre asombradísimos.

Vestían de blanco. Tenían la piel fina de tono pálido y pelo excesivamente corto, poco usual en la época en la que llevar el pelo rapado era sinónimo de represión política o social. Además. Llevaban siempre puestas unas raras gafas de cristal negro parecidas a las que se utilizan para soldar con arco eléctrico.

Esta especie de apéndice de su cara sería sin duda para proteger la estructura compleja de la retina de las radiaciones propias de su trabajo, o para filtrar previsoramente la luz ultravioleta que rabiosamente se cebaba con la gente de aquella parte del barrio. El caso es que nunca se les veía sin ellas, ni dentro ni fuera de la casa. ¡Nunca enseñaban sus ojos!

Pensar que bajo las gafas guardaban el secreto de lo que eran: ojo de mosca, ojo de hombre. Parte de los genes relacionados con el desarrollo del embrión se conservan con pocas modificaciones entre la mosca y el hombre, aunque exista una gran diferencia estructural entre el ojo humano y el de la mosca. Entonces, ¿por qué no?...

¿Sería descabellado pensar que los habitantes de la fábrica de moscas estaban más emparentados con ellas que con los humanos?

En los alrededores de la casa, y por extensión en el resto del barrio, no había moscas comunes, sino una especie muy pequeña recién salida de la pupa. Por eso García decía que las moscas se hacían allí, en la fábrica de moscas.

Su abuela, doña Carmen, celebre en el barrio por su afecto, comprensión, solidaridad y habilidad para administrar sabiamente remedios curativos extraídos de las plantas que cuidaba en su jardín le hacía gracia que su nieto calificara de esa manera al laboratorio biomédico de investigación relacionado con la bioinformática y la biología estructural celular y molecular que había instalado allí.

Ella tenía en casa remedios eficaces que remediaban algunas alteraciones físicas y problemas psíquicos tan corrientes en aquella época de desencanto y pesimismo. Le pedía a su nieto mayor que no fuera curioso y no molestara a aquellas personas tan centradas en su trabajo. Si quería hojas de morera para sus gusanos de seda podía obtenerlas en otro sitio que no fuera el jardín pelado de sus vecinos, ya estaba bien con el allanamiento de jardín pelado que hacía su desvergonzada cabra para hacer allí lo que debía hacer en la cuadra donde sesteaba Caballo.

Nadie sabía de qué se alimentaban los amables pero extraños inquilinos de la fábrica de moscas. No compraban nada en el barrio. Es posible que tuvieran economato como los soldados americanos que vivían en el barrio, en este caso secreto, en la tienda de ultramarinos del barrio se decía que no se acercaban al negocio nada más que para comprar cosas con las que no se podía llevar una dieta alimenticia normal. El señor Mariano, propietario de la tienda, les tentaba a menudo invitándoles a tomar unas copas de vino, pero los hombres vestidos de blanco rechazaban siempre la invitación con una sonrisa...

«Sólo a los marcianos no les gusta el vino de Noblejas —aseveraba el tendero cada vez que, con un amable gesto y sin articular palabra, le decían gracias no».

No hablaban con nadie en la calle, sólo sonreían. Con doña Carmen, la abuela de García, se entendían a la perfección; le pedían semillas del invernadero y plantas de su jardín botánico con palabras cortas a media voz y sin dejar de sonreír.

Durante sus conversaciones y visitas la abuela de García aprendió de los amables vecinos el modo de elaborar sencillos medicamentos naturales que ayudaron a muchos a mantener estable la salud y superar angustias y malos momentos. Cuando murió doña Carmen le devolvió al cielo sus conocimientos.

Al abuelo de García le hacían unos cigarrillos que dejaban en el ambiente un olor muy agradable y atrayente utilizando plantas de un minúsculo cultivo que doña Carmen tenía para tratar algunas dolencias, añadiendo algo de alegría pasajera con las flores de cáñamo índico que doña Carmen tenía plantado junto al tabaco y que utilizaba contra los trastornos neuróticos que provocaban la falta «anormal» de las ganas de comer. Anormal porque con las cartillas de racionamiento lo normal era tener hambre.

Rara vez el abuelo de García fumaba alguno de los cigarrillos, los reservaba como terapia para los deprimidos; fumando no resolvían sus problemas, pero les ayudaba a minimizarlos.

La abuela de García se esforzaba en ayudar a quien acudía a ella buscando un remedio que de alguna forma u otra siempre llegaba.

«Aquí le traigo a mi hijo doña Carmen que está empachado —exposición sobre el abultado vientre de su hijo.

¡Un empacho! ¡Cómo va a tener empacho un niño que debe compartir un huevo frito con todos los hermanos!

Los madrileños perdieron mucho con la transición de la monarquía a la Segunda República y de esta a la Democracia Orgánica impuesta por el Caudillo. Pero lo que los madrileños no perdieron fue su orgullo. La abuela de García, que era de la calle de la Ruda del viejo Madrid lo sabía. Solución, administraba al enfermo algo que estimulara el efecto placebo en su organismo y atacaba la raíz del problema, que no era otro que el hambre que pasaba el pobre infante y que el orgullo de la madre quería enmascarar. Con tacto, para evitar que madre e hijo se sintieran incómodos les daba una buena merienda y el resultado de la terapia resultaba sorprendente.

Además de orgullosos, los había tímidos: «Mi niño ha estado muy malito, pero por no molestar...»

Mal, muy mal. Sobre todo, para los pobres chicos que su madre «por no molestar» les ponía una lavativa suministrada con el artificio de porcelana colgado en un clavo en la pared en un sitio discreto, aunque siempre a la vista. Se trataba de una medida intimidatoria para que nadie se viera tentado de estar estreñido o tener un empacho que le impidiera ir a la escuela, o al trabajo, en el caso de los más creciditos.

El «aparatito» de marras acongojaba a los niños y acojonaba a los adultos... como también es cierto que algunos adultos debido al uso continuado que tuvieron siendo niños se aficionaron con cierta facilidad a los enemas, incorporando esta parafilia a su reservada lista de prácticas sexuales.

Otra alternativa era la vomitiva experiencia de tenerse que tragar de una vez una cucharada sopera de aceite de ricino, que desde los tiempos faraónicos las mamás utilizan como asqueroso purgante; o para inducir al parto, que no es el caso.

Durante la estadía de los habitantes de la fábrica de moscas en el barrio obrero doña Carmen mejoró sus conocimientos de medicina natural alternativa, pero llegó el día en el que los hombres de blanco desaparecieron, volaron junto a sus minúsculas moscas.

La casa quedó entonces a merced de los vecinos carroñeros que la vaciaron, de la forma más natural, sin hacer muchos esfuerzos. Antes de ser reducida a escombros los chicos trasladaron allí el cuartel general de la pandilla.

«Me llevé una gran desilusión cuando entré en ella por primera vez —dijo García desencantado—. Por dentro no era un módulo lunar como veía en mis mejores sueños, pero pintaba rara. No encontré indicios para creer que los hombres de blanco fueran del espacio, pero sí percibí una rara sensación de magnetismo en el ambiente, partículas invisibles que habían dejado allí sus habitantes hasta su vuelta.

»A mis compañeros de pandilla estar allí les producía un extraño malestar y a Sandalio le aceleraba sus trastornos funcionales. Mucho más que en la escuela.

Las chicas se negaban a entrar, son mucho más perceptivas.

Al joven García le hubiera gustado ser el ángel mensajero de aquellos posibles habitantes de la Constelación de la Mosca. Ser parte de su equipo para desarrollar el proyecto utópico de una sociedad perfecta y justa donde todo debería discurrir sin conflictos y en completa armonía. Repartir el maná como regalo de Dios entre los vencidos hambrientos.

Aprender a liar cigarrillos que aliviaran la angustia de los desfallecidos.

Pero no volvió a ver a los amables vecinos de ojos cubiertos con gafas negras que nunca se preocuparon por cuidar el jardín y se quedó con sus fantasías y dudas sobre el conocimiento de los procesos embrionarios en organismos modelo como la mosca.

La pandilla tuvo que abandonar el cuartel general porque una máquina de la constructora de José Banús la redujo a cascotes. El algarrobo y las moreras fueron arrancados y quemados, nadie pudo evitarlo.

La fábrica de moscas desapareció y pronto en su pelado jardín empezó a crecer la hierba... por lo que la cabra de García recibió la mejor noticia de toda su corta vida.

A partir de entonces las moscas pequeñas desaparecieron dejando paso a las coprófagas moscas comunes. Quizá aquellos bondadosos personajes habían venido con la misión de colaborar con una sociedad civil castigada por una guerra que luchaba a brazo partido por sobrevivir.

Cuando García fue mayor comprendió que la «Fábrica de Moscas» era su barrio y las «moscas» sus habitantes.



«MOSCAS»

A los que fueron capaces de sobrevivir siendo tan solo eso... moscas.

Múscido de negro rango, mosca negra, mosca lerda,
Díptero de cuerpo endrino, que se alimenta de mierda.

Capítulo VII

Mosca de la carne o carnicera:

Especie grande y de color ceniciento. Se alimenta de carne muerta y deposita en ella las larvas ya nacidas.

Los duros años de lo que para muchos fue una innmerceda represi3n el Sol tuvo que contener las ganas para no echar a correr. El hambre instig3 a obrar sin cordura en un tema tan controvertido como es el derecho de los animales que, seg3n Descartes, son aut3matas complejos carentes de alma, sin mente, razonamiento y sin la capacidad que tienen los humanos para sufrir o sentir. La postura del fundador del Racionalismo y padre de la Filosofía Moderna fue adoptada por los que dejaban a los animales fuera del alcance de la consideraci3n moral para justificar su autoridad y maltratarles sin medida ni conciencia, y fuera de la consideraci3n moral de los que se ocupaban de la venta de carne y sus derivados para el consumo de los depredadores humanos:

«Rehúso comer animales porque no puedo nutrirme con el sufrimiento y la muerte de otras criaturas. Lo rehúso porque yo he sufrido tanto que puedo sentir el dolor de los demás cuando recuerdo el mío»

Edgar Kupfer-Koberwitz

La postura de este prisionero del campo nazi de Dachau fue tambi3n seguida durante la posguerra por la gente de menos recursos. M3s por carecer de recursos que por consideraciones morales. S3lo una minoría selectiva de ciudadanos podía permitirse el lujo de comer carne roja o pescado blanco, el resto deb3a conformarse con las rasas y el despojo. Otros ni eso. Los hab3a que deb3an alimentarse con hierbas silvestres que encontraban en el campo y con las mondas de patatas que encontraban en los cubos de basura que, una vez hervidas no aportaban energ3a, pero s3 la fibra suficiente para visitar regularmente el retrete con el suficiente 3xito.

La popularidad de las carnicerías de carne de caballo subió muchos enteros durante los años de las cartillas de racionamiento y la posguerra. Aquí se vendía también «carne de ballena» una fuente barata de proteínas considerada por los madrileños tabú.

En la popular carnicería de Julián Ruiz «el gitano» además de la carne procedente de las bestias de tiro se vendían carnes de oscura procedencia. Allí la mosca de la carne o carnícera era mantenida a raya por la cortina hecha con ristras de chapas de refrescos fuera del establecimiento, se trataba de evitar que metiera su atrompetada nariz en la carne roja y en los huesos de babilla.

Lo mismo que los antiguos griegos ofrecían su hipofagia como sacrificio al dios Poseidón los vecinos del Barrio Obrero tuvieron que sacrificarse comiendo más mulos y borricos que caballos y tener que callar si entre los filetes venía alguna sorpresa:

—¿Cómo se llamaba el burro de donde sacaste el filete de ayer Julián?»

—Por mi mare señá Dolore que era de caballo —respondía sentido el carnicero besando devoto la medalla de la Virgen de las Angustias.

—¡Ah! Entonces lo sacaste de la donde le ponían la silla de montar.

A Julián le llamaban «gitano» porque se había casado con una cartomántica de la comunidad gitana a la que nadie contrariaba, se decía en el barrio que tenía la facultad de echar el mal de ojo y es posible que no fuera verdad, pero mejor mantener las distancias por si acaso.

Que un payo convenza a una gitana para tirar el puchero al aire no es fácil, hay que tener cintura para sortear las barreras que separan a payos y calés. Julián la tuvo gracias a su forma peculiar de ser, hablar y sentir. Otra cosa fue convencer al padre de la echadora de cartas, un pastor de ovejas conocido por el «tío gitanillo» que no dio su consentimiento hasta que el carnicero demostró su capacidad para el engaño, facultad más valorada por el pueblo gitano.

«Parece que los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones y, finalmente, salen con ser ladrones corrientes y molientes a todo ruedo, y las ganas del hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables, que no se quitan sino con la muerte» *Miguel de Cervantes*

Con este texto cervantino la dictadura justificó la discriminación legal hacia los gitanos contemplada en los artículos 4 y 5 del reglamento de la Guardia Civil de 1943.

Los gitanos debían ser vigilados de forma muy especial por su ancestral inclinación al robo, había que mantenerles alejados del ave más numerosa que habita nuestro planeta: la gallina. Cerca de «la nave» había espacio suficiente para mantener junto al garaje y las cuadras un amplio corral para criar animales y aves como recurso a la falta de suministros regulados por la cartillas de racionamiento y Bobby VI se encargaba de protegerlos. Sobre todo, en horas que la gente aprovecha para ir de compras con linterna y navaja en lugar de un par de bolsas de papel desechable. Sorprender al poderoso pastor alemán no era fácil, Julián el gitano supo hacerlo por su condición de matarife, le dio un filete con una sustancia tóxica y lo remató a punta de navaja.

La Guardia Civil no pudo hacer nada. Cuando fueron a interrogar al gitano había cerrado temporalmente el negocio para evitar los reproches y acusaciones que le caían por todas partes. Cuando volvió a los Civiles se les había pasado el primer calentón.

La desaparición de Bobby VI frenó la venta de chuletas en la carnicería del gitano, no es lo mismo dar burro por caballo que perro por cordero. Hay quien prefiere morirse de hambre antes de comer perro, un tabú alimentario como el de los hindúes con la vacas divinas e inviolables: divinas porque no se pueden comer e inviolables... mejor no profundizar en el tema.

La gente empachada de soportar cabronadas dirigidas por los de arriba y llevadas a cabo por los de abajo señaló con el dedo las cortinas de chapas que había a la entrada de la carnicería del gitano y esto enfureció a la mosca carnicera que decidió acabar con las habladurías rompiendo la crisma de quien pusiera en tela de juicio su honrado negocio.

—La carne de caballo se ha comido desde siempre —aseguraba Secundino Martín dirigiéndose a los contertulios, se trataba de proteger su negocio—. Para mí es la mejor y la que menos grasa tiene.

—¡Claro! —respondió Venancio Sánchez—, qué vas a decir tú, tienes que quitarte de encima los caballos que te destripan en la plaza.

—No lo digo por eso —se defendió el tratante de caballos—, dígales don Mariano a estos incultos porque los franceses que saben la tira de cocina comen carne de caballo.

Secundino se refería a don Mariano Solís, el diplomático español que vivía bajo sospecha desde el final de la guerra por no haber simpatizado con el Alzamiento que acabó con el gobierno de Azaña.

—Bueno —convino el viajado diplomático—: son las guerras las que inducen a consumir lo que en tiempos de bonanza es inapropiado.

En Francia se hizo popular la carne de caballo desde que las hambrientas tropas de Napoleón se vieron obligadas a comerse los caballos heridos de muerte en la batalla de Eylau en 1807, desde entonces proliferó su consumo entre los franceses que la aceptan como cualquier otro tipo de carne.

—Dicen que la carne de caballo es más dulce, tierna y tiene un alto contenido en proteínas, incluso más que la de cerdo y la ternera —apoyó don Jesús la exposición del diplomático—, pero que me perdonen los franceses, yo quiero mucho a los caballos.

—El jaco para los gabachos, lo mío es el cerdo —opinó otro tertuliano que por sus escasos recursos a lo más que llegaba era al bocadillo de panceta.

—Y algún gato que otro señor Cruz que lo sé —dijo la propietaria del local dejando sobre la mesa una frasca de vino.

—Gato yo, ni hablar, me pongo malo sólo con verlos —se defendió el hombre ya arrugado y entrado en años que se mantenía siempre expectante.

—¡Ya! Le sube el sabor a gato desde el estómago —remachó la dueña. Le había desaparecido el gato días atrás.

—¡Maldita sea, yo no me he comido a tu gato Delfina! —gritó el cliente.

—Usted solo no; usted y su familia, si lo sabré yo —dijo la mujer protegida por el mostrador para no ser atacada por el depredador que buscaba un impropio adecuado que avergonzara a la insolente mujer.

—Esta mujer se está buscando un garrotazo —protestó el señor Cruz mirando al abuelo de García — No dice que me he comido a su gato la muy, la muy...

—¿Sincera? — le ayudó a terminar don Jesús con una irónica sonrisa.

—...¡A mí no me gustan los gatos! —volvió a defenderse con el rostro arrebolado.

—Sabemos lo que es la necesidad Cruz, no debes avergonzarse por ello —reconoció don Víctor el panadero—, llegado a un punto de hambre extrema yo me comería a uno de mis perros.

—No te creo Víctor —dijo don Jesús apoyando la palma de la mano sobre el hombro de su amigo y vecino—. Quieres a tus galgos tanto como a tus hijos...

—Hablando de perros —desvió el yesero Carmona el debate— ¿Se sabe lo ha hecho el gitano con su Bobby don Jesús?

—Supongo que introducir su costillar entre las chuletas de los corderos que vende a los merenderos del río —contestó el abuelo de García.

—¡Qué asco! —dijo un albañil conocido por «malele», derivado más comprensivo que «mal huele», su mote—. Hay que tener estómago para comer chuletas de perro.

—Eso no se lo dirás a un chino —dijo un industrial fabricante de camas conocido por «el bocho» qué pocas veces se rompía el bocho pensando.

—No sólo se vende y consume carne de perro en oriente —aclaró don Mariano Solís—. La carne que procede de algunas razas es considerada comestible en muchas culturas. En ciertas partes del mundo partes del perro se toman como medicina...

—¿No me diga que hay supositorios de perro? —saltó asombrado Práxedes el sereno del barrio que asistía a la tertulia desde una posición apartada junto a la barra del bar.

—Nosotros miramos a un perro de forma distinta que un chino o un coreano, nuestra cultura hace que veamos a un perro como uno más de la familia, como también es cierto que no miramos con los mismo ojos a un cerdo o a un pollo de corral. Aquí la carne de perro es tabú.

—Hábleles sobre los perros asados de Hanoi —le invitó don Jesús a profundizar en el tema, aunque maldita gracia le hacía.

—Para nosotros ver a un perro sobre una parrilla es difícil de digerir —continuó el diplomático—. Los perros son asados y servidos enteros, sin piel, y mostrando vacía su cavidad abdominal.

—Y nosotros somos salvajes por matar toros en la plaza —protestó Secundino.

—Durante mi periplo profesional me han reprochado mi pasión por las otras ¿Cómo puedes tragarte a un ser vivo, me dicen?

—La ostra no sabe lo que se le viene encima cuando le echamos limón en los ojos, pero quién resiste la mirada de un perro que intuye que lo van a asar —dijo Secundino Martín comparando el hecho de masticar un molusco vivo.

Efectivamente. Nada tiene que ver. Como nada tiene que ver la cultura de un país con sus ideas sobre el consumo. No sólo en oriente se consume la carne de perro, también lo hacen en ciertas partes de África y América. Hay referencias sobre el hecho de que en Suiza y en Alemania también y existen mataderos de perros en algunas zonas del norte de Europa que defienden la exquisitez de su carne y alaban su sabor.

Los jóvenes coreanos prefieren consumir las hamburguesas occidentales, pero no olvidan que hay ciertas partes del perro que son mejor que el jamón. Se sienten muy orgullosos de sus ilustres antepasados que comían carne de perro desde el siglo IV antes de Cristo por la efectividad que tiene su consumo para salud, porque este tipo de carne fortalece el espíritu, robustece la médula, refuerza los intestinos, el estómago, reconforta los órganos internos y es la mejor aliada de los cirujanos por su alto poder cicatrizante.

El perro cocinado a la manera tradicional coreana precisa una delicada y laboriosa elaboración. Una vez terminado adopta la apariencia de un cocido madrileño. Es posible que algunos restaurantes no le quiten la piel, hay algún cocinero que afirma que la piel del perro cocinado es más sabrosa incluso que la carne.

Los perros destinados al consumo son criados en granjas rurales durante cinco meses, una vez pasados a la ciudad para el consumo son despellejados e introducidos en una tinaja de cerámica donde deben hervir durante un tiempo razonable con hierbas aromáticas, hojas de sésamo que matan el olor de la carne y otros ingredientes a gusto del cocinero que solicita la carne. El caldo del guiso se mezcla con arroz como si se tratara de la sopa del cocido. Los orientales lo toman como segundo plato.

No son perros callejeros, sino principalmente de la raza Tonke, más conocidos por perros amarillos. También se pueden encontrar: mastines, huskies, setters e incluso dálmatas. No sólo en Oriente se comen a los perros en Cuba hay muchos vendedores de carne sacrificada de estos nobles animales y vendedores de otros animales mucho más asquerosos.

Absortos en el tema nadie notó la presencia de Julián el carnicero que había entrado en el bar con la intención de armar la tremolina:

—¿A qué viene esta reunión? —dijo haciendo un círculo con el dedo señalando con tono chulesco a todos los presentes.

—Hablamos de los que matan perros para hacerlos chuletas —dijo don Víctor con intención.

—Usted va diciendo por ahí que yo vendo carne de perro —amenazó señalando con la garrota al abuelo de García.

—¿Y no es verdad? —contestó don Jesús manteniendo la calma.

Todos se quedaron atónitos ante la respuesta y sin saber que hacer. El matarife era un animal que doblaba en peso a don Jesús, le sacaba dos palmos de estatura, tenía veinte años menos y empuñaba una garrota que daba miedo. El sereno no estaba de servicio, no tenía el chuzo y un sereno sin chuzo no es nada, por muy asturiano que sea.

—Eso me lo dice usted en la calle —respondió el gitano masticando sus palabras.

—Mira gitano —prosiguió don Jesús tratando de serenar al enfurecido carnicero que venía dispuesto a romperle las costillas—, no sé lo que le has hecho con mi perro, sí sé que has sido tú quien lo ha sacrificado.

—Pues con esta pluma voy a escribirle en las costillas lo que le he hecho al perro.

—Bueno —pensó don Jesús en una salida airosa ante el torbellino que se jactaba de la ventaja de empuñar la garrota—. Como no quieres venirte a razones estoy dispuesto a salir a la calle, si es lo que buscas.

—¡Cuando quiera! —contestó el gitano con cara de triunfo dando a entender a todos que estaba dispuesto a matar a quien se estaba pasando de educado.

—Pero antes quiero darte la oportunidad que tú no le diste a mi perro.

—¡Escupa! —respondió el gitano con voz grosera.

—Ve al cuartelillo de la Guardia Civil y di lo que hiciste. Que sean ellos los que decidan que hacer contigo. No puedo devolverle la vida al perro, no me queda otra que recordarle con cariño y consolar a mi nieto que está hecho polvo desde que nos falta.

—Usted y sus habladurías me joden el negocio ¡Voy a partirle la cara ahora mismo!

El gitano estaba decidido a quebrarle los huesos y ninguno de los presentes podía impedirlo. Tenía miedo, el gitano era una mala bestia capaz de derribar a una vaca de un simple sopapo, además venía armado con una garrota descomunal y la navaja escondida en la faja. Pensó como salir del trance, aunque sabía que se enfrentaba un cafre. Simuló una tranquilidad que no tenía, se quitó la chaqueta, la colocó con parsimonia sobre el respaldo de la silla y se arremangó las mangas de la camisa.

—Le voy a machacar. Voy a colgar su cabeza en un gancho de mi carnicería y venderé sus tripas para hacer chicharrones.

El abuelo de García trataba de que el gitano no notara ningún gesto de debilidad, a veces los matones se rajan ante la seguridad del contrario, pero al ver que este no era el caso trató de ganar tiempo buscando la inspiración que le ayudara a encontrar con qué asustar al matarife descuartizador y verdugo. Dejó sobre la mesa el reloj de plata que llevaba en un bolsillo del chaleco e invitó a salir a la calle al carnicero que babeaba de gusto ante el lance de honor que le esperaba.

—Que todos los que hay aquí presentes sean testigos de que has sido tú el que ha venido a retarme —dijo con aplomo don Jesús—. He tratado de impedir la pelea, ya que tu intención no es otra que quebrarme los huesos con la garrota que traes...

—¡La garrota! No necesito garrota para mandarle a usted al hospital.

—Entonces si es verdad que no la necesitas déjala sobre la mesa, eres más joven y fuerte que yo, te sobra esa ventaja.

Don Víctor el panadero no estaba dispuesto a dejar que el gitano machacara a su amigo, cruzó con él la mirada y entonces comprendió lo que iba a pasar. Hizo gesto al diplomático Solís y al resto para que tuvieran confianza y no hicieran nada.

Veinte años después García conoció a un nieto del tío gitanillo. Un simpático que se reía de la paliza que había recibido el yerno payo de su abuelo con su propia garrota.

—Mi tío Julián no contaba el episodio que avergonzó a mi abuelo «¡Se dejó engañar como un payo!» Decía indignado mi abuelo.

—¿Mató o no tu tío al perro? —preguntó García a Pepín el gitano.

—¡Claro que lo hizo! —respondió el muchacho—. Pero no sé lo que hizo con él, mi abuelo eludía el tema. Pudo meter sus costillas entre las chuletas que vendía a los merenderos del río Jarama como dijo tu abuelo, no lo sé.

—¿Por qué lo hizo, Bobby era un buen perro? —dijo García con reproche—, no le caían bien los gitanos, de acuerdo, pero era un buen perro.

—Por venganza, los payos utilizáis el término gitano como sinónimo de ladrón, vago y conflictivo, mientras suceda esto seguiremos estando socialmente divididos.

—Lo curioso es que os sentís perseguidos y no todos los payos somos así, yo a ti no te veo gitano —dijo García conciliador.

—¿Por qué no me ves gitano si lo soy? —dijo Pepín con una sonrisa—. Uno es gitano en la medida que acepta y cumple con la forma de vida y las leyes de los gitanos, que son buenas y positivas para el pueblo «calé». Son transmitidas boca a boca por nuestros abuelos para vivir en medio de vuestra sociedad hostil manteniendo nuestra cohesión de grupo ¿Tenemos defectos, claro no faltaría más? como individuos aislados podemos tener los defectos de cualquier persona de la misma forma que podemos tener las virtudes. Para nosotros ser y hablar «caló» conlleva el respeto a una serie de valores y comportamientos éticos aceptados por todos los gitanos.

—Tu tío Julián no era gitano.

—¡Claro que no! Si hubiera sido gitano tu abuelo no le hubiera dado la paliza. Mi abuelo me lo ponía de ejemplo: «No te fíes de los payos, son liantes y mentirosos»

—¿Y tú estabas de acuerdo con él?

—No... pero era mi abuelo.



Capítulo VIII

Calliphora Vomitoria, mosca azul de la carne:

Esta mosca azul de la carne provoca una acentuada aprensión por su aspecto sucio y repugnante. Su tamaño, color azul metálico y el zumbido al volar producen un rechazo ancestral entre los humanos que prefieren mantenerse alejados de este insecto por lo peligroso y perjudicial que es para la salud. Acostumbra a poner sus huevos entre la carne descompuesta para que en el momento de la eclosión sus larvas se alimenten de la carroña de los animales muertos... y los despojos y restos de los seres humanos llegado el caso.

Por esta razón este desagradable moscardón producía repelús entre los habitantes del Barrio Obrero cuando se dudaba de su origen, un sentimiento parecido al que recibían ante la presencia de lo que no consideraban parte de su forma de vida.

Durante la posguerra las relaciones de los barrios periféricos con los catalanes que se establecieron Madrid fueron distantes, bastante tenían con cargar con el tonto del barrio para tener que soportar también a un catalán.

En el Barrio Obrero el puesto del tonto estaba cubierto con toda dignidad por Ángel, el tonto del barrio, así que el rol del catalán fue cedido en exclusiva a una mujer alta y desgarbada conocida como «la tía catalana» porque nadie supo nunca como ¡coño! se llamaba tan distinguida señora. Tampoco la gente tenía mucho interés en saberlo.

En el barrio se aplicaba el lexema tío para darle sencillez y naturalidad al trato, no en este caso que se trataba de una connotación de poco respeto hacia quien hacía a diario una loa al desprecio que sentía por lo español... exceptuando el vino de Valdepeñas. Sus prejuicios xenófobos la hacían exaltar a diario la superioridad del pueblo catalán, posiblemente por miedo a perder su identidad en manos de sus enemigos... enemigos imaginarios, porque ni siquiera los guardias civiles del barrio la hacían caso cuando soltaba sus arengas catalanistas y republicanas desde el balcón de su casa. Para qué se iban a preocupar, si nadie la entendía. Otra cosa le hubiera cantado si sus peroratas las transmitiera en lo que ella llamaba el idioma común de los cerdos españoles:

«¡Catalunya és una nació i la seva llengua és el català!» —gritaba desde la ventana durante sus continuas exaltaciones patrióticas.

Su relación con los vecinos era tan cerrada que nadie sabía si vivía sola o compartía su ruinoso vida con alguien. No se dirigía a nadie en particular sino era para insultarle, naturalmente en su lengua materna, cosa que a los chicos del barrio les hacía gracia y la provocaban para que soltara su acostumbrada retahíla de insultos en catalán:

—¡Eh, tía Catalana! —gritaban los chicos en tono de mofa.

—¡La figa ta mare! —respondía la agraviada amenazando con tirar el contenido de su orinal sobre la cabeza de los que se arrimaban más de lo debido a su ventana.

Vestía de medio luto y nunca dejaba su delantal de cuadros y la bolsa de trapecios de hule donde llevaba una botella de Anís del Mono de cuarto de litro con vino peleón, lo único que aceptaba de buen grado de las tierras de un país al que ella no pertenecía.

Al parecer su dieta principal se basaba en el vino y su único ejercicio físico era ir a la bodega del barrio para repostar su manoseada botella.

Pocos sabían de donde sacaba el dinero para pagar el cuartillo de vino que compraba varias veces al día, porque no trabajaba, nadie la visitaba ni recibía cartas o giros. El caso es que siempre llevaba encima el dinero justo que necesitaba para comprar la dosis del morapio que la animaba a seguir con vida.

No hablaba con nadie, cuando entraba en la bodega soltaba una especie de ronquido difícil de interpretar, colocaba su particular botella sobre el mostrador de madera para que la llenaran con un embudo de hojalata del vino a granel que se trasportaba en singulares pellejos de piel de cerdo.

Una vez satisfecho el pedido sacaba el precio exacto del bolsillo del delantal lo tiraba sobre la madera mojada del mostrador y se despedía con un «¡Fins ara fill de put!» tan poco amistoso que dejaba al bodeguero y a sus parroquianos boquiabiertos y sin saber que contestar, aunque siempre había quien soltaba la gracia:

—Ha dicho me cago en tu padre en polaco.

En el barrio era costumbre llamar «polacos» a los que hablaban de forma confusa, como era este caso en el que la tía catalana agradecía en su lengua vernácula el servicio prestado con un ofensivo «¡Hasta luego hijo de puta!»

Durante los años de mayor solidez y firmeza de la dictadura en el barrio nadie conocía las verdaderas razones por las que la desgarrada señora no era detenida durante sus vehementes discursos reivindicatorios en català: lengua romance occidental que procede del latín vulgar y que nada tiene que ver con el pueblo polaco.

García, desde su humilde posición de niño de la posguerra, siempre ponía algo de su parte para que la señora catalana se integrara en la comunidad. Todo fue inútil.

Aquella oscura mujer nunca agradeció las buenas maneras del muchacho y le trató con el mismo desdén con el que trataba a los menos flexibles que veían en ella el objetivo de sus barriobajeras burlas. Era ella quien se autoexcluía con su exacerbado antiespañolismo e hispanofobia.

En la década de los cincuenta nadie en su sano juicio podía exponer a voz en grito nada que fuera en contra de los Principios Doctrinales del Movimiento, sería como hacer el saludo fascista en la Plaza Roja de Moscú cubriéndose la cara con una careta de Franco, o gritar «¡Viva Franco!» en las puertas del Kremlin. Si esto era así ¿Por qué tantas prerrogativas a quien por su forma de ser y actuar no merecía tanto?

La razón era simple, aunque fea y desagradable:

La *Calliphora Vomitoria* está considerada por la policía científica como una aliada de la ciencia. Los forenses utilizan el grado de desarrollo de las larvas de esta mosca para determinar el tiempo transcurrido desde el último suspiro de la víctima. La catalana también era una aliada, aunque en otra medida, porque mantenía en secreto la procedencia de varios niños cercanos a ella que habían sido entregados por la Iglesia en adopción a matrimonios militares y familias católicas adictas al régimen. El chantaje a los padres adoptivos era la oscura fuente de la que manaba el dinero para pagar el mal vino que poco a poco corroía su cuerpo y sus principios morales.

«Nunca llegué a comprender —manifestó García con cierto asombro—, por qué la catalana culpaba a los madrileños de la tragedia de “els nens perduts del franquisme” o «los niños perdidos del franquismo» en castellano.

Era difícil de entender porque la idea partió precisamente del catalán Eduardo Aunós Pérez, de la Lliga Regionalista de Francés Cambó quien, siendo consejero nacional de Falange y responsable del Ministerio de Justicia del gobierno de Franco, fue quien ordenó los traslados infantiles desde las cárceles donde se hacinaban las presas del Frente Popular a los orfanatos e internados religiosos.

Como práctica habitual los niños de pocos meses no eran registrados junto a sus madres en las cárceles franquistas. La Iglesia y el Estado se encargaban de reeducar a los niños de las presas antes de ser entregados en adopción. Había presas que pedían a sus carceleros el tiro de gracia que las liberara del infierno fascista una vez despojadas de sus hijos. No existen cálculos exactos de niños tutelados por el Estado en centros religiosos y establecimientos públicos del Auxilio Social creado por Falange Española. Los padres perdían la patria potestad al ser encarcelados. Después de terminada la guerra los niños adoptados se contaron por cientos.

La idea siniestra de segregar de sus familias a los hijos de los presos políticos se le atribuye al responsable del Gabinete de Investigaciones Psicológicas del Ejército Antonio Vallejo-Nájera, que defendía la tesis de que el marxismo era una enfermedad mental propia de personas intelectualmente débiles y moralmente despreciables:

«Si militan en el marxismo de preferencia psicópatas antisociales, como es nuestra idea, la segregación total de estos sujetos desde la infancia podría liberar a la sociedad de plaga tan temible»

Convencido de que la tara del socialismo se transmitía a los que compartían su vida con el afectado puso en práctica las doctrinas de la eugenesia con tratamientos de electroshock. Franco en perfecta sintonía con él le encargó encontrar el origen del gen rojo para hallar la malformación que lleva al marxismo.

Había que separar el grano de la paja los niños internados en los hospicios de Auxilio Social fueron entregados en adopción, recibieron un nuevo nombre y apellidos y algunos terminaron no como hijos adoptados, sino como criados.

Las investigaciones sobre las raíces biopsíquicas del marxismo, que se llevaron cabo en las cárceles con grupos de psicópatas antisociales, dejaron la siguiente conclusión:

A la mujer se le atrofia la inteligencia como las alas a las mariposas. Su misión en el mundo no es luchar en la vida, sino acunar la descendencia de quien tiene que luchar por ella. A las psicópatas antisociales embarazadas se les concedió la gracia de esperar a que naciera su hijo y amamantarle durante tres meses, después fueron fusiladas.

Hay una película llamada Raza escrita por Jaime de Andrade —seudónimo que utilizó Franco al escribirla—, en la que se veía a los niños perdidos del franquismo haciendo el saludo fascista. Esta escena se suprimió de la película con la caída de Hitler y la victoria de los aliados.

La mosca azul de la carne producía repelús entre los habitantes del Barrio Obrero cuando se dudaba de su origen. Pero nadie daba un paso atrás ante la inminente picadura del moscardón que manifestaba su procedencia.



Capítulo IX

Mosca Tsé Tsé:

Nombre vulgar de las moscas hematófagas africanas del género *Glossina*, transmisoras de la enfermedad del sueño.

Los dípteros braquíceros encargados de transmitir la enfermedad del sueño fueron los maestros surgidos en los procesos de depuración del magisterio español en ambos sentidos. El aparato político de la República depuró a los maestros contrarios a sus ideas y el mecanismo totalitario militar hizo lo mismo apartando a los maestros hostiles al franquismo. En ambos el «ahora mandamos nosotros» estuvo patente a la hora de elegir los métodos de formación, educación y enseñanza.

El jovencito García empezó su espartana enseñanza a la edad reglamentada por el nuevo Estado en el Colegio Magerit donde los pusilánimes profesores y las absolutistas profesoras más que maestros eran instructores de la parafernalia simbólica de la nueva España ¡Una Grande y Libre! símbolo del Alzamiento nacional de 1936.

Allí el muchacho tuvo más de un traspie motivado por la ceguera ciega, opresiva despótica y tirana de los que se autocalificaban como rectos educadores. La guía que le fue asignada para potenciar creativamente sus resortes humanos ya la conocemos, se trata de doña Ana el retaco pasado de kilos, vestidos estampados rematados con un ancho cinturón y un collar de perlas de imitación para desanimar a los que tenían la intención de apretarla el cuello.

«Me odiaba, lo sé. No vacilaba en ponerme sobrenombres para identificarme como un rebelde imposible de controlar y hacerme culpable de todo lo negativo que ocurría dentro y fuera de la clase. Me acusaba de ser el responsable de que Sandalio se cagara sentado en el pupitre»

La antipatía que la maestra sentía por García estaba razonablemente justificada, los maestros no consentían entonces que los alumnos mostraran una visión clara y extensa de lo que representaban ellos como vectores biológicos que se encargaba de transmitir los tripanosomas que dormían los conceptos y el derecho a la libertad. El discurso no era de García, sino de su tía-madrina empeñada en hacerlo comunista. No lo consiguió, pero sí que al repetir como un lorito sus consignas tuviera más de un problema.

Pocos colegios públicos de los barrios obreros estaban preparados para invertir en algo más que en tizas para el encerado. Para García fue una sorpresa que su conductora espiritual anunciara con encomiadas alabanzas al Frente de Juventudes que llevaría a toda la clase al Monasterio de El Escorial para rezarle en su mausoleo a José Antonio Primo de Rivera, símbolo heroico de la mejor juventud española.

—Como sabéis —predicaba la obstinada maestra paseando su gordo trasero entre los pupitres de madera que respondían a su paso con un oxidado quejido y un leve temblar de tinteros—, el líder y ariete ideólogo que devolvió a los españoles su glorioso sentido nacional fue exhumado y su féretro trasladado a pie sobre los hombros de sus camaradas desde Alicante al Monasterio del Escorial, donde descansan los soberanos de nuestro imperio inmortal.

—¿Y qué hace allí si no es santo ni es rey? —preguntó García adelantándose a todos.

—¿Quién te ha dicho a ti que no? —explotó la maestra—. Sepas desvergonzado que estuvo a la altura de un santo por el magnicidio sufrido, y de un rey porque es inevitable la asimilación de José Antonio con la insigne stirpe imperial. Felipe el Hermoso también fue trasladado a pie desde Brujas hasta Granada por orden de la reina Juana.

—¿Y por qué no vamos mejor a Cuelgamuros? Mi tía-madrina dice que tendrán que llevar allí el puñado de restos que encontraron de José Antonio.

—¡Cómo el puñado de restos niño irreverente! —gritó la maestra con el rostro congestionado.

—Los falangistas sólo recibieron parte de los restos sacados de la tumba común donde fueron arrojados los fusilados en la prisión de Alicante.

—¡Maldito rojo de mierda! —el bramido hizo temblar las desconchadas paredes del aula donde se encontraban—. ¡Ponte de rodillas ante quien deshonoras con tus enredos y patrañas!

La maestra llevó al joven García ante las fotografías enmarcadas de Franco y José Antonio que, junto al inexcusable crucifijo, presidían la cabecera de la clase con el fin de manifestar la hegemonía de la Iglesia católica en todos los aspectos de la vida.

De rodillas ante la imagen de la Virgen que lloraba por la flagelación de su hijo, García recibió sobre sus manos extendidas todo el odio que la frustrada rectora transmitía a una vara pelada y preparada como inquisidor instrumento de violencia.

«No era aconsejable llorar si te calentaban con la vara. Ante cualquier signo de debilidad los compañeros de clase te cargaban el mochuelo de ser una «nenaza» y poner en duda tu grado de virilidad te dejaba marcado para el resto de la vida».

Que un chico de la edad que en ese momento tenía el jovencito García no vertiera ni una sola lágrima ante el brutal castigo enfureció aún más a la ejecutora. Sin estar plenamente satisfecha apaleamiento encerró a su víctima dejándole sin comer en un cuarto totalmente a oscuras en compañía de un esqueleto humano que había pertenecido a un fusilado. No se sabe de qué Bando porque cada uno se encargó de proveer a la enseñanza del suficiente material didáctico. García pensó que hubiera sido un detalle ponerle a la calavera una etiqueta con la afiliación del muerto, como los restaurantes parisinos cuando te sirven un pato:

«Sí necesitas cantar para quitarte el miedo no es lo mismo cantar ¡A las barricadas! que ¡Prietas las filas!»

La frustrada maestra dijo que el esqueleto le sacaría de la cabeza las ideas de los rojos marxistas de su familia cuando ninguno lo era... salvo su tía-madrina que se murió muy mayor sin perder la tontería.

«El día que pase allí dentro no se lo deseo a nadie. El suelo entarimado transmitía toda clase de extraños ruidos. Los gritos de los chicos que llegaban del exterior sonaban como alaridos de velatorio y el poco aire que entraba en el pequeño y oscuro cuarto se filtraba entre los dientes de la calavera que me lanzaba su aliento emitiendo una risa nada tranquilizadora. Pasar tantas horas con tan macabra compañía impulsó mi fobia a la oscuridad. Entiendo a los que le gustan las tinieblas, pero no les acerco el cuello a sus colmillos por si acaso.

García pensó cómo matar a la bruja, pero antes de tener madurado el plan le enviaron al colegio de enseñanza elemental Calvo Sotelo para que las moscas tsé-tsé que obraban en aquel colegio nacional se encargaran de dormir su rebeldía.

La depuración en ambos sentidos supuso un paso atrás en la calidad educativa. Los maestros más cercanos a las teorías marxistas y republicanas fueron reemplazados por militares con poca preparación pedagógica. A falta de una extensa formación académica los militares introdujeron en las aulas disciplinas castrenses como modelo de formación.

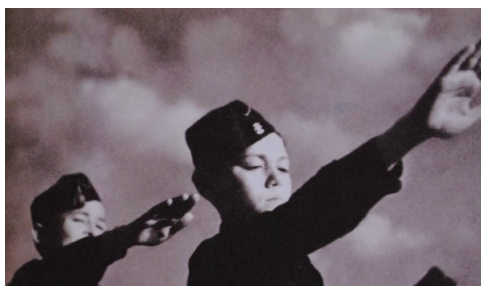
«¡Caballeros, a la de tres la canción...!»

«¡Cara al sol con la camisa nueva, que tú bordaste en rojo ayer!»

La adopción de modelos empezó en la primera enseñanza obedeciendo a la intención de comunicar a toda la sociedad las firmes ideas de estabilidad, integridad moral, orden y disciplina en los estamentos civiles.

«En el severo colegio nacional-catolicista al que fui enviado para recibir la auténtica formación de la filosofía del Movimiento encontré a dos hombres extraordinariamente buenos: don Rafael, que supo inculcarme el amor al arte, y don Juan, que me enseñó el fundamento de todas las virtudes morales, condición indispensable para llegar a ser una buena persona. Nunca los olvidaré».

«La raza es espíritu, España es espíritu, la Hispanidad es espíritu. Por eso debemos de impregnarnos de Hispanidad, para comprender nuestras esencias raciales y diferenciarnos de los demás. El militarismo social es orden, disciplina y sacrificio, la redoma militar encierra esencias puras de virtudes sociales, fortaleza corporal y espiritual. Para mejorar la raza es necesaria la militarización de las escuelas, de las universidades y de todos los ámbitos sociales, la cultura militar es la máxima expresión de la raza superior» Antonio Vallejo-Nájera



Capítulo X

Lytta vesicatoria o Cantárida:

Insecto coleóptero color verde esmeralda metalizado conocido como «Mosca de España». Tiene su hábitat natural entre los olivos, tilos y fresnos. Desecando y pulverizando la «cantárida» se obtiene la «cantaridina» que consumida en dosis pequeñas por vía oral produce la erección espontánea masculina. La cantaridina se ha tomado erróneamente como afrodisíaco, en dosis elevadas es un veneno mortal.

«Doctor, no le pido calidad de vida, le pido vida»

Estas palabras recorrieron la espalda del joven García produciéndole un escalofrío cuando las dijo su abuelo en una tertulia en el bar El Porche de Ventas. Valentín Martínez Pozo postrado en la cama notaba que la vida se le escapaba de las manos como un pez sacado del agua. Su médico, un urólogo del hospital de San Carlos que ejercía allí su profesión como si se tratara de un apostolado, le había puesto meses atrás en antecedentes sobre el peligro que corría si no permitía que le operasen. Ahora el médico estaba junto a su cama tratando de reconfortarle y darle ánimos para superar el mal trago que el destino le estaba sirviendo como si fuera un chupito de hierbas. Con los ojos llenos de niebla miraba los instrumentos amenazantes que le rodeaban y los organismos animados que a su alrededor absorbían su energía.

Las palabras del médico llegaban desde lejos, saliendo de un tiempo y un espacio al que él ya no pertenecía. Palabras que trataban de serenarle con dichos tan socorridos como:

«La vida no acaba aquí, querido amigo...»

«Todo en la vida no es sexo...»

«Existen otras formas muy gratificantes para vivir...»

Un momento íntimo entre médico y paciente que fue roto por la apresurada entrada en la sala del decano del hospital seguido de su séquito de especialistas, monjas y enfermeras que rodearon la cama formando una pantalla humana con el fin de que el resto de los pacientes de la pequeña sala reservada para el estudio de los tumores y su tratamiento, no escucharan la decisión médica tomada por los dos cirujanos urólogos que venían entre la comitiva.

Terminado el examen el decano apartó al médico que atendía a Valentín para comunicarle la resolución que había tomado con su equipo a la vista de la gravedad de la situación. El médico asentía con la cabeza mirando al paciente entre placa y placa que uno de los especialistas le mostraba, luego se acercó a la cama y dijo al enfermo que le miraba como si se tratara del único cabo al que puede asirse un hombre desesperado a punto de despeñarse.

—El decano dice que operaremos —dijo el médico tratando de transmitir el máximo de esperanza—. No quiero engañarte Valentín, tienes que saber que pocos cirujanos en nuestro país se atreven a realizar este tipo de intervenciones. Posiblemente dentro de cuarenta o cincuenta años hacer una prostatectomía radical estará a la altura de una simple apendicectomía, así que corremos el riesgo...

—¿De que no supere la prueba y pierda la carrera, doctor? —continuó Valentín ahora más sereno que el propio médico.

El médico miró hacia todos los lados, no quería que su paciente mirara sus ojos porque descubriría lo que estaba pensando...

—Se fuerte y lucha por vivir amigo, te aseguro que merece la pena.

—¿Si todo sale bien, y me quitan todo lo malo que tengo ahí dentro...?

—Como te dije, perderás calidad de vida.

—En la situación en la que me encuentro no necesito calidad de vida, necesito vida.

La frase lapidaria sintetizaba lo dicho meses atrás durante la consulta de urología en el hospital donde había acudido después de retrasar y retrasar por miedo la entrevista con el doctor. Presentía que el resultado de la prueba tendría un resultado negativo.

El conjunto de síntomas que sentía desde hacía tiempo lo achacaba a su fuerte exposición al sexo y no fue hasta que la disfunción eréctil se fue agravando con mayor frecuencia hasta convertirse en algo habitual. Para él no cumplir en la cama era un grave problema porque deterioraba en primer lugar sus relaciones de pareja, pero lo peor era que cada día se incentivaba el proceso de baja autoestima que le impedía ejercitarse con todos los honores como «Mosca de España», saltando metafóricamente hablando de olivo en olivo, de tilo en tilo, o de fresno a fresno... por no decir de mujer en mujer.

Cuando Valentín Martínez Pozo le dijo al médico que no le escondiera nada sobre la realidad de lo que estaba pasando no pensó en la repercusión que puede tener en el ánimo de alguien con problemas de autoestima cuando el médico por obligación moral se decide a decir la verdad:

—Parece ser que las células han comenzado a multiplicarse de forma descontrolada en los órganos glandulares de tu sistema reproductor...

—En cristiano doctor —apremió Valentín—. ¿Qué es lo que me pasa?

—...Cáncer... tienes un cáncer al parecer muy avanzado de próstata. Siento tener que decírtelo así, pero es mejor que lo sepas antes que la cosa vaya a mayores —dijo el médico con gesto especialmente preocupado.

La palabras del médico golpearon de tal forma el pecho de Valentín que notó como si las paredes se licuaran a su alrededor y el suelo se levantara en pequeñas olas que lanzaban los muebles de un lado a otro hasta dirigirse al centro de la habitación, donde eran succionados arrastrándole a él hacia la sima que conduce directamente al infierno.

Sintió entonces como si las palabras del médico le llegaran desde el centro de otro mundo al que a él se le atojaba que ya no le pertenecía:

—Sólo la cirugía puede ayudar a valorar el grado donde nos encontramos —continuó el médico en tono grave.

—¿Estoy sentenciado, no es verdad? —preguntó Valentín notando como la saliva se le convertía en una pastosa papilla de harina de almortas.

—No si no se ha liberado la cascada metastática y las células cancerosas aún no han emigrado a otras partes del cuerpo —dijo el médico para seguir con un tono más optimista—. Hay que tener fe, si podemos detenerlo no serás inmortal porque sólo Dios lo es, pero sí te puedo asegurar que vivirás tantos años como una persona sana o incluso más, porque no.

—Eso suena bien —dijo Valentín esbozando una sonrisa que podía interpretarse como una vuelta a la esperanza—, pero me está ocultando algo no doctor.

—Ocultar, ocultar, lo que se dice ocultar —respondió el médico echando hacia atrás en sillón para ganar tiempo y pensar en la respuesta.

—Poco más o menos creo lo que me pasará si la operación sale mal, dejaré a una preciosa viuda en manos de las aves de rapiña que la persiguen desde el primer día que decidió ponerse medias —dijo Valentín tratando de quitar hierro a lo que supondría su muerte, para después adelantar el cuerpo interesado y preguntarle al doctor—. Si la cosa sale bien, ¿qué es lo que perderé?

—Según se mire. Para el ritmo que llevas de vida podemos decir que... calidad, calidad de vida —respondió el doctor disfrazando una respuesta más directa.

—¿A qué se refiere con calidad de vida? —preguntó Valentín mosqueado.

—Al sexo, naturalmente.

—¡Ah! Eso no —dijo Valentín poniendo su mano derecha como tratando de parar algo por lo que no estaba dispuesto a pasar—. Si me deja usted como un niño de cintura para abajo prefiero morirme.

—No seas bruto Valentín, todo en la vida no gira en torno a las mujeres.

—Para mí sí —dijo echándose hacia atrás en el respaldo de la silla.

—Mira ¿Por qué no lo piensas mejor y bien a verme con tu mujer? —dijo el médico juntando sus manos como señal de confianza.

—Deje a mi mujer en paz.

—Está bien, tú decides. Lo que sí quiero decirte es que esto no es ninguna broma, lo que tienes es grave y hay que solucionarlo, no sé si he podido transmitirte que la operación a la que tienes que someterte es...

—A vida o muerte, lo sé.

—¿Entonces?

Valentín se levantó y tendiendo su mano al doctor a modo de despedida le dijo con gesto preocupado, aunque firme:

—Déjeme pensarlo, le contestaré.

—¿Cuándo?

—No sé, pronto —dijo saliendo de la consulta con paso resolutivo.

Valentín Martínez Pozo salió a la calle notando con cada paso que el mundo se le venía encima. El hospital había cambiado, ya no era como antes, las paredes se habían vuelto crudas y amenazantes, las ventanas eran ahora como nichos mortuorios que le absorbían hacia la espesa oscuridad donde habitan los muertos.

El cielo teñido de rojo era un mal presagio absorbido por los grandes árboles que dejaban caer sus ramas como brazos tratando de alcanzar el suelo. No subió ningún transporte, quería caminar.

Todo le parecía nuevo. Le pareció extraña la manera con la que miraba ahora a las mujeres. ¿Por qué a él? Toda su vida había pensado que había sido tocado por la mano de Dios. Triunfaba en lo que hacía en el trabajo, querido por la familia, admirado por los amigos y sobre todo mimado por las mujeres.

Ahora tenía que someterse a una operación extremadamente arriesgada porque los medios clínicos con los que contaba el país en la década de los cincuenta estaban muy atrasados y eran insuficientes... sobre todo para los obreros.

Después de tantas muertes violentas durante la Guerra Civil y los fusilamientos posteriores de los condenados por los tribunales militares quién se preocupaba por una muerte más, había que garantizar la permanencia de la dictadura militar y para eso había que dotar al ejército de las armas más sofisticadas. La era de la quimioterapia había empezado en Europa diez años antes, en España el cáncer podía esperar.

En el camino tomó la decisión. No estaba dispuesto a dejarse hacer algo que sonaba extirpación, sacarle de la sociedad machista en la que se sentía cómodo y estaba muy orgulloso de pertenecer. No quería perder su fama entre las mujeres, le adoraban por su labia, su atracción y sobre todo por su erecta... hacer el amor con una mujer es la cosa más hermosa del mundo, pero para salir siempre airoso es preciso disponer de la condición corporal que la naturaleza no les otorga a todos los humanos. A él se la había concedido y no estaba dispuesto a renunciar a ella.

Ocultaría la verdad a todos, empezando por su mujer. Seguiría viviendo como hasta ahora explotando el altísimo poder de seducción que rendía a las mujeres con una simple mirada y cuando le llegara la hora estaría dispuesto para ocupar su puesto en el paraíso donde viven eternamente los justos disfrutando de sus siete vírgenes... más las vírgenes de los apocados que estando tan cerca no saben tocar el cielo.

Valentín tenía como pareja estable a una mujer maravillosa que siempre tenía a su alrededor a otras «moscas cantáridas» que revoloteaban a su alrededor como las moscas comunes alrededor de la miel. Hasta ese momento en el que la vida le estaba poniendo a prueba se había considerado una «lytta vesicatoria», la mosca que desprende el polvo afrodisíaco que incentiva los mejores momentos de intimidad. Ahora debía medir sus conquistas, el «polvo» que ahora podía desprender podía convertirse en veneno.

Aunque con menor intensidad no levantó el pie del acelerador, seguía cosechando conquistas y la envidia de los ilusos que ambicionaban llegar a su nivel. Las mujeres molestas por no ser galanteadas por Valentín acosaban a su mujer para desestabilizar su matrimonio. La inteligente mujer sabía lo que era ella para su Valentín:

«Mi marido reza en todas las capillas, pero yo soy su catedral»

Ahora que Valentín sentía que la vida le había mandado «parar» empezó a rodar como una bola de billar dentro de una caja de zapatos. Ocultó el diagnóstico de su enfermedad porque con Franco estaba prohibido que un obrero se muriera de una enfermedad considerada de ricos ¡Nadie estaba legitimado para morir de cáncer en la España de Franco! Los obreros podían morir del «cólico miserere», que era de lo que se morían todos los pobres.

Su mujer nunca ponía en duda nada, por fantástico que fuera. Le dijo que el hospital le había diagnosticado un «priapismo severo» que le provocaba erecciones dolorosas espontáneas seguidas de disfunciones eréctiles, las causas los médicos las desconocían. Le habían recomendado hacer otras pruebas con mayor profundidad, hasta entonces debía limitar al máximo sus actividades sexuales.

A sus conquistas no les daba tantas explicaciones, les permitía palpar durante el corto período de una erección generosa para hablar de los efectos de su falso priapismo. Los galanteos y aventuras amorosas habían convertido a Valentín en el rey del disimulo, así que supo cerrar bajo llave el más grande de sus secretos. No obstante, sus sueños le advirtieron que su vida se encontraba boca abajo.

Después de muchos años volvía a experimentar la sensación de volar, un prodigio que le hacía sentirse superior a los demás cuando se lanzaba al aire para demostrar a la gente que le rodeaba que estaban ante un ser superior. Un auténtico superhombre. Sin embargo, se extrañaba porque nadie se asombraba al verle volar y sí miraban con cierta atención su cuerpo desnudo, cosa que le avergonzaba más que le confundía. Uno tras otro se sucedían los sueños eróticos donde conseguía los objetivos que no alcanzaba en la vida real. Sueños tan íntimos y personales que no se podían contar ni compartir.

Llegaron las noches oprimidas y la parálisis del sueño que impide abrir los ojos para alejar la sensación de no poder respirar, vivencias oníricas irreales envolviendo su cuerpo en la oscuridad y experimentando la desagradable sensación de notar la sombra de un cuerpo sobre el suyo, cuando no dentro de él. Sombras con vida propia arrastrándose por la cama, confundiéndose con su piel para impedirle hablar o moverse, defenderse de las sensaciones y pensamientos macabros presentes en la doctrina del terror. En uno de esos sueños vio a su mujer gritando desesperada, pedía ayuda anegada en lágrimas. Dormido y despierto a la vez no pudo hacer ningún gesto para serenarla ni decirle que aquello no era más que otro onírico sueño provocado por el polvo de la mosca cantárida que se había esparcido por el barrio como feromona.

Ana la mujer de Valentín entró en «la nave» pidiendo ayuda al abuelo de García con los ojos llenos de pavor consiguiendo que don Jesús llevara a su marido al hospital San Carlos cuando ya era medio cadáver. El coma patológico con el que Valentín perdió la conciencia, sensibilidad y movilidad voluntaria se produjo en el transporte improvisado en un carro tirado por mulas que trasladó al enfermo acostado sobre su propio colchón.

La distancia entre el barrio y el hospital de San Carlos fue milagrosamente rápida.

Las mulas se portaron como mulas de urgencias, cosa que se les agradeció con doble ración de pienso y una buena piedra de sal que compartieron alegres sabedoras que habían contribuido a salvar la vida de Valentín Martínez Pozo.

Hasta las mulas se embobaban con el galán.

«Mi abuelo se quedó en el hospital —García siempre se sentía orgulloso de la capacidad resolutive que derrochaba don Jesús—. En los momentos decisivos fue el apoyo que necesitó Valentín para aceptar cualquier consecuencia y fue testigo de la frase que me produce un desagradable cosquilleo cuando la recuerdo:

«Doctor. No le pido calidad de vida, le pido vida»

De la operación Valentín salió bien parado porque salvó la vida. No obstante, el cáncer había alcanzado buena parte de los nervios y quedó impotente. Cuando volvió al barrio ya no le importó comunicar a todos la situación en la que se encontraba, para disgusto de las mujeres y la tranquilidad de los hombres.

Llegó el momento del desquite de los que le habían envidiado toda su vida y los celosos que querían ridiculizarle con cuchicheos y risitas a su espalda. Después llegó el acoso, al principio moderado y después excesivo a la figura de Ana, su mujer.

«Como el Valen ya no puede debemos echarle una mano a esa mujer»

«Es una pena que una hembra de esa categoría no tenga a mano un macho que la haga disfrutar de la vida»

«No señor, no. Una mujer como esa no se puede desperdiciar»

Con los acosos cada vez más vulgares y en estado progresivo Ana planteó dejar el barrio de «moscas» donde pocos entendían las motivaciones que tuvo Valentín Martínez Pozo para tomar la decisión trascendental de cambiar «calidad de vida» por algo tan maravilloso como es la vida.



Capítulo XI

Mosca de Milán:

Pequeno parche de la «Moscas de España» El polvo de esta mosca ha sido usado como estimulante, como abortivo, y también como veneno.

Mucho peor que el veneno obtenido del polvo de la «mosca de milán» era el polvo que vertían las chismosas y enredadoras cotillas de los barrios humildes que las disciplinas sociales no fueron capaces de erradicar durante la dictadura franquista. En el Barrio Obrero los rumores se extendían con enorme eficiencia por el potencial que tenían las murmuradoras en los corros de costura, mujeres entradas en años que nunca pensaban en el mal que hacían lesionando la dignidad de las personas de bien.

La cotilla nunca ha corrido peligro de extinción. Es un animal protegido. Sí ha cambiado su estilo de vestir, durante la posguerra vestía con ropa oscura y larga hasta los tobillos, toquilla negra sobre los hombros, zapato plano y pelo brillante rematado en un moño con forma de panecillo.

El lugar de sus reuniones no era la piscina, nadie tenía piscina en casa y tampoco el Estado había construido ninguna comunal. Lo tenía claro, en la nueva España nadie tenía ganas de ver a una señora con forma de mesa camilla tomar el sol con toquilla.

Tampoco se utilizaba la terraza de un bar. Estaba mal visto, no era de mujeres decentes. El lugar más apropiado como campo de operaciones para despellejar no era la base de un algarrobo, lugar peligroso por las inesperadas cagadas de gorriones y palomas, sino el porche de la casa de quien ejercía de cabecilla en los seniles grupos de cotilleo. Era un grupo capaz de llegar a las más asombrosas y disparatadas conclusiones viendo la forma de tender la ropa que tiene cada vecino.

Las comadres del Barrio Obrero acudían al corro de costura con su inseparable silla de asiento de enea trenzada a la que se le cortaban las patas para rebajarlas de altura, clavar la aguja una y otra vez requiere tener los pies bien apoyados en el suelo. En esos corros de cotillas había dos grupos diferenciados: las encargadas de poner en marcha las habladurías y las que escuchaban sin perder ripio. Las primeras llevaban labores que requerían cierta atención, las segundas se conformaban con zurcir calcetines metiendo un huevo de madera dentro.

El enredo promovido por alguna de las cotillas siempre originaba algún tipo de escándalo que destrozaba la reputación de la persona criticada, provocaban rupturas y en casos extremos sonadas palizas y tragedias conyugales.

Pocas tragedias ocurrieron en el Barrio Obrero, bastante había pasado aquella gente con la sangría que produjo la guerra y la emigración forzada de los que la perdieron, pero sí pasaban casos curiosos envueltos en bulos que se volvían en contra de los que los promovían, como ocurrió en este caso:

Un día la cotilla principal del corro de cotillas, la más rígida y criticona de todas las «moscas de milán» que revoloteaban por el barrio, acudió a «la nave» en busca de la prudencia y buen juicio de doña Carmen, la abuela de García.

—¿Da usted su permiso doña Carmen? —dijo Pilar entrando hasta la puerta de la cocina mientras se fijaba en cada detalle de la casa. Deformación profesional de la acostumbrada a vigilar a través del visillo.

La abuela de García se extrañó de la visita, aquella mujer no era precisamente la persona con la que se identificara con su manera de ser y pensar. Salió disculpando para sí al distraído que había dejado la puerta abierta.

—Puede pasar Pilar —dijo doña Carmen saliendo de la cocina e invitando a la visita a sentarse en una mesa de tapa labrada que utilizaba para recibir.

La que se hacía llamar Pilar había distinguido también con ese nombre a su hija y a su nieta, en honor de quien ponía a diario sobre un altar:

«¡Pilar Primo de Rivera es una santa y como santa hay que adorarla! —decía con pasión incontrolada la más grande de las cotillas en los foros que frecuentaba—. Ella fue quien evitó las represalias que los franquistas dirigieron contra nosotras, las viudas de los militares republicanos ¡Olvidando que los nuestros fusilaron a su hermano José Antonio y sin juicio ni razón a Fernando, otro de sus hermanos!»

Se desconoce si esta tal Pilar estuvo de verdad casada, como también se desconoce si su marido fue un oficial del ejército republicano. Su pasión por el cotilleo hacía que mintiera por costumbre, era una maestra.

—Gracias doña Carmen —dijo Pilar con respeto tomando asiento mientras seguía observando el mobiliario de la sala y todo lo que había a su alrededor.

—¿Le apetece tomar una infusión, un café? —preguntó la abuela de García para que dejara de fisgar.

—No, gracias, lo acabo de tomar en casa —no era cierto, de café ni los posos.

—Dígame entonces a qué se debe su visita.

—Se trata de mi nieta...

—Pilar —dijo doña Carmen tomado asiento frente a la cotilla y cruzando sus manos sobre la mesa.

—Sí, también se llama Pilar... como...

—Sí, ya sé, como Pilar Primo de Rivera, a quien usted le debe tanto —dijo doña Carmen con media sonrisa.

—...Quería decir como yo y también como su madre... —respondió quien se pasaba horas en la ventana mirando, juzgando y sentenciando el comportamiento de las jóvenes del barrio, para ella eran aliadas de Lucifer.

Doña Carmen describió fugazmente en su pensamiento a quien se refería su visitante: la hija al parecer estaba casada, pero de manera muy singular. El que aparentaba ser el marido trabajaba en Francia y sólo venía a casa por Navidad, como el turrón. Después, año tras año, el seis de enero, desaparecía como el camello del rey Melchor sin dejar rastro. La nieta salía con un «ganso» mayor que ella. Cuando se inició la relación los intolerantes tacharon al «gachó» de aprovechado y las cotillas menos tolerantes de pervertido. Sólo los más liberales justificaban la atracción que ofrecía la oxigenada muchacha porque estaba muy desarrollada para sus quince años, aparentaba por lo menos... dieciséis.

Por la cara de preocupación de la abuela, doña Carmen intuyó que el corro de costura tendría pronto «carnaza» para alimentar el cotilleo.

—Dígame, ¿qué le ocurre a su niña? —preguntó la abuela de García

—No sé si sabe que está saliendo con un muchacho...

—Un muchacho al que le falta poco para cumplir los cuarenta —aclaró doña Carmen preparándose para recibir la noticia que predecía.

—...Es un buen... hombre. Muy limpio, trabajador y viene con buenas intenciones —dijo la cotilla justificando lo desproporcionada edad de la pareja.

—Viene con miras de casamiento.

—Sí, eso es.

—Y el pretendiente de su nieta usando de forma indebida el «instrumento» de sus buenas intenciones la ha dejado embarazada.

—¿Cómo se ha enterado usted? —dijo la chismosa abriendo los ojos con sorpresa.

—Por un simple cotilleo no estaría aquí, necesita mi ayuda —razonó doña Carmen con una mirada directa.

—Tiene usted razón, mi Pili necesita ayuda —dijo la cotilla sumisa.

—Está bien, diga a su nieta que venga a verme, tengo unas hierbas muy eficaces.

—No son hiervas lo que necesita —se apresuró a decir levantando la barbilla con un gesto de estúpido orgullo—, pensaba que usted podría darnos algo para...

—Digamos que no la he oído —muy sería doña Carmen mantuvo la calma para no hacer volar a la señora con una patada en el trasero.

—Perdone doña Carmen, pero la honra de la familia está por encima de todo.

—¡No diga sandeces! —dijo doña Carmen indignada—, la honra no es más que el sentimiento personal de la propia dignidad.

—¡Mi nieta no está deshonrada, es virgen!

—¡Vaya! se ha vuelto a repetirse el Misterio —dijo doña Carmen haciendo el gesto ritual de la señal de la cruz.

—¡Por Dios, ayúdeme doña Carmen! —suplicó la cotilla poniendo sus manos sobre las manos de la abuela de García.

—Bien, atendiendo su ruego cuente con mi ayuda —dijo doña Carmen liberándose del contacto—. Tengo unas hierbas que...

—¡Gracias, sabía que podía contar con usted! —dijo la cotilla con gesto de triunfo.

—...Déjeme terminar —dijo la abuela de García haciendo con sus manos un claro gesto de lenguaje corporal—. Tengo unas hierbas que le ayudaran a soportar los insidiosos cotilleos de las chismosas del barrio.

Pilar. La peor de todas las cotillas que imitaban el sordo revoloteo de las «moscas de milán» se quedó tan helada que no supo reaccionar, quedándose abatida en su asiento sin fuerzas para levantarse y abandonar la casa a la que nunca debió acudir.

—Ahora necesita algo que la devuelva la sangre a las venas —dijo doña Carmen sabedora del trance por el que pasaba aquella mujer acostumbrada a criticar, pero sin bilis suficientes para digerir las críticas de los demás—, le diré a mis hija que preparare algo que la reconforte.

Doña Carmen salió un momento, instantes después regresó y encontró a su visita hundida en el asiento sin fuerza para levantar la cabeza.

—Sepa usted doña Carmen que he venido a su casa porque estoy desesperada —dijo por fin Pilar levantando la cabeza.

—No debe hacerlo, hay jóvenes que por causas psicológicas, depresión, o anorexia nerviosa ven interrumpidos sus períodos menstruales. Si pregunta a un médico le dirá que puede tratarse de una simple amenorrea secundaria, no de un embarazo.

—Trata usted de que me vuelva a llegar la camisa al cuerpo, no es cierto —dijo la cotilla sin entusiasmo.

—Trato de hacerla comprender que si su nieta conserva el himen...

—Lo tiene igual que cuando nació —interrumpió Pilar.

—...Entonces no puede estar en estado, a no ser que las «buenas intenciones» del galán que sale con su nieta opere milagros —dijo doña Carmen con gesto significativo.

—Ya le digo que los hace —dijo Pilar moviendo la cabeza—. Fíjese si los hace que ha preñado a mi nieta dándola por el... bueno, usted ya me entiende, por ahí... detrás.

—¡Ah, no! —dijo doña Carmen a punto de soltar una sonora carcajada— ¡Por Dios Pilar!

—Por qué se extraña, usted tiene familia numerosa.

—Le aseguro que todos mis hijos salieron por el mismo sitio que entraron —contestó doña Carmen rompiendo con su venerable costumbre de respetar su intimidad.

—Pues la gente dice que...

—La gente inculta suele disparatar —cortó doña Carmen—. Créame, las mujeres tenemos ambos conductos extraordinariamente juntos, pero no tenemos ovarios en el trasero.

—Pues mi Pili...

—Su Pili ha mentido a su madre y le ha mentido a usted —dijo doña Carmen a la cotilla dándole unos golpecitos consoladores sobre una de sus manos—. Conociendo lo que usted piensa sobre la honradez de las muchachas no es extraño que su nieta niegue lo que es evidente...

—¿Y qué es lo evidente?

—Que el novio de su nieta no se conforma con sustitutivos. Que le gusta hacerlo de frente y cara al sol como los falangistas.

—Creo que está equivocada —retomó su primitiva idea la cotilla—. Para mi nieta la honra es lo más sagrado y su novio se conforma con lo que ella le da...

—Le da la espalda si ve venir el peligro —le interrumpió a la cotilla

—...Le da al novio lo que sea con tal de evitar el peligro. Ella conoce por su madre los medios que hay que emplear para calmar el ansia de un hombre conservando intacta la honra.

—Y para usted felación y sodomía son sinónimos de pureza y castidad.

—Para mí lo importante es lo que se ve y lo que no se ve.

—Y una tripa se ve.

—Canta mucho, sí —respondió juntando los labios—. Es difícil de esconder.

—Y usted considera que es más decoroso poner el culo en pompa...

—Si con ello se permanece honrada sí, la honra está por encima de todo.

—Ahora sé por qué no hemos tenido nunca una relación fluida.

La conversación quedó interrumpida por Milagros, hija mayor de doña Carmen y tía-madrina del joven García que traía una bandeja con un par de teteras de porcelana: en una de ellas estaba el remedio para combatir el nerviosismo, la angustia y la ansiedad de la cotilla, en la otra manzanilla con anís para personas concisas.

—Cómo estás Luisa —preguntó la cotilla a la recién llegada que servía las infusiones y colocaba un par de platos con pastas de té a cada lado de la mesa.

—Por gracia de Franco soltera —contestó Milagros mostrando los dedos de las manos, donde no había ninguna alianza.

A Milagros no le gustaba su nombre porque no era creyente y los milagros justifican la existencia de Dios. Era Luisa para la familia, vecinos, amigos y sobre todo para sus camaradas del partido comunista. Y fue Luisa hasta que murió en el hospital Francisco Franco de una vieja enfermedad contraída en las prisiones franquistas... curiosa paradoja del destino.

“Durante la guerra civil funcionaron dos legislaturas paralelas: la zona nacional y la zona republicana. Los matrimonios civiles de la «zona roja» fueron nulos para los nacionales que además trataron como hijos naturales los nacidos en el seno de los ateos matrimonios frente populistas. Terminada la guerra la Autoridad franquista prohibió el matrimonio civil, excepto para los que pertenecían a otra religión o se confesaban apostatas, que era tan aconsejable como confesarse masón o comunista”

—No te quisiste casar por la iglesia cuando saliste de la cárcel? —preguntó la cotilla que nunca perdía la oportunidad de ampliar su temario.

—Miguel, mi marido, se casó con una miliciana revolucionaria con mono y fusil —contestó con cierto tono de amargura la madrina de García—. Él está ahora con una mujer que puede ofrecerle seguridad, conservadora y conformista, conservadora que puede darle hijos, cosa que yo dudo que pueda conseguir después de lo que he sufrido. Como roja sigo en el punto de mira de los represores, quien esté conmigo tendrá el mismo trato. Me iré a otro país, aquí en España estaré eternamente jodida.

—Quiero que sepas que nosotras no hablamos con ese canalla por haberte dejado...

—Merece una disculpa, quizá nunca pensó que pudiera librarme de ser fusilada, a pesar de no haber estado implicada en nada para merecer la muerte. Estoy viva gracias a un capitán antiguo amigo de mi padre, me salvó la vida y consiguió que me conmutaran la pena por una condena de treinta años. Nadie es capaz de esperar tanto si no se tiene esperanza y esa virtud no la tenemos los que dudamos de Dios.

—Como puede ver lo de su nieta es una nimiedad —dijo doña Carmen con los ojos velados por la tristeza.

—Fuiste deshonrada en la cárcel, ¿verdad? —preguntó con interés la cotilla.

—Según a lo que llame usted deshonra...

—Pues eso... que los carceleros te... te...

—Es mi historia y a nadie le pertenece —respondió incómoda por la intencionada pregunta—. Un asqueroso metió su dedo en mi boca y me dijo que se lo chupara, le di un mordisco y su dedo quedó colgando sujeto por el hueso. Con eso advertí a los demás que era peligroso meterme algo en la boca si no tenía hueso que parara mi rabiosa dentellada comunista. Me defendí con uñas y dientes, protegí a mis camaradas, pero no pude evitar que la represión se cebara con las crías que todavía no les habían salido las muelas del juicio. Presencié como le follaban boca, el coño y las daban por el culo.

—¡Por Dios Luisa! —dijo doña Carmen escandalizada—. Qué lenguaje es ese .

—Déjela doña Carmen, las jóvenes hablan así —la disculpó la cotilla—. Se quedó embarazada alguna que la dieron por detrás —preguntó esperanzada.

—¡Que tontería! Ninguna mujer concibe por el culo.

—Según Pilar sí —intervino doña Carmen—. Para ella es menos denigrante decir que su nieta está embarazada porque su novio utiliza esa vía como desahogo.

—La virginidad no sólo se pierde por donde cuesta poco rascarse —dijo Luisa con tono irónico—. La mayoría de las presas políticas han sido violadas en las cárceles por los represores franquistas, algunas incluso presumen de ello ante sus antiguos camaradas. Pero ninguna dirá que un fascista le ha «partido el culo» porque consideran que ese trato vejatorio vulnera su dignidad de prisionera represaliada. Ninguna mujer puede sentirse deshonrada cuando cede ante el acoso de quien maneja la situación, pero sí avergonzada por la forma y el modo con el que ha sido violentada.

No hubo argumentos que convencieran a la vieja murmuradora y cotilla que siguió justificando el embarazo de su nieta con la irracional idea de la concepción «sui generis».

Las murmuraciones descontroladas se expandieron como el aceite y pronto la sociedad vecinal empezó a señalar al pretendiente de la quinceañera como un perverso que daba por el culo a la chiquilla. El miedo y la vergüenza a las críticas asustaron al adulto que decidió dar por terminada la relación, dejando a la «honrada» muchacha sin padre para su hija. Tratando de defender rancios pensamientos propios de la edad media la abuela de la chica contribuyó a que su nieta fuera una «honradísima madre virgen» y una «dignísima madre soltera».

La dignidad mal entendida de la equivocada «mosca de milán» no tuvo en cuenta el valor inherente que tiene el ser humano para tomar decisiones acertadas respetando la libertad de los demás. No tenía ningún derecho para regular el comportamiento de su influenciable nieta negándole la autonomía de pensamiento e imponiendo la dictadura de sus trasnochadas teorías sociales fuera de tiempo y lugar.

La educación durante la posguerra jugó un papel esencial, puesto que el auténtico ejercicio de la libertad más allá de la arbitrariedad del comportamiento de las personas de escasa cultura puso de manifiesto la formación, inteligencia y voluntad de los que se autonombraron guías para impartir las reglas. Globalizar la dignidad es el camino para lograr la emancipación moral de mujeres y hombres, religiosos y ateos con aspiraciones y proyectos personales ayudándoles a ser otra cosa, si es que en realidad lo desean. La vida será más respetable porque será algo más que vida, será una vida con sentido.

El vino sólo emborracha a quien lo toma. Nadie obliga a nadie a beber si no lo desea. La dignidad es un sentimiento que nos hace sentirnos muy valiosos sin que importe el sentido social o material de las cosas. Es más triste no apoyar o criticar a quienes no la defienden, que no tener dignidad.

Doña Carmen tenía razón. Los juicios de valor sobre la dignidad pueden verse desde varios prismas, pero nunca bajo el prisma particular de una cotilla de barrio... bajo el prisma particular de una «mosca de milán».



Capítulo XII

Mosca Escorpión o Panorpa:

La característica más destacable de esta mosca, además de sus alas transparentes que permiten distinguir cada espécimen de panorpa, es la aparatosa pinza con la que sujeta a la hembra cuando...bueno, también sujeta con ella a sus rivales mientras los devora. La pinza que tiene esta mosca al final del abdomen le concede el sobrenombre de «Mosca Escorpión». Los dedicados al naipe en plan profesional han desarrollado un órgano prensil que les concede el sobrenombre de «tahúr» o «garitero».

Lo mismo que la «panorpa» o «mosca escorpión» sujeta con su pinza a sus rivales mientras los devora. La droga del juego moviliza con el embrujo de una muerte lenta.

El invicto Generalísimo, vigilante de las costumbres de los que habían sobrevivido a su guerra civil, prohibió por Ley el juego y la prostitución inspirado por el odio y recuerdo de su padre, que había abandonó a su mujer para liarse con la que estuvo unido hasta su muerte. El rechazo personal hacia las malas mujeres y el juego creó en Franco un trauma personal que pagaron los españoles con censuras y prohibiciones.

El juego está por encima del bien y del mal.

Los jugadores lo califican de sobrenatural, los aficionados de sutil y espiritual, aunque muy peligroso. El juego atrae como las malas mujeres, como las drogas, como el tabaco, como el alcohol, como el dinero. Hay quien dice que jugando se encuentran con Dios. Esa acepción la encuentro disparatada.

Los que se enganchan al juego, conocidos como viciosos o enfermos del juego, se abrazan a él como enamorados con la esperanza del triunfo orgásmico que proporciona una escalera de color servida. Pocos adictos al juego llegan a enriquecerse, se juegan lo ganado una y otra vez hasta que por fin lo pierden todo.

Las partidas donde juegan los verdaderos profesionales están preparadas para que ganen siempre los mismos y esos mismos, los tahúres, son capaces de arruinar a los que su adicción les provoca terribles estados de depresión, les conduce a la desgracia, la separación familiar e incluso al suicidio. El juego engancha como una droga a hombres y mujeres, por esta razón el Gobierno de la dictadura franquista lo prohibió ordenando a sus represores que lo persiguieran vorazmente.

La vigilancia policial y sobre todo de la Guardia Civil recayó con mayor virulencia en los lugares más populares donde la gente se jugaba hasta las pestañas, con la fatua esperanza de tener un golpe de suerte, sin saber que quien se juega todo al azar pervierte su economía y se cierra el camino hacia la mejora social. El dinero va donde se siente cómodo y en la casa del pobre es precisamente un lugar donde faltando, está de más.

El pueblo llano no está preparado para amasar fortunas, ni preparado para recibir grandes sumas de dinero de una sola vez sin echar el corazón por la boca por el susto. El destino de los humildes es cambiar dinero por trabajo y besar el terreno por donde pisa el patrón para mantenerlo contento. La misión del patrón es incentivar y motivar a su empleado para que no le arme la marimorena, aunque raras veces lo consigue.

El dinero no se reproduce en los bolsillos por autogénesis, sí se dan casos que entre los políticos se produce el milagro de la generación espontánea, los políticos son como la Aloe vera, cuanto más se investiga, más propiedades tiene.

Quien no ha tenido la suerte de que los encargados de la oficina celestial responsable de las reencarnaciones hayan elegido para él nacer en la casa de un Grande de España, no tiene más remedio que probar fortuna haciéndose torero o futbolista. Si tiene la piel aceitunada y gracia para doblar las palmas puede dedicarse al flamenco.

Como muy pocos de los mortales están preparados para meter un gol de chilena, quedan relegados a la quimera inalcanzable de conseguir un pleno al quince con las quinielas. Conseguir dinero con los toros no es fácil, pocos tienen a mano dehesas con toros para practicar a la luz de la luna. Más fácil era dedicarse al boxeo, deporte de moda de los represivos años, con el boxeo no se gana mucho, sólo se forra el que apuesta en secreto el resultado de la pelea. El pugilismo es el noble deporte donde el que pierde es el que más «cobra», por obvias razones. El boxeo también ofrece otras posibilidades de trabajo fuera del ring para compensar las horas invertidas con la mancuerna en el gimnasio: emplearse como «matones» o porteros de discoteca.

Los que repartían «tortas» con las manos metidas en guantes estuvieron de moda hasta que llegó de oriente lo de «atizar» con la mano abierta gritando ¡shiuuu! para intimidar. Todos están ligados a los negocios clandestinos y actividades criminales.

En el barrio donde nació García pocos artistas había, faltaba cantera. El flamenco hay que llevarlo en la sangre y los vecinos que presumían de artistas preferían gastar la suya en algo más lúdico, el juego, por ejemplo, que no exigía tanto sacrificio ni tener que hablar con acento andaluz.

Para jugar sí que había en el barrio talento. El problema eran las malas relaciones con la Policía y la Guardia Civil que perseguían a los jugadores con el mismo celo con el que perseguían a los golfos y a los homosexuales. Los auténticos profesionales no viven de otros jugadores, se alimentan con los que juegan mal.

Los «suplentes» son «profesionales» de reducido poder económico obligados a conformarse con ocupar el puesto del jugador que abandona unas horas una maratónica partida. Jugar para otro jugador no acarrea mucho riesgo. Se dispara con pólvora ajena.

Los jugadores suplentes son profesionales que rara vez juegan para ellos, juegan para los grandes apostadores que no pueden abandonar una partida para no perder el puesto, o concederse unas horas de descanso para no reventar.

Durante la dictadura las grandes partidas se organizaban en lugares privados fuera del alcance de las autoridades. Eran partidas organizadas y reservadas para grandes y ricos apostadores que hacían correr fortunas de un lado a otro de la mesa. El jugador «titular» de una buena partida debía utilizar a un jugador suplente de su confianza para que ocupara su lugar en la mesa durante sus obligadas ausencias. A pesar de las grandes dosis de drogas y medicamentos que los jugadores consumen para resistir durante días, e incluso meses, hay que parar unas horas para no clavar los cuernos en la mesa.

El jugador suplente cobraba por horas, con el valor añadido que representaba el tanto por ciento de lo ganado. El que perdía sólo cobraba las horas y si perdía a menudo tenía pocas posibilidades de permanecer activo en tan singular mercado de trabajo. A los lugares donde se jugaba de verdad ni los policías ni los guardias civiles se acercaban. Sabían, eso sí, dónde se jugaba fuerte porque su fuente de información venía desde muy «arriba»: «¡Por allí, ni aparecer! ¿Entendido?»

Era mucho más fácil y menos peligroso detener a los desprotegidos que jugaban en plena calle o en solares y barrancos. En estas partidas quien tiene que ausentarse por «necesidad» puede conservar sus cartas en la mano mientras aprietan con fuerza.

«¡Bueno! Qué chaval ¿Acabas o no acabas? —apremiaban al ausente para que no se duerma en los laureles—. No te pongas a cagar hilo que es para hoy»

Según los ricos el pobre es pobre porque le da pereza pensar. Por esta razón los perezosos prefieren dedicar su tiempo y su dinero a los juegos donde se derrochaba el mínimo de energía: La Lotería para los indolentes de la posguerra era el juego ideal.

Una vez terminada la dictadura el juego dejó de estar proscrito y la Lotería adoptó la voz yanqui de «Bingo» donde para ganar es preciso tachar cinco números en línea, o todo el cartón para el premio mayor.

Los chicos también sacaban tajada de las partidas clandestinas que se organizaban en los solares y barrancos del barrio. Eran los encargados de dar el «queo», un trabajo por el que eran remunerados con una moneda. El trabajo consistía en apostarse en lugares altos y avisar de la llegada de los extraños, sobre todo si iban en pareja, vestían de verde y llevaban un «chopo» o «naranjero» colgado del hombro.

La policía de entonces diferenciaba entre un caballero, que es un jugador con mucho dinero, y un golfo, que es un jugador con poco dinero. Los guardias civiles también sabían distinguir, repartían sus sonoros sopapos sólo entre los segundos.

Desplumar a quien tenía el juego como profesión era como querer hacer un «Eagle» pegándole a la bola con una garrota de caramelo, eso lo sabe todo el mundo, pero hay «pardillos» que piensan que en el juego existen los milagros. Uno de esos incautos lo comprobó en una memorable partida que se celebró una tarde en un rincón discreto del popular Barrio Obrero.

Se llamaba Luís Cañizares y él mismo se consideraba un «monstruo» jugando al «Gilé». Era bueno sí, pero comparado con un «suplente» su nivel y categoría estaba a la altura de las tetas de una culebra. Aquel día para él había sido un día de suerte. No sólo había cobrado su paga quincenal, sino que además le habían pagado los atrasos. En su bolsillo llevaba un abultado sobre que le hacía sentirse fuerte y poderoso.

No hay nada mejor para un jugador que estar fuerte de dinero para poder asustar al contrario a base de faroles. Al principio todo fue sobre ruedas, podía soltar dinero en el centro de la mesa con tal soltura que le hacía llegar a sentir un gusto similar al que se experimenta durante el punto culminante de excitación sexual. Sobre todo, cuando el contrario se rajaba tirando las cartas por no poder cubrir sus desmedidos envites.

Ganaba tanto dinero que entre mano y mano hacía planes para gastarlo «De esta me forro» —pensaba—. «Estos aficionados me van a pagar las vacaciones en Benidorm, que contenta se va a poner mi mujer cuando le enseñe el sobre».

El problema de los que no tienen el juego por oficio es no saber lo que están dispuestos a ganar o perder. Luís había ganado mucho, pero quería más. Pensaba que estaba en racha y las buenas rachas hay que exprimir las al límite, por si no vuelven.

Todo fue bien hasta que Martín, el mejor «suplente» del barrio, ocupó el lugar del dueño de un taller mecánico que había perdido el dinero de la nómina de sus empleados.

Esa semana nadie cobraría su sueldo, la nómina estaba ahora en el sobre de Luís que ya no pensaba en ir a Benidorm, ahora pensaba en llevar a su mujer a un crucero.

Martín era demasiado jugador para aquella partida de barrio, su habilidad y memoria le convertía en infalible. Dejar que tocara mucho las cartas era un craso error... no era buena idea apostar contra él cuando este las repartía.

Luís lo sabía, pero no le importaba, con todo el dinero que había ganado lo que tenía que hacer era esperar la llegada de una buena jugada encontrada para «limpiarle» los bolsillos. No se cansó de pasar. Esperaba agazapado detrás de sus ganancias esperando su oportunidad y su oportunidad llegó. Problema, llegó con una buena baza servida por las manos expertas del taimado Martín.

Cuando vio sus dos primeras cartas se animó a jugar la mano, viendo con alegría que iban todos con una primera puesta sustanciosa. La alegría fue mayor con las dos cartas siguientes y cuando vio que nadie se echaba atrás con la apuesta que puso sobre la mesa. Estaba seguro de que el descarte le daría el espaldarazo definitivo.

Miró a Martín como mira la serpiente a un ratón enganchado en una rama «Te vas a cagar encima cacho cabrón» —dijo para sí.

Martín le devolvió tranquilo la mirada dedicándole una ladina sonrisa que le impulsó aún más a darle el palo definitivo y obligarle a dejar la partida diciendo lo que a él le gustaba tanto oír: «Lo siento señores, está visto que hoy no es mi día, otra vez será»

Cuando Luís recibió las cartas definitivas casi se le sale el corazón por la boca por la emoción. Dejo las cartas sobre la mesa y espero los envites de los contrarios, a los que fue echando uno a uno viendo con regocijo como tiraban las cartas contrariados por no poder participar en tan fabulosa mano. Todos se marcharon menos Martín, que seguía mirándole con una sonrisa que jodía bastante, valga la vulgaridad.

Después de haber puesto todo lo que había ganado no tuvo más remedio que volver a tirar del sobre del sueldo y los atrasos, porque a la altura que estaba la partida y con las cartas que llevaba no podía dejar tanto dinero sobre la mesa. Jugó fuerte para asustar a Martín y sacarle de la partida de una vez, pero se equivocó, porque no sólo Martín cubrió su última apuesta, sino que la dobló.

Luís miró de nuevo sus cartas pensando en sus posibilidades. Mucho tendría que haber cogido aquel «cabrón» para ganarle la mano y estaba seguro de que no era así porque ni siquiera había visto las últimas cartas que le habían entrado con el descarte.

«Este quiere que me arrugue» —pensó—. «Pues lo tiene claro»

Envite tras envite se fue dejando todo lo que llevaba encima, incluso el reloj y la medalla de la Virgen del Carmen que le compró otro jugador abusando de la situación. No había otro remedio que aguantar, no podía tirar las cartas.

Pensó que Martín tiraría por fin las cartas y le dejaría llevarse el dineral que había en el centro de la mesa... pero no. Martín seguía sonriendo y sin mirar sus cartas puso otra elevada cantidad con el fin de echarle definitivamente de la partida.

Luís se quedó de piedra. Estaba seguro de que Martín no tenía nada, que era un farol, le quería sacar de la partida a base de dinero, no con cartas, apostaba y apostaba sin mirar siquiera lo que le había entrado con el descarte.

Nervioso miró a todas partes pidiendo ayuda, ya no tenía nada para hacer frente a la última apuesta. Con una voz seca e irreconocible le dijo a Martín:

—No es justo. No tienes un pimiento y me quieres sacar a golpe de cartera...

—No es verdad —contestó Luís—. Lo que no tengo es lo que tú piensas que tengo, no te fíes de las apariencias, a veces las apariencias engañan.

—Ni siquiera has visto tus cartas.

—Da igual —respondió con su eterna sonrisa Martín—. Por el peso que tenían las dos primeras te pudo asegurar que son mejores que las tuyas. Así que te aconsejo que las tires y te marches a echarle un «polvo» a tu mujer, que es lo único gratificante que puede quedarte hoy por hacer.

La alusión hacia su mujer enfureció a Luís, pero supo controlarse, aquel desgraciado quería sacarle de sus casillas. Miró fijamente a los ojos de su contrincante para que pensara que se estaba metiendo en un charco profundo y dijo masticando las palabras:

—¿Si me tiro nos enseñarás las cartas a todos?

—Nunca lo hago —respondió el jugador profesional—. Si quieres ver mis cartas tendrás que igualar la apuesta.

—¡Pero no puedo hacerlo! —dijo Luís abrumado—. ¡He puesto todo lo que tenía!

—Todo no —dijo Martín mirando por encima de Luís—. Te queda la moto.

—¡Mi Lube! —dijo Luís abriendo los ojos como si le hubieran escupido a la cara.

—Te la compro por lo que tengo en este bolsillo ¿Te hace?

Martín sacó el dinero y lo dejó caer sobre la mesa. Luís lo contó por encima y dijo con una mueca obligada por lo seca que tenía la boca:

—Con eso no pagas ni las ruedas de mi Lube.

—Lo sé, pero es lo que te hace falta para igualar la apuesta ¿Lo tomas o lo dejas?

Con un gesto de rabia Luís tiro la llave de bloqueo de la moto y el dinero que le había dado Martín por ella.

—Sois testigos que me ha vendido la moto por lo que le he ofrecido —dijo Martín dirigiéndose a todos que estaban locos por ver como terminaba aquello.

Luís Cañizares perdió ¡Martín tenía las cartas que le ganaban! ¿Cómo lo hizo?... ¡Ah!... Eso se considera secreto profesional.

A Luís le costó tragar el aire que necesitaba para no morir en el acto. Lo había perdido todo ¿Qué diría su mujer al verle llegar a pie, sin moto, sin reloj, sin medalla y sin dinero? «Mi mujer me mata» —pensó angustiado.

Poco a poco empezó a digerir la amargura y la congoja que le atenazaba. Había que pensar en algo para arreglar aquello. Podía mentir a su mujer, decir que el jefe no le había pagado. Que el reloj y la medalla la había dejado en la taquilla del taller ¿Y la moto? ¿Qué le diría a su mujer cuando apareciera por casa sin su preciosa Lube A 99 con cambio en el depósito?

Su moto, su querida moto, una propiedad irrenunciable que necesitaba para ir al trabajo, tan valiosa que la tasaba sobre el valor de cualquier otra cosa. Una propiedad que incluso la valoraba... ¡Qué demonios! ¿Por qué no decirlo? por encima incluso del valor de su mujer.

Había que buscar una solución. Esperó pacientemente hasta que Martín limpió a todos y se levantó con su eterna sonrisa guardando todo lo que había ganado en distintos bolsillos. Se acercó al tahúr con gesto de perro zalamero y le dijo que por favor le devolviera la moto:

—Nunca le he llorado a nadie ¿Dime cómo podemos arreglarlo?

El nuevo dueño de la Lube A 99, con cambio en el depósito le dijo que él no quería la moto, que podían llegar a un arreglo.

—¿Qué arreglo? —preguntó esperanzado el pobre desgraciado pensado que quizá no estaba todo perdido.

—Tu mujer me pone. Me la dejas un par de noches y te devuelvo la moto.

La reacción de Luís fue de lo más violento. Sacó la «chaira» del bolsillo trasero del pantalón y si no le sujetan a tiempo el capricho se hubiera convertido en tragedia.

Martín ni siquiera se inmutó, como buen jugador sabía cómo jugar sus bazas, miró fríamente a la cara del perdedor y le dijo con voz desesperante:

—Voy a dar una vuelta en tu «burra» mientras lo piensas.

Se subió en la moto con toda clase de gestos chulescos para conseguir desesperarle y lo consiguió, sobre todo haciendo que el cambio de marchas de la moto rascara al meter la primera. Luís no quería pensar en el trato que le había propuesto el canalla, por nada del mundo consentiría que aquel mal bicho que le había dejado limpio ensuciara su honor subiéndose en su moto y después en su mujer.

Pero el condenado ventajista seguía metiendo mal las marchas haciendo sufrir a su querida Lube A 99 con cambio en el depósito y no pudo resistir más...

Sobre cómo terminó la historia se conocieron en el barrio dos versiones:

La versión de Luís Cañizares trataba de buena mujer, comprensiva y fiel a su esposa que se ofreció a dos de las casas donde había trabajado para que la adelantaran el dinero preciso para recuperar la moto. A cambio trabajaría como criada hasta liquidar la deuda.

La mujer lavó, planchó y fregó pisos para ayudar a su marido a recuperar la moto que necesitaba para ir al trabajo.

Según la versión de la furiosa esposa de Luís echó de mala manera a ambos cuando se presentaron en su casa con el «ofrecimiento». Pasado el primer trago fue en busca de Martín y a base de amenazas hizo que este devolviera la moto, el reloj y la medalla a su marido y se olvidara del tema, porque ella era una mujer muy decente.

Digo que sólo hubo dos versiones porque la tercera, la de Martín, nunca se llegó a conocer en el barrio. Cuando alguien preguntaba él agachaba la cabeza y se le iluminaba la cara. Sinceramente. No creo que fuera por las amenazas de la honrada señora.



Capítulo XIII

Mosca Hominívorax o Lucilia:

Del género de insectos dípticos y familia de los múscidos de tórax y abdomen de color verde metalizado. Entre sus especies se encuentra la «Lucilia César» moscarda que se alimenta con los jugos liberados del estiércol, excrementos y las setas malolientes. Los cadáveres atraen a la «lucilias César» a las pocas horas de haber muerto.

Se llamaba Félix, era el herrero del barrio y según el caballo del abuelo de García era un herrero ejemplar. Caballo se dejaba herrar sin hacer un mal gesto a sabiendas que le esperaban un par de zanahorias como premio cuando Félix terminara el trabajo, además de quedarle unas pezuñas para presumir ante las mulas que no tenían la oportunidad de lucir unas auténticas herraduras de clase.

Al cariñoso e inteligente caballo le gustaba ver como el herrero trabajaba en la fragua con los mismos medios y métodos de la Edad Media. Félix despreciaba cualquier cosa que se interpusiera entre él y su capacidad para doblar y soldar metales como lo hacían sus antepasados. No le gustaban nada las máquinas y prefería un buen animal de tiro alimentado con heno y avena que los transportes a motor que devoran combustible y expulsan los restos convertidos en monóxido de carbono.

Esta clase de tipos le gustaban a Caballo... mucho.

Félix nunca se quitaba la «parpusa», dormía incluso con ella. Para ver al herrero sin su querida gorra de visera había que entrar el domingo en la iglesia, porque Félix sólo se descubría ante Dios.

A su taller se le consideraba el taller del barrio, aunque se encontraba más hacia la Ciudad Jardín, un espacio verde donde el frente-populismo sintetizó las viejas ideas del socialismo utópico, proyecto difícil de conseguir entre los escombros originados durante la Guerra Civil de 1936 por los antagonismos entre poseedores y desposeídos.

La dictadura militar hizo que los «moscones» del barrio cambiaran de gustos e ideas: cambiaron de himno, de bandera, pero fue incapaz de conseguir que un hincha del Atlético se hiciera del Real Madrid. Como en cualquier parte de España un madrileño no cambia sus colores, aunque le encierren o torturen, y eso Franco lo tuvo en cuenta.

Todos respetaban a Félix, además de los que llevaban herraduras por Ley. Ese mismo afecto no era compartido por los cerdos que perdían con él sus atributos genitales.

Félix además de herrero era el capador oficial de cerdos del barrio

Otra de sus habilidades por la que era muy reconocido era el corte y confección de los trajes de madera... ataúdes para ser más claros... el ataúd de diseño se quedaba para las boutiques funerarias del centro de la ciudad donde acudían lo que tenían que presumir de muerto. Los servicios funerarios de Félix eran requeridos en caliente, o sea, mientras el muerto aún estaba vivo. La veces que el enfermo se moría del susto cuando Félix le tomaba las medidas. Algunas veces se hacía a posta con tal de acelerar.

Al joven García le gustaba ir al taller de Félix. Un día entrando en el taller le dijo que le acompañara a ver a un cliente. Tenía que tomarle las medidas. Un moribundo, pensó García, dicho en argot médico «uno que está pidiendo pista».

Tomarle las medidas a un muerto no es lo mejor que puede hacer un chico para pasar el rato, pero Félix le quitó importancia diciendo que sólo tenía que sujetar un extremo de la cinta. Después de ese día no pudo olvidar el horror que vio en los ojos del hombre que su alma se reflejaba en los espejos. El miedo en su escala máxima había superado ya los controles del cerebro del moribundo causándole una parálisis completa de todo el cuerpo, menos en una de sus manos, precisamente la que sujetó la mano del tembloroso joven García que sujetaba el extremo de la cinta métrica con la que el herrero le medía de largo. La sensación del contacto con la muerte condicionó toda su vida, ante el estado emocional que le produce la muerte es incapaz de compartir espacio con un muerto, o un candidato a serlo.

Félix trabajó toda la noche en el ataúd. Por la mañana, cuando García fue a verle, le dijo: «La ha palmao ¿Te vienes a llevarle el traje?»

La caja ya estaba terminada con sus herrajes y cerradura de latón sin pulir. Félix pasó la mano por las migas que se le habían caído del bocado de escabeche que se había comido sobre la tapa del féretro y el chico comprobó que el ataúd le había servido también al herrero para echar una cabezadita unas horas.

García pensó que después del mal trago que pasó durante la medida del cadáver lo de ahora no sería tan duro, así que ayudó al herrero en la labor de preparar el carro que el herrero usaba para las «entregas» y le acompañó saludando a la mula que mirándole con cara de asombro pensó:

«¿Y este *mico* dónde va?»

Hasta la mula se permitía pensar, evaluar y por supuesto no entender que hacía un chico que debía estar jugando al peón con sus amigos subido en un carro que llevaba un ataúd. La mula pensó protestar negándose a tirar de carro, incluso tirarse un par de olorosos pedos para ver si al muchacho le producía una mala reacción y renunciaba a oler el aire que deja en el ambiente un muerto. Pero no. El condenado crío estaba dispuesto a rematar la faena del día anterior y en tan corto espacio de tiempo no sabía cómo impedirlo. No poder pensar con rapidez no era culpa suya, sino de la pequeña parte de burro que toda mula lleva dentro.

«Bueno —se consoló la mula—. Espero que el caballo del chico no se entere de esto y venga a la cuadra a pedirme explicaciones»

En la casa de «ojos de muerto» los gritos de las plañideras señalaron en qué parte de la casa habían depositado al difunto. Mientras llegaba su nuevo y último traje de fiesta le habían depositado en el duro suelo con las manos entrelazadas sobre el pecho, en la cama podía tomar mala forma por el «rígor mortis» y la caja le cayera estrecha de sisas.

Tenía un color raro de piel y algunas «lucilias César» sobrevolaban sobre el bufé que les ofrecía el cuerpo rígido del muerto. No moverse posibilita mucho la labor de acercamiento de la mosca verde.

Habían traído de la funeraria contratada por Ocaso unos enormes candelabros metálicos labrados con unos cirios de considerable tamaño que no se encendían para no gastar la cera. Sobre la cabecera donde reposaba el muerto habían colocado con un trípode de madera una corona de flores con una cinta color nazareno donde con letras doradas le comunicaban: «Tu esposa y tus hijos no te olvidan».

Mentira. Su mujer ya le había echado el ojo a su sustituto en la cama y los hijos no cabían en sí de gozo porque por fin se habían librado de las palizas diarias de su padre.

El tono agudo lo ponían las «suspirantes» profesionales pagadas por la viuda para llorar al difunto, ella y sus hijos no podían hacerlo porque más que suspirar y llorar tenían ganas de partirse de risa. El único afectado de verdad era el tabernero, que sentía la pérdida de su mejor cliente.

Un funcionario de la sociedad Ocaso, la sociedad previsora que empieza a cobrar tu entierro desde el mismo día del bautizo, tomaba notas con un pequeño cuaderno y preguntaba a todos si estaban contentos con el servicio. Presumía además de lo bien que lo hacía la sociedad a la que representaba, por si alguien se animaba a firmar la póliza que pone que por una pequeña cantidad mensual serás enterrado con dignidad.

En dos mesas cubiertas con hules de colores había tazas de café y vasos tipo chupito para los licores espirituosos. Los espirituosos están más acordes con el momento.

En la puerta los parientes de menor grado se repartían las pertenencias personales del muerto. Las herramientas no las quería nadie, no tenían ningún atractivo para los negros cuervos enemigos declarados del trabajo, eran moscas «hominívorax» que con su identificable color verde y sus ojos de color rojo buscan las heridas de los animales para depositar los huevos. La espantosa mosca en su fase adulta se alimenta con el néctar de las flores.

La fase adulta de la mosca, la que se alimenta de néctar, la representaban en el velatorio los que hacían cábalas sobre quién se «tiraría» primero a la desconsolada viuda que brujuleaba entre ellos ofreciendo chupitos de whisky Johnnie Walker, botella que había traído un primo del economato americano de la base aérea de Torrejón.

Los hijos, tan contentos, aunque miraban al muerto con desconfianza temiendo que se levantara y la armara como cada sábado, por lo que se apresuraron a meterle en la caja y dejar la tapa muy a mano por si acaso.

Dos vecinas, arquetipo de las moscas de milán, comentaban en voz baja que a la hija le había protegido la virgen, su padre había muerto sin enterarse que estaba preñada de tres meses y el novio la había dejado sin querer saber nada.

—Es un cerdo, ha dejado a la pobre chica con la tripa...

—¿Pobre? —dijo la más chismosa de las dos—. El Basilio dice que esa guarra se estaba acostando también con su hermano...

—¡No! —dijo con asombro la otra, pero con sonrisa de triunfo porque ya tenía tema para unos cuantos días.

—...Y con su padre, y con uno de sus tíos —siguió con el hilo la cotilla en su ejercicio de hábil enredadora—. A esa lo mismo le da que la monte un toro que un cabestro.

—¡Madre del amor hermoso! —dijo la otra santiguándose, muy beata ella—. Menos mal que el «Matatías» está ahí de cuerpo presente:

Matatías era el mote que le habían puesto en el barrio, se llamaba Matías.

El acomodamiento del muerto dentro de la caja fue el acicate para que las lloronas profesionales se ganaran el sueldo. Una de ellas soltó el nombre del muerto que el grupo había velado el día anterior y la jefa de las plañideras le dijo que volviera de Las Batuecas con un sonoro pescozón. Escenas oníricas y fascinantes con las que Federico Fellini hubiera hecho una de sus inspiradas películas barrocas.

El funcionario de Ocaso pagó a Félix su trabajo y la diferencia que sobraba del presupuesto que la sociedad destinaba al pago del féretro se lo dio a la viuda, que había pedido la caja hecha por el herrero en lugar de la ofrecida por la funeraria, demasiado lujosa para un patán como su marido.

Félix, que no se había quitado la gorra ni ante el difunto, subió al carro a García y salieron de allí dejando a la afectada viuda contando el dinero que le había entregado el funcionario de Ocaso por haber renunciado a una caja de diseño, la impresión de sobres y recordatorios y la ceremonia religiosa que le correspondían al finado por contrato.

La afligida viuda contaba el dinero pensando que el toco de su marido producía más muerto que vivo.

«¿Por qué se ha muerto ese hombre? —preguntó García al bueno de Félix.

«Le ha dado un cólico miserere —contestó el herrero—. O sea, querido amigo le ha cagado la moscarda»

«¡Ah! —dijo el chico con naturalidad como si supiera de que se trataba»

“Le ha cagado la moscarda es un dicho popular. Tanto ese enunciado como el de «ha muerto de un cólico miserere» son expresiones caídas en desuso para indicar que el difunto había muerto de algo desconocido para ellos. Los cultos sí sabían que el «cólico miserere» es el término que define el intenso dolor abdominal provocado por la lesión en el tubo digestivo. Peritonitis”

García le miró a los ojos. El herrero animaba a la mula llamándola por su nombre mientras chupaba la perenne colilla de un cigarrillo apagado que ni él mismo sabía cuándo le había encendido. Las ruedas de radios de madera y aros metálicos del carro iban dejando un surco donde revoloteaban las moscas del barrio obrero. Eran «lucilias» que seguían la estela que dejaba el carro... un rastro de olor a muerte.



Capítulo XIV

Simúlidos:

Los «Simúlidos», vulgarmente conocidos como «Mosca Negra», son el azote del ganado y las personas porque actúan como vectores de la oncocercosis que origina la ceguera. Los «simúlidos» del barrio obrero eran los que desde la guerra simpatizaban con las ideologías de carácter militar y totalitario. Las «moscas negras» identifican a los grupos afines por el color de la camisa que usaban como símbolo de identidad política. Seguían la filosofía paramilitar de los «camisas pardas» alemanes, los «camisas negras» italianos y vestían con orgullo desmedido la «camisa azul mahón» de los falangistas españoles. Su propio signo de identidad era el bigote fino y recortado, el pelo engominado peinado exageradamente hacia atrás y las gafas oscuras que ocultaban su mirada. Sus ojos de mosca negra.

Se ofrecían voluntarios como espías de barrio al servicio del Régimen. Su misión era reportar todo lo que oían, aunque para ellos careciera de sentido. El caso era espiar tanto a los cooperantes como a los indiferentes y por supuesto a los que consideraban que el color rojo era su principal seña de identidad. Los jefes provinciales tenían a su cargo suficiente personal liberado para la información que incluían un secretario y varios agentes por cada distrito urbano. Estas moscas negras, o simúlidos, tenían la misión de mantener al tanto de la Secretaría General del Movimiento cualquier actividad de tono político. El grupo de simúlidos encargados de vigilar el barrio donde nació García estaban al mando del sectario Luís Ruiz Losada: seguidor incondicional de la doctrina del falangismo que presumía de haber formado parte del grupo instigador de la Ley que prohibió en Valencia las fiestas paganas, los bailes inmorales, la bárbara costumbre de los valencianos de tirar cohetes por cualquier motivo y exhibir el cuerpo en la playa.

Los atrevidos que desobedecían las leyes ortodoxas propuestas por la Iglesia y mostraban parte de su cuerpo enfundado en un recatado traje de baño podían ser recluidos y tratados como delincuentes, con excepción de los casos leves entre los que se encontraban los que tomaban el sol vestidos de hombre rana. Los imprudentes pecadores eran sometidos sin distinción de sexo o edad a pasar por el bochornoso trance de ser pelados al cero, con lo que esto suponía para la imagen de las personas decentes.

No era cierto Ruiz Losada nada tuvo que ver, lo decía para darse importancia, cualquier persona sensata estaba capacitada para saber que el Estado no obedecía a grupos sin talla política ni moral que refrendara leyes propuestas por medio de los obispos de la Iglesia. Los obispos no perdían la oportunidad para hacer amigos.

“Un hombre pelado al cero era considerado como un desgraciado sin recursos que había salido recientemente de la cárcel. Una mujer lo mismo, con el agravante de ser señalada como casquivana o meretriz”

En los años de posguerra los madrileños fueron obligados por ley a «Vivir sin decir Te Quiero». Estaban prohibidas las muestras de cariño en público siendo injustamente multados los que eran sorprendidos por la autoridad. Impulsar estas leyes no acercó a los curas al pueblo, se miraba con recelo a los curas y se acudía a la iglesia para lo estrictamente necesario, con el riesgo de ser considerado fuera de la ley sin derechos ni oportunidades de trabajo.

Luís Ruiz Losada se ponía de medallas que no le correspondían, con esto centramos a qué tipo de calaña pertenecía y el carácter de las leyes a las que servía. El oscuro personaje nunca fue del agrado del abuelo de García, pero le salvo de ser machacado a golpes por un obrero antiguo revolucionario de izquierdas que vivía desde chico de la cantería. Tenía un cuerpo y unos brazos que daban miedo verlos.

La plaza de Santa Ana, situada en el madrileño Barrio de las Letras, fue un excelente lugar de encuentro de amigos que estaban en la misma onda. El hotel Reina Victoria de los toreros, la cafetería Suiza, o la cervecería Alemana y sus tapas atraían a la zona a toreros, artistas e intelectuales de las letras. García Lorca y Hemingway entre otros.

Corría el mes de enero de 1952 cuando don Jesús, el abuelo de García, se encontraba en esta cervecería a la hora más frecuentada por los funcionarios de la embajada norteamericana. Estaba con unos amigos que habían asistido a un íntimo funeral por el lírico madrileño Pedro Salinas, que había muerto en Boston el mes anterior.

En la tertulia se hablaba de los raquícos Presupuestos Generales del Estado publicados por las Cortes que demostraban la debilidad económica que tenía España en la década de los cincuenta. Exigua como la talla del dictador. Todo iba bien hasta que entraron un par de «simúlidos» acompañados por Ruiz Losada, la mosca jefe, que saludo con respeto a don Jesús y se situó con sus acólitos en una mesa del fondo.

—Bien. Tendremos que hablar de arte a partir de ahora —dijo don Jesús señalando con su mirada a los recién llegados—. A las paredes les han crecido las orejas.

—¿Los conoce? —preguntó uno de los amigos mirando hacia ellos.

—Sólo a uno. Realiza operaciones de vigilancia para los falangistas, es un mal bicho. Lo que no sé es que hace en este distrito, no es el suyo.

—Vigilar a los enemigos internos y externos de la Falange, que son muchos —dijo otro señalando las mesas donde había funcionarios extranjeros del cuerpo diplomático.

—Yo creo que han entrado para espiar a los que están sentados en aquella mesa que son del Opus Dei —dijo otro de los amigos que conocía a las personas que estaban sentadas hablando discretamente, sin duda de temas relacionados con el Estado.

—¿Señalan ahora a la derecha tecnocrática? —preguntó interesado don Jesús.

—La Falange está preocupada. Ha mandado montar operaciones de vigilancia para controlar a los que representan los intereses políticos y económicos de la Organización. Los falangistas consideran al Opus Dei enemigo de la política interna, así que tratan de impedir la llegada de sus miembros a los puestos relevantes del Estado.

—Sin ningún éxito, por lo que veo —dijo don Jesús.

—Así es, con muy poco éxito —contestó el versado sonriendo—. En los informes a la Secretaria General del Movimiento los falangistas definen al Opus Dei como una organización secreta, una orden religiosa en la que sus seglares se dedican a realizar labores de apostolado con la finalidad de conquistar el poder a través del control de las entidades culturales.

Existen tres grados por los que pasan los miembros de Opus Dei, los de mayor responsabilidad son el segundo, San Miguel, que obliga a entregar sueldos y rentas a la Obra y esta facilita el acceso a puestos relevantes, destinos políticos o docentes que posteriormente son puestos a disposición del Opus Dei. La Organización corre con los gastos personales, aunque estos sean mayores a los aportados. Se les procuran premios, becas y subvenciones para que puedan alcanzar todos sus fines. La consigna de la Obra se basa en el edificio del Estado. La aspiración máxima es llegar a ocupar los puestos de mando más relevantes en todas las esferas de poder civil y político.

El tercer grado, San Gabriel, está reservado para los que llegan a la ordenación sacerdotal y en casos excepcionales al seglar casado o soltero que reúna condiciones muy especiales. En este grado se aspira a ocupar destacadas posiciones en la escala diplomática y consular.

En los grados anteriores, tres son los votos: castidad, pobreza y obediencia. En el tercer grado hay un cuarto que se refiere a la entrega total y vitalicia de la persona y sus bienes a la Obra.

—Los falangistas pasan duros informes y continuos ataques contra Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador de la Obra de Dios. Según sus críticos es un sacerdote de vida irregular y conversaciones impropias de un sacerdote que cuenta chistes fuera de tono.

—Confieso que no sé mucho sobre la Obra —dijo don Jesús mientras tomaba un sorbo de su copa de cerveza—, es curioso que por tener muchos hijos y alguna amistad en la Organización piensan que tengo que ver con ellos. Nada más lejos.

—Algo parecido me pasa a mí —dijo otro de los amigos—. Es verdad que han hablado conmigo y con alguno de mis hijos, pero...

—Les aconsejo ser cautos —interrumpió el que mejor conocía a la Organización—. Los camisas nuevas equiparan al Opus con la Masonería y eso resulta peligroso...

De pronto se armó un revuelo. Un hombre corpulento se había enzarzado en una discusión con los acólitos de Luís Ruiz Losada porque estos dos junto a un grupo de con falangistas habían entrado días antes en un bar de la calle General Ricardos y le habían dado una paliza por negarse a cantar el Cara al Sol. Ahora, él solo, se enfrentaba con los tres sin importarle si llevaban o no la pistola escondida. Parte de la culpa sobre el odio y la antipatía con que miraban los ciudadanos a la dictadura militar impuesta por Franco fue por culpa de las actuaciones partidistas y paramilitares de estos grupos contra los que ellos señalaban con el estigma de rojo vencido. Procuraban hacer amistades.

—¡Ahora vosotros me vais a cantar aquí mismo La Internacional maricones!

Dijo el obrero que desde niño vivía de la cantería, un oficio que no suele dar dinero a los que ejercen de cantero pero que les hace desarrollar un cuerpo y unos brazos capaces de romper el mundo a martillazos.

Había cogido a los dos por la pechera, uno con cada mano, y les mantenía en alto sin que tocaran el suelo. Luís continuaba sentado, se supone que cagado, con un color verde aceituna preocupante. Los que estaban suspendidos en el aire empezaron a entonar la canción del movimiento obrero con un ridículo naná naná naná.

—¡Con letra! —dijo el violento cantero.

—No... no... no la sabe...mos —dijeron ambos a la vez a punto de llorar.

El fuerte cantero les sacó de la cervecería Alemana a mamporros.

Una vez en la plaza despidió a cada uno con dos buena bofetadas y una patada a la altura del bolsillo trasero del pantalón, que es donde más duele moralmente. Después volvió a por Luís Ruiz Losada que seguía clavado en la silla. El cabecilla de las moscas negras al ver entrar de nuevo al enfurecido cantero sacó fuerzas de donde pudo y poniéndose en pie le señaló con el dedo para decirle con voz quebrada:

—¡Usted no sabe quién soy yo!

—¿Cómo que no lo sé? Tú eres el jefe de esos cabrones, así que a ti te toca cobrar el doble.

Con la primera fue suficiente, la cara de Ruiz Losada giró violentamente hacia un lado y las gafas negras decidieron alejarse de sus ojos por puro conservadurismo. Fue peor, se estrellaron contra el suelo escupiendo los cristales como un vapuleado escupe los dientes. Nadie se atrevió a intervenir. Los camareros se habían quedado clavados con las bandejas al aire conteniendo la respiración. Fue don Jesús quien evitó que el incidente llegara a males mayores, no por librar a Ruiz Losada de recibir la soberana paliza que sin duda merecía:

—¡Ea! ¡Ya está bien! —dijo interponiéndose—. Ya le ha asustado lo suficiente, no le parece.

El violento miró al abuelo de García y algo intranquilizador tuvo que ver en su mirada porque bajo los brazos y haciendo gestos todavía de amenaza cogió una jarra de cerveza de la bandeja de uno de los camareros y se la bebió de un trago.

—Todavía estaba fresquita —buscó dinero en los bolsillos para pagarla.

—Está invitado —dijo don Jesús adelantando su mano—. Puede marcharse.

El cantero hizo un gesto de agradecimiento y salió de la cervecería como un toro. Los otros vapuleados al verle salir de bar corrieron asustados hacia la calle del Príncipe.

Ruiz Losada recogió las gafas —sin lograr encontrar los cristales—, y se marchó sin pagar... como siempre. En la puerta se volvió para dar las gracias al abuelo de García, pero este quitó importancia al asunto con un gesto y le dijo con la mirada que se marchara de una vez.

Uno de los que participaban en la tertulia se acercó a la mesa y recogió la pequeña libreta que había dejado olvidada en la mesa Luís Ruiz Losada, un gastado cuadernillo lleno de notas donde había estado escribiendo antes de la pelea.

—¡Miren ustedes lo que hay aquí escrito! —dijo con un gesto de clara sorpresa.

—¡Madre de Dios! —dijo otro de los amigos al ver lo que había allí escrito.

Don Jesús vio las notas del cuadernillo y al reconocer la mayoría de los nombres sonrió. Después pensó que curiosamente era la primera vez que veía los ojos de Ruiz Losada, descubriendo que no eran esféricos como los ojos de los simúlidos, sino como los ojos del resto de los humanos.

El 29 de octubre se constituyó un nuevo gobierno en España de carácter monocolor, del total de 19 ministros, 11 pertenecían al Opus Dei.



Capítulo XV

Stomoxys Calcitrans:

A esta especie de mosca se la conoce además como «Mosca Brava», tanto los machos como las hembras chupan la sangre de todos los animales de sangre caliente... hombre incluido.

Se llamaba Martín y era el carterista del Barrio Obrero. Era una «mosca brava» porque era natural de los alrededores... de los alrededores de la Costa Brava... y por ese fenómeno espontáneo entre palabras parecidas se portaba como tal.

La «stomoxys calcitrans», o mosca brava, es para el hombre y los animales un tormento, como lo era Martí (Martín para los que no hablan catalán) para los usuarios del metro de la línea dos: Ventas-Cuatro Caminos. Le pillaba cerca de casa. También afanaba a los cándidos en tranvías, autobuses y trolebuses, más fácil porque a los frenazos imprevistos se les saca mucho provecho. Otro centro de operaciones era la calle; aunque, como auténtico profesional, consideraba que el callejeo es sólo para golfos y aficionados.

El carterista que se preciaba entonces trabajaba sólo con el «isidro» (paleta) con buena cartera que venía del pueblo a la capital para ver una buena corrida de toros en la Monumental de las Ventas. Otra fuente de riqueza estaba en los seguidores de los equipos de fuera que venían a Madrid con la ilusión de ver caer por primera vez en la historia al poderoso Real de Alfredo Di Stéfano, Puskás y Gento.

Martín hacía su agosto con estos «pardillos», pero con lo que más disfrutaba era «limpiando» a los ávidos de sexo que acudían a ver las piernas de su sobrina Pilar, la vedette, mientras actuaba en la sala de fiestas Pasapoga. ¡Ooooh! Que gran gust mare de Déu (¡Ooooh! Qué gustazo madre de Dios, para los que no hablan catalán)

Pasapoga estaba en el Broadway madrileño. En los bajos del cine Avenida de la Gran Vía. Pasapoga era el acróstico de las primeras letras del apellido de sus propietarios, el «ga» era de García, por supuesto. Para los nostálgicos que conocieron el esplendor de Pasapoga, antes de convertirse en club de «música house» enfocado al público gay, significó el referente de las salas más lujosas elegantes y caras de España y de Europa. En Pasapoga actuó Frank Sinatra cuando vino a Madrid.

Martín tenía en Pasapoga el mejor escenario para «tocar el piano»»(aligerar carteras, para los que no hablan catalán) Martín era la antítesis del carterista, medía dos metros y pesaba doscientos kilos. Un auténtico toro de lidia. Tenía porte de «simúlido» porque siempre llevaba puestas sus gafas oscuras. Su caso estaba justificado porque era tuerto y de los tuertos hay que mantenerse a distancia porque dan mal fario:

«Hoy me ha mirado un tuerto» —decían los supersticiosos tocando madera.

La mala suerte no era que Martín le mirara, la mala suerte era cruzarse en su camino, sobre todo con sus dedos endiabladamente habilidosos. El enorme carterista no ejercía de catalán porque era difícil que despegara los labios. Hablaba sólo lo preciso y para eso se arreglaba con el castellano que como «llengua» (lengua para los que no hablan catalán) tampoco está mal. Se puede aguantar.

Compartía casa y dinero con sus hermanos y dos sobrinos, todos catalanes, aunque tampoco deseaban diferenciarse hablando en su lengua románica. El único que sí lo hacía era Antoni (Antonio para los que no hablan catalán) Era el sobrino pequeño de Martín y hermano de Pilar la vedette. Antoni soltaba de vez en cuando una parrafada en catalán para impresionar a los chicos del barrio y estos, impresionados, enseguida se encargaron de ponerle el mote apropiado. Mote que Antoni aceptó sin rechistar evitando que le buscaran otro peor. En el barrio era «el inglés»

El inglés y García se hicieron amigos inseparables, acompañaba al catalán en lo que era su pasión, cazar pájaros con «ballestes» (ballestas para los que no hablan catalán)

El inglés era un virtuoso con el tirador, para disgusto de los pájaros que no eran atraídos por el cebo de las hormigas de ala. Enseño a García a jugar al billar y juntos se convirtieron en la pareja a batir del barrio jugando al fútbol.

El inglés era un chico hábil y creativo, todo se le daba bien y tenía mucho tiempo libre porque era el único que no tenía un rol definido dentro de la organización familiar, se limitaba a gastar lo que le daban de paga y a «tocársela» con desmedida frecuencia.

Pilar la vedette tenía una larga y preciosa cola de caballo de color castaño que era su seña de identidad. En el barrio era conocida por «la caballo» (la cavall, per als que no parlen castellà) Tenía además un cuerpo tan extraordinariamente perfecto que a Rodin le hubiera servido de inspiración para hacer una nueva versión de El Beso. Lo suyo era la danza, pero se quedó a medio camino y no tuvo más remedio que cambiar las zapatillas de punta por los tacones de aguja, más apropiados para encandilar a los clientes de Pasapoga.

El baile era el medio ideal para enseñar sus mareantes piernas y con el baile agarrado aturdir a las víctimas de Martín que se quedaban sin cartera durante los procesos de alteración incontrolada promovida por los ardientes pechos de la cavall (la caballo, para los que no hablan catalán)

La caballo se encontraba en su salsa bailando en el escenario del Pasapoga porque tenía forma de herradura. La exuberante decoración con columnas y pinturas murales imitando frescos antiguos aportaban al trabajo de la caballo el marco perfecto para las sesiones de carterismo que su familia montaba para dar apoyo logístico a su tío Martín.

La misión que tenía encomendada la vedette por la familia era descubrir donde guardaba la cartera el pardillo de turno y si merecía la pena limpiarle o estaba más tieso que la mojama. Su cometido se centraba en la fuente de información para ver si su acompañante era un bocazas que presumía de dinero y no lo tenía. O sí lo tenía, pero no presumía. Para cumplir esta parte del plan deslizaba cariñosamente sus finísimos y delicados dedos para estimular a la víctima, mientras hacía el balance de los posibles con los que pretendía el encendido cliente sobón llevarse a la cama a una de las chicas del conjunto, o a la vedette si se ponía a tiro.

Una vez hecha la exploración la siguiente fase era pasar las señas convenidas a la familia para que entrara en acción.

Martín no se la quedaba. Los buenos profesionales sacaban la cartera con un gesto relámpago y la pasaban, nunca se la quedaban. El cliente cauto solía colocar una de sus manos cerca del bolsillo donde llevaba el dinero si se producía un acercamiento que pusiera en peligro el Pas de deux que mantenía con la bailarina. Mal, muy mal, ella le quemaba la mano con el cigarrillo que mantenía encendido para poner remedio a la contingencia. Mientras el primo se frotaba la quemadura Martín le dedicaba un solo de piano dejándole el bolsillo liso como la espalda de un violín. Pasaba inmediatamente la cartera a uno de sus hermanos y este a otro que la sacaba del local. La operación se hacía en el tiempo récord que el cliente volvía a poner su mano sobre la «buchaca» donde guardaba el dinero ¡Comprobando que el bulto que le hacía en el bolsillo había desaparecido por arte de magia!

En casos extremos había que acudir a la técnica del corte: cortar el bolsillo con un exclusivo e ingenioso artilugio reservado únicamente para profesionales. No traten de localizar el artilugio en la tiendas del ramo porque no se lo venderán, a no ser que pueda demostrar que tiene su licencia de carterista o «manguí» en regla y está al corriente del pago de las cuotas precisas para ejercer esta excluyente profesión.

Está claro que las víctimas raras veces acudían a denunciar el robo a la comisaría porque Franco aborrecía a los que trasnochaban, fumaban, bebían, jugaban a las cartas y buscaban aventuras amorosas fuera de casa, debilidades que no heredó del adúltero de su padre al que odiaba por haber amargado la vida de su resignada y bondadosa madre por hacer todas esas golferías. Además de ser masón.

Conociendo las fobias del Caudillo no había ningún comisario que no se desviviera por hacer lo que agradaba al Caudillo, así que pobre el que acudía a la comisaría a decir que le habían robado la cartera en un cabaré mientras tonteaba con una de las chicas del conjunto, porque decir que se estaba ligando a la vedette podía sonar a fantasmada y provocar que el comisario le dijera con tono irónico y burlón:

«¡Oiga usted! ¿Ha venido a denunciar que le han quitado la cartera o a tirarse el moco?»

Eso era lo de menos, si el comisario veía que el robado era un tarambana le daba un par de vergonzosas bofetadas por alardear de mujeriego en su presencia y aumentaba la multa que debía pagar sin rechistar, además de aguantar el sermón del comisario sobre sus deberes como padre y esposo.

«O multa o sermón señor comisario, las dos cosas no» —protestaban los más atrevidos.

La postura no era recomendable, además de tener que soportar humillado el sermón recibiría sin duda una patada en el trasero cuando el comisario le echara de su despacho con la siguiente amenaza: «Da gracias a que esto no trascienda y llegue a oídos de tu mujer. Así que vete a tu casa maricón de mierda y no vuelvas por aquí porque la próxima vez te empapelo»

Eso. ¡Encima agradecerle al cabrón del comisario que le había pegado e insultado que no tuviera que explicar a su mujer lo que hacía en Pasapoga cuando le robaron la cartera! El silencio se convertía en el mejor aliado de Martín, si era malo enfrentarse a un comisario, peor era decirle a un armario de doscientos kilos que le había robado la cartera. «Mejor déjalo» —pensaba la víctima al ver al tuerto mirarle con un solo ojo.

La policía conocía las andanzas de Martín y su familia. Les dejaba vivir. En más de una ocasión la «poli» utilizaba a la familia para hacer «trabajitos»: robarle la cartera a una persona vigilada, meter en su bolsillo algo comprometido para poder detenerle. No importaba que. El caso era que los que tenían la responsabilidad de acabar con los enemigos del Estado utilizaban cualquier chapuza para cumplir con su cometido.

«El fin justifica los medios». Lema de la policía de entonces.

También eran confidentes del comisario que les consideraba parte fundamental de su departamento de información, contradiciendo a los guardias civiles que no les gustaba intrigar, se limitaban a pegar el estacazo y preguntar después:

«Ahora vamos a ver gitano ¿Qué es lo que has hecho?»

Cada comisario que se considerara responsable debía de hacer frente a una serie de compromisos que serían difíciles de conseguir sin la ayuda externa de los que estaban «en el ajo». Si la víctima era un don nadie salía de la comisaría con media cuartilla escrita con una Underwood donde estaba una denuncia sin esperanza. Si por el contrario el afectado era alguien importante que pudiera promocionar el ascenso del comisario este se desvivía por agradar al denunciante:

«Duerma tranquilo señor marqués. Hoy mismo pondré a toda mi gente a trabajar para que su señora recupere lo que le han quitado en la puerta del teatro»

Quien ponía a trabajar no era su gente, ponía a trabajar a Martín y su familia:

«Mañana quiero tener encima de la mesa lo que le habéis limpiado a la marquesa»

Le daba igual si había sido Martín o no, el caso es que el pequeño botín aparecía con el suficiente valor añadido para que la víctima se sintiera satisfecha y dijera que estaba todo en orden ¡La muy sinvergüenza!

Ante una visita a Madrid de una autoridad, o rebajar la lista de los disgustados por haber sido mordidos por el carterismo, el comisario obligaba a Martín y su familia a estar un par de semanas en «la nevera», un permiso sin paga o paro forzoso para que pudieran reciclarse. La familia aprovechaba para practicar con el maniquí de cascabeles o acudir a la escuela de carteristas de Valladolid para hacer un máster.

Otra ocupación que no precisaba de tanta habilidad era trabajar como confidentes conduciendo un taxi que permanecía las veinticuatro horas al servicio de la Brigada Político Social, encargada de vigilar las tramas conspirativas contra el Régimen.

Pilar la vedette invertía su tiempo libre en lo que para ella era mucho más productivo que vigilar a los estudiantes de la izquierda revolucionaria. Aprovechaba el revoloteo de los moscones que acudían a Pasapoga para cambiar sexo por descorche, industriales adinerados dispuestos a gastar una fortuna para conseguir caricias y eróticos favores de la caballo. El nivel de Pilar como sacacuartos estaba contrastado. Era la mejor. No la importaba que un hombre presumiera de habérsela ligado, incluso ella ponderaba las cualidades viriles de su eventual pareja elevando con ello su autoestima: «Me vuelve loca, es el único hombre que consigue que me desmaye cuando me hace el amor».

Por supuesto que no era verdad, pero eso vende mucho y compensa el sacrificio financiero del mirlo blanco que está dispuesto a pagar lo que sea para que una primera vedette se le cuelgue del brazo. Propagar de forma tan positiva las cualidades sexuales de un hombre que no da la talla bien merece un viaje de compras a Nueva York, con lujosa estancia en la suite presidencial del hotel Hilton, cambio completo del ropero y un par de visitas a Tiffany's para poner remedio a sus desatendidos dedos y rodear sus muñecas desnudas con finas tiras de brillantes.

«¡Perdona cartera!» —pensaba el rico industrial cada vez que la vedette se detenía en un escaparate de la Quinta Avenida.

¡Si los conquistadores españoles fueron al nuevo continente para traer a España oro
¿Por qué no podía la caballo hacer lo mismo y traer al barrio diamantes?

A pesar de todo lo que obtenía la caballo con sus viajes a Manhattan lo más relevante para ella era el espectáculo que montaba con su regreso. Alquilaba en Madrid un ostentoso Cadillac descapotable con chofer uniformado para que la llevara desde el aeropuerto a su casa, dando un par de vueltas al barrio para fardar de coche y de lo que traía puesto. Le encantaban sus puestas en escena. Disfrutaba viendo a los vecinos echarse a la calle para recibirla como si se tratara de la mismísima Ava Gardner.

Al bajar las maletas del coche el solícito chofer las mostraba con movimientos estirados para que le gente viera la extraordinarias riqueza de su piel y los herrajes dorados con la marca del fabricante. La vedette sólo se hacía cargo de llevar en la mano derecha el pequeño maletín caído en desuso y pasado de moda que necesitaban las mujeres para tener a más a mano sus cosas personales.

Lo que nadie nunca pudo descubrir es lo que hacía la caballo con el perrito de finísima raza que siempre traía en brazos como elemento más de ornamentación.

El perro desaparecía enseguida de su vida, como enseguida desaparecía de su vida el novio casual.

La estela de glamour que dejaba a su paso la vedette dejaba atónitos a los vecinos que miraban como «papamoscas» el abrigo de visón que traía la duquesa sobre los hombros. Cubriendo por detrás el traje sastre diseñado por Coco Chanel.

Como su tío, que siempre llevaba puestas las gafas de sol, la caballo ocultaba sus preciosos ojos siempre bien pintados con las gafas de diseño compradas en la Sexta Avenida, a juego con el reloj de Cartier y la pulsera que, sin estar a la altura de las joyas de la corona, si cubría las expectativas con las que sueña cualquier mujer ambiciosa.

El Barrio Obrero no era precisamente el mejor lugar para llevar sombrero, las sencillas mujeres del barrio sólo podían aspirar a cubrirse la cabeza con un pañuelo negro de seda fingida. Ver a una joven diez bajarse de un Cadillac descapotable con un elegante sombrero, medias de nailon y zapatos de Christian Dior causaba el mismo impacto que supone ver a un alienígena franqueando la puerta de su nave espacial.

Allí estaba ella y su bien uniformado chofer que esperaba junto al coche para llevarla maquillada y de nuevo cambiada de ropa para continuar con el idilio contraído con el «paganini» que la esperaba en una suite del hotel Ritz. Al «mirlo blanco» se le exprime hasta la última gota. No hay que darle tiempo para que abra la cartera y eche cuentas y vea que con lo que ha gastado se podía haber acostado con todo el ballet de Pasapoga, boys incluidos.

Con la espectacular puesta en escena los chicos aplaudían a rabiar. Los hombres tragaran saliva pensando en las fantasías eróticas con la caballo. Las mujeres torcían el gesto muertas de envidia, mientras fulminaban con la mirada a sus maridos y daban sonoros pescozones a los niños para que dejaran de aplaudir como bebes de foca.

Hasta la fauna del barrio que asistía a los recibimientos se relamían de gusto mirando la escena. Caballo, el caballo del abuelo de García, miraba orgulloso a quien la gente distinguía con un apodo tan cercano a él:

«A esa yegua ni me la toquen» —decía para sí el bueno de Caballo.

Los perros del barrio, acostumbrados a ver como los caballos por debajo de su cola soltaban únicamente humeantes boñigas, no entendían por qué la caballo no arrojaba ninguna por debajo de la suya; esto es, por la nuca.

Tampoco entendían la afición de la vedette por traerse de ultramar perritos relamidos a los que no se les podía alimentar con el sobrante del cocido, ni conocían el sabor inconfundible de un hueso de babilla.

«A esos finolis hay que enseñarles lo que come un perro de verdad» —pensamientos de los «canis lupus familiaris» todos ellos muy «vulgaris» porque se morían de envidia por no ser del gusto de la vedette.

Los gatos no opinaban. Rara vez asistían a las sensacionales llegadas de la vedette por temor a los que los buscaban como alternativa a sus hábitos alimentarios.

Un gato no es un conejo, pero por tamaño ambos se dan un aire.

Las gallinas no opinaban y pasaban de todo por propia cobardía, bastante tenían las pobres con traer al mundo los huevos que no llegarían a ser polluelos, porque antes serían tristemente cocinados y devorados por los cabrones humanos.

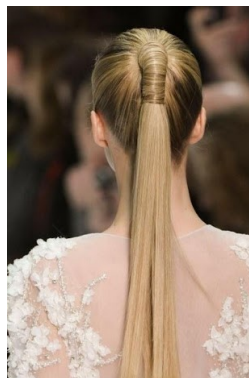
La probóscide es la prolongación de la región cefálica, o parte prolongada de la cabeza de algunos insectos que utilizan este apéndice alargado y tubular para absorber los alimentos. Existen animales que presentan una probóscide que les distingue de los demás, el más característico es el elefante que presenta una prolongación nasal muy desarrollada, la trompa. La utiliza como si tratara de una diestrísima mano.

Martín era en todo la estampa de este mamífero placentario por su altura, su corpulenta humanidad y la entrenadísima trompa con forma de mano que utilizaba para absorber de los bolsillos la cartera de sus víctimas.

La probóscide de la vedette era su cola de caballo, capaz de encabritar y absorber los sentidos de un hombre haciéndole perder la cordura.

También el resto de la familia de Martín se distinguía por tener una notoria probóscide, que por su desvergüenza y descaro era más «morro» que otra cosa. A los que tienen un «morro que se lo pisan» se les llama: «cara dura, vivales o vividores».

Personas de mayor cultura definen a estos personajes con un lenguaje más preciso.



Capítulo XVI

Hippobosca Equina:

Se la conoce también por el nombre vulgar de «mosca borriquera» y «mosca cojonera» por los mal hablados. Es un insecto díptero mayor que la mosca común que vive parasitada en las caballerías. Se alimenta de sangre y transmite entre los équidos la anemia infecciosa equina: disminución anormal de los glóbulos rojos o de su nivel de hemoglobina. Su impacto sanitario es importante porque también puede afectar a los humanos.

El abuelo de García llamaba Caballo a su caballo porque nunca se rompió la cabeza buscando nombres para los animales domésticos que compartían su vida. No participaba en la elección del nombre de los vástagos que se incorporaban a la familia García a velocidad de crucero, si prohibió poner su nombre a los niños de la familia porque los que llevaron su nombre murieron siendo niños. En Italia nadie se llama Jesús, excepto el hijo de Dios.

—«Mi primo Jesús fue un ángel, poco niños han sido tan bonitos como ese crio y su alma reencarnada está presente en mi primo Julio»

Caballo era un noble animal de sangre fría y temperamento tranquilo al que rara vez se le veía galopar. Correr causa fatiga y desgasta las herraduras. Inteligente y sociable causaba admiración en la gente del barrio: «A su caballo sólo le falta hablar, don Jesús».

Hablar, hablar es posible que no, pero a nadie le sorprendería verle cantar rancheras.

El abuelo de García había entrenado al caballo, o el caballo al abuelo de García, de tal forma que caballo y caballero se entendían a la perfección. Rara vez don Jesús tenía que darle una orden, Caballo sabía dónde tenía que ir por lo alto que estaba el sol.

Una vez aviado para ir de paseo esperaba a su dueño junto a los cuatro peldaños que libraban la primera altura de la puerta principal de «la nave» y servían para que don Jesús no tuviera que hacer ningún esfuerzo para subir a la silla. Todo un detalle.

Pocas cosas molestaban a Caballo, sólo las moscas con las que no podía cuando le sacaban de quicio. Había desarrollado una técnica para quitárselas de encima, a menudo lo conseguía. Le gustaba salir de paseo con el joven García, se sentía importante cuando iba a buscarle a la escuela y necesario cuando hacían juntos los recados.

Iban a la vaquería a por la pesada cántara de leche y Caballo lo pasaba mal, no le gustaba arrimarse allí porque en una nave contigua se sacrificaban animales para carne y sus berridos de impotencia le ponían enfermo.

No sólo las «moscas borriqueras» tenían en el barrio la exclusiva de alimentarse con la sangre del ganado vivo, en la nave preparada como improvisado matadero vendían la sangre de los animales sacrificados para deleite de las muchas «hippoboscas» que había en el barrio: gente que disfrutaban con un plato de sangre encebollada con o sin tomate.

Los compradores de sangre fresca de animales recién sacrificados debían llevar un cacharro sin tapa donde el matarife vertía la sangre licuada y ponía dos briznas de paja en forma de cruz que flotaban sobre ella, precaución indispensable para que la sangre conservara intactas sus propiedades hasta el momento de ser hervida.

La sangre que se obtenía de los animales sacrificados fue en la posguerra una barata fuente de proteínas de alto nivel nutricional aceptada entre la gente de escasos recursos.

«Lo malo es que a los chicos se nos obligaba a tomarla mezclada con leche como si fuéramos del pueblo masái».

Además de este extraño potingue a los niños de corta edad se le sobrealimentaba con sesos y criadillas: testículos extirpados para crear una casta de «sesudos y cojonudos» muchachos que sustentaran la nueva España de Franco.

Caballo no entendía por qué a los inocentes chicos del barrio se les obligaba a comer lo que él consideraba de mal gusto y peor aspecto, por muy elevado que sea su valor nutritivo. Con lo nutritiva y la fibra que tenía su dieta. Cada vez que regresaba de la vaquería con los oídos llenos de desesperadas súplicas de los animales sacrificados en el matadero, se metía en la cuadra tan furioso que la pagaba con cualquier animal que le incordiara. En uno de esos terribles enfados ocurrió un indeseado infortunio.

García fue al corral en busca de huevos frescos para que su abuela, doña Carmen, le preparara un ponche: leche, huevo y un chorrito de quina. La quina era vino dulce de quince grados hecho con uvas de Malvasía oriundas de Grecia. Los médicos de familia lo recomendaban para abrir el apetito ¡Sorprendente! Abrir el apetito a los chicos de la nueva España, que lo tenían abierto las veinticuatro horas como los «drugstores» en Inglaterra. La intención no era abrir el apetito, de eso ya se encargaba el hambre, sino hacer más soportables las deficiencias alimentarias durante la posguerra.

Decir: «Mi niño no come por inapetencia» Era menos peligroso que afirmar:

«Mi hijo no come porque Franco nos ha condenado a los vencidos a purgar con hambre nuestra rebeldía»

Lo que me ocurrió en la cuadra lo tuvo merecido el jovencito García y para que no olvidara que pudo quedarse sin nariz el caballo se la dejó mirando a la zona por donde le vino la coza. Ocurrió que después de coger los huevos para el ponche se pasó por la cuadra donde estaba el caballo maldiciendo a su manera a los que miran a los animales con ojos de carnicero. Estaba de pie, no había probado bocado y golpeaba malhumorado la pared encalada con la cabeza.

«Me acerqué por detrás con la intención de tranquilizarle en el justo momento que a un gallo se le ocurrió la feliz idea de montar a una de las gallinas ponedoras que se protegía de su acoso entre las patas del caballo» —recordó García haciendo memoria.

Si el caballo no hubiera estado disgustado hubiera aguantado el molesto trastorno, pero no en este caso que tenía ganas de morder o patear el trasero de los matarifes hasta decir basta. El gallo pagó por todos ellos.

«Soltó una coza sin mirar que tenía detrás el gallo libidinoso, la gallina ponedora y mi asombrada cara que vio venir la herradura y su correspondiente pezuña sin poder evitar el impacto. El gallo y gallina volaron por los aires y gracias al freno que a las aves les proporciona sus alas no dejaron el buche pegado a la pared. Mi cara no. Mi cabeza no tenía alas y se resistió a volar por los aires como una pelota de goma. Resistí la coza del caballo como si hubiera llevado puesto un casco de fútbol americano.

»No recuerdo cuantos dientes pude tragarme, ni los que escupí, ni la sangre que derramé sin que nadie la recogiera en un cacharro sin tapa y pusiera dos pajitas en forma de cruz. Sí recuerdo que no dejé caer los huevos al suelo. Necesitaba el ponche.

La tragedia ocurrió García entró en «la nave». Salvando las distancias su cabeza era una gran albóndiga rociada de la materia prima con la que se hacen las morcillas. El caballo le dejó el dibujo de la herradura en la cara con clavos incluidos y los labios hinchados como paraguayas. Las encías sangraban, al saltar los dientes se perdieron los tapones que mantienen la sangre circulando sin posibilidad de escape.

«Toda la familia vino a abrazarme como si hubiera metido un gol de cabeza»

Todos querían matar al caballo. Hasta Caballo quería matar al caballo que se negó a comer para acentuar la anemia infecciosa que transmiten las hippoboscas equinas, las moscas piojo que se alimentan de la sangre de los caballos que se quieren morir.

En esa situación se encontraba Caballo cuando el abuelo de García decidió llevarle a la plaza de las Ventas para que Secundino Martín lo empleara como montura en las corridas con picador. No quería saber nada del caballo que había estado a punto de matar de una patada al mayor de sus nietos.

Para el tratante de caballos fue una sorpresa, llevaba tiempo detrás del caballo por su excelente planta y porque estaba seguro de que aguantaría las embestidas de los toros sin retroceder. Agradeció el regalo de don Jesús y le prometió emplearle en las mejores corridas. Si es que vivía para contarlo.

García pidió a su abuelo que le llevara a la plaza de toros a despedirse de su caballo, no quería que muriera en la plaza sintiéndose culpable.

«Se estaba celebrando una corrida, pero Caballo no estaba ese día preparado para intervenir, gracias a Dios. Cuando me vio entrar por la famosa Puerta de Caballos de la plaza de Las Ventas se le iluminó la cara.

«¡Mi chico está bien!» —dijo para sí el caballo feliz.

«Le sonreí para que viera que todo había pasado, los dientes los reemplazaría con los definitivos y la piel volvería a tener el color de siempre, no el morado oscuro con ribetes color siena. Secundino nos llevó a un lugar privilegiado para ver la corrida.

El abuelo del muchacho trató de no exponerle a la violenta situación de ver la muerte desde tan cerca, ni a las vibraciones que despiertan la agresividad de los humanos cuando se invade su espacio vital. De la mano de su abuelo García miraba a todos lados con una expresión de cara que confundió al tratante de caballos que dijo animado:

«Qué, chico, te gustan los toros, ¿eh?»

«¡Gustarme los toros! ¿Cómo me van a gustar si me daba miedo el toro de cartón que me habían traído los Reyes?».

En los duros años de la posguerra la violencia se convirtió en la válvula de escape de los oprimidos que celebraban la sangre hasta el punto de desearla. Esa fue la primera vez que García tuvo la oportunidad de ver una corrida con picadores y vio en vivo lo que le ocurriría a su caballo si no le sacaba de allí. La prueba evidente fue cuando el toro arremetió con la fuerza de un tren de mercancías contra el peto del caballo que por turno participaba en el tercio de varas. El caballo no pudo resistir la embestida y cayó de costado dejando descubierta la parte de su anatomía que no estaba protegida por el peto, recibiendo una serie de repetidas cornadas que el toro enrabietado le propinó hiriéndole de muerte. El picador permanecía en pie sujetándose a la vara que había utilizado para puyar al toro. Los monosabios, trataban de poner en pie al caballo y apartar al toro que se había cebado con el pobre animal que agonizaba viendo como sus tripas se esparcían por el suelo. El público abroncaba con gritos, insultos, silbidos y pataleos al picador, la figura que siendo insustituible de la fiesta es la más odiada por el público.

El picador no quiso saber nada del caballo, de la vara, ni del tradicional «castoreño» con el que los picadores se cubren la cabeza. Lo dejó todo y echó a correr hacia los medios para proteger su vida. La prominente barriga y la bota de hierro que usa el picador para prevenir las cornadas le dieron un aspecto cómico a la huida.

«¡Estás cagao!» —gritó el gracioso de turno a voz en grito.

La gracia provocó el jolgorio de toda la plaza y animó a los valientes que ven los toros desde la barrera a gritar esas frases tan desafortunadas que acostumbran a decir a los intrépidos que se juegan la vida durante la lidia:

«¡Vamos, arrímate más que no muerde!»

Que es como decirle a un suicida que amenaza con tirarse desde la terraza de un edificio: «¡Venga salta de una puta vez, que no tenemos todo el día!»

Los que habían pagado por ver la corrida creían que con la entrada compraban también el derecho de exigir a los que pisaban la arena que sacrificaran su vida en aras del espectáculo, así que puestos en pie abroncaban al picador que babeando de rabia devolvía los insultos a la afición desde el centro de la plaza.

A más impropiedades, en una y otra dirección, mayor era el enfado del público y mayor la desesperación del picador que se mantenía en pie de milagro aguantando el terrible dolor que sentía en la pierna derecha y en unos de sus brazos, que sin duda estaría roto por varios sitios. Había perdido además uno de sus dedos, precisamente donde llevaba el sello de oro que había pertenecido a su padre, un banderillero que murió corneado por un toro en una plaza de provincias. Por el esfuerzo que le costaba respirar tendría varias costillas rotas que podían atravesarle los pulmones dejándole fulminado allí mismo, en el centro de la plaza.

Pero eso no era lo peor. Lo peor para el picador era el daño moral que estaba recibiendo con la mofa del público que reía porque el toro le había arrancado la mayor parte de la calzona de gamuza, dejándole el trasero y sus desprovistas partes más íntimas al aire. Cuando la pierna dijo basta y le dejó caer llegó la liberación, tuvo la suerte de perder el sentido. Dejó de oír las frases de burla de los que le humillaban y despreciaban considerándole un cobarde.

Ante lo que ocurría en la plaza García apretó con fuerza la mano de su abuelo tratando de comunicarle que él estaba allí de más y don Jesús entendió el mensaje.

—Déjame una silla de montar Secundino.

—Se lleva el caballo —dijo Secundino nada decepcionado, al contrario.

—Sí, nunca debí traerlo, discúlpame —puso la mano sobre el hombro del tratante.

—¡No, no, está bien! En ningún momento me he sentido dueño del caballo, se lo juro, ni siquiera les he dicho a mis muchachos que lo entrenaran.

—Sí, lo sé —dijo don Jesús—. Por su estado de ánimo se ve que el caballo se dejaría matar por el toro sin oponer resistencia.

—El pobre animal no levanta la cabeza desde que entró por esa puerta de cuadrillas —dijo Secundino palmeando el lomo del noble caballo—. Ni siquiera quiere comer, se siente muy desgraciado por haber perdido a quien él considera que es su familia.

Caballo ni siquiera levantó la cabeza cuando sintió que le ensillaban, seguramente pensó que había llegado su hora, que sería el sustituto del caballo muerto, eso sí, sin peto para que el toro terminara su faena cuanto antes.

El noble animal se consideraba culpable y estaba dispuesto a morir por ello, como había muerto el que se comía todos los días su ración de pienso. En su particular huelga de hambre pensaba que si el toro no le enviaba al cielo de los caballos muertos siempre quedaba el recurso de morir de inanición.

Miró hacia el lugar donde se encontraba la puerta de arrastre, por donde las mulillas llevan a los toros y a los caballos muertos al desolladero. Lo miró todo con la sonrisa fatalista del caballo que piensa que va a morir sin estar cerca de su amo.

Cuando el peón, que además era uno de los monosabios, terminó de enjaezar a Caballo don Jesús se acercó a él y con una paternal sonrisa le acarició la cara para tranquilizarle y decirle al oído que estaba dispuesto a montarle.

El cielo se iluminó de pronto para el noble caballo. Los ladrillos montados dentro de las corrientes orientalistas del neomudéjar le parecieron los más bellos del mundo y el ambiente de inspiración mozárabe de la plaza cambió como por arte de magia. Ya no veía el suelo teñido de sangre, ni espadas, ni picas, ni banderas. El picador herido ya no le parecía tan gordo, y hubiera pasado a la capilla de estilo mejicano de la plaza para caer de rodillas ante la imagen de la Virgen de la Paloma, si el mayoral encargado de las cuadras se lo hubiera permitido.

«Mi querido caballo movió las patas inquieto —dijo García sonriendo—. Quiso salir a galope de allí, aunque para él galopar no tenía sentido, consideraba que no era del todo sano. Lo hubiera hecho cuando Secundino Martín me sentó en la silla delante de mi abuelo, si mi abuelo no le hubiera dicho: «Tranquilo caballo, que llevamos al niño»

Caballo salió con un trote elegante del edificio de dos plantas donde se encuentra el famoso Patio de Caballos de la Plaza de Las Ventas del Espíritu Santo.

Atrás quedaban las cuadras, el local para caballos enfermos y heridos, la sala para prueba y el depósito de puyas y banderillas. Alzó la vista presumido cuando mi abuelo soltó las riendas para que nos llevara donde él quisiera ir. Caballo entendió el mensaje y eligió llevarnos a celebrar que volvía a ser nuestro caballo, así que tiró hacia el bar El Porche de Ventas que era el que tenía más a mano... más a pazuña en este caso.

Durante el corto camino se quitó de encima con su larga y bien cepillada cola las hippoboscas equinas que se habían quedado a vivir en su lomo pensando que estaba acabado, y cuando estas saltaron asustadas, el caballo recuperó la sonrisa.

Encontramos en el bar a unos amigos de mi abuelo que se alegraron de ver de nuevo al caballo. El dueño de El Porche le dio unos terrones de azúcar y este agradeció el detalle moviendo feliz la cabeza.

Después del recibimiento ocupamos junto a los amigos una mesa donde el camarero había puesto una frasca de vino tinto junto a unos cuantos vasos, por supuesto uno de ellos lleno de gaseosa para mí. Una vez puesto el vino se retiró en busca de la escoba y el cogedor para recoger lo que era inminente, porque cuando mi abuelo puso en mi vaso la gota de vino que teñía la gaseosa chocamos los cristales y apuré como siempre el contenido de una vez, besé el culo del vaso y lo tiré al aire... aquel brindis tan especial, fue por mi querido Caballo.



Capítulo XVII

Sarcophaga Caridei:

Díptero propio de Argentina conocido como «mosca de la langosta». Aseguran que es favorable a la agricultura porque pone sus huevos sobre el vientre de los acrídidos, langostas o saltamontes, y sus larvas devoran por dentro a estos devoradores de cultivos.

Se llamaba Olga y en el barrio era conocida como «la argentina». Vivía en una pequeña buhardilla de alquiler donde se dedicaba a pegar bolsas de papel, único trabajo que había podido conseguir desde que vino de su país para recuperar a su hijo.

Su exmarido, Luís, un médico español que había estado destinado en un famoso hospital de Buenos Aires se lo había arrebatado ayudado por un corrupto juez argentino que aceptó una sustanciosa suma de dinero por «el favor», muy normal durante la época en la que los golpes de estado de los militares argentinos se sucedían uno tras otro. Durante la farsa que fue la vista para conseguir la custodia del pequeño Luís consideró a Olga como «mosca de la langosta» que se había parasitado en su cuerpo para acabar con él y el futuro de su hijo. La historia era bien distinta:

Olga conoció a Luís se enamoró de él como se enamoran las mujeres americanas del Cono Sur. Cuando empezaron a salir juntos a Olga le encantaba la forma que tenía Luís de pedir un simple café y ver la cara del camarero cuando le escuchaba hablar con ese seco acento que los castellanos emplean allá en Argentina:

«¡Che! ¿De dónde sos vos que hablás tan bien el argentino?» —Pregunta común del porteño que piensa que el mundo empieza y termina en Buenos Aires.

Tenían tantas cosas en común que estaban condenados a entenderse y decidieron casarse a los pocos meses de haberse conocido. Olga le ayudó a situarse derribando los obstáculos que recelosamente ponían sus colegas para que no llegara a ocupar un puesto importante en la sanidad argentina. Los derribo a fuerza de dinero que procedía de la pequeña fortuna que había heredado de su padre.

Al llegar los triunfos y con ellos la fama había que cumplir con otro de sus objetivos: tener un hijo. Ese fue el inicio del problema.

Luís no era precisamente una fiera en la cama, más bien un cachorro al que había que hacer de todo para que su aparato encargado de la importante misión de la reproducción tuviera el mínimo interés y mirara erguido y orgulloso al frente. Olga era comprensiva, sabía que en cuanto al uso continuado del sexo los europeos no ocupan precisamente un puesto destacado en el ranking y que son pocos los que usan talla XL de preservativos, por mucho que como buenos fantasmas los solicitan a la hora de comprarlos.

Conclusión: si los españoles en lo tocante al sexo son europeos la fama que colgaron a los españoles en la etapa de la dictadura de bravos «quebranta suecas» no es más que otro bulo del que alguien tendrá que arrepentirse.

Cuando Olga quedó embarazada se cortaron las escasas y esporádicas relaciones llegando al cero absoluto, Luís colgó su órgano copulador en el perchero como un viejo sombrero cordobés. La situación de abandono derivó en una decepción sentimental que afectó principalmente a la esfera afectiva de Olga, dejándola en un estado de extrema irritabilidad que limitaba sus actividades lúdicas habituales.

«Debías haberte casado con un palafrenero» —le reprochaba Luís con desgana ante las insinuaciones que ella le hacía para motivar las relaciones que deberían mantener a pesar de su estado. Hay otras formas.

El abandono de Luís al cultivo del sentimiento amenazaba con derivar en un amor confluyente, una situación opuesta al amor romántico que Olga había sentido hasta que descubrió la verdadera orientación emocional, sentimental y afectiva de su marido.

Fue un duro golpe. Algo por lo que jamás hubiera querido pasar al tener tan idealizada la figura del hombre de su vida. Pero pasó. Le sorprendió haciendo el amor en su propia casa con un membrudo enfermero del hospital donde trabajaba Luís.

La postura tan poco ortodoxa, tan poco legítima y varonil adoptada por su marido para ser penetrado por el enorme miembro del enfermero. La manera de demostrar el placer y la desfachatez con la que ambos la miraron por haber sido sorprendidos hizo que Olga recibiera un choque emocional tan fuerte que le produjo el estado severo de pérdida de consciencia que sirvió de excusa para su ingreso en el hospital donde Luís además de médico, era el subdirector. Su mujer había invertido parte de la herencia de su padre en acciones del centro médico para que llegara a serlo.

Tener en su hospital ingresada a Olga le permitía a Luís tenerla bajo su control médico y mantenerla en un estado de coma inducido con los medicamentos que la suministraba de espaldas al resto del cuadro médico.

Olga permaneció en el hospital estrechamente vigilada por Luís, comportamiento que equivocó a todos los que pensaban que lo hacía por amor cuando la realidad era bien distinta, sólo pretendía practicar una cesárea para extraer a su hijo y dejar vegetar a la madre sin mover un dedo para que saliera del coma artificial al que él la sometía.

En la esencia el plan salió como él quería, aunque todo se complicó cuando Olga recuperó la consciencia y Luís no pudo seguir manteniéndola en un estado de sedación profunda sin levantar sospechas. Olga tuvo a su hijo estando consciente. Para evitar riesgos sacaron al bebé mediante una operación abdominal y le ingresaron en la unidad de tratamiento intensivo neonatal bajo la directa supervisión de un equipo elegido por Luís. Se trataba de evitar el contacto de la madre con su hijo, mantenerla alejada.

Olga salió del hospital una vez liberada del síndrome artificial al que su marido la sometía para asegurar su silencio y prometió a Luís que no haría nada que perjudicara su imagen a cambio de que él permitiera que ella cuidara de su bebé.

De cara a la galería siguieron mostrándose ante todos como una pareja feliz que había sido bendecida con la llegada de su primer hijo. Para Olga la situación fue insostenible, pero la aceptó. Para el hipócrita de Luís la situación fue más divertida, sobre todo cuando tocaba o besaba a Olga en público sabiendo que ella se moría de asco con su presencia... y mucho más con su contacto físico.

Una vez que Luís consideró terminado el período de lactancia decidió continuar el plan de separar a madre e hijo de forma definitiva. Compró la conciencia de los que ejercían de agentes en aquella central de corruptelas, donde los jueces prevaricaban, la policía delinquía, los psiquiatras practicaban, los políticos se vendían y el resto de pueblo estafaba.

—Mi esposa señoría —declaró Luís ante el juez prevaricador que acariciaba con sus dedos los billetes que besaban su bolsillo—: sufre de ataques de histeria que la produce continuas pérdidas de conocimiento, alucinaciones y confusión mental. En uno de esos accesos creyó sorprenderme en una posición poco legítima con uno de los auxiliares de mi clínica. Psíquicamente los histéricos son muy sugestionables, su enfermedad les produce un tipo de neurosis que les hace convertir sus conflictos emocionales internos en síntomas corporales físicos como único camino para solucionar sus problemas. Son excesivamente emotivos, muy sensibles y de gran imaginación, nunca hay que tener en cuenta sus acusaciones.

—Su elección individual para definir su identidad sexual no me preocupa tanto como saber si su esposa está o no capacitada para llevar a cabo los deberes de custodia.

—Como padre dudo que lo esté, como médico rotundamente no. Los trastornos histéricos que sufre le producen estados transitorios de parálisis, ceguera e incluso sordera.

—Por lo tanto —aseveró el juez—, por el estado de insuficiencia que sufre su esposa no está capacitada.

—Así es su señoría —dijo Luís sin ocultar su cínica sonrisa.

La excitable idea de separar a Olga de su hijo resultó, el juez separó a la madre de su hijo para toda la vida. Luís fue más allá, convirtió en dinero todo lo que la pareja tenía y escapó de Argentina llevándose con él al bebé que no había cumplido todavía el año.

El fin mezquino planeado por quien había hecho el Juramento Hipocrático y lo había quebrantado era causar el mayor daño posible a quien según él no era más que una vulgar Sarcophaga Caridei, la mosca originaria de Argentina que enquistas sus larvas en el cuerpo de los varones para devorarles por dentro.

Tras la escapada de Luís Olga se convirtió en una máquina de supervivencia cuyo único fin era perseguir el rastro que había dejado en el aire el pervertido que la había condenado a «Vivir sin decir Te Quiero». Sola amargada y sin recursos comprobó que el mal nacido de su marido se había escapado llevándose el patrimonio que recibió por herencia. Pudo localizar a Luís en Madrid, el indiano había conseguido instalarse en La Seguridad Social, estandarte que Franco había creado para la nueva España.

Lo difícil venía ahora. Si Luís compró la conciencia de los jueces argentinos que no haría siendo un intocable miembro de la sociedad franquista, que Olga recuperara la custodia de su hijo era algo más que una misión imposible.

«A un hijo se le olvida teniendo otro»

Su familia y amigos le pedían que pusiera un velo a sus recuerdos, que se olvidara de todo y empezara una nueva vida con otro hombre, si no era tarde y todavía confiaba en los que manejaban la sociedad machista de los años cincuenta.

Olga sólo quería ver el trozo de cielo que se ve desde el fondo de un pozo, recuperar a su hijo era un objetivo irrenunciable porque un hijo no puede sustituir a otro.

En las condiciones que la justicia argentina había sentenciado a favor de Luís había dejado la puerta abierta para negociar una nueva sentencia. En esta ocasión por qué no a favor de Olga. Debía permanecer cerca de su hijo a la espera de que se produjera un milagro y la sociedad en la que se había refugiado Luís descubriera quien era el tipo y a que calaña pertenecía.

El degenerado médico no podía sentirse cómodo teniendo tan cerca a su exmujer, podía informar a las autoridades sanitarias del Régimen sobre sus gustos personales con el sexo y para los Alzados todos los homosexuales son culpables y de izquierdas...

No tenían cabida en la Nueva España de Franco.

Luís era un maestro en el arte del disimulo, así que por ese lado podía estar y dormir tranquilo. En la tierra del tango se había doctorado como comprador de conciencias siguiendo los preceptos de los cuatro presidentes que gobernaron Argentina durante la «década infame»: espacio de tiempo en el que los golpistas militares argentinos equiparaban la razón con el dinero, como equiparaban los indios comechingones a los médicos con los dioses.

Olga necesitaba conseguir recursos para hacer frente al dinero que Luís le había sacado primero y robado miserablemente después. Con el trabajo que tenía pegando bolsas de papel únicamente sacaba para mantenerse viva y cualquier cosa que intentaba para aumentar sus ingresos se convertía en un fiasco promovido por su exmarido.

Su gran oportunidad vino después de muchos meses y muchas bolsas pegadas. Le hablaron de su caso a la actriz y primera vedette argentina Celia Gámez que también estuvo casada un corto espacio de tiempo con un médico del que precisamente no conservaba gratos recuerdos.

—Ya me dijeron, querida —dijo a Olga doña Celia mientras la miraba reflejada en el espejo de su camerino—. ¿Cómo te dejaste atropellar de ese modo?

—Usted sabe doña Celia que la justicia allá en Argentina es abrumadoramente desalentadora...

—Ya, pero no estamos allá, ¿Qué es lo que pasa con la justicia de acá?

—Que prefiere dar la razón a la parte más influyente.

—¿Y? —dijo la diva elevando las cejas.

—Que no soy esa parte ni tengo poderosos amigos.

—Si tu «ex» basa la razón en la calidad de sus devotos pronto podrás ver a tu hijo, te lo prometo.

La diva no prometía en vano, si el corrupto galeno escondía epígonos de su causa entre el forro de su levita mejor eran los de la Gámez. Olga salió de la entrevista en el teatro satisfecha y esperanzada, doña Celia sufrió también una mala experiencia el odontólogo vasco con el que se casó justificó su separación en la ambigüedad que la actriz se complacía en cultivar vistiendo de hombre en muchas escenas, en las que además cortejaba y besaba a las coristas.

A partir de entonces para deslucir el rumor de su supuesto lesbianismo la diva procuraba verse rodeada de acompañantes masculinos y cultivar secretos amoríos que exhibía ante los timoratos de la época que fingían ser muy devotos para que los vigilantes de la moral no les tacharan de fascistas.

Días más tarde volvieron a reunirse en el teatro Alcázar donde la diva estaba triunfando con la opereta «La hechicera en palacio». Se trataba de hacer una prueba para ver si Olga servía para hacer algo más que plegar bolsas de papel. La sorpresa fue que la vedette propuso ensayar un número en el que ella se adjudicaba el rol de chulapo valentón, con la única presencia de un anciano pianista con gafas de culo de vaso.

Cualquier persona pensaría que un auténtico mito de la cena española, como era aquella hija de malagueños emigrados, jamás se arriesgaría a compartir escenario con una mujer de tan extraordinaria belleza como era Olga, pero a la Gámez le gustaba correr riesgos. Siempre buscaba nuevos retos.

Repitieron el número una y otra vez hasta que la estrella consideró que de momento era suficiente. Olga puso todo su interés, no quería defraudar a la diva y permitió una serie de caricias que sin duda no pertenecían a ninguna obra del maestro Alonso.

Después, reunidas en el camerino de la primera vedette, doña Celia le habló sobre los progresos en la recuperación de su hijo. La cosa no estaba resultando tan sencilla como pensó al principio porque la situación y las relaciones que tenía su exmarido con las personas que controlaban el país eran tan sólidas que le hacían casi intocable.

—Tendrás que armarte de paciencia querida —sentada doña Celia ante el espejo coronado de bombillas se retocaba la máscara de sus pestañas—. Mientras esperamos mejores noticias me preocupare de acomodarte mejor de lo que estás.

—Si el acomodo es salir al escenario con la cola llena de plumas dudo mucho doña Celia que pueda hacerlo con la suficiente dignidad para no parecer a su lado un pato mareado.

—Mejor di un bellissimo cisne mareado querida —le contestó la actriz haciendo girar el taburete donde estaba sentada acicalando su maquillaje—. En este negocio la belleza es lo que importa.

Olga salió del teatro de la calle Alcalá más motivada y llevando con ella una amplia bolsa de cretona que le dio la diva con lo necesario para que la acompañara bien vestida, calzada y maquillada, a la cita que tenía al día siguiente con unos influyentes caballeros con acceso directo a la bolsa que el gobierno franquista destinaba para incentivar la producción de espectáculos que encendieran el espíritu patrio.

Montada en el tranvía pensó en el número que había ensayado con la actriz en presencia del pianista con gafas de culo de vaso que no levantaba los ojos de las teclas del piano como si no supiera de memoria donde se encontraba cada una. Es posible que fuera un ensayo para sorprender a los caballeros con un numerito exclusivo, donde sin duda volvería a ser sutilmente besada y acariciada por la estrella que tanto le gustaba hacer en escena el papel de gracioso insolente, presuntuoso y chulapo castigador.

Que otra cosa podía ser, el genio de la súper vedette para montar majestuosas operetas al estilo de París o Londres no iba acompañado de una capacidad organizativa y financiera:

“Celia Gámez era una extravagante malgastadora que se veía a menudo en serias dificultades económicas que la obligaban a usar su genio en escenarios donde rara vez actuaba sola. Solo en el escenario permitía que otra mujer compitiera con su belleza. La Gámez era la estrella más consentida del gobierno franquista porque desde primer momento estuvo al lado de los sublevados. Grabó para ellos la canción «Ya hemos pasao» burlándose del «No pasarán» de las milicias republicanas. En la canción trataba de miserables a los vencidos y le sirvió para ganarse la antipatía de los artistas que por regla de acatamiento o sumisión presumen de ser republicanos y de izquierdas”

Cuando llegó a su casa dejó en un rincón la bolsa que representaba el cambio de conducta con el que podría conseguir estar más cerca de su hijo. No quería preguntarse hasta donde estaba dispuesta a llegar para consolidar el único sólido apoyo que había conseguido desde su llegada a Madrid, así que se dedicó a su trabajo el resto del día y prácticamente toda la noche para mantener el pensamiento ocupado.

A las doce de la mañana empezó a prepararse y vestirse para acudir a la cita y la sorpresa fue mayúscula cuando el conductor de un coche oficial con el banderín cubierto le dijo a Olga que doña Celia la esperaba abajo en el coche.

Procuró no hacer esperar a la actriz más tiempo de lo debido en un barrio donde precisamente no eran bien recibidos los militares. Más por miedo que por odio. Cuando bajó y se acercó al coche vio como sólo tres o cuatro vecinos y algunos chicos se habían atrevido a mirar de tú a tú al coche y al escolta que los miraba desafiante para guardar las distancias, cosa que hubieran hecho sin importarles recibir un tiro si hubieran sabido que dentro del coche se encontraba ni más ni menos que ¡Celia Gámez!

—Estás preciosa princesa —le dijo doña Celia a Olga cuando se sentó a su lado en el coche.

—Espero que los cosméticos hayan podido con el verde espinaca de mis ojeras, he estado trabajando toda la noche.

Doña Celia sonrió mientras ordenaba al chofer con un gesto que podían marcharse. Olga miró de soslayo a la actriz que por su forma de enraizarse con el alma popular y su manera de interpretar el chotis los madrileños la tenían como una diosa. La razón de este fenómeno singular se debía a su evidente y desmedido magnetismo, además de su arrolladora personalidad.

El coche enfiló hacia la calle del Caudillo de España viéndose obligado a dar una forzada vuelta para no girar a la izquierda, una maniobra terminantemente prohibida para los conductores de los coches oficiales...

¡Y menos en la calle del Caudillo de España!

Una vez salvado este escollo de carácter idealista el coche, con su banderín tapado con el sobre de hule abotonado con corchetes, se dirigió hacia el centro de la ciudad bajo un cielo arañado por un puñado de nubes con forma de raspa de bacalao dejadas allí como por descuido. El conductor simulaba un tic para mirar por el retrovisor a los asientos de atrás con cierta frecuencia, cosa que no hacía cuando atrás iba el general. Quería recordar otros tiempos en los que veía más a menudo a la Gámez, siempre del brazo de alguna destacada autoridad militar:

“La vida privada de la súper estrella del music hall siempre andaba en boca de mojigatos y santurrones que criticaban a doña Celia desde las bases de la gazmoña sociedad española surgida de la catolicísima democracia orgánica y autoritaria del Generalísimo Franco. Una sociedad que consideraba que el baile agarrado era indecente y promovía los bailes regionales donde las parejas dan saltos uno frente al otro como lo hacen los jóvenes masáis de las llanuras de Tanzania”

Los rumoreados amores de la diva empezaron con la supuesta relación que tuvo con el rey Alfonso XIII, algo así como esos establecimientos que dicen ser proveedores de la Familia Real porque una vez compró allí el rey un kilo de higos. Lo que si es verdad es que don Alfonso concedió a la Gámez la nacionalidad española horas después de haberla solicitado y esos pequeños favores dan mucho que hablar.

Para el conductor y el suboficial que ejercía de escolta del negro y novísimo SEAT 1400, dispuesto para el uso y disfrute exclusivo del generalato, la larga colección de supuestos amantes de la actriz la encabezada el tenebroso general Millán Astray, que desafió a la opinión pública siendo el padrino de la escandalosa y fallida boda que la actriz montó en la Basílica de los Jerónimos de Madrid para garantizarse un estatuto de respetabilidad durante los puritanos tiempos de la posguerra.

El general —santificado en vida con el apodo de «El glorioso mutilado»—, buscaba la complacencia bajo el calor de otras enaguas porque su mujer, doña Elvira, hija del también general Gutiérrez Cámara le confesara tímidamente recién terminada la boda que había jurado conservar su castidad de por vida. Por tanto su relación con Elvirita, como él llamaba a su abstinente esposa, era puramente fraternal. Ella misma se arrojó el papel de criada de su marido a quien cuidó con devoción hasta que al legionario le llegó la muerte... su aliada y fiel compañera, como dice la canción.

Franco consentía todo lo que viniera del fundador de La Legión y el más importante valedor de su carrera hasta que llegó a dictador y Caudillo. No le importaba recibir continuos rumores sobre las pasajeras aventuras del general; sin embargo, sí le prohibió rotundamente que anulara su matrimonio para casarse con Rita Gasset, una muchacha que por su edad podía ser la hija del ferviente general que a pesar de su poca atractiva apariencia se jactaba de su atractivo sexual. Rita era sobrina del filósofo José Ortega y Gasset e hija de Rafael Gasset, que había sido varias veces ministro durante la monarquía.

La única relación cordial que mantuvo el Generalísimo con uno de sus más cercanos subordinados se perdió cuando Millán Astray desobedeciendo a su Caudillo se casó con la muchacha a la que su tardía pasión había dejado embarazada. Para Franco que alguien abandonara a su esposa era la mayor de las afrentas porque su padre lo había hecho. Por esta razón el hombre más protegido de la Dictadura tuvo que marcharse a Lisboa donde nació su hija, a la que llamó Peregrina... quien sabe por qué.

El creador del lema legionario «Viva la Muerte» tiró por la borda sus privilegios al desobedecer al Generalísimo, a pesar de haber sido él quien llevó a Franco hasta la jefatura del Estado divulgando incansablemente y de modo servil su imagen de salvador invencible. El general Millán Astray fue quien más influencia ejerció en la formación ideológica y moral del dictador inculcando en su débil personalidad el ideario de los Tercios de la Legión. Se dio el hecho curioso de que el general Millán Astray fue el único personaje que habiendo tenido a Franco bajo sus órdenes conservó la vida.

En este punto de pensamiento del conductor el coche giró en la calle de Castelló entrando en el paso de carruajes de un edificio de extraordinaria belleza situado en el conservador Barrio de Salamanca. Terminada la Guerra Civil la casa había sido devuelta a sus antiguos propietarios, despropiados con la llegada del Gobierno de la Segunda República. Era una de las muchas residencias de construcción palaciega que las gentes acaudaladas del Madrid romántico isabelino se hicieron construir alrededor del palacio del impulsor del barrio más exclusivo y elegante de la Villa, el marqués de Salamanca y primer conde de los Llanos.

El coche se detuvo antes de llegar al patio central para que las mujeres bajaran en la puerta principal. El escolta saltó del coche como si tratara de conquistar una trinchera para abrir la puerta a la estrella que le agradeció el impulsivo gesto con una sonrisa. El conductor del coche oficial fue algo más comedido para abrir la puerta del lado de Olga, quería dilatar todo el tiempo posible la permanencia del hermoso trasero rozando la piel del asiento, más gratificante que soportar el conjunto de disimulados gases intestinales que el Alzado general solía reservar para sus visitas al Palacio del Pardo, aunque era muy peligroso hacer ese tipo de ostentaciones flatulentas en el interior del Palacio, y menos en presencia del Caudillo.

Las dos mujeres bajaron del coche y se fijaron en la esmerada composición de colores combinados que estructuraban la fisonomía de las plantas del edificio. Un portero, vestido con un correcto uniforme de paño gris, abrió la puerta vidriada que daba acceso al vestíbulo de la primera planta y acompañó a las damas hasta un ascensor bellamente decorado con motivos naturales propios del modernismo. El elevador de madera de caoba fue el encargado de subir a las dos bellísimas mujeres hasta el primer piso donde un estirado mayordomo esperaba recto como una estatua que, por su color, tenía pinta de estatua de cera reciclada.

—Bienvenidas, señoras —dijo solícito invitando con un gesto de su mano derecha, a los mayordomos de los ricos les está prohibido usar la mano izquierda—. Anunciare su llegada al señor marqués y a su invitado.

El ascensor únicamente subía hasta la primera planta. El arquitecto lo había instalado en el centro de un gran vestíbulo ovalado entre una elegante escalera de dos ramales de mármol italiano blanco que arrancaba desde la misma planta baja, donde se encontraba la cocina y las dependencias dedicadas a los servicios del edificio, hasta la entrada noble del edificio donde estaba el gran recibidor, la biblioteca y los grandes salones, dos de ellos dedicados a comedor.

Las habitaciones y un par de salones privados se encontraban en la segunda y tercera planta. En la cuarta estaban las habitaciones reservadas para el servicio. En los sótanos, además de la sala de máquinas calefacción y leñera, se encontraban las bodegas y el garaje donde dormían los chóferes que daban servicio a la familia que había recuperado aquella magnífica casa palaciega que estuvo dedicada durante la Guerra Civil a vivienda para los altos mandos militares republicanos. Del mismo modo el Ayuntamiento se hizo dueño del vecino palacio del II marqués de Amboaje. En 1940, recién terminada la Guerra Civil, el palacio de los marqueses de Amboaje fue adquirido por el gobierno de Italia para instalar la embajada y la residencia de su embajador.

Olga miró hacia la decoración de los techos pintados con alusiones mitológicas que miraban hacia la alfombra de la Real Fábrica de Tapices que cubría buena parte del vestíbulo principal. Los muebles eran de un exquisito estilo y todo el conjunto decorativo de la casa pertenecía a lo que había quedado de una amplia colección de piezas arqueológicas, marfiles, esmaltes, relojes, porcelanas y una estimable cantidad de cuadros de maestros consagrados. Ahora muchos de esos cuadros eran copias de los que originalmente cubrieron las paredes que, como otras piezas y muebles irremplazables, desaparecieron de la casa requisados por el Gobierno de la Segunda República.

No hubo más tiempo para analizar el conjunto de todo lo que se ofrecía a la vista, dos caballeros entraron en el vestíbulo. Uno, el que parecía mayor, sonriendo de oreja, lo que hacía que su bigote de época se estirara en su cara como si se tratara de una gruesa lombriz haciendo flexiones sobre su labio. Iba peinado con raya en medio y su mediana estatura, delgada y elegante, llamaba la atención por su exquisita forma de vestir. Quizá algo afeminada para algunos, pero sin duda muy distinguida.

Su invitado era el general que había enviado al escolta y su coche oficial a recoger a doña Celia, por consiguiente, también a ella. Vestía de uniforme creyendo que sus medallas y estrellas deslumbrarían a la actriz, sin pensar que lo único capaz de deslumbrar a una estrella es un diamante gordo como una nuez. Su cara, por desgracia más roja de lo permitido sin levantar sospechas, era la de menos rasgos africanistas de todos los generales Alzados que pudieron terminar la Guerra Civil de 1936 sin sufrir un accidente aéreo, detalle que el general agradecía con su lealtad al Generalísimo.

—Mi querida Celia —dijo el marqués tomando ambas manos de la actriz con las suyas, más que manos, un muestrario de joyería. Tras el besamanos se separó de la Gámez que ese día brillaba más que todos los brillantes que el marqués llevaba encima—. ¡Estás maravillosa cacho guarra! ¡Maravillosa, como siempre!

—Y tú también como siempre, tan galante y tan directo marqués —contestó la vedette soltando una de sus manos para ponerla al alcance del general que la esperaba como un perro espera el hueso que está a punto de tirarle su amo.

—Celia —dijo el militar tomando por fin la mano que le tendía la actriz para hacer el ademán de besarla inclinando ligeramente el cuerpo.

—Permítanme caballeros presentarles a Olga, mi amiga y compatriota...

—¡Tú eres Olga! —dijo el marqués asombrado por la belleza de la argentina.

—Señorita —dijo el militar repitiendo con ella el besamanos.

—Encantada caballeros.

—Olga pertenece a una de las familias más influyentes de mi país, a pesar de su apellido polaco buena parte de su sangre es española.

—¿Su familia es judía? —preguntó interesado el general.

—Sólo lo era mi padre general —contestó Olga.

—Mal asunto —dijo el general moviendo la cabeza—. Venga a verme al Ministerio, cambiaremos su apellido por el de Pérez, que es más llevadero.

—Me he permitido preparar un almuerzo para los cuatro y es justo la hora de sentarnos a la mesa. Por aquí favor —dijo el marqués con un giro teatrero encabezando la pequeña comitiva que debía dirigirse a unos de los salones donde ya estaba todo preparado.

A simple vista se veía que la crisis de la posguerra había pasado de largo por allí y que los militares republicanos que utilizaron el palacete durante la guerra no tuvieron tiempo de llevarse la cubertería de plata, acción muy común durante la conmoción que puso fin a la demagogia marxista, que no era otra cosa que convertir al proletariado en clase media y a la clase media en proletariado.

Junto a la mesa, escoltados por la cubertería de plata que había pertenecido a la familia desde la salida de Madrid de los Jesuitas, había una pareja de sirvientes que se encargarían de servir el almuerzo, menos el vino que era tarea del mayordomo. Ella era una rubia inquieta que se movía como una ardilla, él un engominado joven que cada movimiento era un gesto de baile de salón, sacaba elegantemente el trasero y movía la cabeza de un lado a otro como las aves nocturnas encaramadas en una rama.

El general tomó asiento indicando a Olga que lo hiciera junto a él. El militar no miraba al camarero, no le gustaba su forma de moverse, sin embargo, se comía con los ojos a la rubia camarera que temblaba cada vez que tenía que acercarse a él.

Tenía la orden expresa del marqués de soportar sus manoseos sin rechistar.

No obstante, la chica intuía que ese día no corría peligro porque al general le habían traído como regalo un precioso pavo real y ella, comparada con aquella bella argentina, no era más que una avutarda con el cuello almidonado.

La comida transcurrió hablando sobre la nueva opereta que la Gámez quería presentar en la Gran Vía, el empresario Lusarreta había puesto a disposición de la actriz el nuevo teatro Lope de Vega para su estreno y esto entusiasmó al marqués que no paraba de parlotear sobre el glamour de los espectáculos parisinos y el magnetismo que derrochaba sobre los escenarios la mítica Mistinguett. Para él lo importante era el lujo, los bellísimos decorados, las plumas, los riquísimos vestuarios y las bellas mujeres de piernas interminables. Para el general lo del glamour era lo menos importante, lo que importaba era sintetizar el ideario del buen español con espectáculos capaces de demostrar el espíritu abnegado y valeroso de la raza española.

El general dejó para mejor ocasión sus proclamas y alabanzas para centrar más su atención en dirigir su mano... la derecha... hacía las piernas de la bella argentina.

«Ha llegado la hora» —pensó para sí Olga. El general ponía en marcha el comienzo del juego sexual preparado por el afeminado marqués para que el vanidoso militar ostentara su poder ante la estirada actriz, que no parecía mostrarse dispuesta a intimar más de lo necesario con el general.

Olga pasó a la defensiva y llevó su mano... la izquierda... bajo la mesa. Su intención era apartar la del general que por su precisión matemática parecía estar montada sobre un ingenio militar. Problema. La mano del general se encontró con la de Olga y este con un gesto de triunfo la llevó sin que ella pudiera evitarlo hasta la bragueta de su pantalón, que había sido previamente abierta dando rienda suelta a la parte de su anatomía por la que no debería sentirse especialmente orgulloso, aunque lo estaba porque ninguna mujer se había atrevido a decirle lo que hubiera sido un duro golpe a su orgullosa vanidad militar.

Ella, pensando en el preludio de lo que la esperaba terminada aquella soberbia comida de ricos, miró avergonzada su plato sin decir nada ni elevar la vista, quería ante todo evitar los gestos obscenos con los que el general la animaba a sacar lo que por su edad no era fácil que saliera por sí solo... a no ser que se le echara una mano.

Olga temía desairar a doña Celia que no ignoraba lo que estaba sucediendo bajo la mesa y la suplicaba con su mirada que aguantara el mal trago y la ayudara a conseguir lo que había venido a buscar a la casa del marqués, que no era otra cosa que una ansiada subvención procedente de las arcas del Estado.

Hizo de tripas corazón y ayudó a que el morboso personaje alcanzara la ávida sensación que perseguía mirando avergonzada a los cuadros barrocos colgados de la pared, retratos apolillados de los antepasados del marqués que la miraban con una sonrisa de complicidad. Lo peor fue cuando el general llegó entre gemidos y blasfemias a lo que para él era un excepcional acontecimiento, algo que sólo conseguía en contadas ocasiones. Para Olga fue demasiado, sobre todo porque recibió parte de lo que fue una sensación altamente desagradable. Se disculpó y salió de la sala en busca de un lugar donde descargar la tensión... y no manchar parte de la elegante alfombra persa.

Salió de la sala sorprendiéndose de no salir a trompicones y a poco se llevó por delante al camarero bailarín que venía hacia la sala empujando un carro lleno de dulces y bebidas. Cuando el camarero vio el estado en el que se encontraba Olga abandonó el carro y abrió una de las puertas cercanas al salón donde el previsor arquitecto había dispuesto un baño para las visitas. Al mayordomo, que bajaba la escalera que conducía al piso superior, le extrañó el comportamiento de la invitada de su señor y miró interrogante al engominado camarero que subiendo los hombros hizo el gesto de no saber nada, duda que duró poco cuando ambos escucharon lo que ocurría al otro lado de la puerta. Los retratos de los antepasados del marqués que había en el pasillo se miraban entre ellos confundidos, no podían entender que en aquellos tiempos de penuria alguien fuera tan descabellado de arrojar las succulentas angulas que su pariente había mandado traer desde Aguinaga.

Olga dentro del cuarto, apoyada con ambas manos sobre el mueble donde estaban alojados dos bonitos lavabos de cerámica decorada, miró su cara reflejada en el gran espejo que cubría buena parte de la pared y dijo angustiada:

«¿Qué haces aquí Olga?» —dijo un paso atrás y se preguntó—: «¿Qué haces en Madrid?» —por unos momentos no supo que hacer, dio unas cuantas vueltas sujetándose las sienes —, «¿Qué haces en España Olga?»

No quería volver a la sala. Lo que había pasado sólo era el principio de lo que sin duda vendría después. Algo que sería mucho peor porque el general ya había gastado la cuota de virilidad que su organismo había producido durante muchas horas. Ahora el militar echaría mano de alguna parafilia con la que poder excitarse, alguna cerdada sin duda conociendo su forma de tratar a las mujeres. La decisión estaba tomada. Se marcharía de allí, aunque esto sin duda pondría en peligro la relación y el apoyo que esperaba de doña Celia.

Salió del cuarto de baño y encontró junto a la puerta del salón al camarero que esperaba alguna orden del señor y al mayordomo que sujetaba con ambas manos su bolso:

—Su bolso —dijo entregándoselo a Olga—. He pensado que la señora necesitaría retocar su maquillaje.

—Gracias, es usted muy amable —dijo Olga tomando el bolso—. He decidido marcharme.

—Lo comprendo. A nosotros tampoco nos gusta el general. Anda siempre detrás de la joven que les ha servido el almuerzo; es mi hija, y no le importa acosarla en mi presencia porque disfruta humillando a los que considera inferiores. Al señor tampoco le gusta, dice que es un zafio, pero se vale de él porque no sólo los que han perdido la guerra son los perseguidos. Si me permite diré a nuestro chofer que la lleve a casa, la disculparé ante el señor y diré a doña Celia que se encontraba usted terriblemente indispueta. El señor lo comprenderá, los nobles también lo son de corazón.

—Gracias por hacerme ver que en esta España nuestra hay tantos ángeles como demonios —dijo Olga dedicando la mejor de sus sonrisas al mayordomo.

—Espero que la señora considere que me encuentre entre los primeros.

—Sin duda —contestó Olga tocando su brazo.

Salió de la casa por el mismo paso de carruajes, aunque en esta ocasión dentro de un coche más antiguo y con un conductor más discreto. Por el camino fue pensando en las consecuencias de su decisión. Quizá hoy había añadido una nueva barrera entre su hijo y ella, y esto hacía que se la encogiera el corazón.

No pasó nada durante los días sucesivos. Se dedicó a trabajar en su buhardilla pensando que debería ir al teatro a disculparse, pero no se atrevía. Una semana después se presentó el chofer del marqués, la entregó un sobre cerrado de parte de doña Celia y una bolsa de papel con una preciosa manzana roja que la enviaba como recuerdo el mayordomo. Cuando el chofer se marchó Olga comprobó que en el sobre había una nota de la actriz rogándola que no volviera por el teatro y la cantidad de dinero suficiente para comprar un pasaje de regreso a Buenos Aires.

La decisión de rendirse y volver a su país no fue de Olga, sino de la persecución que recibió desde entonces por parte del poder omnímoto que representaba el general y el orquestado por su exmarido, que día tras día hacía que su mundo se convirtiera en irrespirable. Consiguieron echarla de la buhardilla y le quitaron el único trabajo que pudo conseguir. Doblar y pegar bolsas de papel usando un engrudo casero.

Habían pasado veinte años desde su regreso a Buenos Aires. Olga buscó en la soledad la forma de conseguir su iluminación espiritual. El aislamiento en un mundo propio, en el que pocas personas podían acceder, fue el modo de vida elegido para no volver a cometer nuevos errores y el encargado de alimentar la fe en sus propias utopías. Sus objetivos los convirtió en alcanzables y cumplió con todos ellos, menos con uno, olvidar a su hijo, del que no supo nada en todos esos años.

Desde su vuelta Olga se alimentó cada día de sorbos de esperanza, esa virtud infusa con la que el náufrago acude todos los días a la playa esperando recibir un mensaje dentro de una botella... ¡Y un día el mensaje llegó!... No dentro de una botella, sino en un sobre que contenía media docena de fotos de un sonriente joven universitario y una emotiva carta escrita a mano por la mismísima Celia Gámez:

«¡Hola preciosa! El próximo lunes llegará a Buenos Aires este apuesto joven y me sentiría especialmente feliz si acudes al aeropuerto de Ezeiza y le colmas de besos y abrazos, porque este recién licenciado y sonriente hombretón es tu hijo, querida. Quiero que sepas que a pesar de nuestra corta relación nunca olvide mi compromiso. Por fin, aunque han pasado muchos años, he podido cumplir mi promesa. El cretino de tu exmarido ha dejado este mundo de la manera más estúpida, como no podía ser de otra forma por ser tan majadero ¡A nadie se le ocurre meter un pie en un cambio de agujas y menos ante la llegada de un tren! La verdad querida, no sé si el tonto accidente fue fortuito o provocado, tengo algunos admiradores que se toman mis compromisos muy en serio. Ahora tu hijo, además de médico es mayor de edad, con lo que está capacitado para decidir con quien quiere vivir y donde ejercer su carrera... ya me preocupé de hablarle de ti y de la tierra que le vio nacer, con ello he podido inclinar la balanza hacia la parte más razonable, cosa que la familia de tu ex nunca me perdonará. Acá en España con la enfermedad del Caudillo se viven aires de cambio. Ahora crecen por todos lados los demócratas de toda la vida que nos miran a los que fuimos capaces de sobrevivir como algo de lo que hay que desprenderse por el bien del país. Por tanto, querida, me temo que los nuevos tiempos me obliguen a volver allá...

La carta la firmaba una Celia Gámez que no confiaba en el proceso de dejar atrás el régimen franquista. La estrella que brilló con más fuerza en el firmamento musical español decidió no confiar en los nuevos demócratas por venir de dónde venían y fijó definitivamente su residencia en Argentina.

Tanto Olga como su hijo se convirtieron entonces en dos de sus más incondicionales amigos a lo largo de la vejez... una vejez que la estrella jamás aceptó.

Tras sufrir una depresión por esa causa, y una controvertida operación de cadera, su mente tocada por la enfermedad de Alzheimer se fue deteriorando hasta tal punto que la familia la internó en un geriátrico. Ante la desesperación de sus dos amigos que estuvieron con ella hasta que falleció.

Olga y su hijo continuaron visitando a su amiga en el cementerio de La Chacarita, donde la estrella estaba enterrada junto a las tumbas de Carlos Gardel y el General Perón. También a pocos pasos de la tumba del célebre cantante español Miguel de Molina, que se vio obligado a dejar España por los prejuicios sexuales de personas vinculadas al régimen franquista.



Capítulo XVIII

Ceratis Capitata:

Es un díptero braquícero originario de África extendido por todo el mundo, como se extendió desde este continente la especie humana. Está considerada como una especie cosmopolita por la dispersión mundial producida por el comercio de las frutas. A pesar de su origen es conocida como mosca mediterránea de la fruta, en España «mosca de la fruta» sin más. Los adultos son de color acaramelado o rojo claro. El color nada tiene que ver con el daño que producen sus excrementos.

En el barrio tan peculiar en el que nació García no podían faltar estas singulares «moscas fruteras». En el Barrio Obrero había dos y los dos se llamaban igual.

Ya sabemos con qué rapidez ponían apelativos los vecinos del barrio, y este no iba a ser un caso diferente. A uno le llamaban «Ángel el de la mula blanca» y al otro «Ángel el de la mula negra». Quizá hubiera sido más fácil identificarles con su manera de ser o de pensar, pero eso hubiera resultado muy rebuscado.

Los dos se dedicaban a lo mismo. Vendían frutas y verduras recorriendo los barrios apartados del centro con un carro tirado por una mula y una balanza de dos platos que sin duda estaría de alguna forma trucada, como todo lo que existía en aquellos tiempos dejados de la mano de Dios.

Uno era más vulgar y verdulero que el otro, pero es mejor no decir cuál de los dos para no herir susceptibilidades... de las mulas, claro.

El de la mula negra era grande de estatura, moreno de piel y su pelo y bigote eran como su mula, muy negro. El de la mula blanca era más bajo de estatura, no tenía bigote y su pelo era claro, como su piel... y su mula.

No aparecían por el barrio a la misma hora, hubiera sido un suicidio. Si uno venía a media mañana, el otro lo hacía a media tarde, el caso era no coincidir. Sólo estaban de acuerdo a la hora de proteger su oferta: los dos vendían las mismas cosas al mismo precio... los dos engañaban igual.

Sus valoraciones dejaban bien a las claras el odio visceral que sentían. Un odio que nada tenía que ver con su negocio, sino con su ideología. Un odio transmitido durante años por su entorno familiar. Uno de ellos era radicalmente de izquierdas. El otro no.

Eran tiempos llamados a la reconciliación nacional, un objetivo por el que había que luchar para terminar con la división abierta por la Guerra Civil de 1936 y mantenida por los interesados en que nada cambiara para beneficiarse de la posguerra.

Buscando una solución al enfrentamiento que dividía a ambos fruteros el abuelo de García les hizo una propuesta tratando de avenir ambas partes. Suavizar o terminar de una vez la guerra particular que libraban cada día las dos «moscas fruteras»:

«Tengo un carro de doble tiro para dos mulas que tanto a ti como al otro Ángel os vendría bien si llegais a un acuerdo para asociaros ¿Para qué dos carros? Lo podéis hacer con uno más grande».

Ambos, con gesto escandalizado, contestaron lo mismo:

«¡Yo asociado a ese rojo incendiario y ateo! ¡Jamás! ¡Mucho tendrá que pasar para que los hombres de bien olvidemos lo que hicieron en la guerra esos asesinos!»

«¡Yo socio de un criminal fascista! Así se les seque el brazo cada vez que lo levanta. Mucha lluvia tendrá que caer para que se borre la sangre que dejaron en las calles la gentuza de su ralea»

No hubo forma de convencer a ninguno de los dos. El abuelo de García trató de limar asperezas entre ambos usando argumentos que les hiciera olvidar el odio que sentía el uno del otro, pero no fue posible, el daño que produce la larva de la mosca de la fruta es capaz de infectar con sus excrementos cualquier corazón de manzana.

Para encender el odio hacia el contrario político tanto el Bando Nacional como el Bando Republicano puso en marcha de forma intencional y sistemática su propia maquinaria de propaganda ideológica y política con el único fin de influir en las emociones, actitudes, opiniones y acciones de los grupos destinatarios a los que iba dirigida la información. Mensajes que no se basaban en hechos reales.

Surgieron así los horrores que se desencadenaron en las zonas o territorios donde no había triunfado el golpe militar y que los Alzados calificaron con el nombre de «Terror Rojo» circunstancias espantosas vividas en la «Zona Roja» que pasaron a la historia para vergüenza de los defensores de la Segunda República.

El débil y poco consolidado Gobierno republicano justificaba las acciones llevadas a cabo con extremada violencia permitiendo que el odio teológico, la intolerancia y el fanatismo de la Revolución marxista cayeran como aceite hirviendo sobre sus enemigos de clase. Permitió atrocidades y venganzas que habían sido destiladas durante años por los grupos radicales que se autodefinían como defensores de los desposeídos.

La Revolución Socialista de 1936 que precipitó el fin de la demagogia marxista no sólo dirigió su odio ciego sobre la clase media, también sobre todos los desposeídos que se desmarcaban de la utópica Revolución marxista. Bastaba con ponerse corbata o sombrero, decir «mi mujer» en lugar de «compañera» para ponerse en el punto mira de las milicias del Frente Popular.

El sol dejaba escurrir sus rayos por la ladera del Monte Abantos hasta llegar a los planos prados de la Herrería, desde donde saltaban como colas de cometa sobre los cristales de las ventanas reales y simuladas del Monasterio de El Escorial.

Sin embargo, aquel sol de agosto era incapaz de deshacer las sombras que se cernían sobre el emblemático complejo renacentista monacal y palaciego de tan enorme valor simbólico, sepultura de reyes y residencia de los frailes de la Orden de San Agustín.

Los populares padres agustinos de El Escorial.

Tres autobuses de motor viejo y renqueante esperaban echando de todo por los tubos de escape. Es su espera perezosa se detuvieron a mirar con sus forzados ojos de faro el desahogado nicho situado en la puerta principal del santuario. Desde allí San Lorenzo vestido con la dalmática de diácono de Roma y sujetando con su mano derecha la parrilla en la que fue sacrificado, les devolvía la mirada pensando en los 107 padres agustinos dedicados a la oración, el estudio y la enseñanza. Allí, en su monasterio.

Los religiosos, amontonados en el Patio de los Reyes junto a sus míseros equipajes, iban a ser trasladados a lo que sin duda sería su próximo destino. La muerte.

Recordó que él, San Lorenzo, sufrió su martirio en tiempos en los que el emperador Valeriano prohibió el culto cristiano decapitando a dos papas, a los obispos y a todos los sacerdotes detenidos por sus corruptos soldados. Por efecto dominó fueron perseguidos y desterrados los cristianos pertenecientes a la nobleza y despojados de sus tierras y riquezas. Los cristianos desposeídos no tenían nada que perder. Sólo perdieron la vida.

El perverso alcalde de Roma, un mezquino pagano esbirro del emperador, aprovechó que el papa Sixto II había sido decapitado junto a seis de sus diáconos para exigir al séptimo, Lorenzo, encargado del cuidado de los pobres y administrador de los bienes de la Iglesia que entregara con premura todas las riquezas, a lo que Lorenzo accedió para regocijo del alcalde que codicioso pensaba en el diezmo que a él le correspondía.

No obstante, el diácono tesorero pidió al alcalde tres días para poder juntar el tesoro que estaba a su cargo y el cuidaba y el bellaco alcalde se los concedió pensando que la fortuna debía ser enorme para necesitar tres días para reunirla.

Durante esos tres días San Lorenzo reunió a todos los pobres y lisiados que pudo encontrar en Roma y compareció ante el prefecto:

«He aquí el verdadero tesoro de nuestra Iglesia. Un tesoro que cada día es más grande por la codicia del emperador al que sirves»

El alcalde tomó aquello como una burla hacia él y un desafecto al emperador. En un gesto de ira condenó a San Lorenzo a morir. Pero no de forma rápida, como sus seis compañeros diáconos, sino asado lentamente sobre una parrilla.

1673 años después volvían a repetirse los sacrificios.

Todo había empezado el 14 de abril de 1931. Ese día temblaron las calles de Madrid bajo la presión de las ruedas de autobuses, coches y camiones ataviados de rojo y banderas republicanas que se dirigían al centro abarrotados de gente con el brazo en alto y el puño cerrado gritando desaforadamente ¡Viva la República! y cantando el himno de Riego. Los gritos y desordenes llegaron rápidamente hasta el Monasterio de El Escorial al que le fue arrebatada inmediatamente su enseña nacional bicolor y sustituida por la nueva bandera tricolor republicana. Los títulos reales del monasterio, la escuela y la universidad fueron abolidos y los padres agustinos amenazados de muerte si persistían en seguir dando clases a los alumnos.

En el mes mayo las columnas de humo producidas por los indescritibles incendios de las iglesias y conventos de Madrid pudieron verse desde El Escorial, la lucha de clases y el anticlericalismo exacerbado de los agnósticos imponían su dictadura.

¡España había dejado de ser católica!

El sacrificio de los hermanos de San Juan de Dios en el sanatorio marítimo de Calafell, fusilados por un grupo de milicianos de las clases obreras que luchaban por la libertad de los oprimidos. Los mataron por negarse a abandonar a sus enfermos.

El pánico llegó a los familiares de los alumnos que estudiaban en el Real Colegio del Escorial y rogaron a los padres agustinos que trasladaran a sus hijos al seno de familias del pueblo que no estaban de acuerdo con la intolerancia ni la persecución religiosa, aún a sabiendas que con aquella postura todos corrían el riesgo de ser estigmatizados.

Con el nombramiento de Manuel Azaña como presidente de la Segunda República corrieron aires de esperanza, «Manolito» había ingresado a los trece años como alumno interno del colegio de los padres agustinos en El Escorial. Pronto la esperanza se disipó como el humo de un cigarrillo cuando el «compañero presidente» demostró su profundo desprecio hacia todo lo religioso.

Siendo Manuel Azaña ministro visitaba regularmente a su sobrino, alumno del Real Colegio como lo fue él. Se presentaba en su coche negro oficial y moviéndose por el Monasterio con el exceso de libertad que hubiera sonrojado al mismísimo rey Felipe II se llevaba a su sobrino de paseo para presumir de poder ante los que le conocieron cuando no era más que un huidizo y acomplejado muchacho. El padre Montes, el gran penalista que había sido su profesor de derecho, le dijo un día:

«Sigues estando en tu casa Manolo, pero esto no es lo que te enseñamos»

A lo que contestó el entonces Ministro de la Guerra con el tono soberbio que da el poder: «No siempre se hace lo que se quiere padre Jerónimo, sino lo que se puede»

Llegada la hora los padres subieron a los tres autobuses que esperaban para engullir a los que sin juicio previo habían sido condenados a muerte por los que tenían el derecho de disponer de la vida con sentencia como: «Si matas es porque eres libre. Ningún fascista puede coartar tu libertad»

Cada autobús iba custodiado por cuatro milicianos armados, los mismos soldados paramilitares que habían mantenido presos a los padres agustinos durante la sistemática depredación del Monasterio. Este fue el segundo expolio más importante después del que llevaron a cabo los españoles afrancesados del rey José Bonaparte, hermano de Napoleón.

En ambos casos sólo las reliquias de los santos, reunidas por los reyes de España durante más de trescientos años, se libraron de los saqueos de las tropas depredadoras de los hermanos Bonaparte y las del atormentado y resentido Manuel Azaña. Tanto a los franceses como a los ateos republicanos sólo les interesaba el oro, no los huesos de los santos muertos.

Tampoco tenían interés por los enfermos y trasladaron sobre parihuelas al hospital a quien había sido durante años prior y rector de la Universidad escurialense. Un buen gesto si durante el traslado no le hubieran puesto un gorro miliciano para burlarse del pobre anciano.

El padre Juan Monedero, prior durante los últimos seis años, dijo a sus compañeros que había llegado la hora de demostrar su fe con el sacrificio. Después subió al coche donde iban dos policías que habían venido para evitar que durante el camino alguien tuviera la tentación de cometer algún disparate, como ocurrió con la detención ilegal y asesinato del diputado conservador José Calvo Sotelo, el líder más carismático de la oposición conservadora en el Congreso de los Diputados.

Cuando los autobuses donde viajaban los religiosos arrancaron uno de los policías le dijo al prior para tranquilizarle:

—Piense que estamos aquí para protegerles. El Gobierno ha ordenado su traslado a Madrid porque su vida en El Escorial corre un serio peligro, la segunda columna valenciana viene hacia aquí con la intención de fusilarles a todos ustedes.

El rector le miró fijamente a los ojos y respondió con un gracias casi imperceptible, después confesó afligido:

—He oído hablar de esa columna, se la conoce como «la columna de hierro» por sus acciones y la dureza de corazón que tienen sus integrantes.

—Para ustedes gente peligrosa, la mayoría son presos liberados de la prisión de San Miguel de los Reyes —declaró el mismo policía. El otro era un malencarado que miraba con desprecio a todos.

—Exconvictos, delincuentes y desertores, lo sé —reconoció el religioso echando mano de la indulgencia que da la fe—. Gentes sin el menor escrúpulo que aprovechan el conflicto para constituirse en pequeñas bandas paramilitares, con la excusa de combatir a los fascistas se dedican al pillaje y al vandalismo más atroz.

—Llevan la Revolución hasta sus últimas consecuencias, para ellos el comunismo libertario es el que da a los hombres la fuerza para ser libres.

—¿Libres para matar a Dios y a todos los que le sirven? —apostilló el padre Juan levantado su dedo índice para precisar las palabras del policía—. No son más que «Ceratis», eso es lo que son, vulgares «Ceratis Capitata»

—¿Eso qué es, la gorra de los curas? —dijo el otro policía interviniendo por primera vez con cierto aire de burla.

—Son moscas que se sirven de las frutas para alimentarse y como pago deposita sus excrementos para contaminarlas, pudrir las y terminar con todo. Eso es lo que hacen los revolucionarios que siguen los postulados del anarquista Buenaventura Durruti, que alardea de sus asaltos y fechorías, se vanagloria de las iglesias que a quemado y presume del número de curas y obispos que ha fusilado.

—España es ahora una moderna República de trabajadores progresistas y agnósticos que no necesitan iglesias ni curas...

—Los religiosos no provocamos desorden. Nos dedicamos a la oración, el estudio y la enseñanza, es nuestro compromiso con la sociedad.

—Tenga en cuenta que son grupos de incontrolados que...

—Que se dedican al saqueo —cortó el padre prior al policía.

El policía estaba lejos de comprender la realidad. El asesinato no debía ser el principal compromiso de los que aseguraban servir a la República. Construir un icono de anticlericalismo radical y violento llevaría a la Segunda República a un trágico final.

El coche y los tres autobuses desandaban el camino que hizo Felipe II cuando decidió construir su Monasterio en aquel mágico lugar. El padre prior miraba por la ventana del coche las rocas y senderos que sorteaban las florestas y calveros del camino, un camino que podía ser interrumpido en cualquier momento por los pistoleros que les escoltaban. Se hablaba de las matanzas de los detenidos durante los traslados. El obispo de Jaén, seis sacerdotes y más de seiscientos presos fueron obligados a bajar del tren que les conducía a Madrid para ser interrogados y fueron ametrallados. Murieron todos.

La República se había desgranado en un montón de pequeñas Repúblicas con leyes a cuál más represiva, donde los saqueos asesinatos y destrucción del patrimonio de los ciudadanos de clase media estaban a la orden del día. Las milicias de los partidos y sindicatos obreros establecieron sus controles y su propia Revolución.

El fanatismo antirreligioso de la furia popular machacó obras de arte del patrimonio histórico de todos los españoles. Con las persecuciones religiosas fueron sacrificados trece obispos, cuatro mil doscientos miembros del clero secular, seminaristas incluidos, dos mil cuatrocientos religiosos y trescientas monjas, redondeando cifras a la baja.

Las iglesias que no fueron quemadas se dedicaron a almacenes o fueron polvorines del Frente Popular. El más grande de ellos estuvo en el Monasterio de El Escorial, el compañero presidente Azaña sabía que el Ejército Nacional nunca bombardearía un edificio religioso y menos de tan inmensa importancia.

Un frenazo del coche a la altura del pueblo de Galapagar sacó al padre prior de sus pensamientos. Los policías miraron al conductor para ver lo que pasaba.

—Hemos perdido a uno —dijo el conductor volviendo la cabeza hacia los asientos traseros.

—¡Cómo! ¿Qué? —dijo el policía sorprendido.

—Que uno de los autobuses se ha quedado, lo hemos dejado atrás.

—¡Vuelve a buscarlo maldita sea! Haz señas a los otros dos autobuses para que se detengan.

—Hemos perdido al último —observó el padre Juan—. Donde viene lo más granado de nuestra comunidad.

Cuando daban la vuelta para ir al buscar al autobús perdido le vieron llegar y pasados los momentos de ansiedad el coche policial se colocó el último para cerrar la marcha.

A la entrada de Madrid surge un problema más grave. Los tres autobuses se habían detenido porque los conductores amenazados a punta de fusil por los milicianos no sabían que hacer. Los policías bajaron del coche y preguntaron la razón de la parada.

Los tres conductores hablaron a la vez, les habían ordenado dirigirse a la Casa de Campo donde los milicianos pretendían fusilar a todos los religiosos. Los policías encañonaron con sus armas a los conductores diciéndoles que eran ellos los que daban las órdenes.

—¿Y qué hacemos? —dijo uno de ellos—. Si vamos a la Casa de Campo ustedes nos disparan, si no lo hacemos nos disparan los milicianos...

—Arriesgar, sólo les queda arriesgar —contestó el policía—. Tengo que hacer una llamada, la haré desde la gasolinera, el que se atreva a moverse recibirá como premio una bala ¿Entendido?

Los conductores se encogieron de hombros, los milicianos se conformaron de momento, pero siguieron apuntando a los conductores y al policía cara de granito.

—La orden terminante es ir todos a la Dirección General —dijo enérgicamente al volver el policía que había ido a realizar la llamada.

Así pudieron llegar vivos los padres agustinos hasta los sótanos de la Dirección General de Seguridad instalada entonces en la calle de la Reina. Nombre fuera de lugar para los republicanos. Al día siguiente les trasladaron en coches celulares a la iglesia y colegio de los Escolapios de San Antón, convertido por los republicanos en prisión provincial para hombres. La macabra número 2 de la calle de Hortaleza.

Por el policía que les había escoltado supo el padre prior que se habían librado de la muerte por su decisión de salir por la carretera de Guadarrama, circunstancia que evitó que se cruzaran en el camino con la «columna valenciana» que les hubiera obligado a volver al Monasterio para ser fusilados en el patio.

Cuando la columna de milicias populares anarquistas llegó al Monasterio y no encontraron a sus víctimas descargaron su furor con la gente del pueblo que les recriminaba sus acciones contra el sagrado lugar. Los complacidos en morir por el Monasterio fueron fusilados entre los castaños de la ermita de la Virgen de Gracia, en el bosque de la Herrería. Como fin de fiesta los milicianos se vistieron con casullas, albas y birretes sacerdotales y desfilaron por Floridablanca imitando una irrisoria procesión. Una burla que hubo que digerir para evitar que alguien más perdiera la vida.

La cárcel de San Antón fue para los padres agustinos la antesala de su innmercido martirio. Allí les desnudaron y quitaron todo lo que llevaban encima como señal inequívoca del trágico final que esperaba a los religiosos. Un miliciano al que sus compañeros llamaban «Petrov», apodo que definía claramente su ideología, se quitó los calzoncillos que llevaba puestos desde el comienzo de la guerra y se los dio a fray José López Piteira, seminarista y diácono agustino que por su condición de cubano podía haberse librado de la detención, pero no quiso abandonar a sus hermanos y correr su misma suerte.

—Ponte estos «gayumbos» para que veas que los rojos no tenemos nada nuestro, lo compartimos todo —dijo el miliciano a fray José que esperaba ser ordenado sacerdote.

—¿Cómo quiere usted que yo me ponga... esto? —dijo fray José con gesto de asco.

— ¡Cómo va a ser, lo amarillo palante y lo marrón patrás!

Aquello provocó las risas y palmadas en la espalda que espolearon a Petrov para que continuara martirizando al fraile y este ordenó al joven que se tocara los genitales y dijera cosas ofensivas dirigidas a la virgen.

El religioso se preparó para el castigo y con los ojos llenos de lágrimas animó a sus compañeros novicios gritando: «¡Viva Cristo Rey!»

Esto enfureció al apasionado seguidor del igualitarismo popular bolchevique que machacando los pies del religioso con la culata del máuser dijo:

—¡Será cabrón el cura, además de cristiano, monárquico!

«¡Viva Cristo Rey!» Gritaron todos los novicios a la vez para dirigir contra ellos la furia del desalmado. Consiguieron su propósito. Fueron fusilados con las manos y los pies destrozados.

Los soldados encargados de fusilar a don Pedro Muñoz Seca, autor de la genial comedia ambientada en la España medieval «La venganza de Don Mendo», le pidieron perdón antes de disparar. El genial escritor humorista y autor teatral, monárquico y andaluz, consoló a sus verdugos con el discurso que definía su personalidad:

«Por mí no se molesten señores, aunque me temo que no tienen ustedes la intención de incluirme en su círculo de amistades»

El padre Avelino, pidiendo permiso al jefe del pelotón, dijo a los que le apuntaban a él y a sus hermanos agustinos de El Escorial: «Sabemos que nos matáis por lo que somos, católicos y religiosos. Tenéis razón, lo somos».

El padre agustino les dijo a los que les fusilaban: «Quiero que sepáis que tanto yo como mis hermanos os perdonamos de todo corazón». Después dio ánimos a sus compañeros y todos unidos ensalzaron a Cristo Rey, ensalzamiento que llenó de ira a sus verdugos que descargaron sus armas contra el cuerpo de los agustino indefensos que caían al suelo rezando y pidiendo perdón para ellos. Cuando los disparos cesaron se produjo el silencio, un silencio que fue roto por los cuerpos que eran arrastrados hacia la fosa común, seguido del macabro sonido que hacían al caer dentro de ella.

Días atrás, mientras estaban recluidos esperando la muerte, don Pedro Muñoz Seca le decía al padre prior de los agustinos que no entendía porque ellos estaban encerrados en la prisión de San Antón.

—Nos detuvieron para salvarnos la vida —contestó el religioso.

—De algo ha servido entonces haber tenido de alumno al presidente de la República, aunque debo decir que con amigos así ¿Quién necesita enemigos?

—Supongo que el camarada presidente tiene poco que ver...

—¿Poco que ver? —dijo el autor levantado las cejas sorprendido—, dígame quién sino él fomenta con sus discursos el sentimiento anticatólico.

—Ya no piensa como antes, ha cambiado.

—Ha cambiado el lema de los agustinos por los movimientos libertarios en contra de Dios —dijo don Pedro sin importarle la represalia de quien los miraba a distancia, un mal bicho siniestro borracho y pendenciero que favorecido autonombrándose el mismo capitán disfrutaba amenazando con la pistola que le colgaba del cinto.

—Y usted, ¿cómo ha llegado aquí? —preguntó interesado el padre prior.

—Fui detenido en Barcelona donde había ido con mi mujer al estreno de mi última obra «La tonta del rizo». El día anterior había explotado el conflicto armado y los milicianos anarquistas de Baldomero Durruti dominaban la ciudad apoyados por Luís Companys que salía al balcón de la Generalidad para arengar a los pistoleros que recorrían las calles matando a todos los que mostraban algún signo de simpatía hacia los Alzados. Los actores me aconsejaron dejar el hotel y me escondiera en una discreta pensión de la vía Layetana porque las milicias de izquierdas recorrían los hoteles de cierta categoría y mataban a todos los que llevaban puesta una corbata.

—¡Qué espanto!

—Esa es la palabra padre ¡Qué espanto! —reconoció don Pedro sin hacer caso a la provocativa mirada desde lejos del capitán y los milicianos que estaban junto él.

—¿De qué le han acusado? —preguntó el padre agustino mirando en la misma dirección. El capital y sus esbirros disfrutaban asustando a los presos.

—De conservador, monárquico, católico, qué sé yo.

—¿Y Asunción, su mujer?

—Se ha librado por su condición de ciudadana cubana, pero está vigilada por los que esperan verla con alguien considerado sospechoso para detenerla.

—Considero que usted ha sido detenido por ser un autor envidiado, los envidiosos se rodean de cómplices que les sirven en bandeja sus deseos de venganza.

—Sin duda me halagaría más que otra cosa; pero no, a estos «paladines» de la libertad de expresión les hacen daño mis sátiras. Soy para ellos como la china en el ojo.

—Es una mala época para los escritores de su talante —dijo el padre Juan moviendo la cabeza con pesar.

—Lo mío puede estar justificado, ¿pero lo de ustedes?

—Compartimos los mismo enemigos. Los del Frente Popular pertenecen en mayor o menor grado a la masonería y esta culpa a la Iglesia de la pobreza que sufre el país.

Los milicianos que los miraban se acercaron empujados por su capitán para cortar la conversación. Pensaban que el escritor le confesaba sus pecados al padre prior.

—¡Venga vale ya de cotorreo! —dijo el peor encarado—. Tendréis tiempo de hablar cuando estéis los dos en el infierno.

Aquel fue el presagio de la tragedia que les tocaría vivir durante los días siguientes. Ante la llegada de las tropas del Frente Nacional bajo las órdenes de Franco se desató el holocausto contra todos los religiosos presos en Madrid y la terrible carnicería de miles de detenidos por razones políticas. En la cárcel de San Antón, sin luz por las noches por causa de los bombardeos, todos los días a la cinco de la mañana se vivía la angustia de la lectura de las trágicas listas de las sacas carcelarias que un miliciano leía a gritos linterna en mano:

—¡Atención! ¡Oído a la lista!

La lista de aquel día, en la que salió nombrado don Pedro Muñoz Seca, no fue la más grande, pero sí la más selectiva.

—¡A ver, los nombrados que recojan sus cosas y bajen a la portería!

A las siete de la mañana ya estaban todos con las manos atadas a la espalda y sin equipaje subiendo a los camiones. Cuando vieron a don Pedro le quitaron todo lo que llevaba encima, además del reloj, la cartera y las fotos de su familia.

La violencia fue tal que estrellaron sus gafas contra el suelo y, cuando don Pedro las quiso recuperar, le dijeron entre risas que ya no las necesitaría, a lo que el ingenioso autor respondió: «Podéis quitarme mi hacienda, mis tierras, mi riqueza; podéis quitarme la vida, como vais a hacer, pero hay algo que no me podéis quitar, el miedo que tengo»

El siniestro capitán encargado de las sacas de presos ordenó que ataran juntos al escritor Pedro Muñoz Seca y al padre Guillermo, prior de los Hermanos de San Juan de Dios de Ciempozuelos. Los subieron al transporte que les esperaba para llevarlos a su trágico destino, una enorme zanja abierta en la vega del Jarama donde se amontonaban los cuerpos sin vida de los fusilados. El alcoholizado capitán curiosamente también se llamaba Pedro y casualmente era poeta novel y autor de una obra de teatro que nunca llegó a representarse porque era «infumable».

De los ciento siete agustinos que fueron detenidos en El Escorial noventa y ocho fueron ejecutados. Los fusilados pertenecían a lo más granado de la comunidad porque cuando fueron detenidos se celebraba en el Real Monasterio un Capítulo Provincial. Los mejores religiosos en todos los aspectos: académicos, profesores, superiores y oficiales de cada casa, además del padre provincial, murieron junto a los estudiantes de filosofía y teología que se encontraban allí en formación.

Los que con fortuna sobrevivieron a las sacas de presos y fueron liberados volvieron con el ánimo renovado para poner en marcha la restauración del Real Sitio y seguir con su misión, que no era otra que dedicarse a la oración, el estudio y la enseñanza.

Ningún otro sentimiento cabía en su corazón.

Atrás quedaron los horrores vividos durante su cautiverio. Los argumentos para condenarles a muerte por los que luchaban contra la injusticia de los poderosos preguntaban: «¡A ver, tú! ¿Eres agustino? ¡Pues hale, pasa ahí! ¡Vamos, el siguiente!»

Cuando se encontraron ante el edificio monumental comprobaron que se encontraba abandonado, lleno de verdín y los patios se ahogaban en un mar de vegetación que se había arraigado en las junturas de los sillares y subía por ellos como termitas.

Antes de la batalla de Brunete el complejo: el palacio, la basílica, el monasterio y los sótanos inmensos habían sido convertidos por los rusos aliados del ejército republicano en polvorín y depósito de municiones. A sabiendas que la aviación del Frente Nacional nunca bombardearía un lugar tan sagrado.

Del tesoro en joyas y oro que el ejército republicano se había llevado como botín de guerra del Monasterio de El Escorial nunca más se supo.

Sí pudieron recuperarse por medios diplomáticos los cuadros difíciles de vender, se encontraban en Ginebra en manos de quien nada tenía que ver con su legítima propiedad. Otro montón de cuadros, códices y manuscritos, fueron interceptados en Figueras cuando eran trasladados a Francia.

Durante el tiempo de cautiverio los agustinos comprobaron que los fusilamientos en masa no colmaban la sed de venganza de los «defensores del pueblo». Estos grupos de incontrolados recorrían pueblos y ciudades en busca de fascistas, burgueses y miembros del clero para descargar sobre ellos su ansia irrefrenable de matar.

En el medio rural fue donde se desató con más violencia el odio y la lucha de clases. Morían a diario: jueces, alcaldes, secretarios, caciques y terratenientes... también los campesinos que se oponían a quedarse sin patrón.

«En la plaza de mi pueblo dijo el jornalero al amo, nuestros hijos nacerán con el puño levantado»

El Frente Popular sembró el «terror rojo» entre los políticos y empresarios de cualquier nivel, sobre todo durante el período republicano y las primeras semanas de la contienda. Se multiplicaron las víctimas por arreglos de cuentas y venganzas personales, lo más vergonzoso era que se denunciaba para librarse de pagar las deudas.

Los partidos y grupos que representaban a la izquierda revolucionaria crearon sus propias cárceles. Hicieron funcionar tribunales populares autónomos que tenían el poder de decisión sobre la vida y la muerte, bastaba cualquier denuncia para ser condenado.

Incentivaron las acciones represivas de las patrullas incontroladas compuestas por anarquistas y sindicalistas de la izquierda radical reforzadas con presos condenados a fuertes penas, atracadores y asesinos que eran utilizados para ejecutar las más sangrientas y asesinas actuaciones. A estos pistoleros se les permitía realizar cualquier tipo de acción represiva dentro de la legalidad. Podían matar a sus anchas o conducir a sus víctimas ante los irregulares tribunales populares que los condenaban a muerte.

La represión roja fue mucho más violenta en las ciudades en las que el golpe militar no había triunfado. Se dirigió sobre todo a los militares que quisieron permanecer neutrales. Se mataba con saña a los prisioneros para vengar a los caídos durante los bombardeos de los alemanes.

Se perseguía y aniquilaba a todos los que pertenecían o habían pertenecido a un partido de derechas, incluso a los que sin estar alineados a ningún partido simpatizaban con la rebelión militar.

La represión se hizo mucho más grave cuando Madrid se convirtió en frente de batalla y la guerra llegaba a su fin. Ante el miedo a las represalias de los franquistas los grupos populares dejaron de matar, no así el ejército republicano que desde su legalidad siguió fusilando presos como si aquello se tratara de una grandiosa traca final.

Todo este espanto estaba gravado en las caras de los seminaristas y padres agustinos que sin pedirlo habían sobrevivido. Querían morir junto a sus hermanos.

El vehículo militar que les había dejado ante la puerta principal del Monasterio se alejó después que los soldados que les habían servido de escolta se despidieron de los religiosos con un marcial saludo militar. Un saludo que les dejó helado el corazón.

Sabían que nada había terminado. Que lo que venía ahora no era más que la continuación de la sangría que venía produciéndose desde las revueltas populares que dieron origen al conflicto social, político y militar que desencadenó la Guerra Civil.

Lo vieron claramente escrito en la estela de humo que dejaba tras sí el transporte militar, un sobrecogedor humo blanco que escribía en el aire la palabra «terror».



Hubo una diferencia cualitativa entre el «Terror Rojo» instigado por los partidarios del Frente Popular que dominaba al Gobierno de la Segunda República, y el «Terror Blanco» impulsado por los militares sublevados que se levantaron contra la sumisión republicana a los listados del marxismo y los dictados transmitidos por Stalin desde la Unión Soviética.

El «terror rojo» no fue una represión de Estado porque no fue ordenada por el Gobierno republicano, sino que obedeció a la reacción de las incontroladas milicias populares que se echaron a la calle aprovechando el vacío de poder que había dejado el Golpe de Estado militar.

El «Terror Blanco» fue una represión impulsada por el mando del Ejército Sublevado obedeciendo las consignas de La Junta de Defensa Nacional, que había asumido los poderes del Estado con el pronunciamiento militar del 17-18 de julio de 1936.

Terminada la guerra se ocultó celosamente los resultados de esta represión por orden expresa de Franco, sobre todo lo relacionado con las víctimas que causó el «terror blanco» desde el mismo día del Alzamiento. Desde el principio el poder militar hizo una represión institucionalizada, inició al Golpe de Estado militar fusilando a los que rechazando a los Alzados permanecieron leales a la Segunda Republica

—A la orden de vuecencia mi general —el joven oficial entró en el despacho del general Orgaz cuadrándose con respeto.

—Aquí tiene teniente —dijo el impetuoso general—. Estas son las ejecuciones firmadas y rubricadas de los que tienen que ser fusilados ante los muros de la fortaleza

—¿No hay ningún indultado en la lista mi general? —preguntó el teniente sin abrir la carpeta.

—¿Tenía que haber alguno teniente? —respondió el general masticando las palabras y levantado la vista con expresa intención.

—Con el permiso de vuecencia había pensado en el jefe del aeródromo militar, el comandante de la Puente Bahamonde...

—¿El renegado?—le cortó al teniente el robusto y bien rasurado militar.

—Sí mi general. El primo hermano del general Franco...

—Si en lugar de sustituirle Franco cuando apoyó a los masones de la Revolución de Asturias le hubiera fusilado no tendríamos que hacerlo nosotros ahora aquí en Tetuán. Indultarle sería un signo de debilidad y en este momento histórico no es lo más acertado. Debemos tomar ejemplo de las palabras del general Mola: «En esta guerra no caben las consideraciones, si en las filas contrarias veo a mi padre lo mato».

Contradiendo al general de talante republicano Emilio Mola, cabecilla director de la Sublevación Militar de 1936, lo ocurrido al otro lado del estrecho no empezó como una guerra, sino como una dura represión porque no hubo combates ni operaciones militares. El aparato de propaganda de la dictadura franquista se encargó de mantener que apenas hubo víctimas porque los ciudadanos de Ceuta y Melilla estuvieron desde primer momento al lado de los sublevados. No es verdad. El 18 de Julio ya se contaba con los listados de autoridades, políticos y sindicalistas a los que había que eliminar. No sólo en estas provincias españolas del norte de África, sino en el resto del país.

El Alzamiento Nacional comenzó al otro lado del estrecho con los fusilamientos de los que no estuvieron de acuerdo con los Alzados y permanecieron fieles al Gobierno de la Segunda República.

La diferencia que hubo en las ciudades de Ceuta y Melilla es que no se produjeron paseos ni enterramientos en descampados, como en el resto del país. A los primeros represaliados de la Guerra Civil de 1936 se les enterró en fosas comunes dentro de los cementerios de su ciudad, al otro lado del estrecho.

En cuanto al tema religioso Franco dejó bien claro que no se debía inquietar a los musulmanes porque sus planes pasaban por reclutar a cien mil marroquíes para provocar la «Yihad» de los creyentes, cristianos y musulmanes hermanados por una guerra santa contra los que negaban la existencia de Dios:

«¡Volveréis a vuestros pueblos con babuchas de oro!» —promesa de Franco a los rifeños de las tropas indígenas que se portaron como fuerzas mercenarias temidas y salvajes que dejaron un terrible recuerdo en España.

Más que volver con babuchas de oro su participación en la guerra contra el Frente Popular social-comunista fue el principio de una «xenófoba morofobia» que se mantuvo a lo largo de los años, no sólo entre los que perdieron la Guerra Civil, sino también entre los que pronto olvidaron a los treinta mil soldados marroquíes que Franco puso en primera línea de fuego para que fueran masacrados por el ejército republicano, peor entrenado que el ejército nacional, pero con otro espíritu de lucha porque tenían más cosas que perder.

La toma de ciudades y pueblos por la soldadesca marroquí fueron razias sangrientas porque los rifeños en la masacre son especialistas. Muertes saqueos y violaciones. El Caudillo les concedió el derecho al pillaje para que cada uno se procurara las babuchas de oro que les había prometido en el reclutamiento:

«La nuestra será una Guerra Santa, porque en ella combatimos juntos cristianos y musulmanes como soldados de Dios. La lucha no es contra los hombres, sino contra los que niegan su existencia».

No hay nada que más solivianta a un musulmán que se niegue la existencia de su Dios... Alá... ni nada más emotivo que matar españoles, el marroquí siente una especial predilección por la caza del español.

Franco sostuvo que la represión de las hordas marxistas de Frente Popular produjo medio millón de mártires españoles caídos por Dios y por España, más que la cifra ofrecida por los observadores internacionales, que apuntan a sesenta mil las víctimas franquistas. Como Caudillo de su sacra revolución siempre estuvo dispuesto a recordar a sus caídos y olvidar a los que murieron por defender ideales opuestos.

Durante las celebraciones aparecen los tópicos tratando de justificar lo injustificable: «Todos hicimos lo mismo» «Nosotros matamos, pero ellos mataron mucho más»

No, ni todos fueron iguales, ni todos hicieron lo mismo. Las razones de la lucha, las motivaciones y los métodos de cada uno fueron distintos. Hay que saber distinguir entre la violencia programada en los cuarteles por los mandos de un Ejército educado y bien entrenado y la rabia que provoca un golpe de Estado en una masa civil menos educada y sin deseos de cambio. La clase baja, obrera y popular, veía como la distopía de la Revolución Social de 1936 impulsada por los socialistas se escapaba de las manos.

Este fue el discurso de José Calvo Sotelo en el Parlamento que le sentenció a muerte:

«Las fuerzas proletarias se disponen a dar un segundo paso revolucionario, que será la instauración del comunismo. España sólo podrá salvarse con una fórmula de Estado autoritario y corporativo...»

De cara al exterior la invasión del país por la filosofía impuesta por los comunistas y las ideas revolucionarias importadas por los estalinistas justificaron el Golpe de Estado de los militares del Frente Nacional. Los Aliados temerosos de la expansión hacia el sur de la Rusia comunista no estuvieron dispuestos a participar en la contienda que producía miles de muertos. No les importó que España quedara en manos del totalitarismo.

El primer Bando de Guerra exigía poner en marcha castigos ejemplares que pasaran desde la represión al exterminio de los que no secundaran el Alzamiento:

—¡Caballeros! Esta es la lista de los traidores a los que hay que eliminar —dijo el general Mola reunido con los jefes y oficiales golpistas en su cuartel general.

—Con su permiso mi general —dijo un comandante repasando la lista...

—¿Sí, comandante? —pregunto el director del golpe militar elevando la vista con porte marcial.

—...Veo en esta lista a...

—A varios religiosos sí, pero los curas y religiosos revolucionarios de esa lista no miran de frente a su iglesia ni están dispuestos a morir por nuestra causa, que es la causa de Dios. El resto de la lista no son otra cosa que traidores vendidos al comunismo ateo dispuesto a terminar con la paz y la convivencia de la gente de bien.

Hubo una pausa mientras repasaban la lista de nombres. Algunos lo hacían con gesto preocupado, otros con aire de revanchismo largamente reprimido.

La lista representaba castigos ejemplares contra los que estaban o simpatizaban con los separatistas periféricos y los marxistas del Frente Popular. Entre ellos se encontraba el jefe de la Guardia Civil de Pamplona que había rechazado participar en el golpe de Estado militar y mantenerse fiel al desorientado Gobierno de la República.

«Por esa fidelidad el comandante Rodríguez Medel tuvo el privilegio de ser el primer fusilado en Navarra... por sus propios hombres».

—Se tendrá en cuenta caballeros que las acciones tendrán que ser de máxima dureza para reducir la moral del enemigo —continuó el general de pie apoyando los puños cerrados sobre la mesa—. El movimiento debe ser simultáneo sin renunciar a la extrema violencia. Debemos propagar desde nuestro feudo una severa atmósfera de miedo intenso para controlar la situación en todo el país. Tenemos que dar la sensación de dominio eliminando a los que no están dispuestos a luchar por la liberación de los esclavizados por el totalitarismo importado desde la Unión Soviética.

El general hizo una pausa mirando a la cara de sus jefes y oficiales tratando de encontrar en alguno de ellos signos de debilidad. No los encontró, al contrario:

—...¡Caballeros! No debemos vacilar. Las pasadas experiencias nos han hecho ver que las vacilaciones sólo conducen al fracaso. Caballeros ¡Arriba España!

«¡Arriba!» —contestaron todos los presentes poniéndose en pie como impulsados por un resorte.

Como le ocurrió a Moisés el destino hizo que el general Mola, cabecilla promotor y director del golpe de Estado militar no viera la tierra prometida. Tampoco el general Sanjurjo que según el organigrama estaba previsto para asumir la Jefatura del Estado tras el Alzamiento militar... ¡Los dos murieron estrellándose con un avión!

La casualidad o circunstancia dejó libre el camino al general Francisco Franco para convertirse sin oposición primero en flamante Caudillo de todos los Ejércitos y seguidamente terminada la guerra en dictador y jefe del Estado con carácter vitalicio.

Sin duda los aviones fueron los mejores aliados para despejar el camino del «invicto general Franco» que desde la Junta de Defensa Nacional de Burgos declaró oficial el saludo fascista para agradar a sus aliados Adolf Hitler y Benito Mussolini, verdaderos artífices y responsables de ganar la Guerra Civil de 1936 con su ayuda militar.

Los nacionalsocialistas alemanes y los fascistas italianos enviaron a España un desarrollado material bélico en pruebas ante la inminente llegada de la Segunda Guerra Mundial. Sin la ayuda de Hitler y Mussolini Franco no hubiera ganado nunca la guerra.

La variante del saludo romano fue símbolo del Movimiento Nacional hasta 1945 que fue completamente abolido. Sólo quedó como patrimonio de los falangistas. Se trataba de demostrar a los Aliados que habían ganado la Segunda Guerra Mundial que España no era fascista, ni tampoco su Caudillo.

El mortal bombardeo llevado a cabo por la «División Cóndor» en el norte de España contradijo las órdenes y recomendaciones del general Mola. La aviación alemana, con el apoyo de cazas italianos, lanzó un arsenal de bombas incendiarias y explosivas sobre el municipio vizcaíno de Guernica con el resultado de un incierto número de muertos y heridos, muchos de ellos quemados. Demasiado castigo pensando que la aviación nazi dejó intacto el puente de Guernica que era el objetivo y la fábrica de armas situada en las afueras del pueblo.

Más que centrarse en un objetivo militar lo hicieron sobre un objetivo civil.

El conflicto español fue un campo de entrenamiento para los aviadores alemanes que debían combatir en la guerra que Adolf Hitler preparaba para someter a Europa. Tenían que probar sus herramientas de destrucción y eligieron como cobayas los nacionalistas vascos. El general Mola ante la actuación de los Aliados de Franco en el frente de Bilbao acusó a los «gudaris» de haber sido los responsables de haber quemado y volado lugares estratégicos de la población para exagerar el resultado de cara a la opinión externa sobre el conflicto.

El bombardeo de Guernica fue un error incalculable para la imagen del franquismo y sus aliados. Un error que traería graves consecuencias en el futuro:

«El Guernica de Picasso lo denunció poniendo en evidencia la Guerra Civil española en todo el Mundo».

Entre otros cientos de casos de extrema violencia en Tafalla el entierro de un requeté alteró tanto los ánimos de los requetés navarros que asaltaron la cárcel y lincharon a los cincuenta presos republicanos que había dentro. Fue notoria la pasividad de la autoridad que no movió un dedo para impedirlo. En Madrid el 8 de agosto de 1939 fueron fusiladas en las tapias del cementerio las «Trece Rosas», trece muchachas acusadas de pertenecer a las Juventudes Socialistas Unificadas que realizaban actos terroristas para conseguir el derrocamiento de Franco y su nuevo Estado. El juicio y condena lo precipitó el mortal atentado sufrido por un comandante de la Guardia Civil tiroteado junto a su hija y el chofer del coche oficial.

Aunque la cifras oficiales de víctimas se desconocen porque cada bando da las cifras más que altas y exageradas para sentirse víctimas es cierto que el Régimen totalitario de la dictadura franquista diseñó una doctrina de represión total, física, económica, laboral, social e ideológica con el resultado de miles de víctimas. En todas sus categorías.

“Franco, tuya es la hacienda, la casa, el caballo y la pistola. Mía es la voz antigua de la tierra. Tú te quedas con todo, a mí me dejas desnudo y errante por el mundo. Mas yo te dejo mudo... ¡Mudo! ¿Cómo recogerás el trigo? Y ¿Cómo alimentarás el fuego? Si yo me llevo la canción” León Felipe

Represión fue el medio millón de españoles que por defender sus ideales tuvieron que abandonar su país en una diáspora sin precedentes por culpa de un Gobierno que no ofrecía garantías a los vencidos. En los consejos de guerra se condenaba por rebelión a los inocentes y se perdonaba a los que habían cambiado a tiempo de Bando. En los juicios militares por delitos de sangre en media hora se enviaban a la muerte a treinta presos a la vez ¡A preso por minuto!

Se hizo de la muerte un ceremonial, sometiendo a los presos a tensas esperas para ser ejecutados. Se prohibía el luto por los muertos y fusilados que pertenecían a la denominada por los militares como «zona roja». La arbitrariedad salvó a políticos, militares y gente comprometida con la República y llenó las fosas comunes de inocentes que no habían participado en la guerra ni hicieron nada contra el Bando Nacional.

Represión fueron las condenas a trabajos forzados por la hipócrita Ley de Redención de Penas por el Trabajo impuesta por el franquismo, una explotación de mano de obra gratuita de la que sólo sacaron provecho los que apoyaron con su dinero la llegada al poder del régimen opresivo y dictatorial del gobierno de Franco.

Represión fue el expolio de los bienes de los vencidos. Esto se producía de forma arbitraria o por vía judicial bajo la fórmula represiva de la Ley de Responsabilidades Políticas de la dictadura franquista. El Partido Nacional Socialista de los Obreros Alemanes que estuvo bajo el mando de Adolf Hitler aplicó esta ley contra la comunidad judía. En España Franco aplicó esta represiva Ley contra los vencidos que apoyaron a la República. Las escrituras de propiedad extendidas por el Gobierno republicano fueron cambiadas a nombre de los servidores del Nuevo Estado. Aunque siendo honestos, las propiedades fueron restituidas a sus antiguos y verdaderos dueños que habían sido expoliados y despojados de sus propiedades por el Gobierno de la Segunda República.

La rígida depuración en la Administración, tanto estatal como provincial y local, llegó también a los centros de enseñanza y a las profesiones libres. La Junta de Libertad Vigilada se encargó de apartar a las personas sospechosas y sin recursos a más de doscientos cincuenta kilómetros de su domicilio habitual, obligándoles a llevar una vida lamentable. La marginación laboral de los vencidos fue total al no poder acceder a empleos de calidad o empleo público. Los remunerados puestos de trabajo y el acceso a las oposiciones sólo estuvieron al alcance de los excombatientes del Frente Nacional y sus mutilados de guerra. Para sus huérfanos y viudas. Para los excautivos. Para los declarados incondicionales y leales servidores del Gobierno de la Una Grande y Libre nueva España.

El último coletazo del «terror blanco» tuvo lugar desde 1947 a 1949, cuando el joven García empezaba a caminar. Franco prohibió por Decreto todas las actividades políticas.

Volvió la represión contra los partidos políticos y sindicatos obreros declarados ilegales. Los campesinos en contacto con los «maquis» recibieron castigos ejemplares como los recibieron los familiares y amigos de los guerrilleros antifascistas que se negaron a reconocer que habían perdido la Guerra Civil en 1939 y continuaban con la lucha clandestina en las ciudades, o dedicados a la guerrilla armada desde la sierra.

Según las sabias palabras de Unamuno el nacionalismo se cura viajando y el Generalísimo Franco no pudo mejorar de su fiebre nacionalista porque nunca viajó más allá de Hendaya.

«No existen datos del número exacto de las víctimas de la represión del «terror rojo». Tampoco de la dura represión del «terror blanco». Lo único que se debe considerar es el conflicto armado que sufrieron los chicos de la posguerra. Los voceros y libertadores del pueblo oprimido, junto a los salvadores de la patria que les combatieron, dieron pocas oportunidades para «Vivir sin decir Te Quiero».



Capítulo XIX

Dacus Oleae:

Mosca del olivo o «Batrocera Oleae». Es un díptero menor que la mosca común de carácter muy mediterráneo. Sólo come aceitunas.

Llevando la contraria a la «dacus oleae» el orgulloso bracero de origen andaluz Rafael Sánchez Genaro se marchó de Jaén para perderlas de vista. Cuando a Rafael le ponían olivas de tapa en el bar del barrio obrero decía espantado: «Quita eso de ahí quillo, me fui de Jaén por no comerlas». Pocos le llamaban por su nombre, se le conocía por el mote que le buscaron los encargados de este menester en el barrio donde nació García. Primero pensaron en llamarle «gazpacho», por el andalucismo tan expresivo que llevaba Rafael a flor de piel, pero poco tenía el hombre de desmigado, así que aprovechando un momento de burbujeo de creatividad los responsables de poner motes, o «moteros», decidieron ponerle «aceituno», que se acomodaba mejor a su espíritu, color de ojos, tono de su piel típicamente jaenera y por su manía de negar que lo que más le gustaba en la vida era ¡Comer aceitunas!

Era un tipo la mar de ocurrente. Como buen andaluz era respetuoso con el trabajo, guardaba prudentemente las distancias. Se valía de él para vivir, pero tenía claro que hay que trabajar para vivir, no vivir para trabajar.

Tenía salidas para cada cosa: «¡Ozú! Chiquilla, quién fuera suelo pa estar toa la vía rendío a tus pies» —decía el aceituno echando mano de la jerga con la que emperifollaba su lenguaje.

«¡Venga Rafael! que tú ya no estás para esos trotes» —contestaban las mujeres halagadas.

«Los ojos no se hacen viejos mi arma» —respondía el aceituno iluminando la mirada.

Terminada la Guerra Civil en 1939 Barcelona, Bilbao y Madrid restañaban sus heridas por haber sido junto a Valencia las ciudades más castigadas. Rafael abandonó el campo y los olivares siguiendo los cantos de sirena que llegaban del norte, sobre todo de la chovinista Barcelona, considerada la novena provincia andaluza por el alto nivel de inmigración procedente del sur.

Comprobada la clase difusa de los jóvenes con cola de pez, Rafael Sánchez Genaro el «aceituno», decidió terminar su periplo como esforzado bracero por los extremistas puertos de inspiración nacionalista cargados de mitos que adoctrinan con leyendas y mentiras —falseando la realidad—, para fundirse con los vecinos del barrio obrero madrileño, donde le habían aceptado sin tener en cuenta su origen. Un barrio sencillo donde podía dedicarse a menesteres más llevaderos sin la obligación de tener que llevar el distintivo de origen pegado en la frente.

—Según los catalanes los andaluces somos el instrumento con el que Franco trata de españolizar Cataluña —dijo Rafael sorbiendo un chupito de vino. Participaba en una tertulia de amigos y vecinos en el bar de Bienvenido, charlas que empezaban hablando de toros y terminaban con críticas al gobierno.

—¿Quieres decir «azituno» que los catalanes piensan que el Caudillo somete a Cataluña inoculando en Barcelona catalanes de origen andaluz? —preguntó sorprendido don Víctor el panadero.

—¡Digo! —contestó Rafael mirando hacia los lados con precaución por si alguna «mosca negra» andaba por allí para pescar algo que vender a la Secretaría General del Movimiento.

—Eso no son más que fantasías —dijo el abuelo de García que miraba como su nieto mojaba un bizcocho de soletilla en un vaso de leche azucarada—. Este gobierno es demasiado zafio para montar una operación tan perversamente brillante.

—A los franquistas les falta imaginación —dijo don Mariano Solís, diplomático amigo del abuelo de García apartado de sus funciones por no haber simpatizado con el Alzamiento—. Franco sabe que su enemigo está dentro de casa y no es de extrañar que haga lo mismo que hicieron los Habsburgo para cristianizar el reino de Granada.

—¡Una limpieza étnica! —dijo el panadero con un tono con el que demostraba su antipatía hacia los delirios de los nacionalistas periféricos.

—Una manipulación de destinos —contestó don Mariano con gesto benevolente—. Al Caudillo le han convencido de que entre él y Felipe II existe un cierto paralelismo, así que con el lema de Una Grande y Libre ha puesto en marcha un mecanismo similar al que utilizó el rey contra la población musulmana.

—¿Quiere prohibir a los moros que se corten el frenillo? —preguntó el tío Cruz, que llevaba toda la tarde valorando la posibilidad de dejar sin gato al tabernero.

—Entre otras medidas —contestó el diplomático enderezando el cuerpo—. El rey mandó encarcelar a los que se negaban a renunciar a su nombre árabe y se negaban rotundamente a dejar sus prácticas religiosas. La prohibición llegó a tal extremo que fueron clausurados los baños para que los árabes no practicaran allí sus abluciones.

—¡Eso está bien! —dijo Secundino Martín, el tratante de caballos que hasta ahora sólo se había dedicado a escuchar— ¡Aquí las abluciones ni a las yeguas!

—¡Ha dicho abluciones, no ablaciones, pedazo de animal! —dijo don Víctor el panadero haciendo un gesto de amago con el dorso de la mano.

—¿Y qué? ¿No es lo mismo? —dijo del tratante de mulas y caballos con mirada desafiante.

—No sé —replicó el panadero—. ¡Pregúntaselo a una de tus yeguas!

Secundino quiso replicar, pero cerró la boca para seguir escuchando al diplomático:

—El rey mandó pregonar un edicto en árabe y castellano para prohibir a los musulmanes el uso en público de su vestimenta y dejaran de una vez por todas sus costumbres moras. Debían de convertirse por decreto en españoles católicos de hecho...

—Bueno —dijo el abuelo de García recordando el día tan amargo que pasó en la checa del Círculo de Bellas Artes—. Fui detenido y condenado a muerte por un tribunal popular por llevar en la calle puesto el sombrero y no me ofrecieron la oportunidad de convertirme en un español republicano de hecho.

—...Y sobre la lengua —apuntilló el diplomático dejando a un lado las palabras de don Jesús—: los moriscos debían aprender el castellano en un plazo de tres años, pasado ese tiempo se consideraba un crimen hablar, leer o escribir en lengua árabe.

—Según los catalanes el crimen que comete Franco prohibiendo el catalán —dijo el «aceituno» levantando el sobrecejo.

—Esa es la leyenda urbana de la ingeniería social del nacionalismo. Franco no persigue al catalán como herramienta de comunicación, persigue a los catalanes que lo usan como arma política...

Dijo don Jesús limpiando la boca de su querido nieto que había terminado su merienda y ponía toda su atención en lo que allí se hablaba, cosa que después de muchos vasos de gaseosa con una gota de vino y muchos bizcochos de soletilla con leche azucarada sirvió para que el bueno de García tuviera a lo largo de su vida una visión bastante aproximada del conflicto que divide a una parte de los españoles.

—...El nacionalismo defiende que Cataluña es una nación por tener una lengua diferente que define su factor de identidad y distintivo étnico —terminó don Jesús.

—Los separatistas catalanes pretenden conseguir que todos los territorios donde se habla catalán sean parte de su soñado imperio. Esos son los enemigos de Franco, no lo que hablan catalán —apostilló Mariano Solís—. La dictadura no autoriza el uso de las lenguas regionalistas como arma de construcción nacional, sin embargo, apoya sus manifestaciones culturales. Con Franco viven su mejor momento. Puedo asegurarles señores que nunca se ha premiado tanto la literatura escrita en vasco o en catalán como ahora. Eso deberían saberlo los que divulgan cuentos imposibles como «la fábula de Aitor», o mitifican a unos «segadores» de hace más de trescientos años.

El razonamiento produjo en los presentes un momento de desconcierto, roto de inmediato por don Víctor:

—¡Ea, se acabó! ¡Qué aquí estamos para beber vino y hablar de toros! ¿Has oído Bienvenido? trae otra frasca de vino del pellejo que guardas para los buenos clientes...!

Luego dirigiéndose al diplomático apuntó:

—...A usted don Mariano que le traigan un «güisqui», ¿si lo prefiere?

—Estaría loco querido amigo si renunciara al placer de paladear un buen vaso de vino de Noblejas —respondió el diplomático haciendo un gesto amigablemente digno.

—¡Usted es de los míos! —dijo el tío Cruz mostrando abiertamente su desdentada boca—. El «güisqui» para los escoceses, que llevan falda de cuadros.

Todos rieron la ocurrencia y el viejo se sintió satisfecho por haber aportado algo distendido en aquella sobrada tertulia.

El destartalado vagón de tercera en el que huía Rafael Sánchez Genaro hacia la tierra prometida olía a comida barata, grasa de tren y al sudor concentrado de los angustiados viajeros que no podían contener las lágrimas negras que rodaban desde sus ojos cegados por la carbonilla que, incontrolada, volaba de un lado para otro.

Rafael llevaba poco encima, apenas un hatillo con algo de comida, unas cuantas pesetas escondidas bajo un remiendo de su gastada chaqueta, la única foto que un fotógrafo gallego le hizo en vida a su madre y una arrugada estampita de la Virgen de la Capilla guardada en su raída cartera.

Desde el asiento que ocupaba, un duro y corrido banco de tablas de madera oscurecidas por un montón de capas de barniz a brocha, veía como el horno de la máquina a vapor de la serie 401 devoraba carbón sin parar como si los ingenieros belgas que la diseñaron la hubieran creado únicamente para desarrollar ese fin:

Comer carbón.

Sus mil quinientos caballos cumplían con la misión de arrastrar una interminable fila de maltrechos vagones de madera que se habían librado de milagro de las bombas con las que los aviadores alemanes hicieron sus prácticas para estar preparados para la que se avecinaba: ¡La madre de todas las guerras!

La cascada locomotora llevaba años pidiendo a gritos un piadoso desguace, pero Franco no podía complacer a la desgraciada 401 por la falta de recursos, bastante esfuerzo había hecho nacionalizando la red ferroviaria.

La vieja y resignada máquina esperaba su jubilación tosiendo como lo hace un pobre tuberculoso subiendo una empinada cuesta.

En un tren tan popular lleno de obreros que huyen de su tierra en busca de trabajo huele sobre todo a vómitos y orines incontrolados, los retretes de los vagones de tercera no son lugares idóneos para detenerse en ellos más del tiempo necesario porque los necesitados descargan en ellos su rabia contra el poder. Las meadas en suelos y paredes se deben más a ser sorprendidos mientras lo hacen en una curva.

Había polizones que viajaban hechos un ovillo escondidos en huecos y cubículos inverosímiles para no ser sorprendidos y arrojados del tren con una patada en el trasero ¡Había genios que se camuflaban tan bien que no se reflejaban en los espejos!

Para los braceros andaluces que no podían demostrar que tenían vivienda y trabajo en Barcelona la proximidad a lo que se conocía como la estación de Francia se convertía en angustia, los inmigrantes eran tratados por la autoridad catalana como indigentes y trasladados al Pabellón de las Misiones de Montjuic para ser deportados. Los paisanos que eran devueltos a casa por la Policía o la Guardia Civil perseveraban una y otra vez en el intento, lo hacían cambiando de ruta o abandonaban el tren en estaciones cercanas para completar el viaje a pie.

Según los que habían precedido a Rafael en la aventura migratoria había que estar atento a la velocidad de la máquina y abandonar el tren si aminoraba la marcha de forma sospechosa cerca de la estación. Los maquinistas advertían de esta forma a los que por un motivo o por otro podían ser detenidos, trataban de evitar que la gente se rompiera la crisma cuando saltaba del tren.

Durante la dilatada posguerra española no fue ni el hambre ni la política autárquica de Franco contra las iniciativas republicanas las que motivaron el desarraigo de los campesinos andaluces, salvando las distancias el mismo desarraigo fue impuesto por Felipe II a los moriscos rebeldes del reino de Granada después de ser vencidos en la guerra de las Alpujarras.

La población musulmana fue desposeída de sus tierras y reasentados a la fuerza lejos de sus hogares, con la promesa de que algún día volverían y recuperarían las tierras que el rey había entregado a los cristianos que venían del norte: asturianos, leoneses y gallegos que fueron obligados a convertirse en campesinos extremeños.

No todos los árabes españoles se dedicaban a la agricultura, los había dedicados a la medicina, la artesanía, la industria de la seda. Estos fueron realojados en lugares más populosos donde fue más fácil esconder su condición de musulmanes entre valencianos, vascos y catalanes.

Rafael Sánchez Genaro el «aceituno» fue uno más de los confiados braceros andaluces que esperaban que con la Segunda República la riqueza estaría más y mejor repartida, que la expropiación de las tierras de los burgueses que más tenían pondría fin a sus problemas. Mal pagados y peor alimentados los trabajadores del campo esperaban que las reformas republicanas fueran drásticas e inmediatas para terminar con los profundos contrastes sociales entre ricos y pobres. La desigualdad alimentó el resentimiento de los que vivían en la miseria creando las condiciones ideales para desatar un clima de violencia revolucionaria. Un salvaje revanchismo de los que se consideraban explotados contra los que se oponían a las reformas propuestas por la República. La violencia en el campo andaluz durante la lucha de clases fue para Rafael la válvula de escape para participar en acciones oscuras. No tan graves para convertirse en topo y verse obligado a vivir escondido tras los muros de su casa.

“Durante la posguerra pocos «topos» estaban escondidos por miedo a la represión franquista, la mayoría se enterraron en vida para no ser encontrados por los que durante el período republicano fueron perseguidos y víctimas del odio del Frente Popular”

Terminada la Guerra Civil en 1939 el odio social en uno y otro sentido hizo que los que estuvieron del lado de la República se convirtieran en víctimas de la represión de los que imponían su criterio a la hora de repartir el trabajo. No hacía falta que Rafael el «aceituno» llevara un triángulo rojo pegado en la chaqueta, no había señorito burgués en su tierra que no le conociera y abusara de su situación para humillarle ofreciéndole los trabajos más degradantes a cambio de un canto de pan y un cuenco de aceitunas, los notables del pueblo se aprovechaban de él con el peso de la represión oficial.

Por esta razón para Rafael Sánchez Genaro Barcelona representaba el anonimato y con él dejar de ser vigilado, dejar de ser perseguido, dejar de ser humillado. El «aceituno» estaba dispuesto a enfrentarse al vacío social al que sería sometido por los catalanes si los catalanes le pagaban con las nuevas pesetas del gobierno de Franco.

De pronto la máquina aminó la marcha. Algunos compañeros de viaje recogían sus cosas y se dirigían a los estribos del vagón para saltar del tren. Se hizo con el hatillo, abrió la ventana y se descolgó dejándose caer sobre el balasto del tendido ferroviario, tuvo que rodar hasta quedar inmóvil junto a la vía y su instinto de conservación le salvó la vida cuando pudo evitar que el tren de mercancías que circulaba en sentido contrario le arrollara. Cuando ambos trenes se alejaron dejando sus columnas de humos trepando hacia las nubes Rafael vio como la gente que había saltado del tren se dirigía gritando hacia un bulto que permanecía tendido en un cambio de agujas de los carriles.

—¡No la toquen por Dios! —decía un hombre con pinta de estraperlista que asustado arrojaba sobre el bulto una burda manta de borra que era parte de su equipaje.

La gente se echó un poco atrás pero su morbosa curiosidad quería ver más que la vieja maleta reventada que había regado de usadas pertenencias parte de la vía y los viejos zapatos que los pies de la víctima habían escupido sobre las traviesas. Rafael había visto lo fea que es la muerte con las masacres que produjo la aviación durante el crudo período de la guerra, pero aquella imagen, tan dramática y desagradable, era otra cosa. Debajo de la manta había una mujer y una criatura de pocos meses que habían dejado parte de su ser pegados sobre el perfil de los raíles.

—Venía sentada junto a mí ¡Pobre mujer! — explicaba el estraperlista a los curiosos.

—¿Por qué ha saltado del tren llevando al niño en brazos? —preguntó uno de los viajeros como si recriminara al dueño del perro que se mea en su césped.

—Era la tercera vez que intentaba entrar en Barcelona. Las dos anteriores fue detenida y devuelta a su tierra por la Guardia Civil. La advirtieron que si la volvían a coger en la estación de Francia se estaría arrepintiendo toda la vida. Pobre, ahora no tiene vida ¡Se la han quitado esos cabrones! —dijo el estraperlista secándose un par de lágrimas con el índice plegado de su mano derecha.

Nada podía hacerse con los restos que quedaban en la capa de balasto que asentaban las traviesas donde se sujetan los raíles. Nadie parecía dispuesto a denunciar lo ocurrido.

Sólo Rafael fue capaz de llegar andando a Sant Boi para contar lo ocurrido a la Guardia Civil.

La represión en Andalucía, donde las diferencias sociales eran mayores que en ninguna otra región española, se había trasladado a la Cataluña franquista. No pudo explicar a la Guardia Civil por qué se encontraba en aquel lugar cuando descubrió el cadáver de la mujer abrazada a su hijo, sólo se le ocurrió decir que cruzaba las vías del tren para ir a coger unos tomates en las huertas del Baix Llobregat porque tenía hambre. Por este golpe de... sinceridad... le aplicaron La Ley de Vagos y Maleantes y le enviaron a la cárcel Modelo de Barcelona para que ocupara una celda con todo incluido.

Días después, rodeado de presos represaliados, Rafael consideraba que la justicia catalana cometía un disparate aplicándole la Ley que Franco había convertido en el mito más extendido de su dictadura, una ley que provocó numerosas críticas entre los que desconocían que no había sido precisamente promulgada por el dictador, sino por Manuel Azaña, fundamentada en el comienzo del artículo primero de la ambigua constitución republicana: «España es una República de trabajadores de toda clase...»

Para el «camarada presidente» los que no pertenecían a la clase trabajadora debían ser considerados delincuentes peligrosos a los que había que encerrar en sus cárceles republicanas. Franco cometió el error de modificar la Ley incluyendo la represión de los homosexuales y estos valiéndose de «la pluma» en todas sus acepciones se encargaron de destruir la imagen pública del dictador.

—¿Puedo sentarme a tu lado paisano?

Rafael levantó la vista para ver quien se interponía entre él y el sol privándole de lo único caliente que se repartía a jarros en aquel centro de represión.

—Haz lo que quieras, pero no me quites el sol —contesto Rafael con desgana.

El recién llegado se sentó junto a él mirando por encima del muro en el que los presos que redimían sus penas con el trabajo levantaban nuevas hiladas de ladrillos para evitar las fugas de los desesperados. Se trataba de los desafectos del Régimen, antiguos funcionarios de la Generalitat, anarquistas y sindicalistas de la izquierda revolucionaria que amontonados en la planta de las galerías 4-5-6 esperaban devorados por los piojos el traslado a un destino más tenebroso y sin esperanza para los que por sentirse cercanos al marxismo no creen en la resurrección de los muertos.

—Me llamo Antonio, Antonio Lobero. Soy andaluz, de Almería...

Rafael giró la cabeza para mirar al preso de ojos extremadamente negros que dejaba caer sus manos nervudas sobre las piernas cansadas de arrodillarse frente al poder de los amos y la represión de los notables de su pueblo.

—...Me han dicho que te han metido aquí por encontrar a una mujer muerta en las vías del tren —dijo Antonio Lobero mirando a la cuadrilla de obreros que se afanaban levantando el muro.

—Qué más da.

—¿Cómo era esa mujer? —preguntó Antonio mirando ahora al perfil de la cara de su compañero de presidio.

—No me gusta hablar de muertos —respondió Rafael con los ojos entornados sin mirar a su compañero.

—Mi mujer tiene que venir en uno de esos trenes.

Rafael pensó que la casualidad no podía ser tan caprichosa para que la mujer que había dejado sus entrañas regadas por la vía férrea fuera la de aquel desdichado.

—No la vi. Alguien la había tapado con una manta —desvió la conversación para no implicarse en explicaciones que por su resultado podían hacerle daño al preso.

—La esperanza de reunir aquí a mi gente es lo que no me deja que salga corriendo y me parta los cuernos para derribar ese muro —Antonio colocó cerca de sus dientes un palillo muy usado harto de ser quien pagara los platos rotos.

—Sólo un loco o un desesperado haría algo así, paisano —objetó Rafael mirando al muro que se interponía entre ellos y el horizonte.

Antonio era Lobero porque el padre del señorito del cortijo que preñó a su madre se negó a juntar su rancio apellido andaluz con el Lobero de la hija de un peón.

Él no tuvo que tirarse del tren en marcha, llegó a Barcelona con la piel más negra que el botijo de un maquinista porque desesperado se enfundó un saco de patatas y se escondió entre la leña y el carbón que alimentaba la vieja máquina del «Tren de La Esperanza», conocido por «El Sevillano» cuando se dirigía a la deseada y pretendida frontera catalana y el «hijo puta tren catalán» cuando volvía con la triste carga de los deportados que habían sido rechazados de la tierra prometida.

Antonio llegó a Barcelona con los pantalones calados, no se le ocurrió meter en el saco de patatas un socorrido orinal. Cuando el agua y el jabón demostraron que no era un refugiado de origen subsahariano estuvo listo y preparado para integrarse en la nueva sociedad urbano industrial que Franco había ordenado montar para socavar el ánimo de los que aseguraban que los catalanes no alcanzarían su plenitud económica siendo españoles. Él había venido a Barcelona a entrar por la «puerta grande»... y la puerta grande estaba cerrada.

Tras muchas horas perdidas en las colas para solicitar trabajo en las fábricas del Baix Llobregat no tuvo otro remedio que unir su negro destino al de los paisanos andaluces, extremeños y murcianos que en la capital catalana acudían cada mañana al mercado de obra barata de la plaza Urquinaona, donde la niebla del hambre calaba hasta los huesos y los desesperados estaban dispuestos a cambiar su alma por el manjar que más a mano tiene el obrero. Un bocadillo de panceta.

Para las mujeres que se arriesgaban a cruzar la línea real o imaginaria que separaba a los catalanes del resto de los españoles la cosa no estaba tan cruda. El anonimato de la gran ciudad permitía dedicarse a cualquier cosa y, de «cualquier cosa» en Barcelona, había una fuerte demanda... sobre todo en el sufrido colectivo de las criadas para todo.

El servicio doméstico proporcionaba a la mujer inmigrante la inestimable ventaja de poder demostrar a los que decidían «quien sí y quien no» que podían afincarse en tierras catalanas porque disponían de un domicilio estable, condición indispensable para no ser obligadas a subir de nuevo al tren con una palmadita amistosa en el trasero, o grosera patada en el mismo lugar en el peor de los casos.

Pasado el primer trámite relacionado con la permanencia, y una vez que las mujeres inmigrantes aprendían a sonreír en catalán, podían acudir a solicitar un puesto de trabajo en la industria textil, donde eran muy valoradas por su alto rendimiento y su baja conflictividad. Al contrario de los hombres que venían de fuera que no eran requeridos para trabajar en los telares ni como gusanos de seda.

Antonio, harto de recibir portazos en sus más que machacada nariz, consiguió faena desescombrando edificios con un paisano que reconstruyó por completo su identidad para conseguir el perseguido pasaporte de catalanidad.

El falso catalán se valía de la gente desesperada que venía del sur para realizar los trabajos que se reservaban para los desheredados. Era un patán déspota y malencarado que presumía ante los clientes catalanes que solicitaban sus servicios diciendo en un catalán macarrónico que sólo usaba el castellano para arrear e insultar a los vagos y borrachos obreros españoles. Perverso y desagradable utilizaba el anonimato de la gran ciudad para ocultarse de los hijos del alcalde de su pueblo que una vez terminada la guerra le buscaban. Parece ser que el asqueroso tipejo en un arrebatado de republicanismo exacerbado había ahorcado a su padre en un alcornoque durante la Revolución Social de 1936. Se escondió primero en un zulo, luego se marchó a Barcelona.

Limpiar pozos y quitar escombros no daba para comer regularmente un bocadillo de panceta, así que Antonio se alimentaba con un sustitutivo: pan duro y tocino salado.

Iba al tajo a pie y volvía del mismo modo, no estaba la patria para gastar en tranvía, lo peor es que a la vuelta cargaba con un saco con restos de material de derribo que utilizaba para hacerse una barraca en el barrio marginal de Somorrostro, un vertedero donde las fábricas se desprendían de sus residuos materiales y la burguesa ciudad de los desechos sociales. El barrio era conocido por su pobreza. En el convivían hacinados en chozas construidas con desechos del vertedero los míseros inmigrantes sin trabajo fijo y los gitanos catalanes que por su extrema pobreza no contaban para las autoridades que consideraban que no cumplían con las funciones económicas que interesaba al sistema.

El barrio de Somorrostro no estaba mal ubicado, no todos los barceloneses podían gozar del privilegio de vivir en primera línea de la playa de la Barceloneta. El problema es que también estaba junto al tremendo basurero donde los camiones descargaban escombros y desechos. Pegados a las cloacas del Bogatell. Cercano al hospital de enfermos infecciosos y sobre las zanjas por donde la fábrica de Gas descargaba sus residuos hirviendo, con un olor tan asqueroso que hacía vomitar a los que no llevaban instalado el pestilente olor a huevo podrido dentro de las entrañas.

Las condiciones de vida eran penosas, había que vivir sin agua, sin luz y quien no quería enseñar el culo tenía que hacer sus necesidades gordas en un cubo. La mayoría cagaba en la playa sin más. Había cosas peores. Frecuentemente las barracas se inundaban de espuma y agua salada y en invierno el mar se tragaba una choza durante el temporal de levante y se llevaba a un abuelo, o se ahogaba un chiquillo.

Fue duro al principio, pero Antonio se acostumbró a compartir la miseria de sus vecinos, bañarse con agua fría de mar y dormir con un ojo abierto para evitar ser mordido por las ratas que eran grandes como conejos y las había por docenas.

Poco a poco Antonio hizo que la penosa forma de vida fuera más llevadera. Todo terminó cuando el Servicio de Erradicación del Barraquismo se presentó con unos obreros para derribar las barracas ilegales y llevar a los que las habitaban al Centro de Clasificación de Indigentes del Palacio de Misiones de Montjuïc, un simulado campo de concentración cuya misión era encerrar y deportar a su región de origen a los inmigrantes que la autoridad consideraba que sobraban en Barcelona.

Antonio se encontraba trabajando al otro lado de la ciudad cuando llegaron los encargados de derribar sus sueños. No pudo evitar que los de la piqueta convirtieran su choza en un montón de basura y se llevaran el bote donde escondía los ahorros que había reunido rompiéndose el pecho a trabajar, destrozarse los pies por ir al trabajo a pie y pasar hambre arruinando su salud comiendo pan y tocino salado.

Cuando volvió por la noche al miserable barrio de Somorrostro vio el desastre. No sólo su barraca, sino también algunas vecinas se habían convertido en escombros donde los gitanos del barrio escarbaban para llevarse lo que le pudieran vender al chatarrero. Era como ver a una bandada de buitres devorando el cadáver de una vaca, hasta el sol hacía muecas de disgusto por lo insólito de la imagen y el mar maldecía para sus adentros por no haber sido el responsable de la ruina.

No hizo falta que nadie le llevara detenido a Misiones, fue el mismo por propia voluntad, sin imposición. Estaba harto. No quería estar en una ciudad que le despreciaba y lo dijo a voces mientras exigía que le devolvieran el dinero que le habían robado los que habían destrozado su barraca.

«¡Calli! ¡Calli! ¡I parli català xarnego de merda!» —dijo el que había decidido derribar su chabola porque carecía de la placa oficial que la identificaba como barraca legal. Para Antonio, que había sido pisoteado desde el mismo día de su nacimiento, aquel «¡Calli! ¡Calli!» fue la gota que colmó el espacio de sus tragaderas y se lo hizo saber al fogoso catalanohablante rompiéndole las costillas con una pala de albañil.

—¿Entonces estás aquí porque ese tipo te llamó charnego de mierda? —preguntó Rafael a su paisano lanzando una pequeña piedra delante de sus pies.

—Estoy aquí por no aguantar que me lo escupiera en la cara el hijo de un charnego de mierda —contestó Antonio masticando las palabras—. Estoy harto, harto de escuchar que los andaluces somos parte de la raza inferior con la que Franco pretende españolizar su pretendida «nació». Harto que me digan que los andaluces somos españoles porque no podemos ser otra cosa.

Una sombra recorrió la cara de Rafael mientras clavaba la vista en ese punto indeterminado donde los desconcertados buscan respuestas claras, aunque sabía que la cosa se pone cruda cuando se trata de comprender la esencia de los pensamientos nacionalistas sobre la raza y la sangre. El nacionalismo no tiene en cuenta que el descubrimiento del genoma humano ha demostrado que todos los españoles tendemos a ser iguales. Que la obsesiva insistencia de los vascos tratando de demostrar la diferencia de su sangre choca con la realidad de que este tejido fluido se da con mucha frecuencia entre los madrileños y curiosamente entre los ciudadanos de Argel.

—Sé de qué va el tema...

—¡Tú que vas a saber! —le cortó Antonio tajante bajando la mano derecha como si pretendiera atrapar moscas en pleno vuelo.

—Si tú lo dices —dijo Rafael apoyando la cabeza sobre la misma pared que sostenía su espalda dando a entender que le importaba un pijo continuar la conversación.

—Está bien, ¿qué es lo que sabes? dime —dijo Antonio conciliador.

Rafael no contestó, no quería seguir hablando y menos discutir con quien presumía de «enterao».

—Yo te diré de qué va el tema...

Dijo Antonio apoyando sus manos sobre las rodillas y mirando hacia el frente como si fuera allí donde estaban escritas las reivindicaciones del nacionalismo catalán

—...Lo que hay aquí es un odio exacerbado hacia todo lo que viene del otro lado de esa frontera imaginaria que los catalanes han puesto entre ellos y nosotros. Ese odio ha sido inoculado por el catalanismo generación tras generación y Franco no lo podrá diluir ni con cien años de dictadura.

—A lo mejor es que no soportan que les confundan —dijo Rafael sin variar de postura—. Los soldados que conocí en la guerra decían que un catalán no tolera que un extranjero le llame español. Como tampoco ningún catalán le rompe las costillas a un andaluz por llamarle «polaco».

En el patio de la cárcel a esas horas no solía haber mucho movimiento, sobre todo los días que el «camión de la carne» venía a trasladar a los presos condenados por ser desafectos al régimen y los que no se habían conformado con perder la guerra y se dedicaban a las actividades antifranquistas para derribar el Régimen. Era el pretexto más eficaz de la patronal catalana para limpiar sus empresas de empleados sediciosos.

—Tampoco quiero que me confundan —dijo Antonio como disculpa—, de catalán, lo justito, no le beso el culo al «caganer»

—¿Al caga qué? —preguntó Rafael abriendo los ojos como si le fueran a quitar una mota en uno de ellos.

—Al payés con barretina y los pantalones bajados con el que quieren cargarse la imagen del toro bravo —contestó Lobero mirando a lo lejos—. Llegará el día paisano en el que los catalanes conviertan sus plazas de toros en mercadillos donde vendan esa escatológica figura en lugar del símbolo con el que todo el mundo nos identifica.

—¿Tú crees que un paisano enseñando el culo puede competir con el toro, el símbolo que nos diferencia del resto del mundo? —dijo Rafael sorprendido.

—Los catalanes no quieren diferenciarse del resto del mundo, quieren diferenciarse del resto de los españoles —respondió Antonio rotundo.

—¿No tienen bastante con que no los entendamos un pijo?

—Para los que esconden su origen detrás del catalán sí, lo es, demuestran con ello su catalanidad. Otros consideran que es cosa de pagèsos, de gente rústica del campo. Los hay que por los negocios lo tienen aparcado, hay que tener en cuenta que la fuente principal de sus negocios la tienen al otro lado de la frontera, y el negoci és el negoci.

»Y no te pierdas a los absurdos que se atreven a asegurar que el castellano lo ha inventado en Madrid para acabar con la lengua materna de los catalanes, un idioma que según el extremismo de los más radicales ya existía en el mundo cuando se organizó el follón de La Torre de Babel...

—¡Con dos coholes! —dijo Rafael como si hubiera escuchado que la letra del himno republicano la había escrito Santa Teresa de Jesús en una de sus levitaciones.

—El final de todo esto es que la dictadura terminará algún día, y si no se organiza otra Guerra Civil, volverá el nacionalismo que pondrá en marcha el camino irreversible hacia la independencia, se prohibirá el uso del castellano por revanchismo y se arrinconarán los símbolos que nos representan a todos los españoles, sobre todo el toro y el flamenco, por mucho que Carmen Amaya sea catalana y algunos toreros también.

“El tiempo dio la razón a las palabras de Antonio Lobero. El 10 de Octubre de 2017 el parlamento regional de Cataluña proclamó la República Catalana como Estado independiente y soberano. El Tribunal Constitucional lo declaró ilegal y los responsables juzgados y condenados. El presidente de la Generalitat de Cataluña huyó del país refugiándose en Bruselas”

—Si se mide la integración por el idioma lo voy a tener crudo, no me veo hablando catalán —dijo Rafael mirando la puntera de sus viejos zapatos.

—Tú no, pero tus hijos si nacen a este lado de la frontera pertenecerán a las nuevas generaciones de resentidos contra todo lo español...

Una nube con la forma del corcho de una botella tapó por un momento el sol que llenaba y calentaba los huesos de los pocos presos que había en ese momento en el patio de la cárcel. Antonio Lobero miró hacia el lugar por donde apareció la figura peculiar de uno de los funcionarios de prisiones que se encargaba de la custodia de los presos que redimían su pena con el trabajo

—...Se acabó la charla paisano. Ahí viene el hijo de mala madre que la ha tomado conmigo porque lo poco que hablo con él lo hago en catalán, ¡para que se joda!

—¡Eh, tú, rojo catalán de mierda! ¿Qué haces ahí sentado sobre tus cojones?

—Descansant funcionari Pere —contestó Antonio poniéndose en pie con una exagerada marcialidad destinada a sacar aún más de quicio al funcionario de prisiones.

—No me hables en catalán que te meto la porra por la boca y te la saco por el culo.

La cara y la marcial figura del funcionario era la clásica entre los falangistas que constituían el único partido político legalizado por el régimen franquista y parte de su brazo ideológico. Por tanto, enemigos de manifestaciones vascas o catalanistas—. ¿Y tú qué haces ahí payaso? —le dijo a Rafael señalándolo con la porra. Este no se había movido permaneciendo sentado sobre la tierra del patio.

—Hasta que usted ha llegao tomando el sol en paz.

—¡A sacar escombros cacho cabrón! Que no te vuelva a ver sin hacer nada porque te arranco los huevos y te hago con ellos unas orejeras. —le amenazó con la defensa con la que rompía la cabeza a los indefensos.

Antonio Lobero tiró de su compañero y se dirigieron hacia los sótanos donde otros presos de ojos extrañamente invernales sacaban a espuestas los escombros de los derruidos paseos celulares tristemente conocidos por «Los Galápagos» y los resultados de los bombardeos de la guerra.

—¿Lo ves paisano? —dijo el que allí dentro era conocido sólo por Lobero con una jocosa sonrisa—. No es cuestión de sangre ni de raza. Si quieres pasar por un tío de este lado de la frontera parla catalá.

La lengua es la línea roja infranqueable que nadie debe traspasar en ningún sentido.

Eso es lo que un rey tan extraordinariamente inteligente como lo fue Felipe II debería haber comprendido. Franco en su tiempo también. La posición absolutista de ambos sobre la forma de vida, la religión y la lengua, les volvió vulnerables a las críticas y a lo peor de la leyenda negra.

Para el rey Felipe, apodado «El Prudente», la Apología escrita por el líder del partido independentista antiespañol Guillermo de Orange fue el punto de partida de los libelos con los que el rey más poderoso e influyente de la historia fue el monarca más atacado y calumniado de su época. El Generalísimo Franco, apodado «El Caudillo», por el odio y el desprecio de los vencidos el dictador más fanático y despótico de la suya.

Para los catalanes el Generalísimo de Todos los Ejércitos por la Gracia de Dios fue la causa de la construcción de la plataforma de lanzamiento con la que el nacionalismo catalán pretendió durante su dictadura separar Cataluña de España, el primer Estado sólido y moderno de la Europa renacentista.

El punto de partida puesto en marcha por Francesc Cambó, padre del nacionalismo catalán, se sitúa en 1912. En ese año «Franquito», como era conocido entonces el muchachito de 19 años pequeño, débil y de voz atiplada, había sido recién ascendido a teniente prestando sus servicios en el ejército de África. Ni en sueños pensaba que 24 años después sería designado por Dios para salvar a la Patria y reprimir a los catalanes.

En 1917, veintidós años antes de la llegada de Franco al poder, la mayoría de los ayuntamientos catalanes aclamaban con entusiasmo a Francesc Cambó y a su proyecto de independencia. Poco después se diluyó el entusiasmo cuando por sorpresa el «pare del nacionalisme català» aceptó la cartera de Fomento de un Gobierno considerado por los catalanes como opresor y enemigo del pueblo catalán.

Ante el giro de los hechos el señor Cambó cambió su discurso tratando de demostrar que el catalanismo que él representaba no era separatista, con lo que consiguió dos objetivos: indignar a sus paisanos y demostrar a los españoles la facultad que tienen los catalanes para cambiar de discurso según la tierra que pisan.

Mientras tanto otro nacionalista, Francesc Macià, preparaba aparte otra alternativa independentista para Cataluña, una alternativa de izquierdas y republicana mucho más dura y radical.

Quien fue aclamado como el padre del nacionalismo catalán fue declarándose poco a poco enemigo del separatismo, temía que la causa catalana desestabilizara a la Monarquía a la que el señor Cambó tanto debía. Sus discursos en Barcelona seguían siendo duros contra la intransigencia centralista de los monárquicos españoles que se declaraban contrarios a cualquier proyecto autonomista y empeñados enemigos de los proyectos independentistas, vinieran de donde, y de quien vinieran.

La posición de Francesc Cambó en Barcelona se agravó cuando sin conseguir nada claro en Madrid para la causa catalana aceptó la cartera del Ministerio de Hacienda del Gobierno de la Nación y, aunque aprovecho la circunstancia para adoptar aranceles proteccionistas favorables a sus paisanos, el catalanismo radical consideró una ofensa que quien había negociado las bases de la Mancomunidad de Cataluña, vía gradualista para llegar a la independencia, aceptara ser ministro del Gobierno opresor.

Las críticas provocaron la renuncia de todos sus cargos del líder y fundador de la «Lliga Regionalista de Catalunya» y la retirada de la política activa. Se dedicó desde entonces a viajar en su yate Catalònia y gastar el dinero obtenido con sus intervenciones sobre las multinacionales de la energía siendo Ministro de Hacienda.

Estando en Grecia le llegó al señor Cambó la noticia del golpe de Estado militar del Capitán General de Cataluña Miguel Primo de Rivera, marqués de Estella y Grande de España. Era además padre de José Antonio, fundador de la Falange.

El Capitán General de Cataluña adoptó el lema del Somatén: «Paz, Paz y Paz» encargando a esta institución parapolicial creada por las Cortes de Cataluña en 1068 la persecución de los anarquistas, sindicalistas y militantes de la izquierda revolucionaria.

En Barcelona se mostró un júbilo desmesurado al ver que el golpe de Estado partía del mando militar de Cataluña. Pensaron que el dictador Primo de Rivera apoyaría a su pretendido Estado catalán independiente. Craso error. El Directorio Militar suprimió la Mancomunidad de Cataluña y prohibió todo lo relacionado con la identidad de los catalanes, como era su bandera y el uso en los actos públicos de la lengua catalana.

A pesar de las promesas con las que el dictador les había deslumbrado.

Con la llegada al poder de la Segunda República Francesc Maciá proclamó el 14 de abril de 1931 la República Catalana, dentro del seno de lo que solicitaban los catalanes que fuera una Federación de Repúblicas Ibéricas.

El 9 de septiembre de 1932 se aprobó el Estatuto Catalán que otorgaba a Cataluña facultades legislativas y ejecutivas. Lluís Companys fue nombrado presidente de la Cámara y Francesc Maciá Presidente de la Generalitat, cargo que ocupó hasta su muerte, un año después.

En octubre de 1934 las huelgas revolucionarias que provocaron la Revolución de Asturias fueron encabezadas en Barcelona por los partidos de la izquierda marxista y revolucionaria. Con el apoyo de los anarquistas Lluís Companys proclamó la República Independiente de Cataluña informando al capitán general de Cataluña que debía ponerse inmediatamente a las órdenes del presidente del nuevo Estado.

El general Batet no le hizo caso a la orden y permaneció fiel al Gobierno central rechazando lo que fue el intento de un estado de guerra que se saldó con medio centenar de muertos entre los defensores del Estado Catalán. Con la rendición incondicional del gobierno de La Generalitat fueran anuladas todas sus competencias y su presidente detenido, juzgado y encarcelado junto al resto de miembros de su gobierno.

Lluís Companys i Jover fue condenado a 30 años de prisión. Permaneció encerrado hasta marzo de 1936 que restablecida la Segunda República por el gobierno del Frente Popular regresó amnistiado desde el penal del Puerto de Santa María para hacerse cargo de nuevo del gobierno de la Generalitat de Catalunya. Otro sonado error republicano.

El padre del nacionalismo catalán, que había aceptado ser diputado del gobierno de la Segunda República en 1933, se enteró en Suiza del levantamiento militar del Frente Nacional el 18 de Julio de 1936. Consideró que no estaba lo suficiente alejado del conflicto y puso el océano por medio. Se trasladó a la República Argentina y aceptó el cargo de presidente de su empresa nacional de electricidad.

Recordando el golpe de Estado del General Primo de Rivera Francesc Cambó desautorizó desde Buenos Aires a los miembros de su partido a ofrecer cualquier apoyo a la acción de los militares Alzados contra la República. Su partido, aunque conservador e integrado en el Frente Nacional, le convenía un gobierno débil que no sólo consolidara la Autonomía Catalana, sino que aprobara los estatutos de Galicia y el País Vasco.

Los republicanos «agradecidos» declararon al partido político del señor Cambó ilegal, confiscaron todos los bienes del partido y los que el señor Cambó conservaba aún en Cataluña. El Frente Popular persiguió a sus parlamentarios que se vieron obligados a dejar el país y los 400 que no consiguieron ponerse a salvo fueron fusilados.

Ante estos hechos el señor Cambó cambió su lealtad hacia la República para apoyar a los militares que se habían sublevado. En agosto de 1936 envió una pequeña fortuna y avaló cheques para la compra de material de guerra británico. Recaudó donaciones de los burgueses catalanes exiliados con el argumento de que debían apoyar al ejército de Franco para atenuar el castigo que llegaría cuando los soldados nacionales entraran en Cataluña. Financió una oficina de propaganda en París que editaba una revista. Publicó libros que justificaban el golpe militar contra la Segunda República y creó una emisora de radio clandestina en Italia que emitía programas antirrepublicanos en catalán.

A pesar de todo, los miembros de su partido, que se habían pasado a los nacionales, no se sentían seguros, topándose continuamente con la hostilidad de los falangistas que les demostraban su catalanofobia.

Francesc Cambó tenía un concepto pésimo de su tocayo Francisco Franco, así que pretendió apoyar con los antiguos dirigentes de su partido la vuelta de la monarquía en la figura del Conde Barcelona, don Juan de Borbón. Ser conde de Barcelona ayudaba un poco de cara a la imagen catalanista. Pensó hacer un bloque nacionalista fuerte y conservador, una confederación de partidos de derechas. Todo se frustró cuando los Aliados que ganaron la Segunda Guerra Mundial vieron que las fuerzas antifranquistas eran muy débiles para ofrecer una alternativa seria a la dictadura de Franco, considerado como un mal menor al que se le podía dirigir a capricho.

El gobierno del Caudillo de España por la Gracia de Dios no toleró ninguna organización catalanista por muy de derechas que fuera. Francesc Cambó fue el político hispanocatalán más influyente del siglo XX. Cuando estaba en Barcelona Francesc d'Asís Cambó i Batlle, «pare del nacionalisme català», se transformaba en «Simón Bolívar el Libertador»» caudillo de origen español de los que no aceptaban la opresión de un Imperio al que no querían pertenecer. Cuando estaba en Madrid Francisco de Asís Cambó y Batlle, «padre del nacionalismo catalán», se convertía en Otto von Bismarck, «canciller de hierro del Reich de los opresores». Que el señor Cambó fracasara en ambos frentes fue por causa de las circunstancias, no por culpa de Franco, considerado por los catalanes como «el pare de tots els mals del poble català (el padre de todos los males del pueblo catalán)

La caravana de camiones Ford se dirigía hacia L'Eixample escoltados por la Guardia Civil que con sus miradas tan... particulares... y llevando bien a la vista sus famosos «naranjeros» quitaban a los presos cualquier intención de fuga que les pasara por la cabeza. Las ballestas de láminas superpuestas que se encargaban de la suspensión de los camiones Ford no impedían que los presos sentados en los bancos corridos de madera se balancearan de un lado a otro como marionetas movidas por hilos desde una nube con forma de titiritero. El humo de los escapes que dejaban los camiones tras su paso trepaba para retorcerse como acaracolados pámpanos de parra en los letreros de las calles que rodeaban la Cárcel Modelo de Barcelona: Entença, Provença, Roselló y Nicaragua.

Rafael viajaba en uno de los camiones sentado en el banco lateral entre un preso de cuarenta años con el que regularmente compartía tareas en los campos militarizados de trabajo y otro, cercano a los cincuenta, con pinta de haber hecho varios cursos preparatorios de buena persona y haberlos suspendido todos.

Rafael sonreía amargamente devolviendo la mirada de los recelosos peatones que con chismosa curiosidad miraban la cara de los presos con la morbosa intención de descubrir entre ellos alguna cara conocida. Mientras, los camiones ya parados ante la puerta principal de la calle Entença, carraspeaban como si estuvieran en los primeros bancos de la iglesia y no conocieran ningún himno. Sus motores, a falta de algunas piezas originales, temblaban al mismo ritmo de los hombros del montón de huesos forrados de piel sin costuras de los presos que miraban las paredes de la prisión celular con el interés con el que un joven lechuguino mira el culo de una vieja octogenaria.

Todos los reclusos que venían en el convoy —menos los guardias civiles que eran de Murcia—, cumplían condena en el «centro de represión» que utilizaron los republicanos como instrumento de intimidación y venganza contra los enemigos de la Segunda República, el anticlericalismo y el proletariado. Terminada la Guerra Civil en 1939 se cambiaron las tornas y el franquismo lo utilizó como instrumento represivo contra los enemigos del Régimen, la Iglesia y la sociedad burguesa. El mismo continente, con distinto contenido. Según el dicho popular «el mismo perro con distinto collar».

No todos los prisioneros sufrían las oscuras noches del franquismo con la misma intensidad, ni con el mismo miedo. El plan de eliminación física del adversario dividía a los que debían cumplir largas penas de prisión soportando el hambre, las epidemias y las cotidianas vejaciones. Después estaban los condenados que esperaban amontonados la llegada del «enterado y procédase» de Franco para ser fusilados.

Los «afortunados» que estaban bajo tutela de la compleja maquinaria que buscaba el doblegamiento y la sumisión a los valores del Régimen franquista y la desnaturalización de los valores de la República, tenían la oportunidad de redimir sus penas con el trabajo, posibilidad a la que los presos desesperados se abrazaban con la esperanza de esquivar el foco de tuberculosis, el tifus y la viruela que existía en las cárceles de la posguerra y tener alguna oportunidad de fugarse.

Entre estos presos privilegiados se encontraban Rafael y los que venían con él en el convoy. Reclusos que redimían su condena colocando traviesas y raíles para los «Ferrocarrils Catalans» y perforaban las montañas que servían de frontera natural a la invadida Cataluña. La monomanía catalana se centraba en conseguir que La Ley de Responsabilidades Políticas, que llenaba las cárceles y campos militarizados de trabajo de presos desafectos al Régimen, proporcionara a los catalanes mano de obra barata para poner en marcha las infraestructuras destruidas durante el convulso período republicano. Rafael volvía a La Modelo porque había cumplido la condena que le habían impuesto por vago y maleante. Ahora quería olvidar la mala experiencia de la llegada y dedicarse a lo que había venido, curiosamente a trabajar y, sobre todo, a pasar desapercibido.

—¿Sabes cuándo sales por fin? —preguntó Miguel Sebastián, el preso que iba sentado a la derecha de Rafael mientras cruzaban la puerta metálica de la prisión.

—No, no lo sé. Supongo que esta semana, pero no sé qué día —contestó Rafael poniéndose en pie cuando el camión paró del todo en el centro del patio.

—¡Tírate alguna tía por mí colega, hace meses que esta me pide coño y no le puedo dar cuartelillo! —dijo el preso de la izquierda mientras saltaba del camión con una risotada y el gesto característico que hacen los tipos viscosos cuando se tocan en cierta parte de la caja del pantalón.

Los guardias civiles hicieron formar a todos los que podían sostenerse de pie para ser entregados a los funcionarios que con gritos separaban a los presos por grupos. Rafael miró al funcionario que se había colocado frente a él sonriendo y manteniendo un gesto extrañamente afectivo, impropio de los sádicos funcionarios de prisiones destinados en La Modelo.

—¿Tú estuviste aquí hace unos meses sacando de los sótanos el escombros de Los Galápagos? —preguntó el funcionario a Rafael mirando en qué situación física se encontraba.

—Sí funcionari...

—Cuidao —advirtió el funcionario Pedro poniendo delante de él la porra de defensa.

—Sí... señor.

—Eso está mejor —dijo ampliando la sonrisa—. Para ti y este maricón que viene contigo he reservado una jaula bien ventilada en la 3ª galería —dijo señalando con la defensa a Miguel Sebastián—. Tendrás que quitarte a los mariposones de encima, pero allí te vas a encontrar con un amigo al que hace tiempo que no ves...

Rafael no dijo nada, en la cárcel no hay que mostrar interés alguno, se limitó a escuchar y mirar como los funcionarios hacían desfilar por el patio a los presos camino de las distintas galerías.

—Vosotros, escoria, a la 5ª galería —dijo el funcionario dirigiéndose al grosero que hacía tiempo que no sacaba la polla de paseo y al resto de los presos que habían viajado con Rafael en el mismo camión—. Dámaso, llévatelos de aquí —le dijo a un joven funcionario en prácticas que parecía recién sacado de las escuelas de las Juventudes Hitlerianas por la forma de vestir, de peinarse, y la manera tan particular y amenazante de mostrar la defensa.

Los destinados a la 5ª galería quisieron replicar la orden, pero el funcionario de prisiones los miró con una cara que hizo que todos se tragaran la protesta y se pusieran en marcha. El joven funcionario nazi desfilaba con un curioso contoneo que más que respeto infundía cachondeo. En otro momento hubieran provocado risas y comentarios jocosos entre los presos, pero todos desfilaban preocupados, sabían que en la 5ª galería esperaban los condenados a muerte la llegada de la orden para ser fusilados.

Ninguno de ellos sería alojado en la plata de la galería donde estaban encerrados los condenados, pero no era nada recomendable andar cerca porque en más de una ocasión el preso al que tenían que fusilar no aparecía y fusilaban al que tenían más mano para que cuadrara la lista y zanjar así la cuestión.

El funcionario, más que ordenar a Rafael y su compañero que desfilaran hacia la 3ª galería, invitó a Rafael a caminar junto a él y a Miguel Sebastián que les siguiera guardando la prudente distancia.

—Ese paisano tuyo, Lobero, los tiene bien grandes y colocados en su sitio —dijo el funcionario mientras caminaba llevando las manos cruzadas a la espalda—. Qué pena que no sea de los nuestros, la nueva España de Franco necesita gente de su sangre.

—Su madre es hija de un bracero —dijo Rafael girando un poco la cabeza hacia el funcionario—, poco tiene que ver su sangre con la que ustedes protegen y defienden.

—Su padre es hijo de un marqués, tampoco tiene que ver con la vuestra.

—La sangre no entiende de ideologías —dijo Miguel Sebastián desde su posición más retrasada—. La izquierda y la derecha no es más que un invento político para separar a los españoles. Yo...

—¡Tú eres un maricón, cállate! —se produjo un silencio que pronto fue interrumpido por el funcionario para continuar—. A tu amigo le salvé la vida cuando le estaban machacando ahí fuera. Le he cuidado desde entonces y sigo ocupándome de él con la ayuda de los mariquitas de la 3ª galería. Se portan con tu paisano como auténticas madrazas.

—¿Qué le ha pasao? —preguntó Rafael temiendo que había tratado de fugarse y le habían disparado.

—Una paliza. Una paliza de muerte. Otro con menos espíritu que él estaría en el infierno encendiendo piras con un soplete.

—¿Quién ha sido?

—Anda por ahí un grupo que nada tiene que ver con nosotros. Tu paisano había cumplido su condena y se marchaba. Le provocaron a la salida. No es nada nuevo, La Modelo a veces se resiste a perder presos que no dan problemas, trabajan sin rechistar y producen un buen rendimiento.

—Se arma una pelea en la puerta de la cárcel para provocar al que sale y el preso vuelve aquí con nueva condena y nuevo puesto de trabajo —explicó Miguel Sebastián para demostrar que estaba al tanto de lo que les ocurría a los que no habían sido lo suficientemente jodidos.

Llegaron a la galería y el funcionario los llevó hasta una amplia celda que estaba al fondo donde en una cama sorprendentemente bien aseada se encontraba Antonio Lobero en un estado lamentable. Por su aspecto parecía que le había arrastrado un caballo a lo largo de una pedrera. Había perdido un ojo y los dientes, muy diligentes y cumplidores con su dueño, se habían ido a buscar el ojo perdido y no habían regresado.

—¡Y qué! ¿Cómo se encuentra hoy nuestro camarada Lobero? —preguntó con voz animosa el funcionario Pedro.

—Molt bé funcionari Pere.

El funcionario sonrió mirando a Rafael:

—Es al único jodido andaluz que le permito que me hable en catalán.

—Hola paisano, sigues vivo ¿Todavía aguantas a estos fascistas toca cojones? —dijo Antonio a Rafael mostrando algo parecido a una sonrisa.

Por la esquizofrenia del franquismo que llenaba las cárceles de rojos las celdas de La Modelo eran compartidas por quince presos que se pisaban unos a otros. Este no era el caso. La celda que ocupaba Antonio con otros tres compañeros no era de las pequeñas y estaba bien ventilada por un par de buenas ventanas. Con barrotes claro.

Sólo el enfermo apaleado estaba allí ¡La puerta de la celda estaba abierta! Antonio no podía ir muy lejos y sus afeminados compañeros no tenían ni mucho menos la estúpida intención de complicarse la vida huyendo de la cárcel. Uno de ellos, al que llamaban por su apellido, Corroto, entró en la celda viniendo de quién sabe dónde. Llevaba un pañuelo anudado en lo alto de la cabeza, un plumero en la mano derecha y una especie de delantal con la imagen de un afeminado agachado ofreciendo sus nalgas para vete a saber qué.

—¡Mírale! ¡Destapado! —dijo dando un gritito muy característico usado a menudo entre la gente que entiende—. ¡Jesús! ¡Mira que desastre de cama, no sé para que se mata una!

—Bueno familia, os dejo solos —dijo el funcionario dirigiéndose a todos—. Ocúpate de esta pareja Corroto. Ya sabes cómo va todo, pide de mi parte en el almacén lo que les haga falta y...

—No se preocupe «misar» que yo le atiendo a la tropa —contestó el mariquita haciendo un saludo como lo hubiera hecho una miliciana anarcosindicalista.

—¡Misar! ¿Qué es eso de misar?

—¡Haaayyy! Mi sargento, quise decir mi sargento.

—Menos mariconadas conmigo Corroto que te doy con la porra...

—¡Qué más quisiera yo que me diera usted con la porra donde yo me sé Gary Cooper! —dijo echando la cabeza hacia atrás y poniendo su mano sobre la sien.

El funcionario fue a replicar, pero con una sonrisa se dirigió a la puerta de la celda desde donde dijo:

—¡Hale Corroto a lo tuyo! Y cuidadito con estos dos que quiero que salgan de aquí como han venido —dijo señalando con la defensa a los presos que había traído.

—¿Así de escuchimizaos? —preguntó Corroto poniendo su mano sobre la cadera.

—Tú ya me entiendes maricón...

—Cómo no voy a entender con este cuerpo sublime —dijo Corroto dando una vuelta con un contoneo extraordinariamente femenino.

Cuando el funcionario se marchó Corroto pensativo tocó con los dedos de su mano izquierda una especie de cordón de cuero que llevaba en el cuello a modo de collar y dijo con gesto pensativo:

—Chicos os dejo, estoy pero que muy liada y aquí se me ayuda lo justito. Voy al almacén a ver lo que pillo y a buscar a la gente. ¡Hermanas! —llamó a los presos ausentes—. ¿Dónde coño se habrán metido estas guarras? ¡Hermanas! —volvió a llamar en voz alta saliendo al pasillo de la galería con paso apresurado.

Miguel Sebastián se sentó en una de las camas que al estar sin vestir estaba claro que no la ocupaba nadie, estaba libre y por los cuidados higiénicos de Corroto tampoco estaba ocupada por la chinches.

Rafael acercó una silla vieja que Corroto había rescatado de la basura y adecentado pintándola de azul oscuro y unas flores pequeñas amarillas que hacían juego con el cojín ribeteado con doble puntilla que le daba al asiento un curioso aspecto de huevo frito... era una mariconada, pero eso sí, una mariconada curiosa.

—Yo no me sentaría ahí con esos pantalones —dijo Antonio a Rafael como si la silla fuera el reclinatorio de un obispo—. Es donde se sienta Corroto para hacer punto cada tarde, siente verdadera veneración por esa silla.

Rafael reconoció que se había traído parte del campo de trabajo pegado a la culera de sus raídos pantalones y para remediarlo sacó algo que mirado con cariño podía pasar por un pañuelo. No era más que un trapo de oscura procedencia que había servido para todo menos para limpiarse los mocos. Estiró el trapo y colocándolo sobre el asiento de la silla se sentó a la vera de Antonio con el cuerpo estirado. Quería demostrarle a su paisano que los catalanes podían encerrar y esclavizar a los andaluces, pero nunca quitarles su espíritu.

—¿Quién ha sido el malaje que te ha dejao así compare? —preguntó Rafael quitando hierro al mal aspecto que ofrecía su paisano.

—Es posible que el tipo al que di con la pala no esté dispuesto a que salga de aquí con vida —contestó Antonio mirando a un punto indeterminado de la celda—. Se ha enterao que terminada mi condena los piojos sólo se han comido parte de mis cojones y se ha encargao de enviarme sus ratas de alcantarilla para que rematen la faena.

—Un desquite desproporcionado, tú sólo le rompiste las costillas...

—Y él me ha enviado a sus sicarios para que cuando cruzara la puerta de la calle me trituraran todos los huesos del cuerpo. ¿Ves este ojo? —preguntó Antonio señalando con el dedo la cuenca vacía donde debería estar su negro ojo izquierdo.

—No, no lo veo...

—¡Claro que no lo ves, no lo tengo! Los hijos de mala madre me lo sacaron con el mango de una cuchara.

—El funcionari, como tú le llamas, me ha dicho que ellos no han tenido nada que ver —dijo Rafael.

—¡Claro que no! La gente de aquí no tiene sentimientos, pero se les ve venir —dijo Antonio mostrando otro ángulo de su abotargada cara—. Fue él con dos funcionarios los que evitaron que los buitres que se habían ensañado conmigo no me sacaran el otro ojo, aunque llegaron tarde para evitar que perdiera los dientes.

—Si ya estabas libre, ¿qué haces aquí? —preguntó Miguel Sebastián.

—Después de que el funcionari hizo huir a punta de pistola a los que me estaban triturando recogieron mis despojos y me ingresaron en la enfermería, donde he estado meando sangre hasta hace unos días.

—Saldrás adelante paisano — dijo Rafael apretando el puño que tenía apoyado sobre el camastro donde Antonio reposaba con pocas esperanzas de volver a ser el ilusionado obrero que había venido a Barcelona en busca de oportunidades, y desde su llegada no había encontrado nada más que insolidaridad.

—Ya no me preocupa. Me importa una mierda salir o no salir de aquí. Pero tú, compañero, márchate cuando puedas, sal de esta tierra —dijo Antonio rogando con su mirada.

—Nadie debe volver al lugar donde fue feliz.

—Pues vete a Madrid, o a París, que sé yo, pero vete ¡Vete de aquí por Dios!

Hubo una pausa ante los gritos que llegaban de las celdas y corredores de la misma galería y unas risotadas cuando un preso dijo con voz expresamente desagradable:

«¡Corroto! ¡Trae un cubo que me voy a correr!»

«¡Cállate y deja de meneártela Resti que voy y me escalfa la sopa con la yema de tus huevos» —Gritó uno de los funcionario de la 3ª galería con una voz tan firme que no dejaba duda de que era capaz de hacerlo.

—Así todo el día. Ya os acostumbraréis —dijo Antonio con una media sonrisa.

—No tendré tiempo para hacerlo, he terminado mi condena y saldré de aquí un día de estos —dijo Rafael dando un golpe afectuoso en la pierna del herido.

—Si es que no te pasa lo que a mí y te están esperando fuera para que vuelvas aquí a seguir trabajando como un cabrón.

—Procuraré no pelearme entonces.

—No lo podrás evitar —insistió Antonio convencido—. Estos tíos lo tienen bien montado. Si no quieren perderte buscaran la forma para que te condenen de nuevo por escándalo público y tenerte aquí unos cuantos meses más produciendo dinero con el monto de tus costillas.

—Lo podrá evitar si le ayudamos a eludir a los camorristas que esperan fuera para montar la tángana —intervino Miguel Sebastián que había permanecido callado.

—¿Tú quién eres y por qué estás aquí? —dijo Antonio dirigiéndose a él.

—Me llamo Miguel Sebastián y estoy aquí por vivir en pareja con otro hombre.

—Eres maricón.

—Un poco.

—¡Cómo que un poco! ¡Se es, o no se es! —dijo Antonio incorporando a medias el cuerpo, no sin algo de trabajo—. Mira Corroto, él es maricón del todo, pero te aseguro que es la mejor persona del mundo. Si hubiera más tipos como él aquí en La Modelo la vida no sería lo que es en esta podrida cárcel.

—¿Qué hay de los otros que cuidan de ti? —preguntó Rafael para que Antonio siguiera hablando porque la conversación es la terapia que más alivia a los abatidos.

—Bernat y Constantí. Se declararon homosexuales para evitar ser acusados de participar de forma activa en las insurrecciones anarcosindicalistas de los primeros años de la Segunda República. Según ellos es mejor pasar por maricón, que ser pasado por las armas.

—¿Así que no lo son...?

—Bueno... Bernat lleva mal que la gente de aquí le trate como si fuera la puta de la galería y le asalte cada dos por tres, sobre todo los funcionarios que se aprovechan de su situación...

—¿Y el tal Constantino?

—Para Constantí no está siendo tan traumático. Digamos que le está cogiendo el gustillo —dijo Antonio sin verse en la necesidad de guiñar el ojo porque por culpa de los pistoleros ese gesto de complicidad lo iba a llevar para siempre escrito el cara.

Los tres guardaron silencio hasta que Miguel Sebastián lo rompió diciendo:

—La forma de humillar a los que traen a la 3ª galería es privar al recluso de ropa interior. Esta circunstancia hace que al poco tiempo de estar aquí algunos se sientan algo afeminados.

—Así es, hacen gestos andan y se comportan de manera diferente. Se amariconan vamos —corroboró Antonio dirigiendo la mirada de su único ojo hacia la entrada y la puerta abierta de la celda.

—Cosa que no les pasa a los que mandan a pudrirse en los campos de trabajo —dijo Rafael refiriéndose a su compañero Miguel Sebastián

—¡Maldita sea la puta homofobia franquista! —maldijo Antonio sin poder apretar los dientes de rabia... eso sí, pudo apretar las encías.

—También existió la homofobia republicana —dijo Miguel Sebastián sin expresar emoción en la voz—. Aunque sólo fue empleada contra los enemigos de la República.

—No estoy de acuerdo contigo Miguel —dijo Rafael volviéndose hacia él—. Con la llegada de la Segunda República la homosexualidad dejó de ser un delito.

—Siempre y cuando no fueras militar —puntualizó Antonio levantado el dedo índice.

—Bueno, sí, menos para los miembros del ejército —reconoció Rafael.

—Ni cura, ni empresario —añadió Miguel Sebastián.

—Bueno tampoco se libraban ni los que pertenecían al clero, ni a la burguesía —dijo Rafael mirando al suelo.

—Sin embargo, el gobierno republicano no persiguió a los artistas ni a los escritores por miedo a sus críticas.

—¡El poder de la pluma! —dijo solemnemente Antonio.

—¡Pluma! ¿Quién tiene aquí más pluma que yo? —dijo Corroto entrando en la celda seguido por Bernat y Constantí. Traían varias cosas útiles, además de sábanas y mantas para Rafael y Miguel Sebastián. Corroto seguía vestido de ama de casa, aunque no traía el plumero. Los otros dos no, Bernat y Constantí vestían prendas muy gastadas, pero limpias y bien planchadas. Era Corroto quien se encargaba del buen ver de sus hermanas. Su imagen distaba de la de Corroto, no parecían mariquitas.

Rafael se levantó de un salto de la silla de Corroto que le miraba como si le hubiera sorprendido poniéndose sus bragas. Rafael guardó lo que parecía un pañuelo en el bolsillo derecho de la chaqueta y dedicó a Corroto una tímida sonrisa de disculpa que alegró de nuevo el gesto y la cara del mariquita que, con la postura que le permitía poner una bolsa grande de tela con asas de aro que traía colgada en el brazo, dijo:

—¡Mirad, chicos! Tenemos nueva gente en esta jaula de grillos. Este es...

—Rafael, Rafael Sánchez Genaro...

—¡Muy bien Rafa! ¿Y tú eres...? —dijo dirigiéndose a Miguel.

—Miguel Sebastián i Badell, trabajo en el Paralelo, soy coreógrafo.

—¡Aaahhhh! —dijo Corroto con un gritito—. ¡Un artista! ¡Tenemos un artista en casa!

Bernat y Constantí dejaron las cosas que traían del almacén y dieron la mano a los recién llegados con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno chicos, ya que estamos presentados vamos a prepararles un banquete de bienvenida a estos guapos mocetones —dijo Corroto a sus compañeros sacando de la bolsa de tela unas latas de conserva, tocino salado, fuet, tomates y unos buenos chuscos de pan. Todo lo había conseguido en el almacén.

Sus compañeros, Bernat y Constantí, arreglaron la mesa con una especie de mantel hecho con varios trozos de tela, cubiertos —cada uno de su padre y de su madre—, y un búcaro con una exagerada flor de papel... naturalmente hecha por Corroto.

Cuando estaba todo dispuesto Corroto, como si se tratara de un juego de magia, sacó de la bolsa de tela una botella de cava catalán y con un gesto muy teatrero dijo: «¡Chaaaannnn!»

Sus compañeros aplaudieron emocionados y Antonio mirando a los recién llegados les dijo:

—¿Qué os he dicho? ¡Un monstruo! ¡Este tío es un monstruo!

El día no era precisamente para enmarcarlo, pero sí muy importante para Rafael porque la autoridad de la cárcel consideraba que con su trabajo había redimido todo el daño que había causado a la sociedad catalana por decir en el cuartel de la Guardia Civil que había tratado de robar en un huerto del Baix Llobregat un par de tomates. Un pago desproporcionado si se tiene en cuenta que había estado un año en los campos de trabajo y un par de meses entre los muros del Centre Penitenciari de'Homes de Barcelona:

«El robo es un delito cuando el ladrón es un obrero»

El cielo no estaba azul, ni mucho menos. Unas nubes con forma de jugador de waterpolo amenazaban al patio de la cárcel con meterle un gol por toda la escuadra. Unas cuantas palomas ciudadanas, posadas sobre el cable que cruzaba todo el patio, pensaban sobre qué, o sobre quién, se cagarían ese día.

En el Eixample no había mucha circulación a esas horas de la mañana y los pocos peatones que pasaban por las cuatro calles que abrazaban a la maldita cárcel lo hacían como peces dentro de una pecera, pasando de un lado a otro con cara de eso, de pez.

Rafael valoró lo que veía y llegó a la conclusión de que si había algún problema vendría de unos tipos que hablaban entre ellos sin perder de vista la puerta de la cárcel, con el mismo interés con el que miramos los hombres el trasero a una bailarina oriental cuando baila la danza del vientre.

«Allí estaban» —pensó Rafael.

Sin duda la autoridad de la cárcel había decidido que debía continuar unos meses más dentro del programa de doblegamiento y sumisión a los valores del Régimen y a los principios de la doctrina de Redención de Penas por el Trabajo. Contribuir con su trabajo a la maltrecha economía de la posguerra recibiendo a cambio una pésima alimentación. Estaba dispuesto a no seguir dentro del proceso de desnaturalización de los valores republicanos ni seguir trabajando por nada para reparar las infraestructuras de una nación que se valía de los que venían del otro lado de la frontera como si fueran aperos de usar y tirar. Llegado a esta conclusión decidió coger el toro por los cuernos y se dirigió con cara de pocos amigos hacia el grupo que sin duda le esperaban para montar la gresca.

Los matones se extrañaron de la actitud que tomaba su presa, pero siguiendo el plan tantas veces repetido fueron hacia él y con gritos insultos y amenazas prepararon la escena que terminaría con la llegada de la policía y la detención de Rafael.

¡Se quedaron de una pieza!

No dieron crédito a lo que veían cuando el preso dejó caer el hatillo que llevaba y echándose las manos al pecho cayó en medio de la calle abatido como si le hubieran dado la puntilla. Los camorristas no supieron que hacer porque hasta ahora nadie había perdido el conocimiento antes de zurrarle la badana, a esa parte del curso de represores ninguno de los matones había llegado todavía.

En ese lapso de tiempo surgió de la nada un hombre joven y bien vestido con pinta de profesor universitario que dirigiéndose al grupo dijo:

—¡Dejen paso, soy médico!

El grupo seguía sin saber que hacer, pero no impidieron que el médico sacándose un fonendoscopio del bolsillo interior evaluara las causas por las que el recluso excarcelado estaba allí tendido como si hubiera sido atropellado por un coche que había invadido la acera. Luego el que parecía más resolutivo se adelantó y dijo al médico:

—Gracias por su interés doctor, pero permítanos que llevemos a este hombre a la enfermería de la cárcel, ahí dentro sabrán qué hacer con él.

—¿Qué dice usted? ¡Este hombre sufre una isquemia miocárdica, hay que llevarle inmediatamente a un hospital! —dijo el médico rodeado por los curiosos—. Usted —le dijo a una mujer de muy buen ver que se había acercado—. Pare a un taxi ¡Vamos! ¡Rápido!

La mujer hizo señas a un taxi que curiosamente estaba muy a mano y Rafael fue introducido en él por un par de curiosos y sujetado por la mujer que se ofreció como enfermera ante la mirada atónita de los matones que, cuando quisieron reaccionar, el taxi se alejaba de allí sacando por el tubo de escape una lengua de humo como si el coche ya entradito en años tratara de hacerles burla.

—Puedes abrir los ojos Rafael —dijo el doctor con sonrisa de triunfo—, el peligro ha pasado.

Rafael abrió los ojos y vio como el doctor, la chica y al taxista reían por lo bien que había salido todo.

—Esas bestias pardas se han tragado la butifarra sin mirar si era de huevo —dijo el taxista dejando de mirar por el espejo retrovisor

—Y sin mirar el marchamo —dijo el falso doctor—. Toma Eliseu, devuelve el fonendoscopio al doctor Millán, ha cumplido con su misión.

El falso doctor no era otro que Narciso Sala, pareja sentimental de Miguel Sebastián que había llevado a cabo el plan elaborado días antes por el coreógrafo y Antonio con la participación de Corroto, que fue quien consiguió el permiso de la autoridad de la cárcel para que Narcís pudiera entrevistarse con su pareja.

La chica de buen ver era Chiara Amanda, su compañera de piso y de trabajo.

El taxista era quien solía cada noche recoger a la pareja a la salida del Gran Teatro Español, donde Chiara y Narcís trabajaban como bailarines. También cuando había que mejorar las finanzas del mes y los bailarines hacían bolos actuando en los espectáculos de los cabarets del Paralelo.

Para todo eso siempre estaba ahí el bueno de Eliseu con su taxi cada noche «Para proteger a mis nois» como él decía.

Eliseu pertenecía a la tercera generación de taxistas de su familia. Su abuelo, que como tantos otros abuelos de catalanes era inmigrante, empezó en Barcelona con un coche de caballos y llegó a formar una pequeña flota de taxis que fue confiscada junto a las flotas de las cooperativas principales por el sindicato de transportes de la CNT durante la revolución que provocó la Guerra Civil.

Para el resto de los taxis de Barcelona se decretó la colectivización y sus propietarios pasaron a cobrar un sueldo semanal por trabajar ocho horas diarias, aunque los coches trabajaban las veinticuatro horas del día para el nuevo patrón que por decreto partidista era el gobierno de la República.

Los conductores vinculados a los sindicatos de izquierda entraron como chóferes de los coches que habían sido confiscados y convertidos en coches oficiales. Pronto, por el problema de la falta de recambios y de combustible, tanto taxis como los coches de lujo confiscados fueron inutilizados y guardados en el Palacio de Congresos de Montjuïc, donde fueron encontrados por el ejército de Franco cuando los militares entraron en Barcelona.

El padre de Eliseu no pudo sobrellevar la pérdida del pequeño patrimonio que le había dejado el suyo y murió de una de esas enfermedades raras contraídas únicamente por los pobres, y su madre, que dependía en exceso del padre de Eliseu, murió dos meses después cuando faltó su marido y faltaron los ingresos.

Pero la guerra no sólo se cebó con los ascendientes de Eliseu. En 1938 una columna de milicianos del Frente Popular se presentó en su casa para llevarse las cosas de valor que pudieran contribuir a ganar la guerra y reclutar a sus dos hijos de 16 y 18 años para frenar el avance de las tropas franquistas. Con lo poco que se llevaron los recaudadores de la milicia confederal del movimiento libertario español la República no ganó la guerra, y los muchachos de Eliseu murieron en primera línea de fuego tratando de frenar lo irrefrenable. Como ocurrió con su madre la mujer de Eliseu no pudo soportar la pérdida de sus dos hijos y una mañana, después de tomarse un cuenco de leche tibia con picatostes, se arrojó por la ventana quedando despanzurrada en mitad de la calle ante la atónita mirada de los gatos del barrio que no daban crédito a lo que veían sus ojos.

Para el bueno de Eliseu la llegada de la República fue la causa de todas sus desgracias, ahora no tenía familia, dormía en un pequeño cuarto cerca de las Ramblas que consideraba demasiado grande para el tiempo que pasaba en él y todo su capital lo tenía invertido en su taxi, al que amaba, y en sus clientes, por los que vivía y por los que estaba dispuesto a morir.

Chiara Amanda no había cumplido aún los treinta, aunque por su maravilloso cutis y su portentoso cuerpo aparentaba tener... veintinueve. Era italiana, de Bérgamo.

Llegó a Barcelona con sus padres antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial donde coincidió con su compatriota Gustavo Re, que también era de Lombardía y venía huyendo del fascismo de Mussolini.

A Chiara le costó tiempo entender por qué sus padres, viviendo tan seguros como vivían en España, cometieron el error de volver a Italia al informarse de la detención de toda la compañía de teatro a la que habían pertenecido durante más de veinte años. Resulta que sus compañeros habían hecho una gira por toda Italia representado una función en la que se criticaba las Leyes Raciales promulgadas por el Duce para la discriminación y persecución de los judíos italianos. Los padres de Chiara no eran judíos, si lo eran algunos de sus compañeros y amigos, además del líder de la compañía que había escrito y producido la obra.

Los apresados fueron conducidos al único campo de concentración nazi en Italia ubicado en las naves industriales de La Risiera di San Sabba, cerca de la ciudad italiana de Trieste, utilizado por las fuerzas de ocupación alemanas para eliminar a civiles y prisioneros de guerra. El campo de la Risiera (Arrocería en italiano) fue el único en Italia que fue equipado con un poderoso horno crematorio que redujo a cenizas de tres a cinco mil personas, entre ellos los compañeros de los padres de Chiara y posiblemente también a sus padres, cuando los alemanes se ponen a matar no pierden un minuto en clasificar. El caso es que Chiara nunca más volvió a ver a sus padres, ni vivos, ni en cenizas.

Narcís era hijo del mayordomo de un rico industrial catalán que, tras pasar por varias checas de Barcelona donde fue torturado y condenado a muerte, fue conducido al buque Uruguay desde donde salió para ser fusilado. Fue acusado de ser empresario, burgués y parte del instrumento ejecutor del poder omnímodo del capitalismo que estrangulaba la Revolución del proletariado catalán.

El buque Uruguay fue bautizado con el nombre de la Infanta Isabel de Borbón. Requisado por la República en 1934 a su propietario, la Compañía Trasatlántica, fue destinado para que sirviera de cárcel flotante y complemento de las checas de tierra firme montadas para mantener el régimen continuo de terror en la ciudad de Barcelona. Su nuevo dueño, el Gobierno republicano, le cambió el nombre por el de Uruguay.

Apartado de su destino en las líneas de América fue amarrado en el puerto con la única misión de hacinar presos políticos hasta en las chimeneas del barco. Se ocuparon las bodegas, la sala de máquinas, los botes salvavidas y hasta las hamacas para tomar el sol que el barco llevaba en cubierta, cualquier espacio era bueno si evitaba que el preso muriera de pie. Los camarotes de lujo se reservaron para el director de la cárcel flotante y sus funcionarios.

Cada noche se celebraban en estos camarotes bacanales donde se derrochaban los recursos destinados a alimentar a los presos hasta su muerte; además de los suministros requisados por la milicia revolucionaria en tiendas y establecimientos distanciados del Gobierno republicano y en las casas de los presos que habían sido detenidos por su acercamiento a la Iglesia o a la derecha conservadora.

Los presos del buque Uruguay no disfrutaban de ningún derecho, su incomunicación con el mundo exterior era total. No podían recibir visitas ni de amigos ni de sus abogados, por supuesto tampoco de los familiares que vivían angustiados por no saber si el preso seguía en el buque o había sido fusilado. Todo en el Uruguay estaba preparado para destrozarse a los condenados moral y físicamente.

La mayoría de los presos debían comer de pie la bazofia que se les preparaba, más que para alimentarles, para arruinarles por dentro. Las diarreas y disenterías estaban a la orden del día y las letrinas atascadas porque cada una de ellas debía ser compartida por cuatrocientos presos.

La suciedad era la nota dominante en aquel lugar donde además de los militares y civiles afines a la Iglesia y al franquismo había presos republicanos caídos en desgracia denunciados o detenidos por sus mismos camaradas, con el fin de escalar puestos en el sindicato o en su partido. También por envidia o venganza personal.

El régimen carcelario era muy duro. La mayoría de los presos estaban afectados de pérdida de memoria, disminución auditiva, visión defectuosa y exagerada hinchazón de las piernas por la falta de ejercicio. Los parásitos anidaban tanto en el cuerpo como en las ropas que se caían a trozos porque no podían lavarse nada más que con agua, el jabón estaba reservado para los guardias del solidario Gobierno republicano.

El buque prisión estaba dirigido por un sátrapa conocido por Monroy, el cual castigaba severamente tanto a los presos como a los guardias que no se cuadraban debidamente ante él. Este perturbado había vivido de la aventura hasta su ingreso en los Guardias de Asalto, el cuerpo policial de probada fidelidad al Régimen republicano donde el siniestro personaje alcanzó el empleo de teniente.

Le divertía demostrar su superioridad. Hacía levantar a los presos a las cinco de la mañana prohibiéndoles descansar en las literas durante el día. Disminuía a su antojo las raciones de comida y el tamaño del mendrugo de pan. Racionaba o suprimía el reparto de agua cuando le venía en gana y gozaba comprobando el torbellino de sufrimientos y enfermedades que originaban sus caprichos. Muchos presos hubieran muerto antes de ser fusilados si no hubieran sido atendidos por los médicos presos y condenados que se dedicaron hasta su muerte a la atención de sus compañeros de infortunio.

—Me han dicho lo que has hecho a la mujer del dueño de la fábrica donde tú trabajabas —le dijo el director Monroy a una tal Mercè, miliciana anarcosindicalista catalana de la columna Los Aguiluchos de la FAI que vestían el uniforme de las milicias obreras: mono azul, gorro cuartelero con borla roja y pistola al cinto.

—Sí. La muy puta suplicaba ahí abajo en el muelle para que la dejáramos ver a su marido —contestó la miliciana con un tono de probada bravuconería.

—¿Y la obligaste a quitarse la ropa delante de todo el mundo?

—Delante de mis camaradas, compañero...

—Yo no soy tu compañero.

La miliciana borró la sonrisa cortada por el tono que puso en su voz el soberbio director, aunque la recobró enseguida no dándose por enterada y continuó:

—...Se cagó por las patas abajo cuando le puse mi pistola en la cabeza —contestó la revolucionaria jactándose de lo que le había hecho a una mujer que con lo único que podía contestar la agresión era golpeando a la miliciana con las varillas de nácar de su abanico.

La época convulsa y conflictiva del enfrentamiento de la distopia comunista contra el capitalismo dio origen a las milicias paramilitares y la situación revolucionaria que dio origen a la Guerra Civil española. Las organizaciones libertarias llamaron a las armas a quien tuviera el suficiente cuajo para disparar contra los enemigos de la Revolución. Entre los voluntarios fueron muchas mujeres las que se presentaron para ser parte de la campaña organizada por el periódico Frente Libertario para el alistamiento de la mujer en las milicias obreras. En un clima de indescriptible exaltación popular las Juventudes Libertarias organizaron milicias de mujeres obreras que, hartas de vivir bajo el yugo de la patronal, abandonaron sus puestos de trabajo para alistarse en columnas militarmente revolucionarias. El socialista Indalecio Prieto no aprobaba la movilización de la mujer por considerar que invadían el campo acotado de los hombres:

«La misión de la mujer debe estar en los hospitales, en las cocinas, en las fábricas, en el campo. Cosechando hijos»

En la Guerra Civil española de 1936 el papel de la mujer en la lucha armada fue puesto en entredicho por la izquierda revolucionaria que echó mano de viejas consignas difamatorias recurrentes y discriminatorias para apoyar una campaña de descrédito para que la mujer volviera a asumir su trabajo en las fábricas y en las labores del campo, como valor esencial para el triunfo de la aventura republicana.

—¿Le habéis limpiado a esa dama todo lo que llevaba encima, ¿verdad? —preguntó el director sabiendo lo que hacían los milicianos a punta de pistola a los desprotegidos y a los indefensos que por ellos eran arbitrariamente detenidos.

—Lo del oro y todo eso ha sido cosa de los camaradas, yo sólo la he quitao lo que llevaba debajo. A mi pareja le pone como una moto ver a una tía con el ligero.

—Te has puesto su ropa interior debajo del mono —observó el director sorprendido, pero sin prestar especial atención porque miraba con actitud fría y calculadora al grupo de presos que recibían su ración de rancho después de terminar la tarea del día, en este caso limpiar una parte de la cubierta usando medios que más que limpiar enguarraban.

—Quería ver lo que siente la piel llevando algo tan fino. Con lo que me pagaba el cabrón de su marido no me llegaba ni para comprarme unas putas bragas...

—Habría que verte a ti con un ligero —dijo el director volviendo hacia ella la cabeza.

—¿Es un deseo, o es una orden? —dijo la miliciana acercando sus dedos a los botones de mono.

—Tómalo como quieras.

La miliciana se desabrochó el mono de anarquista dejándolo caer, después sacó de la prenda los pies apartándola a un lado de una patada junto al gorro y la pistola. Los que miraban la escena se sorprendieron al ver como el director torcía el gesto ante la grotesca imagen que ofrecía la miliciana popular en ropa interior mostrando a todos el rizado vello androgénico que incontrolado salía por ambos lados de las bragas de seda que llevaba puestas.

—¿Qué le parece camarada? —dijo la miliciana dando una vuelta con exagerado contoneo mostrando a todos el sofisticado conjunto de ropa interior que le había robado a la dama que con dolor y tristeza rogaba ver a su marido.

—Emético.

—Eso quiere decir de puta madre, ¿verdá camarada?

Se escucho de pronto un lío y el plato de aluminio de uno de los presos que comía a un lado de la cubierta voló por los aires yendo a caer a los pies de la revolucionaria salpicando de bazofia las bonitas medias. El director Monroy se encolerizó y miró al preso que había lanzado el plato.

—¡Eh, tú! ¿Qué cojones has hecho? —voceó el director mirando al culpable.

—Dice que no quiere comer, señor —contestó un guardia que estaba junto al preso que había lanzado el plato.

—¿Por qué no, perro sarnoso? —le increpó el director al preso que escasamente vestido con ropa militar mostraba los rotos donde en otro tiempo había llevado con orgullo sus estrellas, y que le habían sido arrancadas sin miramientos para humillarle y degradarle moralmente.

—Este asqueroso ha metido el pene dentro de mi plato —contestó con rabia contenida el militar.

—¿Y qué?

—Con esa pregunta insulta a esas estrellas, aunque poco valor tienen porque a ustedes se las dan sólo por saber leer.

El director empezó a ponerse rojo de ira y la miliciana intervino para ganarse la simpatía del que tenía allí el poder diciendo con intención al preso:

—¿Así que no quieres comer porque ese tío ha metido la polla en tu plato?

—No quiero comer y basta —dijo el militar levantando la cara.

—¡Pues si no quieres comerte el rancho me vas a comer a mí el coño! —dijo la miliciana agachándose y cogiendo del suelo la pistola.

Los guardias que presenciaban la escena empezaron a carcajearse divertidos y animaron a la miliciana cuando insistió:

—¡Te he dicho que vengas aquí hijo de puta!

El orgulloso oficial ni se movió.

—¡Ven aquí y ponte de rodillas o te pongo en la frente una copia del orificio que tienes en el culo!

—¡Dispara de una vez sucia asquerosa! Mátame porque ese repulsivo matojo de pelos que tienes en la entrepierna se los va a comer el cerdo de tu padre —dijo el militar fulminado a la miliciana con la mirada.

—Un tío con agallas —dijo Monroy—. Me gustan los tíos con agallas. Llevaros a este cabrón abajo y no le deis ni agua hasta que venga a suplicarme.

—Eso no lo verán tus ojos, rojo sucio de mierda —dijo el militar despreciativo.

—Sí. Sí lo veré. Y te aseguro que entonces no tendrás el privilegio de comerte el coño de esta guarra, te vas a comer la polla del preso más sarnoso que tengamos en el barco.

No tuvo mejor suerte Fermín Sala, el padre de Narcís. El ambiente revolucionario que se vivía Barcelona hizo que el señor al que servía como mayordomo le encargara la importante misión de poner fuera de peligro a su familia y salvar de la rapiña de los revolucionarios y anarquistas las cosas de valor que atesoraba la casa, sobre todo un cuadro de Francisco de Goya que pertenecía a los Querol desde hacía más de cien años. El Gobierno republicano había puesto los ojos en el cuadro, vendido en una subasta internacional alcanzaría un precio mareante y no estaba dispuesto a renunciar al dinero.

Fueron incontables las penalidades los riesgos y los abusos que los huidos sufrieron estando en más de una ocasión a punto de perder la vida, sobre todo Fermín, que fue el blanco de las iras y disparos de los que servían a los ideales comunistas y republicanos con exagerada vehemencia.

Camino de la libertad viajaban junto a Fermín su hijo Narcís, la señora Querol, con sus dos hijos de dieciocho y dieciséis años y su hija, una preciosa noia de catorce que hacía las delicias de la familia por su forma de ser y su virtuosismo tocando el piano.

La identificación y lealtad del mayordomo de la casa Querol estaba más que justificada. Había ingresado siendo muy joven en la fábrica propiedad del señor Querol donde recibió todo tipo de ayudas, tanto humanas como profesionales. En una visita que Fermín hizo a la casa del patrón, con motivo de evaluar los desastrosos resultados provocados por una salvaje e injustificada huelga promovida por el sindicalismo revolucionario, conoció a la que se convertiría en su esposa.

Amelia era el ama de llaves de la casa Querol, vivía en la casa desde niña y había heredado el puesto que ocupó su madre hasta que decidió asomarse a la verja que la separaba del otro lado de la vida para ver si era allí donde se encontraba su marido, que la había abandonado cuando sin desearlo se quedó embarazada.

Amelia y Fermín se casaron en Santa María del Mar, iglesia del barrio de La Ribera a la que ambos estaban muy unidos y donde bautizaron a su primer y único hijo, Narcís.

Amelia no llegó a ver crecer a su hijo. Contrajo una rara enfermedad desconocida en aquella época y murió en un sanatorio privado de los Alpes suizos, a pesar de la fortuna que el señor Querol pagó a los médicos y especialistas.

Amelia no había cumplido los treinta años y hasta su muerte estuvo llena de vida. Dios le ofreció un puesto de ama de llaves en el cielo y ella no fue capaz de renunciar al puesto. Cuando Amelia murió la señora Querol —muy afectada—, no quiso que nadie ocupara el puesto de su ama de llaves. Ofreció a Fermín dejar su puesto de trabajo en la fábrica y aceptara el cargo de mayordomo, una responsabilidad que le acercaría aún más a su patrón y padrino de su boda en la que había aportado una estimable cantidad de dinero para los gastos y para pagar el viaje de bodas de los recién casados al sitio más lejano donde en aquellos se podía viajar... Canarias.

La señora Querol fue la madrina de Narcís. Tras la muerte de Amelia se ocupó de la educación de su ahijado que por su expreso deseo dejó los estudios de ciencias e ingresó en el Conservatorio Superior de Danza, cosa que enorgulleció a su madrina que corrió con todos los gastos y prometió al joven que le enviaría a estudiar a las mejores escuelas internacionales dedicadas a la danza, si estaba dispuesto a llegar a ser un gran bailarín:

«Me gustaría que usaras como nombre artístico el apellido de mi familia. Para mí sería un sueño y para los míos un honor ver en los carteles de los mejores teatros del mundo con grandes letras iluminadas ¡Narcís Querol, primer bailarín!»

La guerra truncó los proyectos de Narcís y los deseos de su madrina, como bailarín fue Narcís Sala y terminó como tantas otras promesas de la danza en los teatros de variedades y cabarets del Paralelo, donde lo que prima no es saber bailar, sino que las bailarinas tengan buen busto y unas piernas atractivas y que los bailarines sean delgados para que no interrumpan la visión.

Durante la angustiosa huida hacia la frontera Fermín tuvo que disparar en más de una ocasión para repeler el ensañamiento de los servidores del Frente Popular. El grupo de la casa Querol llegó a Suiza totalmente exhausto. Se habían visto obligados a quemar el cuadro de Goya y vestir como campesinos para no infundir sospechas. Gran parte del dinero quedó en el camino en manos de alcaldes, militares republicanos e idealistas de la izquierda marxista que utilizaban la Revolución para revolucionar el estado de su peculio personal.

A Fermín tuvieron que sacarle una bala que se movía lentamente en busca de una parte vulnerable de su cuerpo. Sin otras miras que joderle bien jodido. Las heridas de menor importancia las dejó para mejor ocasión porque su objetivo después de dejar a salvo a los huidos era volver cuanto antes a Barcelona a reunirse con su patrón, si aún le encontraba con vida.

En Suiza, en el cantón francés, vivía un catalán que además de adinerado y burgués presumía de pertenecer a la nobleza. Cabían serias dudas al respecto. Él y su absorbente madre habían abandonado Cataluña con la llegada de la República. Como desplazado se sintió feliz al tener en su mansión a otros desafectos como él y su dominante madre. Insistió en que se quedaran en su casa como invitados hasta que pasaran las turbulencias políticas en España, o hasta la llegada del señor Querol y la familia cumpliera con un viejo y meditado proyecto del rico industrial catalán, alejarse lo más posible de los aliados de la Rusia bolchevique.

Una vez que Fermín pudo andar sin que se notara a simple vista que estaba herido se dispuso a cruzar en sentido inverso la frontera que le separaba de su patrón, al que tanto debía, y por quien estaba dispuesto a dejarse matar.

Cuando el noble y leal mayordomo llegó a Barcelona los acontecimientos se habían precipitado. A Fermín le invadió un sentimiento de consternación cuando vio que la clase trabajadora llevaba ahora las riendas en la ciudad. Los edificios y casas de las más importantes familias catalanas estaban en manos de los trabajadores que las habían cubierto de banderas rojas bolcheviques y la bandera roja y negra de los anarquistas. En las paredes aparecían las iniciales de los partidos revolucionarios y en todas partes se exhibían con vanidad y presunción la hoz y el martillo.

Las pasiones y el odio desatado por la ignorancia permitían que por la noche la ciudad se convirtiera en un campo de batalla donde hombres y mujeres armados salían a la calle a matarse entre ellos defendiendo ideologías contrapuestas. Si el azar o el destino ponían en su camino a un noble, un empresario, o un imprudente burgués, dejaban por un momento sus diferencias para unirse contra el enemigo común de la derecha conservadora, sus eternos enemigos a los que había que aniquilar.

Fue informado por el jardinero de la casa Querol —el único que no había huido muerto de miedo como hizo el resto del servicio—, que se habían llevado detenido al señor y a la fecha nadie tenía noticias de él:

—¡Esto se ha puesto feo Fermín! —dijo asustado el jardinero—. Le has echado muchos redaños para volver aquí, yo que tú, me hubiera quedado en Suiza.

—¿Qué está pasando en Barcelona Agustín? ¿Dónde está el señor? —preguntó Fermín angustiado.

—No lo sé —contestó el jardinero consternado—. Al poco de marcharte tú con la familia vinieron los milicianos con un grupo de trabajadores de la fábrica y dejaron la casa como la ves.

Era un espectáculo dantesco. Se habían llevado los muebles, cuadros, tapicerías, todo, luego se dedicaron a destrozar lo que no podían cargar en los camiones, además de liarse a palos con el servicio. Cuando el señor Querol llegó a su casa se enfrentó a los revolucionarios y le pegaron también, aunque a él de manera más violenta. Después se lo llevaron detenido y hasta la fecha, nadie sabía dónde estaba preso.

—¿Qué hacen las autoridades para evitar este salvaje desorden? —preguntó Fermín.

—Nada —contestó el jardinero—. La Generalitat ha perdido el dominio sobre la justicia y el orden público, todo está ahora en manos de las patrullas sindicalistas de la CNT y los elementos más reprobables y exaltados de los partidos políticos, que han formado sus propias policías paralelas que se dedican a robar y asesinar. La mayoría de esa gente pertenece a un comité supeditado a la Sección de Investigación que dirige un sanguinario anarquista que se llama Aurelio López.

»Nadie hace nada para evitar que se sigan destruyendo los templos y que se hagan hogueras con sus imágenes. Por todas partes se ven a cuadrillas de obreros que en lugar de trabajar se dedican sistemáticamente a derribar y quemar iglesias. En las tiendas, en los bares, en los cafés, por todas partes se ven letreros que proclaman la socialización de los servicios, la mayoría de los negocios se han colectivizado.

»Todo el mundo se trata de tú, de compañero, de camarada. Ya no se dice bon día, se dice ¡Salut! Tampoco se dice patrón, ni señor, se han prohibido todos los tratamientos que la izquierda considera serviles.

—Tengo que encontrar al señor —dijo Fermín mirando las paredes vacías de la casa que había sido también su hogar.

—¡Estás loco Fermín, te encerraran y te fusilarán! —dijo Agustín agarrando al mayordomo de un brazo—. Hasta ellos luchan unos contra otros. Los marxistas de orientación trotskista y los comunistas prosoviéticos se persiguen por las calles de Barcelona. Los militantes del Partido Obrero de Unificación Marxista disparan contra los guardias civiles que permanecen fieles a la República y contra los socialistas de Lluís Companys. Todos están perdidos y bajo el punto de mira del Kremlin, que no entiende su divergencia con la interpretación del marxismo.

—¿Y tú crees que Stalin se ocupa de los españoles estando tan dedicado a las purgas políticas de su propio país? —dijo Fermín volviendo la mirada hacia el jardinero—. En Suiza se dice que Stalin no ve con buenos ojos que España esté controlada por anarquistas y trotskistas. Presiona al gobierno de la Segunda República para que termine con la revolución libertaria y unifique sus fuerzas.

—Si los republicanos no son capaces de prometer algo así, Rusia no enviará recursos ni material bélico pesado para resistir los envites del ejército de Franco y Cataluña será invadida —pronosticó Agustín con voz preocupada.

—O liberada Agustín, o liberada.

Se oyeron voces al otro lado de la puerta principal que amenazaban con tirarla abajo, Agustín corrió para impedirlo despejando el paso de dos obreros de la fábrica Querol que venían junto a un grupo armado de exaltados sindicalistas dispuestos a disparar contra cualquiera que no llevara puesto un mono de trabajo.

—¡Ja! ¡Aquí està! —dijo uno de los obreros señalando con su dedo acusador—. ¡Aquest és el majordom del patró explotador!

Los pistoleros se abalanzaron contra Fermín para reducirle como si el mayordomo estuviera dispuesto a enfrentarse a los que disparan antes de decir: «¡Date pres traïdor!»

Los obreros de la fábrica, que habían estado apostados en los alrededores de la casa en espera que apareciera Fermín, saboreaban el momento como si hubieran recibido por el servicio la paga de un año. Al mayordomo le produjo una profunda tristeza ver a esos compañeros con los que había compartido más momentos buenos que malos y con los que tanto él como el patrón habían tenido excelentes relaciones.

—«¡Ha arribat tu hora!» —amenazó el otro obrero con los ojos encendidos por un absurdo sentimiento de venganza.

Para Agustín aquellas palabras eran el presagio del calvario por el que pasaría el padre de Narcís. Cerró la puerta despacio y dejó de ver para siempre al mayordomo, el hombre de confianza de quien había sido su señor.

La Generalitat estableció por decreto en agosto de 1936 los Tribunales Populares que estaban compuestos por obreros, sindicalistas, anarquistas y miembros de los partidos de la «esquerra catalana». Los jueces y fiscales eran obreros ferroviarios que poca o ninguna garantía ofrecían a los detenidos por la milicia popular. De estos Tribunales salieron las órdenes para el fusilamiento de los presos del buque Uruguay, uno de esos presos fue el patrón de Fermín que fue fusilado en la misma semana en la que fusilaron a dos generales, un coronel, un teniente coronel, y cuatro oficiales. Uno de esos oficiales fue fusilado por negarse rotundamente a comerle el coño a una miliciana popular.

De todos los organismos oficiales creados para mantener a Cataluña dentro de un régimen continuo de terror el SIM (Servicio de Investigación Militar) era el más cruel y despiadado por los procedimientos de tortura que empleaba con los detenidos.

Los conocimientos sobre la tortura científica fueron importados desde la Unión Soviética por los agentes rusos y los extranjeros comunistas que habían hecho allí su aprendizaje. El principal motivo de los agentes del SIM para torturar a los presos era sembrar el miedo entre los enemigos del marxismo.

Fermín fue entregado por la patrulla que le hizo prisionero a estos agentes del servicio de investigación que le consideraron un traidor a su origen obrero y culpable de llevarse del país lo que desde la Revolución proletaria ya no le pertenecía a su patrón, sino al pueblo catalán. Tras su paso por el Departamento de Interrogatorios los agentes no se sintieron satisfechos cuando Fermín les dijo que el cuadro de Goya había sido quemado para dejar de ser perseguidos, y todo lo que llevaban de valor requisado por sus camaradas.

Dejarse detener era la forma más directa de tomar contacto con su patrón, pero fue un sacrificio inútil porque en su situación Fermín no pudo superar las quemaduras que recibió en la «silla eléctrica» donde sentaban los detenidos a los que se les torturaba con mayor violencia.

Durante los interrogatorios se negó a decir donde se encontraba la familia de su señor y repetía una y otra vez que el cuadro había sido quemado y todo lo que llevaban de valor requisado. Fermín se quedó en las manos de sus verdugos cuando superó el límite de su resistencia. Murió preguntando dónde estaba su señor.

Antes de que la silla eléctrica le dejara frito a Fermín le metieron en «el huevo» una celda de poco más de un metro de altura donde el preso no puede estar acostado ni de pie. Ante el nulo resultado los verdugos probaron con «la nevera», donde el preso es introducido desnudo y sometido a continuas duchas de agua helada. En esta pequeña celda los ladrillos del piso están colocados de tal manera que el preso no tiene más remedio que permanecer siempre de pie.

Antes de tomar estas medidas los especialistas rusos recomendaron a los agentes del SIM que Fermín fuera sometido a un juego especial de luces y sonido en una de las celdas que habían preparado con todos los objetos inclinados: la mesa, la silla, las paredes y el piso. Los agentes del SIM se negaron a usar este insoportable y atroz suplicio que produce tal desequilibrio mental que terminado el tratamiento el preso tiene que ser ingresado en un manicomio, o rematado de un tiro en la cabeza.

A Fermín le necesitaban vivo y con sus facultades mentales intactas, habían perdido una fortuna fusilando a su señor. No querían cometer otra torpeza.

El taxi de Eliseu rodaba con soltura por el dédalo de calles del Raval. Para Rafael todo aquello era nuevo, había observado atónito el paso del zoo humano que andaba de un lado a otro de Las Ramblas: artistas, vendedores, turistas, guardias, trileros... y algún que otro catalán. Le había impresionado el imponente monumento a Colón con su brazo y el dedo índice extendido diciendo a los andaluces: «¡Fuera de Barcelona!»

Chiara Amanda y Narcís habían alquilado un pisito en el casco antiguo de la ciudad donde se palpaba la bohemia y olía a viejo Barrio Chino. Eliseu paró el coche pegado al portal de la casa y se bajó rápidamente con una sonrisa de oreja a oreja para abrir solícito la puerta a sus pasajeros.

—Benvingut a Barcelona senyor Rafel —saludó el taxista catalán sujetando la puerta trasera del taxi como sujeta su lanza un guerrero masái.

—Gracias... eh...

—Eliseu, puede llamarme Eliseu.

—...Pues; gracias Eliseu, muchas gracias ¿Cuánto debo pagarle por el servicio?

—Eso es cosa nuestra —dijo Narcís abriendo el camino para entrar en la casa.

—Con ver la cara que han puesto esos matones me siento más que pagado —dijo Eliseu dando el hatillo que había sacado Rafael de la cárcel y que el taxista se había encargado de tenerlo a buen recaudo a su lado en el asiento delantero.

—Nos vemos esta noche Eliseu —se despidió Chiara colgándose del brazo de Rafael.

—Hasta la noche entonces —se despidió el taxista entrando en el coche, después arrancó y saludó con la mano desde la ventanilla abierta—. ¡Ah!, y gracias, hacía tiempo que no me divertía tanto.

La casa no tenía ascensor, ni falta que hacía. Los tres subieron por las gastadas escaleras de madera fregadas con asperón y estropajo hasta un pequeño rellano donde un riguroso rotulista había escrito en catalán «segon pis» y con letras más pequeñas la traducción al castellano «segundo piso».

A Rafael aquello del pis le sonó a meada, pero no hizo ningún comentario.

El pisito que compartía la pareja de bailarines era como la escenografía de un teatro vista desde el patio de butacas. Había sido decorado con muebles y objetos comprados en una chamarilería o en un mercadillo de muebles de ocasión. Nada sobraba allí, lo único que llamaba la atención era una cama plegable que había sido colocada en un discreto rincón.

—Hemos comprado esa cama para ti... —dijo Narcís para aclarar a Rafael que aquel pegote había sido una decisión de última hora.

—No hace ninguna falta, me he pasado media vida durmiendo en el suelo —dijo Rafael dejando el hatillo a sus pies.

—...El baño, está dentro de la habitación —continuó Narcís sin hacer caso de la observación—, puedes entrar cuando quieras, estás en tu casa. ¡Ah! Y esa es la puerta de la cocina, siempre tenemos café y té preparado.

—¿Te apetece tomar algo? —dijo Chiara entrando en la cocina.

—Me vendría bien un poco de agua, por lo del susto ya sabes —contestó Rafael. Luego mirando la puerta de lo que parecía que era la única habitación de la casa le preguntó a Narcís—. ¿Y vosotros... dónde...?

—Chiara y yo dormimos en esa habitación —dijo Narcís con toda naturalidad.

—¡Juntos!

—Juntos y en la misma cama —contestó Narcís con toda naturalidad—. Ya sé lo que piensas —dijo con una sonrisa—, Chiara conmigo no corre ningún peligro, le soy fiel a mi pareja.

Chiara Amanda salió de la cocina con una bandeja en la que había algunas cosas para picotear y las dejó sobre la mesa, luego le dijo a Narcís:

—¿Por qué no abres una botella de vino? A Rafael le vendrá mejor que el agua.

Narcís asintió con la cabeza y entro en la cocina.

Chiara puso tres copas sobre la mesa, metió las cosas de Rafael en un armario y cogiéndole del brazo le besó en la cara afectuosamente como muestra de bienvenida, luego le invitó a sentarse en la mesa junto a ella. Pronto se les unió Narcís que sirvió el vino y levantó la copa proponiendo un sencillo brindis:

—Por la amistad.

—Por vosotros, contestó Rafael.

Chiara Amanda no dijo nada, se limitó a beber a pequeños sorbos mirando a Rafael.

—Miquel y yo nos iremos a Florida cuando los franquistas le dejen libre —dijo Narcís con nostalgia—, allí vive ahora mi madrina con sus hijos...

Rafael no dijo nada.

Cuando se despidió Narcís de su padre en la puerta del palacete propiedad del noble amigo de la familia Querol tuvo un mal presentimiento. Su padre le tranquilizó, volvía a Barcelona para ayudar al señor y pronto estaría de vuelta, ojalá acompañado por él. Fermín pidió a su hijo que diera su vida si era necesario por los Querol y bajo ningún pretexto abandonara aquella casa donde había seguridad hasta debajo de las alfombras.

Todo marchó bien al principio. No fue difícil, aunque sí incómodas las reglas de tratamiento que la señora de la casa exigía a sus invitados...

—«¡Narcís!»

—«Señora...»

—«Señora condesa, Narcís, señora condesa»

Pronto don Oriol, el hijo de la señora condesa, dejó entrever su orientación sexual persiguiendo a los muchachos Querol sin ninguna discreción. Los chicos cada día se sentían más incómodos en aquella casa donde tenían que soportar los manoseos y miradas lascivas del dudoso señor conde.

La señora condesa no se interponía para nada en el asunto porque en lo tocante al sexo estaba al tanto de las preferencias afectivas de su hijo, un problema nada nuevo para ella porque ya lo había sufrido con su difunto marido.

Para la señora Querol las continuas muestras de cariño del noble amigo de su marido no revestían peligro alguno mientras las cosas no pasaran de las simples miradas golosas hacia el trasero de sus hijos. Otra cosa es que pasara a la acción. No obstante, la señora pidió ayuda a su ahijado y Narcís cumplió la promesa que le había hecho a su padre sacrificándose por la familia al ofrecerse como alternativa para apagar la fogosidad del señor conde.

Para Narcís despertar en el señor conde un interés erótico no fue un simple paso, fue un grand jeté hacia la homosexualidad. Un salto así siempre suscita dudas entre los primerizos y él lo era. Estaba convencido que sus clases de ballet y su forma de moverse le ayudarían a conseguir resultados, más crudo hubiera sido si en lugar de bailarín fuera un velludo conductor de excavadora.

Los primeros encuentros entre el conde y Narcís fueron al principio desagradables por lo traumático de la situación. El joven pensó que aquello no era más que una etapa que pronto acabaría, que todo volvería a ser como antes. No fue así.

A medida que los días y los encuentros pasaban soportaba más al conde. Miraba con más atención a los hombres y se sentía más atraído por estar entre los brazos de uno de ellos que entre las piernas de una de ellas. ¡Había descubierto una condición que hasta entonces había permanecido oculta!

Mientras todo esto ocurría la señora había recuperado la mayor parte de lo que había en las cajas de seguridad de varios bancos europeos. El matrimonio había depositado joyas y dinero durante sus viajes al extranjero ante los acontecimientos que desde 1931 amenazaban con terminar con la convivencia de los catalanes.

La falta de noticias de Fermín informando sobre el estado del señor desquiciaba cada día más a la madrina de Narcís. Saber que su casa, la fábrica y la mayor parte de su fortuna habían caído en manos republicanas la devoraba por dentro, así que no pudo soportar que el señor conde, una vez conquistada la primera plaza que era Narcís, volviera la vista hacia sus anteriores objetivos: Damià y Àlex, los señoritos Querol.

La nueva situación hizo estallar la revolución porque el amante de Narcís no sólo acosaba ya a los hermanos, sino que miraba también de una forma muy especial a la señorita Neus mientras tocaba el piano. No es que el joven se sintiera celoso, su sentimiento estaba más cerca de la complacencia que del amor, pero Narcís amenazó de muerte a su amante en presencia de la condesa y la madre del pervertido acosador se asustó tanto que deshizo de inmediato la relación amorosa que mantenía su hijo con el atractivo bailarín, encargando a unos sicarios italianos que le dejaran en la frontera francesa sin documentos, sin dinero, y en el peor estado físico posible.

El taxi de Eliseu estaba parado junto a la puerta de empleados y actores del teatro de variedades donde la compañía musical de Los Vieneses de Artur Kaps, con Franz Johan, Herta Frankel, y el italiano Gustavo Re, ponían un poco de luz a las oscuras noches del franquismo.

El Paralelo era la sombra de lo que fue durante el reinado de Alfonso XIII, cuando España era una poderosa nación industrial que sobresalía en el mundo de la cultura y en la participación de la política internacional. Motivo que impulsó a los españoles a rebajar con una Guerra Civil el mayor nivel de población que habitaba la península desde la época romana, y agravar los problemas sociales y nacionales aniquilando el pensamiento político.

—Esto ya no es lo que era —dijo Eliseu a Rafael que miraba con atención las piernas de una joven que cruzaba hacia el otro lado de la avenida—. El esplendor del Paralelo lo vivieron mi padre y sobre todo mi abuelo. Los cabarets, los cafés concierto, las salas de baile, los teatros. Nada, nada es igual. Por aquí pasaba gente de todas las condiciones, ahora sólo los que buscan diversión sin hacer ninguna inversión, permítame la rima. Ahora todo es pretencioso y falso, tan pretencioso y falso como las medias de esa noia a la que usted mira con tanta atención.

—¿Qué tienen de falso las medias de esa muchacha? —dijo Rafael girando la cabeza para mirar al bueno de Eliseu.

—La costura, se ha pintado una raya con un lápiz negro por detrás de las piernas.

—¡No entiendo para qué!

—¡Para que parezca una costura! Estar a la última es llevar esas medias de nailon transparente con la costura por detrás y no todas las jóvenes de Barcelona pueden ir a Medias Alfonso a comprarse unas medias con costura.

—¿Por qué en lugar de pintarse la raya no se la ha tatuado? como hacen los legionarios? —dijo Rafael con una suave sonrisa.

—Porque los tatuajes son para toda la vida y las modas pasan —dijo Eliseu con gesto elocuente.

—No entiendo nada, desde que salté del tren en marcha no sé si todo lo que pasa a mí alrededor es real o ficticio.

—¡La teoría de los dos mundos de Platón! —dijo Eliseu solemne alzando la vista hacia el techo del coche.

—Si la puerta de esos dos mundos, están aquí de Barcelona, no he conseguido pasar por ninguna de las dos.

—La vida no es fácil para los que deben enfrentarse a los muros que la sociedad del norte pone a los desamparados del sur —dijo el taxista desmenuzando sus pensamientos con sus acostumbrados análisis filosóficos.

Se produjo entonces un corto y reflexivo silencio que rompió Eliseu. Había que hablar, aunque sólo fuera para hacer más llevadero el tiempo de espera:

—¿Qué tal le ha ido viviendo con los muchachos? —preguntó Eliseu apeándose de la influencia de su platónica nube.

—Bien. Todo ha ido bien —contestó Rafael ocultando la mirada.

Mentía. Pocos días después de llegar al piso Chiara notó la palpable diferencia que existe entre el «pene sapiens» de un instruido bailarín catalán y el «pene ereptus» de un recién excarcelado obrero del sur. La guapa italiana convenció a Narcís para que cambiara el lado que ocupaba en su cama por la cama plegable instalada en el salón que ocupaba Rafael. De momento todo fue bien, Narcís no mentía cuando afirmaba que nunca traicionaría a su pareja con una mujer, pero Rafael no era una mujer, apareció entonces lo que si no se cortaba a tiempo podría derivar en un conflicto.

—Me alegro, esos chicos han sufrido mucho —dijo el taxista sincero—. ¿Le ha contado Narcís todo lo que pasó desde que fue abandonado apaleado y medio muerto en la frontera francesa?

—Bueno... sí, algo me dijo, pero a grandes rasgos.

Cuando los sicarios de la falsa condesa dejaron a Narcís abandonado, después de ser sodomizado por uno de ellos y brutalmente apaleado por los otros dos, se prometió a sí mismo no volver a tener ningún contacto físico con un hombre, pero no resultó. El falso señor conde fue el guardagujas encargado de desviar el tren afectivo y sentimental de Narcís hacia una vía que ofrecía otra clase de emociones intensas. Gracias a lo que sentía ahora pudo ofrecerse para apagar las emociones eróticas de un par de franceses adinerados con los que consiguió los francos para poder sobrevivir.

Volver a Barcelona fue la cara B del disco donde estaban grabados los abusos, las escenas de pánico, los disparos de los pistoleros antifascistas que hirieron a su padre y presionaron a la señora Querol para que entregara el dinero y las joyas que llevaba encima. Había que pagar los derechos de tránsito por tierras republicanas.

El cuadro de Goya no, el cuadro de Goya lo quemó la señora en un arranque de rabia y despecho para que no cayera en manos de ningún alcalde republicano.

La situación era ahora bien distinta. A medida que las tropas franquistas fueron tomando Cataluña el ambiente revolucionario, las iras y disparos de los que servían con vehemencia al antirreligioso, débil y desorientado gobierno de la Segunda República, dieron paso a las iras y disparos de los que servían con exagerada vehemencia a la España del Glorioso Movimiento Nacional.

Narcís seguía huyendo, ahora lo hacía en sentido contrario cruzándose con el exilio masivo de los refugiados que siguiendo el impulso colectivo caminaban en desgarradora marcha hacia la frontera francesa, unos para salvar la vida, otros para librarse de la severa y vengativa represión del ejército franquista.

No viajaba solo. Había pagado la protección de un grupo de excombatientes de la columna Durruti huidos del campo de internamiento de Vernet d'Ariège cuando, en lugar de campo de acogida, se convirtió en un campo disciplinario para los calificados por las autoridades francesas como republicanos extremistas altamente peligrosos.

En el caso de este grupo de sanguinarios individuos la valoración que hicieron de ellos los franceses era precisa y acertada. Eran unas malas bestias y él pronto se arrepintió de su desacertada decisión. Para él hubiera sido mejor desandar el camino solo y no presenciar como estos sanguinarios pistoleros robaban y asaltaban a los refugiados indefensos que huían hacia la frontera despojándoles de todas las cosas de valor, dejando malheridos a los que se defendían, y muertos a los no les entregaban todo lo que llevaban encima. La desesperación de Narcís era no poder impedir sus acciones ni abandonarles sin poner en peligro su vida. Se lo demostraron cuando trató de hacerlo.

Después de varios intentos fallidos llegó la ocasión que esperaba saltando desde un desnivel a un tren de mercancías en marcha. No se mató de milagro. No sabía hacia dónde se dirigía el tren, pero no importaba, el caso era poner kilómetros entre él y aquellas malas bestias.

Tampoco tuvo suerte en esta ocasión, se durmió en uno de los vagones vacíos que fue desenganchado en un pequeño pueblo cercano y volvió a ser apresado por el grupo de pistoleros que le pegaron de tal forma que cuando dejaron de darle golpes pensaron que había muerto. Le quitaron el resto de dinero que llevaba encima y le arrojaron a un corral donde comían los cerdos de una pequeña explotación agraria, donde pudo ser devorado por los animales si los dueños de la pequeña casa rural a la que pertenecían los cerdos no lo hubieran impedido al descubrirle entre los residuos de la pocilga.

Narcís tras muchos sufrimientos consiguió llegar a Barcelona e inmediatamente se dedicó a buscar a su padre y al señor Querol, naturalmente con un resultado negativo. Nadie pudo informarle sobre las últimas y angustiosas horas que ambos sufrieron estando en manos republicanas... Silencio.

La casa Querol y la fábrica habían sido reducidas a escombros para que no las utilizaran en su provecho los fascistas invasores españoles que habían provocado una guerra con el único fin de aniquilar la exaltación de los valores del catalanismo.

Sólo, sin dinero, ni lugar donde dormir, tuvo que hacer «de todo» para salir de la crisis e ir tirando. Lo pasó mal porque sus paisanos catalanes le trataron como si fuera un extranjero más venido del sur. Fue rodando como un huevo cuesta abajo hasta que llegó su oportunidad, se presentó a un casting en el Paralelo del coreógrafo y escritor teatral Miguel Sebastián, quien poco después se convertiría en su pareja sentimental.

Todo fue bien. Trabajaba como bailarín en las salas de fiesta del Paralelo donde fue descubierto por Artur Kaps que le integró en su compañía de teatro especializada en representaciones de revista y opereta junto a la que se convirtió desde entonces en su compañera de baile, Chiara Amanda, por quien Narcís sentía una cierta debilidad.

No dejó sin embargo de investigar. Se gastaba buena parte de sus ingresos para descubrir si su padre estaba vivo o muerto. Tanta investigación le metió en la cueva del lobo, que no era otra cosa que entrar en contacto con la Policía Secreta que terminada la Guerra Civil se había puesto a las órdenes exclusivas del franquismo.

Fue en la comisaría donde fue descubierto por tres de los pistoleros de la columna Durruti con los que había pasado la frontera y le habían abandonado en una cochiguera medio muerto para que le devoraran los cerdos.

Los tres pistoleros, antiguos revolucionarios anarquistas y prosoviéticos, habían vuelto a Barcelona atraídos por las oportunidades que ofrecía el nuevo Gobierno de Franco a la gente sin escrúpulos interesados en formar parte de la máquina represora destinada a limpiar España de los que no estuvieran dispuestos a identificarse con el conjunto de características asociadas a la ideología anticomunista del Caudillo.

El peor de los tres, el más sanguinario, se había convertido en comisario de La Brigada Político Social de la nueva España de Franco. Este asesino a sueldo había vuelto a utilizar su nombre original, Ignacio Aragón, nombre que catalanizó en 1931 cuando fue admitido en el nuevo partido de ideología independentista «Esquerra Republicana de Catalunya», que se declaraba de izquierdas, favorable a la República y a la independencia de la Nació Catalana.

Como Ignasi Aragó por tanto catalán de pro, se afilió a la CNT situándose junto a Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso para llevar a cabo acciones armadas y represivas contra los desafectos a la República y los contrarios a la independencia de los «Païxos Catalans». Se definía a sí mismo como ateo, antimonárquico, antiespañol y brazo ejecutor para aniquilar el poder omnímodo de la Iglesia y el capitalismo.

Cuando era inminente la llegada del ejército nacional a Cataluña este héroe corrió hacia la frontera francesa dejando a sus hombres en manos de las tropas franquistas, consiguiendo en el camino enrolarse en la escolta del convoy que sacaba de España los tesoros del Patrimonio Artístico que había reunido el gobierno de la Segunda República para ¡Ponerlos a salvo!

Su interés estaba claro, no era salvar nada, sino aprovechar cualquier descuido para llevarse lo que necesitaba para vivir a cuerpo de rey en Méjico o en Argentina.

Tenía claro que el idealismo es la virtud de los políticos que mueren pobres. Lo que no pudo prever es que entre sus pensamientos y los pensamientos de las Autoridades republicanas que acompañaban al convoy existía un cierto... paralelismo... así que fue entregado mientras dormía a la policía francesa que le hizo pasar por la terrible experiencia de conocer por dentro los campos de concentración que había preparado la República francesa para recibir con los brazos abiertos a los refugiados de la Segunda República española. También entre los gobiernos de ambas repúblicas existía un cierto... paralelismo.

Como Ignacio Aragón, dejó de ser catalán de pro para convertirse en un católico profundo y leal a los Principios del Movimiento. Su apellido era el sobrenombre por el que fue conocido su padre, un comunista aragonés nacido en Belchite.

El padre de Ignasi Aragó, Ignacio Aragón para dejar las cosas claras, murió carbonizado entre las ruinas de la iglesia que él mismo y sus camaradas habían incendiado y saqueado después de fusilar al párroco y a la familia del alcalde en nombre de la República. Ignasi Aragó, Ignacio Aragón para dejar las cosas claras, era un tipo grande y malencarado de bigote poblado y pelo rizado que pensó que con la Generalitat suspendida y la República derrotada lo más sensato era apostar por un caballo ganador de la cuadra del Caudillo. La policía secreta franquista no ignoraba su pasado, pero necesitaba tipos sin escrúpulos que se integraran en el instrumento ejecutor de las acciones represivas de la nueva España de Franco.

Que Narcís apareciera por «La Brigada» fue para él y sus dos compañeros una sorpresa, habiéndolo dejado aparentemente muerto en la pocilga de los cerdos para que remataran la faena verle allí era como ver vivo a alguien que hubiera sido engullido por una anaconda. Los cerdos no son capaces de matar a un humano para comer, pero sí devoran cualquier cosa que algún desaprensivo echa en la pocilga donde ellos comen.

Narcís supo que aquel reencuentro le traería problemas. No volvió por La Brigada y dejó de momento sus investigaciones para no cruzarse con tan mala gente, pero estos no querían perder de nuevo la presa que se había librado de ellos, y de los hocicos de los cerdos. Desde aquel día empezó de nuevo la pesadilla: acechanzas y persecuciones que terminaron con Narcís y su pareja Miguel Sebastián detenidos y juzgados por un tribunal militar que les condenaron por haber equivocado su orientación sexual.

Fueron entregados por el comisario Ignacio Aragón a los Servicios de Colonias Penitenciarias y enviados a los campos de concentración donde los excombatientes, republicanos, disidentes políticos, presos comunes y homosexuales eran explotados en batallones militarizados de trabajo. Narcís fue liberado por Artur Kaps, pero lo que no consiguió el director teatral y realizador de Televisión Española fue sacar de su infierno a Miguel Sebastián. Con Narcís de nuevo en la calle continuó la vigilancia de los policías esperando que el ahora famoso bailarín del ballet de Los Vieneses cometiera un error que le pusiera de nuevo ante los jueces militares, esta vez con más garantías para que en lugar de los cerdos le devoraran los piojos.

Las farolas de gas de la avenida del Paralelo ponían su empeño en disipar el temor a la noche, donde los miedos subjetivos culturales y supersticiosos a los espectros del subconsciente se mezclan con el miedo real que convierte a la oscuridad en terreno abonado. El miedo es parte de la noche y en la noche el ser humano es más vulnerable.

Es en la noche donde los asesinos, malhechores, marginados, chulos, prostitutas y noctámbulos escurridizos encuentran los reducidos espacios de sociabilidad escondidos en los recónditos espacios donde se mezcla el alcohol, el tabaco y las drogas con el erotismo de las tórridas salas de fiesta del Paralelo, eje del ocio de la ciudad de Barcelona.

El silencio que se había producido mientras esperaba el taxi, con Eliseu y Rafael subidos en él, fue roto por el bronco ronquido de un coche negro de la Brigada Político Social que se detuvo a cierta distancia por delante de ellos. Las sombras, hasta entonces libres de expresarse a su antojo, se pusieron en guardia cuando vieron salir a un tipo vestido con traje a rayas y sombrero panamá que miró al taxi como si su presencia le ofendiera. Tras una intencionada y medida pausa el tipo rodeó el coche y abrió la puerta del otro lado por donde salió un tipo alto y macizo de pelo rizado y bigote poblado que mirando con desprecio se dirigió hacia el taxi caminando como lo hacen los pistoleros mafiosos tan recreados por el cine negro americano.

El sonido que producían los pasos del comisario Aragón eran como esas bofetadas tan oídas y acostumbradas en los interrogatorios de la policía, esto motivaba al miembro de «La Secreta» que al llegar a la altura del taxi de Eliseu golpeo el cristal con un sello de oro de gran tamaño con el escudo nacional que llevaba en uno de los dedos de su mano derecha. Un sello que llenaba de costurones la cara de los detenidos que tenían la desgracia de caer en sus manos.

—¿Qué haces aquí? —ladró más que habló el policía con un tono voz que sonaba como si alguien rascara una chapa con la punta de un cuchillo.

—Yo a recoger a los chicos señor comisario, el señor Rafael me acompaña porque ha venido a despedirse —contestó Eliseu con voz prudente.

El comisario reparó entonces en el andaluz que callado miraba al frente sin mostrar ninguna emoción.

—¿Ya te vas de Barcelona macarra de mierda? —preguntó el policía con una voz capaz de cortar en varias porciones el denso aire de la noche barcelonesa.

—Sí. —contestó Rafael mirando al comisario directamente a los ojos y marcando el ritmo de sus palabras—. Vine a Barcelona porque necesitaban aquí al más cabrón y asesino hijo de puta del país para nombrarle comisario de La Secreta, me marché porque el puesto ya está ocupado.

—¡Ah, sí! —hizo una mueca capaz de helar el culo a un fogonero—. Tira para La Brigada, queda libre un puesto de cadáver y lo vas a ocupar tú rojo maricón de mierda.

El del sombrero panamá y el otro policía se habían colocado en la puerta del taxi donde estaba sentado Rafael y abriéndola de golpe le sacaron fuera de mala manera dejando Rafael un zapato enganchado dentro del taxi.

Los sicarios del comisario Aragón le arrastraron hasta el coche oficial de La Brigada metiéndole en él a empujones. El comisario se dirigió con paso lento viendo como los curiosos que salían de los distintos espectáculos miraban con temor la escena. Estaban acostumbrados a ver como trataba La Secreta a los detenidos, lo único que pensaban era dejar el lugar cuanto antes por si aquellos animales no estaban contentos con una sola detención y querían ampliar la redada con algún curioso despistado.

Eliseu llevó hasta el coche la pequeña maleta que ahora usaba Rafael y el zapato enganchado en el taxi. El del sombrero panamá le arrebató ambas cosas y las tiró de mala manera dentro del maletero, abriéndolo de forma chulesca y cerrándolo después con un sonoro portazo. Hecho esto dirigió su mirada a los que se habían congregado alrededor que bajando la cabeza empezaron a disolver el grupo. Seguidamente el negro Citroën 14 arrancó con sonido bravucón de motor haciendo juego con sus ocupantes y tiró hacia la salida de la ciudad sin ninguna intención de dirigirse hacia ninguna dependencia policial.

Eliseu volvió al taxi pensando que Narcís le había dicho en más de una ocasión que cuando soltaran a su pareja se marcharían ambos a Los Ángeles, California, pero que antes buscaría la forma de que aquellos tipos asquerosos dejaran de dar por el culo a la gente decente de una vez por todas. Narcís había pensado en las oportunidades que ofrece un puerto de mar como el de Barcelona, donde llega gente de mala calaña que bajan del barco buscando drogas, alcohol y sexo. Gente violenta que viven al margen de la ley y tiran de cuchillo con facilidad, asesinos que una vez cometidas sus fechorías vuelven al barco donde nadie puede detenerles.

Era Eliseo el que pensaba ahora en contratar a unos sicarios portorriqueños para que hicieran el trabajo y librar al señorito Narcís del compromiso y el remordimiento que le podía quedar en la cabeza para toda la vida. La venganza causa placer cuando se piensa en el desquite, una vez que se lleva a término el castigo queda el sabor amargo del remordimiento.

La tierra se movía como si tuviera los retortijones de una mala digestión. Rafael quería abrir los ojos para ver a que se debía aquello, pero no tenía fuerzas ni para mover las pestañas.

A medida que aumentaba el ruido pudo abrir uno de los ojos, porque el otro lo tenía totalmente cegado. Ahora recordaba lo que había pasado, los salvajes de La Brigada le habían pegado de tal forma que ponerse de pie y marcharse de allí era como pretender volver a su tierra montado en una cometa hecha con papel de seda.

¿Qué era aquel ruido? Miró hacia todos lados con su ojo sano y vio que estaba tirado en la vía del tren con las piernas sobre uno de los raíles. De pronto el presentimiento de que corría un serio peligro le recorrió la espalda como si se le hubiera metido una lagartija por la pernera del pantalón.

Ahora sabía a qué se debía el temblor de la tierra, un tren se acercaba al lugar donde él estaba tirado y según tenía las piernas si se libraba de morir tendría que moverse toda la vida de un lado a otro con un carrito hecho con cuatro cojinetes de rodamiento.

Trató de ponerse en pie, pero el cuerpo le dijo «Acuéstate y suda chaval que vienes de bacalao»

¡Tendría que hacerlo! o llenaría de sangre parte de aquel sucio lugar y encima el sucio lugar en señal de agradecimiento le infectaría sin duda las heridas.

«Vamos Rafa! —se animó a sí mismo—. Mueve el culo o el tren va a dar la vuelta al ruedo con tus piernas como trofeo».

Ni por esas, el cuerpo no le obedecía. Trató de imaginarse al tren y como sus ruedas le separaba las piernas del cuerpo como hace un pescadero cuando le corta la cola a una merluza. No le seducía nada separarse de sus piernas, llevaban juntos mucho tiempo y el roce hace el cariño. Pensó en salvar primero sus extremidades, luego ya vería lo que hacía con el resto del cuerpo.

A lo lejos, aunque cada vez más cerca, el tren resoplaba como un bisonte subiendo una cuesta y el humo de la gruesa chimenea formaba caras de traviosos duendecillos que reían de oreja a oreja pensando en la putada que le iban a hacer a Rafael dejando su cuerpo por abajo como el perfil redondeado de un jamón de la serranía de Montánchez.

«Tranquilo Rafael ¡Piensa cohones! —se alentó pensando que en la cuenca del ojo que tenía cerrado le habían metido una ciruela claudia con hueso y todo—. de momento deja el ojo y mueve las piernas, una a una, centímetro a centímetro ¡Vamos Rafa, por tu pare que viene el tren!

La primera pierna, la derecha, la que todavía conservaba el zapato, empezó a moverse poco a poco hasta que quedó fuera de la vía apuntando hacia los cercanos pueblos del Baix Llobregat, o Bajo Llobregat para entendernos.

«Bueno Rafael, hemos salvado una» —pensó animado.

La segunda, la izquierda, la que se había quedado sin zapato, tenía poca disposición para hacer un esfuerzo. Algo que no es raro tratándose de la izquierda. Como último recurso apoyo el pie derecho en la vía y se impulsó hacia atrás consiguiendo que su pierna, la derecha, salvara a la otra, la izquierda. La derecha no es nada sin la izquierda, la izquierda siempre se libra por el impulso de la derecha desde que la humanidad sufrió el conjunto de transformaciones de La Revolución Industrial.

El tren pasó por encima de Rafael que estaba ahora tendido boca arriba entre vía y vía. ¡Todo había salido bien!... bueno, casi todo. El tren venía desaguando los retretes y Rafael recibió sobre su cuerpo buena parte de todo el contenido.

«¿Ahora qué? —pensó sin poder contener una sonrisa de conformismo—. Tal como estoy pueden pasar todos los trenes por encima de mí pero ¿Qué hago aquí tumbao?»

El bravo andaluz notaba que poco a poco las piezas de su cuerpo se iban más o menos colocando en su sitio. De ponerse en pie y salir de allí nada de nada. Al parecer su cuerpo estaba muy a gusto allí tendido al sol oliendo a orines de viajero. Pensó en darle ese capricho al cuerpo, cerrar también el ojo que tenía sano y no moverse.

Conocía aquel sitio, era el mismo lugar donde él había saltado del tren cuando... cuando... bueno, había pasado mucho, mucho tiempo. Cuantas horas o días podía estar allí sin moverse, sin comer, sin beber agua hasta que pasara por allí algún samaritano dispuesto a recoger sus restos con cuidado sin producirle una lesión mayor.

Pasar hambre para él no era un problema, toda su vida había sido pobre y los pobres soportan bien el hambre, tienen mucha experiencia. Lo malo es el agua. Los andaluces están acostumbrados a soportar el calor y la sed, lo mismo que soportan el calor y la sed los camellos africanos, pero sabía que muchas horas soportando el calor sin tragar nada más que saliva podía producirle una deshidratación que le dejaría el cuerpo más seco que un bocadillo de queso.

En esos pensamientos estaba cuando escuchó como unos muchachos gitanos que recogían carbón a lo largo de la vía se paraban sobre él cuchicheando entre ellos y notó como uno de ellos se agachaba para hurgar en sus bolsillos.

—Quieto chaval que aún no estoy muerto —dijo Rafael abriendo el ojo sano.

El chiquillo se asustó y se puso en pie de un salto. Los otros le miraron sorprendidos sin abrir la boca hasta que el que parecía el más mayor dijo:

—¿Qué hase usted ahí combao? (combao: tumbado en caló o romaní)

—Pues ya lo ves hijo, tragándome la mierda que tiran estos putos trenes catalanes.

La respuesta confundió aún más a los muchachos.

Días después Rafael viajaba en un carro tirado por un par de mulas. Iba a medio vestir porque había estado sometido a un tratamiento de colocación de huesos, sobre todo. La cara había recobrado poco más o menos su anterior imagen y el ojo podía abrirlo sin dificultad. La gitana que le había puesto el cuerpo en orden para consolarle le decía que los clisos de cristal (ojos en caló) no estaban mal del todo.

Los gitanillos que le encontraron fueron a buscar a su padre. No le movieron y habían hecho bien, no se puede levantar a un herido, así como así, es peligroso... para el herido. El padre de los chicos y un par de gitanos más le metieron unas tablas debajo del cuerpo improvisando una camilla y le llevaron hasta el carro donde le habían estado cuidando con unos resultados que ni el mejor hospital de Barcelona lo hubiera hecho mejor. Ese día, cuando despertó, se incorporó quedándose sentado con la espalda apoyada sobre el costado y la lona que servía de toldo del carro. Miró hacia la izquierda y vio a otros carros que en caravana seguían al que a él le había servido de ambulancia e improvisada cama de curas. Miró después a la derecha donde en el pescante iba la gitana entradita en carnes que le había curado y su marido, que conducía el carro mientras fumaba un cigarrillo que él mismo había liado a mano. La gitana notó que se movía y dio un codazo a su hombre para que volviera la cabeza.

—¡Aleluya! —dijo el gitano—. ¡Ya se pue levantá solo, bienvenío ar mundo de los vivos compare!

—Y la lengua ha recuperado su tamaño normal, así que puedo hablar sin que parezca un subnormal, con perdón de los subnormales —dijo a media voz con una sonrisa.

—Pues me alegro de que se encuentre ya güeno.

—No sabe cómo le agradezco...

—¡Bah! No me dé a mí las gracias, ha sío mi cachicallí quien le ha curao y mis chicos los que le han encontrao.

—Pues gracias a su...

—Mi cachicallí, mi parienta pa ustedes los payos. Yo soy Faíco, pa servil-le

—No sé cómo pagarles lo que han hecho por mí...

—Ya lo ha hecho.

—¿Cómo?

—Tenía usted una estampa de La Virgen de la Capilla, la he tomao prestá y puesto en el farolillo del carro. Tiene que ser muy milagrosa porque le ha salvao a usté la via, a ver si nos da a nosotros sustirí (suerte en caló) que farta nos hase —dijo el gitano mirando al cielo.

Una de las mulas giró la cabeza hacia atrás pensando que la suerte no les había sonreído a ellas, tenía un largo camino que recorrer. Con lo bien que estaban ellas en Barcelona recogiendo chatarra y bañeras de hierro en desuso.

—La maleta y el zapato que le fartaba, lo tiene todo ahí, también el parné (dinero en caló) nadie ha cogió na.

—Quédese con la estampa de la virgen, es suya —dijo Rafael con una sonrisa—, del dinero ya hablaremos.

—De eso ni hablá, los gitanos no cobramos los favores.

—Gracias Faíco, usté sí que es un gran tipo ¿Hacia dónde van? —preguntó Rafael.

—A La Rioja, vamos a vendimiar, como todos los años.

—¿Van ustedes allí a... ¡trabajar!?

—No haga caso de los mitos Rafaé: ni todos los catalanes son jincalés (cabrones en caló) ni todos los gitanos sabemos gibelar (cantar en caló)

Faíco el gitano tenía razón. Rafael había encontrado de todo en Cataluña: tipos buenos, buenos a más no poder y malos, malos como ellos solos. Camino ya de La Rioja pensó que volver a Barcelona no era recomendable, corría el riesgo de volver a colocar traviesas en los campos militarizados de trabajo, o compartir de nuevo la celda en La Modelo con Corroto y compañía. Sentía no haber podido despedirse de Chiara ni de la pareja sentimental de Miguel Sebastián, su compañero de prisión, pero la cosa había salido así y no cabía darle vueltas. Quizá algún día podría volver a Barcelona y mirar la forma de vengarse del comisario Aragón y de sus dos secuaces, ahora lo más sensato era poner kilómetros por medio y esperar por si esa oportunidad se presentaba.

Durante el tiempo que había estado liado con la guapa bailarina había ganado bastante dinero trabajando en la seguridad privada de los locales nocturnos del Paralelo y como guardaespaldas de sus dueños. Pero él no había venido a la ciudad hostil que le trataba con desprecio a trabajar de pistolero, así que a diario se interesaba por encontrar el trabajo por el que él había dejado el campo, que era toda su vida.

Chiara le presentó a un admirador que dijo ser uno de los ingenieros del Instituto Nacional de Industria que había preparado el proyecto para la producción en Barcelona de los automóviles italianos Fiat para motorizar a La España de Franco.

—No puedes entrar en la SEAT con tu escasa preparación —le confirmó el ingeniero amigo de Chiara Amanda.

—Vine a Barcelona para eso, para trabajar en la industria —dijo Rafael al ingeniero que miraba a un punto indeterminado para no mirarle a los ojos—. Deje todo, mi tierra mis amigos... mis enemigos. Todo lo dejé para hacer coches, no para poner traviesas sin cobrar una peseta.

—Créeme que lo siento. Cuando la fábrica se puso en marcha se aceptaba a todo el mundo, daba igual si tenían experiencia en la industria o eran especialistas en la recogida de tomates, ahora no —contestó el ingeniero—. La SEAT precisa ahora gente cualificada y preparada...

—No aceituneros como yo.

—No necesita gente del campo, como tú.

Es posible que las pegas del ingeniero tenían la intención de alejar a Rafael de Barcelona y le dejara el camino libre para seducir a la preciosa bailarina italiana.

—»Sin embargo —continuó el ingeniero—, para gente con tu preparación hay un proyecto mejor en La Rioja con el que sin duda ganarás mucho más dinero que aquí en Barcelona.

—¿De qué se trata? —preguntó Rafael interesado.

—Petróleo.

—¡Petróleo! ¿En España? —preguntó Rafael sorprendido.

—Acompáñeme. Tengo que ir a la comisaría a sacar de allí a un ingeniero norteamericano que está detenido. Si conseguimos librarle de lo que le puede caer encima seguro que te contrata.

El ingeniero en eso no mentía. El americano había sido sorprendido bañándose en la playa con un traje de baño comprado en su tierra. ¡Semidesnudo! Según un cura que andaba no se sabe con qué intención por el paseo marítimo.

El cura la armó de mil demonios y se hizo acompañar de una pareja de la Guardia Civil para detener al obsceno que ofendía a Dios mostrando sus carnes desnudas.

El ingeniero del INI trató de explicar con un inglés macarrónico al ingeniero americano que su detención se debía a que según el II Congreso Nacional de Moralidad los obispos reunidos en Santander habían decidido terminar de una vez por todas con la falta de pudor y recato de los bañistas en playas y piscinas. Para la Iglesia, según el sicalíptico planteamiento del obispo de Santander, La exposición pública del cuerpo alienta gravemente al pecado.

Excomulgar al ingeniero nacido en Texas no era la solución, el lúbrico bañista norteamericano no era católico.

Deportarle a su país tampoco, había venido a llevar una misión especial del gobierno español para poner en marcha un ambicioso proyecto del INI: montar un par de torres perforadoras sobre los viñedos en La Rioja para sacar el petróleo que un iluminado había dicho que se encontraba a miles de metros de profundidad:

“El gobierno de Franco no sabía que inventar para crear un sentimiento patriótico de autosuficiencia que hiciera olvidar que España no participaba en nada. Que los españoles estaban solos en el concierto internacional”

El tejano fue puesto en la calle con gran disgusto para el clérigo, aunque el colosal enfado se diluyó cuando el ecuaníme cura recibió íntegro el importe de la multa que pagó el ingeniero y le fue entregado el cuerpo del delito con el que el impúdico americano había ofendido a la gente decente.

El ingeniero de la Geophysical Service Inc agradeció al ingeniero español del INI su ayuda y dio una tarjeta de visita a Rafael por si se animaba a ir al norte y necesitaba trabajo.

—Supongo —preguntó confundido Rafael al ingeniero del INI español—, que los americanos no habrán venido a España pensando que tenemos tanto petróleo como los árabes por haber visto un póster de la Alhambra de Granada.

Rafael dejó a sus amigos gitanos en su faena de los viñedos y él, a pesar de que Faíco trató de convencerle para que se quedara con ellos haciendo la vendimia, se marchó a ponerse negro buscando petróleo. El trabajo sería más duro que cortar racimos, pero mejor pagado.

Las prospecciones en busca de petróleo en las provincias del norte habían trasladado obreros y peones de toda condición, pero era con dos mineros españoles que habían trabajado en Alemania en la empresa minera Hiespasulzbach con los únicos que Rafael se relacionaba. Consideraba que habían llevado una vida paralela a la suya.

—Los alemanes nos trataron como a perros haciéndonos vivir en unas condiciones pésimas de semiesclavitud —contaba uno de ellos—. Lo pasamos mal hasta que unos militares españoles de la División Azul nos animaron para que nos enroláramos con ellos en la Gestapo.

—¿En La Gestapo de Hitler? —Rafael no dio crédito a lo que oía—. Siempre he creído que esa Escuadra de xenófobos solo había alemanes de pura sangre aria.

—Tenían incluso judíos entre sus oficiales —dijo el otro con una mueca de asco.

—No sabíamos dónde nos metíamos —continuó el primero conocido por Criado, apellidado muy apropiado dadas las circunstancias. Era un tipo grandote con bigote y cara de buena persona incapaz de hacerle daño a nadie—. Éramos menores de edad y nos sentimos explotados por las empresas alemanas...

“Ser menores de edad no era ser un crío. La Segunda República rebajó la mayoría de edad de 25 a 23 años. Durante la dictadura de Franco la mayoría de edad se conseguía a los 21 años. El poder omnímodo consideraba que el español no tiene autonomía de pensamiento suficiente para ser responsables de sus actos hasta los 21. Sin embargo, consideraba que el español es lo suficientemente adulto para trabajar a los 14 años. La República tenía rebajada esta norma, permitía trabajar a los niños”

Terminada la Guerra Civil española en 1939 hubo muchos españoles que fueron explotados por los alemanes y engañados por el Gobierno de la dictadura. Franco le envió a su aliado Adolf Hitler la mano de obra que necesitaba para que pudiera emplear a todos los alemanes como soldados. A los españoles voluntarios se les vendió la idea de que iban como colaboradores para trabajar en las fábricas alemanas con las mismas condiciones de los obreros alemanes. La realidad fue bien distinta. Fueron utilizados como moneda de cambio. Al estar Criado y su compañero Guzmán en La Gestapo tuvieron acceso al trasfondo del acuerdo de colaboración hispano alemán.

Hitler tuvo que movilizar a millones de alemanes para cubrir el frente del Este. La movilización amenazaba la paralización de las fábricas y si estas quedaban paralizadas, se paraba su maquinaria bélica. La medida que tomaron los nazis fue esclavizar a los prisioneros de guerra y solicitar mano de obra barata a los aliados de Hitler. Franco estuvo entre ellos.

Según el consejo dado al Caudillo por su cuñado y principal consejero Ramón Serrano Suñer enviar obreros a Alemania reportaría varias utilidades: Se compensaría parte de la deuda, aún no pagada, de la ayuda militar proporcionada por los alemanes en el transcurso de la Guerra Civil. Mejoraría las relaciones del Gobierno franquista con Berlín. Reduciría la tasa de desempleo dejada por la guerra. Brindaría la oportunidad de enviar fuera del país a grupos enemigos de los principios del Movimiento, como el caso de los mineros despedidos por razones políticas de las minas de Almadén.

Desde el mes de noviembre de 1941 y finales de 1942 salieron más de diez mil obreros con destino a más de medio centenar de empresas alemanas. En 1943 se cortó el flujo por las presiones de ingleses y americanos que advirtieron a Franco que no consentirían otra División Azul, aunque en este caso sólo se tratara del envío de mano de obra. Con la caída de Mussolini en 1943, Franco prescindió de su cuñado... y de sus prácticos consejos.

—Cada uno de nosotros comprobó enseguida el alcance del contrato que había firmado en Madrid por dos años —continuó Criado—. Las promesas no se cumplieron, trabajábamos como esclavos. Hubo privilegiados que ocuparon barracas, otros tuvieron que dormir en inmundos chamizos y la mayoría hacinados en campos de concentración rodeados de prisioneros rusos.

—¿Y el contrato era tan estricto que no se podía anular? —preguntó Rafael.

—Algunos incumplieron con su contrato y no volvieron cuando los alemanes les enviaron a España para disfrutar de sus primeras vacaciones. Otros volvieron porque se habían acostumbrado a recibir las tres o cuatro pesetas por hora que se cobraba en Alemania, según su especialidad...

—Y otros porque no estaban seguros con el fantasma de la represión franquista planeando sobre su cabeza —apostilló Guzmán, el compañero de Criado.

“Con el derrumbe del III Reich en febrero de 1945 el grupo de obreros españoles ya no era tan numeroso. Había sido diezmado durante los bombardeos de los aliados a las fábricas alemanas. La repatriación no se llevó a cabo cuando aún era posible, los que trabajaban en las fábricas alemanas tuvieron que huir a pie hasta el estado independiente de Suiza”

—Fuimos buscados y perseguidos por pertenecer a La Gestapo —continuó Guzmán agachando tristemente la cabeza—. Salimos de Alemania camuflados entre el personal administrativo del cuerpo diplomático. Estuvimos a punto de ser fusilados cuando fuimos denunciados por las fuerzas izquierdistas francesas que nos acusaron de ser criminales de guerra franquistas.

«De alguna forma estos dos son «dacus oleae» como yo —valoró para sí Rafael—. Aunque ellos instalaron sus larvas demasiado lejos de los olivares»

Rafael estuvo poco tiempo con los petroleros.

«¡Me cago en la mar salá! Esta es tierra de vino, no de petróleo» —gritaba a los americanos cuando un chorro de agua sucia le catapultaba hacia atrás sentándole sobre las cepas que morían empalidecidas y desesperadas por no poder cumplir con su sagrada función.

«¡Yes! ¡Rioja! ¡Very good!» —Contestaban los jocundos americanos.

En la Rioja estuvo bien. Los riojanos son buena gente. Lo de sacar petróleo no fue rentable para el INI, pero sí para los bolsillos de Rafael que ganaba como si estuviera sacando petróleo en Ohio. Cuando los americanos se fueron a meter el taladro a otra parte estaba tan acostumbrado a ganar dinero que no pudo acostumbrarse a romper el ritmo de los fabulosos ingresos que obtenía trabajando para la Geophysical Service Inc.

Tenía mucho dinero, así que sopesó la idea de volver Barcelona para explicar a Chiara y Narcís el porqué de su desaparición repentina. También sopesó la posibilidad de ir más al norte para trabajar en la industria siderometalúrgica, bien con los asturianos en La Felguera, o con los vascos en los Altos Hornos de Vizcaya.

No le costó trabajo, pero sí tiempo y dinero en conferencias telefónicas localizar a Eliseu. Lo que no fue posible fue encontrar a la pareja de bailarines. Habían desaparecido de Barcelona.

El taxista se alegró de recibir noticias de Rafael, por la forma y el tono con el que la policía le abordó en El Paralelo dudaba que estuviera vivo. Le informó que Chiara Amanda se había marchado con Narcís Sala una vez que Miguel Sebastián había salido de La Modelo.

—Creo señor Rafael que el señorito Narcís ha cumplido sus dos promesas...

—¿Marcharse a Los Ángeles y...?

—Librar al mundo del cerdo del comisario Aragón —contestó Eliseu sin alzar la voz.

—Explicate Eliseu ¿Qué es lo que ha hecho ese insensato? —preguntó Rafael arrimando mucho el auricular del teléfono a su boca temiendo que alguien le oyera.

—Quise en un tiempo pagar a unos sicarios del puerto para librar al señorito Narcís de la fijación que tenía por librarnos a todos del comisario...

—Pero él no te dejó hacerlo, verdad —afirmó más que preguntó Rafael.

—No sabía nada de mis intenciones, eso era algo mío.

—Entonces... —dijo Rafael para animar al taxista a exponer los hechos.

—El señorito Narcís, lo sé porque fui con él al puerto, pagó al capitán de un barco con bandera de Puerto Rico tres pasajes hasta la costa este de los Estados Unidos.

—Según sus intenciones —reconoció Rafael—, quería salir del país de la forma más discreta posible, no quería dejar pistas...

—Con una estimable cantidad extra el capitán se encargó de ejecutar la segunda promesa, hacer que el comisario y sus secuaces dejaran de hacer de las suyas.

—¿Estás seguro de los que dices? —preguntó Rafael.

—Los marineros que bajaron del barco se la montaron a los policías...

—¿Se la montaron?

—Sí, señor Rafael, les ataron de pies y manos y les enterraron hasta el cuello en una cala desierta, calcule la cantidad de agua (agua en catalán) que tragarón cuando subió la marea.

—¿Y no les encontró nadie?

—Sí, una joven pareja que bajó a la cala a darse una rebozada —aclaró Eliseu con intención—. Pero fue días después. Los cangrejos y los peces de la orilla habían dejado «pelades» las cabezas de los tres y las algas las había medio cubierto. El muchacho de la pareja las descubrió porque le dio una patada a la que llevaba el sombrero panamá... ya sabe.

—Está claro, eran ellos.

—Eran ellos señor Rafael.

Se despidió de Eliseu prometiéndole que algún día le visitaría en Barcelona. Pensó en el merecido fin que habían tenido los tres policías que estuvieron a punto de terminar con sus piernas y con su vida. Era una buena noticia, como en todos los cuentos...

La bruja debe morir.

Desechada la idea de volver por un corto espacio de tiempo a Barcelona Rafael decidió solicitar trabajo en los Altos Hornos de Bilbao, el máximo exponente de la economía industrial donde se derretían a pie de horno como la manteca los «pozanos, machurrianos, coreanos» y otros apelativos cariñosos que recibían de los vizcaínos los que acudían al norte opulento a quitarles el trabajo... el trabajo duro.

Otro apelativo despectivo era el de «maqueto», usado tras la revolución industrial en las zonas mineras del norte copiado del término «meteco» (extranjero, o no-griego, usado en la Antigua Grecia) Los vascos buscando exclusividad lo convirtieron primero en «maketo» y en un alarde de creatividad buscando el hecho diferencial lo trasmutaron en «makutuak», que sonaba más euscaldún.

Tras la sufrida experiencia catalana Rafael dudaba del recibimiento de las tierras hostiles del norte «¡Bah! —pensó dando la justa importancia al hecho—. No creo que los vascos me traten peor que los catalanes».

Craso error. A los que vienen de la frontera que separa a Cataluña del resto de España la mitad de los catalanes les menosprecia y la otra mitad lo aplauden o lo consienten. A los que viene de la frontera que separa el neologismo conocido como el País Vasco del resto de España los vascos les desprecian, buena parte lo aprueban y el resto lo incentivan. Los que no tienen sus ocho apellidos vascos em Euskadi lo tienen jodido. Rafael correspondió a las muestras de afecto de manera más rigurosa: despreció hasta su muerte a los catalanes y odió con todas sus fuerzas a los vascos.

«Sé que no debería decirle esto caballero, pero no puedo alquilarle la casa porque no quiero verme envuelta en problemas»

Le dijo la dueña que alquilaba el piso superior de su casa en el barrio de Rekalde. En el cartel ponía: En Alquiler y un «abertzale» había tachado y sustituido el texto por un euscaldún «Alokairua», para decirle a la propietaria a quien debía alquilar la parte de arriba de su casa.

Rafael se había alojado en una pensión del Barrio Alto entre la calle San Francisco y la calle de las Cortes. Salió de La Rioja en el camión de transporte de un riojano que había conocido estando en lo del petróleo. Era un tipo la mar de servicial que le llevó hasta Bilbao y le dejó instalado en la pensión que su cuñado tenía en el barrio más permisivo de la ciudad, un lugar lleno de contrastes, vida nocturna, diversión y sexo.

—¿No te gusta este barrio para vivir? —preguntó Sixto, también riojano y marido de la propietaria de la pensión.

—Estuve viviendo en Barcelona en casa de unos amigos —contestó Rafael con voz pausada—. Cuando llegué me extrañó ver a las mujeres bien arregladas esperando en los portales de la calle. Pensé que esperaban al marido que llegaba del trabajo o a los niños que venían de la escuela. Era el viejo Barrio Chino, las señoras no esperaban precisamente a ningún familiar.

—¿Y este barrio no te gusta por la misma razón? —preguntó Sixto mirando a la cara de Rafael.

—Soy un producto del campo, quiero ver árboles a mí alrededor...—contestó Rafael

—No ver putas —remachó Sixto con una media sonrisa.

—No te ofendas por ello.

—Estoy acostumbrado, no me ofenden esas Observaciones.

—El caso es que tengo dinero y quiero comprar una casa, establecerme en plan serio.

Se excusó Rafael haber dado a entender que las Cortes no era su lugar, allí todo estaba dedicado al sexo y a los que vivían de él.

—Déjame entonces que te ayude, conozco a un amigo que puede echarte una mano.

—Un amigo... vasco.

—Sí, pero poco, no te preocupes —contestó Sixto con una sonrisa—. Es un buen tipo, ya verás.

Sixto pertenecía a un choco (txoko para los vascos por esa afición de disimular los nombres incluyendo la letra ka, que para los españoles representa únicamente una consonante velar, oclusiva y sorda que aparece en palabras de origen extranjero. Para otros una letra utilizada con fin intimidatorio por organizaciones que promueven la violencia y la xenofobia usando el terrorismo para conseguir sus fines... el Ku Klux Klan, entre otros.

Este no era el caso. El txoko para los vascos es un lugar para y preparado por los hombres de una misma cuadrilla con el único fin de disfrutar en un ambiente de camaradería de la buena cocina. Un espacio privado donde los mismos socios cocinan siguiendo unas rígidas normas impuestas por ellos mismos, la más rígida de todas es no permitir bajo ningún concepto la entrada a las mujeres. El txoko es el lugar donde el hombre vasco se siente verdaderamente libre, donde puede mandar y decidir porque en el txoko no existe la estructura psicosocial centrada o focalizada en el arquetipo matriarcal de la sociedad vasca.

Sixto llevó a Rafael a comer al choco al que él pertenecía desde hacía años donde le presentaría al amigo que sin duda estaría dispuesto a ayudar a Rafael. Para ello le regaló una boina y le dijo poco más o menos como debía vestirse para que no cantara mucho que había nacido en el sur.

—No es que pase nada, los socios de mi choco no son tan radicales como los de otros que yo conozco —dijo Sixto mientras le encasquetaba a Rafael la boina en la cabeza—. Pero es mejor no provocar ninguna sensación de rechazo, ya me entiendes.

—¿Y para conocer a este amigo tuyo no hay más remedio que meterse en la boca del lobo?

—Tanto como en la boca del lobo no —dijo Sixto conciliador—. Fíjate en mí, me costó tiempo ser aceptado, y eso que soy riojano. A los vascos les cuesta menos tragarse nuestra presencia y la de los catalanes, considerados como compañeros de lucha...

—¿Quieres decir que...?

—Que disimules tu acento andaluz y sueltes de vez en cuando algo en catalán, si es que aprendiste alguna palabra cuando estuviste allí —dijo Sixto poniendo su mano sobre el hombro de Rafael—. Nada de decir ¡Cohones!

—¡Cohones!

—¡Lo ves! La jota, pronuncia la jota ¡Cojones!

Sixto tenía razón. A pesar de que él decía que su choco no era tan radical como otros que conocía a Rafael le dio la bienvenida un cuadro colgado en la pared principal del txoko con la figura de Sabino Arana y un texto bajo el marco que decía:

«¡Ya lo sabéis euzkaldunes, para amar el euzkera tenéis que odiar a España!»

En el choco había buen ambiente, gente alegre que reía de oreja a oreja, parecía imposible que allí siguieran al pie de la letra la consigna que el ideólogo padre del nacionalismo vasco tenía en su pie de foto.

Fue presentado a todos como Rafel (Rafael en catalán) y este fue dando la mano diciéndolo un socorrido tant gust amic (tanto gusto amigo, en catalán)

El amigo al que se refería Sixto era un tipo campechano con cara de buena persona al que todos llamaban Jon (proviene del Juan en castellano) El que más llamó la atención de Rafael fue un socio nacido en Muxía al que llamaban por su apellido: Gruñeiro, apellido típico gallego que en este caso venía al pelo porque era un rígido sargento de la Guardia Civil que había sido destinado, muy a pesar suyo, al cuartel de Bilbao.

—Mira lo que ponen estos nacionalistas de mierda en los manteles donde tenemos que comer las personas decentes —dijo el guardia civil a Rafael una vez sentados todos a la mesa. Señalaba un texto escrito en su pequeño mantel individual plastificado.

«El bizkaino no vale para servir, ha nacido para ser señor. El español no ha nacido más que para ser vasallo y siervo» Sabino Arana Goiri.

—No te ofendas Gruñeiro que no va por ti; eres un puto txakurra, pero puto txakurra gallego, no un puto txakurra español —dijo el vasco sentado frente a él que se llamaba Artzai (Pastor)

“Txakurra (perro) Es el apelativo que reciben los considerados españoles.
Los putos txakurras son: policías, militares y guardias civiles”

—Envíaselo a tus paisanos Gruñeiro —dijo otro dando un sorbo de vino para acentuar sus palabras—, los gallegos también estáis en la lucha.

—No toques el carallo Txomin (Domingo) —soltó el sargento con mirada de eso, de sargento.

—Por allí los gallegos desarrollan el racismo antiespañol siguiendo las consignas del marido de tu paisana Rosalía de Castro —insistió quien se llamaba Txomin.

—¿Te refieres a Manuel Murguía? —preguntó el sargento mirando al que intervenía.

—A ese me refiero. Al que oculta el Antonio de su segundo nombre y el Martínez de su primer apellido para no parecer español.

—¿Y Qué pasa, dime?

—Para él los gallegos sois una raza superior, distinta de la raza española ¡Perteneceís a la bella raza céltica! que se caracteriza por sus hombres altos rubios y de ojos azules!

—¿Y...?

—Que él mismo era un tipo bajo y esmirriado que no pasaba del metro y medio, cetrino de piel y de cabellera más que rubia oscura y desgredada. Un buen ejemplar de gallego vamos...

Txomin se sentía como un txakurra con un hueso en la boca que no estaba dispuesto a soltarlo mientras le quedará algo de carne que sacar. Tras el breve silencio que habían guardado todos continuó con tono punzante:

—... Tu paisano de Arteijo no dice nada de las mujeres, en tu tierra la condición femenina es considerada minusválida.

Todos miraron su plato para desviar la mirada del sargento que se había puesto rojo por la observación mordaz sobre las mujeres gallegas que había hecho Txomin. El rígido sargento tampoco coincidía en ningún aspecto con el arquetipo que diferencia a los rubios y bellos gallegos de los morenos y feos españoles.

Rafael se preguntaba mientras comía lentamente porqué los nacionalistas se empeñan en incluir el término raza para interpretar los rasgos sociales de los seres humanos. En esto estaba cuando se le ocurrió mirar lo que ponía en el mantel individual que tenía debajo de su plato y no pudo contener un sonorísimo «¡Cojones!» que le salió del alma:

«El bizkaino degenera en carácter cuando se roza con un extraño a su patria. El español necesita de cuando en cuando una invasión extranjera que le civilice» Sabino Arana Goiri.

Los socios del choco le miraron con sorpresa pensando que se había tragado una espina de la merluza. Rafael se disculpó demostrando que su ¡cojones! no tenía nada que ver con la bien cocinada merluza del Cantábrico que todos estaban comiendo.

Cubrió de nuevo el texto del mantel con el plato evitando cualquier comentario y leyó los textos nacionalistas de los mantelitos de Jon y de Sixto sentados junto a él:

«El bizkaino es digno en exceso. Si cae en la indigencia es capaz de morir de hambre antes de pedir limosna. El español es bajo hasta el colmo y, aunque se encuentre sano, prefiere vivir a cuenta del prójimo antes que trabajar. Contad los millares de mendigos de profesión que hay en España y sumadlos a los que acuden a nuestra tierra a convertirse en la encarnación de los males de la patria vasca» Sabino Arana Goiri.

«Oídle hablar a un bizkaino y escucharéis la más eufónica, moral y culta de las lenguas. Oídle a un español, si sólo le oís rebuznar daros por satisfechos pues los burros no profieren voces indecentes, insultos y blasfemias como hacen los incultos españoles» Sabino Arana Goiri.

Silencio.

—Los vascos habláis de la diferencia de vuestra raza. La única diferencia que os veo es vuestra nariz descomunal y vuestras orejas enormes —se defendió el sargento de la Guardia Civil recibiendo una risotada unánime porque el comentario le retrataba.

La comida continuó entre risas, comentarios y sobre los temas comunes que se tocan durante una comida de hombres solos que se precie: fútbol, toros y mujeres. No sobre las mujeres de cada uno, se entiende.

Para Rafael fue el primer contacto serio con la desmesurada manera de comer de los tximbos (bilbaínos)

Durante la posguerra el dinero en el norte llegaba hasta la cintura porque la Guerra Civil había respetado la industria vasca. El trabajo y los negocios no faltaban. Los vascos compraban de todo porque no sabían qué hacer con el dinero que llegaba a Bilbao a raudales: cuadros, para mirar sólo el marco. Pianos, sin tener ninguna intención de sacarles una nota. Coches de importación para presumir y una desmedida pasión por la mesa exigiendo siempre lo mejor, lo más caro y con una exagerada abundancia.

En este caso la comida no estuvo a la altura de las ricas bacanales que se celebraban en Roma, pero no estuvo lejos. Faltaban las esclavas.

Terminada la ostentación culinaria tocaba levantar la mesa y Rafael estuvo dispuesto a llevar todo a la cocina y a pesar de estar dispensado de la tarea por ser un invitado.

Las mesas quedaron cubiertas con manteles de cuadros blancos y rojos donde los socios que no quitaban las mesas servían ya el café y las copas y los fumadores se aprestaban a encender sus cigarros.

—Todo se deja aquí en la cocina tal como está —dijo Sixto a Rafael—. Mañana viene una mujer a limpiar y dejarlo todo en orden.

—¿Una mujer vasca?

—No, claro que no, ellas aquí no pueden pasar. Este trabajo lo hacen las mujeres que vienen de fuera.

—¿Andaluzas?

—O de Zamora, que sé yo.

Rafael leyó otro cartel colocado estratégicamente en una de las paredes de la cocina:

«La familia bizkaina atiende más a la alimentación que al vestido que, aunque limpio, siempre es modesto. En España veréis que las familias sólo comen cebolla, pimientos y tomate crudo. La hijas de los españoles llevan sombrero, pero no usan ropa interior» Sabino Arana Goiri.

«La madre que los parió» —pensó para sí Rafael—. ¿De dónde cree esta gente que es el Jamón de Jabugo?»

Había más absurdos carteles repartidos por el choco que a juicio de Rafael eran aún más irreflexivos y hacían hervir la sangre, pero adoptó la equivocada postura de la que se ha estado aprovechando el victimismo nacionalista desde el siglo XIX... Silencio.

Tras el corto momento que precisa el alma para liberarse de las pasiones y los deseos que perturban la vida el tolerante inmigrante andaluz —makutuak según los vascos—, decidió ir al lavabo del choco donde se encontró de cara con otro enardecido soflama del padre del nacionalismo vasco perfectamente enmarcado y colgado en la pared:

«El aseo para el bizkaino es proverbial. En la guerra no falta la madre o la hermana que recorriendo a pie la distancia lleva cada semana la muda interior al soldado que lucha en la trinchera. El español apenas se lava una vez en la vida y se muda sólo una vez al año» Sabino Arana Goiri.

Lo que no entendía Rafael es porqué los textos estaban todos escritos en castellano, en Cataluña estarían todos en catalán, por supuesto.

El señor Arana Goiri no dominaba con la suficiente profundidad la que según sus palabras era la más eufónica, moral y culta de las lenguas de occidente. Y aquí cabe la pregunta ¿A qué lengua se refería el señor Arana: ¿Al vasco occidental o vizcaíno, al central o guipuzcoano, al navarro, al navarro labortano, al roncalés, o al suletino?

El «euskera batúa» es la unificación moderna de todos los dialectos eusquéricos propuesta por la Real Academia de la Lengua Vasca fundada en 1919 por el rey Alfonso XIII. Se propuso este registro para su uso en la enseñanza, la administración y los medios de comunicación. A nivel local se siguieron empleando los diferentes dialectos dándose el hecho de no entenderse entre los propios vascos. Los detractores del euskera batúa (eusquera unificado, o eusquera unido) sostienen que es una lengua auxiliar artificial como lo es el esperanto.

Rafael salió del lavado ahora más divertido que indignado viendo como algunos jugaban a un juego raro de cartas que no conocía. Sin duda era un juego de pobres porque ¡Se jugaban un puñado de garbanzos!

Jon le llevo a una mesa apartada para hablar de negocios, no hacía falta, en el txoko cada uno iba a lo suyo: unos jugaban, otros discutían los últimos resultados del Athletic de Bilbao (Atlético, escrito más que en vasco en inglés) Otros hablaban de toros y el sargento de la Guardia Civil de caza.

—¿A que juegan los de esa mesa? —preguntó Rafael a Jon.

—Al mus —contestó este.

—Hacen trampas.

—¿Trampas, por qué?

—Se dice el uno al otro las cartas que lleva haciendo gestos con la cara.

—Hacen señas y es legal.

—Sigo creyendo que hacen trampas.

—No te preocupes ¿Qué sueles beber?

—Según el tipo de borrachera que quiera coger.

—¿Te gusta el «agua de Bilbao»?

—Con el agua no me suelo emborrachar.

—Aquí llamamos al champán «agua de Bilbao», en el botxo (agujero) hay tanto dinero que el champán corre como el agua. Cava —aclaró Jon—, cava para vosotros los catalanes

—No soy catalán, soy andaluz

Jon se quedó callado un momento; luego, bajando la voz, dijo:

—Yo tampoco soy vasco, soy madrileño, eso para ti y para mí, no se lo digas a nadie que me arruinas el negocio.

—Descuida, pero no entiendo

—Ya lo entenderás cuando lleves más tiempo aquí.

—Bueno, allá tú. Sobre lo que quiero beber, prefiero coñac...

—Coñac —aprobó Jon.

—...Si es de mi tierra mejor.

Jon, se levantó y al rato estaba de vuelta con una botella de brandy gran reserva y un par de copas balón que había calentado un poco.

—Aquí tienes Rafael, auténtico oro español procedente de tu tierra.

—Gracias... Jon.

—Juan —dijo Jon en voz queda—. Estando solos prefiero que me llames Juan, me suena mejor al oído.

—A mí también. A mí eso de Jon me suena a inglés y no me llevo bien con los hijos de la Gran Bretaña.

—Tendrás que tragar, aquí hay mucho inglés camuflado.

—Ya veo ya, en esa pared tenéis puesta su bandera.

—Esa no es la Unión Jack británica, es la Ikurriña vasca.

—¡Ah! ¿No es la bandera inglesa?

—No.

—La veía rara, creí que el que la había pintao estaba poco puesto en dibujo —dijo Rafael mirando la bandera claveteada en la pared.

—Es la propuesta que los hermanos Arana presentaron hace 50 años como símbolo del nacionalismo vasco. La usaron en la Guerra Civil los gudarís (soldados vascos) Está prohibida y perseguida, así que se ha convertido en un símbolo antifranquista. Los vascos se sienten más ingleses que españoles, pero el sentimiento no es recíproco, los ingleses desprecian a los vascos tanto como desprecian a los españoles.

—¿Y tú que piensas?

—Yo soy contratista de obras...

—Es una buena respuesta.

—...La respuesta de un empresario, los que dicen otra cosa no tienen nada que perder.

—¿Por qué te estableciste aquí?

—Yo no, mi padre. Fue un represaliado de los ferrocarriles nacionalizados por Franco...

—Ya —dijo Rafael.

—...Mi padre no apoyó a nadie ni antes, ni durante, ni después de la guerra, pero no le sirvió su neutralidad porque fue señalado como republicano por sus compañeros de trabajo que buscaban congraciarse con los nuevos gestores de la compañía, todos ellos militares. Perdió su puesto de capataz que fue inmediatamente ocupado por uno de los que le denunciaron, un socialista incapaz y sin preparación, pero con una asombrosa capacidad de adaptación a los nuevos tiempos.

—La triste y repetida historia de los elegidos como víctimas de la posguerra —dijo Rafael sacudiendo levemente la cabeza.

—Sin trabajo, una familia que atender, y la necesidad de salir de un lugar donde era perseguido, mi padre tuvo que venir aquí a Bilbao donde si eres antifranquista tienes más oportunidades para encontrar trabajo —Jon hizo una ligera pausa para beber un poco de brandy y continuó—: Tuvo suerte a medias.

—No consiguió trabajo.

—Sí, eso sí —contestó Jon—. Lo que no consiguió fue un lugar donde vivir. Como era español y además de Castilla nadie quería alquilarle una casa. Mis hermanos y yo crecimos en un desvencijado vagón de mercancías aparcado en una vía muerta cerca de la estación de Abando. Sus comienzos aquí fueron muy tristes.

—Algo parecido me pasa a mí.

—Lo sé, me lo ha dicho Sixto —asintió Jon con la cabeza—. No te preocupes, no sufrirás la experiencia de mi padre ¿Qué es lo que quieres?

—Si me establezco aquí quiero ser propietario. Nada en alquiler, quiero tener casa propia. Si es cerca del trabajo mejor para no tener que desplazarme y, si es posible, un sitio con algo de vegetación, árboles, ya sabes.

—Ya veo y, ¿en qué piensas trabajar?

—Me dijeron que la fábrica que había mandao poner el Caudillo para hacer los coches de la SEAT se tragaba toda la mano de obra que llegaba del sur...

—¿Y no te dieron trabajo?

—No. Los catalanes se encargaron de romperme la espalda colocando las traviesas y raíles de sus trenes cobrando un miserable sueldo de preso. Ya no quiero coches, prefiero encontrar algo en la industria, en los Altos Hornos, haciendo barcos, que sé yo.

—Otro sobreexplotado obrero del sur con los que los del norte levantan su riqueza.

—No me importa si se me paga bien.

—Aquí al inmigrante se le ofrece trabajar en las peores condiciones por el mínimo salario y su presencia es repudiada, los maketos amenazan la convivencia y el estilo de vida del pueblo vasco.

—Por el resentimiento de unos y el victimismo de otros llegan los conflictos —dijo Rafael bajando la vista.

—La gente de aquí se queja de los obreros inmigrantes porque extienden sus disputas y peleas desde las zonas industriales hacia todo Bilbao —expuso Jon—. Los que han venido a trabajar se han cansado de tanto trato vejatorio y empiezan a protegerse, se defienden, y esta nueva actitud les convierte en indeseables y camorristas a los que hay que encerrar, excluir, o desterrar.

—Como ocurre en Cataluña —dijo Rafael.

—Como ocurre en Cataluña, sí —admitió Jon—. Sabino Arana se sintió atraído por el nacionalismo catalán estudiando derecho en Barcelona y lo importó aquí, a Bilbao, a su tierra.

Los primeros nacionalistas vascos fueron burgueses urbanos de Bilbao preocupados ante la masiva inmigración de obreros foráneos que llegaban a Vizcaya atraídos por el proceso de industrialización. Las minas y fundiciones de hierro eran explotadas por extranjeros que se definían como pacifistas, antirracistas y defensores de los derechos humanos, sentimiento que explotaban acusando al Estado español de antidemocrático y dictador que vulneraba estos derechos. Los pacifistas extranjeros ocultaban sin embargo a los obreros que trabajaban en los Altos Hornos que corrían el riesgo de morir de un «mesotelioma», forma rara de cáncer que se desarrolla en las personas expuestas al amianto y sus fibras.

El mesotelioma maligno es una enfermedad profesional, aunque hay casos en los que los miembros de la familia del obrero de los Altos Hornos podían desarrollarlo por lavar la ropa confeccionada con «asbesto», tejido incombustible que usan los que trabajan a pie de horno. La industria siderometalúrgica vizcaína estaba dirigida por gente invisible. En Vizcaya el poder no le pertenecía ni al totalitarismo del Caudillo, ni a la arrogancia de los vizcaínos. Tampoco al radicalismo que inventa demonios con los que pretenden asustar. A Franco los dueños de la industria le permitían su absolutismo y a los vascos su soberbia, con la condición de que ambos miraran hacia otro lado y les dejaran hacer.

A los que manejaban el poder en la sombra nadie podía detenerles porque nadie los conocía. No se les podía juzgar. No se les podía encerrar porque eran los dueños de todas las llaves.

—»Si trabajas en la industria con suerte llegarás a la edad de jubilación, pero enfermo por el contacto del amianto durante toda tu vida laboral —continuó Jon para poner a Rafael al corriente—. Los obreros que vienen al norte en busca de calidad de vida pronto sufren de fibrosis pleural, derrames y placas pleurales. La industria siderometalúrgica es peligrosa por los riesgos profesionales que más tarde o más temprano aparecen en los trabajadores

—¿Y eso lo saben mis paisanos?

—¿Tú qué crees?

—Que no, como dice ese tal Sabino Arana, los españoles somos unos ignorantes...

Durante sus años de estudiante de derecho en Barcelona el político escritor e ideólogo Sabino Policarpo Arana Goiri fue como todos los integristas de su época un convencido de que la libertad pertenece a las ideas nacionalistas.

Utilizó a su conveniencia la teoría racial tan en boga en aquellos tiempos en toda Europa. Habló de la diferencia de razas y del grupo sanguíneo para desprenderse del lastre que supone para los vascos estar emparentados con la raza española y más aún de la raza latina, que según el padre del nacionalismo vasco estaba en plena decadencia frente a la raza superior anglosajona.

Por su obsesión por la higiene de razas fue comparado con Adolf Hitler. Sus detractores dicen que sus ideas nacionalistas las había copiado del Führer. Esto no tiene ningún fundamento, cuando murió Sabino Arana en 1903 Hitler tenía sólo catorce años.

Los nacionalistas periféricos sienten predilección por la mitología de sus orígenes prehistóricos. Son persistentes en defender la existencia de una raza propia, una idea abandonada por los europeos tras el descrédito de este concepto terminada la Segunda Guerra Mundial.

—Pronto comprenderás que no es fácil integrarse en esta sociedad del norte.

—¿Y tú? Si es verdad que eres madrileño ¿Cómo has conseguido pasar por vasco?

—Me caí del vagón de pequeño y me rompí la nariz, eso me ayudó un poco.

—Con la nariz como una silla de montar conseguiste la nacionalidad vasca.

—Además de la nariz tengo las orejas grandes, mi factor Rh es negativo y tengo el mismo apellido que el fundador de la villa de Bilbao, que era de Toledo como mi padre.

Jon hizo una pausa para beber y tras un corto sorbo de licor propuso a Rafael:

—»Soy contratista de obras ¿Por qué no trabajas conmigo?

—¿Qué es lo que haces?

—Trabajo en obras públicas para la Dirección General de Regiones Devastadas y Reparaciones. Es una empresa pública financiada por el Instituto de Crédito para la Reconstrucción Nacional que puso en marcha Franco.

—¿Reconstruyendo los puentes que volaron los gudarís ante la llegada de las tropas del Frente Nacional? —preguntó Rafael.

—De eso se encargan otras empresas. Lo mío está más en Durango, Guernica, Munguía, Amorebieta, los municipios que quedaron desbastados durante la Guerra Civil por las bombas que tiraron los alemanes.

—No sé qué decirte. Salí de mi tierra para pasar desapercibido y todavía no lo he conseguido.

—¿Huyes de algo? No me lo digas si no puedes —dijo Jon mostrando la palma de la mano.

—Huyo de los que en mi pueblo esperaban su oportunidad para dejar caer sobre los equivocados que confiamos en la República el peso de la represión franquista. Pensé que dejar los olivos y salir de mi tierra representaría el anonimato, dejar de ser vigilado, dejar de ser perseguido, dejar de ser humillado...

Rafael hizo una pausa mirando a la gruesa tapa de la mesa para continuar:

—...Creo que, trabajando en los astilleros, en las minas. Si consigo un trabajo en Altos Hornos conseguiré pasar inadvertido.

—Para eso no es necesario tirarse al Nervión —dijo Jon categórico—. Mi padre decía: «No te metas en lo hondo, hasta que no sepas nadar»

—¿Qué quieres que haga? Soy aceitunero y aquí no hay olivos.

Se produjo un silencio entre ambos que fue roto por Gruñeiro, el sargento de la Guardia Civil que puesto en pie y sacando pecho dijo:

—El nacionalismo es una ideología frustrante que genera procedimientos ideológicos para que las culpas sean siempre ajenas. Os habéis marcado objetivos irrealizables basados en mitos exentos de someterse al examen del rigor histórico.

—¡Bien! —aplaudió un socio del choco que estaba sentado junto a él—. Ni Emilio Castelar lo hubiera dicho mejor desde su sillón del Congreso.

El sargento se sentó y esperó alguna réplica, pero los socios que se habían vuelto hacia él continuaron con lo que estaban haciendo, dándose por satisfechos con lo que había dicho Julen (Julián) el socio más joven del choco.

Julen era estudiante de la universidad jesuita de Deusto y miembro destacado de las organizaciones juveniles clandestinas del Partido Nacionalista Vasco (Julen estaba muy comprometido con el grupo de jóvenes independentistas y revolucionarios que estaban creando lo que con los años se convirtió en la mayor pesadilla nacional:

El terrorismo de ETA)

—¿Lo ves Rafael? —preguntó Jon con gesto preocupado—. Este es el conflicto que desde hace un siglo divide a los vascos.

La obsesión de los descendientes del padre del nacionalismo vasco no se basa sólo en el elemento étnico, sino denunciar el holocausto de su patria esclavizada por la vileza de los españoles desde 1512. Se da el hecho de leer en libros editados por el mismo nacionalismo que cuando los ejércitos de Castilla invadieron Navarra se encontraron con un pueblo enardecido que gritaba ¡Viva la patria vasca!

Las inexactitudes, anacronismos, recursos míticos y guerras imaginarias que nunca existieron sólo conducen a un desaguizado cultural que lleva a tiempos remotos las más obsesivas quimeras. Los ejércitos de Castilla estaban compuestos por castellanos, guipuzcoanos alaveses... Si el nacionalismo vasco admitiera que Navarra no fue invadida, sino anexionada a la corona de Castilla, sus históricas reivindicaciones no tendrían sentido. Si admitiera que nunca existió un pueblo vasco independiente las acciones terroristas no tendrían ningún sentido. El discurso se convierte en peligroso cuando oscurece la razón, el disparate no se transmuta en verdad por mucho que se repita.

—Bueno muchachos ¿Qué os parece si nos vamos? —advirtió Sixto acercándose a la mesa donde estaban Jon y Rafael. La política agazapada bajo los manteles de cuadros entraba en acción —. Empieza a enfrentarse el txistu con otras flautas.

—Por mí cuando queráis —entendió el mensaje Rafael que terminó de un trago el resto del coñac andaluz que quedaba en su copa y se puso en pie dispuesto para marchar.

—Pues ¡Ea! —dijo Jon poniéndose en pie—. Invito a unas copas donde siempre terminan estas reuniones, en La Palanca, a vosotros os pilla cerca de casa.

Se despidieron: Rafael soltó un «gràcies i adeu» y Sixto y Jon con palmadas en la espalda que fueron correspondidas. Rafael tuvo que hacer un sacrificio para pasar por catalán, sin embargo, ningún socio le invitó a volver otro día. Es más, cuando volvió la espalda las amables sonrisas de los vascos se convirtieron en muecas de desprecio.

Al salir sobre la puerta había otro texto a modo de despedida que decía:

“Decid pues ahora si el bizkaino es español por su tipo, carácter y costumbres” Sabino Arana Goiri.

—No entiendo como habéis admitido como socio del choco a un sargento de la Guardia Civil —dijo Rafael mirando hacia el fondo la calle.

—Porque no somos tan tiesos como los guipuchis (guipuzcoanos) —le contestó Jon con una vizcaína sonrisa.

—Estás en Bilbao Rafael —dijo Sixto poniendo una de sus manos sobre el hombro de Rafael—. El nacionalismo nació aquí, pero son otros los que lo explotan.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó Rafael mirando a la orilla de la ría por donde caminaban los tres—. No me gustaría comprobar que me he vuelto a equivocar.

—Lo pasarás mal al principio, la gente de aquí es como es y hay que aceptarlo —dijo Jon encendiendo un cigarrillo—. Si trabajas conmigo no te enviaré a ningún pueblo de Guipúzcoa y mucho menos a unos cuantos de Navarra...

—Mientras tanto aprenderé algo de vasco.

—Eso es lo de menos, salvo alguna palabra suelta, el vasco no se habla en la calle.

—Porque lo ha prohibido Franco —constató Rafael más que preguntó.

—Porque es cosa de caseríos. El euskera se ha quedado apresado entre las montañas y la gente de pueblo que poco tiene que ver con la industria, el comercio, o el mundillo de los negocios —dijo Jon aplastado la colilla de su cigarro contra una piedra del muro de la ría—. Los distintos dialectos que oigo cuando salgo de Bilbao son bonitos sí, pero para hablarlos en familia. La manipulación que hace de ellos el nacionalismo sólo lleva a la confusión en un mundo cada día más globalizado. La lengua no debe ser un vehículo excluyente, sino un vehículo integrador que sirva para entendernos.

—En Cataluña dicen que el castellano se inventó para acabar con la lengua materna de los catalanes, un idioma que ya existía antes del desorden de la Torre de Babel —dijo Rafael mirando los reflejos de las estrellas que serpenteaban sobre el agua como peces de plata que saltaban de un lado a otro en las oscuras aguas de la ría de Bilbao.

—Y aquí encontrarás a los que defienden que fue Túbal, quinto hijo de Jafet y nieto de Noe, quien trajo a esta tierra el euskera, un idioma original anterior a las 72 lenguas con las que Dios castigó a los hombres...

—¿Entonces ni el vasco ni el catalán son un castigo porque existían antes de que Dios penara a los hombres creando otras lenguas que les confundiera? —preguntó Sixto con intención.

—Sólo son un castigo las lenguas que se imponen por la fuerza —contestó Jon con la misma intención.

—Entonces —dijo Rafael tratando de aclarar lo que para él era más divertido que confuso y desordenado—. Si antes de la Torre de Babel sólo existía una lengua qué lengua era ¿La de los vascos, o la de los catalanes?

—Según los apologistas del euskera la lengua de los vascos es tan perfecta que sólo cabe la posibilidad de estar inspirada por el ingenio de Dios —dijo Jon mirando a la luna de Bilbao que disgustada no entendía el porqué de las dudas.

—Entonces queda claro. Antes del desorden que Dios organizó castigando a los hombres que pretendieron llegar hasta él construyendo la Torre de Babel solo existía el euskera —dijo Sixto categórico, viendo ahora como la luna de Bilbao quedaba satisfecha ante tal aseveración.

“Malgastar energías para transformar lo que nunca ocurrió no es la mejor forma para reconstruir un país desintegrado por una Guerra Civil y desunido por la política del franquismo. Las fabulaciones son truculentas para los que las sufren y exculpatorias para los que las justifican. No se debe deformar la historia colectiva reconstruyendo o deformando el pasado para enfurecer a una comunidad dispuesta a usar la violencia en favor de la cultura del agravio y el resentimiento. Las naciones no son eternas, tienen un principio y tienen un fin. No se debe olvidar si con ello se comete una injusticia con el pasado, pero tampoco se debe manipular lo ocurrido para no cometer una injusticia con el presente”

La casa que Jon vendió a Rafael a precio de amigo estaba situada en la margen derecha de la ría del Nervión, entre los municipios de Erandio y Lejona, un lugar que poco a poco perdía parte de su suelo rural para alojar industrias y viviendas para los obreros vascos que trabajaban en ellas, los maketos debían guardar las distancias.

Desde el primer día que Rafael ocupó su nueva casa sus vecinos vascos le hicieron sentirse como un desplazado. Si entraba en un bar se sentía tan fuera de ambiente como un vasco tomando un rebujito en la caseta de una hermandad rociera de la Feria de Abril en Sevilla. En los comercios era tratado con más desprecio que indiferencia. así Para evitar roces con los tenderos decidió cultivar lo que necesitaba en un pequeño huerto que preparó en la parte de atrás de su casa. A sus vecinos no les gustó que se convirtiera en un maketo autosuficiente, y menos cuando vieron con estupor como se hizo con aves de corral para tener huevos frescos y conejos con los que alegrar el arroz de la paella.

Ante tal atrevimiento sus vecinos decidieron decorar la fachada de su casa con insultos dirigidos a un advenedizo incapaz de integrarse en la sociedad que le aborrecía, carteles escritos en castellano para que el invasor extranjero entendiera el mensaje: «Fuera de aquí cabrón»

Pronto dejó de sentirse solo. Regularmente se dejaba ver por su casa una hermosa gata que parecía no sentirse cómoda con sus dueños vascos. Se la veía falta de cariño. Rafael se preocupó de ella desde el mismo día que apareció y la gata se lo agradeció estableciéndose definitivamente con él.

Rafael acomodó a su nueva compañera en una espuerta de esparto con un cojín floreado que a la gata le gustó. Seguramente era lo primero que el animalito había tenido en propiedad desde que había nacido. El primer día que Rafael llamó a la gata por su nuevo nombre, Macarena, el felino agradecido cazó un gorrión y se lo dejó a su cariñoso dueño sobre la mesa de la cocina como muestra de agradecimiento.

Macarena adoraba a su nuevo dueño andaluz, y se lo demostraba mirándole con verdadera devoción, sentimiento que el obrero andaluz agradecía por la falta de amistad y cariño que los vascos le negaban. Los vascos, no las vascas, las «euskal emakumeen» se sentían más propensas a pasar por alto las posturas ideológicas de los varones y adoptar con él otra clase de «posturas».

El primer contacto con el erotismo vascongado fue de la mano de la esposa de un industrial vizcaíno, que pasaba demasiadas horas entre las cacerolas de la sociedad gastronómica a la que pertenecía cantando con los socios del txoko el Maitechu mía y maldiciendo a Franco y a los despreciables opresores del pueblo vasco.

Sin tener en cuenta que los políticos y diplomáticos del gobierno franquista eran en su mayoría vascos o catalanes. Que la Guerra Civil la había ganado un gallego con la ayuda de los navarros y que el Régimen opresor estaba apoyado por la banca vasca y catalana.

La «etxea emakumea» —la señora de la casa para los que no están familiarizados con el euskera batúa—, le encargó al jefe de Rafael que cambiara la vieja caldera española de calefacción por una nueva importada de Inglaterra.

Un pueblo con el que los vascos se sienten más identificados.

Jon había enviado a Rafael al mando de una cuadrilla de obreros y calefactores, no sólo para cambiar la caldera, sino para mejorar todo el sistema de calefacción y dejar reparados los suelos y artesonados castellanos de la casa.

Al principio la mujer del industrial, educada en un ambiente hostil hacia todo lo que no era vasco, se mostró fría y distante con Rafael. Sin embargo, pasados unos días, Miren (María, para el resto de los españoles) permitió que se acortaran las distancias y la metáfora sobre los polos opuestos se diluyó junto a la conciencia feminista y el carácter rebelde y antiespañol de la «etxea emakumea».

Cuando el equipo dio por terminado el trabajo Miren despidió a los obreros con un frío ¡agur! (adiós en vasco) y dijo a Rafael que se quedara para darle unas instrucciones. Los compañeros de Rafael se marcharon —algunos con una simulada sonrisa ante la mirada interesada que la «emakumea» dedicaba a su compañero andaluz.

—Tienes amigas aquí en Bilbao —preguntó Miren después de sentarse con Rafael ante un botella de vino recién abierta.

—Sólo tengo a Macarena, señora.

—¿Macarena? ¿Quién es Macarena, una paisana?

—Mi gata.

—Tu gata —dijo Miren mostrando al «aceituno» lo que el escote del vestido se empeñaba en sujetar y estaba fracasando—. ¿Es de raza? —preguntó ofreciéndole una de las copas de vino.

—Supongo que sí, es una gata vasca —contestó Rafael saboreando el vino.

—Es de buena raza, sin duda —pausa—. Quiero que hagas algo por mí —dijo Miren sin mayores rodeos.

—Si necesita algo más debe de hablar con Jon, mi jefe, yo soy un empleado.

—Lo que necesito nada tiene que ver tu jefe, es algo entre tú y yo ¿Entiendes?

—Señora —dijo el aceituno aparentando no comprender.

—Miren —dijo la mujer con una mirada directa y colocando su mano en una parte del pantalón de Rafael para dar un poco de claridad a sus intenciones.

—Bueno... Miren ¿Qué quiere que haga?

—¿Sabes lo que es un swinging?

—Bueno, su... supongo que sé lo que es —afirmó él con un ligero gesto.

—No pienses en vulgaridades, el swinging es un lifestyle, un estilo de vida muy inglés que nada tiene que ver con vuestra zafia educación...

—Ya veo —interrumpió Rafael—. Quiere que la ponga con el culo mirando a Getxo estando su marido educadamente presente.

—Por favor, no seas vulgar —dijo Miren mientras servía más vino.

—Entonces, ¿de qué va señora?

—Tienes que acompañarme a un sitio muy privado donde las parejas se involucran con otras parejas y con otros individuos que acuden al club a observar y participar en los juegos. Es algo distinto, apasionante, me aficione a esos juegos en Inglaterra.

—Estoy de acuerdo señora, el swinging ese no es para nuestra educación, los zafios españoles no tragamos que se le hagan ciertas cosas a nuestra parienta delante de nuestros morros.

—¿Ves lo que te digo? La cuestión estriba en tener o no tener clase.

—Si es cuestión de educación y de clase ¿Por qué no lleva a ese club al señor Susaeta?

—Mi marido sólo sabe hacer la merluza que cabe en la cacerola. Si le sacas de los fogones del txoko es una inutilidad de hombre y no estoy dispuesta a hacer el ridículo.

—¿Y conmigo...?

—Contigo estoy segura de no equivocarme, lo que llevas debajo de ese tosco pantalón se ve muy prometedor.

Los resultados fueron satisfactorios en todos los sentidos, por lo que la educada emakumea se encargó de poner en contacto a Rafael con las euskal emakumeen de los maridos que compartían con el señor Susaeta sus guisos en el txoko. A partir de entonces la vida afectiva de Rafael fue un camino de rosas: en casa tenía el amor de su gata y en Bilbao un sin fin de domicilios donde podía acudir cuando una emakumea le llamaba para decirle: «Puedes venir porque hoy no hay moros en la costa»

La felicidad del andaluz fue completa cuando un día gris y lluvioso apareció en su casa un perro abandonado al que algún desaprensivo había atropellado rompiéndole una pata. Rafael le bañó, le entablilló la pata rota, le puso agua limpia y fresca y por supuesto le dio bien de comer. El pobre perro no sabía qué hacer para agradecer todo lo que hacía por él aquel sencillo obrero andaluz.

«Te voy a llamar Séneca» —le dijo al perro—. El perro callejero movió la cabeza de arriba abajo en señal de aprobación. Séneca le gustaba más que ¡Fuera chucho asqueroso! que había llevado como un estigma hasta entonces.

Séneca cambió su imagen de sucio perro abandonado por la de un buen perro guardián que mantenía a raya a los jóvenes abertzales encargados de llevar a cabo la «kale borroca» (violencia callejera, o terrorismo de baja intensidad, para ser más claros)

Los vecinos estaban cada día más indignados con Rafael y su perro y fue Gruñeiro, el sargento de la Guardia Civil que había conocido en el txoko, quien le hizo la pertinente «visita informativa» para decirle que sobraba en Bilbao.

Le acompañaba el joven Julen, el socio que más tarde se convertiría en uno de los primeros fundadores de la terrorífica banda armada Euskadi Ta Askatasuna (ETA) cuyos principios eran el independentismo innegociable, las posiciones radicales de la izquierda abertzale, y el uso de las armas para expulsar a los invasores de la Patria Vasca. Sus atentados terroristas produjeron la macabra cifra de mil muertos.

—¿Cómo te encuentras Rabel? —preguntó el sargento a modo de saludo cuando Rafael abrió la puerta de su casa.

—Me llamo Rafael y no soy catalán, soy andaluz.

—Te lo dije antes de venir —le dijo Julen al sargento—, un tipo así no puede ser catalán.

—Bueno, catalán o andaluz, qué más da ¿Podemos entrar? —preguntó el sargento quitando importancia a la observación del joven radical.

Rafael se hizo a un lado y tranquilizó a Séneca que gruñía molesto por la presencia de Julen, algo debía presentir el animal que no le gustaba. El perro obediente se apartó, pero se apostó en un lugar desde donde podía vigilar al joven sin perderle de vista. Séneca estaba más capacitado que su dueño para oler a los malos.

—Pueden sentarse, estaba preparando un bocado, jamón y vino de mi tierra...

—¡Que lujo! —dijo Gruñeiro entre sorprendido y animoso.

—Sobre todo para mí. Tengo que ir a comprar lo que necesito a la provincia de al lado, a los tenderos de aquí no les caigo bien.

—De eso queremos hablarte —dijo el sargento tomando asiento e indicando a Julen que se sentara a su lado.

Rafael puso en la mesa tres copas y una botella de manzanilla de Sanlúcar, un maridaje perfecto para un jamón criado a base de bellotas en las dehesas del sur.

Cortó unas tapas de jamón bajo la mirada golosa de Macarena que recibió su premio.

Séneca le dijo a su dueño con la mirada que prefería no perder de vista al joven etarra, si había algún recorte para él se lo comería más tarde, cuando se quedaran solos. Mientras tanto los socios del txoko miraban la sencillez de la casa que Rafael compartía con Séneca y Macarena, el sargento con indiferencia, el cachorro de ETA con desprecio.

Rafael puso lo necesario para el tapeo sobre la mesa y al servir la manzanilla el joven puso la mano sobre la copa para rechazar el vino. Quería transmitir a Rafael que no aceptaba nada suyo y él no lo tuvo en cuenta, le sirvió al sargento que sí aceptó el vino, levantado la copa en un tímido brindis al que el dueño de la casa correspondió levantado con decisión la suya. Después de tomar un trago Rafael dejó la copa sobre la mesa y mirando con firmeza a sus visitantes preguntó:

—Y bien ¿A qué se debe la visita?

—¿Por qué has venido a vivir a este lado de la ría? —preguntó el guardia civil con gesto preocupado y serio.

—Porque prefiero este barrio a vivir en Las Cortes, aquel no es mi sitio —contestó Rafael tomando un par de lascas de jamón acompañadas de un pequeño trozo de pan.

—Ni este tampoco —dijo Julen con gesto y voz hostil.

—¿Cuál es mi sitio entonces? —preguntó Rafael comiendo con parsimonia y hablando con tono tranquilo—. ¿La casa del Barrio Alto que se la conoce como «La Casa de Goma» donde los caseros explotan a los inmigrantes metiendo a cuatro familias en cada vivienda?

—¿Sabes interpretar los mensajes de la ropa tendida? —preguntó Gruñeiro desviando la conversación.

—No suelo mirar la ropa que tienden las emakumeen a este lado del Nervión.

—Cuando he llegado se han apresurado a pasar que la Guardia Civil andaba por aquí. Ya sabes, con la ropa tendida pasan los mensajes, cada casa de este barrio es un correo.

—¿Y...?

—El vecino de enfrente tiene puesto un mensaje dirigido a ti: «Matar al sucio maketo»

—No sólo el vecino de enfrente, todo este barrio considera que merezco la muerte.

Rafael hizo una pausa mientras seguía comiendo. El sargento de vez en cuando también tomaba una lasquita de jamón, pero dedicaba más atención a la manzanilla. Julen se mantenía apartado, no participaba para nada en el tapeo. Rafael miraba al joven sin tener en cuenta su fría actitud y le dijo con tono conformado:

—Estoy acostumbrado a las amenazas. Vuelvo a casa más cansado de mirar a mi espalda que por hacer el trabajo del día. Cada dos por tres tengo que borrar lo que mis educados vecinos escriben en las paredes.

—¿Y por qué no evitas todo esto marchándote de aquí?

—Al otro lado de la ría —dijo Rafael con intención.

—¿Por qué no?

—Mi sitio está entre los «erromitxelas» (gitanos vascos) ¿No es cierto? —dijo el andaluz con cierto tinte de amargura—. Tengo compartir espacio con la gente de raza gitana.

—Tu forma de vida contamina el ambiente de este barrio. Nadie te quiere aquí, márchate o atente a las consecuencias —amenazó Julen sin cortarse para nada.

—Escucha Rafael —dijo el sargento—. Esta visita no es oficial, nada tiene que ver con mi trabajo. Estoy aquí porque soy socio del txoko al que va tu patrón y no quiero que se lleve un disgusto. Márchate, vete a los Barrios Altos, entre los inmigrantes de tu clase estarás más protegido. Estando aquí nadie podrá evitar que quemen tu casa, y lo que es peor, que la quemen contigo dentro.

—¿Y qué es lo que esta sociedad tiene contra mí? No soy más que un obrero que busca en el norte lo que el sur le ha negado...

—Has llegado en mal momento a Bilbao. En Madrid no hacen caso de nuestras advertencias, lo que está pasando no es más que el preludio de lo que está por llegar.

El sargento de la Guardia Civil se refería al camino de terror destrucción y violencia que se construiría con el nacimiento de ETA y al incomprensible apoyo de la sociedad vasca a unos fines y unos métodos criminales que sólo tienen precedentes históricos en los episodios genocidas y totalitarios más dramáticos de la historia de la humanidad.

Con ETA llegaron las permanentes noches de cristales rotos, acciones promovidas por el odio racial de los que ejercían la fobia con manifestaciones, persecuciones y actuaciones de rechazo que perseguían la limpieza étnica. Hechos así no tienen otro nombre que el de terrorismo salvaje y genocida que, por sus prácticas y persecución sistemática de colectivos humanos, están tipificados como delitos contra la humanidad.

El nazismo emergente en la sociedad vasca mezcla de bolchevismo, tradicionalismo y nacionalismo, tomó sus bases en el victimismo, el culto a la violencia, el fanatismo xenófobo, la negación de la persona y sus derechos como ciudadano.

El contacto más cercano de Rafael con la violencia fue sacar entre los escombros a Jon, su jefe. Sufrió un atentado terrorista cuando dejó de pagar el mal llamado impuesto revolucionario. Hasta el mismo día del atentado Jon había contribuido con cantidades destinadas a financiar los fines políticos del nacionalismo, pero se negó a entregar parte de sus beneficios empresariales para financiar la represión terrorista de los radicales.

Jon quedó mal herido a causa del atentado. Fue el ataque de un héroe que se amparó en la distancia para matar, quizá fue el mismo que manipulando explosivos consiguió el honor de ser un mártir de la Patria Vasca.

Rafael se quedó sin trabajo. Volviendo de su última visita al hospital donde recomponían el cuerpo de su amigo y patrón se encontró con el destrozo que unos desalmados habían organizado en su casa, llevándose el dinero que guardaba en ella, arruinando el huerto, quemando el corral, y matando a Séneca y a Macarena... dejando a los pobres animales colgados por el cuello en un árbol.

Aquello fue demasiado para quien no estaba dispuesto a seguir aguantando el crudo racismo impulsado por la xenófoba sentencia de un pueblo que no le aceptaba. Vendió por una ridícula cantidad lo que quedaba de la casa a un vizcaíno que se aprovechó de las circunstancias, pero no le importó, se trataba de conseguir algo de dinero para abandonar la tierra donde se vivía en un continuo sobresalto, una tierra hostil envuelta en una espiral de violencia que producía náuseas.

No quiso seguir viviendo entre la gente que por su victimismo legitima el odio. Que pide matar a uno para atemorizar a miles. Que hacen héroes a los que disparan por la espalda. Que justifican la extorsión como ayuda a lo que llaman su Revolución. Con quien camina hacia una verdadera perversión de valores y no respeta la vida de los demás por el simple hecho de no estar de acuerdo con sus ideas.

Había querido pasar desapercibido, no involucrase con una generación de seres entrenados bajo una anestesia moral que permite odiar hasta la más alta consecuencia. Un odio inculcado año tras año desde el seno de la familia donde a los niños se les adoctrina con historias melancólicas que hablan de esplendores pasados... tan pasados que nunca existieron.

Era consciente de que al sur no podía volver, no había oportunidades de trabajo como había en la España Industrializada de Franco. Compró un billete de tren con destino a Madrid, centro geográfico de lo que él conocía como «su país». Pensó que desde Madrid tomaría la decisión de quedarse en España o comprar un pasaje para cualquier parte del mundo donde le aceptaran como lo que era... un ser humano.

Había oído tantas veces que Euskadi era un país ocupado que cuando el tren dejaba atrás la neoclásica estación de Abando abrió una ventanilla y gritó con todas sus fuerzas: «¡Soy libre!» La grata sensación que sintió al manifestar aquel sentimiento le hizo cerrar la ventanilla como si con ello cerrara la parte más desagradable de su vida.

Poco, o nada, se llevaba de la tierra que no merecía lo que algunos hacían por ella.

Fue a ocupar su asiento en uno de los bien aseados compartimentos de aquel tren que nada tenía que ver con el que le había llevado a Barcelona. Se sentó cómodamente y respiró tranquilo, no tendría que preocuparse de saltar del tren en marcha antes de llegar a la Estación del Norte... Madrid... Madrid sí es una ciudad libre.

Según los nacionalistas vascos su lucha frente al estado español opresor y centralista perdura desde las Guerras Carlistas, en las que combatieron vascos y navarros por considerarse la manifestación bélica del fuerismo histórico en busca del nacionalismo.

No es verdad. Los enfrentamientos entre carlistas e isabelinos no fueron por una causa foral o un problema de patrias, se trataba de un conflicto entre dos modelos distintos de ¡Una única patria española! Un conflicto sucesorio promovido por el absolutismo carlista que apoyaba al Infante don Carlos de Borbón como rey de España y los liberales «isabelinos» que preferían como reina a Isabel II. El carlismo formó parte del ala tradicional de la sociedad española compartieron su ideario y lema triádico común que los vascos y navarros pregonaban con orgullo:

«Por Dios, por la Patria y el Rey».

—Los vascos se empeñan en que viven en un país ocupado y oprimido por la fuerza de las armas. En su adoctrinamiento nadie les recuerda el ¡Por Dios y por España! que los requetés vascos y navarros dijeron entrando en Bilbao.

Rafael había elegido el compartimento del tren pensando ser aceptado sin preguntar quién era, ni de dónde venía. Miró al que había hablado. Su forma de hablar y vestir pertenecía sin duda a Falange Española, el brazo político del régimen franquista que ocupaba buena parte de la Administración Pública del Estado.

—»Los vascos —continuó el falangista—, gozan hoy de unas libertades impensables en cualquier otro país, donde un separatista duraría lo que tarda en secarse una meada en la duna de un desierto.

—Los vascos constituyen una patria, una nación, y esta nación es incompatible con la España de Franco...

Le soltó a la cara un cura que había elegido sentarse a su lado. Quien vivía en esos tiempos en las provincias vascongadas sabía de los movimientos de algunos sacerdotes contra la dictadura franquista y el resurgimiento del nacionalismo. En este caso concreto se trataba de un cura que estuvo encarcelado en Basauri e iba visitar a otros curas vascos internados en la Cárcel concordataria de Zamora.

—...España y Euskadi se autoexcluyen —continuó el cura revolucionario—, si los vascos forman parte del Estado español no es por propia voluntad, sino por haber sido conquistados por la fuerza de las armas.

—Parece increíble —reprochó el falangista al clérigo—, que perteneciendo a la Iglesia haga usted esas aseveraciones ¿Apoya usted con sus palabras al nacionalismo romántico que define a Euskadi como nación esencialmente católica, o al nacionalismo radical que se declara esencialmente ateo?

El cura ignoró las palabras del falangista y continuó mirando el verde paisaje que se veía salpicado de cuando en cuando con la presencia de algunas vacas que miraban al tren con indiferencia masticando la hierba con la misma tranquilidad ceremoniosa con la que un engominado lord inglés se come una ensalada de pollo.

—»A los que respetamos a la Iglesia ustedes nos llaman fascistas y a nosotros nos cuesta creer el apoyo incondicional de los curas y obispos vascos al movimiento libertario y revolucionario de los jóvenes radicales de la izquierda abertzale que se valen del asesinato, el secuestro, el terrorismo y la extorsión económica para conseguir sus fines —el falangista quería despacharse con el cura y no estaba dispuesto a que se le escapara vivo—. Es un contrasentido que se les permita a los que se declaran marxistas y ateos usar las instituciones religiosas vascas como santuarios para protegerse de la justicia, y un disparate que se les permita celebrar en los seminarios sus asambleas.

“¿Qué temía o debía ETA a la Iglesia vasca que habiendo asesinado a policías, militares, políticos, funcionarios, empresarios, mujeres y niños nunca extorsionó o asesinó a obispos o sacerdotes vascos? ¿Qué le debía ETA a la Iglesia vasca que nunca atentó contra sus bienes?”

—Los vascos desprecian todo lo que no les permita fomentar la purificación de su propia y la llene de latinismos —participo otro personaje vestido al modo de los viajantes de comercio de la época, delgado, excesivamente bien peinado y con esa forma tan peculiar de los franceses cuando hablan español.

—Las proclamas de Sabino Arana se remontaban a románticas batallas medievales con las que los vizcaínos trataron de luchar para defender a muerte su independencia.

—Sabino Arana hablaba de la «raza euskeriana» cuya pureza había que recuperar como primer paso para la reconquista de la perdida libertad de Vizcaya —apostilló el cura vasco levantando la barbilla con orgullo.

—La pureza de raza en todas las provincias vascas, incluidas las de mi país —replicó el francés con gesto serio, aunque mostrando una amable sonrisa—. Visión que contemplaban las Leyes de Nuremberg sobre la raza y la pureza de sangre de los alemanes de Hitler.

—Los vascos ni hablan ni se comportan igual en su tierra que fuera de ella —dijo el falangista consultando la hora en su reloj de bolsillo—. También existen diferencias aparentes entre ellos que demuestran que poco tienen que ver con los ciudadanos de su entorno...

—No obstante —le interrumpió el francés—. A pesar de las diferencias que existen entre los vascos, comparten una misma concepción de tipo religioso, los ortodoxos achacan la decadencia moral y religiosa a las ideas contaminadas de los que invaden el católico santuario vasco.

—Consideran que cerrando las fronteras de Euskadi se evitan los contagios, se recupera la integridad católica, se alcanza la purificación y las viejas esencias del nacionalismo —dijo otro viajero, un vizcaíno que había fijado su residencia fuera de Euskadi.

—Usted se marcha de Bilbao para evitar los contagios —dijo el falangista con ironía.

—He venido sólo unos días, ahora resido fuera de Euskadi —dijo el vasco.

—¿Es parte de la diáspora vasca de la Guerra Civil?

—No, salí de Basauri mucho antes en busca de oportunidades. Las encontré en Andalucía, ahora resido allí...

—¿Y vive tranquilo en mi tierra? —intervino por primera vez Rafael—. ¿No se siente perseguido?

—¿Perseguido? —contestó el vasco entre sorprendido y divertido—. ¡Estoy propuesto para ser el alcalde de la ciudad en la que vivo!

—Entonces me siento injustamente correspondido —dijo con amargura Rafael.

—Si se refiere a la diferencia de trato que reciben los inmigrantes en Euskadi piense que son obreros que empobrecen nuestras ciudades con su presencia. Sin embargo, los vascos enriquecemos las ciudades donde nos establecemos con nuestra cultura.

El tren soltó un agudo silbido parecido a un grito de protesta, no se sabe si por haber oído las engreídas palabras del petulante vasco, o porque el tren se encontraba ya cerca de la estación de Burgos. Rafael no quiso contestar al presuntuoso vasco que tenía sentado justo frente a él. Le bastó con mirarle a los ojos con desprecio.

Fuera las nubes escoltaban el paso del tren empujadas del trasero por el viento seco de las tierras donde había nacido El Cid. Rafael miró a dos de ellas: una se le antojó que era su gata, Macarena, que corría tras un pájaro para cazarlo y ofrecérselo como regalo. Otra se parecía a Séneca, su perro, que sentado en la puerta de la casa le decía mirándole con sus ojos llenos de bondad:

«No te preocupes, vive tranquilo, estoy aquí para protegerte de los malvados»

En Burgos se apearon del tren el cura, que continuaría el viaje hasta Zamora por carretera. Se despidió con un seco «¡agur etai! (equivalente al ¡adiós! de los castellanos!) No llevaba equipaje, sólo una bolsa con sus pertenencias y posiblemente un arma enrollada entre sus calzoncillos largos de felpa.

También se quedó el francés que se despidió cortésmente en castellano haciendo honor a la tierra que pisaba y explicando que venía a Burgos para hacer negocios.

Los asientos que quedaron libres en el compartimento fueron ocupados por una mujer con sus dos hijos y un matrimonio mayor que se dedicaron a disfrutar del paisaje desde que el tren se puso en marcha. Hablaban entre ellos sobre lo verde que estaba el campo. El falangista sentado ahora frente al vasco siguió hablando con él... reprochando más que hablando:

—En 1912 los «Mendigoizaleak» (jóvenes montañeros vascos) se encargaron de llevar el mensaje nacionalista a los caseríos, pueblos y aldeas. Por la falta de carreteras o la inexistencia del ferrocarril los lugareños vivían apartados del mundo. Del lavado de cerebros se encargan los «batasunos» que sólo permiten que llegue a los aldeanos la información que a la censura nacionalista le interesa.

—Las historias que más les conviene...

—Metiendo miedo y sembrando el odio a los opresores españoles que han invadido Euskadi para asesinar a los vascos y despojarles de sus bienes. El mismo discurso con los que los nazis alemanes llevaron a Hitler al poder.

—Los «mendigoizaleak» aprendían del medio rural el euskera, la base diferencial del nacionalismo.

—Esa fue la fragilidad de la base cultural con la que nació el nacionalismo.

—No entiendo por qué.

—El fallo del discurso de Sabino Arana llegaba cuando trataba el tema de la lengua, era raro encontrar a un vasco parlante en Bilbao, cuna del nacionalismo vasco.

—El euskera llegó a Bilbao de la mano del nieto de Noe —dijo Rafael apartando la vista del paisaje para mirar a sus compañeros de viaje, sobre todo al vasco.

—¡Sí hombre! Túbal no llegó a este continente en el arca de su abuelo, lo hizo pilotando una gabarra! —apostilló el falangista con risa divertida.

En tren entró resoplando en la Estación del Norte con la misma actitud orgullosa y sobrevalorada con la que había salido de Bilbao. Rafael se bajó del tren llevando colgado a la espalda un morral donde llevaba lo poco que los vascos le habían permitido sacar de su tierra. Nunca había estado en Madrid, así que no tuvo que hacer ningún esfuerzo especial para portarse como un auténtico y contrastado... paleta.

El tren se había detenido en la parte del edificio construido en 1882 por ingenieros franceses para las llegadas de los trenes que venían de las ricas tierras del norte. Le habían dicho que desde la misma estación salía una línea de metro que le llevaría hasta Opera, en el Madrid de los Austria. El trayecto era corto, sólo una estación para llegar al centro histórico de la Villa y Corte. Estaba observando los dos torreones de la estación cuando su compañero de viaje, el crítico falangista, se acercó a él y se ofreció a llevarle en su coche oficial:

—Yo voy ahora a Gobernación, a la Puerta del Sol. Puedo llevarle e indicarle desde allí donde puede encontrar alojamiento, aunque a estas hora lo que más apetece es ir de tapeo a los mesones de la Cava de San Miguel.

A Rafael el ofrecimiento de aquel fascista enemigo del pueblo y brazo ejecutor de la represión de la Iglesia y el capitalismo le sorprendió, pero le siguió hasta el coche. El chofer se hizo cargo de la pequeña maleta que traía su jefe y abrió la puerta trasera del Citroën 14 Ligerero negro que conducía.

—»Tenemos un invitado Melquíades —el falangista subió al coche e invitó a Rafael para que se sentara a su lado en el asiento trasero—. Melquíades es un nombre de origen hebreo —continuó el falangista dirigiéndose a Rafael—, pero este Melquíades no es judío, es gallego y para más inri comunista. Está a mi servicio porque a pesar de ser un sucio rojo revolucionario de mierda es un buen conductor... además de ser mi cuñado.

El conductor cerró la puerta trasera y puso la maleta en el maletero del coche, después ocupó su lugar frente al volante y girando un poco la cabeza preguntó:

—¿A la oficina excelencia?

—Sí. Ahora te digo —contestó el falangista y mirando a Rafael dijo—: No siempre es tan ceremonioso, cuando estamos solos me trata de tú y me llama cerdo fascista.

El coche salió de la estación y emprendió la subida de la Cuesta de San Vicente hacia la Plaza de España. Al llegar a la altura del Museo de Carruajes del Palacio Real el falangista le dijo al conductor:

—»Dejaremos a nuestro invitado en la puerta del Ministerio, pero antes daremos una pequeña vuelta para ver si se convence y se queda en Madrid.

El chofer no dijo nada y se centró en su trabajo. El falangista giró un poco la cabeza hacia Rafael y dijo:

—»Es comunista, aunque cada día menos; la analogía que existe entre la izquierda y la juventud es que ambas enfermedades se van curando a medida que se van cumpliendo años.

El falangista hizo una pausa para seguir hablando a la altura ya del comienzo de la Plaza de España:

—»Mire ahora a su derecha y contemple esa mole barroca de treinta y cinco mil metros cuadrados y tres mil cuatrocientas dieciocho habitaciones. Ese majestuoso edificio es el Palacio Real.

—¡Tres mil habitaciones para un solo rey! —dijo Rafael mientras se le escapaba un silbido de admiración

—Eso mismo dijo Manuel Azaña —contestó el falangista—. Aunque él también usó ese mayestático Palacio como residencia personal cuando fue nombrado presidente de la Segunda República. Eso sí —dijo el falangista esbozando una ligera sonrisa—, el notable inquilino le cambió el nombre por el de Palacio Nacional, o Casa del Pueblo, para justificar que su gobierno había incautado y convertido todo el patrimonio de la Casa Real en el exclusivo Patrimonio de la Segunda República Española...

Rafael no dijo nada, él fue uno más de los que confiaron en los valores de la República... se estaba sobreponiendo.

—...Menos mal —continuó el falangista—, que los republicanos tuvieron el detalle con la Corona de permitir que la familia real abandonara España. No como sus aliados, los rusos «bolcheviques», que después que sus colegas «mencheviques» obligaron al zar Nicolás a abdicar le fusilaron junto a su familia durante la Revolución de Octubre.

Rafael Rusia no quería entrar en el tópico: «Nosotros matamos, pero ellos más» Así que desvió la atención del falangista diciendo: ¡Qué bonita plaza!

—Me alegro de que le guste, es la antigua Plaza de San Marcial, ahora la conocemos como Plaza de España —dijo el falangista notando que Rafael no estaba interesado en entrar en valoraciones políticas ante una autoridad al servicio del Movimiento—. Aquel bonito edificio de la esquina es la Casa Gallardo y este palacete a nuestra derecha pertenece a la Real Compañía Asturiana de Minas.

—No sabría decir cuál de los dos edificios me gusta más —dijo Rafael para animar a quien le ofrecía tantas atenciones.

—El monumento conmemorativo del centro de la plaza está dedicado a Miguel de Cervantes, que como ve está sentado bajo un pedestal coronado por una bola del mundo y los cinco continentes, alegoría de la difusión y la presencia española en todo el mundo. Con la llegada del gobierno de la Segunda República se pararon las obras por el poco interés que tenían sus aliados políticos del Frente Popular por la lengua de Cervantes, fue el Generalísimo Franco quien ordenó terminarlo por la motivación que siente al ver como las aguas de la fuente se deslizan sobre los escudos de los países que orgullosamente presumen de hablar español.

Rafael sonrió pensando que el falangista aprovechaba cualquier ocasión para venerar a su invicto Caudillo y poner en evidencia a los considerados enemigos del Glorioso Alzamiento Nacional.

—»Ese rascacielos de estilo neobarroco es el Edificio España —continuó el falangista—. Está construido por los hermanos Otamendi, los mismos promotores que están construyendo ese otro rascacielos que cuando esté terminado será la Torre de Madrid, el edificio más alto de España y mientras nuestros vecinos no pongan remedio lo será también de Europa.

—¿Los hermanos Otamendi son... vascos?

—Vascos, sí, guipuzcoanos.

—¡Vaya! Aquí reciben bien a la gente del norte.

El coche giró hacia la Gran Vía renombrada por Franco terminada la Guerra Civil como: ¡Avenida de José Antonio!

—»Este es el eje de la vida nocturna de la capital ¡El Broadway madrileño! Aquí todos los negocios de lujo compiten para dar a esta Gran Vía el más alto nivel europeo.

—Nunca hasta ahora había visto tantos edificios parecidos entre sí.

—La participación de los ingenieros y arquitectos vascos se ve en todos edificios emblemáticos de la avenida. Ese es el cine Lope de Vega, construido por los hermanos Otamendi que también construyeron la primera línea del Metro de Madrid.

—¡Impresionante! —dijo Rafael admirado—. ¿Es en esta calle donde está el bar de Perico Chicote?

—Ahí lo tiene, a su izquierda —contesto el falangista—. Cuando Frank Sinatra visitó por primera vez el bar Chicote dijo: «Yo no me marchó de aquí, que me traigan una cama»

El Citroën entró ya en la calle de Alcalá dejando a la derecha El Círculo de Bellas Artes, a la izquierda la iglesia de San José y el Edificio de las Cariátides, sede central del Banco Español del Río de la Plata y desde 1947 sede del Banco Central (a principios del siglo XXI se convirtió en el Instituto Cervantes de la Lengua Española) Se da la circunstancia que en la construcción de este edificio participó Joaquín Otamendi y que justo delante de sus andamios el anarquista Rafael Sancho Alegre le disparó tres veces al rey Alfonso XIII con su revolver, librándose el monarca por poco, no así su caballo, que resultó herido.

El coche paró un momento cuando llegó a la Plaza de Cibeles y Rafael girando la cabeza a su izquierda dijo:

—¡Esto sí que lo conozco, es La Cibeles! He visto un montón de veces la fuente en el NO-DO.

—Así es. —dijo el falangista—. La fuente se ha dedicado a la diosa Cibeles símbolo de la tierra, la agricultura y la fecundidad, también es el símbolo de la Villa de Madrid. En esa esquina tan ajardinada se encuentra el Palacio de Buenavista y el del otro lado del bulevar es el Palacio de Linares.

»El edificio que nos queda a la espalda es el Banco de España, donde un grupo de carabineros y milicianos sindicalistas del Frente Popular entraron a saco para robarle al país lo que los observadores financieros extranjeros habían catalogado como la cuarta reserva más importante en oro y divisas del mundo.

—¿Y ese otro edificio que parece una catedral? —dijo Rafael huyendo de las opiniones antagónicas sobre el tan traído y llevado tema del oro de Moscú

—La misma observación hizo León Trotski en su visita a Madrid en 1930 —contestó el falangista viendo que Rafael no estaba interesado en entrar en debate sobre el expolio sufrido en la Guerra Civil de 1936—. Es el Palacio de Comunicaciones; Correos, para los madrileños. Es verdad, más que el Palacio de Correos parece Nuestra Señora de las Comunicaciones, como dijo Trotski. Lo que extraña es que pareciéndose tanto a una catedral el anarquista Durruti y sus secuaces no la quemaran.

—Hubiera sido una...

—¿Pena? —terminó la frase el falangista.

—Quería decir algo menos educao.

—Esta... catedral... fue construida por el gallego Antonio Palacios y el vasco Joaquín Otamendi.

—¡Otra vez el vasco!

—Otra vez sí. Como puede ver aquí la gente triunfa en su trabajo por su valía, no por su origen — el falangista hizo un gesto significativo antes de continuar—. Todos los ornamentos de la fachada y esculturas del Palacio son de un amigo de Antonio Palacios y alguien muy cercano a mi familia: el escultor madrileño Ángel García Díaz.

El coche continuó saliendo por la parte oriental de la plaza hacia la Puerta de Alcalá y al llegar junto a ella el 14 Ligerero negro se detuvo en el lado derecho de la plaza que da a la calle de Alfonso XII.

—Esta es la famosa Puerta de Alcalá, otro símbolo de la ciudad de Madrid —dijo el falangista bajando el cristal de la ventanilla—. Justo aquí en este lugar una partida de comunistas revolucionarios del Frente Popular me obligo a bajar del camión junto a un grupo de presos de la cárcel de Porlier. Nos obligaron a cantar La Internacional. En el arco central el Gobierno republicano había puesto una foto gigante de Lenin que cubría la puerta casi por completo. En los otros dos arcos fotos del mismo tamaño de otros líderes soviéticos.

»Había además dos carteles: uno de ellos con la leyenda «Viva la URSS» y el otro con consignas comunistas y revolucionarias que nada tenían que ver con nuestro país, que es España, no la Unión Soviética. Para tapar el cartel donde reza que la puerta de Alcalá fue construida durante el reinado de Carlos III pusieron un símbolo enorme de la hoz y el martillo.

El falangista hizo una pausa para continuar:

—»Nos dio igual el esfuerzo que tuvimos que hacer para entonar un himno que ninguno de nosotros conocíamos, y menos su letra. Estábamos todos condenados a muerte y condenados a muerte seguimos. Fui el único que se salvó de aquel grupo, me ayudó a escapar arriesgando su vida el conductor del camión...

—De lo cual nunca dejaré de estar arrepentido, excelencia —dijo Melquíades con una sonrisa demostrando que lo que decía el uno del otro nada tenía que ver con la buena química que existía entre ellos. Después se centró en el volante y dirigió el coche hacia Antonio Maura, dejando a la derecha la verja de los jardines de El Retiro.

—Este es el parque más significativo que tenemos en Madrid, si se queda con nosotros venga aquí de vez en cuando a respirar, sus pulmones se lo agradecerán —dijo el falangista girando significativamente la cabeza hacia Rafael.

En coche entró en la Plaza de la Lealtad camino del Paseo de Prado dejando a su derecha el Palacio de la Bolsa, a la izquierda el hotel Ritz y en el centro el Monumento al Soldado Desconocido, donde en un sarcófago se depositaron las cenizas de los madrileños que fueron fusilados por el mariscal Murat el 2 de mayo de 1808 por defender la independencia de España y su monarquía... aunque después el soberano absolutista Fernando VII demostró que no merecía tanto sacrificio.

El coche oficial se detuvo un momento junto a la Fuente de Neptuno situada en el gran espacio circular que los madrileños conocen como el Salón del Prado, desde donde el falangista señaló a Rafael la situación del Real Jardín Botánico, la Iglesia de los Jerónimos y La Real Academia; que junto a otras veintiuna Academias repartidas por los países donde se habla español conforman La Asociación de Academias de la Lengua Española.

—Este bulvar es el jardín histórico y urbano más antiguo de Madrid, cruza la ciudad de norte a sur. La glorieta que vemos más abajo es la que se conoce popularmente por Atocha, desde allí salen los trenes que van al sur. Se lo digo por si decide volver a su tierra. Esta fuente es la de Neptuno, dios de los mares. Alude a la Marina que el rey Carlos III hizo grande. Y ese gran edificio que vemos a la derecha es el Museo del Prado, que soportó durante la guerra el mayor crimen contra la cultura española.

—Se refiere al traslado de los cuadros del Prado para librarlos de la guerra.

—¿Es usted rojo? —dijo el falangista como el que pregunta: «¿Es usted hinchado del Madrid o del Atlético?»

—Estoy en un coche oficial camino de Gobernación, que no es precisamente un lugar recomendable para dejarse caer... ¿Qué quiere usted que le diga?

—Mejor no diga nada. La evacuación de los cuadros del Prado fue un expolio, no una salvación. Un comité de intelectuales que presumían de antifascistas tomó una serie de estúpidas iniciativas con las que la colección del Prado estuvo expuesta a un riesgo de grandes dimensiones. Desecharon utilizar los sótanos del museo, lo suficientemente amplios para albergar allí los cuadros, y recomendaron su traslado al extranjero bajo las bombas de la aviación alemana. Durante su periplo hasta Suiza estuvieron en lugares calificados como objetivos militares, cuando no directamente dentro de los polvorines del ejército del Frente Popular.

—La Biblioteca Nacional fue alcanzada por un par de bombas...

—Eso es parte de la propaganda frente populista con la que adoctrinaban a sus seguidores. El Frente Nacional tenía claro que debía respetar el patrimonio cultural español, un patrimonio que a la monarquía le costó siglos reunir. De hecho, los comisarios rusos lo sabían, por eso recomendaban el uso de edificios religiosos y museos para guardar en ellos las cosas de valor requisadas por la República.

—¿Entonces...?

—Se trataba de sacar de España todo lo que se pudiera fundir o vender. Un comité de expertos extranjeros designados para salvar las obras del Prado recomendó usar las cámaras acorazadas del Banco de España que la República mandó vaciar para enviar todo el oro y las divisas de la reserva nacional a Rusia y a Francia. Ni más ni menos que a pocos metros del Museo del Prado el Gobierno republicano disponía de unas sólidas cámaras acorazadas construidas con hormigón armado y cemento fundido a treinta y cinco metros de profundidad. Un lugar totalmente seguro e inalcanzable.

—¿Y por qué no se usaron las cámaras?

—Los expertos españoles...

—¿Los antifascistas?

—...Eso es los antifascistas —corroboró el falangista—: dijeron que ante cualquier alarma de robo las cámaras de seguridad del Banco de España se inundan con el agua del río subterráneo que llena la fuente de la Cibeles, además del agua que contiene la propia fuente. Consiguieron convencer al comité de expertos extranjeros que por este motivo en las cámaras existía demasiada humedad...

—¿Y se tragarón un argumento tan infantil? —preguntó Rafael asombrado.

—Presentaron dos cuadros que habían sido seriamente dañados por la humedad... un par de cuadros que nunca estuvieron en las cámaras del banco.

Los tres ocupantes del coche permanecieron callados, hasta que el falangista rompió el silencio:

—Está bien. Eso ya pertenece al pasado ¿Seguimos Melquíades?

El coche giró para dirigirse a la desembocadura de la Carrera de San Jerónimo para llegar la Puerta del Sol dejando atrás la Plaza de las Cortes.

—»El hotel que dejamos a la izquierda es el Palace y el edificio de la derecha, cuyo pórtico está guardado por esos dos imponentes leones de bronce es el Palacio de las Cortes. En esa estrecha calle de la derecha fue donde José Paúl junto a otros nueve republicanos acorralaron e hirieron de muerte al General Prim.

Nuevo silencio que no se rompió hasta que el coche paró frente a la puerta del Palacio conocido popularmente por Gobernación.

—Hemos parado en este punto de la Puerta del Sol para mostrarle esta placa insertada aquí en 1950 para informar que nos encontramos situados justo sobre el Kilómetro Cero.

El falangista sonrió de satisfacción al ver la cara de asombro de Rafael. Después continuó:

—»Este sería un buen punto de partida para usted, si es que decide no quedarse en Madrid. Desde aquí puede elegir cualquiera de las seis carreteras radiales que parten desde este punto; aunque creo que ya tendrá usted más de una descartada.

—De momento estaré por aquí unos días —dijo Rafael mirando el entorno de la plaza—. Después ya veré.

—Bien. Esa empinada calle que tenemos enfrente es Montera, una de las diez calles que desembocan en la Puerta del Sol. En cualquiera de estas diez calles podrá encontrar alojamiento a un precio arreglado. Ahora permítame que le aconseje. Esa es la calle Mayor. Camine por ella hasta que vea el Mercado de San Miguel y una de las nueve puertas de entrada a la Plaza Mayor. Con un vistazo a la plaza es suficiente, salga por la puerta del Arco de Cuchilleros y a la izquierda o derecha encontrará el mesón típico que más le guste, hay muchos en las Cavas...

—Para tomar tapas... —dijo Rafael.

—Y tener delante una buena jarra de vino manchego, que es el vino de mi tierra.

Se despidieron en la puerta de Gobernación con un cordial apretón de manos y un saludo por parte de Melquíades el conductor. Rafael se echó el morral a hombro y entro en la calle Mayor dejando a su derecha la pastelería La Mallorquina y a su izquierda La Casa Cordero. Le gustaban los gestos y el aspecto de las personas con las que se cruzaba. Veía con sorpresa como la gente sonreía, como se saludaban unos y otros en la calle, como pronunciaban aquella palabra tan bonita ¡Adiós! con el mismo tono y acento con el que decía ¡adiós! su madre. Cómo se ruborizaban las mujeres con los galanteos. Con qué sencillez hacían que los forasteros que caminaban por aquella calle se sintieran seguros, se sintieran bien.

Le vino entonces a la memoria lo que significó aquella calle cuando el anarquista catalán Mateo Morral atentó en 1906 contra el rey Alfonso XIII y la reina consorte, doña Victoria Eugenia de Battenberg, nieta de la reina Victoria de Inglaterra.

Los monarcas salieron ilesos del atentado terrorista que causó una masacre entre la población que desde las aceras saludaban al paso de los reyes recién casados.

El terrorista mató de un disparo a quien le identificó en su huida a Barcelona y se disparó a sí mismo. Mateo Morral fue considerado un héroe por la Segunda República, se derribó el monumento en la calle Mayor en recuerdo de los veintiocho muertos y los cien heridos causados por su cobarde atentado y se cambió el nombre de la calle Mayor pasándose a llamar calle de Mateo Morral.

Al llegar a la plaza de San Miguel tuvo la intención de bajar para ver desde cerca el Palacio Real y pasar por la Plaza de la Villa, pero viendo el trajín del mercado de San Miguel su estómago le dijo que por qué no se concedían una licencia y entraban en un típico mesón para ver el ambiente. Había varios juntos, dudó un poco hasta que la música que salía de uno de ellos puso alas en sus pies y entró en él.

Dentro la gente reía alegre. Bebían vino en vasos de grueso vidrio que permitían sin romperse a dar acompasados golpes sobre la madera siguiendo el son y la letra de las canciones. Colgó el morral en una percha de la pared y se incorporó a la barra donde un tabernero de grandes bigotes y mandil de rayas ya le había puesto un vaso de vino de Madrid, dándole la bienvenida con una amplia sonrisa.

Allí había tanto hombres como mujeres ¡Todos juntos! Como tiene que ser. Venía de un sitio donde la tradición vetaba a las mujeres no sólo de los txokos, sino también en el «txikiteo» de los hombres por los bares de Bilbao.

Unos tunos, que lucían becas de la Facultad de Derecho, cantaban un chotis a unas jóvenes que compartían el vino y su alegría con los universitarios. Los clientes del local que conocían la canción, no muchos porque había extranjeros que sólo aplaudían a lo como pingüinos, acompañaban a los tunos y a su solista: un tipo simpático que, aunque con la carrera terminada seguía saliendo de «parche» obedeciendo al código moral que une a los sopistas desde 1538.

El solista, mientras cantaba con una excelente y expresiva voz de barítono, reía con la cara iluminada porque lo que decía, lo sentía de verdad:

Hay quien dice que ser de Madrid
Puede que no, puede que sí
Pueda ser privilegio de Dios
Puede que sí, puede que no
Pero el caso es que todo el que viene de fuera y bebe a pitorro

A los dos meses vive mejor que si hubiera nacido en Cascorro
Y por eso no siendo de aquí,
Puede que no, puede que sí,
Se figuran que sí que lo son,
Puede que sí, puede que no,
Y a mí, personalmente, no me parece mal
Que en Madrid salga el Sol para todos, por ser la capital.

Entraron entonces en el local dos atractivas morenazas que sonriendo al cantante se dirigieron hacia una de las mesas libres situadas en una especie de altillo y Enrique, que así se llamaba el solista —todos los tunos son reconocidos por su mote—, piropeó a la escultura que pasó por su lado diciendo:

«¡Guapa! Que con lo que se ve. Y lo que uno se imagina. Vaya tormento para el pensamiento»

Después, ofreciendo un clavel de uno de los floreros que estaban sobre el mostrador, se marcó el chotis con una extranjera con pinta de ser norteamericana. Como se debe bailar: sobre un cuadro del tamaño de un ladrillo.

Si en Valencia tienen Fallas
Y el Encierro en San Fermín,
Que nos dejen, por lo menos,
Las verbenas en Madrid
Y si alguno no comprende
Nuestra forma de sentir,
Yo le digo: ¡forastero!
Aunque no sea usted de aquí
Lo serán sus herederos
Si se casa usted en Madrid
¡Qué sí!

Terminada la canción el tuno solista dejó a su improvisada pareja con una reverencia y fue al mostrador sonriendo a Rafael que levantó el vaso vacío a modo de saludo.

—Amigo, tiene el vaso vacío y en esta tierra no se dice beber, sino bebamos, que todos somos hermanos—. El tuno cogió una jarra de tinta y pasando un brazo por el hombro del andaluz le llenó su vaso.

A Rafael se le nublaron los ojos, con aquellas lágrimas de emoción que no sentía desde que había salido de su pueblo, allá en Andalucía. Se dio cuenta que por fin había encontrado lo que durante años había ido buscando. No tendría la imperiosa necesidad de seguir huyendo, se quedaría en esta ciudad que le había abierto sus brazos nada más llegar y que no le obligaría a nada que él no quisiera hacer. Había encontrado la libertad.

Ahora entendía aquello que había escuchado tantas veces y bajo tantos acentos:

«¡De Madrid al cielo!»

Se quedaría allí. Se quedaría hasta que Dios le llamara para que llevara al cielo el carro de alegría andaluza que había recuperado. Rafael Sánchez Genaro, quien poco después fue conocido como «el aceituno», había sido tratado desde que dejó Andalucía como una «Dacus Oleae».

«Le diré a Dios que iré al cielo desde aquí, desde Madrid, porque estoy dispuesto a vivir y a morir en mi Madrid... ¡Qué sí!



Capítulo XX

Epílogo:

No. No es verdad que el tiempo lo cura todo. Ha veces el tiempo no es capaz de cerrar las heridas del sufrimiento extremo. Que García naciera fue culpa de un «Te Quiero» inoportuno que causó la tragedia de ser absorbido por un óvulo traicionero que se presentó voluntario para ser parte del plan. La muerte, a la que nunca había logrado vencer, fue la causa por la que fue condenado a Vivir sin decir Te Quiero por los que le obligaron a volver una vez más a este mundo de locos. Su tío Pepe, al que desde el mismo día de su nacimiento estuvo muy unido, murió de tétanos entre atroces espasmos musculares por haber pisado el clavo perdido de una herradura.

Tenía veintiún años, García sólo siete.

Caballo cayó en un terrible estado depresivo y decidió morirse, pensó que en el cielo sería más útil que rodeado de mulas tontas y descuidadas que pierden los clavos de sus herraduras sin pensar que con estos descuidos se provocan tragedias.

Su abuelo Jesús, que fue la recompensa divina que recibió García por haber nacido, murió poco después en el hospital de San Carlos a causa de un desgraciado accidente con uno de los carros que utilizaba en su negocio de antigüedades. Los médicos a los que llevó los costosos analgésicos recuperados de los almacenes de R. Felman, y los cuidados y rogativas de las siervas de San Vicente, no bastaron para salvarle la vida.

Dios necesitaba a su lado a quien entendiera de pintura para pedirle consejo sobre los colores con los que podía pintar el cielo y eligió al abuelo de García como podía haber elegido a otro, a Murillo, por ejemplo, que era un genio pintando vírgenes, ángeles y cielos y lo tenía más a mano porque ya estaba muerto.

Tres meses después fue su abuela Carmen la que murió. Por segunda vez. Siendo una niña, todavía no había cumplido los diez años, se incorporó del ataúd cuando los empleados de la funeraria ponían la tapa, provocando en algunos la estampida y en otros la ira hacia el médico que confundió una muerte clínica con una irreversible muerte biológica. Un ser vivo está físicamente muerto si le han desaparecido sus señales externas de vida: la respiración, el pulso y la pérdida de conciencia, llegado a este punto nadie puede volver a la vida... menos los que creen en los milagros divinos.

La abuela de García fue obligada a volver a la vida por los guardianes que están al otro lado de túnel porque consideraron que aún no estaba suficientemente preparada para formar parte de los bienaventurados que disfrutaban eternamente de la presencia de Dios. Conocer lo que hay detrás de la muerte permitió a la abuela de García vivir de forma diferente sus siete décadas de vida terrenal. Dedicó su vida a llevar la esperanza que a ella le habían mostrado mientras estuvo físicamente muerta al corazón de los desesperados.

Su regreso a la vida fue muy ilustrativo para saber cuándo la muerte se presenta ante un mortal con la intención de romperle el metafórico hilo que le une a la vida, de esta forma vio como la muerte acechaba al mayor de sus nietos y le tomó entre sus brazos para protegerlo ofreciéndose ella a cambio. La abuela de García murió una noche... a las tres de la mañana... mientras él dormía entre sus brazos.

Con la muerte de sus abuelos García comprendió el «tengo planes» que le dijo su hermana cuando fueron concebidos. Su plan no era nacer ella, sino que naciera él. Supo entonces valorar el significado de los «Te Quiero» que su hermana repetía una y otra vez para animarle a nacer, mientras ella no tenía ninguna intención de dejar el mundo espiritual al que pertenecía... ¡Ese era el plan!

Es cierto que existe un acusado paralelismo entre la vida del pobre García y la mía y, no es sólo por el ilustre patronímico que compartimos. Entre los bucles de actividad que reproducen en mi mente los sueños brindo junto a mi abuelo con un vaso de gaseosa previamente teñido con una gota de vino de Noblejas. Después beso el culo del vaso y lo tiro hacia atrás para que se haga añicos contra el suelo damasquinado del bar.

Es verdad que entre García y yo existe un acusado paralelismo. Somos tan iguales que cuando despierto de tan familiares sueños puedo comprobar que, sin lugar a dudas, el pobre García... soy yo.

Para mis nietas Carlota, Raquel y María.

Para mi nieto Ángel, de su abuelo García.

INDICE

PÁGINAS

Capítulo I:

De cómo vivió García en tiempo de crisis 6-11

Capítulo II:

Un muñeco de nieve con el corazón de hielo 13-20

Capítulo III:

Si tu calle desaparece... 21-26

Capítulo IV:

Voyeristas juveniles, o el despertar del sexo 27-34

Capítulo V:

No le des la espalda al viento 35-158

Capítulo VI:

Nadie es perfecto, sólo él lo es... 159-190

Capítulo VII:

Mosca de la Carne o Carnicera 192-199

Capítulo VIII:

Calliphora Vomitoria... 200-203

Capítulo IX:

Mosca Tsé-Tsé 204-207

Capítulo X:

Lytta Vesicatoria o Cantárida 208-214

Capítulo XI:

Mosca de Milán 215-222

Capítulo XII:

Mosca Escorpión o Panorpa 223-230

Capítulo XIII:

Mosca Hominívorax o Lucilia 231-235

Capítulo XIV:

Simúlidos 236-241

Capítulo XV:

Stomoxys Calcitrans 242-249

INDICE**PÁGINAS****Capítulo XVI:**

Hippobosca Equina

250-256

Capítulo XVII:

Sarcophaga Caridei

257-273

Capítulo XVIII:

Ceratis Capitata

274-294

Capítulo XIX:

Dacus Oleae

295-394

Capítulo XX:

Epílogo

395-396



Ni mucho menos García quiso volver a este mundo de locos, en ningún momento su alma inmortal lo había contemplado. Pero resultó que su nacimiento estaba entre los planes de quien tenía mucho interés en que naciera en la década de la posguerra... no se sabe si para sufrirla o para contarla:

¡Quién fue el insensato!

Contar historias a través de lo que son las moscas es descabellado si no se tiene en cuenta que estos dípteros han seguido al hombre desde la prehistoria y se han utilizado en la mitología y en la literatura para describir a la muerte. Ya que había nacido García tuvo que adaptarse y descubrir lo que había a su alrededor, entre otras cosas la Fábrica de Moscas y los que habitaban en ella: curiosos más que misteriosos personajes que posiblemente habían venido desde el hemisferio austral a la Nueva España de Franco para estudiar la forma de actuar de los españoles... razón por la cual andaban siempre asombradísimos.

Era curiosa la habilidad que tenían estos misteriosos personajes para escapar precisamente de los curiosos poniendo en práctica un sofisticado sistema de defensa para eludir sus preguntas sobre si estaban aquí con la sagrada misión de desarrollar el proyecto utópico de una sociedad perfecta y justa donde todo debía discurrir sin conflictos y en completa armonía... difícil de conseguir en una sociedad franquista llena de vencidos hambrientos y angustiosos desfallecidos que luchaban a brazo partido por sobrevivir.

Terminado el enfrentamiento armado entre el Ejército Popular y el Ejército Nacional los que lucharon por la clase trabajadora y la libertad de los oprimidos condenaron a los niños de la posguerra a no pronunciar esos Te Quiero capaces por sí solos de hacer girar el mundo. Y los ¡Salvadores de la Patria por la Gracia de Dios! les condenaron a Vivir sin decir Te Quiero con el único recurso de protestar haciendo sonar su tambor de hojalata.